



Michael de Montaigne

**Ensayos de Montaigne seguidos de todas
sus cartas conocidas hasta el día
Tomo segundo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Michael de Montaigne

Ensayos de Montaigne seguidos de todas sus cartas conocidas hasta el día Tomo segundo

Libro segundo
(Continuación.)

Capítulo XIII
Del juzgar de la muerte ajena

Cuando consideramos la firmeza que alguien mostró en la hora de su muerte, que es sin duda la más notable acción de la vida humana, preciso es tener en cuenta que difícilmente creemos encontrarnos en tan supremo momento. Pocas gentes mueren convencidas de que en verdad llegó su última hora, y no hay ocasión en que más nos engañe la halagadora esperanza, que no cesa de trompetear en nuestros oídos: «Otros estuvieron más enfermos sin que por ello muriesen; la cosa no es tan desesperada como parece, y mayores milagros hizo Dios.» Pasan por nuestra fantasía todas estas ideas, porque damos demasiada importancia a nuestra persona; diríase que la universalidad de las cosas creadas sufre en algún modo a causa de nuestra desaparición, y que se apiada de nuestro estado; porque nuestra vista trastornada se representa las imágenes de las cosas de un modo engañoso, creemos que éstas se van a medida que nosotros desaparecemos. Lo propio que acontece a los que viajan por mar, para quienes montañas, campiñas y ciudades, cielo y tierra marchan en sentido inverso a su camino:

Provehimur portu, terraeque urbesque recedunt.

¿Quién vio nunca vejez que no alabara el tiempo pasado y no censurara el presente descargando sobre el mundo y las costumbres de los hombres las miserias de su tristeza?
[2]

*Jamque caput quassans, grandis suspirat arator...
Et quum tempora temporibus praesentia confert
praeteritis, laudat fortunas saepe parentis,
et crepat antiquum genus ut pietate repletum.*

Todo lo arrastramos con nosotros, de donde resulta que consideramos nuestra muerte como un magno suceso que no se realiza sin aparato ni consultación solemne de los astros; tot circa unum caput tumultuantes deos; y tanto más lo pensamos cuanto más importantes nos creemos y más aferrados estamos a la vida. ¿Cómo? ¿tanta ciencia, tan irreparable pérdida tendrá lugar sin que en ella intervenga para nada la diosa de los destinos? ¿Es posible que un alma tan singular, tan ejemplar y tan rara no cueste a la muerte más que otra vulgar e inútil? Esta vida que ampara tantas otras, de la cual tantas dependen, a que tantos honores rodean, que emplea tantas, gentes a su servicio, ¿desaparece ni más ni menos que si estuviese ligada a un simple nudo? Nadie piensa suficientemente no ser más que un solo hombre; de aquí aquellas palabras que dijo César a su piloto, más hinchadas que el mar que le amenazaba:

Italiam si, caelo auctore, recusas,
me, pete: sola tibi causa haec est justa timoris,
vectorem non nosse tuum; porrumpe procellas,
tutela secure mei;

y estas otras:

Credit jam digna pericula Caesar
fatis esse suis: Tantusque evertere, dixit,
me superis labor est, parva quem puppe sedentem
tan magno petiere mari?

y la pública superstición de que el sol ostentó en su frente durante todo un año el duelo por su muerte:

Ille etiam exstineto miseratus Caesare Romam,
quum caput obscura nitidum ferrugine texit;

y mil semejantes por las cuales el mundo se deja en tan fácilmente, creyendo que nuestros intereses trastornan [3] al cielo mismo y que su infinidad, se cura de nuestros actos, más insignificantes. Non tanta caelo societas nobiscum est, ut nostro fato mortalis sit ille quoque siderum fulgor.

No es razonable suponer resolución y firmeza en quien no cree encontrarse todavía en el momento del peligro, aunque realmente esté dentro de él; tampoco basta que un hombre muera con entereza si de antemano no se preparó para desplegarla, pues acontece a muchos que violentan su continente y sus palabras para en ello alcanzar la reputación que esperan gozar todavía en vida. Algunas he visto morir a quienes la casualidad procuró continente digno, no el designio preconcebido. Entre los antiguos mismos muchos hubo que se dieron la muerte, y en quienes habría lugar de examinar si ésta fue repentina o les llegó por sus pasos contados. Aquel cruel emperador romano confesaba que quería hacérsela saborear a sus prisioneros y cuando alguno se suicidaba en la prisión: «Este se me escapó», decía. Quería prolongar la muerte y hacerla sentir por el tormento paulatinamente:

Vidimus et toto quamvis in corpore caeso

nil animae lethale datum, moremque nefandae
durum saevitiae, pereuntis parcere morti.

No es cosa meritoria el determinar gozando de salud y calma cabales darse la muerte; es bien fácil fanfarronear antes del momento supremo, de tal modo que el hombre más afeminado del mundo, Heliogábalo, en medio de sus más cobardes placeres proyectó matarse sibaríticamente cuando las circunstancias a ello le obligaran; y con el fin de que su acabar no desmintiera su vida pasada, mandó construir una torre suntuosa, cuya base estaba cubierta de oro y pedrería, para precipitarse desde lo alto; ordenó también hacer cuerdas de oro seda carmesí con que estrangularse, y forjar una espada de oro para atravesarse con ella; y asimismo puso veneno en vasos de esmeralda y topacio para envenenarse, según el género de muerte que quisiera elegir:

Impiger... et fortis victute coacta.

El afeminamiento de tales aprestos, hace fundadamente presumir que si se le hubiera puesto en el caso de llevar a la práctica cualquiera de esos medios sibaríticos, le hubiera [4] acometido un síncope. Aun entre los que con mayor vigor se resolvieron a la ejecución, preciso es considerar si se valieron de un medio que no dejara tiempo para experimentar los efectos: pues al ver deslizarse la vida poco a poco, porque el dolor del cuerpo se unta con el sentimiento del alma, como hay lugar de volverse atrás no puede saberse si la firmeza y la obstinación se mantuvieron hasta los últimos momentos.

Lucio Domicio, que fue hecho prisionero en el Abruzo por Julio César, bebió una pócima para envenenarse, pero arrepintiose luego. Acontece a veces que un hombre resuelve morir, y no logrando asestarse con la fuerza suficiente el primer golpe, como el dolor detiene su brazo, hiérese dos o tres veces de nuevo, pero jamás consigue darse el golpe definitivo. Mientras se seguía el proceso de Plautio Silvano, Urgulania, su abuela, hizo llegar a sus manos un puñal, y no habiendo acertado con él a darse la muerte hízose cortar las venas por sus gentes. Albucilla, en tiempo de Tiberio, al pretender darse muerte hiriose con demasiada blandura, lo cual procuró a sus enemigos ocasión para aprisionarla y matarla como pretendían. Lo propio aconteció al capitán Demóstenes después de su derrota en Sicilia, y C. Fimbria, como se hiriera ineficazmente, rogó a su criado que acabara de rematarle. Ostorio, por el contrario, no pudiendo servirse de su brazo, tampoco quiso emplear el de su criado para otra cosa sino para que le mantuviera derecho y firme, y tomando carrera puso su garganta en el acero, y se la atravesó. En verdad es esta carne que debe tragar sin mascar quien no tenga el paladar de consistencia férrea. Sin embargo, el emperador Adriano ordenó a su médico que le marcara en una tetilla el lugar preciso en que había de herirse para que la persona que le matara supiera dónde había de señalar. Por eso cuando se preguntaba a César qué género de muerte prefería, contestaba que la menos premeditada y la más corta. Y si tal decía César no es cobardía el que yo lo crea. «Una muerte corta, decía Plinio, es el soberano bien de la vida humana.» No pueden reconocerla todos con vista serena. Tampoco puede considerarse con la resolución necesaria para sufrirla quien tiene miedo de hacerla frente y de mirarla con los ojos bien abiertos. Los que en los suplicios vemos correr a su fin y apresurar y empujar su ejecución, no lo hacen por valentía, sino porque quieren quitarse de encima la idea de su fin cercano. Lo que les atormenta no es la muerte; es el morir.

Emori nolo, sed me esse mortuum nihili aestimo.

Grado de firmeza es éste que por experiencia sé que podrá [5] alcanzar, como aquellos que se lanzan en los peligros, cual en el océano, con los ojos cerrados.

En la vida de Sócrates nada hay a mi ver más relevante ni preclaro que los treinta días enteros durante los cuales rumió la sentencia de su muerte, y el haberla digerido por espacio de tanto tiempo, estando seguro de su fin, sin conmovirse ni alterarse, realizando todas sus acciones y profiriendo todas sus palabras con tono de negligencia, más bien que con rigidez, por el peso que pudiera ocasionarle una meditación para todos cruel y aterradora.

Pomponio Ático, tan conocido por su correspondencia con Cicerón, hallándose enfermo, hizo llamar a Agripa, su yerno, y a dos o tres amigos más, y les dijo que como estuviera convencido de que nada ganaba queriendo curarse, y que cuanto hacía para prolongar su vida prolongaba también y aumentaba su dolor, había resuelto poner fin al uno y a la otra, rogándoles que aprobaran su deliberación, o cuando menos que no perdieran el tiempo oponiéndose a ella. Pero como determinara acabar dejándose morir de hambre, en vez de perecer, sanó súbita y casualmente: el remedio de que echara mano para destruirse procurele la salud. Felicitaronse por tan fausto desenlace los médicos y sus amigos, y festejaron acontecimiento tan dichoso, mas se engañaron de verdad, porque no les fue posible hacerle cambiar de decisión. Para mantenerse firme en ella alegaba Pomponio que un día u otro había de dar el mismo paso, y que puesto que ya estaba empezado quería evitarse el trabajo de comenzar nuevamente en otra ocasión. Este personaje vio de cerca la muerte, y no sólo no temió lanzarse en sus brazos, sino que se encarnizó por ganar su compañía. Como le placiera la causa que le movió a entrar en la liza, la bravura le impulsó a experimentar el fin lejos de tener miedo al morir, quiso tocarlo y saborearlo.

El ejemplo del filósofo Cleantes es muy parecido al de Pomponio. Sus encías se habían inflamado y podrido, y los médicos le aconsejaron una abstinencia completa. Dos días de ayuno le produjeron tan buen efecto que aquéllos dieron su curación por terminada, consintiéndole volver a su régimen ordinario. Cleantes se hizo el sordo, y como hubiera comenzado a gustar la dulzura del desfallecimiento en que yacía, no quiso retroceder, trasponiendo el camino a que tan adentro había llegado.

El joven romano Tulio Marcelino, queriendo anticipar la hora de su fin para libertarse de una enfermedad que le ocasionaba mayores sufrimientos de los que quería soportar, llamó a sus amigos con objeto de deliberar sobre su muerte, aun cuando los médicos le habían prometido un seguro restablecimiento, si bien no inmediato. Unos, dice Séneca, le daban el consejo que por flaqueza hubieran para sí practicado, y otros por servilismo, el que suponían que debía [6] serle más grato. Pero tropezó con un estoico que le habló así: «No te inquietes, Marcelino, cual si de un asunto importante deliberaras; vivir no es cosa que valga la pena; viven tus criados, y los animales viven también; lo importante es permanecer en el mundo con dignidad, constancia y prudencia. Considera el tiempo que hace que vives haciendo lo mismo: comer, beber, dormir; beber, dormir y comer: ni un instante dejamos de rodar alrededor de este círculo. No sólo las desgracias y los males insoportables nos hacen desear la muerte, sino también la saciedad misma de vivir.» Marcelino no había menester

de consejero. Necesitaba sólo quien le ayudara a realizar su propósito, y como sus criados temieran prestarle auxilio, el filósofo les dijo que los servidores son sospechosos solamente cuando hay duda de que la muerte del amo no fue voluntaria, y que no ayudarle sería lo mismo que matarle, porque, como dice Horacio,

Invitum qui servat, idem facit occidenti.

Luego el estoico advirtió a Marcelino cuán procedente sería que, así como en las comidas se sirve el postre a los asistentes al final, así su vida acabada, debía distribuir alguna cosa entre los que le habían rodeado. Como Marcelino era hombre animoso y liberal, mandó repartir algunas cantidades entre sus servidores, y los consoló al mismo tiempo. Por lo demás no hubo necesidad de acero ni tampoco de derramar sangre; quiso salir de la vida, no huirla. No escapar a la muerte, sino experimentarla, y con el fin de procurarse medio de examinarla bien de cerca, permaneció tres días sin comer ni beber, y el cuarto ordenó que le dieran un baño de agua tibia. Luego fue poco a poco desfalleciendo, no sin sentir algún placer voluptuoso, según declaró.

Y en efecto, los que sufrieron esos desfallecimientos físicos que de la debilidad provienen, dicen que ningún dolor les ocasionan, sino más bien un placer, cual si se encaminaran al sueño y al reposo. Muertes son éstas estudiadas y digeridas.

Cual si sólo a Catón fuera dado mostrar en todo ejemplos de fortaleza quiso su bien que tuviera mala la mano con que se asestó la herida. Así pudo tener lugar para afrontar la muerte y atraparla por el pescuezo, reforzando su vigor ante el peligro en vez de debilitarlo. Si hubiera tenido yo que representarle en su actitud más soberbia, habría escogido el momento en que todo ensangrentado desgarraba sus entrañas, mejor que empuñando la espada, como lo hicieron los escultores de su tiempo, pues aquel segundo suicidio sobrepujó con mucho la furia del primero.

[7]

Capítulo XIV

Cómo nuestro espíritu se embaraza a sí mismo

Es una graciosa idea la de imaginar un espíritu igualmente solicitado por dos iguales deseos, pues es indudablemente que jamás adoptará ninguna resolución, a causa de la alternativa del escoger presupone en los objetos desigualdad de valor. Y si se nos colocara entre la botella y el jamón, con apetito idéntico de comer y beber, no cabe duda que moriríamos de hambre y de sed. Para explicar los estoicos el que nuestra alma elija entre dos cosas indiferentes, cuál es la causa, por ejemplo, de que en un montón de escudos tomemos más bien unos que otros, siendo todos parecidos y no habiendo razón alguna que nos incline a la preferencia, dicen que semejante movimiento de nuestro espíritu es desordenado y anormal, y que proviene de un impulso extraño, accidental y fortuito. Parece que podría darse una mejor explicación, en razón a que ninguna cosa se representa nuestra mente en que no exista alguna diferencia, por ligera que sea; y que para la vista o para el tacto hay siempre algún motivo que nos tienta y atraiga aun cuando no podamos advertirlo. Análogamente, si imagináramos un bramante cuya resistencia fuera

igual en toda su extensión, sería imposible de toda imposibilidad que se quebrara: ¿por dónde había de principiarse la ruptura? Romperse por todas partes va contra el orden natural. Y si añadimos además a este ejemplo las proposiciones geométricas que por la evidencia de la demostración concluyen que el contenido es mayor que el continente y el centro tan grande como su circunferencia; que admiten dos líneas que acercándose constantemente una a otra no pueden jamás tocarse, la piedra filosofal y la cuadratura del círculo, en todas las cuales la razón y lo que la vista muestra están en oposición, obtendríamos sin duda algún argumento con que apoyar este atrevido principio de Plinio: *solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius, aut superbius.*

Capítulo XV

La privación es causa de apetito

No hay razón que no tenga su contraria, dice la más juiciosa de todas las escuelas filosóficas. Reflexionaba yo poco ha sobre aquella hermosa sentencia enunciada por [8] un antiguo filósofo en menosprecio de la vida, según la cual, «ningún bien puede procurarnos placer si no es aquel a cuya pérdida estamos preparados»; *in aequo est dolor amissae rei, et timor amittendae*; queriendo probar con ambos principios que las fruiciones de la vida no pueden sernos verdaderamente gratas si tememos que nos escapen. Podría, sin embargo, decirse lo contrario, esto es, que guardamos y abrazamos el bien con tanta mayor ansia y afección cuanto que lo vemos más inseguro en nuestras manos, y cuanto mayor temor tenemos de que nos sea arrebatado, pues vemos con clara evidencia que así como el fuego se aviva con el viento, nuestra voluntad ser aguza también con la privación:

*Si nunquam Danaen habuisset ahenea turris,
Non esset Danae de Jove facta parens;*

y que nada hay que sea tan naturalmente contrario a nuestro gusto como la saciedad que proviene de la abundancia; ni nada que tanto lo despierte como la dificultad y la rareza: *omnium rerum voluptas ipso, quo debet fugare, periculo cresci.*

Galla, nega; satiatur amor, nisi gaudia torquent.

Para mantener vivo el amor entre los lacedemonios ordenó Licurgo que los casados no pudieran ayuntarse sino a escondidas, y que sería tan deshonesto encontrarlos juntos en el lecho como si se los hallara separados en idénticas funciones con otras personas. Las dificultades que rodean a las citas amorosas, el temor de las sorpresas, la vergüenza del primer encuentro:

*Et languor, et silentium,
..... et latere petitus imo spiritus,*

son las especias que dan el picante a la salsa. ¿Cuántos motivos de grata diversión no nacen al hablar de las obras del amor de una manera honesta y encubierta? La misma

voluptuosidad procura irritarse con el dolor; es mucho más dulce citando desuella y hierve. La cortesana Flora confesaba no haber dormido nunca con Pompeyo sin que dejara a éste señales de sus mordeduras. [9]

Quod petiere, premunt arete, faciuntque dolorem
corporis, et dentes inlidunt saepe labellis...
Et stimuli subsunt, qui instigat laedere id ipsum,
quodeumque est, rabies unde illae germina surgunt.

Ocurre lo propio en todas las cosas: avalóralas la dificultad. Los habitantes de la Marca de Ancona hacen con placer mayor sus promesas a Santiago, y los de Galicia a Nuestra Señora de Loreto. En Lieja se celebran los baños de Luca, y en Toscana los de Spa; apenas se ven italianos en la escuela de esgrima de Reina, que está llena de franceses. Aquel gran Catón, como nosotros, se cansó de la esposa que tenía mientras fue suya, y la deseó cuando perteneció a otro. Yo envié a la yeguada un caballo viejo que en cuanto sentía las hembras se ponía hecho una furia: la abundancia le sació en seguida con las suyas, mas no así con las extrañas, pues ante la primera que cruza por su prado vuelve a sus importunos relinchos y a sus rabiosos calores, como al principio. Nuestro apetito menosprecia y pasa por alto lo que tiene en la mano para correr en pos de lo que carece:

Transvolat in medio posita, el fugientia captat

Prohibirnos una cosa es hacérsela desear:

Nisi tu servare puellam
incipis, incipiet desinere esse mea:

el otorgárnosla a nuestro albedrío hace que nuestra alma engendre al punto menosprecio hacia ella. La escasez y la abundancia ocasionan inconvenientes iguales.

Tibi quod superest, mihi quod deficit, dolet.

El desear y el gozar nos llevan al mismo dolor. Es desagradable el rigor de la mujer amada, pero la continua amabilidad y dulzura lo son a decir verdad todavía en mayor grado, pues el descontento y la cólera nacen de la estimación en que tenemos la cosa deseada, aguzan el amor y lo vivifican. La saciedad engendra el hastío, que es una pasión embotada, entorpecida, cansada y adormecida.

Si qua volet regnare diu, contemnat amantem.

[10]

Contemnente, amantes:
sic hodi venie, si qua negavit heri.

¿Por qué ideó Popea ocultar los, atractivos de su rostro sino para encarecerlos a los ojos de sus amantes? ¿Por qué se encubrieron hasta por bajo de los talones esos encantos que todas

desean mostrar y que todos igualmente desean ver? ¿Por qué guardan las damas con impedimentos tantos, puestos los unos sobre los otros, las partes donde reside nuestro deseo y el suyo? ¿y cuál es el fin de esos voluminosos baluartes con que las doncellas acaban de armar sus caderas, sino engañar nuestro apetito y atraernos hacia ellos alejándonos?

Et fugit ad salices, et se cupit ante vider.

Interduni tunica duxit oportuna moram.

¿A qué conduce el artificio de ese pudor virginal, esa frialdad tranquila, ese continente severo, esa profesión expresa de ignorar las cosas que saben ellas mejor que nosotros que somos sus instructores, sino a aumentarnos el ansia de vencer, a domar y pisotear nuestro deseo? Este es el fin de todos los melindres, ceremonias y obstáculos, pues no solamente hay placer, también hay honor juntamente en seducir y enloquecer esa blanda dulzura y ese pudor infantil, y en mostrar luego a nuestro ardor una fría y magistral gravedad. Es glorioso, dicen, triunfar de la modestia, de la castidad y de la templanza, y quien a las damas aleja de estas prendas las engaña y se engaña a sí mismo. Preciso es creer que su corazón se estremece de horror; que el sonido de nuestras palabras escandaliza la pureza de sus oídos; que transigen con nuestra importunidad a viva fuerza. La belleza omnipotente no se deja saborear sin la ayuda de estos intermedios. Ved en Italia, donde hay más belleza que vender, y de la más exquisita, cómo le es preciso echar mano de manejos y artes extraños para hacerse agradable; y a pesar de todo, cualesquiera que sus argucias sean, persiste en sernos débil y lánguida, de la propia suerte que aun en la virtud, entre dos acciones iguales, consideramos como más hermosa y relevante la que supuso mayor dificultad y riesgo.

La divina Providencia consiente que su santa iglesia se encuentre agitada como la vemos por tantas tempestades y desórdenes, para despertar así por ese contraste a las almas piadosas, arrancándolas de la ociosidad y del sueño en que las había sumergido una tranquilidad tan dilatada. [11] Si contrapesamos las pérdidas que hemos experimentado por el número de los que se descarriaron, con la ganancia que nos resulta con habernos devuelto nuestros alientos, resucitado nuestro celo y nuestras fuerzas a causa de este combate, estoy seguro de que las ventajas sobrepujarán las pérdidas.

Hemos creído sujetar con mayor resistencia el nudo de nuestros matrimonios por haber apartado de ellos todo medio de disolución, y en igual grado se desprendió y aflojó la inclinación de la voluntad y de la afeción, que la sujeción se impuso. Por el contrario, lo que hizo en Roma que los matrimonios permanecieran tanto tiempo en seguridad y honor, fue la libertad de romperlos cuando los contrayentes lo desearan; guardaban mejor sus mujeres porque podían perderlas, y hallándose en libertad completa de divorciarse transcurrieron quinientos años y aun más antes de que ningún cónyuge se desligara.

Quod ficet, ingratum est; quod non licet, acius urit.

Podría citarse a este propósito la opinión de un escritor de la antigüedad, el cual afirma «que los suplicios despiertan los vicios más bien que los amortiguan; que no engendran la inclinación al bien obrar, la cual es el resultado de la razón y la disciplina, y que solamente propongan el cuidado de no ser sorprendidos practicando el mal»:

Latus excisae pestis contagio serpunt:

ignoro si esta sentencia es verdadera, mas lo que por experiencia conozco es que jamás ningún pueblo cambia de manera de ser con medidas semejantes: el orden y gobierno de las costumbres tiene su base en procedimientos diferentes.

Hablan los historiadores griegos de los argipos, vecinos de la Escitia, que viven sin vara ni palo con que ofender; a quienes no solamente nadie intenta ir a atacar, sino que aquel que puede internarse en su país hállase en lugar de franquicia, en razón de la virtud y santidad de vida de este pueblo, y nadie hay que se atreva a tocarle. Recúrrese a ellos para resolver las diferencias que surgen entre los hombres de otras partes. Naciones hay en que los jardines y los campos que quieren guardarse rodeanse con un hilo de algodón, y se encuentran más seguros que si estuvieran rodeados como entre nosotros de fosos y setos vivos. Furem signata sollicitant.. Aperta effractarius praeterit. [12]

Acaso entre otras causas la facilidad de franquearla contribuye a resguardar mi casa de los atropellos de nuestras guerras civiles; la defensa atrae el ataque y la desconfianza la ofensa. Debilité las intenciones de los soldados, apartando de su empresa el riesgo de todo asomo de gloria militar, lo cual les sirve siempre de pretexto y excusa: aquello que se realiza valientemente se considera siempre como honroso cuando la justicia es muerta. Hágoles la conquista de mi mansión cobarde y traidora; no está cerrada para nadie que a sus puertas llama, tiene por toda guarda un portero, conforme a la ceremonia y usanza antiguas, cuyo cometido es menos el de prohibir la entrada que el de franquearla con amabilidad y buena gracia. Ni tengo más guardia ni centinela que el que los astros me procuran. Un noble hace mal en alardear de hallarse defendido cuando no lo está perfectamente. La residencia que tiene acceso por un lado lo tiene por todas partes: nuestros padres no pensaron en edificar plazas fuertes. Los medios de sitiarse sin baterías ni regimientos, y la facilidad de sorprender nuestras viviendas crecen todos los días superando los de guardarse; los espíritus se aguzan generalmente en lo tocante a estas hazañas; las invasiones nos alcanzan a todos, el defenderse sólo a los ricos. Mi casa era fuerte para la época en que fue construida; nada hice por fortalecerla, y temería que su resistencia se tornara contra mí mismo; además un tiempo bonancible requeriría desfortalecerla. Es peligroso el no contar con su confianza y difícil encontrarse seguros de ella, pues en materia de guerras intestinas vuestro criado puede ser del partido que teméis, y allí donde la religión sirve de móvil ni los parientes mismos son gente de fiar, escudados en la defensa de la justicia. El erario público sería incapaz de sostener nuestros guardadores, se agotaría: sin nuestra ruina somos impotentes para sostenerlo, o lo que es más injusto todavía, sin que el pueblo resulte esquilado. La pérdida mía me acarrearé consecuencias peores. Por lo demás acontece que, si os experimentáis perdidos, vuestros propios amigos se emplean en reconocer como causa vuestra falta de vigilancia o imprevisión, mejor que en compadeceros; afirman que es la ignorancia o la desidia en el manejo de los negocios de vuestra profesión la causa de vuestra desdicha. El que tantas casas bien guardadas se hayan perdido mientras la mía se mantiene en pie, háceme sospechar que aquéllas se desquicieron por encontrarse bien defendidas, circunstancia que provoca el deseo y da la razón al sitiador: toda centinela muestra faz de combate. Si así lo quiere Dios, un día será invadida mi morada; pero yo estoy muy lejos de atraer a nadie; es el asilo donde descanso lejos de las guerras que nos

acaban. Mi intento es sustraer este rincón de la tormenta pública, como tengo guardado otro en mi alma. [13] Es inútil que nuestra lucha cambie de cariz, que se multiplique y diversifique en nuevos partidos, o no me muevo. En medio de tantas residencias como hay en Francia de la condición en que vivo, defendidas a mano armada, sólo la mía está encomendada a la exclusiva protección del cielo: jamás alejé de ella vajilla de plata, contrato ni tapicería. No quiero yo vivir rodeado a medias de inquietudes, ni tampoco salvarme a medias. Si el favor divino llega a alcanzarme, me durará hasta el fin; si no me toca, bastante tiempo estuve en el mundo para que mi vida fuera advertida y registrada: ¿Cuánto? Hace treinta años bien cumplidos.

Capítulo XVI

De la gloria

Existen el nombre y la cosa. El primero es una palabra que distingue y significa la cosa, no es una parte de la cosa misma ni de su sustancia. Es un fragmento extraño junto a la cosa y aparte de ella.

Dios, que es en sí mismo cúmulo y plenitud de toda perfección, no puede aumentarse ni crecer interiormente; mas su nombre puede aumentar y prosperar por la bendición y alabanza que aplicamos a sus obras exteriores. Como no nos es dable incorporar en la esencia divina nuestras alabanzas, tanto más cuanto que no puede existir la comunicación del bien, atribuámosla a su nombre, que fuera de él es la parte más cercana; por eso es sólo Dios el ser a quien la gloria y el honor pertenecen, y nada hay que más se aparte de la razón que el mendigarla para aplicarla a nosotros; pues siendo interiormente indigentes y miserables, cuya esencia es imperfecta, y teniendo constantemente necesidad de mejorar, a ello deben ir encaminados nuestros pasos. Estamos huecos y vacíos, y no es precisamente de viento y de palabras de lo que debemos llenarnos; precísanos una sustancia más sólida para nuestra reparación. Un hambriento sería bien simplote si prefiriera un hermoso vestido a una comida suculenta: hay que acudir a lo más urgente. Como dicen nuestras diarias oraciones: Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus. Nos encontramos exhaustos de belleza, salud, prudencia, virtud otras esenciales cualidades; los adornos exteriores se buscarán luego que hayamos atendido a las cosas necesarias. En la teología se traían amplia y adecuadamente estas materias; yo casi desconozco por completo esta ciencia. [14]

Crisipo y Diógenes fueron los primeros y los que con mayor firmeza menospreciaron la gloria; y entre todos los goces aseguraban que no existía ninguno más peligroso ni que más debiéramos huir que el que nos procura la aprobación ajena. Efectivamente, la experiencia nos hace sentir que nacen de ella traiciones de las más ruinosas. No hay cosa que envenene tanto a los príncipes como la adulación, ni nada tampoco por donde los perversos ganen crédito con facilidad mayor alrededor de aquéllos; ni rufianería tan propia y ordinaria para corromper la castidad de las mujeres como el regalarlas y dirigirles piropos y alabanzas. El primer encantamiento que las sirenas emplearon para engañar a Ulises fue de esta naturaleza:

Deça vers nous, deça, ó treslonable Ulysse,
et le plus grand honneur dont la Grece fleurisset.

Decían aquellos filósofos Que toda la gloria del mundo ni siquiera merecía que un hombre sensato extendiese un dedo para alcanzarla:

Gloria quantalibet quid erit, si gloria tantum est.

Y al expresarme así sólo hablo de la gloria a secas, pues la hay a que suelen acompañar algunas ventajas merced a las cuales puede hacerse deseable: ella nos procura la amabilidad ajena; nos hace menos propensos a ser injuriados y ofendidos, y nos suministra otras ventajas semejantes. El desdén de la gloria era una de las principales reglas de la filosofía epicúrea, pues el precepto de esta escuela que dice OCULTA TU VIDA, y que prohíbe a los hombres embarazarse con la carga de los negocios públicos, presupone necesariamente el menosprecio de la gloria, la cual es la aprobación que el mundo hace de los actos que ponemos en evidencia. Quien nos ordena el escondernos y no cuidar sino de nosotros mismos; quien no consiente que seamos conocidos de los demás, pretende todavía menos que seamos honrados y glorificados; por eso Epicuro aconseja a Idomeneo que en manera alguna gobierne sus acciones conforme a la opinión o fama de las gentes, como no sea para evitar las molestias accidentales que el menosprecio de los hombres puede acarrearle.

Estas reflexiones son absolutamente verdaderas; a mi entender están de todo en todo de acuerdo con la razón; mas acontece que nosotros somos, no sé por qué causa, dobles en nuestra naturaleza, lo cual da margen al que aquello que creemos no lo creamos realmente y que no podamos desechar lo que condenamos. Veamos las últimas [15] palabras que Epicuro profiere al morir; en verdad son grandes y dignas de tal filósofo; pero en ellas hay algo que recomienda su nombre, lo cual está en contradicción con las ideas que encierra su doctrina. He aquí la carta que dictó antes de exhalar el último suspiro

«EPICURO SALUDA A HERMACO.

»En tanto que transcurre el feliz y postrero día de mi vida, escribo esto, con un dolor, sin embargo, en la vejiga y en los intestinos que nada puede añadirse a su intensidad; pero el mal va compensado con el placer que procura a mi alma el recuerdo de mis ideas y reflexiones. Tú, como exige la afición que desde la infancia me profesaste, a mí y a la filosofía, favorece y hazte cargo de los hijos de Metrodoro.»

Tal es la carta. Lo que me hace imaginar que el placer que Epicuro experimenta en su alma merced a sus ideas, reconoce en algún modo como fundamento la gloria que esperaba alcanzar después de su muerte, son las disposiciones de su testamento, según el cual «Aminomaco y Timócrates, sus herederos, proveen para la celebración del día de su natalicio, todos los años en el mes de enero, a los gastos que Hermaco había de ordenar, lo mismo que a los dispendios que se habían de hacer el veinteno día de cada luna en provecho de los filósofos sus familiares, que se congregarían para honrar la memoria de Epicuro y Metrodoro.»

Carneades predicó doctrina contraria, y sostuvo que la gloria era por sí misma deseable, de igual suerte que abrazamos a nuestros póstumos por sí mismos, sin ningún conocimiento ni goce. Esta opinión ha sido más comúnmente seguida, como suelen serlo las que se acomodan mejor a nuestras inclinaciones. Aristóteles concede a la gloria el primer rango entre los bienes externos, y recomienda que se eviten, como dos extremos viciosos, la inmoderación en el buscarla y el exceso en el huirla. Yo creo que si hubieran llegado a nosotros los tratados que Cicerón dejó escritos sobre este asunto tendríamos ocasión de conocer cosas singulares, pues este hombre fue de un temperamento tan furibundo por la gloria, que acaso hubiese caído en el exceso en que dieron otros al asegurar que la virtud misma no era apetecible ni deseable sino por el honor que la acompaña siempre:

Paulum sepultae distat inertiae
celata virtus:

idea tan errónea, que me entristece el que haya nunca [16] podido albergarse en entendimiento de hombre que tuviera el honor de llevar el dictado, de filósofo.

Si tal principio fuera cierto, no habría que ser virtuoso sino en público; y las operaciones del alma, donde el asiento verdadero de la virtud reside, sería inútil mantenerlas ordenadas y arregladas en tanto que los demás no tuvieran conocimiento de ello. El toque estaría en cometer delitos fina y sutilmente. «Si sabes, dice Carneades, que una serpiente permanece oculta en el lugar en que ignorándolo va a sentarse alguien que encontrará la muerte, y de la cual esperas recibir beneficio, haces mal en no advertírsele, tanto más cuanto que el acto que realizas no debe ser conocido sino de ti mismo.» Si en nosotros mismos no encontramos la ley del bien obrar, si a nuestros ojos la impunidad es justicia, ¿a cuántas suertes de maldades no nos abandonaremos todos los días? La acción que Sexto Pedeuco practica devolviendo religiosamente las riquezas que C. Plotio le encomendara (nadie sino los dos lo sabían, yo hice otro tanto con frecuencia) no la tengo por tan laudable, como encontraría digno de execración el que no hubiéramos cumplido tal deber. Creo bueno y útil de recordar en nuestros días el ejemplo de P. Sextilio Rufo, a quien Cicerón acusa por haber recibido una herencia contra su conciencia, no contra las leyes, sino ayudado por ellas. M. Craso y E. Hortensio, que merced a su autoridad y poder fueron llamados por un extranjero a la sucesión de un testamento falso, a fin de recoger por este medio su parte, conformáronse con no ser cómplices de la falsedad, mas no rechazaron el sacar provecho, considerándose como a cubierto con mantenerse al abrigo de las acusaciones de los testigos y de las leyes: *Meminerint Deum se habere testem, id est (ut ego arbitror), mentem suam.*

Es la virtud cosa bien vana y frívola cuando de la gloria alcanza su recomendación. Inútilmente nos obstinaríamos en aislarla y desunirla, porque, ¿qué cosa hay más casual que la nombradía? *Profecto fortuna in omni re dominatur: ea res, cunctas ex libidine magis, quam ex vero, celebrat obscuratque.*

El procurar que nuestras acciones sean conocidas y vistas es por entero obra del acaso; es la suerte la que nos suministra la gloria, conforme a su inestabilidad. Muchas veces la vi marchar delante del mérito y otras sobrepujarlo con generosa medida. Quien encontró primero semejanza entre la gloria y la sombra fue más perspicaz de lo que quiso; cosas son ambas de una vanidad perfecta: [17] también la sombra precede al cuerpo que la proyecta, o

le excede con mucho en longitud. Los que enseñan a la nobleza a no buscar en ella nada que del honor difiera, quasi non sit honestum quod nobilitatum non sit, ¿qué pretenden con ello sino amaestrarla en no echarse en brazos del azar cuando sus acciones no son vistas, y hacer que paren mientes en si hay testigos que puedan dar nuevas de sus proezas, allí mismo donde se presentan ocasiones mil de bien obrar sin que haya posibilidad de que la acción pueda ser advertida? ¡Cuántas hermosas proezas individuales quedan enterradas en medio de la confusión de una batalla! Quien se entretiene en considerar a los demás durante el combate no trabaja mucho por sí propio declarándolo, por el testimonio que da de las debilidades de sus compañeros. Vera et sapiens animi magnitudo, honestum illud, quod maxime natura sequitur, in factis positum, non in gloria, iudicat.

Toda la gloria que yo pretendo alcanzar de mi existencia consiste en haberla vivido tranquila; tranquila, no según Metrodoro, Arcesilao o Aristipo, sino según yo mismo. Puesto que la filosofía no supo encontrar ningún camino que condujera a la calma de la vida, y que fuera aplicable a todos, que cada cual lo busque de por sí.

¿A quien deben César y Alejandro esa grandeza infinita de su fama sino a la casualidad? ¿Cuántas vidas extinguió el destino en el comienzo de sus progresos, de las cuales no tenemos conocimiento alguno, y que estuvieron dotadas de la misma entereza que aquéllos, y que hubieran llevado a cabo iguales portentos si la desdicha de su suerte no las hubiese detenido de pronto en el germinar mismo de sus empresas? Al través de tantos y tan extremos peligros no sé que César fuera jamás herido; miles y miles de hombres fueron muertos arrojando el menor riesgo entre los más chicos que él venció. Infinitas acciones hermosas deben desvanecerse, sin que haya medio que pueda testimoniarlas, antes de que una sola venga a nuestro conocimiento. No siempre se permanece en lo alto de una brecha, o a la cabeza de un ejército, o a la vista del general, como sobre un andamio: se es sorprendido entre los setos y el foso; precisa tentar fortuna contra un gallinero; es indispensable atrapar a cuatro mezquinos arcabuceros, que anidaron en una granja; es menester apartarse de las tropas y atacar solo, conforme las circunstancias lo exijan. Y a considerar las cosas detenidamente verase a mi entender lo que la experiencia nos enseña, o sea que las ocasiones menos brillantes [18] son las más peligrosas, y que en las guerras que han tenido lugar en nuestro tiempo se perdieron más hombres valerosos en circunstancias mezquinas, en el disputarse de una bicoca, que en ocasiones dignas y honrosas.

Quien considera su muerte como mal empleada de no alcanzarla en momento señalado, en lugar de ilustrarla obscurece de intento su vida dejando escapar mientras tanto muchas ocasiones meritorias de arriesgarse. Todas aquellas que son justas, son suficientemente notables; la conciencia de cada uno trompetea de sobra sus hazañas. Gloria nostra est testimonium conscientiae nostrae.

Quién no es hombre valeroso sino porque los demás lo sepan, y porque le estimarán mejor luego de haberle sabido; quien no ejecuta las buenas obras sino a condición de que su virtud vaya en derechura al conocimiento de los hombres, ése no es persona de quien pueda sacarse gran provecho.

Credo che'l resto di quel verno cose
facesse degne di tenerne conto,

ma fur sin da quel tempo si nascose,
che non e colpa mia s'or non le conto:
perché Orlando a far l'opre virtuose,
più ch'a narrarle poi, sempre era pronto,
né mai fu alcuno de'suoi fatti espresso,
se non quando ebbe i testimoni appresso

Es necesario ir a la guerra para cumplir un deber, y aguardar la recompensa que no puede faltar a todas las acciones hermosas, por ocultas que sean, ni siquiera a los virtuosos pensamientos: tal es el único contentamiento que una conciencia bien ordenada recibe en sí misma por el bien obrar. Es necesario ser valiente por sí mismo y por las ventajas que acarrea el tener el ánimo colocado en firme asiento y seguridad, contra los asaltos de la fortuna:

Virtus, repulsae nescia sordidae,
intaminatis fulget honoribus;
nec sumit aut ponit secures
Arbitrio popularis aurae.

No porque los demás lo vean y lo sepan debe nuestra alma desempeñar su papel, sino para nosotros, interiormente, donde no lleguen otros ojos que los nuestros. Allí el alma nos resguarda del temor de la muerte, de los dolores y de [19] la deshonra misma; allí nos procura la calma cuando perdemos nuestros hijos, nuestros amigos o nuestros bienes y cuando las circunstancias lo exigen nos conduce a los peligros de la guerra; non emolumento aliquo, sed ipsius honestatis decore. Este provecho es mucho más gran de y más digno de ser apetecido y esperado que el honor y la gloria, los cuales no son otra cosa que un juicio favorable que de nosotros se hace.

Precisa elegir de entre toda una nación una docena de hombres para juzgar de una aranzada de tierra, y el juicio de nuestras inclinaciones y de nuestros actos, que es lo más complicado e importante entre todas las cosas existentes, lo encomendamos a la voz común, a la turbamulta, madre de toda ignorancia, de toda injusticia y de toda inconstancia. ¿Es razonable hacer depender la vida de un hombre cuerdo del juicio de los locos? An quidquam stultius quam, quos singulos contemnas, eos aliquid putare esse universos? Quien endereza sus miras a complacerlos jamás hizo nada señalado; es un blanco intangible y que carece de forma. Nil tam inestimabile est quam animi multitudinis. Demetrio decía graciosamente de la voz del pueblo que no hacía más mérito de la que le salía por arriba que de la que le salía por abajo. Cicerón va más allá todavía: Ego hoc judico, si quandoturpe non sit, tamen non esse non turpe, quum id a multitudine laudetur. Ningún arte, ninguna flexibilidad de espíritu sería capaz de dirigir nuestros pasos en seguimiento de un guía tan extraviado y tan sin norma: en esta confusión, que salo el viento gobierna, compuesta de tantos ruidos y opiniones vulgares como nos empujan, no puede fijarse ningún camino aceptable. Desechemos un fin tan flotante y volandero; vayamos constantemente en pos de la razón; que la aprobación pública nos siga por virtud de ese principio, si es que quiere seguirnos. Como ésta depende por entero del acaso no hay para qué seguir tal o cual dirección. Aunque por su derecho no siguiera, yo el recto camino, practicaríalo porque la experiencia me enseñó que en fin de cuentas es el más dichoso y el

más ventajoso: *Dedit hoc providentia hominibus munus, ut honesta magis juvarent.* Aquel marinero de la antigüedad decía así a Neptuno, en medio de una gran tormenta: «Oh dios, tú me salvarás si lo tienes [20] a bien y, si no, me perderás; pero yo mantendré siempre derecho mi timón.» He conocido mil hombres hábiles, mestizos y ambiguos, a quienes todo el mundo consideraba como más prudentes que yo en el manejo de las cosas del mundo, que se fueron a pique en ocasiones en que yo logré salvarme:

Risi successu posee carere dolos.

Cuando Paulo Emilio se dirigió a su gloriosa expedición de Macedonia advirtió sobre todo al pueblo romano «que contuviera la lengua en el hablar de sus acciones durante su ausencia». La licencia en el juzgar acarrea una perturbación grande en el gobierno de los negocios importantes, pues no todos están dotados de la firmeza de Fabio para rechazar la voz del pueblo adversa e injuriosa, el cual prefirió que se desmembrara su autoridad para con las vanas ideas de los hombres, por cumplir mejor su misión, no haciendo ningún caso de la reputación favorable y consentimiento popular.

Existe yo no sé qué dulzura natural en ser alabado, pero nosotros la hacemos subir de punto:

*Laudari haud metuam, neque enim mihi cornea fibra est;
sed recti finemque, extremumque esse recuso,
euge tuum, et belle.*

Yo no me cuido tanto de lo que soy para otro como me desvelo de lo que soy para mí mismo. Quiero ser rico con mis propios bienes, no con los prestados. Los extraños no ven más que los acontecimientos y las apariencias externas; cada cual puede poner cara de pascua por fuera, aunque por dentro le consuman la calentura y el espanto; los que me rodean no ven mi corazón, no ven más que mi continente. Con razón se censura la hipocresía que se ve en la guerra, pues nada hay más sencillo para un hombre experto que escapar el peligro y simular el esforzado, mientras el ánimo flaquea o cae deshecho por los suelos. Hay tantos medios de evitar individualmente las ocasiones de exponerse, que podemos engañar mil veces al mundo antes de poner el pie en un lugar donde el peligro nos amenace; y aun entonces, encontrándonos entre la espada y la pared, sabremos ocultar las emociones de nuestro rostro, expresándonos con palabra serena, aunque nuestra alma vacile interiormente. Seguro es que quien pudiera echar mano del anillo platónico, que tenía la virtud de hacer invisible al que lo llevaba volviendo la piedra del lado de la palma de la mano, ocultaría donde le precisa hacerse más visible, [21] y se arrepentiría de verse colocado en lugar tan honroso, en el cual la necesidad le fuerza a ser valiente.

*Falsus honor juvat, et mendax infamia terret
quem, nisi mendosum et mendacem?*

He aquí cómo todos esos juicios que se formulan a la vista de las externas apariencias son extraordinariamente inciertos y dudosos. Ningún testimonio existe más seguro que el que cada uno encuentra dentro de su espíritu. ¿Cuántos galopines no vemos que merced a aquellas artimañas son tenidos por héroes? Quién se mantiene firme en una trinchera

descubierta ¿en qué supera a cincuenta pobres cavadores que se encuentran junto a él, y que le abren el paso y le cubren con su cuerpo por cinco sueldos de jornal?

Non, quidquid turbida Roma
elevelt, accedas; examenque improbum in illa
castigos trutina: nec te quaesiveris extra.

Llamamos engrandecer nuestro nombre a esparcirlo y sembrarlo de boca en boca; queremos que sea recibido en buena parte y que tal crecimiento le sirva de provecho; esto es lo más excusable que pueda presentarse en el designio de perseguir la gloria. Pero el exceso de esta enfermedad llega hasta tal punto que muchos buscan que se hable de ellos de cualquier suerte que sea. Trogo Pompeyo dice de Erostrato, y Tito Livio de Manlio Capitolino, que ambos desearon más la grande que la buena reputación. Lo cual es un vicio corriente. Estamos más impacientes de que se hable de nosotros que de que se haga en bueno o en mal sentido. Nos basta con que nuestro nombre corra en boca de las gentes, de cualquiera condición que sea la fama que alcancemos. Diríase que el ser conocido fuera en algún modo tener la vida y la duración de la misma en la guarda de los demás. Yo permanezco encerrado dentro de mí mismo, y esa otra vida que habita en el conocimiento de mis amigos, si la considero al desnudo y simplemente en ella misma, bien se me alcanza que no saco fruto ni goce sino por la vanidad de una opinión quimérica; y cuando yo muera influirá sobre mí mucho menos, pues entonces perderé por entero el beneficio de la verdadera utilidad que accidentalmente suele seguirla a veces. No tendré por dónde coger la reputación ni por dónde ésta pueda tocarme ni llegar a mí, pues de aguardar que recaiga en mi nombre, en primer lugar no tengo uno que sea suficientemente mío; de los dos que llevo, el uno es común a todas [22] mis ascendientes y también a otros que no lo son. Una familia hay en París y otra en Montpellier que se llaman Montaigne; y otras dos en Bretaña y en Saintonge, llamadas de la Montaña; la modificación de una sola sílaba unirá de tal suerte nuestras acciones que a mí me cabrá parte en sus glorias y a ellos quizás en mi deshonra. Si los míos se nombraron antaño Eyquem, este apellido corresponde todavía a una conocida casa de Inglaterra. Por lo que toca al nombre mío, pertenece a quien quiera tomarlo, de manera que puede ir a dar en manos de cualquier ganapán. Además, aun cuando yo tuviera un distintivo particular para mí solo, ¿qué puede significar cuando yo no exista? ¿Acaso puede designar y favorecer a la nada?

Nunc levior cippus non imprimitt ossa
laudat posteritas; nunc non e manibus illis.
Nunc non e tumulo, fortunataque favilla,
nascuntur violae;

pero de esto hablé ya en otra parte. Por lo demás, en una batalla en que diez mil hombres son destrozados o muertos, ni siquiera hay quince de quienes se hable. Es preciso que se trate de alguna grandeza suprema o de algún hecho de consecuencia trascendental que el acaso junte, los cuales hagan resaltar una acción particular, no de un arcabucero solamente sino de un capitán. Porque matar un hombre, o dos, o diez; presentarse valerosamente a la muerte, si bien es para todos asunto importante, pues la vida es lo que más se estima, para el mundo es cosa ordinaria y corriente que se ve todos los días; y son necesarias tantas para

llegar a producir un hecho señalado, que de ello no podemos aguardar ninguna particular recomendación.

Casus multis hic cognitus, ac jam
tritus, et e medio fortune ductus acervo.

De tantas millaradas de hombres valientes que murieron en Francia de mil quinientos años acá con las armas en la mano, no hay ni ciento que hayan llegado a nuestra memoria. No ya sólo el nombre de los jefes, sino el de las batallas y victorias quedó enterrado en el olvido. Las hazañas de más de la mitad del mundo, a falta de quien las anote, bórranse sin dejar ninguna huella. Si en mi posesión tuviera los acontecimientos desconocidos, creo que sería facilísimo obscurecer con ellos los conocidos y celebrados en toda suerte de ejemplos. Entre los mismos romanos y los griegos, entre tantos escritores y testimonios, al través de tan nobles y raras empresas, ¡cuán pocos son los que llegaron a nosotros! [23]

Ad nos vix tenuis fama periabitur aura

Milagro será si de aquí a cien años se recuerda a bulto que en nuestra época hubo en Francia guerras civiles. Los lacedemonios hacían sacrificios a las masas al entrar en batalla, a fin de que sus gestas fueran bien y dignamente relatadas, considerando como favor divino y no común el que las acciones brillantes encontraran testigos que supieran imprimirlas vida y memoria. ¿Pensamos quizás que a cada arcabuzazo que nos hiere y a cada inminente peligro que corremos haya un cronista que los registre? Cien cronistas podrían consignarlos en sus comentarios sin que por ello duraran más que tres días, sin llegar a la vista de nadie. Ni siquiera hemos alcanzado la milésima parte de los escritos de los antiguos; el acaso es lo que les dio vida más corta o más dilatada, según su capricho; y de lo que disfrutamos, lícito nos es dudar si es lo peor, puesto que no hemos visto lo demás. No se traman historias con tan poca cosa; es necesario haber sido cabeza en la conquista de un imperio o de un reino; es preciso haber ganado cincuenta y dos batallas campales, haber sido constantemente más débil en número, como César; diez mil soldados y muchos capitanes murieron hallándose a sus órdenes, valiente y valerosamente, de quienes el nombre se desvaneció, con la muerte de sus mujeres e hijos:

Quos fama obscura recondit.

De entre aquellos a quienes vemos realizar actos grandes, tres años o tres meses después de curar en el desempeño de sus cargos ya nadie se acuerda, de ellos; ocurre lo propio que si no hubieran existido. Quien considere con proporción y justa medida de qué gentes y de qué hechos la gloria guarda memoria en los libros, hallará que en nuestro siglo hay muy contadas secciones y personas muy contadas que puedan tener a aquélla legítimo derecho. ¿Cuántos hombres notables no hemos visto sobrevivir a su propia reputación, que vieron extinguirse en su propia presencia el galardón que justamente adquirieran en sus verdes años? ¡Y por tres de esa vida quimérica o imaginaria, vamos perdiendo nuestra existencia esencial y transportándonos a una perpetua muerte! Los filósofos enderezan su vida a un más hermoso y más justo fin que esa empresa de importancia tan capital: Recte facit, fecisse merces est. -Officii fructus, ipsum officium est. Sería quizás disculpable que un pintor u otro artista semejante, y [24] también un retórico o un gramático, se trabajaran por

adquirir nombre merced a sus obras, mas las acciones de la virtud son por sí mismas demasiado nobles para buscar otra recompensa que su valer peculiar, y mucho menos en la vanidad de los juicios humanos.

Si al menos esta falsa opinión sirve para que los hombres se mantengan dentro de su deber; si el pueblo con ella se despierta a la virtud; si los soberanos se conmueven al ver que el mundo bendice la memoria de Trajano y abomina la de Nerón; si los afecta el ver el nombre de este gran bribón en su tiempo causar horror y hoy maldecido y ultrajado a voz en grito por el primer colegial que conoce su vida, que la gloria se alimente entre nosotros cuanto sea dable. Platón al emplear todos los medios que su espíritu le sugería para convertir a la virtud a sus ciudadanos aconsejábales que no menospreciasen la buena reputación y estimación de los pueblos; y añade que merced a una divina inspiración acontece que hasta los malos mismos, así de palabra como ideológicamente, saben equitativamente distinguir a los buenos de entre los perversos. Este filósofo y su pedagogo son ingeniosos y atrevidos para hacer intervenir la revelación y las leyes divinas donde quiera que faltan las fuerzas humanas; ut tragici poetae ad deum, quum explicare argumenti exitum non possunt: por eso con designio injurioso le llamaba Timón gran forjador de milagros. Puesto que los hombres, a causa de su incapacidad, no pueden pagarse en buena moneda, apélese también a la falsa. Este medio ha sido practicado por todos los legisladores, y no hay república en que deje de encontrarse alguna mezcla, ya de vanidad ceremoniosa, ya de opinión mentirosa, que sirve de freno a sujetar los pueblos a la obediencia. Por eso la mayor parte, de ellos muestran los comienzos fabulosos, enriquecidos de misterios sobrenaturales; esto es lo que dio crédito a las religiones bastardas e hizo que las gentes de entendimiento no las miraran con malos ojos. Por eso Numa y Sertorio, para convertir en creyentes a sus huestes, las apacentaban con esta simpleza: el uno que la ninfa Egeria, y el otro que su cierva blanca les aconsejaban de parte de los dioses las determinaciones que tomaban. La autoridad que Numa dio a sus leyes bajo la advocación y patronato de esa diosa, Zoroastro el legislador de los bactrianos y de los persas, la dio a las suyas bajo el patronato del dios Oromazis; Trimegisto legislador de los egipcios, se sirvió de Mercurio; Zamolxis, el de los escitas, de Vesta; Carondas, el de los cálcidas, de Saturno; Minos, el de los candiotas, de Júpiter; Licurgo, el de los lacedemonios, de Apolo; Dracón y Solón, legisladores [25] del pueblo ateniense, de Minerva. Todo gobierno, en suma, tiene un dios a su cabeza; falsos todos los demás, verdadero el que Moisés levantó al pueblo de Judea, salido de Egipto. La religión de los beduinos, como dice Joinville, predicaba entre otras cosas que el alma del que moría por su príncipe se iba a otro cuerpo más dichoso, más hermoso y más fuerte que el primero que, había ocupado. Empujados por esta creencia, exponían la vida de mejor gana.

In ferrum mens prona viris, animaeque capaces
mortis, et ignavum est rediturae parcere vitae.

Fe saludable, aunque vana. Cada pueblo guarda ejemplos semejantes en sus costumbres, pero asunto es éste que merecería capítulo aparte.

Y por añadir aún una palabra más sobre lo primero de que hablé en este capítulo, diré que tampoco aconsejo a las damas que llamen su honor a lo que no es más que su deber; ut enim consuetudo loquitur, id solum dicitur honestum, quod est populari fama gloriosum;

éste es el jugo, aquél sólo la corteza. Tampoco las aconsejo que nos pongan por pantalla el honor como pretexto de su oposición, pues supongo que sus intenciones, deseos y voluntad, cosas que nada tienen que ver con el honor, como nada de ello aparece al exterior, están en ellas mejor ordenados que los efectos exteriores:

Quae, quia non liceat, non facit, illa facit.

la ofensa a Dios y a la propia conciencia será tan grande al desearlo como al efectuarlo; y además son esas por sí mismas acciones tapadas y ocultas. Sería fácil que ocultaran alguna al conocimiento de los demás, de la cual el honor dependiese, si no tuvieran otro respeto al deber y a la afección, distinto del que tienen a la castidad por sí misma. Toda persona de honor prefiere perder éste antes que la conciencia.

Capítulo XVII De la presunción

Hay otra clase de gloria que consiste en la opinión demasiado ventajosa que formamos de nuestro valer. Es una afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos, y [26] que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos, así como la pasión del amor presta gracias y bellezas al objeto amado, dando imagen a que los enamorados hallen, por tener el juicio turbio y trastornado, lo que aman diferente y más perfecto de lo que es en realidad.

No quiero yo sin embargo que por temor de pecar por este lado el hombre se desconozca, ni tampoco que piense valer menos de lo que vale. Debe el juicio en todo mantener sus derechos, y está muy puesto en razón que examine en este caso como en todos los demás aquello que la verdad le muestra; por eso vemos que César se puede considerar resueltamente como el primer capitán del mundo. No somos más que ceremonia; la ceremonia nos arrastra, y prescindimos de la esencia de las cosas; permanecemos en las ramas y abandonamos el tronco y el cuerpo del árbol. Hemos enseñado a las damas a enojecer con sólo oír nombrar lo que en modo alguno temen practicar; no osamos nombrar a derechas nuestros miembros, pero no tememos emplearlos en toda suerte de concupiscencias. Los miramientos nos vedan el expresar por palabras las cosas lícitas y naturales, y acatamos los miramientos; la razón nos prohíbe la comisión de actos ilícitos, y nadie obedece a la razón. Y aquí me encuentro yo atascado y trabado por las leyes ceremoniosas, que no consienten ni que se hable bien de sí mismo ni tampoco que se hable mal. Por esta vez las dejaremos a un lado.

Aquellos a quienes la fortuna (llámese buena o mala) hizo pasar la vida en alguna señalada posición social pueden por sus acciones públicas dar testimonio de lo que son; pero a los que vivieron envueltos en la multitud, y de quienes nadie hablará si ellos mismos no hablan, debe excusárseles el atrevimiento de exteriorizarse en beneficio de los que tienen interés en conocerlos, como Lucilio hizo,

Ille velut fidis arcana soladibus olim
credebat libris, neque si male cesserat, usquam
decurrens alio, neque si bene: quo fit, ut omnis
votiva pateat veluti descripta tabella
vita senis;

quien confió al papel sus ideas y sus actos, pintándose tal cual se creía, ser: ned id Rutilio et
Scauro citra fidem, aut obtrectationi fuit.

Recuerdo, pues, que desde mi más tierna infancia advertí en mí yo no sé qué porte y qué ademanes, testimonios [27] de alguna vana y necia altivez. Entiendo que no es extraordinario ni raro el tener propensiones tan peculiares e incorpóreas en nosotros que carezcamos de medios para advertirlas y reconocerlas; y de estas inclinaciones naturales el cuerpo retiene fácilmente un resabio contra nuestra voluntad y sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Una afectación que sentaba bien con su hermosura hacía inclinar a un lado la cabeza de Alejandro; igual circunstancia convertía en blando y pastoso el hablar de Alcibiades; Julio César se rascaba con un dedo la cabeza, lo cual significa el estado de un hombre cuyo espíritu está lleno de graves pensamientos; y creo que Cicerón acostumbraba a fruncir un poco la nariz, que es testimonio de un natural burlón; todos estos movimientos pueden ganarnos imperceptiblemente. Otros hay artificiales, de que no hablo, como las saluciones y reverencias, con los cuales alcanzamos las más de las veces inmerecidamente, el honor de que se nos tenga por sencillos y corteses: se puede ser sencillo aparentemente. Yo soy sobrado pródigo de bonetadas, principalmente en estío, y jamás se me dirige una sin que la devuelva, cualquiera que sea la calidad del que saluda, como no sean gentes que vivan a mis expensas. Desearía yo que algunos príncipes que conozco fueran económicos y justos dispensadores de las mismas, pues así, sin discreción esparcidas, se aminora su valor y no producen efecto. Entre los talantes desordenados no olvidemos la gravedad afectada del emperador Constancio, que en público tenía siempre la cabeza derecha, sin volverla ni inclinarla a ningún lado, ni siquiera para mirara a los que le saludaban o se encontraba junto a él; mantenía el cuerpo plantado, inmóvil, sin dejarse llevar por el vaivén de su carruaje; ni osaba tampoco escupir, sonarse las narices ni limpiarse el sudor de la cara ante las gentes. Y no sé si los ademanes que en mí advertían eran como los de que hablé primero, o si dependían de alguna propensión oculta a la vanidad y altivez necias, como acaso fuera la verdad. Los movimientos del cuerpo no puedo yo justificarlos, cuanto a los del alma quiero aquí confesar lo que por virtud de ellos experimento.

Hay en la precación dos aspectos diferentes, a saber: el avalorarse demasiado, y el no avalorar suficientemente a los demás. Por lo que toca al primero pareceme que debo tener en cuenta estas consideraciones: yo me siento avasallado por un error de alma, que me atormenta como injusto y más todavía como inoportuno; procuro corregirlo, pero arrancarlo no puedo, y es que atenúo el equitativo valer de las cosas que poseo y lo realzo a medida que me son extrañas, ausentes y ajenas. Tal disposición de espíritu va en mí muy lejos De la propia suerte que la prerrogativa de autoridad hace que los maridos miren a las mujeres [28] propias con equivocado menosprecio, y muchos padres a sus hijos, así me acontece a mí; entre dos obras semejantes iré siempre contra la que me pertenece. Y la razón no es tanto que el deseo de corregir mi obra y perfeccionarla trastorne mi juicio y me imposibilite

de toda satisfacción, como el considerar que en mí, por sí misma, la posesión engendra el desdén de aquello que tengo a mi albedrío. El régimen, costumbres y lenguas de países lejanos me encantan; hecho de ver que el latín me engaña por lo majestuoso de su dignidad, algo más de lo que fuera justo, como a los niños y al vulgo; el gobierno, la casa, y el caballo de mi vecino, aun cuando sean iguales, valen más que los míos, precisamente porque no lo son; la ignorancia mía es supina; tanto más admiro la seguridad y aplomo que cada cual tiene en sí mismo, y encuentro que casi nada hay que yo crea saber, ni que tenga seguridad de hacer.

Cuando me propongo llevar a cabo tal o cual labor, carezco de nociones exactas acerca de los medios de que podré echar mano para salir airoso, y de ellos no me informo sino cuando la tarea acabó, tan desconfiado de mis fuerzas como de todo lo demás; de donde resulta que si salgo con lucimiento de un trabajo, atribúyolo mejor a la buena fortuna que a mis propias fuerzas, tanto más cuanto que nunca formo designio previo, y adrede lo dejo al azar. Análogamente me sucede que de todas las opiniones que la antigüedad profesó del hombre en general, las que abrazo de mejor gana, y a que me sujeto más, son las que nos menosprecian, envilecen y rebajan en mayor grado; jamás la filosofía me parece tan razonable como cuando combate y reconoce nuestra presunción y vanidad, cuando de buena fe confiesa la irresolución, debilidad e ignorancia humanas. Paréceme que el ama de cría de las más falsas ideas públicas y particulares es la opinión demasiado ventajosa que el hombre se forma de sí mismo. Esas gentes que cabalgan sobre el epiciclo de Mercurio y ven hasta lo más recóndito del firmamento, me producen el mismo efecto que si me arrancaran las muelas; pues descubriendo en el estudio que yo hago, cuyo asunto es el hombre, una tan extremada diversidad de juicios, un laberinto tan intrincado de dificultades que se amontonan de continuo las unas sobre las otras, tanta variedad e incertidumbre en la escuela misma de la sapiencia, y no habiendo sido capaces esos hombres de darse cuenta del conocimiento de sí mismos, ni de su peculiar condición, que constantemente tienen ante sus ojos, y que reside en ellos; no sabiendo cómo se agita lo que ellos hacen agitar, ni cómo pintarnos y descifrar los resortes que guardan y manejan ellos mismos, ¿cómo he de creerlos cuando nos explican la causa del crecer y de crecer de las aguas del Nilo? La curiosidad de inquirir [29] las cosas fue puesta en el espíritu del hombre para su castigo, dice la divina palabra.

Volviendo a mí mismo, diré que es muy difícil, a lo que creo, que nadie se considere menos, y hasta que nadie me considere menos de lo que yo me considero. Inclúyome en la clase más común y ordinaria de los hombres, y lo que me distingue acaso es la confesión sincera que de ello hago. Sobre mí pesan los defectos más comunes y corrientes, pero ni dejo de reconocerlos, ni tampoco de buscarlos excusa, y me justiprecio sólo porque conozco lo que valgo.

Si alguna gloria hay en ello, en mí se encuentra infusa superficialmente, por lo traicionero de la complexión mía, careciendo de cuerpo para comparecer ante la vista de mi juicio. Aquélla me circunda sin penetrarme, pues a la verdad, por lo que toca a las cosas del espíritu, de cualquier modo que las considere, nunca emanó de mí nada que me halagara, y la aprobación ajena para nada me satisface. Es mi juicio delicado y difícil de contentar, muy particularmente en las cosas que conmigo se relacionan: constantemente me desapruero; por doquiera mis sentidos flotan, y la propia debilidad los doblega; nada

peculiar poseo que a mi entendimiento satisfaga. Mi vista es bastante clara y ordenada, pero al poner mano a la obra se trastorna. Esto que digo experimentólo en la poesía con evidencia mayor: gústola infinitamente, y la juzgo por modo aceptable en las obras ajenas; mas, cuando yo intento crearla, soy incapaz de sufrirme. Puede hacerse el tonto en todas las demás cosas, pero no cuando de poesía se trata

Mediocribus esse poetis

non di, non homines, non concessere columnae.

¡Pluguiera a Dios que esta sentencia se encontrara al frente de las oficinas todas de nuestros impresores para impedir la entrada en ellas a tantos versificadores hueros!

Verum

nil securius est malo poeta.

¡Lástima que nosotros no poseamos un pueblo semejante al de los antiguos! Nada estimaba tanto como sus poesías Dionisio, el padre: cuando se celebraban los juegos olímpicos, a ellos enviaba poetas y músicos, montados en carros que a todos los otros excedían en magnificencia, para recitar sus versos en tiendas y pabellones dorados y regiamente tapizados. Al declamarlos, la excelencia y el favor que la pronunciación les prestara atraían instantáneamente la atención del pueblo; mas cuando después llegó el autor [30] a medir y pesar la vacuidad de su obra, al punto la menospreció, y montando sucesivamente en ira se lanzó furioso derribando y desgarrando todos sus pabellones, loco a causa del despecho que sentía. Lo que de sus carros tampoco hicieran nada relevante en la carrera, y lo de que el navío que a sus gentes conducía tampoco pudiese abordar en Sicilia (una tormenta lo lanzó, destrozándolo contra las costas de Tarento), el mismo pueblo tuvo por cierto que fue un efecto de la cólera de los dioses irritados, como Dionisio, contra aquel poema detestable; y hasta los mismos marineros escapados del naufragio iban secundando la idea popular, a la cual el oráculo semejó también asociarse en algún modo, puesto que declaraba «que Dionisio estaría cercano de su fin cuando hubiera vencido a los que valían más que él». Lo cual interpretó de los cartagineses, quienes en poder le superaban, y teniendo que habérselas con ellos torcía con frecuencia la victoria y la templaba a fin de no incurrir en el sentido de esa predicción; pero engañábase, pues el dios señalaba la época de las ventajas que por injusticia y favor ganara en Atenas sobre los poetas trágicos superiores a él al hacer representar la suya intitulada las Lenianas. Repentinamente murió después de esta victoria siendo en buena parte la causa el exceso de alegría que experimentara.

Lo que en mí reconozco excusable no lo es porque de suyo ni verdaderamente lo sea, sino comparado con otras cosas peores, a las cuales veo que se otorga crédito. Yo envidio la dicha de los que saben regocijarse y gloriarse con su propia obra, por ser éste un medio fácil de procurarse, en atención a que se alcanza de sí mismo, principalmente habiendo alguna firmeza en la obstinación. Sé de un poeta a quien bajo y fuerte, solo y acompañado, cielo y tierra gritan que ignora lo que trae entre manos, mas no por ello rebaja un ápice de la medida que se tomó: constantemente de nuevo comienza de nuevo se consulta y persiste en su idea con fuerza igual a los improperios que oye y con igual rudeza, la cual a él solo incumbe mantener.

Tan lejos están mis obras de sonreírme que cuantas veces en ellas pongo mano, otras tantas me despecho:

Quum relego, scripsisse pudet; quia plurima cerno,
me quoque, qui feci, iudice, digna lini.

Guardo siempre en el alma una idea y cierta imagen indecisa, que me presentan como en sueños una forma mejor que la trabajada, mas no la puedo coger ni elaborar, y aun esa idea misma es de categoría mediana. Lo que con [31] esto quiero significar es que las producciones de aquellas almas grandes y ricas de los pasados siglos sobrepujan un grado inmenso el extremo límite de mi fantasía y de mi deseo: no solamente sus escritos me satisfacen y me llenan, sino que también me pasman, dejándome de admiración transido; juzgo su belleza y la veo, si no hasta el fin, al menos tan adentro que me es imposible aspirar a ella. Sea cual fuere el escrito que yo emprenda, debe a las Gracias un sacrificio previo, como Plutarco dice de Jenócrates, para alcanzar así su favor:

Si quid enim placet,
si quid dulce hominum sensibus influit,
debentur lepidis omnia Grattis.

Constantemente me abandonan y en mí todo es grosero; fáltanme belleza y gentileza; soy incapaz de procurara a las cosas su mayor valor; mi manera nada ayuda a la materia, por lo cual me precisa sólida, fácil de asir y que luzca por sí misma. Cuando las que manejo son más regocijadas y vulgares, es mi intento el que me sigan por no gustar de una prudencia triste y ceremoniosa como acostumbra el mundo, y para alegrarme, y no por regocijar mi estilo, el cual más bien las apetece severas y graves, si es que puedo nombrar estilo al hablar informe y sin reglas, a la jerga popular y al proceder sin definición, división ni conclusión, confuso, a la manera del que empleaban Amafania y Ratirio. Yo no acierto a gustar, regocijar ni cosquillear; el mejor cuento del mundo se agosta entre mis manos, y se deslustra. No sé hablar distintamente sino es cuando con seriedad me expreso, y me encuentro del todo desprovisto de esa facilidad que en algunos de mis compañeros veo, la cual consiste en hablar al primero que les sale al paso, teniendo pendientes a una concurrencia entera, o en divertir sin cansarse el oído de un príncipe, instruyéndole en toda suerte de asuntos. La materia jamás les falta, merced a la gracia que poseen de saber utilizar la primera que encuentran a la mano, acomodándola al humor y alcance de aquellos a quienes hablan. Los soberanos apenas gustan de los discursos sólidos, y yo soy inhábil para forjar historias. Las razones primeras y más fáciles, que comúnmente son aquellas de las cuales mejor nos apoderamos, no acierto a emplearlas; cual predicador de aldea, sea cual fuere la cosa de que se trate, tocante a ello digo las cosas más lejanas que conozco. Considera Cicerón que en los tratados de filosofía es la parte más difícil el exordio: si así es en realidad, yo me lanzo a las conclusiones prudentemente. Precisa saber aflojar la cuerda en toda suerte de tonos, y [32] el más agudo es con frecuencia el menos necesario. Hay por lo menos tanta perfección en levantar una cosa vacía como en sostener una pesada; ya precisa superficialmente manejarlas, otras veces profundizarlas. Sé de sobra que casi todos los hombres se mantienen en este bajo nivel, porque conciben aquéllas por esta primera apariencia; pero sé también que a los más grandes maestros, Jenofonte y Platón, por

ejemplo, a veces se los ve descender a este bajo medio popular de decir y tratar las cosas, sustentándolas con gracias que jamás les faltan.

Por lo demás mi lenguaje nada tiene de fácil ni pulido; es rudo y desdeñoso, y sus formas son libres y desordenadas. Pláceme así, si no por raciocinio, por inclinación; pero bien advierto que a veces me dejo llevar con exceso, y en fuerza de huir el arte y la afectación recaigo en otros inconvenientes no menos graves.

Brevis esse laboro,
obscurus fio.

Dice Platón que ni lo conciso ni lo amplio son propiedades que procuran o quitan valor al lenguaje. Aun cuando yo me propusiera ese otro estilo igual, ordenado y unido, no acertaría a lograrlo; y bien que con mi humor se acomoden los recortes y cadencias de Salustio, no por ello dejo de encontrar a César más grande y también más difícil de representar; y si mi inclinación no lleva mejor a la imitación del hablar de Séneca, tampoco dejo de estimar más el de Plutarco. Como en el hacer, también en el decir sigo simplemente mi manera natural, lo cual acaso sea la causa de mi mayor fortaleza en el hablar que en el escribir. El movimiento y la acción ayudan a las palabras, sobre todo en aquellos que, como yo, se agitan bruscamente, acalorándose: el porte, el semblante, la voz, el vestido y la situación pueden comunicar algún valor a las cosas que por sí mismas de él carecen, como la charla. Mesala se queja en Tácito de algunos trajes muy ceñidos en su tiempo usados y de la forma de los bancos en que los oradores hablaban, los cuales debilitaban la elocuencia.

Mi lenguaje francés está adulterado lo mismo en la pronunciación que en otros respectos, por la barbarie de mi terruño: nunca vi hombre nacido y educado en las regiones de por acá que con evidencia cabal no denunciara su charloteo, y que no lastimara los puros oídos franceses. Y sin embargo no es porque yo sea muy competente en mi perigordano, pues tanto como el alemán lo desconozco, y no me apena. Es éste un dialecto lánguido (como los que en torno de mi vivienda se hablan, a uno y otro lado, el [33] poatevino, xantongés, angumosino, lemosín y alverñés), disgregado y suelto; por cima de nosotros, hacia las montañas, hay un gascón que me parece singularmente hermoso, seco, conciso, significativo; lenguaje en verdad varonil y militar, cual ninguno que yo entienda, tan nervioso, poderoso y pertinente como es el francés agraciado, delicado y rico.

En cuanto al latín, que como lengua maternal se me suministró, perdí por falta de costumbre la prontitud para poder servirme de él en el hablar y también en el escribir. Y antaño, por mi idoneidad me llamaban maestro en ella. Ved, pues, cuán poco valgo por este lado.

Es la belleza cualidad de recomendación primordial en el comercio de los humanos y el primer medio de conciliación entre unos y otros. Ningún hombre, por montaraz y bárbaro que sea, deja de sentirse en algún modo herido por su dulzura. Tiene el cuerpo una parte principalísima en nuestro ser y en él ocupa un rango señalado, por donde su estructura y composición merecen justamente considerarse. Los que quieren desprender nuestros dos componentes principales y secuestrar el uno del otro yerran grandemente: precisa, por el contrario, reacoplarlos y juntarlos; es menester ordenar al alma, no el echarse a un lado;

satisfacerse aparte, menospreciar y abandonar el cuerpo (tampoco sería capaz de realizarlo si no es sirviéndose o cualquier contrahecho remedo), sino aliarse con él, abrazarle, acariciarle, asistirle, fiscalizarle, aconsejarle, enderezarle, llevándolo al buen camino cuando se extravía, casarse con él en suma, de suerte que de marido le sirva, para que de este modo los efectos no parezcan diversos y contrarios, sino concordantes y uniformes. Los cristianos tienen particular instrucción de este enlace, pues saben que la justicia divina comprende esta sociedad y juntura del cuerpo y del alma hasta procurarle capacidad para las eternas recompensas; e informados están también de que Dios mira las obras de todo el hombre, deseando que en su totalidad reciba el castigo o el premio según sus méritos o deméritos. La secta peripatética, que es a todas la más sociable, atribuye a la sabiduría el cuidado exclusivo de proveer y procurar en común el bien de esas dos partes asociadas; y las demás sectas, por no haberse suficientemente sujetado a la consideración de la mezcla, muestran su parcialidad abiertamente: una para con el cuerpo y otra para con el alma, cayendo siempre en error semejante. Echaron a un lado el objeto, que es el hombre, y su guía, que generalmente confiesan ser Naturaleza. La distinción primera que haya existido entre las criaturas, y la consideración primera que procuró la preeminencia de unas sobre otras, es verosímil que fuese debida a las ventajas de la belleza: [34]

Agros divisere atque dedere
pro facie cujusque, et viribus, ingenioque;
nam facies multum valuit, viresque vigebant.

Mi estatura está algo por bajo de la mediana: este defecto no es solamente feo, sino incómodo, principalmente a los que tienen mando o ejercen cargos, pues la autoridad que procura la presencia hermosa y la corporal majestad les faltan. C. Mario no acogía de buena gana a los soldados que no medían seis pies de altura. Tiene razón El Cortesano al querer que el gentilhomme por él dirigido tenga una talla ordinaria, prefiriéndola a cualquiera otra, y al desechar en el hombre que a la corte se destina toda singularidad que dé margen a que le señalen con el dedo. Mas no siendo de esa estatura común, tirando más bien a pequeño que a grande, quitaríale yo de la cabeza el que un hombre así fuese militar. Los hombres pequeños, dice Aristóteles, son bonitos, convenido, pero no hermosos; y el grandor envuelve la grandeza del alma, como la belleza un cuerpo grande y alto. Los etíopes y los indios, dice el filósofo, al elegir sus reyes y sus magistrados tenían muy en cuenta la hermosura, y elevada estatura de las personas en quienes ambos cargos resignaban. Razón tenían, pues implica respeto para los que los siguen o impone al enemigo miedo el ver marchar a la cabeza de un ejército a un jefe cuya talla es espléndida y hermosa.

Ipse inter primos praestanti corpore Turnus
vertitur arma tenens, et toto vertice supra est.

Nuestro gran rey divino y celeste, de quien las cualidades todas deben cuidadosa, reverente y religiosamente considerarse, tampoco menospreció la corporal recomendación, speciosus forma prae filiis hominum; y Platón, con la templanza y la fortaleza, desea también la belleza a los conservadores de su república. Es grandemente desconsolador el que hallándose en medio de las gentes se dirijan a vosotros para preguntaros «¿Dónde está el señor?» y el que solamente os quede el resto de la bonetada que se propina a vuestro barbero o a vuestro secretario, como aconteció al pobre Filopómeno, el cual habiendo

llegado antes que sus acompañantes al alojamiento donde le aguardaban, su hostelera, de quien era desconocido, viéndole con cara de poca cosa, ocupole en ayudar a sus criadas a sacar agua y a atizar la lumbre, para el servicio de Filopómeno; llegados los gentiles hombres de su comitiva, [35] como le vieran, sorprendidos, atareado en tan hermosa ocupación, pues no había dejado de prestar obediencia a las órdenes que había recibido, preguntáronle lo que hacía. «Pago, les respondió, el castigo de mi fealdad.» Las demás bellezas son para las mujeres adecuadas: la de la estatura es la sola, propia de los hombres. Donde la pequeñez domina, ni la amplitud y redondez de la frente, ni la dulce blancura de los ojos, ni la mediana forma de la nariz, ni las orejas pequeñas y la boca, ni el buen orden y blancura de los dientes, ni el espesor bien unido de una barba morena tirando al color castaño, ni el cabello echado atrás, ni la justa redondez de la cabeza, ni la frescura del color, ni el aspecto agradable del semblante, ni un cuerpo sin olor, ni la legítima proporción de los miembros, pueden en nada contribuir a procurar belleza a un hombre.

Por lo demás, mi talla es robusta y rechoncha; mi semblante no grueso, sino lleno; la complexión entre jovial y melancólica, entre sanguínea y cálida:

Unde riggent setis mihi crura, et pectora villis;

la salud, resistente y alegre hasta bien entrado en años, por las enfermedades rara vez perturbada. Así era yo, pues nada me considero ya en los momentos actuales, en que penetró en las avenidas de la vejez, habiendo tiempo ha cumplido los cuarenta años:

Minutatim vires et robur adultum,
frangit, et in partma pejorem liquitur aetas.

lo que seré de hoy en adelante, ya no será sino medio ser; ya no seré yo; todos los días me escabullo, y a mí mismo me saqueo:

Singula de nobis anni praedantur euntes.

Habilidad y disposición corporales, no he tenido ningunas, y sin embargo soy hijo de un padre muy dispuesto y de una viveza que le duró hasta la vejez más caduca. Apenas encontró ningún hombre de su condición que se igualara a él en toda suerte de ejercicios corporales; por el contrario, yo apenas hallé ninguno que no me sobrepujara, salvo en la carrera, en que fui de los medianos. En punto a música y canto, no pude dar un paso ni tampoco supe jamás tocar ningún instrumento. En la danza, en el juego de pelota, en la lucha, no he podido adquirir sino una muy ligera y común capacidad; en el nadar y en el esgrimir, en el voltear y en el saltar, mi habilidad es del todo nula. Mis manos son tan torpes que no aciertan a escribir como Dios [36] manda, ni siquiera para mi viso personal, de tal suerte que lo que emborrono prefiero volverlo a escribir mejor que tomarme el trabajo de descifrarlo. En la lectura no soy más aventajado: muy luego echo de ver la fatiga de los que me escuchan. En lo que a otros particulares toca, no sé cerrar a derechas una carta; ni supe nunca cortar la pluma, ni trinchar en la mesa, ni equipar un caballo con su arnés; ni llevar en la mano un halcón y soltarlo luego con acierto, ni hablar a los perros, a los caballos y a las aves. En suma, las disposiciones corporales mías corren parejas con las de mi alma; nada hay en ellas de vivaz; capaces son sólo de un vigor cabal y firme; resisto

bien la fatiga, pero necesariamente tengo que estar de buen temple para lograrlo, y a ella me lanzo cuando el deseo me lleva,

Molliter austerum studio fallente laborem,

Si acontece de otro modo, si el aliciente de algún placer no me acompaña, si me conduce otro guía, que mi voluntad pura y libre, soy hombre al agua pues mi condición es tal que, salvo la salud y la vida, nada hay por que yo me determine a romperme los cascacos, ni nada quiera alcanzar a cambio del tormento del espíritu ni del esfuerzo.

Tanti mihi non sit opaci

omnis arena Tagi, quodque in mare volvitur aurum.

Extremadamente ocioso, extremadamente libro por inclinación y ex profeso, para mí sería lo mismo sacrificarme a los cuidados que derramar la sangre de mis venas. Es mi alma toda propia, a sí misma se pertenece por entero y está acostumbrada a obrar a su modo: como que hasta hoy nunca tuve quien me mandara, ni quien me impusiera obligaciones forzosas, caminé siempre como quise y al paso que me plugo; todo lo cual debilitó mi resistencia, me hizo inútil para el servicio ajeno sólo apto para el propio.

Y para mí no hubo necesidad de forzar este natural pesado, perezoso y holgazán, pues habiéndome encontrado desde mi nacimiento en una situación de fortuna en que he podido detenerme (la cual quizás mil otros de mi conocimiento hubieran tomado por pretexto para meterse en investigaciones, agitaciones e inquietudes) y en tal grado de sensibilidad que, aun habiendo tenido ocasión de ello, nada he solicitado ni tomado:

Non agimur tumidis velis Aquilone secundo,

non tamen adversis aetatem ducimos Austris; [37]

viribus, ingenio, specie, virtute, loco, re,

extremi primorum, extremis usque priores.

Yo no he tenido necesidad sino de la capacidad de contentarme a mí mismo, la cual es, sin embargo, bien considerada, igualmente difícil en cualquiera condición, y generalmente vemos que se encuentra todavía más fácilmente en la escasez que en la abundancia; y la razón quizás sea que conforme al desarrollo de la otras pasiones, el hambre de riquezas se ve más aguzada por el disfrute de las mismas que en la escasez, y porque la virtud de la moderación es más rara que la de la paciencia: yo no he tenido necesidad distinta a la de gozar dulcemente de los bienes que Dios por su liberalidad puso entre mis manos. Ni he gustado ninguna suerte de trabajo ingrato; apenas he manejado otros negocios que los míos, o si los manejé fue con la condición de emplearme en ellos cuando quise y como quise, encargado por gentes que se fiaban en mí, que no me metían prisa, y que me conocían; los peritos alcanzan provecho para servirse hasta de un caballo indócil e indómito.

Mi misma infancia fue gobernada de una manera blanda y libre, exenta de toda sujeción rigurosa; todo lo cual me formó de una complexión delicada o incapaz de cuidados, a tal extremo que yo gusto de que se oculten mis pérdidas y los desórdenes que me incumben.

En el capítulo de mis gastos incluyo el coste de mis descuidos para saber lo que me cuesta el alimentarlos:

Haec nempe supersunt,
quae dominum fallunt, quae prosunt furibus;

prefiero no saber la cuenta de lo que poseo para lamentar menos mis perjuicios, y ruego a los que en mi compañía viven que cuando no sientan afección la simulen para pagarme con buenas apariencias. Como carezco de firmeza bastante para sufrir la importunidad de los accidentes a que todos estamos sujetos; como no puedo mantener mi espíritu en la tensión de arreglar y ordenar los negocios, permanezco cuanto puedo en la postura del que se abandona a la casualidad; «tomo todas las cosas por el lado peor, lo cual me inclina a soportarlas dulce y pacientemente». Esta es la sola mira de mis vigilias y el fin único a que encamino todas mis reflexiones. Abocado a un peligro, no me preocupo tanto del modo de rehuirlo como de lo poco que importa el que lo rehuya: aunque me lo propusiera, ¿qué conseguiría? No pudiendo reglamentar los [38] acontecimientos, me reglamento yo mismo, y me aplico a ellos si ellos no se aplican a mí. Carezco de arte para torcer lo imprevisto y para escapar o forzarlo, como también para acomodar y conducir con prudencia las cosas a mi modo de ser. Menor aún es mi facilidad para soportar el cuidado, rudo y penoso, que para esto es necesario: considero como la más horrible de todas las situaciones el estar suspenso de las cosas que exigen premura, y agitado entre el temor y la esperanza.

Hasta en los negocios menos importantes el deliberar me importuna, y siento mi espíritu más inhábil para sufrir el movimiento y las sacudidas diversas de la duda y la consulta que para calmarse y resolverse a tomar cualquier partido, luego que la fortuna está jugada. Pocas pasiones han turbado mi sueño, mas, entre las deliberaciones, la más insignificante lo trastorna. De igual suerte que en los caminos evito de buen grado los lugares, que son pendientes y resbaladizos y me lanzo en lo más trillado, en lo más fangoso, en lo menos resistente, donde no pueda hallar ya mayores obstáculos y me vea precisado a buscar seguridad, así gusto de los males absolutamente puros, de los que no me afanan, ya pasada la incertidumbre de que la calma vuelva, de los que del primer envite me lanzan derecho al dolor:

Dubia plus torquent mala.

Condúzcome virilmente en las desdichas; en el trayecto que a ellas nos lleva, infantilmente. El horror de la caída que da más fiebre que el golpe. El aparato no corresponde a la fiesta: el avaricioso se atormenta más que el pobre, y el celoso más que el cornudo. El último peldaño es el más resistente: es el lugar de la constancia: en él ya no precisa el auxilio ajeno; la constancia se fundamenta allí y se apoya toda en sí misma. Aquel proceder de un hidalgo a quien muchos conocieron, ¿no da idea de cierto sentido filosófico? Casose ya bien entrado en años después de haberla corrido en su juventud y era gran decidor y amigo de francachelas. Recordando cuanta materia le procuraran las conversaciones de cornamenta y lo mucho que se había burlado del prójimo, para ponerse a cubierto de iguales befas se casó con una mujer que encontró en el lugar donde cada cual las encuentra por su dinero, y solicitola así como esposa: «Buenos días, puta. -Buenos días, cornudo.» Realizado el enlace, de nada habló más a gusto y sin ningún género de embajes a los que lo

frecuentaban que del designio que realizara, por donde sujetaba las ocultas habladurías, y hacía que se embotaran los dardos epigramáticos que se le dirigían. [39]

Por lo que toca a la ambición, cualidad vecina de la presunción, o más bien hija suya, hubiera precisado para que me empujara que la fortuna me tomase por la mano; pues el procurarme molestas alentado por una esperanza de resultados inciertos, y someterme a todas las dificultades que acompañan a los que buscan acreditarse en los comienzos de sus empresas no hubiera, sabido hacerlo:

Spem pretio non emo:

yo me sujeto a lo que veo y poseo, y apenas me alejo del puerto:

Alter remus aquas, alter tibi radat arenas;

aparte de que, se llega difícilmente a situaciones prósperas de fortuna sin exponer primeramente lo que se posee; yo soy de parecer que si se tiene bastante a mantener a condición en que se nació y se fue educado, es una locura soltar la presa movido por la incertidumbre de aumentarlo. Aquel a quien la suerte niega hasta el lugar necesario para poner en tierra las plantas de sus pies y para alcanzar la tranquilidad y el reposo, es perdonable si lanza al azar lo que posee, porque la necesidad le coloca en el camino del riesgo:

Capienda rebus in malis praeceps via est:

y yo excuso más bien a un menor el que coloque su legítima a merced de todos los vientos, que no que lo haga el que tiene a su cargo el honor de la casa, a quien no puede tolerarse el que se vea necesitado por su propia culpa. Encontré que era bueno el camino más corto y más cómodo, de acuerdo con mis buenos amigos del tiempo viejo; despojeme de aquel deseo y me mantuve quieto:

Cul sit conditio dulcis sini polvere palmae:

juzgando también prudentemente de mis fuerzas, que no eran capaces de grandes cosas, y acordándome de estas palabras del difunto canciller Ollivier, el cual decía «que los franceses se parecen a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar a la más alta, desde la cual enseñan el culo cuando a ella llegaron.» [40]

*Turpe est, quod nequeas, capiti committere pondus
Et pressum inflexo mox aro terga genu.*

Las cualidades mismas que poseo y que no son censurables reconozco que son inútiles en el siglo en que vivimos la dulzura de mis costumbres hubiérasela calificado de flojedad y debilidad; la conciencia y la fe hubiéranse considerado como escrupulosas y supersticiosas; la franqueza y libertad, como importunas, temerarias e inconsideradas. Sin embargo, para algo sirve la depravación: bueno es nacer en una época de perversión, pues,

comparado con el prójimo, es uno considerado como varón virtuoso a poca costa; quien en nuestros días no es más que parricida y sacrílego júzgase como hombre de bien y de honor:

Nunc, si depositimi non inficiatur amicus,
si reddat veterem cum tota aerugine follem,
prodigiosa fides, et Tuscis digna libellis,
quaeque coronata lustrari debeat agna:

y ningún tiempo ni lugar hubo jamás en que mejor se premiaran la bondad y la justicia de los príncipes. El primero a quien se le ocurra conquistar el favor y el crédito por ese camino, me engañaría mucho si fácilmente no lleva la delantera a sus compañeros: la fuerza y la violencia pueden algo sin duda, pero no lo pueden siempre todo. A los comerciantes, jueces de aldea y artesanos, vémosles marchar a la par con la nobleza en valor y ciencia militar; libran horrorosos combates públicos y privados, derrotan, defienden ciudades en nuestras guerras presentes: un príncipe ahoga su recomendación en medio de este tumulto. Que resplandezca por su humanidad, veracidad, lealtad y templanza, y sobre todo por su justicia; distintivos singulares, desconocidos y desterrados. Es lo que puede convenir y conformarse con el deseo de los pueblos: ninguna otra cualidad distinta es adecuada para conquistar el soberano la voluntad de sus súbditos como aquéllas, en atención a que son las más útiles: Nihil est tam populare, quam bonitas.

Según aquella comparación de mis cualidades y costumbres con las del tiempo en que vivimos, hubiérame yo reconocido hombre singular y raro: como me reconozco pigmeo y bajuno a tenor de los varones de algunos siglos pasados, en los cuales era cosa indigna de consideración, si otros méritos más recomendables no concurrían, el que [41] una persona fuera moderada en sus rencores, blanda en el sentimiento de las ofensas, religiosa en la observancia de su palabra, sin flexibilidad ni doblez, sin acomodar su fe a la voluntad ajena ni conforme a lo que exigen las ocasiones; antes consentiría que los negocios se quebraran en mil pedazos que consentir en que mi fe se torciera en provecho de ellos. Pues por lo que toca a esa nueva virtud de aparentar y disimular, que goza de tantísimo crédito en los momentos actuales, yo la odio a muerte, y entre todos los vicios no encuentro ninguno que dé testimonio de tanta cobardía y bajeza de alma. Propio es de una naturaleza villana y servil ir disfrazándose y ocultándose bajo una máscara y no osar mostrarse al natural: con esta costumbre se habitúan los hombres a la perfidia; hechos a proferir palabras falsas, la conciencia les importa un ardite. Un corazón generoso no debe jamás desmentir sus pensamientos, debe dejarse ver hasta lo más hondo; bueno es todo cuanto aparece en él, o al menos todo es humano. Aristóteles considera como prenda de magnanimidad el odiar y el amar al descubierto, el juzgar y el amar con cabal franqueza, tratándose de emitir la verdad no hacer caso de la aprobación o reprobación ajenas. Decía Apolonio «que el mentir era oficio de los siervos, y de los hombres libres el decir verdad»; ésta es la primera y la más fundamental de las virtudes; es necesario amarla por ella misma. Quien dice verdad por obligarlo a ello razones ajenas, o porque el decirlo le es útil y no teme decir mentira cuando con ella a nadie perjudica, no es hombre suficientemente verídico. Mi alma, por compleción interna, rechaza la mentira y detesta hasta el pensar en ella; siento una vergüenza recóndita y un vivo remordimiento si alguna vez un embuste se me escapa, como a veces me acontece, por sorprenderme y agitarme las ocasiones para ello imprevistamente. No precisa constantemente decirlo todo, pues esto sería torpeza, pero

lo que se dice es preciso que se diga tal y como se piensa; obrar de otro modo es maldad. Yo no sé qué ventaja esperan los mentirosos al fingir y mostrarse sin cesar distintos de lo que son si no es la de no ser creídos ni aun en el instante mismo en que dicen verdad; esta conducta puede engañar una vez o dos a los hombres, pero mantenerse ex profeso constantemente embozado, como hicieron algunos de nuestros príncipes, que «arrojarían la camisa al fuego si fuera partícipe de sus intenciones verdaderas», las cuales son palabras del viejo Metelo Macedónico; y hacer público que «quien no sabe fingir no sabe reinar», es advertir de antemano a los que frecuentan de que no oirán nunca sino trapazas y embustes, quo quis versutior et callidior est, [42] hoc invisior et suspectior, detracta opinione probitatis. Simplicidad solemne sería dejarse llevar por el rostro ni por las palabras de quien hace profesión de ser siempre diferente por fuera que por dentro, como acostumbraba Tiberio. No sé qué parte pueden tener esas gentes en el comercio humano al no exteriorizar nada que pueda considerarse como cierto: quien es desleal para con la verdad lo es también para con la mentira.

Aquellos que en nuestro tiempo consideraron y sostuvieron que el deber del príncipe no se extendía más allá de sus propias ventajas personales, las cuales antepusieron al cuidado de su fe y conciencia, hablarían con algún viso de razón al soberano cuyos negocios el acaso hubiera llevado a fundamentarse para siempre con faltar una sola vez a su palabra, pero las cosas no acontecen así; con semejante proceder se da pronto el batacazo; un príncipe concierta más de una paz y más de un tratado durante el transcurso de su existencia. La ventaja que los convida a realizar la primera deslealtad, y rara vez deja de presentarse alguna, como también se ofrecen las de practicar otras maldades, sacrilegios, asesinatos rebeliones y traiciones, empréndense por cualquier especie de provecho, mas al que después acompañan perjuicios innumerables que lanzan al príncipe fuera de todo comercio y de todo medio de negociación, a causa de su infidelidad. Solimán, príncipe de raza otomana, la cual se cura poco de la observancia de promesas y pactos, cuando en mi infancia hizo bajar su ejército a Otranto, habiendo tenido noticia de que Mercurio de Gratinar y los habitantes de Castro quedaban prisioneros después de haber hecho entrega de la plaza, contra lo que con aquél capitularan, mandó que fueran puestos en libertad, considerando que al tener entre manos otras grandes empresas en la misma región, tamaña deslealtad, aun cuando mostrara alguna apariencia de utilidad presente, podría acarrearle en lo porvenir el descrédito y la desconfianza, madres de perjuicios sin cuento.

Cuanto a mí, mejor prefiero ser importuno e indiscreto que adulator y disimulado. Reconozco que bien puede ir mezclada una poca altivez y testarudez en mantenerse así entero y abierto como yo soy, sin tener presente ninguna consideración ajena. Paréceme que me convierto en algo más libre, allí donde precisaría menos serlo, y que el respeto forzado me contraría; puede ocurrir también que, a falta de arte, la naturaleza me domine. Al mostrar a los grandes esta misma libertad de lenguaje y de maneras que en mi casa empleo, echo de ver cuánto declino hacia la indiscreción [43] e incivilidad; pero, a más de que así es mi modo de ser genuino, no tengo el espíritu bastante flexible para torcerlo en un momento dado para escapar por rodeo, ni para fingir una verdad, ni suficiente memoria para retenerla; de suerte que por pura debilidad me las echo de valiente. Por todo lo cual me abandono a la ingenuidad y a decir siempre lo que pienso, por temperamento y por designio, dejando al acaso el cuidado de atender a lo que suceda. Aristipo decía «que el

principal fruto que de la filosofía había sacado era el hablar libre y abiertamente a todo el mundo.»

La memoria es un instrumento que nos presta servicios maravillosos, sin el cual el juicio apenas puede desempeñar sus funciones, y de que yo carezco por completo. Lo que se me quiere referir es necesario que se me cuente por partes, pues responder a un asunto en que hubiera varias ideas principales no reside en mis limitadas fuerzas. Yo no podría encargarme de comisión alguna sin anotar sus pormenores; y cuando tengo entre manos alguna cosa de importancia, si es de mucha extensión, véome reducido a la necesidad vil y miserable de aprender de memoria, palabra por palabra, lo que tengo que decir; de otro modo no podría dar un paso ni tendría seguridad alguna, temiendo que mi memoria me jugara una mala partida. Pero este procedimiento no me es menos difícil: para aprender tres versos, necesito tres horas, y además, tratándose de una obra propia, la libertad y autoridad de modificar el orden, de cambiar una palabra, variando constantemente la materia, conviértela en difícil de fijar en la memoria, del que la escribe. En suma, cuanto más desconfío de mi facultad retentiva, más ésta se trastorna; mejor me ayuda por acaso: es necesario que yo la solicite sin gran interés, pues, si la meto prisa, se aturde, y luego que comenzó a titubear, cuanto más la sondeo, más se traba y embaraza. Sírvenme cuando lo tiene por conveniente, no cuando yo la llamo.

Esto que siento en lo tocante a la memoria experimentólo también en varios otros respectos: yo huyo del mundo, la obligación y las cosas forzadas. Aquello que hago fácil y naturalmente, si me propongo realizarlo por expresa y prescrita ordenanza, ya no soy capaz de hacerlo. En el cuerpo mismo, los miembros que poseen alguna libertad y jurisdicción más particulares sobre sí mismos me niegan a veces su obediencia, cuando yo pretendo destinarlos y sujetarlos en un momento determinado al servicio necesario. Esta preordenanza obligatoria y tiránica los entibia; el despecho o el espanto los acoquinan y se quedan como yertos.

Encontrándome antaño en un lugar en que se considera [44] como descortesía bárbara el no corresponder a los que os convidan a beber, aun cuando en la circunstancia fuera yo tratado con libertad completa, intenté echarlas de hombre alegre, capaz y fuerte, ser grato a la gentileza de las damas, que eran de la partida, según la costumbre seguida en el país; mas el caso fue gracioso, pues la amenaza de que había de esforzarme en beber más de lo que uso, acostumbro y puedo soportar, me obstruyó de tal manera la garganta no supo tragar ni una sola gota, y me vi privado de beber hasta lo que ordinariamente bebo en mis comidas. Encontrábame harto y ahíto por tanto líquido como a mi imaginación había preocupado. Este efecto es más bien propio de los que poseen una fantasía vehemente y avasalladora; es de todas suertes natural, y nadie hay que de él no se resienta en algún modo. Ofrecíase a un excelente arquero, condenado a muerte, salvarle la vida si consentía en dar alguna prueba notable de su habilidad en el arte que ejercía, y se opuso a intentarla temiendo que la extremada contención de su voluntad hiciera temblar su mano, y que en lugar de libertarse de la muerte perdiera la reputación que había adquirido como famoso tirador. Un hombre cuya imaginación está distraída, no dejará, pulgada más o menos, de hacer siempre el mismo número de pasos y de dimensión idéntica en el lugar por donde se pasea; pero si emplea su atención en medirlos y contarlos, hallará que lo que ejecutaba por casualidad no lo hará de intento con exactitud igual.

Mi biblioteca, que es de las selectas para estar en un pueblo retirado, está colocada en un rincón de mi asilo: si me pasa por las mientes algo que quiera estampar sobre el papel, temiendo que se me escape al atravesar el patio, precísame encomendárselo a otro. Cuando al hablar me enardezco, y me aparto, aunque sea poco, del hilo de la conversación, lo pierdo irremisiblemente, por eso me constriño en mis razonamientos y me mantengo recogido. A las gentes que me sirven es preciso que las llame por el nombre de sus cargos, o por el del país en que nacieron, pues me es muy difícil retener sus nombres; puedo decir de éstos, por ejemplo, que tienen tres sílabas, que su sonido es rudo, que principian o acaban con tal letra; y si yo viviera dilatados años no creo que dejara de olvidar mi propio nombre, como les ha ocurrido a algunos. Mesala Corvino estuvo dos años sin ninguna huella de memoria, y otro tanto se cuenta de Jorge Trebizonda. Por interés propio rumio yo con frecuencia qué vida pudiera ser la suya, y considero si en la cabal ausencia o la memoria, podría sostenerme con alguna facilidad. Mirándolo bien, temo que tamaña falta, si es radical, pierda todas las funciones del alma: [45]

Plenus rimarum sum, hac atque illac perfluo.

Hame acontecido más de una vez no recordar la consigna que tres horas antes había yo dado o recibido, y olvidarme del sitio donde había escondido mi bolsa, aunque Cicerón no crea posible el caso: pierdo con facilidad mayor lo que con más interés procuro conservar. Memoria certe non modo philosophum, sed omnis vitae usum, omnesque artes, una maxima continet. La memoria es el receptáculo y el estuche de la ciencia; siendo la mía tan endeble que no tengo motivo para quejarme si mi ciencia es tan escasa. Conozco el nombre de las artes en general, la materia de que tratan, pero nada que a esto sobrepuje. Hojeo los libros, no los estudio; lo que se me pega es cosa que ya no reconozco como ajena, es sólo aquello de que mi juicio sacó provecho, los razonamientos y fantasías con que el mismo se impregnó. El autor, el libro, las palabras y otras circunstancias, se borran instantáneamente de mi memoria, y soy tan excelente olvidador que lo que yo escribo y compongo se me disipa con facilidad idéntica. Constantemente se me citan cosas mías de que yo no me acordaba. Quien quisiera conocer de dónde salieron los versos y ejemplos que tengo aquí amontonados me pondría en duro aprieto si tratara de decírselo: no los mendigué sino en puertas conocidas y famosas, ni me contenté con que fueran ricos, fue además necesario que vinieran de mano espléndida y magnífica: en ellos se hermana la autoridad con la razón. No es maravilla grande si mi libro sigue la fortuna de los demás, y si mi memoria desempara lo que escribo como lo que leo, lo que doy como lo que recibo.

A más de la falta de recordación adolezco de otras que contribuyen en grado sumo a mi ignorancia: mi espíritu es tardío y embotado; la nubecilla más ligera lo detiene, de tal modo, que jamás le propuse ningún problema, por sencillo que fuera, que supiese desenvolver. Ni hay tampoco vana sutileza que no me embarace; en los juegos en que el espíritu toma parte: el ajedrez, las damas, la baraja y otros análogos, no se me alcanzan sino los rasgos más groseros. Mi comprensión es lenta y embrollada, pero lo que llega a penetrar lo dilucida bien y logra abrazar lo universal, estrecha y profundamente, durante el tiempo que lo retiene. Mi vista es dilatada, sana y cabal, pero el trabajo la fatiga luego y la recarga. Por eso no puedo mantener largo comercio con los libros si no es con el ajeno auxilio.

Plinio el joven enseñará a quien lo desconozca las consecuencias graves de esta tardanza, perjudicialísimas para los que se consagran a la tarea de leer. [46]

No hay alma por mezquina y torpe que sea en la cual no reluzca alguna facultad articular; ninguna existe tan negada que no brille por algún respecto. Y de cómo acontezca que un espíritu ciego y adormecido ante todas las demás cosas se encuentre vivo, despejado y lúcido en cierto particular respecto, preciso es buscar la razón en los maestros. Pero las almas hermosas son las universales, abiertas y prestas a todo, si no instruidas, al menos capaces de instrucción, lo cual escribo para acusar la mía, pues, sea debilidad o dejadez (y menospreciar lo que está a nuestros pies, lo que tenemos entre las manos, lo que se relaciona más de cerca con la práctica de la vida, cosa es ésta muy lejana de mi designio), ninguna existe tan inepta e ignorante como la mía de muchas cosas vulgares que es vergonzoso desconocer. Enumeraré algunos ejemplos que lo acreditan.

Yo nací y me crié en los campos, en medio de las labores rurales; tengo entre manos los negocios y el gobierno de mi casa desde el día en que mis antecesores que disfrutaron los bienes de que gozo me dejaron en su lugar; pues bien, no sé contar ni con fichas ni con la pluma; desconozco la mayor parte de nuestras monedas; ignoro la diferencia que existe entre las diversas semillas, así en la planta como en el granero, si la distinción no salta a la vista; apenas distingo las coles de las lechugas de mi huerto; ni siquiera me son conocidos los nombres de los útiles más indispensables de la labranza, como tampoco los más elementales principios de la agricultura, que hasta los niños saben; mayor todavía es la ignorancia en las artes mecánicas y en el tráfico, y en el conocimiento de las mercancías, diversidad y naturaleza de los frutos, vinos, carnes; no sé cuidar a un pájaro, ni medicinar a un caballo o a un perro. Y puesto que es preciso que me muestre sin vestiduras a la pública vergüenza, diré que, no hace todavía un mes que se me sorprendió ignorante de que la levadura sirviera para hacer el pan, y de qué cosa fuese fermentar el mosto. Conjeturábase antiguamente en Atenas la aptitud para las matemáticas en aquel a quien se veía hacinar diestramente y a hacer manojos una carga de sarmientos: en verdad podría deducirse de mí una conclusión bien contraria, pues, aunque me dejaran a la mano todos los aprestos de una cocina, experimentaría fuertes apetitos. Por estos rasgos de mi confesión pueden deducirse otros que me favorecerán muy poco. De cualquiera suerte que me dé a conocer, siempre y cuando que lo cumpla tal cual soy, llevo a cabo mi propósito. Y si no se me excusa el atreverme de poner por escrito cosas tan insignificantes y frívolas como las transcritas, diré que la bajeza del asunto me obliga a ello: acútese si se quiere mi proyecto, pero no el cumplimiento del mismo. Sin la advertencia ajena veo [47] bastante lo poco que todo esto vale y pesa, y la locura de mi designio; basta con que mi juicio no se aturrulle; de él son estos borrones los ensayos.

Nasutus sis usque licet, sis denique nasus,
quantum noluerit ferre rogatus Atlas,
et possis ipsum tu deridere Latinum,
non potes in nugas dicere plura meas,
ipse ego quam dixi: quid denteni dente juvabit
rodere?, carne opus est, si satur esse velis.
Ne perdas operam: qui se mirantur, in illos
virus habe; nos haec novimus esse nihil.

No estoy obligado a callar las torpezas con tal de que no me engañe al conocerlas: incurrir en ellas a sabiendas es en mí cosa tan ordinaria que apenas si ejecuto otra labor; casi nunca incurro en falta de una manera fortuita. No vale la pena el achacar a lo temerario de mi complexión las acciones inhábiles, puesto que yo no puedo librarme de atribuirles ordinariamente las viciosas.

Un día vi en Barleduc que para honrar la memoria de Renato, rey de Sicilia, presentaban a Francisco II un retrato que el primero había hecho de sí mismo: ¿por qué no ha de ser lícito pintarse a cada cual con la pluma como aquél lo hizo con el lápiz? No quiero, pues, olvidar también una cicatriz harto inadecuada a mostrar en público: la irresolución, que es un defecto perjudicialísimo en la negociación de los asuntos del mundo. En las empresas dudosas no soy capaz de tomar un partido:

Ne si, ne no, nei cor mi suona intero.

Sé sostener una opinión, pero no elegirla. Porque en las cosas humanas, a cualquier bando que uno se incline, presentándose numerosas apariencias que nos confirman en ellas (el filósofo Crisipo decía que no deseaba aprender de Zenón y Cleantes, sus maestros, sino simplemente los dogmas, y que cuanto a las pruebas y razones en sí mismo hallaría bastantes), sea cual fuere el lado hacia que me vuelva, provéome siempre, de causas y verosimilitudes para mantenerme; así que detengo dentro de mí la duda y la libertad de escoger hasta que la ocasión no me obliga; y entonces, a confesarla verdad, lanzo, las más de las veces, la pluma al viento, como comúnmente se dice, y me echo en brazos del acaso; la inclinación y circunstancias más ligeras influyen sobre mí y salen victoriosas: [48]

*Dum in dubio est animus, paulo momento huc atque
illuc impellitur.*

La incertidumbre de mi juicio se encuentra tan en el fiel de la balanza en la mayor parte de los asuntos que me acaecen, que encomendaría de buena gana su decisión al juego de los dados; y advierto, considerando con ello nuestra humana debilidad, los ejemplos que la historia sagrada misma nos ha dejado de la costumbre de encomendar a la suerte o al azar la determinación en el elegir las cosas dudosas: *sors cecidit super Mathiam*. La razón del hombre es una peligrosa cuchilla de doble filo; ¡aun en la mano misma de Sócrates su más íntimo y familiar amigo, ved cuántos extremos tiene ese báculo! De suerte que yo no soy apto sino para seguir, y me dejo fácilmente llevar hacia la multitud; no confío suficientemente en mis fuerzas para intentar dirigir ni guiar; me considero como muy a gusto viendo mis pasos trazados por los demás. Si precisa correr la aventura de una elección incierta, prefiero que sea bajo las órdenes de alguien que esté más seguro de sus opiniones y las adopte, más de lo que yo adopto y tengo seguridad en las mías, de las cuales encuentro el plan y fundamento resbaladizos.

Y sin embargo yo no soy ningún veleta, tanto menos cuanto que advierto en las opiniones contrarias una debilidad semejante; *ipsa consuetudo assenttiendi periculosa esse videtur*, et lubrica principalmente en los negocios políticos hay abierto amplio campo a toda modificación y controversia:

Justa pari premitur veluti quum pondere libra
prona, nec hac pius parte sedet, nec surgit ab illa;

Los discursos de Maquiavelo por ejemplo, eran bastante sólidos por el asunto; sin embargo, ha habido facilidad grande para combatirlos, y los que lo han hecho no han dejado facilidad menor para combatir los propios. Sea cual fuere el argumento que se siente, nunca faltarán otros con que hacer objeciones, dúplices, réplicas, tríptiles, cuádruples, como tampoco la intrincada contextura de los debates jurídicos que nuestro eterno cuestionar ha dilatado tanto, que va pesando ya poco en favor de los procesos:

Caedimur, el totidem plagis consumimus hostem, [49]

puesto que las razones apenas tienen otro fundamento que la experiencia, y la diversidad de los acontecimientos humanos nos presenta ejemplos infinitos en número que revisten toda suerte de formas. Un personaje docto de nuestra época dice que donde nuestros almanaques anuncian el calor cualquiera podría poner el frío: en lugar de tiempo seco, húmedo, y colocar siempre lo contrario de lo que pronostican; de tener que apostar por la llegada de una u otra modificación atmosférica, añadía que no pondría reparo en el partido a que se inclinara, salvo en lo que no puede haber incertidumbre, como en prometer para Navidad calores, o fríos rigurosos hacia San Juan. Lo mismo opino yo de nuestros razonamientos políticos; cualquiera que sea el rango en que se os coloque, estáis en tan buen camino como vuestro compañero, con tal de que no vayáis a chocar contra los principios que a ciegas son evidentes; por lo cual, a mi ver, en los públicos negocios, no hay gobierno por detestable que sea, siempre que haya tenido vida y duración, que no aventaje al cambio y a la variación. Nuestras costumbres están extremadamente corrompidas y se inclinan de una manera admirable hacia el empeoramiento; entre nuestras leyes y costumbres hay muchas bárbaras y monstruosas: sin embargo, a causa de la dificultad que supone el colocarnos en mejor estado y del peligro del derrumbamiento, si yo pudiera plantar una cuña en nuestra rueda y detenerla en el punto en que se encuentra, lo haría de buena gana:

Numquam adeo foedis, adeoque pudentis
utimur exerplis, ut non pejora supersint.

Lo peor que yo veo en nuestro Estado es la inestabilidad, y el que nuestras leyes y nuestros trajes no puedan adoptar ninguna forma definitiva. Muy fácil es acusar de imperfección el régimen de gobierno establecido, pues todas las cosas mortales están llenas de imperfecciones; muy fácil es engendrar en el pueblo el menosprecio de sus antiguas observancias. Jamás ningún hombre emprendió ese designio sin que se saliera con la suya, pero restablecer una situación más ventajosa en el lugar de la que se echó por tierra, ha consumido sin resultado las fuerzas de muchos que lo intentaron. En mi gobierno personal tiene mi prudencia escasa participación; de buen grado me dejo llevar por el orden general de todo el mundo. ¡Dichoso el pueblo que practica lo que le ordenan mejor que los que le reglamentan, sin atormentarse por los móviles a que las leyes obedecen; el que consiente en rodar blandamente conforme al movimiento de los cuerpos celestes jamás la obediencia puede ser pura ni sosegada en el que razona y litiga. [50]

En conclusión, para volver a mí mismo, en lo que yo me considero algún tanto es aquello en que jamás hombre alguno se juzgó deleznable. Mi recomendación es vulgar, común, y está al alcance del pueblo; porque, ¿quién se curó nunca de estar falto de sentido? Sería ésta una proposición que implicaría contradicción con ella misma. Es una enfermedad que no reside nunca donde se ve; es bien tenaz y resistente, a pesar de lo cual el primer vislumbre de la vista del enfermo la disipa, como la mirada del sol una niebla opaca: acusarse sería excusarse en este punto, y condenarse absolverse. No se vio nunca ganapán ni mujerzuela que no creyeran estar dotados de suficiente sentido para su provisión. Reconocemos fácilmente en los demás la superioridad en el valor, en la fuerza corporal, en la experiencia, en la disposición, en la belleza, pero la superioridad del juicio a nadie la concedemos, y las razones que emanan del simple discurso natural del prójimo parecen que no dependió sino de no mirar hacia ese lado el que nosotros dejáramos de encontrarlas. La ciencia, el estilo y otras prendas semejantes que vemos en las obras ajenas, fácilmente penetramos si sobrepujan aquellas de que nosotros somos capaces; mas en las simples producciones del entendimiento cada cual cree que de él solo depende el poseerlas análogas. Dificilmente se echa de ver el peso y la dificultad si no es a una extrema e incomparable distancia. Quien penetrara bien a las claras la grandeza del juicio de los demás lo alcanzaría y llevaría a él el propio. Así que es el mío un ejercicio del cual debo esperar escasa recomendación y alabanza. Además, ¿para quién se escribe? Los sabios, a quienes toca de cerca la jurisdicción de los libros, no conceden el premio sino a la doctrina, ni a prueban otro ejercicio de nuestros espíritus que el de la erudición y el arte. Si confundisteis los Escipiones el uno con el otro, ¿qué diréis ya que valga la pena? Según ellos, quien desconoce a Aristóteles se ignora al propio tiempo a sí mismo: las almas comunes y vulgares no aciertan a ver la delicadeza ni la profundidad de un discurso elevado o sutil. Esas dos especies son las que llenan el mundo. La tercera, en la cual creéis estar incluido, y a la que pertenecen los espíritus normalizados y fuertes por sí mismos, es tan rara que carece de nombre y categoría entre nosotros. Aspirar y esforzarse en obtener su beneplácito es malbaratar la mitad del tiempo.

Dícese comúnmente que la más justa repartición que la naturaleza haya hecho de sus dones es la del juicio; pues nadie hay que no se conforme con el que le tocó en la distribución. ¿No constituye esta circunstancia una razón fundamental? Quien viera más allá del suyo vería más lejos de lo que su vista alcanza. Yo creo que mis ideas son buenas y sanas, ¿mas quien no juzga lo propio de las [51] tuyas? Una de las mejores pruebas que para entenderlo así me asiste es la poca estima que hago de mí mismo, pues, de no haber estado bien aseguradas habríanse fácilmente dejado engañar por la afeción que me profeso, singular como quien conduce casi todas las cosas a sí mismo apenas las esparce fuera de él. Cuanto los demás distribuyen a una multitud infinita de amigos y conocidos en pro de su gloria y grandeza, aplícolo yo al reposo de mi espíritu y a mi persona; aquello que toma otra ruta es porque no depende por modo cabal de la jurisdicción de mi raciocinio:

Mihi nempe valere et vivere doctus.

Ahora bien, yo reconozco que mis ideas son atrevidas en extremo y constantes en condenar mi insuficiencia. Asunto es éste en el cual ejerzo mi raciocinio tanto como en cualquiera otro. El mundo mira, siempre frente a frente; ya repliego mi vista hacia dentro, y allí la fijo y la distraigo. Todos miran dentro de sí, yo dentro de mí; con nada tengo que ver: me

considero constantemente, me fiscalizo y experimento. Los demás van siempre a otra parte si piensan bien en ello, siempre hacia delante se encaminan:

Nemo in sese tentat descendere:

yo me recojo en el interior de mí mismo. Esta capacidad de conducir la verdad, cualquiera que sea, hacia mí, y esta complexión libre por virtud de la cual dejo de otorgar fácilmente mi fe, la debo principalmente a mis exclusivas fuerzas; pues las ideas generales y firmes que yo tengo son, por decirlo así, las que nacieron conmigo; éstas son naturales y completamente mías. Yo las exterioricé cruda y sencillamente, de una manera arrojada y segura, pero algo desordenada e imperfecta; luego las he fundamentado y fortificado con el auxilio de la autoridad ajena, ayudado por los sanos ejemplos de los antiguos, con los cuales me encontré de acuerdo en el juzgar; ellos me aseguraron la presa, y me otorgaron el goce y la posesión con claridad mayor. El galardón a que todos aspiran por la vivacidad y prontitud de espíritu, yo lo busco en el buen orden, entre una acción brillante y señalada, o alguna particular capacidad, yo prefiero el orden, correspondencia y tranquilidad de opiniones y costumbres: omnino si quidquam est decorum, nihil est profecto magis, quam aequabilitas universae vitae, tum singularum actionum; quam conservare non possis, si, aliorum naturam imitans, omittas tuam. [52]

He aquí pues señalado el punto hasta donde me reconozco culpable en lo tocante al vicio de presunción. Cuanto al otro de que hablé que consiste en no considerar suficientemente a los demás, no sé si podré excusarme con facilidad igual, pues por cuesta arriba que se me haga delibero consignar siempre la verdad. Acaso el continuo comercio que mantengo con el espíritu de antiguos y la idea de aquellas hermosas almas de los pagados siglos me haga encontrar repugnancia a los demás y en sí mismo; o también puede ser la causa lo que en realidad acontece: que vivimos en un tiempo que no produce sino cosas bien mediocres, de tal suerte que yo no conozco nada que sea digno de grande admiración. Tampoco tengo tan estrecha relación como precisa para juzgar de los claros varones que existen, y aquellos a quienes mi condición me une más ordinariamente son por lo común gentes que cuidan poco de la cultura del alma, de las cuales no se reclama otra beatitud que la hidalguía, ni otra perfección distinta del valor.

Lo que de hermoso veo en los demás lo alabo y justiprecio bien de mi grado; a veces hasta realzo lo que sobre ello pienso, y me permito mentir hasta este punto pues soy incapaz de inventar nada ficticio. Elogio a mis amigos en lo que de alabanza son dignos y un palmo de valer lo convierto de buena gana en palmo y medio; pero prestarles méritos de que carecen, no puedo, ni tampoco defenderlos abiertamente de las imperfecciones que los acompañan. Hasta a mis enemigos concedo equitativamente aquello a que su honor es acreedor: mi afeción se modifica, mi criterio no, y nunca confundo mi querrela con otras circunstancias que le son ajenas. Tan celoso soy de la libertad de mi juicio que difícilmente la puedo echar a mi lado, sea cual fuere la pasión que me domine. Mayor es la injuria que al mentir me infiero que la que podría inferir a la persona de quien mintiera. Los persas tenían la costumbre laudable y generosa de hablar de sus enemigos, a quienes hacían la guerra sin cuartel, de una manera digna y equitativa, adecuada al mérito de su virtud.

Conozco bastantes hombres a quienes adornan algunas prendas dignas de alabanza: quién tiene un espíritu lúcido, quién un corazón generoso, quién está dotado de habilidad, otro de conciencia sana, en otro es el lenguaje lo más estimable, en algunos el dominio de una ciencia y en otros el de otra; mas hombre grande en todo, que posea juntas tan hermosas prendas, o una en tal grado de excelencia que merezca admirarse o compararse con los que del tiempo pasado honramos la fortuna no me ha hecho ver ninguno. El más grande que haya conocido a lo vivo, hablo de las prendas naturales que lo adornaban, el mejor nacido fue Esteban de la Boëtie. Era éste, a no dudarlo, un alma cabal, que mostraba un semblante hermoso invariablemente, [53] un alma a la vieja usanza que hubiera realizado grandes empresas si el destino lo hubiese consentido permitiéndole adicionar a su rico natural con el aditamento de la ciencia y el estudio.

Yo no sé cómo acontece, pero acontece sin duda, que en los que se consagran a las letras y a los cargos que de los libros dependen, se encuentra tanta vanidad y debilidad de entendimiento como en cualquiera otra suerte de gentes; quizás sea la causa porque se exige y espera más de ellos y porque no se les excusan los defectos comunes a todo el mundo, o acaso porque la conciencia del propio saber les comunica arrojo mayor para producirse y descubrirse demasiado hacia adelante, por donde, denunciándose, se pierden. Del propio modo que un artífice pone en evidencia mayor su torpeza cuando tiene entre manos una materia rica si la acomoda y maneja neciamente, contra las reglas de su arte, que al trabajar en un objeto ínfimo; y por lo mismo que se afean más los defectos de una estatua de oro que los de otra de yeso, así sucede a los escritores cuando tratan de cosas que por sí mismas y en su lugar serían buenas; mas sirviéndose de ellas sin discreción, honran la memoria a expensas del entendimiento y enaltecen a Cicerón, a Galeno, a Ulpiano y a san Jerónimo, para ponerse ellos en ridículo.

Vuelvo de nuevo y de buen grado a hablar de la inutilidad de nuestra educación; tiene ésta por fin el hacernos no cuerdos y buenos, sino enseñarnos cosas inútiles, y lo consigue. No nos enseña a seguir ni a abrazar la virtud y la prudencia, sino que imprime en nosotros la derivación y etimología de esas ideas. Sabemos declinar la palabra virtud si no acertamos a amarla. Si no conocemos lo que es prudencia por efecto y experiencia, tenemos de ello noticia por terminología y de una manera mnemotécnica. No nos conformamos con saber de nuestros vecinos la raza a que pertenecen, sus parentescos y alianzas, queremos tenerlos por amigos y formar con ellos unión e inteligencia. Sin embargo, la educación nos enseñó las definiciones, divisiones y particiones de la virtud como los sobrenombres y ramas de una genealogía, sin cuidar para nada de fijar entre ella y nosotros ninguna familiaridad ni parentesco. La enseñanza eligió para nuestro aprendizaje no los libros cuyas ideas son más sanas y verdaderas, sino los que hablan mejor griego y latín, y entre las mejores sentencias nos ingirió en el espíritu los más vanos humores de la antigüedad.

Una educación recta modifica el criterio y las costumbres, como aconteció a Polemón, aquel joven griego licenciado que habiendo un día por acaso ido a oír una lección de Jenócrates, no se fijó en la elocuencia y capacidad del filósofo, y no se llevó consigo el conocimiento de una hermosa [54] disertación, sino un provecho más evidente y más sólido, que fue el repentino cambio y enmienda de su primera vida. ¿Quién sintió nunca tal efecto en nuestra disciplina?

Faciasne, quod olim

mutatus Polemon?, ponas insignia morbi,
fasciolas, cubital, focalia; potus ut ille
dicitur ex collo furtim carpisse coronas,
postquam est impransi correptus voce magistri?

Las gentes menos dignas de menosprecio entiendo que son aquellas que por sencillez ocupan el último rango y nos muestran un comercio más moderado. Las costumbres y conversaciones de los labriegos encuéntrolas comúnmente más ordenadas, conforme a las prescripciones de la verdadera filosofía, que no las de los filósofos: plus sapit vulgus, quia tantum, quantum opus est, sapit.

Los hombres más notables que yo haya juzgado por las apariencias exteriores (para juzgarlos por las internas y a mi modo sería preciso mirar más de cerca) fueron, en lo tocante a la guerra y capacidad militar, el duque de Guisa, que murió en Orleans, y el difunto mariscal Strozzi. Entre las personas superiores y de ejemplar virtud, Olivier y L'Hospital, cancilleres de Francia. Paréceme también que la poesía ha gozado buen renombre en nuestro siglo; hemos tenido numerosos y buenos artífices en ese arte, entre otros Aurat, Bèze, Buchanan, L'Hospital, Mont-Doré y Turnébe. Creo que la poesía francesa ha subido al grado más preeminente a que jamás llegará; y en los géneros en que Ronsard y Du Bellay sobresalen, entiendo que apenas se apartan de la perfección antigua. Adriano Turnébe sabía más y sabía mejor lo que sabía que ningún hombre de su siglo ni de los tres o cuatro anteriores a éste. Las vidas del duque de Alba, que murió poco ha, y del condestable de Montmorency, llenas de nobleza estuvieron y guardan varias singulares semejanzas en sus respectivas fortunas, mas la hermosura y la gloria de la muerte del segundo a la vista de París y de su rey, para servicio de éste y de la patria, contra sus conciudadanos a la cabeza de un ejército victorioso por su propio esfuerzo, en su vejez extrema, paréceme digna de ser colocada entre los acontecimientos notables de mi tiempo, como asimismo la bondad constante, dulzura de costumbres y benignidad de conciencia del señor de la Noue en medio de una injusticia de partidos armados, escuela verdadera de traición, inhumanidad y bandidaje, [55] donde siempre se mostró gran hombre de guerra, de experiencia consumada.

He experimentado placer sumo haciendo públicas en circunstancias diversas las esperanzas que me inspira María de Gournay le Jars, mi hija adoptiva, a quien profeso afección más que paternal, envuelta en mi soledad y retiro como una de las mejores prendas de mi propio ser. Nadie más que ella existe para mí en el mundo. Si la adolescencia puede presagiar los destinos del porvenir, esta alma será algún día capaz de las cosas más hermosas, y entre otras de la perfección de esta santísima amistad en la cual su sexo no tiene participación alguna. La sinceridad y solidez de sus costumbres alcanzan ya a la perfección. Su afección hacia mí en nada puede aumentarse; es cabal entera y nada que desear deja, si no es que el temor que mi fin la inspira por la avanzada edad de cincuenta y cinco años en que me ha conocido la trabajara menos cruelmente. El juicio que formó de los primeros Ensayos, siendo mujer y viviendo en este siglo; tan joven y por propia iniciativa; la vehemencia famosa con que me profesó afección y el largo tiempo que deseó mi trato por virtud de la sola estima que hacia mí la inclinara, son otras tantas particularidades muy dignas de tenerse en cuenta.

Las demás virtudes son harto poco frecuentes en los tiempos en que vivimos, pero el valor se hizo común a causa de nuestras guerras civiles. En este particular hay entre nosotros almas fuertes, rayanas en la perfección, y en número tan grande que el escogerlas sería imposible.

He aquí cuanto hasta el presente he conocido, por lo que toca a grandeza extraordinaria y no común.

Capítulo XVIII Del desmentir

Pero acaso se me diga que este designio de servirse de sí mismo como asunto de lo que se escribe sería excusable en los hombres singulares y famosos que por su reputación hubieran inspirado curiosidad de su conocimiento. Verdad es lo reconozco y lo sé muy bien, que para ver a un hombre como los hay a millares apenas si un artesano levantará la vista de su labor, mientras que para contemplar de un personaje grande y señalado la entrada en una ciudad los obradores y las tiendas se quedarían vacíos. A todos sienta mal el exteriorizar sus acciones; menos a aquellos que tienen por qué ser imitados y de quienes la vida y opiniones pueden servir de patrón. César y Jenofonte tuvieron materia sobrada en qué fundar y fortalecer su narración [56] con la grandeza de sus hazañas, como en una base justa y sólida. Por lo mismo son de desear los papeles diarios de Alejandro el Grande, y los comentarios que de sus gestas dejaron Augusto, Catón, Sila, Bruto y otros; de hombres así gusta estudiar las figuras aun cuando no sea más que representadas en piedra y en bronce.

Si bien es muy fundada esta reconvención, declaro que a mí me alcanza muy poco:

Non recito cuiquam, nisi amicis, idque rogatus;
non ubivis, coramve quibuslibet: in medio qui
scripta foro recitent, sunt multi, quique lavantes.

Yo no fabrico aquí una estatua para que se ostente luego en la plaza de una ciudad, ni en una iglesia, ni en ningún lugar público,

Non equidem hoc studeo, bullatis ut mihi nugis
pagina turgescat.
Secreti loquimur.

sino para ponerla en el rincón de una biblioteca, y para distracción de un vecino, pariente o amigo que tengan el placer de familiarizarse aun con mi persona por medio de esta imagen. Los otros hablaron de sí mismos por encontrar el asunto digno y rico: yo al contrario, por haberlo reconocido tan estéril y raquítrico que no puede echárseme en cara sospecha alguna de ostentación. Yo juzgo de buen grado las acciones ajenas, de las propias doy poco que juzgar a causa de su insignificancia. No encuentro tanto que alabar que no pueda declararlo

sin avergonzarme. Holgaríame mucho el oír así a alguien que me relatara las costumbres, el semblante, el continente, las palabras más baladíes y las acciones todas de mis antepasados. ¡Cuán grande sería mi atención para escucharlo! Y en verdad que emanaría de una naturaleza pervertida el menospreciar los retratos mismos de nuestros amigos y antecesores la forma de sus vestidos y de sus armas. De ellos guardo yo religiosamente escritos, rúbricas, libros de piedad y una espada que les perteneció, y tampoco he apartado de mi gabinete las largas cañas que ordinariamente mi padre llevaba en la mano: Paterna vestis, et annulos, tanto carior est posteris, quanto erga parentes major affectus. Si los que me sigan son de entender diferente, [57] tendré con que desquitarme de su ingratitud, pues no podrán hacer menos caso de mí del que yo haré de ellos, cuando llegue el caso. Todo el comercio que yo mantengo aquí con el público se reduce a tomar prestados los útiles de su escritura más rápida y más fácil; en cambio impediré quizá que algún trozo de manteca se derrita en el mercado:

No toga cordyllis, ne penula desit olivis;
et laxas scombris saepe dabo tunicas.

Y aun cuando nadie me lea, ¿perdí mi tiempo por haber empleado tantas horas ociosas en pensamientos tan útiles y gratos? Moldeando en mí esta figura, me fue preciso con tanta frecuencia acicalarme y componerme para sacar a la superficie mi propia sustancia, que el patrón se fortaleció y en cierto modo se formó a sí mismo. Pintándome, para los demás, heme pintado en mí con colores más distintos que los míos primitivos. No hice tanto mi libro como mi libro me hizo a mí; éste es consustancial a su autor, de una ocupación propia: parte de mi vida, y no de una ocupación y fin terceros y extraños, como todos los demás libros. ¿Perdí mi tiempo por haberme dado cuenta de mí mismo de una manera tan continuada y escudriñadora? Los que se examinan solamente con la fantasía y de palabra no se analizan con exactitud igual, ni se penetran como quien de sí mismo hace su exclusivo estudio, su obra y su oficio, comprometiéndose a un largo registro, con toda la fe de que es capaz, e igualmente con todas sus fuerzas. Los placeres más intensos, si bien se dirigen al interior, propenden a no dejar traza ninguna, y escapan al análisis no solamente del vulgo, sino de las personas cultivadas. ¿Cuántas veces no me alivió esta labor de tristezas y pesadumbres? Y deben incluirse entre ellas todas las cosas frívolas. Dotonos la naturaleza de una facultad amplia para aislarnos y con frecuencia a ella nos llama para enseñarnos que nos debernos en parte a la sociedad, pero la mejor a nosotros mismos. Con el fin de llevar el orden a mi fantasía hasta en sus divagaciones para que obedezca a mi proyecto, y para impedir que se evapore inútilmente, no hay como dar cuerpo y registrar tantos y tantos pensamientos menudos como a ella se presentan; oigo mis ensueños porque mi propósito es darlos cuerpo. Entristecido a veces porque la urbanidad y la razón me imposibilitaban de poner al descubierto alguna acción, ¡cuántas veces la llamé aquí no sin designio de público provecho! Y sin embargo estos latigazos poéticos, [58]

Zon sus l'oeil, zon sur le groin,
zon sur le dos du sagoïn,

se imprimen todavía mejor en el papel en la carne viva. Nada de extraño hay en que mi oído ponga más atención en los libros desde que estoy al acecho para ver si puedo apropiarme de alguna cosa con que esmaltar o solidificar el mío. Yo no he estudiado para

componer mi obra, pero estudié algún tanto por haberlo hecho, si puede llamarse así al desflorar y pellizcar por la cabeza o por los pies ya un autor a otro, no para formar mis opiniones, sino para fortalecerlas cuando estaban ya formadas, para secundarlas y venir las en ayuda.

¿Mas a quién otorgaremos crédito, hablando de sí mismo, en una época tan estropeada como la nuestra, en atención a que hay pocos o ningunos a quienes hablando de los demás podamos dar fe? El signo primero en la corrupción de las costumbres es el destierro de la verdad, pues como decía Píndaro el ser verídico es el comienzo de toda virtud y la primera condición que Platón exige al gobernador de su república. Nuestra verdad actual no es lo que la realidad muestra, sino la persuasión que acierta a llevarla a los demás, de la propia suerte llamanos moneda no solamente a la que es de buena ley, sino también a la falsa que circula. Silvano Massiliensi, que vivió en tiempo del emperador Valentiniano, dice «que en los franceses el mentir y perjurar no es vicio, sino manera de hablar». Quien quisiera sobrepujar ese testimonio podría decir que ahora la cosa se trocó en virtud: todos se forman y acomodan a la mentira como a una justa honorífica; el disimulo es uno de los méritos más notables de nuestro siglo.

Por eso he considerado muchas veces de dónde podía provenir la costumbre que religiosamente observamos de sentirnos agriamente ofendidos cuando se nos acusa de este vicio que nos es tan ordinario, y que constituya la mayor de las injurias que de palabra pueda hacérsenos. En este punto entiendo que es natural defenderse con mayor ahínco de los defectos que nos dominan más. Diríase que al resentirnos de la censura conmoviéndonos, nos descargamos en cierto modo de la culpa; si incurrimos en ella, al menos condenámosla aparentemente. ¿No será también la causa el que esta acusación parece envolver la cobardía y flojedad de ánimo? ¿Puede existir ninguna que supere a desdeñarse de la propia palabra y del propio conocimiento? Es el mentir feo vicio, que un antiguo pintó con vergonzosos colores cuando dijo «es dar testimonio de menospreciar a Dios al par que de temer a los hombres.» Es imposible [59] representar con mayor elocuencia el horror, la vileza y el desarreglo que constituyen la esencia de la mentira, pues ¿qué puede imaginarse más villano que el ser cobarde para con los hombres y bravo para con Dios? Guiándose nuestra inteligencia por el solo camino de la palabra, el que la falsea traiciona la sociedad pública. Ese es el único instrumento por cuyo concurso se comunican nuestras voluntades y pensamientos; es el intérprete de nuestra alma. Si nos falta, ya no subsistimos, ni nos conocemos los unos a los otros. Si nos engaña, rompe todo nuestro comercio y disuelve todas las uniones de nuestro pueblo. Ciertas naciones de las Indias nuevas (no hay para qué citar sus nombres, no existen ya, pues basta la cabal abolición de los mismos y hasta ignorar el antiguo conocimiento de los lugares ha llegado la desolación de esta conquista sin ejemplo) ofrecían a sus dioses sangre humana, y la sacaban de la lengua, y de los oídos para expiación del pecado de la mentira, tanto oída como proferida. Decía Lisandro que a los muchachos se divierte con las tabas y a los hombres con las palabras.

Cuanto a los usos diversos del desmentir, las leyes de nuestro honor en este punto y las modificaciones que las mismas han experimentado, remito a otra ocasión el decir lo que sé. Enseñaré al par, a serme dable, la época en que comenzó esta costumbre de pesar y medir tan exactamente las palabras y de hacer que de ellas dependiera nuestra reputación, pues

fácil es convencerse de que no existía en lo antiguo, en tiempo de griegos y romanos. Por eso me ha parecido nuevo y extraño el verlos desmentirse e injuriarse sin que ninguna de las dos cosas constituyera, motivo de querrela. Sin duda las leyes de su deber tomaban otro camino distinto de las nuestras. A César se le llama ya ladrón, ya borracho en sus barbas, y vemos que la libertad en las invectivas que se lanzaban los unos contra los otros, hasta los más afamados caudillos de una y otra nación, las Palabras se contestan solamente con las palabras, sin que sobrevenga consecuencia mayor.

Capítulo XIX

De la libertad de conciencia

Es ordinario ver que las buenas intenciones cuando sin moderación se practican empujan a los hombres a realizar actos censurables. En este debate de guerras civiles por el cual la Francia se ve al presente trastornada, el partido mayor y más sano es sin duda el que defiende la religión y gobierno antiguos de nuestro país. Sin embargo, entre los hombres de bien que sostienen la buena causa (pues [60] no hablo de los que con ella se sirven de pretexto para ejercer sus venganzas personales, o para saciar su avaricia, o para buscar la protección de los príncipes, sino de aquellos a quienes mueve sólo el celo por la religión y la santa afección por el mantenimiento del sosiego de su patria), entre los primeros, digo, se ven muchos a quienes la pasión arrastra fuera de los límites de la razón y los hace a veces tomar determinaciones injustas, violentas y hasta temerarias.

Verdad es que en los primeros tiempos en que nuestra religión comenzó a alcanzar autoridad para con las leyes, el celo armó a muchos contra toda suerte de libros paganos, con lo cual los escritores experimentan hoy perjuicios sin cuento. Creo que este desorden ha ocasionado mayores males a las letras que todas las hogueras de los bárbaros. Buena prueba de ello es Cornelio Tácito, pues a pesar de que el emperador del mismo nombre, su pariente, poblara por ordenanza expresa todas las bibliotecas del mundo con la obra de aquél, tan sólo un ejemplar completo, pudo escapar a la curiosa investigación de los que anhelaban aniquilarla, a causa de cinco o seis cláusulas insignificantes contrarias a nuestra creencia.

También aquéllos gratifican fácilmente con falsas alabanzas a todos los emperadores que defendieron el catolicismo, al par que condenan en absoluto todas las acciones de los que nos fueron adversos, como puede verse por el emperador Juliano, sobrenombrado el Apóstata. Era éste a la verdad hombre preeminente, de peregrino valer, como quien tuvo su alma vivamente impregnada, en los discursos de la filosofía, a los cuales procuraba, con todas sus fuerzas, sujetar sus obras. Y en efecto, apenas se encuentra virtud ninguna de que no haya dejado ejemplos nobilísimos. En punto a castidad (prenda de que el curso de su vida da claro testimonio), se lee de él un rasgo semejante a los de Alejandro y Escipión: en medio de muchas y bellísimas cautivas ni siquiera quiso nunca ver ninguna, encontrándose en la flor de su edad, pues fue muerto por los partos cuando contaba treinta y un años solamente. En lo tocante a justicia tomábase por sí mismo el trabajo de oír a las partes, y aunque por simple curiosidad se informara con los que comparecían ante él de la que

profesaban, la enemistad que le movía contra la nuestra no ponía ningún contrapeso en la balanza. Él mismo hizo algunas leyes excelentes y alivió una gran parte de los impuestos y subsidios que establecieron sus predecesores.

Hay dos buenos historiadores que fueron testigos oculares de sus actos. De ellos, Marcelino censura con acritud en diversos lugares de su obra uno de sus decretos por virtud del cual prohibía la enseñanza a todos los retóricos y gramáticos cristianos, declarando de paso el cronista que [61] esta acción de su mando hubiera deseado verla sumergida en el silencio. Es muy probable que si algo más duro hiciera contra nosotros, Marcelino no lo hubiera callado siendo tan afecto a nuestra fe. Rudo era para nosotros, es verdad, mas no cruel enemigo, porque los mismos cristianos cuentan que paseándose una vez por las cercanías de la ciudad de Calcedonia, Maris, obispo de la misma, se atrevió a llamarle perverso y traidor a Cristo, y que él no tomó venganza alguna contra el insulto, limitándose a contestar «Aparta, miserable; mejor harías en llorar la pérdida de tus ojos»; a lo cual el obispo repuso: «Yo doy gracias a Jesucristo por haberme quitado la vista para no contemplar tu cínico rostro; palabras que Juliano oyó, según dicen los cristianos, con resignación filosófica. No se aviene este sucedido con las crueldades que contra nosotros se le atribuyen. «Era, dice Eutropio, el otro testigo a que aludí, enemigo de la cristiandad, pero sin llegar al derramamiento de sangre.»

Volviendo a su justicia, nada puede acusarse en ella si no es el rigor que desplegó en los comienzos de su imperio contra los que habían seguido el partido de Constancio, su predecesor. Cuanto a sobriedad, vivía siempre una vida de campeonato, y se alimentaba en plena paz como quien se preparaba y acostumbraba a la austeridad de la guerra. En él era tan grande la vigilancia, que dividía la noche en tres o cuatro partes, de las cuales la menor consagraba al sueño; el resto empleábalo en visitar personalmente el estado de su ejército sus guardias, y en estudiar, pues entre los demás singulares méritos que le adornaban era hombre peritísimo en toda suerte de literatura. Refiérese de Alejandro el Grande que cuando estaba acostado, temiendo que el sueño obscureciese sus reflexiones y estudios, hacía colocar un platillo junto al lecho, manteniendo uno de sus brazos fuera del mismo, y en la mano una bola de cobre, a fin de que al quedarse dormido la caída de la bola en el platillo le despertara. Juliano tenía el alma tan rígida hacia sus designios, tan limpia de vanidades por su abstinencia singular, que podía prescindir de ese artificio. Por lo que mira a capacidad militar, Juliano fue cabal en todas las prendas que deben adornar a un gran capitán. Casi toda su vida la empleó en el ejercicio de la guerra, contra nosotros, en Francia, contra los alemanes y los francos. Apenas se guarda memoria de hombre que haya corrido más azares, ni que con mayor frecuencia haya puesto a prueba su persona.

Su muerte tiene algún parecido con la de Epaminondas, pues fue herido por una flecha; intentó arrancársela, y lo hubiera conseguido, mas, como era tajante, se hizo una cortadura en la mano que contribuyó a debilitársela. Mal herido como se encontraba, no cesaba de pedir que lo llevaran [62] a la pelea para enardecer a sus soldados, quienes valientemente hicieron frente al enemigo sin su jefe hasta que la noche separó a los combatientes. A la filosofía era deudor del singular menosprecio que le inspiraba su vida todas las cosas humanas, y creía además firmemente en eternidad de las almas.

En materia de religión, sus defectos eran grandes. Se le llamó el Apóstata por haber abandonado la nuestra; sin embargo, me parece más verosímil creer que nunca creyó en ella con fe cabal, sino que la simuló por prestar obediencia a las leyes hasta el momento en que tuvo el imperio en su mano. Fue tan supersticioso en la suya, que hasta los mismos que en su época lo fueron burlándose de él en este punto; y se decía que de haber ganado la batalla contra los partos habría agotado la raza bovina para dar abasto a sus sacrificios. Estaba tan embaucado en la ciencia de la adivinación que concedía autoridad suma a toda suerte de pronósticos. Al morir, dijo entre otras cosas que se sentía reconocido a los dioses y les daba gracias porque no le mataran por sorpresa, habiéndole de largo tiempo advertido del lugar y hora de su fin, y por no abandonar la vida ni con blandura y flojedad, que sentaban mejor en personas ociosas y delicadas, ni tampoco de una manera languidecedora, prolongada y dolorosa; glorificaba a los dioses por haber consentido morir noblemente, durante el curso de sus victorias, en medio de lo mejor de su gloria. Había tenido una visión semejante a la de Marco Bruto, primeramente en la Galia que luego se le volvió a aparecer en Persia, en el momento de su muerte. Estas palabras que se lo atribuyen cuando se sintió herido «Venciste, Nazareno», o como otros afirmaban, «Alégrate, Nazareno», apenas se habrían olvidado de haber sido creídas por los testigos de que hablé antes, quienes estando presentes en el ejército tuvieron ocasión de advertir hasta los más insignificantes movimientos y palabras de su fin, como tampoco hubieran dejado de consignar ciertos milagros que se le achacan.

Volviendo al asunto de mi tema, diré que, según afirma Marcelino, tuvo incubado largo tiempo en su corazón el paganismo, pero considerando que todos sus soldados eran cristianos no se atrevió a sacarlo a la superficie. Luego, cuando se vio suficientemente fuerte para osar hacer pública su voluntad, mandó que se abrieran los templos de los dioses y puso en juego todos los medios para implantar su idolatría. Para conseguirlo, como encontrara en Constantinopla al pueblo separado de los prelados de la Iglesia cristiana, que estaban divididos, hizo llamar a éstos a su palacio, y los amonestó para que al punto apaciguaran sus disensiones civiles, y que cada cual sin obstáculo ni temor se pusieran al servicio de su religión, idea a que le [63] movió la esperanza de que esta libertad aumentaría los partidos y cábalas de la división, e impediría al pueblo congregarse y fortificarse contra él por acuerdo e inteligencia unánimes. Merced a la crueldad de algunos cristianos, tuvo Juliano ocasión de convencerse «de que en el mundo, no hay animal, tan temible para el hombre como el hombre mismo.» Estas eran, sobre poco más o menos, sus propias palabras.

Es digno de notarse que este emperador se sirve para atizar los trastornos de la disensión civil del remedio mismo que nuestros reyes acaban de emplear para extinguirla. Por una parte puede decirse que el dar rienda suelta a los distintos partidos, permitiéndoles el mantenimiento de sus ideas, es desparramar y sembrar la división, casi echar una mano para aumentarla, no poniendo trabas ni coerciones con leyes que sujeten y pongan obstáculos a su carrera. Mas por otro lado puede también decirse que dejar en libertad completa a los partidos para que sustenten sus ideas es ablandarlas y aflojarlas por la libertad que se las concede, y por ende embotar el aguijón, que se aguza merced a la rareza, novedad y dificultad. En pro del honor y devoción de nuestros monarcas, creo yo que no habiendo logrado lo que querían, simularon querer sólo lo que pudieron.

Capítulo XX

No gustamos nada puro

Hace la debilidad de nuestra condición que las cosas en su sencillez y pureza naturales no puedan caer bajo nuestra jurisdicción ni empleo. Los elementos que gozamos están adulterados, lo mismo que los metales. El oro se empeora con alguna otra materia para acomodarlo a nuestro servicio. Ni siquiera la virtud, así en su simplicidad, del modo que Aristón, Pirro y aun los estoicos la consideraban como «fin de la vida», pudo sernos útil sin mezcla previa, como tampoco la voluptuosidad cirenaica y aristípica. Entre los bienes y placeres que hay exento de algo que no sea malo o incómodo:

Medio de fonte leporum

surgit amarit aliquid, quod in ipsis floribus angat.

Nuestro extremo goce tiene algo de gemido y de queja. ¿No podría en realidad decirse que la angustia lo remata? Hasta cuando formamos la imagen del mismo en su excelencia más suprema, la rellenamos con epítetos y cualidades [64] enfermizas dolorosas; languidez, blandura, debilidad, desfallecimiento, morbidez, prueba evidente de la consanguineidad y consustancialidad de estos dictados con aquél. La alegría intensa tiene más de severo que de alegre. El extremo y pleno contentamiento supone mayor calma que alegría; ipsa felicitas, se nisi temerat, premit. La facilidad nos destruye como dice un antiguo verso griego, cuyo sentido es «que los dioses nos venden cuantos beneficios nos otorgan, es decir, que ninguno nos conceden perfecto y puro, y que siempre los adquirimos a cambio de algún mal.

El trabajo y el placer, cosas entre sí diversas por naturaleza, se asocian, sin embargo, por medio de no sé qué juntura natural. Sócrates habla de un dios que intentó confundir y hacer un todo de la voluptuosidad y el dolor, y que no pudiendo salirse con la suya se le ocurrió cuando menos acoplarlos por la cola. Metrodoro decía que en la tristeza hay alguna acción de placer. Ignoro si querría decir otra cosa, mas yo imagino que existen el consentimiento y la complacencia en alimentar la melancolía. Y lo afirmo aparte del orgullo, que con aquella puede ir mezclado: hay como una sombra de delicadeza y sibaritismo que sonrío y nos acaricia en el regazo mismo de la melancolía. Y en efecto, ¿no existen complexiones que de la melancolía hacen su alimento ordinario?

Est quaedam flere voluptas.

Atalo refiere en los escritos de Séneca que la memoria de nuestros amigos perdidos nos es grata como el amargor en el vino añejo,

Minister vetuli, puer, Falerni
ingerimi calices amariores,

y como las manzanas cuyo sabor es agrisado. Muéstranos a naturaleza esta confusión, y los pintores aseguran que los movimientos y arrugas que nuestro semblante adopta cuando lloramos son los mismos que cuando reímos, y en verdad antes que la risa o el llanto acaben de borrarse del rostro, consideradlos con detenimiento, y quedaréis perplejos sobre lo que va a hacer la persona afectada por uno u otro sentimiento. El exceso de risa va mezclado de lágrimas. Nullum, sine auctoramento malum est.

Cuando considero al hombre cercado de todas las comodidades apetecibles (supongamos que sus miembros todos se vieran constantemente sobrecogidos por un placer semejante [65] al de la generación en el punto más excesivo), hundirse bajo la carga de sus delicias, y le veo incapaz de soportar una voluptuosidad tan constante, tan pura y tan universal. El hombre huye del placer cuando lo posee y se apresura naturalmente a escapar de él como de un lugar en que no puede tomar pie y en el cual teme sumergirse.

Cuando me considero concienzudamente, reconozco que hasta la bondad más acabada que pueda poseer incluye algún tinte vicioso, y temo que Platón cuando habló de la virtud más esclarecida (yo que de ella, y de las que son tan relevantes, soy leal y sincero justipreciador como otro cualquiera pueda serlo), si hubiera escuchado de cerca, como sin duda escuchaba, habría advertido algún tono descarnado de mixtura humana, pero oscuro y solamente perceptible en sí mismo individualmente. Las leyes mismas que defienden la justicia no pueden subsistir sin alguna mezcla de injusticia; y Platón afirma que los que pretenden quitar a las leyes inconvenientes y rémoras, ejecutan labor idéntica a la de los que intentan cortar la cabeza a la Hidra. Omne magnum exemplum habet aliquid ex iniquo, quod contra singulos utilitate publica rependitur, dice Tácito.

Es igualmente, cierto que en el gobierno de la vida y para el manejo del comercio público puede haber exceso en la pureza y perspicacia de nuestro espíritu. Esta penetrante claridad encierra sutileza y perspicacia demasiadas a las cuales es preciso echar lastre y embotar para que obedezcan al ejemplo y a la práctica, esforzarlas y obscurecerlas para colocarlas al nivel de esta existencia tenebrosa y terrestre. Por eso vemos que los espíritus comunes y menos tirantes son más aptos y afortunados en el manejo de los negocios, y que las opiniones más elevadas y exquisitas de la filosofía son inútiles en la práctica. La vivacidad puntiaguda del alma y su flexible e inquieta volubilidad dan al traste con nuestras negociaciones. Precisa manejar las empresas humanas más grosera y superficialmente y dejar una buena parte de ellas encomendada a los derechos del acaso. No hay necesidad de aclarar las cosas tan profunda y sutilmente; empeñados en esta labor, nos extraviarnos en la consideración de tantos aspectos contrarios y formas diversas; voluntibus res inter se pugnantes, obtorpuerant... animi.

Es lo que los antiguos cuentan de Simónides; como su entendimiento le mostraba sobre la pregunta que le hiciera el rey Hierón (para contestarla había solicitado muchos [66] días de meditación) diversas consideraciones agudas y sutiles, dudando cuál fuera la más verosímil de todas, desesperó por completo de la verdad.

Quien inquiere y abraza todas las circunstancias de una cosa hace difícil la elección. Un ingenio mediano lo conduce todo por igual, y es suficientemente apto para la ejecución de los negocios grandes y chicos. Considerad que los mejores mensajeros son los que aciertan

menos a mostrarnos por qué lo son, y que los que relatan diestramente las más de las veces no hacen nada de provecho. Sé de un gran decididor, pintor excelentísimo de toda suerte de ordenadas administraciones, que dejó lastimosamente escurrirse por entre sus manos cien libras de renta, y de otro que habla y aconseja como el más cuerdo de los hombres: en apariencia, nadie hay en el mundo que muestre un alma tan capaz; sin embargo en la práctica reconocen sus servidores que es otra persona distinta, sin que el hado para nada sea culpable.

Capítulo XXI Contra la holganza

Encontrándose agobiado el emperador Vespasiano por la enfermedad de que murió, no dejaba por ello de hacerse cargo del estado de su imperio, y en su mismo lecho despachaba constantemente muchos negocios de consecuencia. Como su médico le reprendiera por seguir una conducta que tanto perjudicaba su salud: «Es preciso, contestó el paciente, que un emperador muera de pie.» Palabras hermosas a mi entender, y dignas de un gran príncipe. Adriano tuvo también ocasión de emplearlas más tarde y deberían recordarse a los reyes para hacerles sentir que la grave carga que se les encomienda con el mando de tantos hombres no es una carga ociosa, y que nada hay que pueda tan justamente repugnar a súbdito al echarse en brazos del azar para el servicio de su príncipe, como verle apoltronado en vanos y fútiles quehaceres y cuidando de su conservación cuando tan indiferente lo es la nuestra.

Si alguien pretende sostener la ventaja de que el soberano dirija sus expediciones militares por mediación ajena y no por sí mismo, la casualidad le procurará ejemplos sobrados de aquellos a quienes sus lugartenientes colocaron a la cabeza de empresas grandes, y aun de otros todavía cuya presencia hubiera sido más perjudicial que benéfica; mas ningún príncipe esforzado y valeroso puede sufrir ni siquiera que se le comuniquen instrucciones tan vergonzosas. So pretexto de conservar su cabeza, como la imagen de un santo, [67] para la buena fortuna de su Estado, degrádanle de su oficio cuya misión es absolutamente militar, declarándolo incapaz de ella. Conozco yo uno que preferiría mejor ser derrotado que dormir mientras por él se baten, y que jamás vio sin honroso celo hacer algo grande a sus mismas gentes en su ausencia. Selim I decía, a mi entender con razón sobrada, «que las victorias ganadas sin el amo no son victorias completas.» Con mayor razón hubiera dicho que este amo debiera enrojecer de vergüenza de considerar como algo de su gloria aquello en que no tomó parte sino con su voz e inteligencia, y ni esto siquiera, puesto que en empresas semejantes las órdenes y pareceres que el éxito corona son los que se emiten en el campo de batalla, en el lugar que sirve de teatro a los acontecimientos. Ningún piloto cumple su misión a pie enjuto. Los príncipes de la dinastía otomana, la primera del mundo en fortuna guerrera, abrazaron con calor esa opinión, y Bayaceto II y su hijo que de ella se apartaron para emplearse en el ejercicio de las ciencias y otras ocupaciones caseras dieron así grandes sopapos a su imperio. Amurat III, que al presente reina, a ejemplo de los otros, comienza también a experimentar los efectos de su conducta. Eduardo III, rey de Inglaterra, profirió esta frase a propósito de nuestro Carlos V: «Jamás

hubo rey que menos se armara ni tampoco que tanto me diera que hacer.» Razón tenía de juzgarlo singular, cual si el hecho emanara más de la buena estrella que de la razón. Para poner otro ejemplo de la misma índole añadiré que a los que incluyen entre los belicosos y magnánimos conquistadores los reyes de Castilla y Portugal porque a mil y doscientas leguas de sus ociosas residencias, con el concurso exclusivo de sus vasallos se hicieron dueños de las Indias orientales y occidentales, podría reponérseles si dichos monarcas tendrían siquiera el heroísmo de dirigirse allá, a países tan remotos.

Más lejos iba aún el emperador Juliano, el cual decía «que un filósofo y un galán no deben ni siquiera respirar»; con lo cual significaba que no debían conceder a las necesidades corporales sino exclusivamente lo que no puede rechazárselas, y que habían menester de tener el alma y la materia ocúpalos en cosas virtuosas y grandes. Avergonzábbase cuando en público le veían escupir o sudar (lo mismo refieren de la juventud lacedemonia, y Jenofonte de la persa), porque consideraba que el ejercicio, el trabajo continuo y la sobriedad debían evaporar y secar todos los humores superfluos. Lo que Séneca dice de la educación en la antigua Roma no sentará mal aquí: «Nada enseñaban a los muchachos, dice, que tuvieran necesidad de aprenderlo sentados.»

Constituye una envidia generosa el pretender que hasta la muerte sea viril y provechosa al bien de la patria. Pero [68] el lograrlo así no depende tanto de nuestra buena resolución como de nuestra buena fortuna. Mil guerreros hubo que se propusieron vencer o morir combatiendo, que no alcanzaron ni lo uno ni lo otro. Las heridas y los calabozos se opusieron a su designio imponiéndoles existencia que no quisieran vivir: hay enfermedades que destruyen hasta nuestros deseos y facultades mentales. No secundó la fortuna la vanidad de las legiones romanas que por virtud de juramento se comprometían a morir o a alcanzar la victoria: Victor, Marce Fabi, revertar ex acie: si fallo, Jovem patrem, Gradivumque Martem, aliosque iratos invoco deos. Dicen los portugueses que en cierto lugar de los que en las Indias conquistaron vieron guerrilleros que con horribles execraciones se condenaban a no admitir ningún género de tregua, queriendo sólo salir vencedores o muertos, y que como muestra de su voluntad llevaban rapadas cabeza y barba. Inútil es que nos obstinemos en el azar: parece que las heridas huyen de los que ante el peligro se presentan resueltos y contentos, y no atrapan sino a los temerosos. Hubo quien no perdiendo su villa por las fuerzas adversarias, después de haber intentado todos los medios imaginables, se vio obligado, para cumplir su resolución de ganar honor o perder la vida, a darse a sí mismo la muerte en el calor de la refriega. Entre otros ejemplos podría citarse el de Filisto, que mandaba la flota de Dionisio el joven contra los siracusanos. Habiendo presentado batalla al enemigo, que fue muy reñida por ser iguales las fuerzas de uno y otro bando, tuvo en los comienzos la mejor parte gracias a su proeza; colocándose luego los siracusanos en torno de su galera para cercarla, Filisto llevó a cabo sobrehumanos esfuerzos para desenvolverse, y no esperando solución mejor, con su propia mano se quitó la vida, que tan liberal e inútilmente abandonara a las armas enemigas.

Muley Moluc, rey de Fez, que acaba de ganar contra Sebastián, rey de Portugal, la jornada famosa que acabó con la muerte de tres reyes y con la incorporación de aquella gran comarca a la corona de Castilla, cayó gravemente enfermo desde el momento en que los portugueses invadieron su Estado a mano armada, y fue sucesivamente empeorando hasta su muerte, que prevenía. Nunca guerrero alguno se sirvió de sus propias fuerzas con

mayor valentía ni bravura. Reconociéndose débil para desplegar la ceremoniosa pompa de la entrada en su campamento, el cual según las costumbres de su Estado estaba lleno de magnificencia y en él se hacían numerosas maniobras, declinó este honor en su hermano, mas fue el solo deber que resignara [69] de los que al capitán incumben; todos los otros cumpliolo con laboriosidad y escrúpulo, manteniendo su cuerpo tendido, pero su espíritu y su vigor derechos y resistentes hasta exhalar el último suspiro, y aun después en algún modo. Podía minar a sus enemigos, que indiscretamente habían penetrado y avanzado en sus dominios, y lamentó en extremo que la falta de un poco de villa, pues no tenía a quien encomendar la dirección de la guerra ni el gobierno de un Estado en desorden, le obligara a buscar la victoria sangrienta y arriesgada, teniendo en sus manos una segura y cabal. Sin embargo le fue dable prolongar y aprovechar milagrosamente la duración de su enfermedad para aniquilar a su enemigo y llevarlo lejos de la flota y de las plazas de la costa de África, no cesando en esta empresa hasta el último día de su vida, el cual empleó y reservó para la gran jornada. Organizó la batalla en forma circular, sitiando por todas partes las huestes portuguesas; luego que el círculo se cerró, imposibilitolas, no solamente de manejarse en la lid (que fue muy reñida por el valor que desplegó el joven monarca sitiador), puesto que tenían que acudir a todas partes para hacer cara al enemigo, sino que las imposibilitó también de huir después de vencidas, porque hallaron todas las salidas cerradas y tomadas, viéndose obligados los soldados a lanzarse unos sobre otros, coacervanturque non solum caede, sed etiam fuga, y a amontonarse unos sobre otros, procurando así los vencedores una victoria cabal y horrenda. Ya moribundo, hízose transportar de una parte a otra, donde la necesidad le llamaba; y corriendo a lo largo de las filas, exhortaba a capitanes y soldados, distintamente; mas como viera que sus tropas en un punto reducido se dejaran acogotar, no pudieron detenerle; montó a caballo, con la espada en la mano, y esforzose por tomar parte en la refriega sin que sus gentes pudieran sujetarle, deteniéndole, quién por la brida del corcel, quién por el traje y los estribos. Este supremo esfuerzo acabó con la poca vida que la quedaba, y le acostaron de nuevo. Luego, como resucitando sobresaltado de este pasmo, hallándose imposibilitado para advertir que callaran su muerte (era la orden más imperiosa que le quedaba por dar), a fin de que la nueva no engendrara el desconcierto entre sus gentes, expiró teniendo el dedo índice apretado contra sus labios juntos, sino ordinario de guardar silencio. ¿Quién vivió jamás tan dilatado tiempo y tan sumergido en la muerte? ¿Quién murió jamás con mayor firmeza?

El grado supremo en el soportar vigorosamente la muerte y a la vez el más natural, es contemplarla no sólo sin extrañeza, sino también sin preocuparse para nada de ella, [70] continuando el género de vida anterior hasta en el mismo sucumbir: como hizo Catón, que se ocupaba en estudiar y en dormir habiendo de soportar un fin violento y rudo cuya imagen tenía grabada en su mente y en su pecho, al alcance de su mano.

Capítulo XXI

De las postas

No fuí yo de los más flojos en este ejercicio, que se adecua para personas de mi estatura, corta y resistente: pero ya lo abandoné porque nos desgasta demasiado para que pueda

durar mucho tiempo. Hace un momento leía que el rey Ciro para recibir con mayor facilidad, nuevas de todos los lugares de su imperio, que era de una extensión muy dilatada, informase del camino que un caballo podía recorrer en un día, sin detenerse, y estableció hombres para que los tuvieran prestos y se los entregaran a los que a él se dirigieran. Dicen algunos que la rapidez de la marcha del caballo, con ese andar, es igual a la del vuelo de las grullas.

Refiere César que Lucio Vibulio Rufo, teniendo urgencia de comunicar una noticia a Pompeyo, encaminose hacia él marchando día y noche y cambiando de caballos para no perder un momento. El mismo César, según Suetonio, recorría cien millas por día en un vehículo de alquiler, lo cual no es de maravillar, pues era un corredor furioso; donde los ríos le cortaban el paso, franqueábalos a nado, y no se apartaba del camino más corto para buscar un puente, o el lugar en que el vado fuera más fácil. Tiberio Nerón, yendo a visitar a su hermano Druso, que se encontraba enfermo en Alemania, hizo doscientas millas en veinticuatro horas, sirviéndose de tres vehículos. En la guerra de los romanos contra el rey Antíoco, dice Tito Livio que Sempronio Graco, per dispositos equos prope incredibili celeritate ab Amphissa tertio die Pelam pervenit: y del contexto del historiador se refiere que los caballos estaban de asiento en los sitios donde los tomaba, y no puestos ex profeso para este viaje.

La idea que ocurrió a Cécina de enviar nuevas a los suyos era mucho más rápida. Llevaba consigo golondrinas, las soltaba hacia sus nidos cuando quería comunicar noticias a su familia, tiñéndolas con el color propio a significar lo que quería, según concertara de antemano con sus gentes.

En los teatros de Roma los padres de familia llevaban consigo palomas, que guardaban en el pecho, a las cuales [71] sujetaban las cartas cuando querían comunicar alguna cosa a sus gentes en el domicilio. Estaban hechas estas palomas a comunicar la respuesta. D. Bruto se sirvió de ellas en el sitio de Módena, y otros en distintas circunstancias.

En el Perú iban los correos montados en cargadores que los conducían con velocidad sobre los hombros, y sin detenerse en la carrera colocábanlos sobre otros hombros.

A los valacos, que son los correos del Gran Señor, se les encomiendan comisiones de una diligencia extraordinaria, puesto que les es lícito desmontar al primer jinete que se cruza por su camino, a quien dan su caballo ya rendido. Además, para evitar el cansancio se oprimen bien el cuerpo con una banda ancha, como también algunos otros pueblos acostumbran. Yo no he hallado alivio alguno en la práctica de esta usanza.

Capítulo XXIII

De los malos medios encaminados a buen fin

En este universal concierto de las obras de la naturaleza existe una relación y correspondencia maravillosas, evidente muestra de que aquél no es fortuito ni está tampoco

gobernado por diversos maestros. Las enfermedades y condiciones de nuestro cuerpo vense también en las naciones y en sus leyes: los reinos y las repúblicas nacen, florecen y fenecen de vejez como nosotros. Estamos sujetos los hombres a una plétora de humores inútil y dañosa, ya sean buenos (aun éstos son temidos por los médicos), porque nada hay en nuestro organismo que sea permanente: y dicen que el perfecto estado de salud, demasiado rozagante y vigoroso, nos es preciso disminuirlo y rebajarlo por arte, porque no pudiendo nuestra naturaleza detenerse en ninguna posición, no teniendo donde subir para mejorarse, temen que no vuelva hacia atrás de pronto y tumultuariamente. Por eso a los atletas y a los gladiadores se les ordenaban las purgas y sangrías con el fin de aligerarlos de la superabundancia de salud. Existe también la plétora de malos humores, que es la causa ordinaria de las enfermedades. Lo propio acontece en los Estados, y para curarlos échase mano de diversas suertes de purgas: Ya se procura salida a una gran multitud de familias para descargar el país, las cuales van a buscar en otras partes acomodo a expensas ajenas; así nuestros antiguos francones que salieron de lo más interno de Alemania vinieron a apoderarse de la Galia, de donde desalojaron a los primitivos habitantes: así se forjó aquella infinita marca humana que invadió Italia bajo el mando de Breno y otros guerreros; [72] así los godos y los vándalos, y los pueblos que, poseedores de la Grecia actual, abandonaron el país de su naturaleza para establecerse en otros más a sus anchas. Apenas si existen dos o tres rincones del mundo que no hayan experimentado los efectos de estas conmociones. Por este medio fundaban los romanos sus colonias, pues advirtiéndolo que su ciudad engrosaba más de lo conveniente, descargábanla del pueblo menos necesario, y le enviaban a habitar y cultivar las tierras que habían conquistado. A veces de intento sostuvieron guerras con algunos de sus enemigos, no sólo para mantener a la juventud vigorosa, temiendo que la ociosidad, madre de toda corrupción, la acarrearía algún perjuicio más dañoso,

Et patimur longae, pacis mala; saevior armis,
luxuria incumbit;

sino también para que la lucha sirviera de sangría a su república y refrescara un poco el ardor demasiado vehemente de la gente moza, acortando así y aclarando el ramaje de este árbol frondoso y robusto. Con semejante fin hicieron la guerra de Cartago.

Eduardo III, rey de Inglaterra, no quiso comprender en el tratado de Bretigny, por virtud del cual ajustó paces con nuestro rey, la cuestión relativa al ducado de Bretaña, con el fin de poder descargarse de sus guerreros, y para que la multitud de ingleses de que se había servido en los negocios de Francia no se lanzara en Inglaterra. Análoga fue la causa de que nuestro rey Felipe consintiera en enviar a Juan, su hijo, a la guerra de ultramar, a fin de que llevara consigo un número considerable de jóvenes vigorosos que había entre sus tropas de a caballo.

Muchos hay en el día entre nosotros que discurren de manera semejante, deseando que este perpetuo combatir que nos circunda pudiera desviarse a alguna guerra vecina, y temiendo que estos viciosos humores que a la hora presente imperan en nuestro cuerpo social mantengan nuestra fiebre siempre fuerte, y acarreen al cabo nuestra entera ruina si no se les da otra dirección. Y en verdad que una guerra extranjera es un mal menos nocivo que la civil, mas no creo que Dios favoreciera la injusta empresa de ocasionar perjuicios a los demás en ventaja propia.

Nil mihi tam valde placeat, Rhamnusia virgo,
quod temere invitis suscipietur heris.

Sin embargo, la debilidad de nuestra condición nos empuja [73] a veces a este extremo de echar mano de medios viciosos para conseguir fines justos. Licurgo, el legislador más cumplido y virtuoso que jamás haya existido, se sirvió de este proceder injustísimo para instruir a su pueblo en la templanza al hacer que los siervos ilotas se embriagaran, a fin de que al verlo así perdidos y ahogados en el vino los espartanos tomaran horror al desbordamiento de tal vicio. Conducta peor todavía era la de aquellos que en lo antiguo consentían que los criminales, cualquiera que fuese el género de muerte a que se los condenara, fueran desgarrados vivos por los médicos para ver al natural las artes internas del cuerpo humano y alcanzar mayor ciencia en su arte, pues si en ocasiones el desbordamiento de la ley natural se impone, más excusable es infringirlo para alcanzar la salud del alma que la del cuerpo, como los romanos acostumbraban al pueblo al valor y a menospreciar los peligros y la muerte por medio de los furiosos espectáculos de gladiadores y esgrimidores hasta el acabar, los cuales luchaban, se despedazaban y se mataban en presencia de la multitud:

Quid vesani aliud sibi vult, ars impia ludi,
quid mortes juvenum, quid sanguine pasta voluptas?

costumbre que duró hasta la época del emperador Teodosio:

Arripe dilatam tua, dux, in tempora famam,
quodque patris superest, successor laudis habeto...
Nullus in urbe cadat, cuius sit poena voluptas...
Jam solis contenta feris, infamis arena
nulla cruentatis homicidia ludat in armis.

Era en verdad un maravilloso ejemplo y de frutos fecundísimos para la educación del pueblo el contemplar todos los días cien, doscientas y hasta mil parejas de hombres armados los unos contra los otros, cortándose en pedazos con firmeza tan suprema de ánimo que jamás se les oyó proferir una palabra que revelara flojedad o que pidiera consideración; ni se les veía volver la espalda, ni hacer siquiera un movimiento hacia atrás para esquivar el golpe del adversario, sino siempre tender el cuello al arma enemiga y presentarlo ante la recia sacudida. Aconteció a muchos, hallándose ya medio muertos, y acribillados de heridas, tener anhelo por saber si el pueblo estaba contento de su faena antes de tenderse en la tierra para exhalar el último [74] suspiro. No bastaba sólo que con vigor combatiesen y muriesen, siempre, era además preciso que ambas cosas las hicieran con regocijo, de suerte que se les aullaba y maldecía al verlos cariacontecidos recibir la muerte; las mismas jóvenes infundíanles ardor y ánimo:

Consurgit ad ictus:

Et, quoties victor ferrum ingulo inserit, illa
delicias ait esse suas, pectusque, jacentis
virgo modesta jubet converso pollice rumpi.

En los primeros tiempos sacrificábase en las luchas a los criminales, pero luego se echó mano de inocentes siervos y hasta de hombres libres que se vendían para este fin, y aun de senadores, caballeros romanos y hasta mujeres:

Nuc caput in mortem vendunt, et funus arenae,
atque hostem sibi quisque parat, quum bella quiescunt;
hos inter fremitus novosque fusus...
Stat sexus rudis insciusque ferri,
et pugnas capit improbus viriles:

lo cual encontraría peregrino e increíble si a diario no estuviéramos acostumbrados a ver en nuestras guerras muchos millares de gente extraña que por dinero compromete sangre y vida en querellas en que no tiene interés alguno.

Capítulo XXIV

De la grandeza romana

Sólo una palabra quiero apuntar aquí de pasada sobre este infinito tema para hacer patente la simplicidad de los que la ponen a la par del esplendor raquíutico de estos tiempos. En el libro séptimo de las epístolas familiares de Cicerón (y que los gramáticos supriman este sobrenombre si les place, pues en verdad no les es muy adecuado; los que lo sustituyeron con ad familiares pueden encontrar algún fundamento en lo que Suetonio escribe en la vida de César, esto es, que había un volumen de cartas de aquél dirigidas a sus familiares), hay, una para César, quien a la sazón se encontraba en la Galia, en la cual el célebre orador copia las palabras siguientes, consignadas al final [75] de otra que el primero le había enviado: «Por lo que toca a Marco Furio, a quien me recomendaste, le haré rey de la Galia; si quieres que prospere algún otro de tus amigos, envíamele.» No es cosa nueva el que un simple ciudadano romano, como era entonces, dispusiera de reinos, pues arrebató el suyo al rey Dejotaro para dárselo a un gentilhomme de la ciudad de Pérgamo, llamado Mitridates, y los que escriben su vida señalan varios reinos por él vendidos. Suetonio cuenta que de una sola vez extrajo tres millones y seiscientos mil escudos a Tolomeo, al cual faltó poco para venderle su reino:

Tot Galatae, tot l'ontus eat, tot Lydia nummis.

Decía Marco Antonio que la grandeza del pueblo romano se mostraba tanto en lo que se apropiaba como en lo que daba. Cosa de un siglo antes de este emperador, Roma se hizo dueña, entre otros, de un reino por virtud de autoridad tan soberana, que toda su historia no encuentra marca que ponga más alto el nombre de su crédito. Antíoco era dueño de todo Egipto y se hallaba preparado a la conquista de Chipre y demás provincias de aquel imperio. Encontrándose así en el apogeo de sus expediciones recibió la visita de Cayo Popilio, que representaba al senado; éste se opuso a presentarle su mano hasta que leyera las instrucciones que llevaba. Tan luego como el rey las hubo leído respondió al

comisionado que le diera tiempo para deliberar, a lo cual Popilio, trazando un círculo alrededor del rey con la varilla que tenía en la mano, dijo: «Contéstame, de suerte que me sea dable comunicar tus palabras al cuerpo que represento antes de que tus pies salgan de este círculo.» Sorprendido Antíoco de lo enérgico y apremiante de la orden, y después de haber reflexionado brevemente: «Haré, respondió, lo que me ordena el senado.» Sólo entonces lo saludó Popilio como a amigo del pueblo romano. ¡Renunciará a una tan extensa monarquía así como al curso de tan afortunada prosperidad merced a tres o cuatro plumazos, es en verdad caso peregrino! Tuvo Antíoco luego razón sobrada para enviar a decir al senado romano por mediación de sus embajadores que había recibido las Órdenes que aquél le comunicara con igual reverencia que si de los dioses inmortales emanaran.

Los reinos todos que a Augusto procuraron sus conquistas devolviolos a quienes los perdieron, o con ellos hizo presentes a personas extrañas. Hablando Tácito de Cogiduno, rey de Inglaterra, con motivo del proceder de Augusto, nos hace ver, valiéndose de un rasgo extraordinario, el infinito poderío de Roma. Acostumbraban los romanos, [76] dice, desde remotísimos tiempos, a dejar a los reyes que vencieran en la posesión de sus reinos bajo su autoridad, «con el fin de hacer hasta de los monarcas mismos instrumentos de servidumbre.» Ut haberent instrumenta servitutis reyes. Verosímil es que Solimán, a quien hemos visto hacer presente del reino de Hungría y, otros Estados, atendiera más a esta consideración que no a la que tenía por costumbre alegar; o sea, «que estaba ya tan cargado y saciado de tantas monarquías y, dominaciones, las cuales su valer personal o el de sus antepasados lo habían hecho adquirir.»

Capítulo XXV

Inconvenientes de simular las enfermedades

Hay un epigrama de Marcial, que es de los buenos (también los escribió medianos y malos), en el cual refiere con gracia suma el sucedido de Celio, quien, por no usar de cortesías con algunos grandes de Roma, como encontrarse junto a ellos cuando abandonaban el lecho, asistir a sus reuniones y seguirles en el paseo, simuló estar enfermo de gota, y para aparentar su excusa con verosimilitud mayor hacía que le diesen unturas en las piernas, llevábalas envueltas e imitaba cabalmente el continente y porte de un gotoso; mas aconteció al fin que la enfermedad le atrapó de veras:

Tantum cura potest, et ars doloris!

Desit fingere Caelius podagram!

Creo haber leído en mi pasaje de Apiano la historia análoga de un individuo que, deseando escapar a las proscripciones de los triunviros de Roma, para no ser conocido de los que le perseguían, andaba oculto y disfrazado, a lo cual añadió además la ocurrencia de fingirse tuerto; mas ocurrió después, cuando logró recobrar alguna libertad mayor de la que antes había disfrutado, que queriendo retirar el emplasto que había por espacio de tanto tiempo llevado sobre el ojo pudo ver con el otro que efectivamente lo había perdido. Es posible que la fuerza de la vista se debilitara por haber permanecido tan dilatado espacio sin

ejercicio, y, que la virtud visual se encaminara integra al otro ojo; pues con toda evidencia experimentamos que el que tenemos cubierto envía a su compañero alguna parte de su fuerza, de manera que el que permanece descubierto se dilata y se convierte en más abultado. [77] De la propia suerte la ociosidad, junta con el calor de las ligaduras y los medicamentos, había podido muy bien atraer algún humor podágrico al gotoso de Marcial.

Leyendo en Froissard la promesa que hiciera una tropa de caballeros jóvenes ingleses, que consistía en llevar vendado el ojo izquierdo hasta que hubieran penetrado en Francia y a expensas nuestras ganado algún lecho de armas, hame cosquilleado a veces el deseo de que les hubiese sucedido lo que aconteció a los dos individuos de que hablé, y que se hubieran encontrado todos tuertos al ver de nuevo a sus amadas, a las cuales brindaban el resultado de su empresa.

Obran cuerdamente las madres al reprender a sus hijos cuando éstos remedan el tuerto, el cojo o el bizco y otros defectos físicos, pues sobre que el tierno cuerpo de las criaturas puede con ello viciarse, no sé cómo ocurre que la casualidad se mofa lindamente de nosotros castigándonos. He oído referir muchos casos de gentes que cayeron enfermas por fingir que lo estaban. Yo acostumbré siempre a llevar en la mano, lo mismo andando a caballo que a pie, una varilla o un bastón para darme aires de elegancia o apoyarme con afectado continente: por ello muchos me amenazaron con que la casualidad acaso cambiara un día estos melindres en necesidad obligada. Para rechazar esta amonestación alego yo que sería el primer gotoso entro todos los de mi estirpe.

Pero alarguemos todavía este capítulo y abigarrémosle con otro apunte a propósito de la ceguera. Cuenta Plinio, que un individuo, soñando una noche que estaba ciego, encontrase tal en efecto al día siguiente, sin que padeciera ninguna enfermedad que a situación tan lamentable le encaminara. La fuerza de la imaginación puede muy bien ayudar en este caso particular, como dije en otra parte; Plinio semeja ser de este parecer, pero es más verosímil todavía opinar, que los movimientos que el cuerpo experimentó interiormente, de los cuales los médicos buscarán la causa si les place, fueron los que lo privaron de la vista y los que al sueño dieron margen.

Añadamos aún otro sucedido análogo al precedente, que Séneca refiere en una de sus cartas: «Ya sabes, dice, dirigiéndose a Lucilio, que Harpasta, la loca que dirigiste a mi mujer, ha permanecido entre nosotros como cosa hereditaria, pues por lo que a mí toca soy enemigo de estos monstruos, y si alguna vez me vienen ganas de reír de un bufón, no he menester buscarlo lejos: me río de mí mismo; pues bien, esta pobre mujer ha perdido súbitamente la vista. La cosa te parecerá extraña, pero es verídica de todo en todo: no advierte que está ciega, y constantemente habla al que [78] la conduce de cambiarla de lugar, porque dice que mi casa es lóbrega. A todos se nos ocurre reírnos a sus expensas; nadie echa de ver que es avaro ni codicioso: los ciegos si quiera solicitan un guía, nosotros nos descarriamos voluntariamente. No soy ambicioso, decimos, pero en Roma no se puede vivir sino siéndolo; no soy fastuoso, mas habitar en la ciudad requiere siempre gastos grandes; cuando monto en cólera, la culpa no es mía, obedece a que aún no establezco la ordenada manera de vivir, y debe achacarse también a la inexperiencia de mis años. No busquemos fuera de nosotros la causa de nuestro mal, busquémosla dentro, pues está plantada en nuestras entrañas; y la circunstancia de no reconocer nuestra enfermedad hace

nuestra curación más difícil. Si muy luego no la empezamos ¿cuándo habremos puesto remedio a tantas llagas y a tantos males como nos minan? A nuestro alcance tenemos una dulcísima medicina, que es la filosofía; con el uso de las otras el placer no se experimenta sino después de la extirpación del mal; ésta es grata y sana juntamente.» Tales son las palabras de Séneca, que si bien me apartaron de mi asunto fue en provecho del lector, que salió ganancioso en el cambio.

Capítulo XXVI De los pulgares

Refiere Tácito que para sellar sus pactos algunos reyes bárbaros acostumbraban a juntar fuertemente la palma de la mano derecha, y a entrelazar después los pulgares hasta que, de puro apretar, la sangre casi salía por las yemas. Luego se los punzaban ligeramente y se los chupaban con reciprocidad mutua.

Los médicos dicen que los pulgares son los dedos maestros de la mano, y que la palabra pulgar viene de pollere. Los griegos los llaman que vale tanto como decir otra mano, y entiendo que los latinos toman también a veces este vocablo en el sentido de una mano cabal:

Sed nec vocibus excitata blandis,
molli pollice nec rogata, surgit.

En Roma era signo de merced el estrechar y besar los dedos pulgares:

Fautor utroque tuum laudabit pollice ludum,

y de desfavor, el levantarlos volviéndolos hacia fuera: [79]

Converso pollice vulgi,
quemlibet occidunt populariter.

Dispensaban los romanos del servicio militar a los que tenían esos dedos defectuosos, o sólo uno de ellos, como si por esto no pudieran manejar las armas con acierto. Augusto confiscó los bienes a un caballero que apeló a la estratagema de cortar los pulgares a sus dos hijos para librarlos de empuñar las armas. Antes de aquel emperador el senado romano, en la época de la guerra itálica, había condenado a Cavo Vatio a prisión perpetua, y le había confiscado también todos sus intereses, por haberse cortado el dedo pulgar de la mano izquierda, con el mismo fin que perseguía el caballero para sus hijos.

Alguien, cuyo nombre no recuerdo, habiendo ganado un combate naval, hizo cortar los pulgares a los vencidos para imposibilitarlos de guerrear y de manejar los reinos. Los atenienses se los cortaron a los eginetas para que no les aventajasen en el arte de la marinería.

En Lacedemonia los maestros de escuela castigaban a los niños mordiéndoles los dedos pulgares.

Capítulo XXVII

Cobardía, madre de crueldad

Muchas veces oí decir que la cobardía engendra la crueldad, y en efecto, la experiencia nos muestra que el rigor y agriura del valor brutal perverso e inhumano, va generalmente unido a la femenina blandura. Yo he visto muchos hombres de la ferocidad más rabiosa sujetos a las lágrimas por fútiles causas. Alejandro, tirano de Pheres, no podía soportar en el teatro la representación de obras trágicas, temiendo que sus ciudadanos le vieran gemir a la vista de las desdichas de Andrómaca y Hécuba; y sin embargo aquel hombre sin entrañas hacía matar con crueldad refinada multitud de gentes todos los días. ¿Es la debilidad de alma la que los trueca así en sensibles hasta el extremo? El valor, cuyo efecto es ejercerse contra la resistencia,

Nec nisi bellantis gaudet cervice juvenei;

detiéndose cuando el enemigo se encuentra ya indefenso; mas la pusilanimidad, por aparentar lo que no existe, hallándose incapacitada para ejercer la resistencia, encarnizase [80] con la víctima cebándose en su sangre. De los asesinatos que siguen a las victorias son ordinariamente autores el pueblo y los oficiales subalternos; y lo que hace horrores increíbles en las guerras en que toman parte gentes de baja estofa es que éstas se muestran aguerridas y enfurecidas sólo para ensangrentarse y despedazar los cadáveres a sus pies, no sintiéndose capaces de valor distinto:

*Et lupus, et turpes instant morientibus ursi,
et quaecumque minor nobilitate fera est:*

de la propia suerte que los perros miedosos muerden y desgarran en las casas las pieles de las fieras a quienes no osaron atacar en los campos. ¿Cuál es la causa de que al presente todas nuestras luchas sean mortíferas, y cuál el origen de que habiendo reconocido nuestros padres algún grado en la venganza, nosotros comencemos siempre por el último, dando principio por matar? ¿Qué significación podemos dar a esta costumbre si no es declarar que constituye la más exquisita de las cobardías?

Reconocen todos que suponen bravura y menosprecio más grande el derrotar al enemigo que el acabar con él, el hacerle morder el polvo que el hacerle morir. El apetito de venganza se sacia así mejor, y es mayor el contento que el agraviado recibe, pues éste no tiende sino a mostrar la propia superioridad; por eso no atacamos a un animal o a una piedra cuando nos molestan, porque son incapaces el uno y la otra de experimentar nuestro desquite. Matar a un hombre, es ponerle al abrigo de nuestras ofensas. De la propia suerte que Bias gritaba a un sujeto perverso: «Sé que tarde o temprano verás purgadas tus malas obras, sentiré sólo el

no verlo», y que compadecía a los orcomenos porque el castigo que Licisco impuso a los autores de la traición contra ellos cometida llegó cuando ya nadie existía de los que habían sido las víctimas, los cuales debían saborear el placer de la pena, igualmente es de lamentar la venganza cuando aquel contra quien se emplea pierde la ocasión de sufrirla pues como el vengador quiere verla para alcanzar satisfacción, precisa igualmente que el vengado la vea también para recibir disgusto y arrepentimiento. «Arrepentirase», decimos; y por haberle disparado un pistoletazo en la cabeza, ¿hemos de creer que se arrepienta? Lo contrario es lo que sucede; y si nos fijamos un poco, veremos que el moribundo nos hace muecas al caer en tierra, muy lejos de arrepentirse. Prestámosle con la muerte el más preciado de todos los servicios de la vida, que consiste en hacerle [81] acabar pronto o insensiblemente. Nosotros quedamos vivos para guarecernos como los conejos, trotar y huir ante los esbirros de la justicia que nos persiguen, mientras el muerto permanece en cabal reposo. El matar es provechoso para vengar la ofensa que se nos inferirá; supone más bien temor que bravura; más precaución que valor; defensa, mejor que ataque. Así que, matando divertimos el fin de la venganza verdadera, que es el cuidado de nuestra honra. Tememos que si el enemigo sale vivo de la lucha vuelva de nuevo a la carga. Oramos, al hacer que sucumba, en beneficio propio, no contra quien nos ofendió.

En el reino de Narsinga ese recurso está en desuso; allí no son sólo las gentes de guerra quienes dilucidan sus querellas con la espada en la mano, sino también las civiles. El rey no escatima el campo a quien quiere batirse, y asiste a la lid cuando ésta tiene lugar entre personas principales, obsequiando al vencedor con una cadena de oro; mas para conquistar el galardón puede el primero que así lo tenga a bien entrar en liza con el que lo lleva, y por haber salido con lucimiento en un encuentro queda pendiente de otro el brazo del combatiente.

Si como más fuertes estuviéramos seguros de acorralar a nuestro enemigo, domándolo a nuestro sabor, entristeceríanos el que nos escapara, y al morir no hace otra cosa. Queremos vencer, pero con mayor seguridad que honra, y para ello buscamos más el fin que la gloria en el modo como dirimimos nuestra querella.

Asinio Polio, varón digno y por lo mismo menos excusable, incurrió en desafuero análogo, pues habiendo escrito muchas injurias contra Planco, aguardó a que éste muriera para publicarlas. Fue esta acción lo mismo que hacer un corto de mangas a un ciego, o lanzar pullas a un sordo; fue ofender a un hombre sin sentimiento antes que incurrir en el riesgo de su resentimiento. Por eso se dijo refiriéndose a él «que era más bien propio de los espíritus malignos el luchar con los muertos». Quien aguarda a ver muerto al autor cuyos Aristóteles escritos quiere combatir, ¿qué declara sino su espíritu débil y pendenciero? Contaban a que alguien había maldicho de su persona: «Que haga más, repuso el filósofo, que me sacuda, siempre y cuando que yo me encuentre ausente.»

Nuestros padres se desquitaban de una injuria desmintiéndola; de una calumnia, con un golpe, y así por este orden. Eran sobrado valerosos para tener miedo a su adversario, vivo y ultrajado. Nosotros temblamos de pánico mientras le vemos en pie; y que esto sea la verdad pregónalo el hecho de nuestra bonita práctica diaria, la cual nos induce a perseguir a muerte lo mismo a quien nos ofendió que a quien ofendimos. Constituye también una especie de cobardía el acompañarnos en nuestros combates [82] personales de una, dos o más personas

para que nos presten auxilio. En lo antiguo luchaban solos los dos adversarios; sus contiendas eran duelos, hoy son encuentros y batallas. La soledad metió miedo a los primeros que idearon el llevar gente consigo, *quum in se cuique minimum fiducia esset*, pues, naturalmente, cualquiera que sea la compañía que nos agregamos, siempre nos conforta y alivia ante el peligro. Echábase mano antiguamente de terceras personas para impedir el desorden y la deslealtad, y para que testimoniaran sobre el resultado de la lucha. Mas desde que esta costumbre impera, desde que el testigo mismo se lanza al combate, quienquiera que a serlo es invitado no puede, honrosamente procediendo, limitarse al papel de espectador por temor de que su conducta se atribuya ausencia de afección o a sobra de cobardía. Aparte de la injusticia y fealdad que acompañan al hecho de encomendar la protección de vuestro honor a un valor y a una fuerza que no sean los vuestros, creo ve que en ello existe desventaja para el hombre que plenamente confía en sí mismo, soldando así su ventura o desventura con las de un segundo. Cada cual por sí mismo corre riesgo sobrado y tiene bastante que hacer con asegurarse en su propia fuerza para la defensa de su vida sin encomendar a otras manos cosa tan cara, pues si expresamente no se acordó lo contrario, forman los cuatro combatientes una partida estrechamente unida, y si vuestro segundo cayó por tierra los otros dos se os echan encima y con ello, no proceden sin razón. Y si acusáis de falaz ese proceder no os engañaréis; como también lo es el cargar hallándose bien armado contra un hombre cuya mano blande un trozo de espada, o estando fuerte lanzarse sobre un hombre ya mal herido.

Pero no importa; si así alcanzasteis ventaja en el combate, podéis serviros de esos medios sin ningún escrúpulo. La disparidad y desigualdad no se pesan ni consideran sino a partir del comienzo de la lucha; en lo que después se sigue apelad a vuestra buena o mala estrella. Aun cuando tengáis que luchar solo contra tres adversarios por haberse dejado matar vuestros dos compañeros, en ello no recibís engaño, del propio modo que tampoco obraría yo falazmente en un encuentro guerrero atravesando con mi espada al enemigo a quien viese sobre uno de los nuestros, sirviéndome de una ventaja semejante. La naturaleza de la sociedad implica que allí donde la lucha tiene lugar entre ejército contra ejército, como aconteció cuando el duque de Orleans desafió al rey Enrique de Inglaterra, combaten ciento contra ciento, trescientos contra otros tantos, como los argianos contra los lacedemonios; tres contra tres, como los Horacios contra los Curiacios. La multitud de cada parte no es considerada mas que como [83] un hombre solo: allí donde hay compañía son grandes el azar y la confusión de la lucha.

Asísteme interés personal en este razonamiento, pues mi hermano el señor de Maticoulom fue invitado en Roma a secundar a un gentil hombre a quien apenas conocía, el cual era demandado por la persona ofendida. La casualidad hizo que en este combate mi hermano tuviera enfrente a un hombre que le era más cercano y conocido: ¡quisiera yo que sensatamente se me hiciera ver lo fundamental de estas decantadas leyes del honor que con tanta frecuencia chocan y trastornan las de la razón! Luego de haberse deshecho de su cuasi amigo, viendo a los dos principales adalides de la querella en pie y con resistencia cabal, lanzose en alivio de su compañero. ¿Qué menos podía hacer? ¿Había de permanecer con los brazos cruzados contemplando cómo moría, si así la suerte lo hubiera decidido, la persona en cuya defensa había luchado? Lo que hasta entonces había hecho no había contribuido todavía a un resultado definitivo; permanecía aún indecisa la querella. La cortesía que puede y en realidad debe dispensarse al enemigo cuando se le redujo a una

situación desventajosa, no veo modo de que sea dable practicarla al depender de ella el interés ajeno. Allí donde no es más que uno que coadyuva al auxilio de otro, donde no es vuestra la disputa, la voluntad está comprometida. Por eso mi hermano no podía ser justo ni cortés en perjuicio de la persona a quien prestara su concurso, razón por la cual fue muy luego libertado de las prisiones de Italia por virtud de una repentina y solemne recomendación de nuestro rey. ¡Indiscreta nación la nuestra! ¡No nos contentamos con propalar por el mundo los vicios y locuras que se nos conocen; precísanos todavía que vayamos a los países extranjeros para hacerlos ver a lo vivo! Colocad a tres franceses en los desiertos de Libia, y no estarán juntos ni siquiera un mes sin hostigarse y arañarse. Diríase que nuestra peregrinación por extrañas tierras va sólo encaminada a procurar a los habitantes de otros pueblos el placer de contemplar nuestras tragedias; y ocurre con sobrada frecuencia que se las mostramos a gentes que se gozan de nuestros males y se burlan de nosotros. En Italia aprendemos el oficio de espadachines y lo ejercemos a expensas de nuestras vidas antes de haberlo acabado de aprender. Precisaría, sin embargo, siguiendo el orden de una buena disciplina, que la teoría precediera a la práctica, de suerte que así torcemos nuestro aprendizaje:

Primitiae juvenis miserae, bellique propinqui
dura rudimenta! [84]

Bien sé yo que es éste un arte útil para el fin que con él se persigue (en el duelo sostenido en España por dos príncipes primos hermanos, dice Tito Livio, el más viejo venció al más joven por su destreza y habilidad en el ejercicio de las armas, sobrepujando fácilmente las mal gobernadas fuerzas de su contrincante), y cuyo conocimiento, según he tenido ocasión de ver por, experiencia abultó el ánimo de algunos más allá de los justos límites, pero rigurosamente hablando no puede llamarse fortaleza, puesto que con la maestría alcanza su fundamento y busca distinto apoyo que el de las propias fuerzas. El honor de los combates consiste en la emulación del valor, no en la de la ciencia de manejar una espada, por eso he visto a alguno de mis amigos, conocido por su renombre en este ejercicio, elegir en sus querellas las armas que lo desposeyeran por completo de toda ventaja, echando mano de aquellas en que la fortuna pende sólo de la casualidad y serenidad de ánimo, a fin de que su victoria no se achacase a su esgrima, sino a su valor. En mi infancia la nobleza rechazaba el dictado de esgrimidora excelente, considerándolo como injurioso, y para aprenderlo se escondía como de sutil oficio que contradice la fortaleza verdadera e ingenua:

Non seivar, non parar, non ritirarsi
voglion costor, né quí destrezza ha parte;
non danno i colpi or finti, or pieni, or searsi:
toglie l'ira e l'furor l'uso dell'arte.
Odi le spade orribilmente urtarsi
a mezzo il ferro; il piè d'orma non parte:
sempre è il piè fermo, e la man sempre in moto;
ne scende taglio in van, né punta a voto.

El tiro al blanco, los torneos, los combates en cercado, la imagen de las luchas guerreras, eran los ejercicios a que nuestros padres se consagraban. El otro es tanto menos noble

cuanto no va encaminado sino a un fin puramente personal que nos enseña a realizar nuestra propia ruina contraviniendo las leyes de la justicia, y que de todas suertes ocasiona siempre perjuicios indudables. Es mucho más digno y conveniente ejercitarse en aquello que consolida, no en lo que trastorna la disciplina de los pueblos; en lo que se relaciona con la pública seguridad y gloria colectivas. El cónsul Publio Rutilio fue el primero que instruyó al soldado en el manejo de las armas por ciencia y destreza, el que hermanó el arte con el vigor, mas no para aplicarlo al servicio de privada contienda, sino para la [85] guerra y engrandecimiento del pueblo romano; ejercicio beneficioso al pueblo y a la ciudad. A más del ejemplo de César, que en la batalla de Farsalia ordenó a sus tropas que disparasen principalmente sobre el rostro de los jinetes de Pompeyo, mil otros caudillos idearon estrategias diversas, nuevas formas de atacar y defenderse conforme fue exigiéndolo la naturaleza de la situación en que se vieron. Así como Filopómeno renegó de la lucha en que personalmente sobresalía porque los preparativos que en ella se empleaban eran distintos a los que son propios de la disciplina militar, en la cual sólo consideraba digno que las gentes de honor se ejercitaran, así también creo yo que esa maestría a que los miembros se amoldan, esos ejercicios y movimientos a que se habitúa la juventud en esta nueva escuela, no son solamente inútiles, sino más bien contrarios y perjudiciales en el combate de la guerra; por eso se emplea comúnmente en éste a los que reciben instrucción distinta y están peculiarmente destinados a ella. Y he observado además que apenas se reconocía lícito que un caballero hecho al manejo de la espada y el puñal pudiera formar parte de la caballería, ni que otro ofreciera llevar puesta la coraza en vez de blandir el acero. Digno es también de considerarse que Láchez, en el diálogo de Platón así nombrado, hablando de un aprendizaje en el manejo de las armas conforme el nuestro, dice que nunca vio que de tal escuela saliera ningún gran hombre de guerra, y menos todavía entre los más aventajados en aquélla. Entre nuestros esgrimidores la experiencia nos muestra que no se ve ni uno distinguido. Por lo demás, todo bien medido y aquilatado, podemos sentar que lo que exigen una y otra son talentos que no guardan entre sí correspondencia ni relación. Cuando Platón discurre sobre la educación de los jóvenes de su ciudad prohíbelos ejercitarse en el arte del manejo de los puños, que Amyco y Epeio habían introducido en Grecia, así como el de luchar, que establecieron Anteo y Cercyo, porque el fin de ambos difiere de lo que a la juventud adiestra en el combate bélico, y en nada contribuyen a él. Pero veo que voy desviándome un poco de mi tema.

El emperador Mauricio soñó que uno de sus soldados llamado Focas, había formado el designio de matarlo, y de lo mismo fue advertido además por varios pronósticos. Informado por su yerno Filipo sobre la naturaleza, condiciones y costumbres de su futuro asesino, supo entre otras cosas que era hombre cobarde y pusilánime; en vista de lo cual el emperador concluyó al instante, que efectivamente debía ser hombre sangriento y cruel. Lo que a los tiranos convierte en sanguinarios es el cuidado de su seguridad. Su corazón cobarde no les suministra otro medio de asegurarse que no sea la exterminación de los que pueden [86] ofenderlos. Acaban hasta con las mujeres, temiendo ser arañados:

Cuncta ferit, dum cuneta timet.

Ejecútanse las primeras crueldades por el gozo que procuran. Muy luego engendran el temor de una venganza justa que da margen a una serie de crueldades nuevas, para ahogar las unas con las otras. Filipo, rey de Macedonia, el que tantas cuestiones tuvo que solventar

con el pueblo romano, agitado por el horror de las muertes cometidas bajo su mandato, no pudiendo deshacerse de todas las familias que en diversas épocas había ofendido, determinó apoderarse de todos los hijos de aquellos a quienes había dado muerte para de día en día ir aniquilándolos unos tras otros, consolidando así su reposo.

Sienta bien hablar de hermosas acciones, sea cual fuere el lugar donde se las coloque. Yo, que pongo mayor interés en el peso y utilidad de las cosas que en el orden y enlace de las mismas, no debo reparar en citar aquí, aunque parezca un poco descarriada, una bellísima historia. Cuando éstas son tan ricas por su peculiar hermosura que aisladas pueden suficientemente mantenerse al extremo de un cabello, esto me basta para sujetarlas a mi relación.

Entre las personas sacrificadas por Filipo hubo un hombre llamado Heródico, príncipe de los tesalios. Después de él hizo morir a sus des yernos cada uno de los cuales había dejado un hijo de corta edad: Teoxena y Arco se llamaban sus viudas. Teoxena no pudo contraer segundas nupcias a causa de las persecuciones continuas de que era objeto. Arco casó con Poris, el primero por su rango entre todos los enianos, con quien tuvo muchos hijos a los cuales dejó huérfanos y en la infancia. Movida Téoxena por maternal caridad hacia sus sobrinos, con el fin de protegerlos y educarlos, contrajo con Poris segundas nupcias; mas como llegara la proclamación del edicto real, desconfiando de la crueldad de Filipo al par que de la barbarie de sus satélites para con la hermosa y tierna juventud que acogiera bajo su manto, declaró que la daría muerte con sus propias manos antes que hacer de ella entrega a los esbirros de Filipo. Asustado Poris con esta protesta terminante, le prometió ocultarlos trasladándolos a Atenas bajo la custodia de unos amigos fieles. Así las cosas, al matrimonio sirvió de pretexto para alejarse una fiesta anual que se celebraba en Enia en honor de Eneas. Luego que hubieron presenciado las ceremonias y asistido al banquete público, por la noche deslizarónse en un navío preparado de antemano para ganar país por mar; pero [87] como sucediera que el viento les fue contrario encontráronse al día siguiente a la vista de la tierra de donde partieron y fueron seguidos de cerca por los guardianes de los puertos; al ver los fugitivos que les daban ya casi alcance, Poris se esforzaba para aligerar la marcha para alcanzar la libertad, mientras Teoxena, furiosa de amor y venganza, lanzose en la determinación primera, hizo provisión de armas y veneno, y presentando ambas cosas a la vista de las criaturas, díjolas: «¡Ea, hijos míos, la muerte es ya el único remedio de que lograréis vuestra defensa y vuestra libertad; los dioses nos favorecen con su justicia santa; esas espadas desnudas y esas copas rebosantes os franquean la entrada del sucumbir; valor! Y tú, hijo mío, que eres el más crecido, empuña este acero para morir de muerte más noble.» Teniendo de un lado una tan vigorosa consejera y del otro los enemigos prestos ya a lanzarse sobre ellos, cada cual corrió furioso hacia el arma que encontraba más cercana, y todos medio muertos fueron arrojados al mar. Altiava Teoxena de haber tan gloriosamente trabajado en aras de la seguridad de todos sus hijos y estrechando ardientemente a su marido entre sus brazos: «Síguenlos a esos muchachos, amigo mío, le dijo, y gocemos con ellos de la misma sepultura»; y manteniéndose así enlazados se precipitaron en las ondas, de suerte que el barco fue conducido a la orilla vacío de sus dueños.

Los tiranos, para lograr las dos cosas juntas: matar y hacer sentir su cólera, emplearon todos los recursos de que fueron capaces a fin de prolongar la muerte. Quieren que sus

enemigos se vayan, mas no tan presto que no les quede espacio para saborear su venganza: a lo cual su poderío no alcanza, porque, si los tormentos son violentos, necesariamente han de ser cortos; si se prolongan, no los consideran bastante rudos, y hétemelos obligados a buscar nuevas y crueles torturas. La antigüedad nos muestra mil ejemplos de ello, casi estoy por creer que sin pensarlo retenemos nosotros alguna traza de barbarie semejante.

Todo cuanto va más allá de la simple muerte téngolo por crueldad refinada. Nuestra justicia no puede prometerse que aquel a quien el temor de morir y de ser decapitado o ahorcado no preserva de cometer el crimen, deje de realizarlo por la idea del fuego lento, de las tenazas o de la rueda. Merced a lo horroroso de las penas, los lanzamos en la desesperación, porque ¿en qué estado puede hallarse el alma de un hombre que durante veinticuatro horas aguarda su fin magullado por una rueda o, a la usanza antigua, clavado en una cruz? Refiere Josefo que durante las guerras de los romanos en Judea, pasando por el sitio en que habían crucificado a algunos judíos tres días antes, reconoció a tres de sus amigos y obtuvo licencia para trasladarlos [88] de lugar. Dos de, ellos murieron, según cuenta, y el otro vivió todavía después.

Chalcondile, hombre digno de crédito, en las memorias que dejó de las cosas acontecidas en su tiempo y cerca de él, refiere como suplicio extremo el que con frecuencia ejecutaba el emperador Mahomet, que consistía en cortar a los hombres en dos partes por la mitad del cuerpo, en el lugar del diafragma, de un solo golpe de cimitarra, por donde acontecía que muriesen como de dos muertes a un tiempo. Véase, dice a un testigo, una y otra porción del organismo llenas de vida, agitarse largo tiempo después de separadas, acosadas por el tormento. No creo yo que haya sufrimiento grande en este movimiento. Los suplicios más horribles de contemplar no son siempre los más duros de sufrir. Como más atroz considero el tormento que otros historiadores refieren, realizado por el mismo Mahomet contra unos señores epirotas: hízolos desollar con lentitud tan sibiríticamente inhumana que la vida de las víctimas prolongose quince días en esa angustia.

También estos dos otros suplicios fueron crueles: Creso, habiendo logrado apoderarse de un noble, favorito de Pantaleón, su hermano, llevole a la casa de un batanero donde le hizo raspar, y cardar por medio de cardos y peines de los que no se usan en aquel oficio hasta que le vio morir. Jorge Sechel, capitán de los campesinos de Polonia, que so pretexto de la cruzada ocasionaron tantos males, vencido en batalla por el príncipe de Transilvania y hecho prisionero, fue durante tres días amarrado a un caballete, completamente desnudo y expuesto a los tormentos todos, que cada cual podía aplicarle a voluntad. Durante ese tiempo obligose a ayunar a algunos otros prisioneros, hasta que por fin, hallándose vivos todavía y viendo lo que en derredor suyo sucedía, diose a beber su propia sangre a su amado hermano Lucat, por la salvación del cual el martirizado rogaba que a él solo se atribuyeran los males que juntos habían realizado: luego su cuerpo sirvió de alimento a veinte de entre sus más favoritos capitanes, que lo desgarraron a dentelladas y se tragaron los pedazos. Lo que quedó, así como las partes interiores, cuando estaba ya muerto, fue puesto a hervir y de ello se obligó a comer a otras personas de su séquito.

Capítulo XXVIII

Cada cosa quiere su tiempo

Los que igualan con el Censor a Catón el joven, matado de sí mismo, colocan en el mismo rango dos naturalezas hermosas y de carácter análogo. El primero dio a la suya [89] diversidad mayor de ocupaciones y sobresalió en las empresas militares y en el desempeño de los cargos públicos, mas cuanto a la virtud del joven, sobre ser blasfemia ponerla frente a ninguna otra en punto a vigor, es más pura que la del antiguo. Y en efecto, ¿quién osaría aligerar a éste de ambición y envidia, habiéndose atrevido a atacar el honor de Escipión, el cual sobrepuja en bondad y en todo género de excelencias no ya al viejo Catón, sino a todos los demás hombres de su siglo?

Cuéntase entre otras cosas del primer Catón, que hallándose ya en la vejez extrema se puso a estudiar la lengua griega con deseo ardiente, como para aplacar una sed atrasada. Este rasgo no me parece muy laudable; es lo que con razón llamamos «caer de nuevo en la infancia.» Todas las cosas tienen su época adecuada, hasta las más óptimas, y no puedo rezar el padre nuestro sin venir a cuento. Quintilio Flaminio fue destituido del mando, ejerciendo el cargo de general, porque le vieron separado de las tropas en el momento del conflicto dando gracias a Dios en una batalla que ganara.

Imponit finem sapiens et rebus honestis.

Como Eudemónides viera a Jenócrates, ya caduco, asistir puntualmente a las lecciones de su escuela: «¿Cuándo llegará éste, dijo, a saber algo si a estas horas aprende todavía?» Encomiaban algunos al rey Tolomeo porque endurecía su persona todos los días en el ejercicio de las armas, pero Filopómeno decía: «No es cosa digna de alabanza que un monarca de su edad se ejercite en ellas; fuera mejor que supiera ya alcanzar partido para lo venidero.» Debe el joven hacer sus preparativos, el anciano disfrutarlos, dicen los filósofos, y el vicio mayor que éstos advierten en el hombre es que nuestros deseos rejuvenecen sin cesar. Constantemente comenzamos a vivir de nuevo.

Nuestro estudio y nuestro anhelo debieran sentir algunas veces la vejez. Tenemos ya un pie en la sepultura, y nuestros apetitos y perseguimientos no hacen sino renacer:

Tu secanda marmora
locas sub ipsum funus, et, sepulcri
immemor, struis domos.

El más delicado de mis designios cuenta sólo un año de duración: pienso sólo desde ahora en acabar, me desentiendo de toda esperanza nueva y de toda empresa; digo adiós a todos los lugares que abandono, y a diario de lo que tengo me desposeo. Olim jam nec perit quidquam [90] mihi, nec acquiritur... plus super est vialici quani viae.

Vixi, et quem dederat cursura fortuna peregi.

Y en conclusión, todo el alivio que en mi vejez encuentro consiste en que me amortigua varios deseos y cuidados, los cuales apartan el sosiego de la vida: el cuidado del trato

social, el de las riquezas, el de la grandeza, el de la ciencia y el de la salud de mi individuo. Aprende aquél a hablar: cuando lo precisa enseñarse a callarse para siempre. Puede el estudio continuarse en todo tiempo, pero no el aprendizaje: ¡en verdad que es cosa triste un anciano deletreando el a b c!

Diversos diversa juvant; non omnibus annis
omnia conveniunt.

Si hace falta estudiar, ocupémonos en un estudio adecuado con nuestra condición, a fin de que nos sea dable contestar como aquel a quien preguntaron a que fin se quebraba la cabeza, ya decrepito: «Para partir mejor y más a mi gusto», respondió. Tal fue la labor de Catón, el joven, quien al sentir su fin próximo echó mano del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma; y no hay que creer que no estuviera de antemano provisto de toda suerte de municiones para una mudanza semejante: seguridad, voluntad firme e instrucción, tenía más que Platón mismo haya podido almacenar en sus escritos. Estaban su ciencia y su vigor, en este particular, por cima de la filosofía; empleose en aquella lectura no para el servicio de su muerte, sino que, como quien no interrumpe ni siquiera las horas de su sueño con la importancia de tamaña deliberación, continuó también sus estudios sin modificación ninguna lo mismo que las demás acostumbradas acciones de su vida. La noche en que fue rechazado de la pretura, la pasó jugando; la en que debía morir, la pasó leyendo: así la pérdida de la vida como la del cargo eran para él cosas indiferentes.

Capítulo XXIX De la virtud

Por experiencia reconozco que entre los arranques e ímpetus del alma y el hábito permanente y constante media [91] un abismo; y creo que nada hay de que no seamos capaces, hasta de sobrepujar a la Divinidad, dice alguien, por cuanto es más meritorio llegar por sí mismo a la impasibilidad, que ser impasible por original esencia. Puede alcanzar la debilidad humana la resolución y la seguridad de un Dios, pero sólo merced a sacudidas violentas. En las preclaras vidas de algunos antiguos héroes se ven a veces rasgos milagrosos, que parecen superar de muy lejos nuestras fuerzas naturales, pero a decir verdad no son más que rasgos, y es duro creer que con estados tan supremos y esclarecidos puédase abreviar el alma de tal suerte que lleguen a serla ordinarios y como naturales. A nosotros mismos, que no somos sino abortos de hombre, acontécenos sentir la nuestra abalanzarse, cuando ejemplos ajenos la despiertan, bien lejos de su situación normal; pero es ésta, una especie de pasión que la empuja y agita, y que la arrebatada en algún modo fuera de sí misma, pues pasado el torbellino vemos que sin saber cómo se desarma y detiene por sí misma, si no hasta el último límite, al menos hasta abandonar el estado en que se encontraba, de suerte que entonces, en todo momento, por un pájaro que se nos escapa o por un vaso que se nos quiebra, nos afligimos sobre poco más o menos como el más vulgar de los hombres. Aparte del orden, la moderación y la constancia, creo que todas las cosas sean hacederas por un individuo imperfecto y en general falto de vigor. Por eso dicen los

filósofos que para juzgar con acierto a un hombre precisa sobre todo fiscalizar sus acciones ordinarias y sorprenderle en su traje de todos los días.

Pirro, aquel que edificó con la ignorancia una tan divertida filosofía, intentó, como todos los demás hombres verdaderamente filósofos, que su vida concordara con su doctrina. Y porque sostenía que la debilidad del juicio humano era extremada hasta el punto de no poder tomar partido ni a ningún lado inclinarse, queriendo sorprenderlo perpetuamente indeciso, considerando y mirando como indiferentes todas las cosas, cuéntase que se mantenía siempre de manera y semblante idénticos: cuando había comenzado una conversación, nunca dejaba de terminarla, bien que la persona a quien hablara hubiera desaparecido; cuando andaba, jamás interrumpía su camino, por recios obstáculos que le salieran al paso, teniendo necesidad de ser advertido por sus amigos de los precipicios, del choque de las carretas y de otros accidentes: el evitar o temer alguna cosa, hubiera ido en contra de sus proposiciones, que aun a los sentidos mismos rechazaban toda elección y certidumbre. Soportaba a veces el cauterio y la incisión con una firmeza tal que ni siquiera pestañear se le veía. Conducir el alma a fantasías semejantes es, sin duda, peregrino, pero lo es más el juntar a ellas los efectos, lo cual no [92] es imposible, sin embargo; mas el unirlos con perseverancia y constancia tales, hasta el extremo de fundamentar en ellos la vida diaria, es casi increíble que sea dable. Por lo cual, como el filósofo fuera alguna vez sorprendido en su casa cuestionando muy acaloradamente con su hermana y ésta le reprendiera de no seguir en este punto su regla de indiferencia: «¡Cómo! reponía, ¿será también preciso que esta mujercilla sirva de testimonio a mi doctrina?» En otra ocasión en que se le vio defenderse contra las acometidas de un can «Difícilísimo es, dijo, despojar por completo al hombre; hay que esforzarse o imponerse el deber de combatir las cosas primeramente por los efectos, o, cuando menos, por la razón y el discurso.

Hace unos siete u ocho años que a dos leguas de aquí un aldeano, vivo hoy todavía, como se encontrara de antiguo trastornado por los celos de su mujer, volviendo un día del trabajo recibíole ella con sus chillidos habituales; esta vez el hombre se enfureció de tal modo que, al instante, con la hoz que tenía segose de raíz las partes que a los celos contribuían por tan calenturiento modo, y se las arrojó a las narices. Cuéntase que un joven gentilhomme de los nuestros, enamorado y gallardo, habiendo por su perseverancia ablandado al fin el corazón de una hermosa amada, desesperado porque en el momento de la carga se encontrara flojo y falto de empuje,

Non viriliter

iners senile penis extuterat caput,

cuando volvió a su casa se privó de repente de sus órganos, enviándoselos, cual víctima sanguinaria y cruel, para purgar su ofensa. Si a esta acción le hubiera encaminado un religioso razonamiento, como a los sacerdotes de Cibebes, ¿qué no diríamos de una empresa tan relevante?

Pocos días ha que en Bergerac, a cinco leguas de mi casa, siguiendo contra la corriente del río Dordoña, una mujer que había sido atormentada y apaleada por su marido la noche anterior, contrariado y malhumorado por su compleción, determinó libertarse de tal rudeza a expensas de la propia vida. Habiéndose, como de costumbre, reunido con sus vecinas al

levantarse por la mañana al día siguiente, dejando escapar ante ellas algunas palabras de recomendación para sus cosas, cogió de la mano a una hermana que tenía, fueron así hasta el puente, y luego que con el mayor sosiego se hubo despedido de ella, sin mostrar cambio ni sobresalto, precipitose al agua, donde se perdió. Lo más notable de este sucedido es que la determinación maduró toda una noche en su cabeza. [93]

Más valeroso es el proceder de las mujeres indias, pues siendo habitual a sus maridos el tener varias, y a la más cara de entre ellas el matarse cuando él muere, todas, por designio de la vida entera, enderezan sus miras a lograr esa ventaja sobre sus compañeras; y los buenos servicios que a sus maridos procuran no tienen distinta mira ni buscan otra recompensa que la de ser preferidas en la compañía de su muerte:

...Ubi mortifero jacta est fax ultimo lecto,
uxorum fuis stat pia turba comis:
et certamen habent lethi, quae viva sequuntur
conjugium: pudor est non licuisse mori.
Ardent vitrices, et flammae pectora praebent,
imponuntque suis ora perusta viris.

Aun en el día, escribe un hombre haber visto en esas naciones orientales semejante costumbre gozar crédito; y añade que no solamente las mujeres se entierran con sus maridos, sino también las esclavas de que gozara en vida, lo cual se practica en la siguiente forma: muerto el esposo, puede la viuda, si lo desea (pero son contadas las que transigen con ello), solicitar dos o tres meses para poner en buen orden sus negocios. Llegado el día de la muerte, la viuda monta a caballo adornada como si a casarse fuera, y con alegre continente se dispone (así lo dice) a dormir con su esposo, teniendo en la mano derecha un espejo y una flecha en la izquierda; habiéndose así triunfalmente aseado, acompañada por sus amigos y parientes y también por el pueblo en son de fiesta, se la traslada luego al sitio público destinado al espectáculo, que es una plaza grande, en medio de la cual hay un foso lleno de leña; junto a ella se ve una altitud, donde se sube por cuatro o cinco escalones, al cual se la conduce, sirviéndola allí una comida espléndida; luego se pone a bailar y a cantar, y cuando bien lo juzga, ordena que enciendan la hoguera. Tan pronto como esta arde, baja del sitio y cogiendo de la mano al más próximo de entre los parientes de su marido, van juntos al vecino río, donde la víctima se despoja completamente de sus vestiduras, distribuye entre sus amigos sus joyas y sus ropas, y se sumerja en el agua como para lavar sus pecados; en el momento en que sale a tierra, se envuelve en un lienzo amarillo de catorce brazas de largo, da de nuevo la mano al pariente de su marido y se encaminan juntos al montículo, desde el cual habla al pueblo, recomendando el cuidado de sus hijos si los tiene. En el foso y [94] en el montículo colocan a veces una cortina para ocultar la vista de la ardiente hornaza, lo cual algunas prohíben para dar prueba de mayor vigor. Luego que acaba de hablar, una mujer la presenta un vaso lleno de aceite para untarse la cabeza y todo el cuerpo, luego le arroja al fuego cuando la operación acaba, y al instante se lanza ella misma. El pueblo al punto deja caer sobre la víctima gran cantidad de leños para que la muerte sea más pronta y el sufrimiento menor, y toda la alegría se trueca en tristeza dolorida. Cuando se trata de personas de categoría mediana, el cadáver, se conduce al lugar donde ha de recibir sepultura, y allí se sienta; la viuda, arrodillada junto a él, lo abraza estrechamente, permaneciendo así mientras alrededor de ambos levantan un circuito, el

cual, cuando llega a los hombros de la mujer, uno de sus parientes, cogiéndola el cuello por la espalda, se lo retuerce, y cuando ya está muerta, se cierra el circuito, dentro del cual quedan enterrados.

En este mismo país practicaban algo semejante los gimnosofistas, pues no por ajena obligación ni por impetuosidad de su humor repentino, sino por expresa profesión de su secta, era su costumbre, conforme alcanzaban cierta edad, o cuando se veían amenazados por alguna dolencia grave, el hacerse preparar una hoguera sobre la cual había un lecho muy suntuoso; y luego de haber festejado alegremente a sus amigos y conocidos, plantábanse en ese lecho con resolución tan grande que, aun cuando el fuego ardía, nunca se vio a ninguno mover los pies ni las manos. Así murió uno de aquéllos, Calano, en presencia de todo el ejército de Alejandro el Grande. Y a nadie se consideraba santo ni bienaventurado, si no acababa así, enviando su alma purgada y purificada por el fuego, después de haber consumido cuanto poseía de mortal y terrestre. Esta constante premeditación de toda la vida es lo que hace considerar el hecho como milagroso.

Entre las demás disputas filosóficas se ha interpuesto la del Fatum, y para sujetar las cosas venideras y nuestra voluntad misma a cierta necesidad inevitable nos aferramos a este argumento de antaño: «Puesto que Dios prevé que todas las cosas deben así suceder, lo cual sin duda acontece, preciso es que así sucedan.» A lo cual nuestros maestros reponen «que el ver que alguna cosa se verifique como nosotros acostumbramos y Dios lo mismo (pues siendo para él todo presente, ve más bien que no prevé), no es forzarla a que tenga lugar: y hasta dicen que nosotros vemos a causa de que las cosas se realizan, y las cosas no acontecen a causa de que nosotros las veamos: el advenimiento forma la ciencia, y no la ciencia el advenimiento. Aquello que vemos suceder sucede, pero muy bien pudiera ocurrir de otro modo. En el registro de las causas [95] de los acontecimientos que Dios, merced a su paciencia, guarda también, figuran las llamadas fortuitas, lo mismo que las voluntarias que procuró a nuestro arbitrio, y sabe que incurriremos en falta porque así lo habrá querido nuestra voluntad».

Ahora bien, yo he visto a bastantes gentes alentar a sus soldados a expensas de esta necesidad fatal; pues, si nuestra última hora se encuentra a cierto punto sujeta, ni los arcabuzazos enemigos, ni nuestro arrojo ni nuestra huida o cobardía la pueden adelantar o retroceder. Bueno es esto para dicho, pero buscad quien lo practique. Si realmente sucediera que a una creencia resistente y viva acompañaran acciones de la misma suerte, esta fe con que tanto llenamos nuestra boca es en nuestro tiempo de una vaporosidad maravillosa, como no sea que el menosprecio que sus obras la inspiran haga que desdeñe su compañía. Y así debe de ser en verdad, pues hablando de estas cosas el señor de Joinville, testigo digno de tanto crédito como el que más, refiérenos de los beduinos (pueblo mezclado con los sarracenos, con quienes el rey san Luis tuvo que habérselas en Tierra Santa), que según su religión creían tan firmemente los días de cada uno fijados y contados de toda eternidad con preordenanza inevitable, que, salvo una espada turca que llevaban, iban desnudos a la guerra, cubierto tan sólo el cuerpo con un lienzo blanco. El más grande juramento que sus labios proferían, citando entre ellos, se encolerizaban, era éste: «¡Maldito seas, como quien se arma por temor de la muerte!» ¡Cuán diferente de las nuestras esa creencia y esa fe! Pertenece también a este rango el ejemplo que dieron dos religiosos de Florencia, en tiempos de nuestros padres: Controvertiendo un punto religioso

determinaron meterse en el fuego juntos, en presencia de todo el pueblo y en la plaza pública, en prueba de la evidencia de principios que cada uno sentaba; listos estaban ya los aprestos y el acto en el preciso momento de la ejecución, cuando fue interrumpido por un accidente imprevisto.

Habiendo realizado un señor turco, mozo todavía, un relevante hecho de armas a la vista de los dos ejércitos de Amurat, y de Hugnyada, presta a librarse la batalla, quiso el segundo informarse de quién en tan temprana edad le había llenado de tan generoso vigor de ánimo, pues era la primera tierra que había visto; el joven respondió que su preceptor soberano de valentía había sido una liebre: «En cierta ocasión estando de caza, dijo, divisé una liebre en su madriguera, y aunque tenía junto a mi dos lebreles excelentes, pareciome, sin embargo, para no dejar de ganarla, que valía más emplear mi arco, que me era más eficaz. [96] Comencé a disparar mis flechas, lanzando hasta las cuarenta que había en mi carcax, sin acertar a tocarla ni siquiera a despertarla. En seguida la solté mis perros, que tampoco lograron atraparla. De lo cual deduje que el animal había sido puesto a cubierto par su destino, y que ni los dardos ni las espadas alcanzan si no es por la mediación de la fatalidad, la cual no está en nuestra mano apartar o anticipar.» Este cuento debe servir de pasada a mostrarnos cuán flexible es nuestra razón a toda suerte de fantasías. Un personaje grande en años, nombradía, dignidad y doctrina, se me alababa de haber sido llevado a cierta modificación importantísima de su fe por una circunstancia extraña, tan rara como la que inculcó el valor al joven dicho; él la llamaba milagro, y también yo, aunque por razón distinta. Cuentan sus historiadores que hallándose entre los turcos sembrada la idea del acabamiento fatal e implacable de sus días, aparentemente ayuda a procurarles serenidad ante los peligros. Un gran príncipe conozco que aprovechó dichosamente la misma idea, sea que en ella crea realmente o que la tome por excusa para arriesgarse de un modo extraordinario: bien le irá mientras la fortuna le conserve su buena estrella sin cansarse de sustentarlo.

No recuerda mi memoria un efecto de resolución más admirable que mostrado por dos hombres que conspiraron contra el príncipe de Orange. Maravilloso es cómo pudo alentarse al segundo (que lo ejecutó) a realizar una empresa en la cual tan mal le había ido a su compañero, quien llevó a ella todo cuanto ingenio pudo. Siguiendo las huellas de éste y con las mismas armas, atentó contra un señor armado de una instrucción tan fresca, poderoso en punto al concurso de sus amigos lo mismo que en fuerza corporal, en su sala, rodeado de sus guardianes, en una ciudad donde todo el mundo le era devoto. En verdad se sirvió de una mano bien determinada y de un vigor conmovido por una pasión vigorosa. Un puñal es arma más segura para herir, pero como precisa mayor movimiento y vigor de brazo que una pistola, su efecto está más expuesto a ser desviado o trastornado. No dudo, en modo alguno, que este matador dejara de correr a una muerte segura, pues las esperanzas con que hubiera podido alentárselo no podían caber en entendimiento equilibrado, y la dirección de su empresa muestra que así era el suyo, y animoso juntamente. Los motivos de una convicción tan avasalladora pueden ser diversos, pues nuestra fantasía hace de si propia [97] y de nosotros lo que la place. La ejecución realizada cerca de Orleans no fue en nada semejante; hubo en ella más casualidad que vigor; el golpe no era de muerte si la fatalidad no lo hubiera querido así, y la obra de tirar a un jinete de lejos, moviéndose al tenor de su caballo, fue la empresa de un hombre que prefería más bien fallar a su cometido que salvar la propia vida. Lo que aconteció después lo prueba de sobra, pues el delincuente se transió

y perturbó con la idea de una ejecución tan elevada, de tal suerte, que perdió por completo el ejercicio de sus facultades, sin acertar a huir, ni a hablar a derechas en sus respuestas. ¿Qué otra cosa le precisaba sino recurrir a sus amigos, luego de atravesar un río? Este es un medio al cual yo me lancé para evitar menores males y que juzgo de poco riesgo, sea cual fuere la anchura del vado, siempre y cuando que vuestro caballo encuentre, la entrada fácil y que en el lado opuesto preveáis un lugar cómodo para salir a tierra, según el curso del agua. El matador del príncipe de Orange, cuando oyó su horrible sentencia: «A ella estaba preparado, dijo; quiero con mi tranquilidad dejaros atónitos.»

Los asesinos, nación dependiente de Fenicia, son considerados entre los mahometanos como gentes de soberana devoción y de costumbres puras. Tienen por cosa cierta que el camino más breve para ganar el paraíso es matar a alguien que profesa religión contraria a la suya, por lo cual frecuentemente se ha visto a uno o dos, con un colete por todas armas, atacar a enemigos poderosos a riesgo de una muerte segura y sin cuidado alguno del propio peligro. Así fue asesinado (esta palabra se tomó del nombre que llevan) nuestro conde Raimundo de Tripoli en medio su ciudad durante nuestras expediciones de la guerra santa, y también Conrado, marqués de Montferrat: conducidos al suplicio los matadores mostráronse envanecidos y altivos por una tan hermosa obra maestra.

Capítulo XXX

De una criatura monstruosa

Este capítulo va sin comentarios, pues dejo a los médicos la tarea de discurrir sobre el caso. Anteayer vi una criatura, a quien llevaban dos hombres y una mujer que la servía de nodriza, los cuales dijeron ser su padre, su tío y su tía. Mostrábanla, por su rareza, para ganarse la vida, y era en todo lo demás de forma ordinaria (a diferencia [98] de lo que diré luego): se sostenía, sobre ambos pies, andaba y hacía gorgoritos casi como las demás criaturas, de su edad. No se había nutrido aún de otro alimento que la leche de su nodriza, y lo que la pusieron en la boca en mi presencia lo mascó un poco y lo arrojó, sin tragarlo; sus gritos parecían tener algo de característico y su edad era de catorce meses justos. Por bajo de las tetillas estaba cogida y pegada a otro muchacho, sin cabeza, que tenía cerrado el conducto trasero; el resto del cuerpo era perfecto, pues si bien un brazo era más corto que el otro, fue la causa que se le había roto por accidente cuando nació. Los dos estaban unidos frente a frente, como si un niño pequeño quisiera abrazar a otro un poco más grandecito. El espacio y juntura por donde se sostenían era sólo de cuatro dedos próximamente, de suerte que, levantando la criatura imperfecta, se hubiera visto el ombligo de la otra; la soldadura acababa en éste principiando en las tetillas. El ombligo de imperfecto no se podía ver, pero si todo el resto de su vientre. Lo que no estaba pegado, como los brazos, los muslos, el trasero y las piscinas, pendía y colgaba del otro y le llegaba como a media pierna. La nodriza nos dijo que orinaba por los dos conductos, de suerte que los miembros de la criatura imperfecta se nutrían y vivían lo mismo que los de la otra, salvo que era algo más pequeños y menudos. Este cuerpo doble y estos miembros diversos relacionados con una sola cabeza podrían procurar al rey favorable pronóstico para mantener bajo la unión de sus leyes las diversas partes de nuestro Estado; pero temiendo lo que pudiera sobrevenir vale

más no parar mientes en él, pues no hay posibilidad de adivinar sino en circunstancias ya consumadas, ut quum facta sunt, tum ad cojecturam aliqua interpretatione revocentur; como se dice de Epiménides, que adivinaba las cosas pasadas.

En Medoc acabo de ver un pastor de treinta años próximamente, que no presenta ninguna huella de órganos genitales: tiene sólo tres agujeros por donde segrega la orina continuamente; es bien barbado, siente el deseo genésico y busca el contacto femenino.

Lo que nosotros llamamos monstruos no lo son a los ojos de Dios, quien ve en la inmensidad de su obra la infinidad de formas que comprendió en ella. Es do presumir que esta figura que nos sorprende se relacione y fundamente en alguna otra del mismo género desconocida para el hombre. De la infinita sabiduría divina nada emana que no sea bueno, natural y conforme al orden, pero nosotros no vemos la correspondencia y relación. Quod crebro videt; non miratur, ettamsi, cur fiat, nescit. Quod ante non vidit, [99] id, si evenerii, ostentum esse censet. Llamamos contra naturaleza lo que ya contra la costumbre; nada subiste si con aquélla no está en armonía cualquiera que lo existente sea. Que esta universal y natural razón desaloje de nosotros el error y la sorpresa que la novedad nos procura.

Capítulo XXXI De la cólera

Plutarco siempre admirable, pero principalmente, cuando juzga las acciones humanas. En el paralelo entre Licurgo y Numa pueden verse las cosas notables que escribe sobre el grave error en que incurrimos al abandonar los hijos al cargo y gobierno de los padres. La mayor parte de los pueblos, como dice Aristóteles, dejan a cada cual a la manera de los cíclopes, la educación de sus mujeres e hijos, conforme a su loca e indiscreta fantasía. Sólo Lacedemonia y Creta encomendaron a las leyes la disciplina de la infancia. ¿Quién no ve que en un Estado todo depende de esta educación y crianza? Sin embargo, haciendo gala de indiscreción cabal, se la deja a la merced de los padres, por locos y perversos que sean.

¡Cuántas veces he sentido deseos, al pasar por nuestras calles, de echar mano de alguna broma pesada para vengar a los muchachillos que veía desollar aporrear y medio matar a padres y madres furiosos e iracundos, ciegos por la cólera, y vomitando fuego y rabia:

Rabie jecur incendente, feruntur
praecipites; ut saxa jugis abrupta, quibus mons
subtrahitur, clivoque latus pendente recedit.

(y según Hipócrates las enfermedades más peligrosas son las que desfiguran el semblante), que con voz chillona e imperiosa acoquinan a criaturas que acaban de salir de los brazos de la nodriza! Así vemos tantas inutilizadas y aturcidas por los golpes; y nuestra justicia no para mientes en ello como si estos seres dislocados no fueran miembros de nuestra república:

Gratum est, quod patriae civem populoque dedisti
si facis, ni patriae sit idoneus, utilis agris,
utilis et bellorum et pacis rebus agendis. [100]

No hay pasión que más dé al traste que la cólera con la sinceridad del juicio. Nadie pondría en duda que debiera condenarse a muerte al magistrado que movido por la ira hubiese sentenciado a su criminal; ¿por qué se consiente, pues, a los padres y a los maestros de escuela, cuando están dominados por la ira, castigar a los niños? Tal proceder no puede llamarse corrección debe, nombrarse venganza. Aquella es la medicina de los muchachos, y estoy bien seguro de que no consentiríamos que ejerciera su oficio un médico prevenido y encolerizado contra su paciente.

Nosotros mismos, para obrar como Dios manda, tampoco deberíamos poner la mano en nuestros criados mientras la ira nos domina. Mientras el pulso nos late más deprisa que de ordinario, mientras sentimos nuestra propia emoción, aplacemos la partida; las cosas nos parecerán distintas cuando hayamos, ganado la tranquilidad y la calma. La pasión es quien gobierna entonces, la pasión quien habla y no nosotros: ayudados por su impulso, los defectos nos aparecen abultados, como los cuerpos al través de la neblina. Quien tiene hambre coma carne en buen hora, pero quien al castigo quiere apelar no debe padecer de él sed ni apetito. Además, las correcciones practicadas con medida y discreción se acogen mejor y con mayor fruto por quien las soporta: si así no acontece, el delincuente no cree haber sido con justicia condenado por un hombre a quien trastornan la furia y la rabia a un mismo tiempo, alegando como justificación de su proceder las extraordinarias agitaciones de su señor, el sobresalto de su semblante, los inusitados juramentos y la inquietud y precipitación temerarias:

Ora tument ira, nigrescunt sanguine venae,
lumina Gorgoneo saevius igne micant.

Cuenta Suetonio que, habiendo sido Cayo Rabirio condenado a muerte por César, lo que más contribuyó a justificar a aquél ante los ojos del pueblo, a quien apeló en defensa de su causa, fue la animosidad y rudeza que el emperador había en su juicio mostrado.

El decir es distinto del hacer; es preciso considerar separadamente el predicador y lo que predica. Fácil tarea fue la que eligieron en nuestro tiempo los que combatieron la verdad de nuestra Iglesia echando mano de los vicios de sus ministros; arrancan de otra parte los testimonios de ella; torpe es la manera como esas gentes argumentan y muy adecuada a sembrar la confusión en todas las cosas. Un hombre de costumbres excelentes puede albergar opiniones falsas; un malvado predicar la verdad, hasta aquel [101] que no cree en ella. Sin duda concurre una hermosa armonía cuando las palabras y las obras caminan en buen acuerdo, y no pretendo negar que el decir, cuando las acciones lo acompañan, no sea de mayor autoridad y eficacia, como decía Eudamidas oyendo a un filósofo discurrir sobre la guerra: «Esas palabras son hermosas, mas quien las sienta no merece crédito, pues sus oídos no están habituados al son de las trompetas.» Escuchando Cleomenes a un retórico que hablaba del valor, se desternilló de risa, y como el platicante se escandalizara, dijo el filósofo: «Haría lo propio si fuera una golondrina quien del valor hablara, pero si fuera un águila la oiría de buen grado.» Advierto, si no me engaño, en los escritos de los antiguos,

que quien dice lo que piensa lo incrusta con viveza mucho mayor en el alma que quien se disfraza. Oíd hablar a Cicerón del amor de la libertad y oíd a Bruto discurrir sobre el mismo tema: los escritos mismos os muestran que éste era hombre para adquirirla a costa de su vida. Que Cicerón, padre de la elocuencia, trate del menosprecio de la muerte, Séneca trate igual tema; aquél se arrastra lánguido haciéndoos sentir que quiere convenceros de cosas en las cuales no tiene gran resolución; ningún vigor os comunica, puesto que él mismo se encuentra falto; mientras que el otro os anima y os inflama. No cojo nunca un autor en mi mano, principalmente si es de los que tratan de la virtud y de las humanas acciones, sin que busque curiosamente cuál ha sido su vida, pues los eforos de Esparta viendo a un hombre disoluto aconsejar útilmente al pueblo le ordenaron que se callara, rogando a otro de buena índole que se atribuyera la idea proponiéndola.

Los escritos de Plutarco, cuando bien los saboreamos, nos le descubren bastante, y yo creo conocer hasta lo hondo de su alma; quisiera, sin embargo, que tuviéramos algunas memorias de su vida. Descarrieme con esta apreciación con motivo del agradecimiento que Aulo Gelio inspira por habernos dejado escrito este cuento de las costumbres de aquél, que cuadra bien a mi asunto de la cólera: Un esclavo, hombre malo y vicioso, pero cuyos oídos estaban un tanto abrevados en las lecciones de la filosofía habiendo sido dado por algún delito que cometiera, conforme a la voluntad de Plutarco, comenzó a gruñir mientras le azotaban «que sin razón era maltratado y que nada había hecho»; poniéndose luego a gritar y a injuriar con buenas razones a su amo, echábale en cara «que no era filósofo como se creía; que él habíale con frecuencia oído predicar la fealdad del encolerizarse, y que hasta sobre el asunto había compuesto un libro; lo de que sumergido en la rabia, concluía, le hiciera tan cruelmente sacudir, desmentía por completo sus escritos.» A lo cual Plutarco repone con calma y seguridad cabales: «¡Cómo se [102] entiende, zafio! ¿En qué conoces que en este instante me encuentre dominado por la cólera? Mi semblante, mi voz, mis palabras, ¿te procuran algún testimonio de que me halle fuera de mí? No creo tener ni la vista inyectada, ni demudado el rostro, ni lanzo tampoco espantosos gritos: ¿acaso enrojezco? ¿echo espuma por la boca? ¿se me escapa alguna palabra de la cual tenga que arrepentirme? ¿me estremezco? ¿tiemblo de cólera? Pues para decirlo todo, éstos son los verdaderos signos del arrebato.» Luego volviéndose hacia quien le azotaba: «Continuad, le dijo, vuestra tarea, mientras éste y yo cuestionamos.» Tal es la relación de Aulo Gelio.

Volviendo Archytas Tarentino de una guerra en la cual había sido capitán general, encontró su casa envuelta en el más horrible desorden, y sus tierras en barbecho a causa del mal gobierno de su administrador, a quien hizo llamar diciéndole: «Apártate de mi presencia, pues si no estuviera arrebatado te estrellaría de buena gana.» También Platón sintiendo ira contra uno de sus esclavos encargó a Speusipo de castigarle, excusándole de ponerle la mano encima por dominarle la cólera en aquel momento. El lacedemonio Carilo dijo a un ilota que con él se conducía insolente y audazmente: «¡Por los dioses te juro que, si la cólera no me embargara, ahora mismo te mataría!»

Pasión es ésta que consigo misma se complace y regodea. ¡Cuántas veces impelidos a ella por alguna causa injustificada, al mostrárenos una buena defensa o alguna excusa razonable, nos despechamos contra la verdad misma y contra la inocencia! A este propósito retuve de la antigüedad un maravilloso ejemplo: Piso, personaje de virtud relevante en todos los demás respectos, hallándose prevenido contra uno de sus soldados porque al

volver solo del forraje no acertaba a darle cuenta del lugar en que dejara a un compañero suyo, decidió repentinamente condenarle a muerte. Mas he aquí que cuando estaba ya en la horca se ve llegar al extraviado: todo el ejército se regocija grandemente de tan fausto suceso, después de muchas caricias y abrazos mutuos entre ambos amigos, condúceles el verdugo en presencia de Piso, esperando todos, que del hecho recibiría placer sumo; pero sucedió todo lo contrario, pues movido por la vergüenza y el despecho de su ardor, el cual se mantenía aún en el período de fortaleza, redoblose, y mediante una sutileza que su pasión le sugirió al instante, al punto vio tres culpables, y a los tres hizo matar: al primero, porque de ello la orden había sido dada; al segundo, por haberse descarriado, habiendo sido la causa de la muerte de su compañero, y el verdugo por no haber obedecido la prescripción que recibiera.

Los que se las han con mujeres testarudas habrán experimentado a cuán tremenda rabia se las lanza cuando a [103] su agitación se oponen el silencio y la frialdad, cuando se menosprecia el alimentar su cólera. Celio el orador era por naturaleza maravillosamente colérico; en una ocasión encontrándose, cenando con un hombre de conversación apacible que por no contrariarlo tomaba la determinación de aprobar cuanto decía, consintiendo a todo, no pudo soportar el que su mal humor se deslizara así sin alimento; y encarándose con su comensal: «¡Por los dioses, le dijo, niégame alguna cosa a fin de que seamos dos!» Las mujeres hacen lo propio, no se encolerizan si no es para comunicar su pasión a los demás, a la manera de las leyes del amor. Ante un hombre que perturbaba su discurso, injuriándole rudamente, Foción permaneció callado, procurándole todo el espacio necesario para agotar su rabia; pasada ésta, sin parar mientes en el incidente, comenzó de nuevo su plática en el punto en que la dejara. Ninguna réplica tan picante cual tamaño menosprecio.

Del hombre más colérico de Francia (cualidad que implica siempre imperfección, más excusable en quien las armas ejerce, pues en esta profesión hay cosas que no pueden menos de engendrarla), digo yo a veces que es la persona más paciente que conozco para sujetarla. Con tal violencia y furor le agita,

Magno veluti quimi flamma sonore
virgea suggeritur costis undantis abeni,
exsultantque aestu latices, furit intus aquai
fumidus, atque alte spumis exuberat amnis;
nec jam se capit unda; volat vapor ater ad auras .

que ha menester reprimirse cruelmente para moderarla. Por lo que a mí respecta, desconozco la pasión con la cual cubrir y sostener pudiera semejante esfuerzo; no quisiera colocar la prudencia a tan alto precio. No considero tanto lo que hace como lo mucho que le cuesta el no realizar actos peores.

Otro hombre se me alababa del buen orden y dulzura de sus costumbres (y en verdad que en él eran singulares ambas cualidades en este respecto); a lo cual yo reponía que la cosa era de importancia, principalmente en aquellos que como él pertenecían a la calidad eminente, y hacia los cuales todos convierten la mirada; que era bueno presentarse ante el mundo constantemente de buen temple, pero que lo primordial consistía en proveer interiormente y a sí mismo, y que a mi ver no es gobernar bien sus negocios el atormentarse

por dentro, lo cual yo temía que le aconteciera por mantener el semblante apacible y aquella regla aparente exterior. [104]

La cólera se irrita ocultándola, y lo acredita así el dicho de Diógenes a Demóstenes, quien recelando ser visto en una taberna iba moviéndose hacia dentro: «Cuanto más te ocultes, dijo el primero, otro tanto al interior te diriges.» Yo aconsejo que sacudamos más bien un sopapo en la mejilla de nuestro criado, aun cuando sea algo injusto, mejor que el atormentar nuestra fantasía para mantenernos dentro de la más prudente continencia; y mejor preferiría exteriorizar mis pasiones que incubarlas a mis propias expensas, pues languidecen y se evaporan al expresarlas; preferible es que sus punzadas obren exteriormente a que contra nosotros las pleguemos. *Omnia vilia in aperlo leviora sunt: et tunc perniciosissima, quum, simulata subsidunt.*

Yo advierto a quienes legítimamente pueden encolerizarse en mi familia, primeramente que economicen el hacerlo y que no lo extiendan a todo ruedo, porque así desaparecen su efecto y su peso: el alboroto temerario y ordinario pasa a la categoría de costumbre y es causa de que todos lo menosprecien. La cólera que gastáis contra un servidor por su latrocinio no ocasiona efecto alguno, puesto que es la mima de que os vio cien veces echar mano contra él por haber enjuagado mal un vaso o por no haber colocado diestramente un taburete. En segundo lugar les recomiendo que no se me enfurezcan inútilmente, procurando que su reprensión llegue a quien la merece, pues ordinariamente gritan antes de que el acusado se encuentre en su presencia y, gritando permanecen un siglo después de que se fue,

Et secum petulans amentia certat:

pegan contra su propia sombra y desencajan la tormenta en lugar donde nadie, es castigado ni tiene nada que ver, como no sea con el estrépito de su voz, tan horrible que más no puede serlo. Análogamente, censuro en las disputas a los que brabuquean y se insubordinan en la ausencia del adversario; preciso es guardar tales balandronadas para cuando puedan producir efecto:

*Mugitus veluti quum prima in praelia taurus
territicos ciet atque irasci in cornua tentat,
arboris obnixus trunco, ventosque lacessit
letibus, et sparsa ad pugnam proludit arena.*

Dominado por la cólera, no es nada tenue la mía, pero [105] en cambio es tan rápida y secreta cuanto puedo hacer que así sea: bien que me pierda en rapidez y violencia con el trastorno no me extravió hasta el punto de lanzar abandonadamente y sin escogerlas toda suerte de palabras injuriosas, y que no procure colocar pertinentemente mis punzadas donde considero que hieren más, pues comúnmente no empleo sino la lengua. A mis criados les va mejor en las grandes ocasiones que en las pequeñas: como éstas me causan sorpresa, quiere la desdicha que tan luego como en el principio os colocáis, nada importa lo que en movimiento os puso, vais a dar constantemente al fondo: la caída se empuja, se pone en movimiento y por sí misma se acelera. En las ocasiones importantes me satisface el que sean tan justas que todos aguardan ver nacer con ellas una cólera razonable; yo me glorifico

haciendo que no llegue lo que se espera, me contraigo y preparo contra ellas. Se me incrustan en los sesos, amenazando llevarme bien lejos si las sigo, mas fácilmente me guardo de penetrarlas, y cuando las espero me mantengo suficientemente fuerte para rechazar el impulso de esa pasión, por imperiosa que la causa sea; pero si una vez siquiera me preocupa y agarra, arrástrame, por baladí que sea el motivo. Yo hago el siguiente pacto con los que pueden cuestionar conmigo: «Cuando advirtáis que el primero me sobresalto, dejadme seguir así con razón o sin ella: yo a mi vez haré lo propio cuando os llegue el turno.» La tempestad no se engendra sino con la concurrencia de las cóleras, que fácilmente una de otra se producen, y no nacen en el mismo punto: dejemos a cada una libre curso, y siempre en sosiego permaneceremos. Receta útil, pero de ejecución difícil. A veces me acontece echarlas de contrariado, para coadyuvar así al buen orden de mi casa, sin que por dentro deje de reinar la calma. A medida que la edad va mis humores avinagrando voy oponiéndome al camino cuanto me es dable, y si en mi mano estuviera haría que en adelante me sintiese tanto menos malhumorado y difícil de contentar cuanto más excusable o inclinado a ello pudiera serlo, aunque antaño haya figurado entre los que lo son menos.

Una palabra más para cerrar este pasaje. Dice Aristóteles que alguna vez la cólera procura armas a la virtud y al valor. Verosímil es que sea así; mas de todas suertes los que contradicen este principio afirman con agudeza que son armas de nuevo uso, pues así como las otras las manejamos, éstas a nosotros nos manejan; y nuestra mano no las guía; ellas son las que gobiernan nuestra mano, nos empuñan sin que nosotros las empuñemos. [106]

Capítulo XXXII

Defensa de Séneca y de Plutarco

La familiaridad que mantengo con estos dos personajes y la asistencia que procuran a mi vejez y mi libro, edificado del principio al fin con sus despojos, me obligan a defender el honor de ambos.

Cuanto a Séneca, entre los centenares de librejos que propagan los partidarios de la pretendida religión reformada en defensa de su causa, que a veces proceden de buena mano, y es gran lástima que no tengan mejor asunto, vi hace tiempo uno que por aparejar y mostrar palmaria la semejanza del reinado de nuestro, Carlos IX con el de Nerón, coloca en el mismo rango que Séneca al cardenal de Lorena, considerando igual la fortuna de ambos. Como es sabido, los dos fueron los primeros personajes en el gobierno de sus príncipes respectivos y tuvieron iguales costumbres, idénticas condiciones y los mismos desaciertos. A mi entender, con estos juicios se honra demasiado a dicho señor cardenal, pues aunque yo sea de los que estiman grandemente su espíritu, elocuencia, celo, religión y servicio de su rey, al par que su buena estrella de haber nacido en un siglo en que le fue dado ser hombre singular, y juntamente, necesario a la vez para el bien público, que pudo contar con un eclesiástico de tanta nobleza y dignidad, sin embargo, a juzgar sin ambages la verdad, yo no juzgo su capacidad, ni con mucho, al nivel de la de Séneca ni su virtud tan pura, tan cabal y tan constante.

Este libro de que hablo para llegar a su designio, traza de Séneca un injuriosísimo retrato y encuentra los vituperios en el historiador Dión, de quien yo rechazo el testimonio. A más de que este autor es inconstante, pues después de haber llamado al preceptor de Nerón varón prudentísimo y enemigo mortal de los vicios de su discípulo, le califica de avaricioso, usurero, ambicioso, cobarde y voluptuoso, y añade que encubría todas estas perversas cualidades bajo el manto de la filosofía. A mi ver, la virtud de Séneca aparece en sus escritos resplandeciente y vigorosa, y su defensa contra algunas de aquellas imputaciones es tan clara y evidente como el cargo que su riqueza y fausto excesivos; yo no creo, pues, ningún testimonio en contrario. Con mayor razón debe aprobarse en tales asertos a los historiadores romanos que a los griegos y extranjeros: Tácito y los otros autores latinos hablan muy honrosamente de su vida y de su muerte, pintándonosle en todos sus actos como personaje excelentísimo y virtuosísimo; no quiero alegar otra réplica, contra el juicio de Dión más que ésta de incontestable [107] peso: tan desacertadamente juzga las cosas romanas, que se atreve a sostener la causa de Julio César contra Pompeyo y la de Marco Antonio contra Cicerón.

Volvamos a Plutarco. Juan Bodin es un buen autor de nuestro tiempo, cuyos escritos encierran mucho más juicio que los de la turba de escritores de su siglo; merece, pues, que se le estudie y considere. Yo lo encuentro algo atrevido en el pasaje de su Método de la Historia en que acusa a aquél, no solamente de ignorancia (en lo cual nada tendría yo que reponerle, por no ser asunto de mi competencia), sino también de escribir a veces «cosas increíbles y completamente fabulosas»; tales son las palabras que, Bodin emplea. Si hubiera dicho sólo «que relataba los hechos distintamente de como son», la censura no habría sido grande, pues aquello que no vimos lo tomamos de ajenas manos y así le prestamos crédito. Yo veo que adrede refiere diversamente la misma historia, como el juicio de los tres mejores capitanes que hayan jamás existido, formulado por Aníbal, es diferente en la vida de Flaminio y en la de Pirro. Mas acusarle de haber considerado como moneda contante y sonante cosas increíbles e imposibles, es suponer falta de ponderación al más juicioso autor del mundo. He aquí lo que Bodin señala: «cuando refiere que un muchacho de Lacedemonia se dejó desgarrar el vientre por un zorro que había robado y guardaba oculto bajo su túnica, prefiriendo morir mejor que mostrar su latrocinio». En primer lugar creo mal escogido este ejemplo; puesto que es muy difícil limitar los esfuerzos de las facultades del alma mientras que las fuerzas corporales tenemos más medios de conocerlas y medirlas; por esta razón sino me hubiera impuesto la tarea de buscar contrasentidos a nuestro autor hubiera más bien escogido un ejemplo de esa segunda categoría. De la cual los hay en Plutarco mucho menos creíbles, como el que de Pirro cuenta, diciendo «que encontrándose herido sacudió un tan tremendo sablazo a un enemigo armado de todas armas, que lo partió de arriba abajo, de tal suerte que el cuerpo quedó en dos partes dividido». En el ejemplo que Bodin elige nada encuentro de milagroso, ni admito tampoco la excusa con que a Plutarco disculpa, de haber añadido estas palabras: «según cuentan», para advertirnos mantener en guardia nuestro crédito, pues a no tratarse de las cosas recibidas por autoridad y reverencia de autoridad o de religión, no hubiera pretendido ni acoger él mismo, ni proponernos para que las creyéramos cosas de suyo increíbles. Y lo de que esta frase, «según cuentan», no la empleo en ese pasaje para tal efecto, fácil es penetrarse de ello, por lo que en otro lugar nos refiere sobre el mismo tema de la paciencia de los muchachos lacedemonios, con ocasión de sucesos acaecidos en su tiempo más difíciles a [108] persuadirnos, como el que Cicerón, testimonió antes que él «por haberse encontrado (a lo

que dice) en el lugar donde aconteció», o sea que hasta su época veíanse criaturas aptas para soportar esa prueba de paciencia, a la cual se las experimentaba ante el altar de Diana, que sufrían el ser azotadas basta que la sangre las corría por todo el cuerpo, no solamente sin gritar sino también sin gemir, y que algunas allí dejaban voluntariamente la vida. Y lo que Plutarco también refiere, juntamente con cien otros testimonios, de que en el sacrificio un carbón encendido se deslizó en la manga de un niño lacedemonio cuando estaba incensando el ara, dejandose abrasar todo el brazo hasta que el olor de la carne chamuscada llegó a las narices de los asistentes. Tan imbuido estoy yo en la grandeza de aquellos hombres que no solamente no me parece, como a Bodin, increíble el relato de Plutarco, sino que ni siquiera ni a raro ni a singular me sabe. Llena está la historia espartana de mil ejemplos más rudos y más peregrinos; extrañamente considerada, toda ella es un puro milagro.

Con ocasión del robo, Marcelino refiere que en su época no se había logrado encontrar ninguna suerte de tormento que forzase a los egipcios a declararlo cuando se los sorprendía en ese delito, entre ellos muy común, como su nombre lo declara.

Conducido al suplicio un campesino español a quien se consideraba como cómplice en el homicidio del pretor Lucio Piso, gritaba, en medio del tormento, «que sus amigos no se movieran, asistiéndole con seguridad cabal, y que del dolor no dependía el arrancarle una palabra de confesión»; no dijo otra cosa durante el primer día. Al siguiente, cuando le llevaban para comenzar de nuevo su tormento, arrancándose de entre las manos de sus guardianes se magulló la cabeza contra un muro, y se mató.

Como Epicaris cansara y hartara la crueldad de los satélites de Nerón resistiendo el fuego los azotes o instrumentos de suplicio durante todo un día sin que ninguna palabra pronunciaran sus labios de la conjuración en que había tomado parte, llevado al siguiente a soportar las mismas crueldades, con todos los miembros quebrados, formó una lazada con un girón de su túnica en el brazo de la silla dolido estaba, a manera de nudo corredizo, y metiendo por él la cabeza se estranguló con el peso de su cuerpo. Teniendo el valor de morir así y hallando tan a la mano el escapar a los primeros tormentos, ¿no parece haber de intento prestado su vida a semejante prueba de paciencia el precedente día para burlarse del tirano, animando a otros a semejante empresa contra él?

Quien se informe de nuestros soldados en punto a los sufrimientos que en nuestras guerras civiles soportaron hallará efectos de paciencia, obstinación y tenacidad en [109] nuestros siglos miserables, en medio de esa turba más que la egipcia blanda y afeminada, dignos de ser comparada con los que acabamos de referir de la virtud espartana.

Yo sé que se vio a simples campesinos dejarse abrasar las plantas de los pies, aplastar el extremo de los dedos con el gatillo de una pistola, y sacar los ensangrentados ojos fuera de la cabeza a fuerza de oprimirles la frente, con una cuerda, antes de pretender siquiera ponerse a salvo. A uno vi dejado como muerto, completamente desnudo en un foso, con el cuello magullado e inflado por una soga que de su cuerpo aun pendía, con la cual le habían sujetado toda la noche a la cola de un caballo; su cuerpo estaba atravesado en cien sitios diferentes con heridas de arma blanca, que le asestaron no para matarle, sino pala hacerle sufrir e infundirle miedo. Todo lo había soportado, hasta la pérdida del uso de la palabra y

de las sensaciones, resuelto, a lo que me dijo, a morir mejor de mil muertes (y en verdad que en lo tocante a sufrimiento había soportado una bien cabal), antes que ninguna promesa se le escapara; este hombre era, sin embargo, uno de los más ricos labradores de la comarca. ¿A cuántos no se vio dejarse pacientemente quemar y asar por sustentar ajenas opiniones, ignoradas y desconocidas? Cien y cien mujeres conocí (pues dicen que las cabezas de Gascuña gozan de alguna prerrogativa en este respecto), a quienes hubieseis más bien hecho morder hierro candente que abandonar una idea concebida en un momento de cólera; la violencia y los golpes las exasperan, y quien forjó el cuento de la que por ninguna corrección ni amenazas ni palos cesaba de llamar piojoso a su marido, la cual, precipitada en el agua, alzaba todavía las manos (ahogándose ya) por cima de su cabeza para hacer el signo de aplastar piojos, imaginó un cuento del que se ve todos los días señal y expresa imagen en la testarudez de las mujeres. Testarudez hermana de la constancia, a lo menos en vigor y firmeza.

No hay que juzgar de lo posible y de lo imposible según lo creíble y lo increíble para nuestros sentidos, como en otra parte dije; y es defecto grave, en el cual, sin embargo, casi todos los hombres incurren (y esto no va con Bodin), el oponerse a creer del prójimo lo que ellos no querrían, o no serían capaces de llevar a cabo. Piensa cada cual que la soberana forma de la humana naturaleza reside dentro de él mismo, y que según ella precisa reglamentar a todos los otros: las maneras que con las propias no se relacionan son simuladas o falsas. ¡Bestial estupidez si las hay! ¿Proponen a un hombre alguna calidad de las acciones o facultades de otro? lo primero que de su juicio consulta es su propio ejemplo, y conforme a él debe andar el orden del mundo. ¡Borricada perjudicial e insoportable! Por lo que a mi toca, considero a algunos hombres muy [110] por cima de mi medida, principalmente entre los antiguos; y aun cuando reconozca claramente mi impotencia para seguirlos ni a mil pasos, mi vista no deja de contemplarlos ni de juzgar los resortes que así los elevan, de los cuales advierto en mí la semilla en cierto modo: hago lo propio con la extrema bajeza de los espíritus, que no me espanta, y en la cual tampoco dejo de creer. Penetre bien la fortaleza que para remontarse emplean, admiro su grandeza y sus ímpetus, que encuentro hermosísimos, abrazándolos. Si mis ánimos no llegan a tan encumbradas cimas, mis fuerzas se aplican a ellas gustosísimas.

El otro ejemplo que Bodin alega entre las cosas increíbles y enteramente fabulosas, dichas por Plutarco, es lo de «que Agesilao fuera multado por los eforos por haber sabido ganar el corazón y la voluntad de sus conciudadanos». No me explico la marca de falsía que en ello encuentra, mas lo que sí diré es que Plutarco en este punto habla de cosas que debían serle mucho mejor conocidas que a nosotros; y no era en Grecia cosa nueva el ver a algunos castigados y desterrados por el delito de agrandar de sobra a sus paisanos, como lo prueban el ostracismo y el petalismo.

Hay aún otra acusación en el mismo pasaje que me sienta mal por Plutarco: donde Bodin escribe que aquel acomodó, de buena fe, los romanos con los romanos y los griegos entre sí, pero no los griegos con los romanos; pruébanlo, dice, Demóstenes y Cicerón, Catón y Aristides, Sila y Lisandro, Marcelo y Pelópidas, Pompeyo y Agesilao, considerando que favoreció a los griegos procurándoles compañeros tan desemejantes. Este cargo va contra lo que Plutarco tiene de más excelente y laudable, pues en sus comparaciones (que constituyen la parte más admirable de sus obras, en la cual, a mi ver, tanto a sí mismo se

plugo), la fidelidad y sinceridad de sus juicios igualan su profundidad y su peso: Plutarco es un filósofo que nos enseña la virtud. Veamos si nos es dable libertarle de ese reproche de prevaricación y falsía. Lo que se me antoja haber motivado tal juicio, es el brillo resplandeciente y grande de los nombres romanos que nuestra cabeza alberga; no admitimos que Demóstenes pueda igualar la gloria de un cónsul, procónsul y pretor de esa gran república; mas quien considere la verdad de la cosa y los hombres por sí mismos (a lo cual Plutarco enderezó sus miras), y quien logre equilibrar las costumbres de unos y otros, la naturaleza y la capacidad de su fortuna, creará conmigo, al revés de Bodin, que Cicerón y Catón el antiguo son deudores a sus compañeros. Para sustentar el designio de nuestro escritor hubiera yo más bien elegido el ejemplo de Catón el joven puesto al lado del Foción, pues en esta pareja podía encontrarse más verosímil disparidad en provecho del romano. [111] En cuanto a Marcelo, Sila y Pompeyo, bien se me alcanza que sus expediciones militares son de mayor relieve, más gloriosas y más pomposas que las de los griegos que Plutarco colocó frente a ellos; pero las acciones más hermosas y virtuosas, así en la guerra como en la paz, no son siempre las más sonadas. Con frecuencia veo muchos nombres de capitanes ahogados bajo el esplendor de otros cuyos merecimientos son más chicos: así lo acreditan Labiano, Ventidio, Telesino y algunos más. Tratándose de censurar a Plutarco por este lado, si tuviera que quejarme por los griegos, ¿no podría decir que mucho menos es Camilo comparable a Temístocles, los Gracos a Agis y Cleomenes y Numa a Licurgo? Pero es locura el pretender juzgar de las cosas que tan distintos aspectos muestran.

Cuando Plutarco los compara, no por ello los iguala: ¿quién podría advertir sus diferencias con competencia y conciencia mayores? ¿Quiero parangonar, por ejemplo, las victorias, los hechos de armas, el poderío de los ejércitos conducidos por Pompeyo, y sus triunfos, con los de Agesilao? «Yo no creo, dice, que el mismo Jenofonte, si hubiera vivido, a pesar de haberle dejado escribir cual cuanto quiso en ventaja de Agesilao, osara establecer una comparación.» ¿Coloca a Lisandro frente a Sila? «No hay comparación posible, escribe, ni en número de victorias, ni en arriesgadas batallas, pues Lisandro ganó tan sólo dos combates navales.» No es esto aminorar a los romanos. Por haberlos simplemente presentado ante los griegos, ninguna injuria pudo haberlos inferido, cualquiera que sea la disparidad que pueda haber entre unos y otros. Plutarco no los contrapesa por entero; en conjunto, en él no se descubre ninguna preferencia; compara las partes y circunstancias unas tras otras y las juzga separadamente. Por donde, si acusarle quisiera de favoritismo, sería preciso analizar algún juicio particular, o decir en general que incurrió en tal falta no comparando tal griego con tal romano, en atención a que había otros más apropiados para aparejarlos y cuyas vidas mejor se relacionaban.

Capítulo XXXIII

La historia de Espurina

No juzga la filosofía haber empleado las armas de que dispone cuando conduce a la razón el soberano gobierno de nuestra alma y cuando alcanza la autoridad de sujetar nuestros apetitos, entre los cuales, los que creen que no los hay más violentos que aquellos que el amor engendra, tienen en su abono que son los que dependen a la vez del cuerpo y

del espíritu, y que todo el hombre es [112] por ellos poseído, de tal suerte que la salud misma depende del alivio, así es que a veces la medicina se ve obligada a prestarles sus buenos oficios. Pero en cambio podría también decirse que la unión de los cuerpos va acompañada de descanso y flojedad, pues estos deseos están sujetos a hartura y son susceptibles de remedios materiales.

Habiendo querido algunos libertar su alma de las alarmas continuas que su apetito les procuraba, se sirvieron de incisiones y cortaduras de las partes conmovidas y alteradas; otros abatieron por completo la fuerza y el ardor con la frecuente aplicación de cosas frías, como la nieve y el vinagre: los cilicios que nuestros abuelos usaban destinábanse a este uso. Eran un tejido de crines de caballo con el cual unos hacían camisas, y cintos otros, a fin de torturar sus riñones. Un príncipe me contaba no ha mucho que durante su juventud, en un día de fiesta solemne que se celebraba en la corte del rey Francisco I, donde todo el mundo iba vestido de punta en blanco, le entraron ganas de ponerse el cilicio que tenía en su casa y que su padre ya había usado, pero por mucha devoción que tuvo no le fue posible desplegar la paciencia de aguardar a la noche para despojarse de él, permaneciendo luego enfermo de resultas durante mucho tiempo. Decíame además dicho príncipe que no pensaba que hubiera calor juvenil tan fuerte que amortiguar no pudiera la práctica de esta receta. Quizás él no lo experimentaba de los más ardientes, pues la experiencia nos acredita que tal emoción se mantiene viva muchas veces bajo los tormentos más rudos y que más laceran la materia, y los cilicios no encaminan siempre, a la penitencia a los que los llevan.

Jenócrates procedió con más rigor que mi príncipe, pues sus discípulos, para poner a prueba su continencia, metieron en su cama a Laís, aquella hermosa y célebre cortesana, del todo desnuda, salvo de las armas de su belleza, filtros y encantos locos. Sintiendo Jenócrates que a pesar de sus razonamientos y de sus preceptos el cuerpo rebelde comenzaba a insubordinarse se abrasó los miembros que habían prestado oído a la rebelión. Las pasiones que tienen su asiento cabal en el alma, como la ambición, la avaricia y otras, atarean mucho más la razón, pues ésta no puede ser auxiliada sino por sus recursos propios, ni tampoco estos apetitos son capaces de saciedad; a veces se aumentan y aguzan al experimentarlos.

El solo ejemplo de Julio César puede bastar a mostrarnos la disparidad de esos anhelos, pues nunca se vio hombre más amante de los placeres del amor. El meticuloso cuidado que de su persona mostraba lo testimonia, hasta el extremo de servirse para él de los medios más lascivos que en su época se emplearan, como el hacerse arrancar el pelo de todo el cuerpo con pinzas y el adobarse con perfumes [113] de una delicadeza extrema. Era de suyo hombre hermoso; blanco, de elevada y grata estatura, lleno el semblante y los ojos oscuros y vivos, si otorgamos crédito a Suetonio, pues las estatuas que de él se ven en Roma no concuerdan del todo con ese retrato. A más de sus mujeres, que cambió cuatro veces, y sin contar los amores de su infancia con Nicomedes, rey de Bitinia, disfrutó la doncellez de aquella tan renombrada reina de Egipto, Cleopatra, como lo testimonia el pequeño Cesarión fruto de estos amores: enamoró también a Eunoé, reina de Mauritania, y en Roma a Postumia, mujer de Servio Sulpicio; a Lollia, de Gabino; a Tertulla, de Craso, y también a Mutia, esposa del gran Pompeyo, lo cual, según los historiadores romanos, fue la causa de que él la repudiara, cosa que Plutarco confiesa haber ignorado; y los dos Curianos, el padre y el hijo, echaron en cara luego a Pompeyo, cuando se casó con la hija de César, el

hacerse yerno de un hombre que lo había hecho cornudo, y a quien él mismo acostumbraba a llamar Egisto. Además mantuvo relaciones con Servilia, hermana de Catón y madre de Marco Bruto, de donde todos infieren aquella gran afección que profesaba a Bruto por haber nacido en el tiempo y sazón en que verosímilmente pudo haberle engendrado. Paréceme, pues, que la razón me asiste al considerarle como hombre extremadamente lanzado en el desenfreno y de complexión amorosísima; pero la otra pasión de la ambición, en él no menos abrasadora, llegó a combatir la del amor, haciéndola perder lugar repentinamente.

Esta particularidad me recuerda a Mahomet, el que subyugó a Constantinopla, acarreando la final exterminación del nombre griego; ningún caso conozco en que esas dos pasiones se encontraran con equidad mayor equilibradas. Fue un infatigable rufián como soldado incansable; mas cuando en su vida se empujan y concurren una y otra cualidad, el ardor guerrero avasalla siempre al amoroso, y éste, bien que fuera de su natural sazón, no ganó de nuevo plenamente la autoridad suprema sino cuando el soberano tocó a la vejez caduca, incapacitado ya de soportar el peso de las guerras.

Lo que se cuenta como un ejemplo contrario de Ladislao, rey de Nápoles, es digno de memoria. Siendo buen capitán, valeroso y ambicioso, era el fin de sus empresas la ejecución de sus deseos voluptuosos y el goce de alguna singular belleza. Su muerte aconteció del propio modo. [114] Había reducido, cercándola, la villa de Florencia a estrechez tanta, que sus habitantes iban ya a procurarle una lucida victoria; pero abandonó el resultado de sus hazañas con la sola condición de que le entregaran a una joven de la ciudad, de la cual había oído hablar por su belleza peregrina, siendo forzoso concedérsela, para libertarse de la pública miseria con una privada injuria. Era la joven hija de un médico famoso en aquel tiempo, el cual, viéndose comprometido en una necesidad tan repugnante, se resolvió a ejecutar una empresa memorable. Adornaba como todos a su hija, colocándole joyas y ornatos que pudieran hacerla grata al nuevo amante, y entre otras cosas puso en su ajuar un pañuelo, exquisito en aroma y labor, del cual la doncella había de servirse en las primeras aproximaciones del sitiador: nunca olvidan las damas ese utensilio en circunstancias semejantes. Este pañuelo estaba envenenado conforme a las prescripciones del arte médico, de tal suerte que al frotarlo con las carnes emocionadas y los abiertos poros les comunicó su tóxico, cambiando repentinamente el sudor ardoroso en sudor helado, y haciendo expirar juntos a la doncella en los brazos del amador.

Y vuelvo a Julio César. Nunca sus placeres le quitaron un solo minuto ni le desviaron un paso de las ocasiones que para su engrandecimiento se le presentaban: esta pasión avasalló en él tan soberanamente todas las demás y poseyó su alma con autoridad tan plena, que le llevó donde quiso. En verdad me desespero al considerar la grandeza de un tal personaje y los maravillosos dones que en él residían: tanta capacidad en toda suerte de saber, que apenas hay ciencia sobre la cual no haya escrito: era tan orador que muchos prefirieron su elocuencia a la de Cicerón; y aun él mismo, a mi ver, no juzgaba deberle gran cosa en este respecto. Sus dos Anticatores fueron principalmente compuestos para contrapesar el bien decir que aquél empleara en su Catón. Por otra parte, ¿hubo nunca un alma tan vigilante, tan activa ni tan paciente en la labor como la suya? Y evidentemente estaba además embellecida con algunas semillas de virtud, de las vivas y naturales, en modo alguno simuladas: era singularmente sobrio y tan poco delicado en su comer que, un día (así lo

refiere Opio) habiéndole presentado en la mesa para condimento de alguna salsa aceite medicinado en lugar de aceite común, comió de ella abundantemente sólo por complacer a su huésped. En otra ocasión mandó que azotaran a su panadero por haberle servido pan diferente del ordinario. Catón mismo acostumbraba a decir de él que era el primer hombre sobrio que se hubiese encaminado a la ruina de su país; y bien que el mismo Catón le llamara una vez borracho, la cosa aconteció de este modo: hallándose ambos en el Senado, donde se hablaba de la conjuración de Catilina, [115] en la cual suponían a César metido, entregáronle una carta a escondidas; suponiendo Catón que el papel era un aviso de los conjurados, le obligó a que se lo mostrara, lo cual hizo César para evitar una mayor sospecha. Quiso el acaso que fuera una carta amorosa que, Servilia, hermana de Catón, le escribía, y habiéndola leído se la tiró diciéndole: «¡Toma, borracho!» Este apelativo fue mejor una palabra de menosprecio sugerida por la cólera, que la censura de ese vicio, de la propia suerte que a veces injuriamos a los que nos contrarían con las primeras expresiones que se nos ocurren, aunque en modo alguno las merezcan aquellos a quienes se las aplicamos; además el vicio que Catón le echaba en cara se avecina maravillosamente con el en que a César sorprendiera, pues Venus y Baco concuerdan de todo en todo, a lo que el proverbio asegura. Venus en mí es mucho más regocijada cuando la sobriedad la acompaña.

Los ejemplos de su dulzura y su elocuencia para con los que le ofendieron son infinitos (no hablo de los que mostró cuando la guerra civil se desarrollaba, de los cuales, él mismo lo sienta en sus escritos, se sirvió para halagar a sus enemigos y para hacerlos sentir menos su futura dominación y su victoria). Mas precisa decir, sin embargo, que si esa clemencia no basta para darnos testimonio de su bondad ingenua, nos hacen patente al menos una maravillosa confianza y una grandeza de ánimo relevante en este personaje. Sucedióle a veces devolver ejércitos enteros a su enemigo después de haberlos derrotado, sin dignarse siquiera obligarlos por juramento si no a favorecer al menos a contenerse, sin que le hicieran la guerra. En tres o cuatro ocasiones hizo prisioneros a ciertos capitanes de Pompeyo, y otras tantas los puso en libertad. Consideraba éste como enemigos a cuantos en la guerra dejaban de seguirle; César hizo proclamar que por amigos tenía a los que no se movían ni se armaban contra él. A aquellos de entre sus capitanes que le abandonaban para militar en otras filas, no por eso dejaba de entregarles armas, caballos y bagajes. A las ciudades que por la fuerza se le rindieron, otorgábales la libertad de seguir el partido que querían, sin dejarles más guarnición que la memoria de su dulzura y su clemencia. El día de la gran batalla de Farsalia, prohibió que se pusiera mano sobre los romanos, como no fuera en un caso extremo. A mi entender, son todos éstos rasgos bien peligrosos, y no es maravilla si en las guerras civiles que soportamos los que combaten, como él, contra el estado antiguo de su país dejen de imitar su ejemplo; son los de César medios extraordinarios, pertinentes sólo a su fortuna, y a su admirable previsión incumbe sólo dichosamente conducirlos. Cuando considero de su alma la grandeza incomparable, excuso a la victoria [116] el que jamás le abandonara, ni siquiera en esta última injustísima y muy inicua causa.

Volviendo a su clemencia, diré que nos quedan de ella muchos ejemplos ingenuos de la época de su dominación, cuando de su mano dependían todas las cosas y no tenía para qué simularla. Cayo Memmio había compuesto contra él vigorosísimas oraciones, a las cuales César había duramente contestado, y no por ello dejó de contribuir a hacerle cónsul. Cayo

Calvo, que le había lanzado algunos epigramas injuriosos, como intentara servirse de sus amigos para reconciliarse, César tomó la iniciativa y fue el primero en escribirle; y como nuestro buen Catulo que tan duramente le zurrara disfrazándole con el nombre de Mamurra, se le excusara un día de su proceder, le sentó al instante a su mesa. Como fuera advertido de que algunos hablaban mal de su persona, limitose a declarar, en una arenga pública, que de ello estaba advertido. Mayor odio que temor le inspiraban sus enemigos: habiendo sido descubiertas algunas cábalas y conjuraciones contra su vida, contentose con hacer público por edicto que le eran conocidas, sin intentar ningún género de persecución contra los conspiradores. Por lo que toca al amor que a sus amigos profesaba, bastará decir que viajando con él un día Cavo Opio y sintiéndose de pronto enfermo, le cedió el único alojamiento de que disponía, permaneciendo acostado toda la noche al raso. Manifiéstanse sus principios de justicia considerando que hizo morir a un servidor a quien profesaba singular cariño, por haber dormido con la mujer de un caballero romano, aun cuando nadie del hecho se hubiera percatado. Ningún hombre mostró tanta moderación en la victoria, ni fortaleza mayor en la fortuna adversa.

Per todas estas hermosas inclinaciones fueron ahogadas y adulteradas por esa furiosa pasión ambiciosa, merced a la cual se dejó arrastrar con impetuosidad tanta, que puede asegurarse que ella sola llevaba el limón y las riendas de sus acciones todas: convirtió a un hombre liberal en ladrón público, para proveer a sus profusiones y larguezas, haciéndole proferir aquellas palabras, feas e injustísimas, de que si los más perversos y perdidos de entre todos los hombres que en el mundo fueran hubiesen sido fieles al servicio de su engrandecimiento, los estimaría, contribuyendo con su poder a su medro, lo mismo que si de hombres de bien se tratara: procurele la ambición una vanidad tan sin límites, que en presencia de sus conciudadanos se alababa de «haber trocado la gran república romana en nombre sin forma ni cuerpo»; hízole decir además «que en lo sucesivo sus respuestas debían servir de leyes»; recibir sin moverse de su sitial a lo mejor del Senado, que había ido a verle, y soportar, en fin, que la adoraran consintiendo que en su presencia le tributasen honores divinos. [117] En suma, ese solo vicio, a mi entender, perdió en él al más hermoso y rico natural que jamás se viera, convirtiéndolo en abominable su memoria para todas las gentes de bien, por haber querido sacar el lauro de la ruina de su país y de la destrucción del más poderoso y floreciente Estado que el mundo jamás haya visto. Podrían, por el contrario, encontrarse algunos ejemplos de personas relevantes a quienes la voluptuosidad hizo olvidar el manejo de sus negocios, como Marco Antonio y algunos más, pero tratándose de hombres en quienes el amor y la ambición permanecieran tan en el fiel de la balanza, en que ambas pasiones se entrechocaran con fuerza tan igual, no duda que César ganara el premio de la maestría.

Y volviendo a mi camino, diré que es meritorio el que podamos sujetar nuestros apetitos, ayudados por el discurso de la razón, o forzar nuestros órganos por la violencia a que se mantengan en su deber estricto; mas el azotarnos a causa del interés del vecino; el procurar no solamente libertarnos de esa dulce pasión que nos cosquillea por el placer que sentimos al experimentar que a los demás somos gratos, de los demás queridos y buscados, y hasta el odiar y malhumorarnos por nuestras gracias que de ello son la causa, condenando nuestra belleza porque sobre otro ejerce influjo, apenas he visto ningún ejemplo. Uno es el de Espurina, mancebo de la Toscana,

Qualis gemma micat, fulvum quae dividit aurum,
aut collo decus, aut capiti; vel quale per artem.
Inclusum buxo, aut Oricia terebintho
lucet ebur,

el cual, hallándose dotado de singular hermosura, tan excesiva que ni aun los más serenos ojos podían resistir la mirada de los suyos, no solamente dejó de contentarse con no acudir al socorro de fiebre y fuego tan intensos que atizando iba por todas partes, sino que entró en furioso despecho contra sí mismo y contra aquellos ricos presentes que la naturaleza le había hecho, cual si de la ajena culpa fueran responsables, y cortó y desfiguró a fuerza de heridas y cicatrices la perfecta proporción y simetría que la naturaleza había tan raramente observado en su semblante.

Para anotar mi sentir sobre estas acciones, diré que las admiro más que las honro: esos excesos enemigos son de mis preceptos. El designio de Espurina fue hermoso y por la conciencia dictado, mas a mi ver un poco falto de prudencia. ¿Qué pensar si su fealdad sirvió luego a lanzar a otros al pecado de menosprecio y de odio, o al de la envidia, [118] merced a una rara recomendación, o al de la calumnia, creyendo que ese humor obedeció a una ambición avasalladora? ¿hay alguna cosa, de la cual el vicio no alcance, si así lo quiere, ocasión para ejercerse en algún modo? Fuera más justo, y también más gloriosa, el haber hecho de aquellos divinos dones un motivo de virtud ordenada y ejemplar.

Los que se apartan de los comunes deberes y del infinito número de reglas espinosas, circundadas de interpretaciones tantas, como ligan a un hombre de cabal hombría de bien en la vida civil, hacen a mi ver un bonito ahorro, sea cual fuere la rudeza peculiar que despliegan: es esto en algún modo morir por escapar al trabajo de bien vivir. Pueden los tales tener otro premio, mas el de la lucha nunca pensé que lo gozaran; ni tampoco creo que en punto a contrariedad haya nada por cima del mantenerse firme en medio del oleaje tumultuoso del mundo, ejerciendo lealmente y satisfaciendo a todos los deberes de su cargo. Acaso sea más fácil privarse radicalmente de todo sexo que mantenerse dentro del estricto deber en compañía de una esposa; y más descuidadamente puede vivirse en medio de la pobreza que sumergido en la abundancia justamente dispensada: el uso lleva, según razón, a mayor rudeza que la abstinencia; la moderación es virtud más atareada que la privación. En el bien vivir de Escipión, el joven, hállanse mil maneras distintas; el buen vivir de Diógenes no comprende más que una: éste excede tanto en simplicidad las vidas ordinarias, como las exquisitas y cumplidas le sobrepujan en utilidad y en fuerza.

Capítulo XXXIV

Observaciones sobre los medios de hacer la guerra de Julio César

Cuéntase que algunos guerreros tuvieron determinados libros en particular predicamento: Alejandro Magno, Homero; Escipión Africano, Jenofonte; Marco Bruto, Polibio, y Carlos V Felipe de Comines; de la época actual se dice que Maquiavelo goza todavía de autoridad en algunos lugares; pero el difunto mariscal de Strozzi, que eligió a

César como consejero, mostró mucho mejor acierto, pues a la verdad éste debería ser el breviario de todo militar, como patrón único y soberano en el arte de la guerra. Y Dios sabe, además, con cuántas gracias y bellezas relleno un asunto de suyo tan rico, y la manera de decir tan pura, tan delicada y tan perfecta, que para mi gusto no hay escritos en el mundo que con los suyos puedan compararse en este respecto. [119]

Como en cierta ocasión su ejército anduviera algo amedrentado porque entre los soldados corría el rumor de las grandes fuerzas que llevaba contra él el rey Juba en lugar de echar por tierra tal idea aminorando los recursos del adversario, hizo que todos se congregasen para tranquilizarlos e infundirles ánimo, siguiendo la senda contraria a lo que nosotros acostumbramos. Díjoles que no se apenaran por conocer las fuerzas que el enemigo formaban, y que de ellas tenía ciertos indicios, tomando de ello pie para abultar con mucho la verdad y la fama que corrían entre sus soldados, según aconseja Cipo en Jenofonte, en atención a que el engaño no es tan perjudicial al encontrar efectivamente los adversarios más débiles de lo que se había esperado, que al reconocerlos en realidad muy resistentes después de haberlos prejuzgado débiles.

Acostumbraba sobre todo a sus soldados a obedecer sencillamente, sin que se mezclaran a fiscalizar o a hablar de los designios que a los jefes animaban; éstos recibían las órdenes sólo en el punto y hora de la ejecución, y experimentaba placer, cuando habían descubierto alguna cosa, cambiando al instante de mira para engañarlos. A veces, para este efecto, habiendo determinado detenerse en algún lugar, pasaba adelante y dilataba la jornada, principalmente si el tiempo era malo o lluvioso.

En los comienzos de la guerra de las Galias enviaronle los suizos un aviso para facilitarle pasaje al través de la tierra romana, aun cuando realmente hubieran deliberado oponerle resistencia. César, sin embargo, mostró buen semblante ante la nueva, escogiendo algunos días de plazo para comunicar su respuesta, empleándolos en organizar su ejército. No sabían aquellas pobres gentes lo bien que aprovechaba el tiempo, pues muchas veces repitió que la más soberana prenda que a un capitán puede adornar es la ciencia de servirse de las ocasiones con la mayor diligencia, la cual es en sus empresas toda increíble y sorprendente.

Si en lo de ganar ventaja previa sobre su enemigo no era muy meticoloso, so color de tener pactado un acuerdo, éralo tan poco en lo de no exigir de sus soldados virtud distinta a la del valor; y apenas castigaba otras culpas que la desobediencia y la indisciplina. A veces, después de sus victorias, consentía una libertad licenciosa, dispensándolos durante algún tiempo de las reglas de la disciplina militar. Hay que añadir que sus soldados eran tan irreprochables, que estando algunos acicalados y perfumados no por ello dejaban de lanzarse al combate furiosamente. Gustaba en verdad de verlos ricamente ataviados, haciendo que llevaran arneses cincelados, dorados y plateados, a fin de que el cuidado de la conservación de sus armas los hiciera más terribles en la defensa. Al arengarlos los llamaba [120] compañeros, como nosotros actualmente: Augusto, su sucesor modificó esta costumbre considerando que César la adoptó por las exigencias de sus empresas y para agradar a los que sólo por voluntad propia lo seguían:

Rheni mihi Caesar in undis

dux erat: hic socius; facinus quos inquinat, aequat;

creyó aquel que semejante nombramiento rebajaba demasiado la dignidad de un emperador y general de ejército, y los llamó simplemente soldados.

Con tan grande cortesía mezclaba César, sin embargo, una severidad no menor en las represiones; habiéndosele insubordinado la novena legión cerca de Plasencia, la deshizo ignominiosamente, aun cuando Pompeyo se mantuviera contra él en pie de guerra, y no la otorgó su gracia sino después de algunas súplicas. Apaciguaba a sus gentes más bien con la autoridad y con la audacia que echando mano de la dulzura.

En el lugar en que habla del paso del Rin, para dirigirse a Alemania, dice que consideraba indigno del honor del pueblo romano que el ejército atravesara el río en un barco, o hizo construir un puente a fin de cruzarlo a pie enjuto. Allí edificó uno admirable, del cual explica detalladamente la fábrica, pues de entre todos sus hechos en ningún punto se detiene de mejor gana que en el representarnos la sutileza de sus invenciones en tal suerte de obras de ingeniería.

He advertido también que concede grande importancia a las exhortaciones que dirige a sus soldados antes del combate, pues cuando quiere mostrar que fue sorprendido o se vio en grave aprieto, alega que ni siquiera tuvo lugar suficiente para arengar a su ejército. Antes de aquella renombrada batalla contra los de Tournay, «César, dice, luego que hubo bien dispuesto todo lo demás, corrió inmediatamente donde la fortuna le llevó para exhortar a sus gentes, y como tropezara con las tropas de la décima legión no tuvo espacio para decirlas sino que recordaran su virtud acostumbrada, que no se atemorizaran e hicieran frente vigorosamente al empuje de sus adversarios; y como el enemigo estaba ya cercano, hizo signo de que la batalla comenzara. De allí pasó al instante a otros lugares para infundir alientos a otras tropas, teniendo ocasión de ver que ya habían venido a las manos.» Así se expresa en el pasaje relativo a esa batalla. A la verdad su lengua le prestó en muchas ocasiones servicios relevantes. En su tiempo mismo su elocuencia militar gozaba de tan gran predicamento que muchos hombres de su ejército recogían de sus labios sus [121] arengas, y por este medio llegaron a reunirse volúmenes que duraron largo tiempo después de su muerte. En su hablar había características delicadezas, de tal suerte que sus familiares, Augusto entre otros, oyendo recitar las oraciones recogidas de sus labios, echaban de ver hasta en las frases y palabras lo que su mente no había producido.

La primera vez no salió de Roma para ejercer un cargo público tocó en ocho días las aguas del Ródano, llevando en el vehículo, junto a él, uno o dos secretarios que escribían sin cesar; detrás iba el portador de su espada. Y en verdad puede decirse que aun cuando no hiciera sino recorrer sus itinerarios, apenas puede concebirse la prontitud con la cual, siempre victorioso, abandonando la Galia y siguiendo a Pompeyo a Brindis, subyugó la Italia en diez y ocho días; de Brindis volvió a Roma; de Roma al centro de España, donde venció dificultades peliagudas en la guerra contra Afranio y Petreyo como asimismo en el dilatado cerco de Marsella. Dirigióse de esta ciudad a Macedonia; derrotó al ejército romano en Farsalia; pasó de este punto, persiguiendo a Pompeyo, a Egipto, subyugándole; de Egipto se encaminó a Siria y a las regiones del Ponto, donde combatió a Farnaces, luego

al África, deshaciendo a Escipión y a Juba; y retrocediendo nuevamente por Italia a España, derrotó allí a los hijos de Pompeyo:

Ocyor et caeli flammis, et tigride foeta.

Ac veluti montis saxum de vertice praeceps
quum ruit avulsum vento, seu turbidus imber
proluit, aut annis solvit sublapsa vetustas,
fertur in abruptum magno mons improbus actu,
exsultatque solo, silvas, armenta, virosque
involvens secum.

Hablando del sitio de Avarico cuenta que era su costumbre mantenerse noche y día junto a los obreros, a quienes había encomendado algún trabajo. En todas las empresas de consecuencia él era quien primero las preparaba; nunca pasó su ejército por lugar que no hubiera previamente reconocido, y cuando concibió la empresa de pasar a Inglaterra fue el primero en practicar el sondeo, si otorgamos crédito a Suetonio.

Acostumbraba decir que prefería mejor las victorias que se gobernaban por persuasión a las que la fuerza sola contribuía; y en la guerra contra Petreyo y Afranio, como la fortuna le mostrara una evidente ocasión ventajosa, la rechazó, dice, por aguardar con un poco más de tiempo y [122] menos riesgo el acabar con sus enemigos. En esta lucha tuvo un maravilloso rasgo al ordenar a todo su ejército que pasara el río a nado, sin que hubiese necesidad de ello:

Rapuitque ruens in proelia miles,
quod fugiens timuisset, iter: mox uda receptis
membra fovent armis, gelidosque a gurgite, cursu
restituunt artus.

Júzgole en sus empresas un poco más moderado y juicioso que a Alejandro, el cual parece buscar y lanzarse a los peligros a viva fuerza como impetuoso torrente que choca y se precipita sin discreción ni tino contra todo cuanto a su paso encuentra;

Sic tauriformis volvitur Aufidus,
qui regna Dauni perfluit Appuli,
dum saevit, horrendamque cultis
diluvium meditatur agris;

verdad es que éste luchaba en la flor y calor primeros de su edad; mientras que César empuñó las armas ya maduro y adelantado en años. Además, Alejandro era de un temperamento más sanguíneo, colérico y ardiente, y enardecía su naturaleza, con el vino, del cual César siempre se mostró abstinentísimo.

Mas allí donde, las ocasiones se presentaban, cuando las circunstancias lo requerían, nunca hubo hombre que expusiera su vida de mejor grado. Paréceme leer en algunas de sus expediciones cierta resolución de buscar la muerte a fin de huir la deshonra de ser vencido.

En aquella gran batalla que libró contra los de Tournay, corrió para salir al encuentro de sus enemigos, sin escudo, tal y como se encontraba, al ver que la cabeza de su ejército se descomponía, lo cual le aconteció algunas otras veces. Oyendo decir que sus gentes se encontraban sitiadas, pasó disfrazado al través de las tropas enemigas para fortificar a los suyos con su presencia. Como atravesara Durazzo con muy escasas fuerzas, y viera que el resto de su ejército, cuya conducción había encomendado a Antonio, tardara en seguirle decidió él solo pasar de nuevo la mar durante una fuerte tormenta, y desapareció para volver a encargarse del resto de sus fuerzas, porque de los puertos más lejanos y de todo el mar se había Pompeyo enseñoreado. En punto a sus expediciones ejecutadas a mano armada, algunas hay cuyo riesgo sobrepaja todo discurso de razón militar, pues con [123] debilísimos medios acertó a subyugar el Egipto, yendo luego a atacar las fuerzas de Escipión y Juba, diez veces mayores que las suyas propias. Tuvieron los hombres como él no sé que sobrehumana confianza en su fortuna, y César decía que era preciso ejecutar, y, no deliberar, las empresas elevadas. Después de la batalla de Farsalia, como hubiese enviado sus tropas al Asia precediéndole, pasando con un solo navío el estrecho del Helesponto, encontró en el mar a Lucio Casio con diez grandes buques de guerra, y tuvo valor no solamente para esperarle, sino para ir derecho a él, invitándole a rendirse y realizando su voluntad.

Cuando inició el famoso cerco de Alesia, contaba la plaza ochenta mil defensores; la Galia toda se alzó en su persecución para hacerle levantar el sitio, formando un ejército de ciento nueve mil caballos y doscientos cuarenta mil infantes; ¿qué arrojo y qué loca confianza no precisaban para mantenerse firme en su propósito, resolviéndose a afrontar reunidas dos tan grandes dificultades? A las que sin embargo hizo frente; y después de ganar aquella gran batalla contra los de fuera, dispuso como quiso de los que tenía encerrados. Otro tanto aconteció a Luculo en el sitio de Tigranocerta peleando contra el rey Tigranes, mas en condiciones desemejantes, a causa de la blandura de los enemigos con quienes se las hubo.

Quiero notar aquí dos acontecimientos peregrinos y extraordinarios relativos al cerco de Alesia: uno es que, habiéndose reunido los galos para dirigirse allí al encuentro de César, luego que hubieron contado todas sus fuerzas resolvieron separar una buena parte de tan gran multitud, temiendo que esta los lanzara en confusión. Nuevo es este ejemplo de inspirar temor el ser muchos, pero si bien se mira no es inverosímil que el cuerpo de un ejército deba componerse de un guarismo moderado y sometido a ciertos límites, ya por la dificultad de alimentarlo, ya por la de conducirlo ordenadamente. A lo menos sería fácil demostrar que aquellos ejércitos de los antiguos, monstruosos en número, apenas hicieron nada que valiera la pena. Al decir de Ciro en Jenofonte, no es el número de hombres, sino el número de buenos hombres lo que constituye la superioridad de las tropas; todo lo demás sirve mejor de trastorno que de socorro. Bayaceto se apoyó principalmente para resolverse a librar batalla a Tamerlán, contra el parecer de todos sus capitanes, en que el infinito número de hombres de su enemigo le procuraba cierta esperanza de confusión. Scanderberg, juez excelente y expertísimo en estas cosas, acostumbraba decir que a un guerrero suficientemente capaz deben bastarle diez o doce mil combatientes para guarecer su reputación en toda suerte de lides militares. El otro punto, contrario al parecer al empleo y razón de la guerra, es que Vercingetorix, que mandaba [124] como general en jefe todas las regiones de las Galias sublevadas contra César, tomó la determinación de encerrarse en

Alesia; quien manda todo un país no debe estancarse en un sitio determinado, sino en el caso extremo en que de otro lugar no disponga, y nada tenga que esperar sino la defensa del mismo. Si su situación no es ésta, debe mantenerse libre para socorrer en general todos los puntos que su gobierno abarca.

Volviendo a César, diré que el tiempo le trocó en más tardío y reposado, como testimonia su familiar Opio, considerando que no debía exponer fácilmente el honor de tantas victorias con el advenimiento de un solo infortunio. Es lo que dicen los italianos cuando en los jóvenes quieren censurar el arrojo temerario, llamándolos «menesterosos de honor», bisognosi d'onore. Hallándose aún dominados por esa necesidad y hambre grande de reputación, obran bien buscándola a cualquier precio, lo cual no deben hacer los que alcanzaron ya la suficiente. Alguna justa medida puede haber en este deseo de gloria, o sea saciedad de apetito semejante, al igual de todos los otros, y muchas gentes lo entienden así.

Estaba muy lejos de aquella religión de los antiguos romanos, quienes en sus guerras no querían prevalerse sino de la virtud simple e ingenua; pero llevaba a aquéllas mayor suma de conciencia de la que nosotros empleamos en nuestro tiempo, y no aprobaba toda suerte de medios para llegar a la victoria. En la lucha con Ariovisto sobrevino un movimiento entre los dos ejércitos mientras con él parlamentaba, promovido por los jinetes de su adversario ayudado por el tumulto alcanzaba ventaja grande sobre sus enemigos, pero no quiso sacar ningún provecho, temiendo que pudiera echársele en cara el haber procedido de mala fe.

En el combate iba cubierto con ricas vestiduras de color brillante para que fuera advertida su presencia.

Disponía de sus soldados con muy estrecha disciplina, la cual aumentaba con la proximidad del enemigo.

Cuando los primitivos griegos querían acusar a alguien de incapacidad extrema era común entre ellos decir «que no sabía leer ni nadar»: César también creía que la ciencia de nadar era en las guerras utilísima, y de ella alcanzó provecho grande. Cuando había menester despachar con urgencia algún negocio, franqueaba ordinariamente a nado los ríos que en su camino le salían al paso, pues era amigo de viajar a pie, lo mismo que Alejandro el Grande. Como en Egipto se viera obligado para salvar su vida a guarecerse en un barco pequeño, en el cual tanta gente buscó albergue que todos temían ahogarse de un momento a otro, prefirió lanzarse al mar, ganando su flota a nado, la cual estaba unos doscientos pasos más allá, y guardó [125] en su mano izquierda sus tablillas fuera del agua, mientras que con los dientes sujetaba la cota de armas a fin de que el enemigo no se la arrebatara. Realizó esta proeza siendo ya casi viejo.

Ningún guerrero gozó nunca de tanto crédito para con sus soldados. En los comienzos de sus guerras civiles los centuriones le ofrecieron costear de su bolsillo un soldado cada uno, y los de a pie servirle a sus propias expensas (los que se hallaban en situación más holgada), comprometiéndose además al sostén de los más necesitados. El difunto señor almirante de Castellón nos mostró no ha mucho un ejemplo parecido en nuestras guerras civiles, pues los franceses de su séquito proveían con su bolsa al pago de los extranjeros

que le acompañaban. Apenas se hallarán ejemplos de afección tan ardiente ni tan presta entre los que caminan a la vieja usanza, bajo la antigua dirección de las leyes. En la guerra contra Aníbal aconteció, sin embargo, que a imitación de la liberalidad del pueblo romano en la ciudad, las gentes de a caballo y los capitanes desecharon sus haberes; y en el campo de Marcelo se llamaba mercenarios a los que los aceptaban. Habiendo llevado la peor parte en Durazzo, sus soldados se presentaron por sí mismos para ser reprendidos y castigados, de suerte que César tuvo más bien que echar mano del consuelo que no de la cólera: una sola cohorte de entre las suyas hizo frente a cuatro legiones de Pompeyo por espacio de cuatro horas consecutivas, hasta que se vio completamente destrozada por las flechas enemigas, encontrándose en la trinchera hasta ciento treinta mil de ellas: un soldado llamado Séneca, que mandaba una de las entradas, se mantuvo invencible teniendo saltado un ojo, un hombro y un muslo atravesados, y su escudo abollado en doscientos treinta sitios diferentes. Sucedió que muchos de sus hombres, cuando caían prisioneros, acogían mejor la muerte que adoptaban otro partido: habiéndose apoderado Escipión de Granio Petronio, luego de dar aquél la muerte a todos los compañeros del segundo, envióle a decir que le perdonaba la vida, como hombre de rango y cuestor que era: Petronio respondió «que los soldados de César tenían por costumbre dar la vida a los demás, y no recibirla», matándose al instante con su propia mano.

Innumerables ejemplos llegaron a nosotros de la fidelidad de sus gentes; no hay que olvidar el rasgo de los que fueron sitiados en Salona, ciudad partidaria de César contra Pompeyo, al cual dio lugar un raro incidente que aconteció. Marco Octavio los había cercado, y hallándose los de la plaza reducidos a la necesidad más extrema en todas las cosas, tanto que para suplir la falta de hombres (la mayor parte habían muerto o estaban heridos), pusieron en libertad a todos los esclavos, y para el manejo de sus [126] máquinas de guerra viéronse obligados a cortar los cabellos de las mujeres para con ellos hacer cuerdas, sin contar con la extraordinaria escasez de víveres, más a pesar de todo estaban resueltos a no rendirse. Octavio, con la prolongación del sitio trocose en más descuidado, prestando menos atención a su empresa; entonces los soldados de César en el promediar de un día luego, de haber colocado a las mujeres y a los niños en las murallas, a fin de que al mal tiempo mostrasen buen semblante, salieron con rabiosa furia para lanzarse contra los sitiadores, y habiendo atravesado el primero, segundo y tercer cuerpo de guardia, y también el cuarto y después los otros, luego de haber hecho abandonar por completo las trincheras lanzaron al enemigo hacia los navíos; el propio Octavio escapó a Durazzo, donde Pompeyo se encontraba. No guardo memoria en este instante de haber visto ningún otro ejemplo parecido, en que los sitiados derrotan por completo a los sitiadores, haciéndose dueños del campo, ni de que una salida haya procurado una tan pura y cabal victoria.

Capítulo XXXV

De tres virtuosas mujeres

De esta índole no se encuentran a docenas como todos sabemos, y todavía menos en lo tocante a los deberes matrimoniales. El matrimonio es una aventura llena de circunstancias tan espinosas, que es muy raro que la voluntad de una mujer se mantenga cabal en él

durante largo tiempo. Y aun cuando los hombres procedan en esta unión de manera más cumplida que ellas, les es costoso sin embargo conseguirlo. El toque de un buen matrimonio y la verdadera prueba del mismo miran al tiempo que la unión dura, y a si ésta fue constantemente dulce, leal y tranquila. En nuestro tiempo las mujeres guardan más comúnmente el hacer gala de sus buenos oficios, así como de la vehemencia afectiva, para cuando los maridos ya no existen, buscando entonces la manera de dar testimonio de su buena voluntad. ¡Tardío o inoportuno testimonio, con el cual acreditan que no los aman sino muertos! La vida estuvo preñada de querellas y a la muerte siguieron el amor y la cortesía. Del propio modo que los padres esconden la afección que a sus hijos profesan, así las mujeres ocultan de buen grado la suya a sus esposos para el mantenimiento de un respeto lleno de honestidad. No es de mi grado este misterio; inútil es que se arranquen los cabellos y que se arañen, siempre me queda la duda de como pasaron las cosas en vida, y deslizo al oído de la doncella o del secretario: «¿Cómo procedieron antaño?¿De qué condición [127] fue la sociedad que mantuvieron?» Siempre vienen estas palabras a mi memoria: *jactancius maerent, quae minus dolent*; su rechinar de dientes es odioso a los vivos e inútil a los muertos. Consentiríamos de buena gana que rieran después con tal de que hubieran reído durante nuestra vida. ¿No es para resucitar de despecho el ver que quien me escupió a la cara cuando me tenía delante venga a cosquillearme los pies cuando ya no existo? Si algún mérito encierra el llorar a los maridos, éste no pertenece sino a las que en vida les rieron; las que deshonraron que se rían luego por fuera y por dentro. Así que, no paréis mientes en esos ojos húmedos, ni en esa voz lastimera. Considerad más bien el porte, el tinte y las mejillas gordas bajo los velos enlutados. Por ahí sólo hablan con elocuencia y claridad, y son contadas aquellas cuya salud no va mejorando, circunstancia que no miente jamás. Ese continente ceremonioso no mira tanto a lo que pasó como a lo que pueda venir; más que pago, es adquisición. Recuerdo que siendo niño vi a una dama honesta y muy hermosa, viuda de un príncipe, la cual vive todavía, que llevaba más adornos de los que las leyes de nuestra viudez consienten. A los que la censuraban contestaba diciendo que no frecuentaba nuevas amistades y que no pensaba en volver a casarse.

Para no ponernos en abierta contradicción con nuestras costumbres hablaré aquí de tres mujeres que emplearon también el efecto de su afección y bondad hacia sus maridos cuando éstos se encontraban próximos a morir. Son, sin embargo, casos algo distintos de lo que vemos, y de una convicción tan palmaria que costaron la vida a quienes los pusieron en práctica.

Tenía Plinio el joven un vecino que se hallaba horriblemente atormentado por algunas úlceras que le habían salido en las partes vergonzosas. La mujer de éste, viéndole en perfecto estado de languidecimiento, rogole que consintiera en que ella examinara con todo detenimiento y de cerca el estado de su mal para luego decirle francamente el desenlace que de la enfermedad podía esperarse. Luego de obtenida licencia de su marido y de haberle curiosamente reconocido, convenciose la mujer de que la curación era imposible, y de que todo cuanto podía esperarse era arrastrar penosamente y por tiempo dilatado una existencia dolorosa y lánguida. En consecuencia, aconsejole como remedio soberano que se diera la muerte; mas como le viera algo reacio para realizar tan dura empresa, díjole: «No creas, ¡oh amigo mío! que los dolores que te veo sufrir no me hacen penar tanto como a ti, y que por librarme quisiera servirme de la medicina que te ordeno; quiero acompañarte en la curación como te acompañé en la enfermedad; [128] aleja ese temor de tu alma, y está seguro de que

solo placer hallaremos en el tránsito que debe libertarnos de tantos tormentos; contentos y juntos partiremos.» Dicho esto y reanimando el vigor de su marido resolvió la esposa que se lanzarían al mar por una ventana de la casa, y para llevar hasta el fin la afición vehemente y leal con que en vida lo había amado quiso que muriera entre sus brazos a este fin, no teniendo en ellos seguridad cabal, y temiendo que después de enlazados se soltaran por la caída y el pavor, se hizo ligar estrechísimamente con él, abandonando así la vida por el reposo de la de su marido. Esta mujer era de extracción baja, y sabido es que entre tales gentes no es peregrino el tropezar con algún rasgo de singular bondad y fortaleza:

Extrema per illos

justitia excedens terris vestigia fecit.

Las otras dos de que voy a hablar eran nobles y ricas; entre éstas los ejemplos virtuosos se encuentran difícilmente.

Arria, esposa de Cécina Peto, personaje que ejercía la dignidad consular, fue madre de otra Arria, casada con Trasea Peto, aquel cuya virtud fue tan renombrada en tiempo de Nerón, y por medio de este yerno abuela de Fannia. Necesario es consignar estos detalles, porque la semejanza de los nombres y fortuna de estos personajes hizo a muchos incurrir en error. Como Cécina Peto fuera reducido a prisión por las gentes del emperador Claudio después de la derrota de Escriboniano, cuyo partido había seguido, su esposa suplicó a los que le conducían a Roma que la recibieran en el navío, donde su presencia evitaría el número considerable de personas que había de serles necesario para su servicio, al par que los gastos consiguientes, pues ella se encargaba de servir de camarera y cocinera y a llenar todos los demás oficios. Rechazada su proposición, se lanzó en una barquilla pescadora que alquiló al instante y siguió a su esposo de esta suerte desde Esclavonia a Roma. Llegados a la ciudad, un día, encontrándose el emperador presente, Junia, viuda de Escriboniano, dirigiéndose familiarmente a Arria, como dama que pertenecía al mismo rango, fue rudamente repelida con estas palabras: «¡Hablar yo contigo ni escuchar siquiera, tú en cuyo regazo Escriboniano recibió la muerte y tienes todavía la desfachatez de vivir!» Esta expresión, con algunos otros indicios, hicieron presumir a su familia que Arria trataba de darse la muerte no pudiendo soportar las desdichas de su marido. Entonces Trasea, su yerno, suplicándola que no se perdiera, hablola así: «¡Pues qué! ¿si [129] mi situación fuera un día la misma que la de Cécina anhelaríais que mi esposa, vuestra hija, imitara vuestra conducta?» ¡Ya lo creo que lo anhelaría, si mi hija había vivido tanto tiempo y en tan buena armonía contigo como yo he vivido con mi marido!» Esta respuesta aumentó el cuidado que les inspiraba, e hizo que su vida se vigilara más de cerca. Un día, después de haber dicho a los que la custodiaban: «¡Es inútil que tengáis constantemente los ojos puestos en mí; podéis conseguir que fenezca de más dura muerte de la que seréis capaces de imposibilitar mi fin», lanzándose furiosamente del sitio donde se encontraba, su cabeza chocó con todas sus fuerzas contra la pared vecina; siguió a esta tentativa un largo desvanecimiento, y muchas heridas, y luego que a duras penas la hicieron volver en sí, prefirió estas palabras: «¡Bien os decía que si poníais obstáculos a algún medio fácil de matarme elegiría otro por penoso que fuera!» El desenlace de tan admirable fortaleza femenina tuvo lugar del modo siguiente: careciendo su marido por sí mismo de valor suficiente para darse la muerte a que la crueldad del emperador le condenara, un día, entre otros, Arria, después de haber primeramente empleado las razones y exhortaciones

adecuadas a su intento, que era el instigar al suicidio a su esposo, cogió el puñal que éste llevaba, y blandiéndolo desnudo, concluyó su exhortación diciendo: «¡Haz así, Peto!» Y en el mismo instante se asestó en el pecho una herida mortal. Luego, arrancándola de sus carnes, presentole el arma a su marido, acabando su vida con esta frase noble, generosa e inmortal: Paete, non dolet. No la quedó espacio sino para proferir esas tres palabras de una tan hermosa transcendencia: ¡Toma, Peto, a mí no me ha hecho ningún daño!

Casta suo gladium quum traderet Arria Praeto,
quem de visceribus traxerat ipsa suis:
si qua fides, vuios quod feci non dolet, inquit,
sed quod tuo facies, id mihi, Paete, dolet.

La realidad es mucho más viva y de más rico alcance que como el poeta la interpretó, pues así las heridas del marido como las propias, la muerte del mismo como la suya, nada pesaban a Arria, habiendo sido de ambas cosas consejera y promotora. Mas luego de realizada la empresa tan alta y valerosa sólo por la ventaja de su esposo, nada más que a él tuvo presente en el último trance de su vida para alejar de su ánimo el temor de seguirle, muriendo también. Peto se clavó el mismo puñal, vergonzoso [130] sin duda de haber necesitado una tan cara y preciosa enseñanza.

Pompeya Paulina, nobilísima y joven dama romana, casó con Séneca cuando éste se encontraba ya en la vejez extrema. Nerón, su lindo discípulo, envió sus satélites para que le comunicaran la orden de su muerte, la cual era costumbre notificarla del siguiente modo: cuando los emperadores romanos de esta época condenaban a algún hombre de calidad preguntábanle por medio de sus oficiales cuál era el género de muerte que deseaba escoger, y hacíanle saber el plazo que le prescribían con arreglo al temple de su cólera, el cual era corto o largo pero casi siempre disponía la víctima del tiempo necesario para poner en orden sus negocios aun cuando alguna vez le faltara por la brevedad del plazo. Cuando dudaba el condenado en cumplir las imperiales órdenes, enviábanle gentes propias a su ejecución, quienes o le cortaban las venas de los pies y las de los brazos, o le hacían a la fuerza tomar veneno. Las personas de honor no aguardaban este desenlace, y para tales operaciones servíanse de sus propios médicos y cirujanos. Séneca oyó la orden que le comunicaban con apacible y sereno semblante, y pidió que le llevaran papel para hacer su testamento; como le rechazara el capitán este servicio, volvióse del lado de sus amigos y les dijo: «Puesto que no puedo dejaros otra cosa en reconocimiento de lo que os debo; os otorgo lo mejor que poseo, o sea la imagen de mis costumbres y de mi vida, las cuales os ruego conservéis en vuestra memoria, a fin de que practicándolas así adquiráis la gloria de sinceros y verdaderos amigos.» Al mismo tiempo el filósofo, ya dulcificaba sus palabras para contrarrestar la amargura del dolor que los veía sufrir; ya las hacía graves para reprenderlos: «¿Dónde se fueron, decía, los hermosos preceptos filosóficos? ¿Qué se hicieron las provisiones que durante tantos años hicimos contra las desventuras de la vida humana? ¿Por ventura era para nosotros cosa nueva la crueldad de Nerón? ¿Qué podíamos esperar de quien matara a su madre y a su hermano, sino que diera también muerte a quien le gobernara, encaminara y educara?» Luego de haber dirigido a todos estas palabras, volvióse hacia su mujer, que agobiada por el dolor desfallecía de ánimo y de fuerzas; estrechola entre sus brazos, rogola que soportara con calma su desventura por el amor, que le profesaba, y la dijo además que había llegado la hora de mostrar, no por discursos ni

disputas, sino por efectos, el fruto que de sus estudios había sacado, y que creía abrazar la muerte no ya sólo sin dolor, sino con regocijo. «Por lo cual amiga mía, decía Séneca, te ruego que no la empañes con tus lágrimas a fin de que no parezca que tú misma te prefieres a mi buen nombre; apacigua tu [131] dolor; sírvate de consuelo el conocimiento que tuviste de mi vida y de mis acciones, gobernando el resto de la tuya con las honestas ocupaciones a las cuales estás habituada.» A esto Paulina, algo más animada, alentando la magnanimidad de su alma por una afección nobilísima: «No, Séneca, respondió, no puedo privaros de mi compañía en trance semejante; no quiero que penséis que los virtuosos ejemplos de vuestra vida no me hayan todavía enseñado a saber morir bien; ¿y cuándo podría acabar mejor, ni más dignamente, ni mas a mi gusto que con vosotros? Estad, pues, seguro de que nos vamos juntos. Entonces el filósofo, considerando como buena la deliberación de su mujer, y al mismo tiempo por libertarse del temor de dejarla después de su muerte a la merced de la crueldad de sus enemigos, habló así: «Te había dado consejos que servían a gobernar felizmente tu vida, pero puesto que prefieres mejor el honor de la muerte, en nada te lo envidiaré; que la firmeza y la resolución sean iguales en nuestro común fin, pero que la hermosura y la gloria del mismo sea más grande de tu parte.» Esto dicho, se les cortaron al mismo tiempo las venas de los brazos, pero como, las de Séneca estuvieran oprimidas a causa de sus muchos años, y también por su abstinencia, manaban poco sangre y muy despacio, por lo cual ordenó que le abrieran las de los muslos. Temiendo que el tormento que sufría enterneciera el corazón de su mujer, al par que para libertarse del mismo de la aflicción que le causaba verla en tan lastimoso estado, luego de haberse despedido de ella amantísimamente, rogó que se permitiera que le trasladaran a la habitación vecina, como se hizo. Mas como todas las incisiones que en su cuerpo se habían practicado eran insuficientes para hacerle morir, ordenó a Estacio Anneo, su médico, que le suministrara un brebaje venenoso, que apenas hizo tampoco efecto, pues a causa de la frialdad y debilidad de sus miembros no pudo llegar al corazón; de suerte que preparó además un baño muy caliente, y entonces, sintiendo su fin cercano, mientras le duró el aliento continuó sus excelentísimos razonamientos sobre el estado en que se encontraba, que sus secretarios recogieron mientras les fue dable oír su voz. Las últimas palabras que pronunció permanecieron durante largo tiempo en crédito y honor en los labios de todos (y es bien de lamentar que no hayan llegado a nosotros). Como advirtiera los últimos síntomas de la muerte, tomó agua del baño, ensangrentada como estaba, y la derramó por su cabeza, diciendo: «Consagro esta agua a Júpiter el libertador.» Advertido Nerón de todo lo acontecido, temiendo que la muerte de Paulina, que pertenecía a las damas mejor emparentadas de la nobleza romana, y a quien no profesaba rencor ninguno, [132] se le achacara también, mandó con toda diligencia que se la ligaran las venas como así se hizo, mas sin que ella lo advirtiera, puesto que se encontraba medio muerta e insensible. El tiempo que contra su designio estuvo en el mundo vivió honestísimamente, como a su virtud pertenecía, mostrando por la palidez de su semblante cuánta vida dejara escapar por sus heridas.

Estas son mis tres verídicas relaciones, que a mi entender son tan interesantes y tan trágicas como las que aderezamos a nuestro albedrío para procurar placer al pueblo. Me admira que a los que se dedican a forjarlas no se les ocurra elegir más bien diez mil lindas historias que se encuentran en los libros, donde con menos molestia procurarían mayor regocijo y provecho. Quien quisiere edificar un cuerpo entero en que las unas fueran unidas a las otras no habría menester poner de propio más que el enlace, como la soldadura de otro

metal. Por este medio podría amontonar numerosos acontecimientos verídicos de todas suertes, disponiéndolos y diversificándolos según que la belleza de la obra lo exigiera, sobre poco más o menos como Ovidio ha cosido y remendado sus Metamorfosis con un gran número de diversos mitos.

Digno es de reflexión en la última pareja considerar que Paulina sacrifica gustosa su vida en aras del amor de su marido, y que éste había en otra ocasión escapado a la muerte sólo por el amor que a su mujer profesaba. A juicio nuestro no hay gran compensación en este cambio; mas según el criterio estoico, entiendo que Séneca pensaría haber hecho tanto por su esposa al alargar la propia existencia en su favor, como si por ella hubiera muerto. En una de las cartas que escribe a Lucilio, después de contarte cómo las calenturas habiéndole asaltado en Roma montó de repente en un vehículo para trasladarse a una de sus casas de campo, contra el parecer de su mujer, que quería detenerle, y a quien él había repuesto que la calentura que tenía no emanaba del cuerpo sino del lugar donde vivía, concluye así: «Dejome partir recomendándome que me cuidara mucho, y yo que pongo su vida en la mía empiezo a remediar mis males por aliviar los suyos. El privilegio que mi vejez me había otorgado al convertirme en más firme y resuelto para muchas cosas, lo pierdo cuando a mi memoria viene la idea de que en este anciano hay una joven a quien aquél rinde servicios. Puesto que no la puedo obligar a amarme con mayor firmeza, ella me fuerza a mí mismo a quererme con mayor celo. Preciso es condescender con nuestras legítimas afecciones; y a veces, aun cuando todo nos llevara a la muerte, retener en sí, aun a costa de sufrimientos, el soplo vital que nos escapa. El hombre, probo debe permanecer aquí bajo no solamente mientras no se encuentre [133] mal hallado, sino mientras su permanencia sea necesaria. Aquél a quien el cariño de su mujer o el de un amigo no mueven a prolongar sus días; aquél que se obstina en morir, es demasiado delicado y demasiado blando. Preciso es que el alma se amarre a la vida cuando el provecho de los nuestros lo requiere. Necesario es a veces que nos sacrifiquemos a nuestros amigos, y que aun cuando quisiéramos morir interrumpamos nuestro designio por ellos. Es un testimonio de grandeza de ánimo el volver a la vida por interés ajeno, y muchos hombres notables así lo hicieron. Es un rasgo de bondad singular el conservarse en la vejez (cuya ventaja mayor es la negligencia de su duración y un más valeroso menosprecio de la existencia), cuando se ve que es dulce, agradable y, provechosa a alguna persona querida. Con ello se recibe una placentera recompensa; porque, ¿qué puede haber más grato que ser tan caro a su esposa que por ello sea uno más caro para sí mismo? Así mi Paulina impúsome no solamente sus cuidados, sino también los míos. No me bastó considerar, con cuánta resolución podría yo morir, consideré además la flaqueza con que ella soportaría mi muerte. Obligüeme a vivir y alguna vez vivir es magnánimo.» Tales son las palabras de Séneca, excelentes como todas las suyas.

Capítulo XXXVI

De los hombres más relevantes

Si se me pidiera que escogiese entre todos los hombres que vinieron a mi conocimiento, pareceme que me quedaría con tres excelentes, que están por cima de todos los demás.

Uno es Homero, y no es que Aristóteles y Varrón no fueran quizás tan sabios como él, ni que en su arte, Virgilio no pueda serle comparable: dejó estos extremos al inicio de aquellos que los conocen a ambos. Yo que no conozco más que a uno puedo decir solamente que a mi entender ni las musas mismas sobrepujaron al romano:

Tale facit carmen docta testudine, quale
Cynthius impositis temperat articulis.

En esta apreciación, sin embargo, no hay que olvidar que a Homero principalmente debe Virgilio gran parte de su mérito; que es su maestro y su guía, y que un solo pasaje de la Iliada proveyó de cuerpo y argumento a la grande y divina Eneida. Yo no fundamento en esto mi opinión, [134] sino que tengo presentes muchas circunstancias que para mí hacen a Homero admirable; considérole casi por cima de la humana condición, y verdad me extraña a veces que quien creó y dio crédito en el mundo merced a su exclusiva autoridad a tantas deidades no haya también ganado divino rango. Siendo ciego o indigente; habiendo vivido antes de que las ciencias florecieran y merecieran asenso, conociólas tanto, que cuantos después gobernaron pueblos o mandaron ejércitos escribieron, idearon cultos o filosofaron en cualquier secta, o trataron de las artes, sacaron provecho de él como de un maestro perfectísimo en todas las cosas, y de sus libros como de un semillero donde se guarda toda suerte de saber:

Qui, quid sit pulchrum quid turpe, quid utile, quid non,
plenius ac melius Chrysippo et Crantore dicit:

y como dice Ovidio,

A quo, ceu fonte perenni,
vatum Pieriis ora rigantur aquis;

y Lucrecio,

Adde Heliconiadum comites, quorum unus Homerus
sceptra potitus;

y Manilio,

Cujusque ex ore profuso
omnis posteritas lacites in carmina duxit.
Annemque in tenues ausa est deducere rivos,
unius foecunda bonis.

Contra lo que conforme al orden natural acontece, produjo la obra más excelente que pueda imaginarse, pues cuando las cosas nacen son imperfectas, luego van puliéndose y fortificándose a medida de su crecimiento. Homero llevó a cabal sazón la infancia de la poesía y de las otras artes dejándolas cumplidas y perfectas. Por eso puede llamársele el primero y el último poeta, conforme al testimonio que de él nos dejó la antigüedad, o sea

«que no habiendo tenido nadie a quien poder seguir, tampoco encontró ninguno que imitarle pudiera después». Sus palabras, según Aritóteles, son las únicas que tengan movimiento y vida, las únicas sustanciales. Como Alejandro el Grande encontrara entre los despojos de Darío una [135] suntuosa arquilla, ordenó que se la reservaran para guardar su Homero, diciendo que era el mejor y el más fiel de sus consejeros que le guiara en las cosas militares. Por la misma razón decía Cleomenes, hijo de Anaxandridas, «que era el poeta favorito de los lacedemonios, como ejemplar maestro en la disciplina guerrera». A juicio de Plutarco merece Homero esta singular y particularísima alabanza: ¡Es el único autor del mundo que no haya jamás causado ni hastiado a los hombres, mostrándose al lector siempre distinto, y constantemente floreciente en nuevos encantos.» Aquel calavera de Alcibiades pidió en una ocasión a un individuo que ejercía las letras un ejemplar de Homero, y sacudíole un sopapo porque no lo tenía. La cosa le produjo impresión igual como si alguien hubiera encontrado hoy a un clérigo sin breviario. Jenófanes quejábase un día a Hierón, tirano de Siracusa, de que estaba tan pobre que ni siquiera podía sustentar a dos criados, a lo cual, aquél repuso: «Homero, que era mucho más pobre que tú, alimenta más de diez mil, muerto y todo como está.» Elogio grande hacía Panecio de Platón cuando le nombraba «el Homero de los filósofos.» Aparte de todo esto, ¿qué gloria puede, equipararse, a la suya? Nada hay tan vivo en los labios de los hombres como su nombre y sus obras; nada tan conocido y tan recibido como Troya, Helena y sus guerras, que acaso jamás hayan existido: designamos todavía a nuestros hijos con los nombres que él forjó hace tres mil años; ¿quién no conoce a Héctor y a Aquiles? No ya sólo algunos pueblos particulares, sino la mayor parte de las naciones buscan su origen en las invenciones del poeta. Mahomet, segundo de este nombre, emperador de los turcos, escribió a nuestro pontífice Pio II, diciéndole: «Me sorprende que los italianos se levanten en armas contra mí, en atención a que somos de un origen común; los dos pueblos descendemos de los troyanos, y yo, como ellos, tengo empeño en vengar la sangre de Héctor contra los griegos, a los cuales los italianos están favoreciendo contra mí.» ¿No constituye esto una noble comedia que los reyes, los emperadores y las repúblicas vienen tantos siglos ha representando, y a la cual este inmenso universo sirve de teatro? Siete ciudades griegas entraron en debate sobre el lugar de su nacimiento: ¡hasta tal punto su obscuro origen procurele honor!

Smirna, Rhodas, Colophon, Salamis, Quios, Argos, Athenaes.

Otro de mis hombres relevantes es Alejandro Magno, pues considerando la edad en que comenzó sus expediciones guerreras; los pocos medios con que contó para realizar un designio tan glorioso; la autoridad que supo ganar en su infancia entre los más grandes y experimentados capitanes de todo el mundo, de los cuales iba seguido; [136] el extraordinario favor con que la fortuna abrazó y favoreció tantas y tantas expediciones arriesgadas y casi temerarias:

Impellens quidquid sibi summa petenti
obstaret, gaudensque viam fecisse ruina;

aquella grandeza de haber, a la edad de treinta y tres años, paseado sus armas victoriosas por toda la tierra habitable, y en media vida haber desarrollado todo el esfuerzo de que la humana naturaleza sea capaz, de tal suerte que no es dable imaginar la legítima duración de su existencia con la continuación de su existencia con la continuación de su crecimiento en

fortaleza y fortuna hasta un razonable término de años, sin imaginar algo por cima del hombre; que dio origen entre sus soldados a tantas dinastías reales, dejando después de su muerte el mundo dividido entre cuatro sucesores, simples capitanes de su ejército, cuyos descendientes gobernaron después, tan dilatados años, manteniéndose en posesión de reinos tan amplios; tantas eximias virtudes como se guardaban en su alma: justicia, templanza, liberalidad, cumplimiento de las palabras, amor a los suyos y humanidad para con los vencidos, pues en sus costumbres no se encuentra ningún punto débil, como no sea en alguna de sus acciones, particulares, raras y extraordinarias; mas preciso es considerar la imposibilidad de concluir tan imponente movimiento conforme a los preceptos comunes de la justicia. Tales hombres deben ser juzgados en conjunto, con arreglo al fin principal de sus miras. Entre aquellas que pudieran engendrar algún cargo figuran la ruina de Tebas y de Persópolis, la muerte de Menandro, la del médico de Efestión o tantos prisioneros persas y soldados indios con quien acabó de súbito, contraviniendo a la palabra dada, y el asesinato de los coscianos, de quienes aniquiló hasta los niños de corta edad. Todos éstos son arranques difíciles de justificar; y por lo que toca a la muerte de Clito, la culpa fue enmendada con demasía. Esta, como todas sus demás acciones, testimonian lo bondadoso de su complexión, por sí misma inclinada a lo justo excelentemente y hecha a la bondad; por lo cual se dijo de él con sumo acierto «que de la naturaleza recibió sus virtudes y los vicios de las circunstancias de su vida». Cuanto a lo de ser un poco amigo de alabarse y algo impaciente en punto a oír hablar mal de su persona, como por lo que toca a los pesebres de sus caballos, arneses y frenos que esparció en las Indias, todas estas cosas, a mi ver, son atribuibles a su edad y a la extraña bienandanza de su fortuna. Quien consideró al propio tiempo tantas virtudes militares: diligencia, previsión, paciencia, disciplina, sutileza, magnanimidad, [137] resolución y acierto, en todo lo cual, aun cuando la autoridad de Aníbal no nos lo hubiera enseñado, fue el primero entre todos los hombres; la singular belleza y raras condiciones de su persona hasta rayar en lo milagroso; aquel porte y aquel ademán venerables bajo un semblante tan joven, sonrosado y resplandeciente:

Qualis, ubi Oceani perfusus Lucifer unda,
quem Venus ante alios astrorum diligit ignes,
extulit os sacrum caelo, tenebrasque resolvit;

la excelencia de su saber y capacidad; la duración y grandeza de su gloria, pura, nítida y exenta de mancha y envidia, y el que todavía largo tiempo después de su muerte se tuviese por religioso artículo el creer que sus medallas fueran presagio de felicidad para los que las llevaban; el hecho de que tantos reyes y príncipes hayan escrito sus gestas con profusión mayor de la que los historiadores trazaran los de todos los reyes y de todos los príncipes; y hasta la circunstancia misma de que aún hoy los mahometanos, que menosprecian todos los demás libros, reciban y honren sólo el de su vida por especial privilegio, confesará que tuvo razón de preferirlo al mismo César, el cual únicamente le es comparable. No puede sin embargo negarse que haya más labor propia en las expediciones de éste y mayor influjo de la buena estrella en las de Alejandro. En muchas cosas son los dos héroes idénticos, y acaso César le aventaja en algunas: fueron dos rayos, dos raudales capaces de desolar el mundo por motivos diversos:

Et velut immissi diversis partibus ignes
aremtem in silvam, et virgulta sonantia lauro;

aut ubi decursu rapido de montibus altis.
Dant sonitum spumosi amnes et in aequora corrunt
quisque suum populatus iter.

Aun cuando la ambición del romano fuese más moderada, la acompaña tanta desdicha, puesto que acabó con la entera ruina de su país y el universal empeoramiento del mundo, que, todo bien pesado y medido, no puedo menos de inclinarme del lado de Alejandro.

El tercero, y a mi ver el más excelente, es Epaminondas. No es como otros tan glorioso (tampoco la gloria es ingrediente indispensable para la esencia de la cosa), mas en cuanto a resolución y valentía (y no de aquellas que la [138] ambición aguza, sino las que la prudencia, y la razón pueden implantar en un alma bien gobernada), era dueño de todas cuantas pueden concebirse. Dio tantas pruebas de esas sus virtudes peculiares, cual el propio Alejandro y como César, pues aun cuando sus expediciones guerreras no sean tan frecuentes ni tan ruidosas, consideradas detenidamente en todas sus circunstancias, no dejan de ser tan importantes y vigorosas como las de aquellos, al par que suponen igual suma de arrojo y capacidad militar. Concedieronle los griegos, el honor de nombrarle, sin contradicción, el primero de entre todos ellos; y ser el primero en Grecia viene a ser lo mismo que ser el primero del mundo. Por lo que toca a su entendimiento y sabiduría, este parecer antiguo llegó a nosotros: «que jamás ningún hombre supo tanto ni habló tan poco como él», pues pertenecía a la escuela de Pitágoras; y en lo que habló, nadie le llevó ventaja: era orador excelente, incomparable en la persuasión de sus oyentes. En punto a costumbres y conciencia, sobrepujó con mucho a cuantos al manejo de los negocios se hayan consagrado esta parte, de preferencia a las otras, debe ser examinada, como que designa realmente quiénes somos; con ella contrapeso yo todas las demás reunidas, y en ella ningún otro filósofo lo aventaja, ni siquiera el propio Sócrates. El candor en Epaminondas es una cualidad propia, dominadora, constante, uniforme e incorruptible. El de Alejandro, comparado con él, se nos muestra subalterno, incierto, adulterado, blando y fortuito.

Juzgó la antigüedad que al examinar por lo menudo todas las acciones de los otros grandes capitanes, en cada uno de ellos se encuentra alguna especial cualidad que lo ilustra: en éste solamente se reconoce una virtud y una capacidad, a las cuales nada falta, mostrándose de un modo permanente; nada deja que apetecer en todos los deberes de la vida humana, ya se trate de ocupación pública y privada, pacífica o guerrera; lo mismo en el vivir que en el morir grande y gloriosamente: no conozco ninguna categoría, ni ninguna fortuna humanas que yo considere con tanto honor y contemple con tan amorosa mirada.

Cierto que su obstinación por permanecer en la pobreza la encuentro en algún modo escrupulosa, tal y como sus mejores amigos nos la pintan. Esta sola acción, que a pesar de todo es altísima y muy digna de ser admirada, se me antojó agrilla para deseármela conforme él la practicaba.

Tan sólo Escipión Emiliano, por su fin altivo y magnífico y por su conocimiento de las ciencias, tan profundo y universal, podría colocarse en contraposición en el otro platillo de la balanza. ¡Cuán enorme contrariedad me ocasionaron los siglos apartando precisamente de nuestros [139] ojos, de las primeras, la más noble pareja de vidas que Plutarco encierre,

las de esos dos personajes que, conforme al común consentimiento del mundo, fueron el primero de los griegos uno, y el otro el primero de los romanos! ¡Qué asunto el de sus existencias! ¡qué artífice el biógrafo que las describiera!

Para un hombre que no sea santo, sino lo que nosotros llamamos varón cumplido, de costumbres urbanas y corrientes, y de una moderada elevación, la más rica vida, digna de ser vivida que yo conozca entre los vivos, como generalmente se dice, adornada de mejores y más apetecibles prendas, es a mi ver la de Alcibíades, todo bien considerado.

Mas como Epaminondas dio siempre muestras de una bondad excesiva, quiero apuntar aquí algunas de sus opiniones. El más dulce contentamiento que en toda su vida experimentara, según él mismo testimonia, dice que fue el placer que procuró a su padre y a su madre con su victoria de Leuctres; relegábase de buen grado, prefiriendo el placer de ellos al propio contentamiento, tan justo y tan pleno en una tan gloriosa acción: no creía «que fuera lícito, ni siquiera para recobrar la libertad de su país, el dar la muerte a un hombre sin conocimiento de causa»; por eso desplegó tan poco ardor en la expedición de Pelópidas, su compañero de armas en la liberación de Tebas. Decía también «que en una batalla había que huir el encuentro de un amigo que militara en el partido contrario, sin sacrificar su vida». Y como su humanidad para con sus mismos enemigos le hiciera sospechoso a los ojos de los beocios, porque luego de haber forzado milagrosamente a los lacedemonios a abrirle el paso que pretendían obstruir a la entrada de Morea, cerca de Corinto, se conformó solamente con vencerlos sin perseguirlos tenazmente, fue honrosísimamente desposeído del cargo de capitán general por semejante causa. Avergonzados sus conciudadanos, tuvieron por necesidad que reponerle pronto en su grado, reconociendo cuánto dependían de él la gloria y la salvación de todos: la victoria le seguía como su sombra por los sitios todos donde guiaba, y, cuando murió, acabó también con él la prosperidad de su país, como con él había nacido.

Capítulo XXXVII

De la semejanza entre padres e hijos

En este hacinamiento de tantas piezas diversas sólo pongo mano cuando un vagar demasiado ocioso me empuja, y nunca en otro lugar que no sea mi propia casa; por eso [140] fue formándose en ocasiones distintas y con largos intervalos, por haberme ausentado de mi vivienda a veces durante meses enteros. Tampoco enmiendo mis primeras fantasías con las segundas; si alguna vez me ocurre cambiar alguna palabra, lo hago para modificar, no para suprimir. Quiero representar el camino de mis humores para que cada parcela sea vista en el instante de su nacimiento, y me sería muy grato hoy haber comenzado más temprano la labor para así reconocer la marcha de mis mutaciones. Un criado que me servía a escribirlas bajo mi dictado creyó procurarse rico botín sustrayéndome algunas que escogió a su gusto, pero me consuela que no hallará más ganancia que pérdida y he experimentado. Desde que comencé he envejecido siete u ocho primaveras, lo cual no aconteció sin que yo ganara alguna adquisición nueva: la liberalidad de los años hízome experimentar el cólico; que el comercio de ellos y su conversación dilatada nunca

transcurren sin algún fruto semejante. Hubiera querido que entre los varios presentes que procuran a los que durante largo tiempo los frecuentan, eligieran alguno para mi más aceptable, pues ni adrede hubiesen acertado a ofrecerme otro que desde mi infancia mayor horror me infundiera; era de todos los accidentes de la vejez precisamente el que más yo temía. Muchas veces pensé conmigo mismo que iba metiéndome demasiado adentro, y que de recorrer un tan dilatado camino no dejaría de hablar a mi paso algún desagradable obstáculo; sentía que la hora de partir era llegada y que precisaba cortar en lo vivo y en lo no dañado, siguiendo a regla de los cirujanos cuando tienen que amputar algún miembro; y que a aquel que no devuelve a tiempo la vida naturaleza acostumbra a hacerle pagar usuras bien caras. Pero tan lejos me hallaba entonces de encontrarme presto a entregarla, que después de diez y ocho meses, o poco menos, que me veo en esta ingrata situación, aprendí ya a acomodarme a ella; me encuentro bien hallado con este vivir colicoso y doy con que consolarme y esperar. ¡Tan acoquinados están los hombres con su ser miserable que no hay condición, por ruda que sea, que no acepten para conservarse! Oíd a Mecenas:

Debilem facito manu,
debilem pede, coxa;
lubricos quate dentes:
vita dum superest, bene est:

y Tamerlán encubría con visos de torpe humanidad la increíble que ejerciera contra los leprosos haciendo matar a cuantos venían a su conocimiento para de este modo, decía, «libertarlos de la existencia penosa que vivían»: [141] pues todos ellos hubieran mejor preferido ser tres veces leprosos que dejar de ser; y Antistenos el estoico, hallándose enfermo de gravedad, exclamaba: «¿Quién me librará de estos males?» Diógenes, que lo había ido a ver, le dijo presentándole un cuchillo: «Éste, si tú quieres, y en un instante. -No digo de la vida, replicó aquél, sino de los dolores» Los sufrimientos de que simplemente el alma padece me afligen mucho menos que a la mayor parte de los hombres, ya por reflexión, pues el mundo juzga horribles algunas cosas, o evitables a expensas de la vida, que para mí son casi indiferentes, merced a una complexión estúpida e insensible para con los accidentes que me acometen en derechura, la cual considero como uno de los mejores componentes de mi natural; mas los quebrantos verdaderamente esenciales y corporales los experimento con harta viveza. Por eso, como antaño los preveía con vista débil, delicada y blanda, a causa de haber gozado la prolongada salud y el reposo que Dios me prestara durante la mejor parte de mis años, mi mente los había concebido tan insoportables, que, a la verdad, más miedo albergaba con la idea que mal experimenté con la realidad; por donde creo cada día con mayor firmeza que la mayor parte de las facultades de nuestra alma, conforme nosotros las ejercitamos, trastornan más que contribuyen al reposo de la vida.

Yo me encuentro en lucha con la peor de las enfermedades, la más repentina, la más dolorosa, la más mortal y la más irremediable; me ha hecho ya experimentar cinco o seis dilatadísimos y penosos accesos, mas sin embargo, yo no vanaglorio o entiendo que aun en ese estado encuentra todavía modo de sustraerse quien tiene el espíritu aligerado del temor de la muerte y descargado de las amenazas, conclusiones y consecuencias con que la medicina nos llena la cabeza; ni siquiera al efecto mismo del dolor circunda tina agriura tan áspera y prepotente para que un hombre tranquilo se encolerice y desespere. Este provecho he sacado del cólico que no había logrado con mis solas fuerzas alcanzar: que me concilia

de todo en todo con la muerte y me arrima a ella, pues cuanto más aquél me oprima o importune, tanto menos el sucumbir me será temible. Había ya ganado el no amar la vida sino por la vida misma; aquel dolor servirá aún para desatar esta inteligencia; ¡y quiera Dios que al fin (si la rudeza del acabar viene a sobrepasar mis fuerzas) el mal no me lance a la opuesta extremidad, no menos viciosa, de amar y desear el morir!

Summum nec metuas diem, nec optes. [142]

son dos pasiones igualmente merecedoras de temor; mas el remedio de la una se alcanza con mayor presteza que el de la otra.

Por lo demás siempre consideraré como cosa de ceremonia el precepto que tan rigurosa y exactamente ordena el mantener buen semblante junto con un ademán desdeñoso ante el sufrimiento de los males ¿Por qué la filosofía, cuya misión mira solamente a lo vivo y a los efectos, se detiene en estas apariencias externas? Que abandone ese cuidado a los farsantes y a los maestros de retórica, quienes con tantos aspavientos encarecen nuestros gestos; que conceda valientemente al dolor la flojedad vocal, siempre y cuando que ésta no sea ni cordial ni del pecho emane, y preste de buen grado esas quejas al género de suspiros, sollozos, palpitaciones y palideces que la naturaleza puso por cima de nuestro poder: mientras el ánimo se mantenga libre de horror y las palabras surjan sin desesperación, que la filosofía se dé por satisfecha; ¿qué importa que retorizamos nuestros brazos mientras no hagamos lo propio con nuestros pensamientos? Debe enderezarnos para nosotros, no para los demás; para ser, no para parecer; que la filosofía se detenga a gobernar nuestro entendimiento, que es la misión que se impuso; que en medio de los esfuerzos del cólico mantenga el alma capaz de reconocerse, de seguir su camino acostumbrado, combatiendo el dolor y haciéndole frente, no prosternándose vergonzosamente a sus pies; conmovida y ardorosa por el combate, no abatida y derribada; capaz de comercio, susceptible de conversar y de otra ocupación cualquiera, hasta llegar a cierto límite. En accidentes tan extremos es crueldad el requerir de nosotros una compostura tan ordenada; si con ello experimentamos mejoría, poco importa que adoptemos mal semblante; si el cuerpo se alivia con los lamentos, que los exhale; si la agitación le place, que se eche a rodar de un lado a otro como mejor cuadre a su albedrío; si le parece que el mal se evapora en algún modo (algunos médicos dicen que esto ayuda a parir a las mujeres preñadas) expulsando la voz afuera, con violencia grande, o si así entretiene su tormento, que grite hasta desgañitarse. No ordenemos a esa voz que camine, dejémosla marchar. Epicuro, no solamente perdona a sus discípulos el gritar ante los tormentos, sino que se lo aconseja: Pugiles etiam, quum feriunt, in jactandis caestibus ingemiscunt, quia profundenda voce omne corpus intenditur, venitque plaga vehementior. Sobrado trabajo nos procura el mal sin que vayamos a sobrecargarnos con estas reglas superfluas.

Todo lo cual va dicho para excusar a los que ordinariamente [143] vemos armar estrépito ante los asaltos y sacudidas de esta enfermedad, pues por lo que a mí toca hasta la hora actual la he pasado con algún mejor continente, y me conformo con gemir, sin bramar; y no porque me violente a fin de mantener esta decencia exterior, pues no doy importancia alguna a semejante ventaja (en este punto otorgo al mal rienda suelta), sino porque mis dolores o no son tan excesivos o nuestro ante sus acometidas firmeza, mayor que el común

de las gentes. Yo me quejo y me despecho cuando las agrias punzadas me oprimen pero no llego a la desesperación como aquél,

Ejulatu, questu, gemitu, fremitibus
resonando, multum flebiles voces refert.

me sondeo en lo más duro del dolor, y siempre me he reconocido capaz de decir, pensar y responder tan sanamente como en cualquiera otra hora, mas no con igual firmeza, merced al mal, perturbador y desquiciador. Cuando más me aterra y los que me rodean no economizan ninguna suerte de cuidados, ensayo yo muchas veces mil fuerzas hablándoles de las cosas más lejanas de mi estado. Todo me es factible a cambio de un repentino esfuerzo, mas la duración es brevísima. ¡Qué no dispusiera yo de la facultad de aquel soñador de Cicerón, que soñando gozar una muchacha se encontró con que se había aligerado de su piedra en medio de las sábanas! Los míos me descargan extrañamente. En los intervalos de este dolor excesivo, cuando mi uretra languidece sin mortificame, encamínome de pronto a mi estado ordinario con tanta mayor facilidad cuanto que mi alma no estaba ganada anteriormente por otra alarma distinta de la sensible y corporal, de lo cual soy deudor al cuidado que siempre tuve de prepararme por reflexión a semejantes accidentes:

Laborum
nulla mihi nova nunc facies inopinave surgit:
omnia praecepi, atque animo mecum ante peregi:

Por eso estoy habituado con bastante resistencia para un aprendiz a los cambios repentinos y rudos, habiendo ido a dar de pronto de una dichosísima y muy dulce condición de vida a la más lamentable y penosa que pueda imaginarse; pues a más de ser la mía una enfermedad por sí misma muy de temer, hizo en mí sus comienzos con mucha mayor aspereza y dificultad de lo que tiene por costumbre: los accesos se apoderan de mí con frecuencia tanta, que [144] casi nunca me siento en cabal salud. De todas suertes hasta el presente me mantengo en tal situación que si a ella puedo llevar la constancia, reconózcome en mejor condición de vida que mil otros desprovistos de fiebre ni enfermedad diferentes de las que se procuran a sí mismos por defecto de raciocinio.

Existe cierta manera de humildad sutil que emana de presunción, como la que hace que reconozcamos nuestra ignorancia en muchas cosas y seamos tan corteses que declaremos la existencia en las obras de la naturaleza de algunas cualidades y condiciones que nos son imperceptibles, y de las cuales nuestra insuficiencia no alcanza a decir los medios y las causas. Con esta honrada declaración de conciencia esperamos ganar la ventaja de que se nos crea igualmente en aquello que decimos comprender. Inútil es que vayamos escogiendo milagros y casos singulares extraños; paréceme que entre las cosas que ordinariamente vemos hay singularidades incomprensibles que superan la dificultad de los milagros. ¿Qué cosa más estupenda que esa gota de semilla, de la cual somos producto, incluya en ella las impresiones no ya sólo de la forma corporal, sino de los pensamientos e inclinaciones de nuestros padres? Esa gota de agua, ¿dónde acomoda un número tan infinito de formas, y cómo incluye las semejanzas por virtud de mi progreso tan temerario y desordenado que el biznieto responderá a su bisabuelo, y el sobrino al tío? En la familia de Lépido, en Roma,

hubo tres individuos que nacieron (no los unos a continuación de los otros, sino por intervalos) con el ojo del mismo lado cubierto con un cartílago. En Tebas había una familia cuyos miembros llevaban estampado desde el vientre de la madre la forma de un hierro de lanza, y quien no lo tenía era considerado como ilegítimo. Aristóteles dice que en cierta nación en que las mujeres eran comunes, los hijos asignábanse por la semejanza a sus padres respectivos.

Puede creerse que yo debo al mío mi mal de piedra, pues murió afligidísimo por una muy gruesa que tenía en la vejiga, y sólo advirtió su mal a los sesenta y siete tiros de su edad; antes de este tiempo nunca sintió amenaza o resentimiento en los riñones, ni en los costados, ni en ningún otro lugar, y había vivido hasta entonces con salud próspera, muy poco sujeto a enfermedad. Siete años duró después del reconocimiento del mal, arrastrando un muy doloroso fin de vida. Yo nací veinticinco años, o más temprano, antes de su enfermedad, cuando se deslizaba su existencia en su mejor estado, y fui el tercero de sus hijos en el orden de nacimiento. ¿Dónde se incubó por espacio de tanto tiempo la propensión a este mal? Y cuando mi padre estaba tan lejos de él, esa ligerísima sustancia con que me edificó, ¿cómo fue capaz de producir una impresión tan [145] grande? ¿y cómo permaneció luego tan encubierta que únicamente cuarenta y cinco años después he comenzado a resentirme, y yo sólo hasta el presente entre tantos hermanos y hermanas nacidos todos de la misma madre? A quien me aclare este problema, creeré cuantos milagros quiera, siempre y cuando que (como suele hacerse) no me muestre en pago de mi curiosidad una doctrina mucho más difícil y abstrusa que no es la cosa misma.

Que los médicos excusen algún tanto mi libertad si digo que merced a esa misma infusión e insinuación fatales he asentado en mi alma el menosprecio y el odio hacia sus doctrinas. Esa antipatía que yo profeso al arte de sanar es en mí hereditaria. Mi padre vivió setenta y cuatro años; mi abuelo sesenta y nueve, y mi bisabuelo cerca de ochenta, sin que llegaran a gustar ninguna suerte de medicina; y entre todos ellos, cuanto no pertenecía al uso ordinario de la vida era considerado como droga. La medicina se fundamenta en los ejemplos y en la experiencia; así también se engendran mis opiniones. ¿No es el que ofrecen mis abuelos un caso peregrino, prueba de experiencia y de los más ventajosos? Ignoro si los médicos acertarían a señalarme consignado en sus registros otro parecido de personas nacidas, educadas y muertas en el mismo hogar, bajo el mismo techo, que hayan pasado por la tierra bajo un régimen de vida hijo del propio dictamen. Necesario es que confiesen en este punto que si no la razón, al menos la fortuna recae en provecho mío, y téngase en cuenta que entre los médicos acaso vale tanto fortuna como la razón. Que en los momentos presentes no me tomen como argumento de sus miras, y que no me amenacen, aterrado como me encuentro, que esto sería cosa de superchería. De suerte que, a decir la verdad, yo he ganado bastante sobre los médicos con los ejemplos de mi casa, aun cuando en lo dicho se detengan. Las cosas humanas no muestran tanta constancia: doscientos años ha (ocho solamente faltan para que se cumplan) que aquel largo vivir nos dura pues el primero nació en mil cuatrocientos dos; así que, razón es ya que la experiencia comience a escaparnos. Que no me echen encara nuestros Galenos los males que a la hora presente me tienen agarrado por el pescuezo, pues haber vivido libre de ellos cuarenta y siete años, ¿no es ya suficiente? Aunque éstos sean el fin de mi carrera, considérola ya como de las más dilatadas.

Mis antepasados tenían tirria a la medicina a causa de una inclinación oculta y natural; hasta la sola vista de las drogas horrorizaba a mi padre. El señor de Gaviac, mi tío paternal, hombre de iglesia, enfermo desde su nacimiento, y que sin embargo hizo durar su débil vida hasta los sesenta y siete años, como cayera enfermo de una fuerte y vehemente fiebre crónica, ordenaron los médicos que se le [146] advirtiera que de no ayudarse con eficacia (socorro llaman a lo que casi siempre es impedimento), moriría infaliblemente. Asustado como estaba con tal terrible sentencia, respondió: «Pues entonces me doy por muerto.» Mas Dios trocó muy luego en vano semejante pronóstico. El último de sus hermanos (eran cuatro), el señor de Bussaguet, que era el más joven, sometiose sólo a este arte, acaso por el comercio, así lo creo yo al menos, que sostenía con las otras artes, pues era consejero en la Cámara del Parlamento, y le fue tan mal que, siendo en apariencia de complexión más resistente murió, sin embargo, mucho antes que los otros hermanos, a excepción de uno de ellos, el señor de Saint-Michel.

Posible es que yo haya recibido de ellos esta aversión natural a la medicina, pero si no tuviera en mi favor otras consideraciones, hubiese intentado vencer aquélla, por cuanto todas las convicciones que nacen en nosotros son viciosas y constituyen una especie de enfermedad que es preciso combatir. Pudo, como digo, ocurrir que yo me inclinara a semejante propensión, pero lo seguro es que la apoyé y fortifiqué con el raciocinio, el cual arraigó en mí la opinión que profeso, pues, yo odio también la consideración que rechaza la medicina por el amargor de su gusto. No sería éste mi sentir encontrando la salud merecedora de ser rescatada aun a costa de todos los cauterios e incisiones más penosos que se practiquen. Y siguiendo a Epicuro, me parece que deben evitarse los goces si traen luego como consecuencia dolores más grandes, y buscarse los quebrantos que acarrear goces mayores.

Cosa preciosa es la salud, y la sola, en verdad, merecedora de que se empleen en su inquirimiento no ya el tiempo solamente, los sudores, los dolores y los bienes, sino hasta la misma vida, tanto más cuanto que sin ella la existencia nos es carga penosa y horrenda. Sin ella los goces, la prudencia, la ciencia y la virtud se empañan y desvanecen, y a los más firmes y rígidos discursos que la filosofía quiera imprimirnos en prueba de lo contrario, no tenemos sino oponer la imagen de Platón, herido de enfermedad aguda o por el mal apoplético, y admitida ya presuposición semejante, desafiarle a que llamara en su socorro las espléndidas facultades de su alma. Todo camino que nos conduzca a la salud no puede en mi sentir considerarse como áspero ni costoso. Mas yo albergo otras razones que me hacen desconfiar extrañamente de esta mercancía. Y no digo que no pueda haber algún arte, ni que no existan entre tantas producciones de la naturaleza, algunas cosas propias a la conservación de nuestra salud; esto es evidente. Yo bien sé que hay simples que humedecen y otros que secan; por experiencia conozco que los rábanos ocasionan flatos, y que las hojas de sen libentan el vientre; familiares me son estos [147] remedios como igualmente que el carnero me sirve de alimento y que el vino me caldea; y decía Solón que el comer era como las otras drogas, una medicina contra la enfermedad del hambre. No desapruero el uso que del mundo sacamos, ni pongo en duda la fecundidad y el poder de la naturaleza y la aplicación de ésta a nuestras necesidades; bien advierto que los sollos y las golondrinas se encuentran con ella bien hallados. Yo desconfío de las invenciones de nuestro espíritu, de nuestra ciencia y de nuestro arte, en favor del cual abandonamos aquella sabia maestra y sus preceptos, y por el cual gobernados no acertamos a mantenernos en la moderación ni en

el justo límite. Como llamamos justicia a la modelación de las primeras leyes que caen bajo nuestra mano, a su aplicación y práctica ineptísima y frecuentemente escandalosísima; y como aquellos que de ella se burlan y la acusan no entienden sin embargo injuriar virtud tan noble, sino exclusivamente condenar el abuso y profanación de tan sagrado título, así en la medicina venero yo su glorioso epíteto, su proposición y sus promesas de utilidad indudable al género humano; mas lo que entre nosotros designa, ni lo honro ni lo estimo.

En primer lugar, la experiencia me la hace temer, pues allí donde mis conocimientos alcanzan no veo ninguna clase de gentes que más enferme ni que más tarde cure que la que vive bajo la jurisdicción de la medicina; la salud de aquéllas se adultera y corrompe con la sujeción del régimen.

Los médicos no se contentan con gobernar la enfermedad, sino que además truecan la salud en mal para asegurar en toda ocasión el ejercicio de su autoridad; y efectivamente, de una salud constante y plena ¿no sacan como consecuencia una enfermedad futura? Yo he estado enfermo con sobrada frecuencia, y sin socorro extraño hallé mis males (y los experimenté de todas suertes) tan dulces de soportar y tan cortos cual ninguna otra persona, no habiendo recurrido a la amargura de sus prescripciones. Mi sanidad es libre y cabal sin más regla ni disciplina que mi costumbre y ni deleite; cualquier lugar me es adecuado para fijarme, pues no me precisan comodidades distintas en la enfermedad a las que he menester estando bueno. Carecer de facultativo no me intranquiliza ni tampoco de boticario y otros auxilios cuya privación aflige a la mayor parte de las gentes más que el mal mismo. ¡Cómo! ¿Acaso ellos nos muestran con su vida bienandante y duradera que podamos abrigar en su ciencia alguna racional seguridad?

No hay nación que no haya vivido muchos siglos sin medicina, entre ellas las primeras, es decir, las mejores y las más dichosas; y en todo el mundo la décima parte no se sirve de ella ni aun actualmente. Infinitos pueblos la desconocen, en los cuales se vive más sana y dilatadamente que [148] entre nosotros. En nuestro país el vulgo prescinde de ella felizmente; entre los romanos transcurrieron seiscientos años antes de recibirla, y luego de haberla puesto a prueba lanzáronla de su ciudad por mediación de Catón el censor, el cual mostró con cuantísima facilidad se subsistía sin ella, habiendo vivido ochenta y cinco años y hecho durar a su mujer hasta la vejez más extrema, no precisamente sin medicina, sino sin médico, pues todo lo saludable a nuestra vida puede llamarse medicina. Catón mantenía, así lo dice Plutarco, a su familia en salud cabal sustentándola con liebre; como los árcades, dice Plinio, curaban todas las enfermedades con leche de vaca: y los libios, según Herodoto, gozaban popularmente de singular salud gracias a la costumbre que adoptaran: cuando los muchachos habían cumplido cuatro años los cauterizaban y quemaban las venas de la cabeza y de las sienes, por donde para toda la vida cortaban el camino a toda fluxión y constipado; los aldeanos de ese pueblo, en todos los accidentes que les sobrevenían, no empleaban sino el vino más fuerte que tenían, mezclado con azafrán y especias, y siempre con fortuna prospera.

Y a decir la verdad, entre toda esa diversidad y confusión de ordenanzas, ¿qué otro efecto se persigue sino vaciar el vientre? Lo cual pueden ejecutar mil simples domésticos; y no sé yo si la operación es tan útil como dicen, y si nuestra naturaleza no tiene necesidad de guardar sus excrementos hasta cierta medida, como el vino ha menester de las heces para su

conservación; frecuentemente vemos a personas sanas acometidas por los vómitos o por los flujos de vientre; por algún accidente extraño se procuran una limpia general sin necesidad alguna precedente ni utilidad consiguiente, y a veces hasta con empeoramiento y menoscabo.

Antaño aprendí en el gran Platón que de las tres suertes de movimientos que nos son inherentes, el último y el peor de todos es el de la purgación; y que ningún hombre, como no sea loco de remate, debe echar mano de ella si no se reconoce empujado por la necesidad más extrema. Con ella se va revolviendo y despertando el mal por oposiciones contrarias; precisa que sea la manera de vivir lo que dulcemente ponga en vías de languidecimiento y reconduzca a su fin; los violentos arponazos entre la droga que se aplica y el mal que se combate redundan siempre en nuestro daño, puesto que la querella se dilucida dentro de nosotros y la medicina es un socorro de poco fiar, por naturaleza enemigo de nuestra salud, y que en nuestra economía no encuentra acceso sino merced al trastorno. Dejemos marchar las cosas sin violentarlas; el orden que auxilia a las pulgas y a los topos, [149] ayuda también a los hombres que tienen paciencia semejante en el dejarse gobernar a la de los topos y las pulgas; inútil es que gritemos; así no hacemos más que enronquecernos sin avanzar un paso, puesto que nos las habemos con un orden indomable y soberbio. Nuestro temor y nuestra desesperación le contrarían, retardando nuestro alivio en vez de convidarlo; al mal debe su curso como a la salud; dejarse corromper en provecho del uno y perjudicando los derechos de la otra, el orden no lo consentirá sin lanzarse derecho al desorden. ¡Sigámosle por lo más santo! Vayamos con él de la mano: él conduce a los que lo acompañan, y a los que le abandonan los arrastra y trueca en hidrófobos y a su medicina con ellos. Purgad mejor vuestro cerebro; así ganaréis más que purgando vuestro vientre.

Preguntado un lacedemonio por la causa de su larga y saludable vida respondió que obedecía a «la ignorancia de la medicina»; y Adriano el emperador, ya moribundo, gritaba sin cesar «que la tiranía de los médicos le había matado» Un luchador detestable se hizo médico, y Diógenes le dijo: «Ánimo, amigo, hiciste bien, ahora echarás por tierra a los que antaño te derribaron.» Pero los galenos, según Nicocles, tienen la buena estrella «de que el sol alumbró sus bienandanzas y la tierra ocultó sus delitos.» Y a más de esto hallan a la mano una ventajosísima manera de que en su provecho recaigan los acontecimientos todos, pues aquello que, merced el acaso, a la naturaleza o a cualquiera otra causa extraña (y todas consideradas son infinitas), ocasiona en nosotros efecto saludable y bueno, lo achacan a privilegio de la medicina y a ella se lo atribuyen. Todos los resultados felices que llegan al paciente permaneciendo bajo su régimen, de la medicina los alcanza. Las ocasiones en que yo me vi curado y en que mil otros se vieron sanados sin recurrir a los médicos ni a sus socorros las usurpan éstos en su provecho; y en cuanto a los desdichados accidentes, ¿rechazan la responsabilidad por completo echando la culpa al paciente con el arrimo de razones tan vanas como éstas, que jamás dejan de encontrar en buen número: «Sacó los brazos de la cama; oyó el ruido de un coche,

Rhedarum transitus areto
vicorum in flexu;

entreabrieron la ventana, se acostó del lado izquierdo, o sin duda pasó por su cabeza alguna penosa idea. (En, suma, una palabra, una soñación, una ojeada les bastan como excusa para

descargo de sus culpas.) O si les viene en ganas, se sirven del empeoramiento para salir ilesos por otro procedimiento que jamás les falla, y es el convencernos, [150] cuando la enfermedad se encuentra aguzada por los remedios que aplican, de la seguridad de que nuestro estado sería aun más desastroso sin sus remedios: aquel a quien lanzaron del escalofrío a las tercianas hubiera, según ellos, padecido la fiebre crónica. En verdad obran cuerdamente al requerir del enfermo una creencia que les sea enteramente favorable; preciso es que sea de esa índole, y bien elástica además, para aplicarla a las especies tan difíciles de tragar. Platón decía, con razón sobrada, que sólo a los médicos pertenecía el mentir con libertad completa, puesto que nuestra salud depende de la vanidad y falsedad de sus promesas. Esopo, autor de excelencia rarísima, de quien pocas gentes descubren todas las gracias, nos representa ingeniosamente la autoridad tiránica que los médicos usurpan sobre esas pobres almas débiles y abatidas por el temor y el mal, pues refiere que un enfermo, interrogado por el que le asistía acerca del efecto que experimentaba con los medicamentos que le suministrara, contestó: «He sudado mucho. -Eso es bueno», repuso el médico. Otra vez preguntole cómo lo había ido después: «He sentido un frío intenso, respondió el paciente, y he rehilado mucho. -Eso es bueno», añadió el médico. Y como uno de sus domésticos se inquiriera de su situación; «En verdad, amigo, respondió, a fuerza de bienestar me voy muriendo.»

En Egipto había una ley equitativa según la cual el facultativo tomaba al paciente a su cargo durante los tres días primeros del mal a riesgo y fortuna del segundo, mas pasado ese tiempo la cosa corría a cargo del médico; y en verdad que el proceder era justo, pues ¿qué razón hay para que Esculapio, patrón de nuestros hombres, fuera castigado por haber convertido a Hipólito de la muerte a la vida:

Nam Pater omnipotens, aliquem indignatus ab umbris
mortalem infernis ad lumina surgere vitae,
ipse repertorem medicinae talis, et artis,
fulmine Phaebigenam Stygias detrusit ad undas;

y sus sucesores sean absueltos enviando a tantas almas de la vida a la muerte? Un médico alababa a Nicocles el arte que ejercía como cosa de autoridad preeminente: «En verdad opino como tú, repuso Nicocles, puesto que con impunidad completa puede matar a tantas gentes».

Por lo demás, si yo hubiera pertenecido a esa camada habría convertido mi disciplina en más sagrada y misteriosa; si bien empezaron a maravilla, no siguieron luego el mismo camino. Excelente comenzar era el hacer a los [151] dioses y a los demonios autores de su ciencia, y el haber adoptado un lenguaje aparte y una escritura aparte, a pesar de que la filosofía declara locura el adoctrinar a un hombre para su provecho por manera ininteligible. Ut si quis medicus imperet, ut sumat

Terrigenam, herbigradam, domiportam, sanguine cassam.

Buen precepto de la ciencia de curar es el que acompaña a todas las artes fantásticas, vanas y sobrenaturales; reza ésta la necesidad de que la fe del paciente aguarde con esperanza dichosa y seguridad cabal el efecto de la operación. Esta regla la llevan a una extremidad

tal, que para ellos el médico más ignorante y grosero es más adecuado para quien confía en él que el más experimentado y diestro. La elección misma de sus drogas es en algún modo misteriosa y como divina; ya prescriben la pata izquierda de una tortuga, la orina del lagarto, el excremento del elefante o el hígado de un topo; ya la sangre extraída del ala derecha de un pichón blanco; y a los que propendemos al cólico (a tal punto abusan en menosprecio de nuestra miseria) nos preceptúan las cagarrutas de ratón pulverizadas y otras ridiculeces, que mas parecen cosas de magia y encantamiento que de ciencia sólida. Dejo a un lado el número impar de sus píldoras; el señalamiento de ciertos días y fiestas del año; la distinción de horas para recoger las hierbas de sus ingredientes, y ese gesto de urañería y prudencia que revisten en porte y continente, el cual ya Plinio ridiculiza. Pero, como dije, no continuaron este hermoso comenzar al no convertir en más religiosas y secretas sus asambleas y consultaciones: ningún profano debía tener en ellas acceso, como no lo alcanza en las reservadas ceremonias de Esculapio; porque acontece con tamaña falta que la irresolución médica, la debilidad de sus argumentos, adivinaciones y fundamentos, la rudeza de sus discusiones impregnadas de odio, envidia y egoísmo, viniendo de todo el mundo a ser descubiertas, es preciso ser ciego de remate para no reconocerse en peligro entre sus manos. ¿Quién vio nunca a un médico servirse de la receta de su compañero sin añadir o quitar alguna cosa? Con esto denuncian de sobre su arte, haciéndonos ver que atienden más a la propia reputación, y por consiguiente a su provecho, que al interés de sus pacientes. Aquel de sus doctores fue más prudente que en lo antiguo les prescribiera que tan sólo uno se las hubiese con un enfermo; pues en este caso, de no hacer nada de provecho, la acusación al arte de la medicina no podrá ser muy grande por la culpa de [152] un hombre solo; por el contrario, la gloria será mayor si la bienandanza corona la obra; mientras que siendo muchos desacreditan constantemente la profesión, con tanta más razón cuanto que mayor es la frecuencia con que practican el mal que con que ejecutan el bien. Debieran resignarse con el perpetuo desacuerdo que se descubre en las opiniones de los principales maestros y autores antiguos que trataron de esta ciencia, el cual sólo es conocido de los hombres versados en los libros, guardándose de hacer patente al vulgo las controversias y veleidades de juicio que perpetuamente encienden y alimentan entre ellos.

¿Queremos mostrar un ejemplo del remoto debate de la medicina? Herófilo coloca en los humores la causa generadora de las enfermedades, Herasistrato en la sangre de las arterias, Asclepiades en los átomos invisibles que penetran en nuestros poros, Alamón en la exuberancia o defecto de fuerzas corporales, Diocles en el desequilibrio de los elementos del cuerpo y en la calidad del aire no respiramos, Estrato en la abundancia, crudeza y corrupción del alimento que nos sustenta, e Hipócrates supone que los espíritus son la causa de los males. Hay uno de sus colegas, a quien los médicos conocen mejor que yo, que clama a propósito de tamaña disparidad: «La ciencia más importante que existe para nuestro provecho, o sea aquella cuya misión es nuestra conservación y salud, es por desdicha la más incierta, la más turbia y a la que agitan cambios más grandes.» No corremos grave riesgo al engañarnos en punto a la altura del sol, o en echar una fracción de más o de menos en las medidas astronómicas; pero aquí donde todo nuestro ser se pone en juego no es prudente que nos abandonemos a merced de la agitación de tantos vientos contrarios.

Antes de la guerra peloponesiaca no hubo grandes nuevas de esta ciencia. Hipócrates la acreditó, y, cuantos principios éste había sentado, vino Crisipo y los derribó; luego,

Erasistrato, nieto de Aristóteles, desmenuzó cuanto Crisipo había escrito; después de ellos sobrevinieron los empíricos, quienes siguieron un camino enteramente opuesto al seguido por los antiguos en el cultivo de este arte; y citando el crédito de estos últimos empezó a envejecer, Herófilo puso de moda otra suerte de medicina que Asclepiades vino a combatir y a aniquilar a su vez. En su época alcanzaron autoridad las opiniones de Temison, y después las de Musa, y todavía posteriormente las de Victio Valens, médico famoso por el trato íntimo que mantuvo con Mesalina. El cetro de la medicina fue a parar en tiempo de Nerón a manos de Tesalo, el cual abolió y condenó cuanto había hasta él estado vigente; la doctrina de éste fue abatida por Crinas de Marsella, quien nos trajo como novedades el apañar [153] todas las operaciones médicas conforme a las efemérides y movimientos de los astros; comer, beber y dormir a la hora que pluguiera a la luna y a Mercurio. Su autoridad fue muy poco tiempo después suplantada por Carino, médico de la misma ciudad de Marsella, quien combatió no sólo la antigua medicina sino también el uso público de los baños calientes, de tantos siglos antes acostumbrado. Este galeno hacía bañar a los hombres en agua fría hasta en invierno, zambullía a los enfermos en la corriente de los arroyos. Hasta la época de Plinio ningún romano se había dignado ejercer la medicina; practicábanla los griegos y los extranjeros, como entre nosotros la ejercen los latinajistas; pues, como dice un médico competentísimo, no aceptamos de buen grado el remedio que entendemos, como tampoco la droga que cogemos con nuestras manos. Si los países que nos procuran el guayacán, la zarzaparrilla y el árbol de la quina tienen sus médicos correspondientes, merced al crédito que entre éstos goza lo extraño, lo singular y lo caro, ¿cuánto no encomiarán nuestras coles y nuestro perejil? En efecto, ¿quién osara menospreciar las cosas tan lejos buscadas, al través de los azares de una peregrinación tan dilatada y peligrosa? Después de estas antiguas mutaciones de la medicina, hubo infinitas otras hasta nuestros días, y ordinariamente transformaciones completas y universales, como son las acontecidas en nuestro tiempo con Paracelso, Fioravanti y Argenterio: pues no solamente cambian un principio, sino que, según me informan, vuelven del revés todo el contexto y ensambladura de la medicina, acusando de ignorancia y engaño a los que la profesaron hasta ellos. Con lo cual puede formarse idea de la suerte que corre el desdichado paciente.

Si a lo menos estuviéramos seguros de que al engañarse no perdemos si no salimos gananciosos, obtendríamos con ello una compensación muy razonable exponiéndonos a alcanzar el bien sin abocarnos a las pérdidas. Esopo relata el cuento siguiente de un individuo que compró un esclavo: como supusiera que el color le había sobrevenido por accidente y perversos tratamientos de su primer amo, hízole medicinar con muchos baños y brebajes, con exquisito esmero, y aconteció que el esclavo no cambió en modo alguno su color obscuro, perdiendo por completo la salud de que antes disfrutara. ¿Cuántas veces no nos ocurre ver a los médicos imputarse los unos a los otros la muerte de sus pacientes? Me acuerdo ahora de una enfermedad epidémica que reinó en los pueblos de mi vecindad hace algunos años, mortal y peligrosísima; una vez la avalancha pasada (había arrastrado tras sí infinito número de vidas), uno de los médicos más renombrados de la localidad publicó un libro tocante a la materia, en el cual se consignaba que para combatir el mal se había empleado la sangría, y que esto [154] había sido una de las causas principales del daño sobrevenido. Con fundamento mayor los autores sostienen que no hay medicina que no tenga alguna parte dañosa; y si aun aquellas mismas que nos benefician nos perjudican en algún modo, ¿qué no harán las que se nos aplican de todo en todo fuera de propósito? Por mi parte, y ya que no otra cosa, considero que para aquellos que detestan el sabor de las

drogas debe constituir un esfuerzo peligroso y perjudicial el tragarlas a una hora tan incómoda y con tanta repugnancia; y creo que esto expone inminentemente al enfermo en los momentos en que tanto ha menester de reposo; de considerar además las ocasiones en que ordinariamente fundan las causas de nuestras dolencias, se ve que aquéllas son tan ligeras y delicadas, que de ello puede argumentarse que un error baladí en la administración de sus potingues puede acarreamos un mal incalculable.

Ahora bien; si el error del médico es dañoso, nos irá rematadamente mal, pues es muy difícil que no caiga en él de nuevo frecuentemente. Tiene éste necesidad de desmontar demasiadas piezas, consideraciones y circunstancias para marcar justamente sus designios; le precisa conocer la complejión del enfermo, su temperatura, sus humores e inclinaciones, sus actos, sus pensamientos mismos y fantasías; es necesario, además, que sepa darse cuenta de las circunstancias externas, de la naturaleza del lugar, condición del aire y del tiempo, posición de los planetas y su influencia; que conozca, en la enfermedad que tiene entre manos, las causas, signos, afecciones y días críticos; de la droga: el peso, la fuerza, el país de donde procede, la figura, el tiempo y la manera de suministrarla. Menester es que todos estos puntos sepa proporcionarlos y referirlos unos a otros, para de este modo engendrar una cabal simetría, la cual no alcanza, por escasa que sea la falta; si entre tantos resortes uno solo se desvía, basta y sobra para perdernos. Dios sabe de cuánta dificultad sea la penetración de casi todas estas partes, pues, por ejemplo, ¿cómo echará de ver la señal propia de la enfermedad, cada una de éstas siendo capaz de un número tan grande de signos? ¿Cuántos debates y dudas no sostienen y albergan los médicos en punto a la interpretación de la orina? Si así no fuera, ¿cuál sería el origen de ese continuo altercado que vemos entre ellos sobre el conocimiento del mal? ¿Cómo excusaríamos ese error en que caen con tanta frecuencia, de confundir la marta con el zorro? En los males que yo he sufrido, por pequeña que haya sido su aplicación, nunca encontré tres que estuvieran de acuerdo, y señalo más particularmente los ejemplos que me incumben. Últimamente en París, un caballero sufrió la operación de la talla aconsejado por los médicos, al cual no se encontró piedra ninguna ni en la vejiga ni en la mano: en París también un [155] obispo, a quien yo tenía por grande amigo, fue solicitado por la mayor parte de los médicos, a quienes pidió consejo para que se prestase a la misma operación; yo también, por impulso ajeno, ayudé a ello con mis persuasiones, y cuando murió y le abrieron encontré que su mal residía en los riñones. Menos disculpables son al engañarse en esta enfermedad, por cuanto que es palpable hasta cierto punto. Por donde la cirugía me parece de certeza mucho mayor, en atención a que maneja y ve lo que ejecuta; hay en ella menos que conjeturar y menos que adivinar: en la medicina, los médicos carecían de speculum matricis que les descubra nuestro cerebro, nuestro pulmón y nuestro hígado.

Las promesas mismas de la medicina son increíbles, pues habiendo de proveer a accidentes diversos y contrarios, que frecuentemente nos acosan juntos y que guardan una relación casi necesaria, como el calor del hígado y la frialdad del estómago, los médicos tratan de persuadirnos de que con sus menjurjes uno calentará el estómago, mientras el otro refrescará el hígado; uno tiene a su cargo ir derecho a los riñones, o a la vejiga, sin extenderse por otra parte, y conservando su fuerza y su virtud en este largo camino lleno de sinuosidades hasta el lugar a cuyo servicio se destina, por su propiedad oculta; el otro secará el cerebro, éste humedecerá el pulmón. De todo ese montón elaborados una mixtura y un brebaje, ¿no es una especie de ensueño el confiar que estas virtudes vayan

dividiéndose y seleccionándose en medio de semejante confusión y mezcla, para proveer a cargas tan diversa? Yo temería infinitamente que perdieran o cambiaran sus direcciones, y que alborotaran el barrio. ¿Y por qué no imaginar en medio de tal confusión de elementos que las propiedades de estos no se corrompan, confundan y alteren los unos a los otros? ¿Y qué decir si la ejecución de esta ordenanza depende de otro encargado, a cuya fe y merced abandonamos una vez más nuestra vida?

Así como tenemos coleteros y calzoneros para vestirnos, y somos tanto mejor servidos cuanto que cada cual se ocupa solamente de su oficio, y su ciencia es más restringida y limitada que la del sastre, el cual todas las prendas abraza; y como en materia de alimentos los grandes para comodidad mayor tienen despensas, y en unas ponen las verduras y los asados en otras, de los cuales un cocinero que se ocupara de todo no podría delicadamente salir del paso, así los egipcios en punto al arte de curar tuvieron razón al desechar el general oficio de médico y al cortar esta profesión: a cada enfermedad, a cada parte del cuerpo asignaron en su obrero correspondiente, pues así cada una de ellas se veía más propia y menos confusamente tratada por no considerarse sino ella sola especialmente. Los nuestros no echan de ver que quien provee a todo no provee a nada, [156] que la total organización de este mundo les es indigesta. Por temor de detener el curso de una disentería, a causa de la fiebre que hubiera sobrevenido, no mataron a un amigo que valía más que todos juntos, tantos como son. Amontonan sus adivinaciones en oposición con los males presentes, y por no curar el cerebro a expensas del estómago perjudican el estómago y empeoran el cerebro con sus drogas tumultuorias y contradictorias.

En cuanto a la variedad y debilidad de las razones de este arte, las de ningún otro son más palmarias; veamos, si no, una muestra. Las cosas aperitivas son útiles a un hombre sujeto al cólico porque abren los conductos y los dilatan, y encaminan la materia viscosa de que se forman la grava y la piedra conduciendo hacia abajo lo que comienza a amasarse y a endurecerse en los riñones: las cosas aperitivas son nocivas a un hombre sujeto al cólico porque abriendo los conductos y dilatándolos encaminan hacia los riñones las materias propias a formar la piedra, las cuales juntándose fácilmente por serles habitual esta propensión, es difícil que no amontonen mucho de lo que se haya acarreado; mayormente, si por casualidad se encuentra algún cuerpo algo más grueso de lo necesario para atravesar todos los estrechos que quedan por franquear para salir al exterior, este cuerpo puesto en movimiento por las substancias aperitivas y lanzado en conductos estrechos, si llega a taparlos encaminará al enfermo a una muerte dolorosísima. Es conveniente hacer aguas con frecuencia, puesto que la experiencia nos muestra que dejándolas estancar procuráramos el tiempo preciso para que se descarguen de la parte sólida disuelta y demás sedimentos que servirán de materiales para formar la piedra en la vejiga: es bueno no hacer aguas con frecuencia, porque los pesados sedimentos que éstas arrastran consigo no los llevarán si no hay violencia en la operación, como la experiencia nos enseña: así un torrente que rueda con impetuosidad barre con mayor limpieza el lugar por donde pasa que no el curso de un arroyuelo blando y tardo. Análogamente, es bueno tener comercio frecuente con mujeres, porque así abren los conductos, dando suelta a la grava y a la arena; es también nocivo, porque irrita los riñones, los cansa y debilita. Es bueno bañarse en agua caliente, porque así se aflojan y reblandecen los lugares en que se estancan la arena y la piedra; malo también es, porque esta aplicación del calor externo cuece los riñones, endureciendo y fortificando la materia, que para ello interiormente está dispuesta. A los que están en balnearios es

saludable comer poco por la noche a fin de que el brebaje de las aguas que tienen que tomar al siguiente día por la mañana haga mejor su operación encontrando el estómago vacío y no imposibilitado; por el contrario, es mejor comer poco a medio [157] día a fin de no trastornar los efectos del agua, que no llegaron todavía a ser perfectos, no cargando el estómago tan de repente con otra labor que efectuar, y dejando así la tarea de digerir para la noche, que la práctica mejor que no el día, en que el cuerpo y el espíritu están en perpetuo movimiento y acción. He aquí cómo van burlándose y divirtiéndose a nuestras expensas en todos sus discursos, y no acertarían a presentarme una proposición la cual yo no rebatiera con otra contraria de fuerza parecida. Que no lo alboroten, pues, en medio de barahúnda semejante contra los que mansamente se dejan guiar por el propio instinto y consejo de la naturaleza, echándose en brazos de la común fortuna.

Con ocasión de mis viajes he visitado casi todos los balnearios famosos de la cristiandad, y hace algunos años comencé de ellos a servirme, pues en general considero el remojarse como saludable, y creo que corremos incomodidades no ligeras en nuestra salud por haber perdido esta costumbre, que fue generalmente observada en los tiempos pasados en casi todas las naciones, y lo es todavía en muchas de lavarse el cuerpo todos los días; no puedo yo imaginar que no valgamos mucho menos teniendo así nuestros miembros como los crustáceos y nuestros poros cubiertos de grasa. Por lo que toca a tomar aguas, la casualidad hizo que esto no fuera en modo alguno enemigo de mi gusto; en segundo lugar es cosa sencilla y natural, que a lo menos no perjudica si no ocasiona buenos resultados, de lo cual es prueba la multitud de pueblos de todas suertes y complexiones que en los baños se congregan; aunque yo no haya advertido con el agua ningún efecto extraordinario y milagroso, informándome con mayor atención de la que comúnmente se pone en estas cosas, he reconocido como mal fundados y falsos todos los rumores de tales operaciones como se esparcen por estos lugares y a que se da crédito (así el mundo va engañándose fácilmente con lo que desea); apenas si he visto ninguna persona a quien las aguas hayan empeorado, y sin malicia no puede negarse que despiertan el apetito, facilitan la digestión y nos prestan algún nuevo contentamiento, si a ellas no se va con las fuerzas demasiado abatidas, lo cual yo a nadie aconsejo; las aguas son impotentes para enderezar una pesada ruina; pueden sí servir de apoyo a una inclinación ligera o remediar la amenaza de algún trastorno. Quien no lleva suficientes ánimos para poder gozar el placer de las compañías que allí se encuentran y de los paseos y ejercicios a que nos convida la hermosura de los lugares en que comúnmente están situadas, pierde sin duda la mejor parte y la más segura del efecto de las mismas. Por esta causa yo procuré hasta hoy detenerme y servirme de aquellas en que la amenidad del lugar es mayor, la comodidad de alojamiento, la diversidad [158] de víveres y la excelencia de compañía, como son en Francia los baños de Bañeras, en la frontera de Alemania y de Lorena los de Plombiers, en Suiza los de Baden, en Toscana los de Luca, especialmente los llamados della Villa, que son los que yo he visitado con mayor frecuencia en diversas épocas.

Cada nación profesa opiniones particulares en punto a su uso y tiene modos y formas de servirse de ellos completamente diversos; a lo que yo entiendo, los efectos son casi idénticos: el beber no es en manera alguna recibido en Alemania; allí se bañan para curar todas las enfermedades y permanecen en el agua como las ranas, de sol a sol; en Italia, cuando beben nueve días se remojan treinta por lo menos, y comúnmente toman el agua mezclada con otras drogas para que ayuden mejor a la operación. En unos sitios se nos

ordena, el paseo para dirigirla, en otros el permanecer en el lecho donde la tomamos hasta desalojarla, teniendo bien abrigados el vientre y los pies. Como los alemanes tienen por costumbre peculiar, el aplicarse ventosas en el baño, así los italianos usan las doccie, que son ciertas goteras de agua caliente conducida por caños, y se riegan una hora por la mañana y otro tanto a medio día, por espacio de un mes, el pecho, la cabeza o la parte del cuerpo que de ello ha menester. En cada localidad hay multitud de particularidades en la manera de servirse del mejor decir, casi ninguna semejanza existe de unos a otros lugares. He aquí con o esta parte de la medicina, la única con que haya yo transigido, aun cuando sea la menos artificial, incluyo también una parte no pequeña de la incertidumbre y confusión que por doquiera se ven en el arte de curar.

Los poetas expresan cuanto les pasa por las mientes con gracia y énfasis mayores que los demás mortales; ejemplo este epigrama:

Alcon hesterno signum Jovis attigit: ille,
quamvis marmoreus, vim patitur medici.
Ecce bodic, jussus transferri ex aede vetusta,
effertur, quamvis sit deus atque lapis:

este otro:

Lotus nobiscum est, hilaris coenavit, et idem
invertus mane est mortuus Andragoras.
Tam subitae mortis causam, Faustine, requiris?
in somnis rnedicum viderat Hermecratem:

a propósito de los cuales quiero ingerir aquí dos cuentos. [159]

El barón de Caupene de Chalosse y yo tenemos en común el derecho de patronato sobre un beneficio de extensión dilatada, al pie de nuestras montañas, que se llama Lahontan. Ocurrió con los habitantes de este rincón lo que se refiere de los del valle de Angrougne: llevaban una vida aparte; sus maneras, vestidos y costumbres les eran peculiares; vivían regidos y gobernados por ciertas leyes y reglamentos particulares, recibidos de padres a hijos, a los cuales se sometían sin más sujeción que la reverencia emanada del uso. Este pequeño Estado vivió una existencia tan dichosa, desde tiempos remotísimos que ningún juez vecino había tenido jamás necesidad de inmiscuirse en sus negocios; ningún abogado se empleó en iluminarlos con sus consejos, ni extranjero fue llamado para nunca extinguir sus querellas, y tampoco se vio vecino que para subsistir tuviera que pedir limosna: todos huían la alianza y comercio con el resto del mundo, a fin de no adulterar la pureza de su gobierno, hasta que un día aconteció, como refieren por el testimonio de sus padres, que uno de ellos sintiéndose con el alma espoleada por una noble ambición, ideó, para que su nombre alcanzara reputación y crédito, hacer de uno de sus hijos el señor Juan o el señor Pedro; y como le enviara para que se instruyese y aprendiera a escribir a una ciudad vecina, convirtióle al fin en un cumplido notario de aldea. Este joven, llegado a su mayoría de edad, comenzó a menospreciar los antiguos usos y costumbres de su pueblo y a ingerir en la cabeza de sus vecinos la pompa reinante en las regiones de por acá; al primero de sus compadres a quien descornaran una cara, aconsejole pedir razón del desmán a los jueces

reales de alrededor, y de éste a otro, hasta que acabó por bastardearlo todo. Como consecuencia de tanta corrupción cuentan que al punto sobrevino otra de peores consecuencias, ocasionada por un médico a quien se le ocurrió la idea de casarse con una joven del lugar y avecindarse en él. Este físico comenzó por enseñarles primeramente el nombre de las diversas fiebres, el de los reumas y el de las apostemas; la situación del corazón, la del hígado y la de los intestinos, que era una ciencia hasta entonces para ellos desconocida hasta en lo más remoto; y en lugar de los ajos, con lo cual estaban enseñados a expulsar toda suerte de males, por extremos y rudos que fueran, acostumbros, para una tos o un constipado, a tomar mixturas extrañas, empezando con esto a hacer tráfico no sólo de la salud de sus vecinos, sino también de su vida misma. Juran éstos que sólo desde entonces advierten que el sereno les ataca a la cabeza; que el beber acalorados es nocivo; que los vientos de otoño son más perjudiciales que los de primavera; que después del empleo de la medicina se encuentran molestados por una legión de males desacostumbrados, [160] y que advierten un general decaimiento de su antiguo vigor, al par que sus vidas se redujeron a la mitad en punto a duración. Tal es el primero de mis cuentos.

He aquí el otro. Antes de mi sujeción al mal de piedra, como llegara a mi conocimiento por intermedio de muchas personas que la sangre del cabrón era un remedio infalible y como celestial que se nos enviara en estos últimos siglos para la tutela y conservación de la vida humana, y como oyera hablar en este sentido a personas de mucho seso considerando aquélla como una droga admirable de milagrosos resultados, yo que siempre tuve fija en ni mente la exposición de todos los accidentes a que cualquier hombre puede estar abocado, tuve gusto en plena salud de procurarme este milagro, y ordené que en mi casa nutrieran un macho cabrío conforme a un régimen particular, pues es preciso recoger el animal en los meses más calurosos del estío y no darle de comer sino hierbas apetitosas y de beber sólo vino blanco. Por casualidad me dirigí a mi casa el día en que el animal debía ser matado, y me vinieron a decir que, el cocinero encontró en la panza de aquél dos o tres bolas gruesas que se entrechocaban unas con otras entre el condumio; hice por curiosidad que trajeran todo el bandullo en mi presencia y mandé que abrieran la piel del animal, gruesa y ancha, del interior de la cual salieron tres abultados cuerpos, ligeros como esponjas, de tal suerte que parecían huecos, duros, sin embargo, en la superficie, de contextura resistente y abigarrados de varios colores poco intensos; uno de ellos, perfecto en redondez, tenía, el tamaño de una bola pequeña; los otros dos, un poco más chicos, eran de redondez imperfecta, pero semejaban ir camino de ella. Informándome de personas acostumbradas a destripar estos animales tuve noticia de que se trataba de un caso inusitado y singular, y es muy verosímil que esas piedras fueran hermanas de las que en nosotros se forman. Caso de que así sea en efecto, considérese la vanidad de la esperanza de los sujetos al mal de piedra al pretender alcanzar la curación con la sangre de esos animales no menos sujetos a concluir de un modo parecido, pues sostener que la sangre no participa del contagio y que no se adultera su virtud acostumbrada es de todo punto inverosímil; más bien debemos creer que no se engendra nada en un cuerpo sino por la conspiración y comunicación de todas las partes del mismo: obra la masa toda entera aun cuando una parte contribuya más que otra según la diversidad de las operaciones, por donde habría verosimilitud grande de que en todas las partes de ese cabrón existiese alguna cualidad petrificante. No tanto por temor de lo venidero ni por mi propia persona tenía yo interés en esta experiencia, sino porque ordinariamente ocurre en mi casa y en muchas otras que las mujeres amontonan

[161] tales menudas drogas para socorrer al pueblo, empleando remedios que ellas no adoptan para sí; sin embargo, suelen a veces obtener buenos resultados.

Por lo demás yo honro a los médicos, no conforme al sentir común, o sea por la necesidad (pues a este pasaje se opone otro del profeta que reprende al rey Asa por haberse puesto en manos de un médico), sino por el amor que les profeso en atención a que entre ellos conocí muchos dignos varones merecedores de ser amados. Ellos no me inspiran mala voluntad, sino su arte; y no los censuro grandemente porque conviertan en provecho nuestra torpeza, pues casi todo el mundo hace lo propio; muchas profesiones menores y otras más dignas que la de ellos no tienen otro fundamento ni apoyo que los públicos abusos. Cuando estoy enfermo los llamo a mi compañía; si los encuentro cerca de mí les hablo de mis males, y como los demás los pago. Autorízolos para que me ordenen abrigarme continuamente, si así lo deseo, mejor que de otra suerte; pueden también escoger entre los puerros y las lechugas para preparar el caldo que haya de tomar, u ordenarme el vino blanco o el clarete; y así por el estilo entre todas las demás cosas que son indiferentes a mi apetito y hábitos. Bien se me alcanza que concesiones tales nada significan para ellos, puesto que la agriura y la extrañeza son los accidentes que constituyen la esencia de la medicina. ¿Por qué Licurgo ordenaba el vino a los esparciatas enfermos? Porque detestaban su uso cuando estaban sanos. Hacía lo propio que un gentilhomme, vecino mío, el cual se sirve del vino para remedio de sus liebres como de droga muy salutífera, porque por naturaleza odia mortalmente sentirla en su paladar. ¿Cuántísimos médicos no vemos de humor idéntico al mío, que menosprecian la medicina para su servicio y adoptan una forma libre de vida, contraria en todo a la que recomiendan a los demás? ¿Y qué significa esto si no es un escandaloso abuso de nuestra simplicidad? Pues no profesan a su vida y salud menos afección que los demás mortales, y acomodarían los efectos a su doctrina si ellos mismos no conocieran la falsedad de ésta.

El temor de la muerte y del dolor, la impaciencia con que éste se soporta y la sed indiscreta de curación son las cosas que así nos ciegan; en suma, la cobardía es lo que convierte nuestra creencia en tan blanda y maleable. La mayor parte de los enfermos, sin embargo, no creen tanto como sufren y se ponen a la merced del médico, pues yo los oigo lamentarse y hablar como nosotros, y a la postre sin poder contenerse, exclaman: «¿Qué haré yo pues?» Como si la impaciencia fuera de suyo un remedio mejor que la paciencia. ¿Hay alguno entre los que se entregan a esa miserable esclavitud que no se rinda igualmente ante toda suerte de imposturas y no se ponga a la merced de [162] quienquiera que tenga el descaro de prometerle segura curación? Los babilonios llevaban sus enfermos a la plaza pública; el médico era el pueblo: todos los pasajeros, por humanidad y civilidad se informaban del estado de aquéllos, y según la experiencia de cada uno dábanlos algún aviso saludable. Apenas si nosotros hacemos cosa distinta, no hay mujerzuela de quien no empleemos la charla y ordenanzas, y, a mi ver, si yo hubiera de aceptar algunas, de mejor grado acogería esta medicina que ninguna otra, puesto que al menos con ella no hay ningún mal que temer. Lo que Homero y Platón decían de los egipcios, o sea que entre ellos todos eran médicos, debe decirse igualmente de todos los pueblos: no hay persona que no se alabe de poseer el secreto de alguna receta y que no la experimente en su vecino, si éste quiere creerla. Hallándome días pasados en una reunión donde no sé quién llevó la nueva de una suerte de píldoras elaboradas con la friolera de ciento y tantos ingredientes, panacea maravillosa, la cosa dio lugar ir una fiesta y consolación singulares, pues en verdad, ¿qué

parapeto bastaría a sostener el esfuerzo de una tan nutrida batería? Después oí de los mismos que la ensayaron que ni las más insignificante piedrecilla se dignó moverse de su lugar.

No puedo desprenderme de este papel sin escribir todavía una palabra de lo que los médicos nos dan como seguridad en la certeza de sus tropas, que es la experiencia del mayor número; yo creo que más de las dos terceras partes de las virtudes medicinales radican en la quinta esencia o propiedad oculta de los simples, de la cual no podemos alcanzar instrucción distinta a la que el uso nos procura, pues quinta esencia no es, otra cosa que una cualidad, de la cual mediante nuestra razón no podemos hallar la causa. En semejantes pruebas, cuando se me dice haber sido adquiridas por inspiración de algún espíritu acójolas con contentamiento (pues, en cuanto a los milagros se refiere, ni a tocarlos siquiera me determino jamás); e igualmente las que se sacan de las cosas que por consideraciones de otro orden caen frecuentemente en nuestro uso, como si en la lana con que nos guardamos del frío se encontró por casualidad alguna oculta propiedad desecativa que curara los sabañones de los pies, o si en el rábano picante que comemos se halló algún efecto aperitivo. Cirenta Galeno que aconteció a un leproso recibir la salud mediante el vino que bebía, porque el acaso hizo que una culebra se deslizará en la vasija. En este ejemplo encontramos el medio de un procedimiento adecuado a aquella experiencia, como también en aquellos otros a que los médicos dicen haber sido encaminados por la observación de algunos animales; mas casi todas las otras a que el acaso los condujo, y en que confiesan no haber tenido otro guía que el azar, encuentro inaceptable semejante procedimiento. [163] Yo imagino al hombre mirando en su derredor el número infinito de las cosas creadas: animales, plantas y metales, y no se por dónde hacerle comenzar su ensayo; y en caso de que su inclinación primera le lance desde luego sobre el cuerno de ciervo, para lo cual necesario es presuponer una facilidad en el creer llena de blandura, encuéntrase aún imposibilitado en su segunda operación; tantas enfermedades acometen al hombre, y tantas circunstancias precisan para la acertada aplicación de los remedios que, antes de que el médico sea llegado al punto de la certitud en su experiencia, el juicio humano pierde los estribos: antes de que haya descubierto entre la infinidad de cosas lo que es un cuerno, y entre la variedad de enfermedades, complexiones, naciones, edades, mutaciones celestes, partes de nuestro organismo, a todo esto no siendo guiado por argumentaciones ni conjeturas, por ejemplo, ni por inspiración divina, sino exclusivamente por fortuito movimiento, cuando precizaría que fuese una operación perfectamente medida, ordenada y metódica. Además, aun cuando la curación en estas circunstancias fuese realizada, ¿cómo puede asegurarse el médico de que la causa no fue debida a que el mal era ya llegado a su período de saneamiento, o también a un efecto del acaso, o al efecto de alguna otra cosa que el enfermo hubiera comido o bebido, o tocado el día de su medicación, o al fruto de los rezos de su abuela? A mayor abundamiento, aun suponiendo que esa prueba haya sido perfectamente demostrada, ¿cuántas veces se ve repetida? Y esa larga hilera de casualidades y casos ¿es bastante para dejar sentada una regla general? y aun cuando por la regla se concluya ¿quién es el que la fundamenta? Entre tantos y tantos millones, sólo tres hombres hay que se ocupen de registrar sus experiencias: ¿acaso la suerte habrá hecho que se encuentre precisamente uno de ellos? ¿Pero y si otro y cien otros hicieron experiencias opuestas? Acaso nos fuera dable ver alguna luz si nos fuesen conocidos todos los juicios y razonamientos de los hombres; pero eso de que tres testigos y tres doctores regenten el género humano, es locura singular; precizaría para ello que el

universo mundo los hubiera elegido, y que fueran declarados nuestros síndicos por poder expreso.

A LA SEÑORA DE DURAS

«Señora: en vuestra última visita me encontrasteis en este lugar de mis devaneos. Porque puede suceder que estas bagatelas caigan algún día en esas manos, quiero que [164] ellas, testimonien que su autor se siente muy honrado del favor que las dispensaréis. Hallaréis en ellas el mismo porte que habéis visto en la conversación del nombre que las trazó. Aun cuando me hubiera sido dable adoptar alguna otra manera distinta de la mía habitual y alguna otra forma más elevada y mejor, yo no la hubiese acogido, pues a ningún otro fin van encaminados mis escritos sino a que vuestra memoria pueda al natural representarse mi imagen. Esas mismas condiciones y facultades que practicasteis y acogisteis, señora, con mucho mayor honor y cortesía del que merecen, quiero acomodarlas, mas sin alteraciones ni cambios, en un cuerpo sólido que pueda durar algunos años, o algunos días, después de mi muerte, donde, podáis encontrarlas cuando os plazca refrescar vuestra memoria, sin que os molestéis buscando recuerdos, pues no valen éstos la pena de tal trabajo; mi deseo es que prolonguéis en mí el favor de vuestra amistad por las cualidades que la originaron.

»Yo no busco en manera alguna que se me ame ni se me estime mejor, cuando muerto que en vida. El humor de Tiberio es ridículo, y común, sin embargo, porque cuidaba más de extender su nombradía en lo venidero de lo que procuraba hacerse estimable y grato a los hombres de su tiempo. Si fuera yo de aquellos a quienes el mundo puede, andando los años, deber alabanza, perdonaría la mitad con tal que me la pagara por anticipado; que aquélla se apresurase y amontonase en torno mío, más espesa que dilatada, más plena que perdurable, y que con mi conocimiento se disipara de raíz cuando su dulce son mis oídos ya no adviertan. Torpe cosa sería el ir, a la edad en que yo me encuentro, presto ya a abandonar el comercio de los hombres, mostrándome a ellos para buscar una recomendación nueva. Yo no hago mérito alguno de los beneficios que no haya podido emplear al servicio de mi vida. Como quiera que yo sea, quiero serlo en otra parte y no en el papel; mi arte y mi industria fueron empleados en hacerme valer a mí mismo; mis estudios, a enseñarme a obrar, no a escribir. Mis esfuerzos todos fueron encaminados a formar mi vida, éste es mi oficio y ésta es mi obra; yo soy menos hacedor de libros que de ninguna otra labor. He deseado capacidad para provecho de mis comodidades presentes y esenciales, no para hacer almacenaje y reserva para mis herederos. A quien el valer adorna que lo muestre en sus costumbres, en su conversación habitual, en sus relaciones amorosas o en sus querellas, en el juego, en el lecho, en la mesa, en el manejo de sus negocios o en la manera de gobernarse. Esos a quienes yo veo componer buenos libros bajo malos gregüescos, debieran haberse provisto de gregüescos antes de seguir mi dictamen: preguntad a un esparciata si prefiere mejor ser buen retórico que buen soldado, [165] no a mí que me inclinaría más a ser cocinero diestro, si no tuviera quien como tal me sirviese. ¡Bien sabe Dios, Señora, que yo detestaría semejante recomendación, de ser hombre hábil por escrito, y hombre baladí o tonto en otros respectos! Prefiero ser ambas cosas aquí y acullá a haber tan mal elegido el empleo de mi valer. Así que, podéis considerar lo distante

que me encuentro de buscar un honor nuevo por medio de estas simplezas, si os digo que me daré por contento con no perder el escaso que haber pueda alcanzado, pues aparte de lo que esta pintura muerta y muda arrebate de mi ser natural, no tiene que ver nada con mi mejor estado, sino con el ya muy decaído de mi primer vigor y lozanía, inclinado ya a lo ajado y rancio: estoy en lo hondo del navío, donde huelen la profundidad y las heces.

» Por lo demás, señora, no hubiera yo osado remover tan sin escrúpulos los misterios de la medicina, en vista del crédito que vos y tantos otros la otorgan, si a ello no me hubiesen empujado los autores mismos que de ella escriben. Creo que entre éstos no hay más que dos latinos: si los leyerais algún día, vierais que hablan con mayor rudeza de la que yo empleo; yo no hago más que pincharla, y ellos la degüellan. Plinio se burla, entre otras cosas, de que al verse los médicos en la extremidad última de sus remedios, recurren a la hermosa derrota de enviar a sus enfermos, a quienes inútilmente agitaron y atormentaron con sus drogas y regímenes, a los unos al cumplimiento de algún milagro y a las aguas calientes a los otros. (No os encolericéis, señora, pues no habla de las de por acá, que pertenecen a los dominios de vuestra casa y son todas gramontesas.) Todavía tienen una tercera suerte de deshacerse de nosotros para alejarnos de su contacto y aligerarse de las censuras que pudiéramos lanzarles por la escasa enmienda que procuraron a nuestros males (que tanto tiempo estuvieron bajo su jurisdicción), cuando ya no les queda artificio ninguno con que conseguir nuestro entretenimiento, y es el enviarnos a buscar la salubridad del aire en alguna otra región. Entiendo que lo dicho es ya bastante, y voy con vuestro consentimiento a seguir el hilo de mi discurso, del cual me había separado para hablar con vosotros.»

Me parece que fue Pericles quien preguntado cómo iba de salud: «Ya podéis verlo», contestó, mostrando los amuletos que llevaba sujetos al cuello y al brazo. Quería con tal respuesta significar que su situación era muy grave, puesto que al extremo era llegado de recurrir a cosas tan inútiles y de haberse dejado equipar de utensilios semejantes. No digo yo que no pudiera algún día ser impelido a la determinación ridícula de poner mi vida y mi salud a la merced y gobierno de los médicos; podré caer en esta flaqueza, no puedo asegurarme de mi firmeza venidera, mas también [166] entonces, si alguien se inquiera de mi estado, podré como Pericles contestar: «Podéis juzgar por esto»), mostrando mi mano cargada de seis dragmas de opiata. Signo evidéntísimo será mi aspecto de enfermedad violenta; tendré mi juicio soberanamente trastornado: si la intranquilidad y el horror ganan la dicha sobre mi individuo, de ello podrá concluirse la fiebre en que mi alma yacerá sumida.

Me tomé el trabajo de pleitear esta causa, que entiendo bastante mal, para apoyar algún tanto y, fortalecer la propensión natural contra las drogas y la práctica de nuestra medicina, que en mí deriva de mis antepasados, a fin de que mi antipatía no fuera solamente ocasionada por una inclinación estúpida y temeraria; para que tuviese algún viso de razonamiento. Así que los que me ven tan firme frente a las exhortaciones y amenazas que se me lanzan cuando las enfermedades me postran no crean que se trata de simple testarudez; que ninguno sea tampoco tan estrafalario que imagine ser el agujijón de gloria lo que me haya impulsado a hilvanar este discurso: ¡torpe sería el deseo de querer alcanzar honra de una acción que me es común con mi muletero y mi mozo de mulas! Declaro que no tengo el corazón tan inflamado ni hinchado de viento para que un placer sólido y carnudo como es la salud fuera yo a trocarlo por un placer imaginario, espiritual y aéreo; la

gloria, hasta la misma que cupo a los cuatro hijos de Aymon se compra sobrado cara para un hombre si va a costarle tres fuertes accesos de cólico. ¡La salud, por Dios, primero y antes que todo! Los que aman nuestra medicina pueden tener en apoyo de su idea sus consideraciones excelentes, grandes y sólidas; yo no odio las fantasías contrarias a las mías: tan lejos estoy de molestarme por la discordancia de mis juicios con los ajenos, ni de incompatibilizar con la sociedad humana por ser de otro sentir y partido distinto del mío, que muy por el contrario (y es a la vez la más común tendencia que la naturaleza haya seguido: la variedad, más en los espíritus que en los cuerpos, porque aquéllos son de substancia más flexible y capaz de formas), hallo mucho más raro ver convenir nuestros humores y designios. Jamás en el mundo existieron dos opiniones iguales como tampoco dos cabellos, ni dos granos iguales. La cualidad más universal de aquéllas es la diversidad. [167]

Libro tercero

Capítulo primero

De lo útil y de lo honroso

Nadie está exento de decir vaciedades; lo desdichado es proferirlas presuntuosamente:

Nae iste magno conatu magnas nugae dixerit.

Esto no va contigo: las mías se me escapan tan al desaire como insignificantes son donde bien las acomoda. Abandonarlas a poca costa, y no las compro ni las vendo sino por lo que pesan y miden. Yo hablo al papel como al primero con quien tropiezo.

¿Para quién no será abominable la perfidia, puesto que Tiberio la rechaza costándole tan caro? Anunciáronle de Alemania que si lo creía bueno le aligerarían de Arminio por medio del veneno; era este guerrero el más poderoso enemigo que los romanos tuvieran, el que tan malamente los tratara bajo Varo, quien solo impedía el crecimiento de la dominación romana en aquellas regiones. El emperador respondió «que su pueblo acostumbraba a vengarse de sus enemigos frente a frente, con las armas en la mano, no por fraude y a escondidas», abandonando así lo útil por lo honroso. Cosa de milagro es ésta en personas de su oficio, mas la confesión de la virtud no dice menos bien en labios del que la odia, puesto que la verdad se la arrancan forzosamente, y, si no quiere recibirla en sí, al menos se cubre con ella.

Llena está de imperfecciones nuestra contextura pública y privada, mas en la naturaleza no hay nada inútil, ni siquiera la inutilidad misma. Nada se ingirió en este universo que no ocupe su lugar oportuno. Nuestro ser está cimentado por cualidades enfermizas: la ambición, los celos, la envidia, la venganza, la superstición y la desesperanza viven tan naturalmente dentro de nosotros que la imagen de tales dolencias se reconoce también en

los animales; hasta la crueldad reside en nosotros, pues dominados por la compasión experimentamos interiormente como una punzada agridulce de voluptuosidad maligna ante los sufrimientos de nuestros semejantes. Los niños también la sienten: [168]

Suave mari magno, turbantibus aequora ventis,
e terra magnum alterius spectare laborem:

Quien de aquellas cualidades arrancara las semillas en el hombre acabaría con las condiciones fundamentales de nuestra vida. De igual suerte hay en toda policía oficios necesarios que son no solamente abyectos sino también viciosos; los vicios ocupan su rango en nuestra naturaleza, y su papel es el enlace de nuestra contextura, como los venenos sirven a la conservación de nuestra salud. Pero si se truecan en excusables, puesto que nos son necesarios y el menester común borra su cualidad genuina, necesario es también abandonar este papel a los ciudadanos más vigorosos y menos pusilánimes, a los que sacrifican su tranquilidad y conciencia a la salvación de su país, como los antiguos sacrificaban su vida. Nosotros, más débiles, desempeñamos un papel más sencillo y menos arriesgado. El bien público requiere que se traicione, que se mienta y que se degüelle: resignemos esta comisión a gentes más obedientes y flexibles.

A la verdad, yo experimenté frecuentes desconsuelos al ver que los jueces atraen al criminal ayudados por el fraude y falsas esperanzas de favor o de perdón para descubrir su delito, empleando el engaño y la impudicia. Bien serviría a la justicia y a Platón también quien favoreciera la costumbre de procurar otros medios más en armonía con mi naturaleza; es aquella una justicia maliciosa, y no la considero menos nociva para sí misma que para los que sus efectos experimentan. Confesé no ha mucho que apenas si osaría traicionar al príncipe por el interés de un particular, yo me entristecería de vender a un particular en provecho del príncipe, pues no solamente odio el engañar, sino el que a mí me engañen; ni siquiera me resigno a procurar ocasión para que la farsa se realice.

En las escasas negociaciones en que con nuestros príncipes intervine con ocasión de estas divisiones y subdivisiones que actualmente nos desgarran, evité cuidadosamente infringirles perjuicio, y que se engañaran con las apariencias de mi semblante. Las gentes del oficio se mantienen encubiertas, mostrándose contrahechas cuanto con mayor tino pueden; yo me ofrezco conforme a mis ideas más vivas y conforme a la manera que me es más peculiar, negociador flojo y novicio que prefiere mejor faltar a lo negociado que a su persona. Y sin embargo hasta ahora las desempeñé con tal fortuna (pues en verdad esta diosa tuvo la parte principal) que pocas pasaron de una mano a otra con menos sospecha, ni con mayor favor y privanza. Mis maneras son abiertas, fáciles a la insinuación, y alcanzan [169] crédito con el primer contacto. En cualquier siglo son oportunas y dignas de ser mostradas la ingenuidad y la verdad puras y sin disfraz. Además la libertad es poco sospechosa y todavía menos odiosa en boca de aquellos que trabajan desinteresadamente, los cuales pueden en verdad servirse de la respuesta que Hypérides dio a los atenienses que se quejaban de la rudeza de su hablar, el cual se expresó así: «No consideréis que yo sea demasiado libre, reparad sólo si soy así para mi particular provecho o para el mejoramiento de mis intereses.» Descargome también mi libertad de toda sospecha de fingimientos, por el cabal vigor de aquella, que de nada jamás hizo gracia por duro y, amargo que fuese (peor no hubiera podido hablar en la ausencia), y por mostrarse simplemente y al desgaire. Con el

obrar no persigo otro fruto ulterior, ni cuelgo a él consecuencias prolongadas; cada acción cumple particularmente su juego; que el golpe produzca efecto si lo tiene a bien.

Tampoco, por otra parte, me siento dominado por pasión alguna de amor ni de odio hacia los grandes, ni mi voluntad se siente agarrada por obligación u ofensa particular. Yo miro a nuestros reyes con afección simplemente legítima y urbana, sin frialdad excesiva ni extremo celo hijo de interés privado, lo cual me sirve de congratulación. Tampoco me ata la causa común y justa sino por manera moderada, exenta de fiebre, que no estoy sujeto a esas hipocresías y compromisos íntimos y penetrantes. La cólera y el odio trasponen los límites a que la justicia debe mantenerse sujeta, y son pasiones privativas de aquellos que no se mantienen firmes dentro de los límites de la simple razón: *Utatur motu animi, qui uti ratione non potest*. Todas las intenciones legítimas y justas son por sí mismas equitativas y templadas, convirtiéndose de lo contrario en sediciosas e ilegítimas: este principio es el que hace en toda ocasión que yo marche con la cabeza erguida, la mirada y el corazón serenos. A la verdad, y no me embaraza el confesarlo, en caso necesario yo encendería una vela a san Miguel y otra al diablo, siguiendo el designio de la vieja; seguiré el buen partido hasta el último límite, más exclusivamente, si la cosa está en mi mano: que Montaigne quede con la ruina pública sumido en el abismo, si de ello hay necesidad, pero, si no la hay, quedará reconocido a la fortuna por mi salvación; y tanto como la cuerda durar pueda la emplearé en la conservación de mi individuo. ¿No fue Ático quien manteniéndose en el partido de la justicia, en el partido que perdió, logró salvarse por su moderación en aquel naufragio universal del mundo entre tantas mutaciones diversas? A los hombres privados, como él lo era, es más fácil hallar la barca; y en tal suerte de tempestades [170] creo que puede uno a justo título no dejarse empujar por la ambición en el ingerirse ni invitarse a sí mismo.

El mantenerse oscilante y mestizo o guardar la afección inmóvil sin inclinarse a uno ni a otro lado en las revueltas de su país y en las públicas divisiones no lo creo bueno ni honrado: *Ea non media, sed nulla via est, velut eventum exspectantium, quo fortunae consilia sua applicent*. Puede tal conducta consentirse en lo relativo a los negocios del vecino; así Gelón, tirano de Siracusa, guardó su inclinación en la guerra de los bárbaros contra los griegos manteniendo un embajador en Delfos para así permanecer cual vigilante centinela, ver de qué lado la fortuna se inclinaba y tomar de ello ocasión puntual para conciliarse con los vencedores. Pero constituiría una traición declarada seguir conducta análoga en los domésticos negocios, en los cuales necesariamente hay que adoptar un partido por designio y de hecho. Mas el no imponerse esta carga quien carezca de deber expreso que a ello le obligue lo encuentro más excusable (aunque en lo que a mí respecta no practique esta excusa) que en las guerras extranjeras, por lo cual nuestras leyes no eximen a quien se opone a tomar parte en ellas. Sin embargo aun los que en absoluto se lanzan en la pelea pueden hacerlo con tal orden y templanza que la tormenta se cierna sin ofensa por cima de sus cabezas. ¡Razón tuvimos al esperarlo así del difunto obispo de Orleans, señor de Morvilliers! Y yo conozco entre los que valerosamente trabajan a la hora actual muchos hombres de costumbres tan dulces y mesuradas que se hallan dispuestos a permanecer de pie, cualquiera que sea la mutación y caída que el cielo nos prepare. Yo creo que incumbe propiamente a los reyes el esforzarse contra los reyes, y me burlo de los espíritus espontáneamente se brindan a ser instrumentos de querellas tan desproporcionadas. El hecho de marchar contra un príncipe abierta y valerosamente por honor individual y conforme al deber de cada uno no constituye una querrela particular con

el mismo príncipe; mas si el soldado no ama a éste, hace más todavía: tiene por él estimación. Señaladamente, la causa de las leyes y la defensa del antiguo Estado tienen de ventajoso que aquellos mismos que por designio particular lo trastornan excusan a los que lo defienden, si no los honran.

Pero no hay que llamar deber, como nosotros hacemos todos los días, al agrior e intestina rudeza que nacen del interés y la pasión privados, ni valor a la conducta maliciosa y traidora; sólo nombran su propensión hacia la malignidad y la violencia; y no es la causa lo que les acalora, es [171] el interés particular, atizando la guerra no porque sea justa, sino porque es guerra.

Nada se opone a que puedan sostenerse relaciones armónicas y leales entre dos hombres enemigos el uno del otro; conducíos con una afección, si no igual en todo (pues ésta puede soportar medidas diferentes), al menos templada, y que no os comprometa tanto a uno que todo lo pueda exigir de vosotros; contentaos igualmente con media medida de su gracia y con agitaros en el agua turbia sin echar la caña.

La otra manera, o sea el brindarse con todas sus fuerzas a los unos y a los otros, depende todavía menos de la prudencia que de la conciencia. Aquel a quien servís de instrumento para traicionar a una persona y de quien sois igualmente bien conocido ¿no sabe de sobra que con él haréis lo propio cuando le llegue el turno? Reconoceos como hombre perverso, y sin embargo os oye, obtiene y alcanza de vosotros el provecho merced a vuestra deslealtad; los hombres dobles son inútiles en lo que procuran, pero es preciso guardarse de que, sólo arranquen lo menos posible.

Nada digo yo a uno que a otro confesar no pueda, la ocasión llegada; el acento exclusivamente cambiará un poco; yo no comunico de las cosas sino las que son indiferentes o conocidas, o las que delante de todos pueden formularse; ni hay utilidad humana que a mentirlas pueda empujarme. Lo que a mi silencio se confiara guárdolo religiosamente, pero me encargo de custodiar lo menos posible por ser de un reservar importuno los secretos de los príncipes a quien de ellos nada tiene que hacer. Yo me atendería de buen grado a esta condición: que me encomienden poco, pero que confíen resueltamente en lo que les muestro. Siempre he sabido más de lo que he querido. Un hablar abierto y franco descubre otro hablar y lo saca afuera, como hacen el vino y el amor. Filipides, a mi ver, contestó prudentemente al rey Lisímaco, que le decía: «¿Qué quieres que de mis bienes te comunique?» «Lo que te parezca, con tal de que no me encomiendes ningún secreto.» Yo veo que todos se sublevan cuando se les oculta el fondo de los negocios en que se les emplea, y cuando se aparta de sus miradas el sentido más remoto. Por lo que a mí toca, me contento con que no se me diga más de lo que se quiere que manifieste, y, no quiero que mi ciencia sobrepuje y contraiga mis palabras. Si yo debo servir de instrumento al engaño, que al menos sea dejando mi conciencia a salvo; no quiero ser tenido por servidor tan afecto ni tan leal que se me reconozca apto para vender a nadie; quien es infiel para consigo mismo lo es también fácilmente para su dueño. Pero son príncipes que no aceptan a los hombres a medias y que menosprecian los servicios limitados [172] y acondicionados. Así pues, no hay remedio posible, y yo les declaro francamente mis linderos, pues sólo de mi razón debo ser esclavo, y aun a esto no me resigno fácilmente. También los soberanos se engañan al exigir de un hombre libre una

sujeción y una obligación tales para su servicio que aquel a quien elevaron y compraron tiene su fortuna particularmente comprometida con la de ellos. Las leyes quitáronme de encima un gran peso considerándome como de un partido y habiéndonle dado un señor; toda superioridad y obligación distintas deben con ésta relacionarse y resolverla. Lo cual no significa que, si mis afecciones me hicieran conducir de diferente modo, ya cortara *incontinenti* por lo sano; la voluntad y los deseos se procuran leyes por sí mismos; las acciones las reciben de la pública ordenanza.

Este proceder mío se encuentra algo alejado de nuestras usanzas, pero no serviría para producir grandes efectos ni persistiría tampoco. La inocencia misma, no podría en los momentos actuales ni negociar entre nosotros sin disimulo, ni comerciar sin mentira, de suerte que en manera alguna son de mi cuerda las ocupaciones públicas; lo que mi estado requiere de éstas provéolo de la manera más privada que me es dable. Cuando niño me zambulleron en ellas hasta las orejas, y así aconteció que me desprendí tan a los comienzos. Después evité frecuentemente el inmiscuirme; rara vez las acepté y no los solicité jamás; viví con la espalda vuelta a la ambición, si no como los remeros que avanzan de ese modo a reculones, de tal suerte que de no haberme embarcado estoy menos reconocido a mi resolución que a mi buena estrella, pues hay caminos menos enemigos de mi gusto y más en armonía con mis facultades, merced a los cuales si el destino me hubiera llamado antaño al servicio público y a mi avanzamiento para con el crédito del mundo, sé que hubiera traspuesto la razón de mis discursos para seguirlos. Los que comúnmente aseguran, contra mi dictamen, que lo que yo llamo franqueza, simplicidad e ingenuidad en mis costumbres es arte y refinamiento, y más bien prudencia que bondad, industria que naturaleza, y buen sentido que sino dichoso, suministranme más honor del que me quitan; mas por descontado llevan mi fineza a un gran extremo. A quien de cerca me hubiera seguido y espiado daríale la razón, a menos que no confesara serle imposible con todos los artificios de la escuela a que pertenece, simular el movimiento natural que distingue mi proceder, y mantener una apariencia de licencia y libertad tan igual e inflexible por caminos tan torcidos y diversos, por donde toda su atención y artificios no acertaría a conducirle. La vía de la verdad es una y simple; la del provecho particular y la de la comodidad de los negocios que a cargo se tienen, doble desigual y fortuita. No son nuevas para mi esas [173] licencias artificiales y contrahechas que casi nunca el éxito corona, las cuales muestran a las claras la imagen del asno de Esopo, quien, por emulación del perro, se lanzó alegremente con las patas delanteras sobre los hombros de su amo; pero en vez de las prodigadas caricias del can, el asno recibió paliza doble: *id maxime queinque decet, quod est cujusque suum maxime*. Yo no quiero, sin embargo, apartar a las malas artes del rango que les pertenece; esto sería mal comprender el mundo; yo sé que el engaño sirvió frecuentemente de provecho y que mantiene y alimenta la mayor parte de los oficios de los hombres. Vicios hay legítimos, como acciones buenas y excusables ilegítimas.

La justicia en sí, la natural y universal, está de otra manera ordenada, más noblemente que la otra especial, nacional y sujeta a las necesidades de nuestras policías: *Veri juris germanaeque justitiae solidam et expressam effigiem nullam tenemus; umbra et imaginibus utimur*: de tal suerte que el sabio Dandamys, oyendo relatar las vidas de Sócrates, Pitágoras y Diógenes, juzgolos como a grandes personajes en todo otro respecto, pero demasiado apegados a la obediencia de las leyes, para autorizar y secundar las cuales la virtud verdadera tiene mucho que aflojar su vigor original; y no sólo las leyes consienten

numerosas acciones viciosas, sino que también las aprueban: ex senatus consultis plebisquescitis scelera exercentur. Yo sigo el lenguaje corriente, que establece diferencia entre las cosas útiles y las honradas, de tal suerte que algunos actos naturales, no solamente útiles sino necesarios, los nombra deshonestos y puercos.

Pero continuemos nuestro ejemplo de la traición. Dos pretendientes a la corona de Tracia sostenían rudo debate sobre sus derechos respectivos, y el emperador Tiberio pudo evitar que llegaran a las manos; mas uno de ellos, so pretexto de pactar un convenio, propuso una entrevista a su contrincante para festejarle en su casa, y le aprisionó y mató. Requería la justicia que los romanos pidieran cuenta estrecha de este crimen, mas la dificultad impedía para ello las vías ordinarias; lo que no podían llevar a cabo sin resolución ni riesgos, hicieronlo empleando la traición; ya que no honrada obraron útilmente; para esta empresa se encontró propicio un tal Pomponio Flaco, quien bajo fingidas palabras y seguridades simuladas, atrajo al matador a sus redes, y en vez del honor y favor que le prometía le envió a Roma atado de pies y manos. Un traidor traicionó a [174] otro, contra lo que ordinariamente acontece, pues los tales viven llenos de desconfianza y es difícil sorprenderlos echando mano de sus propias artes, como prueba la dura experiencia de que acabamos de ser testigos.

Ejerza de Pomponio Flaco quien lo tenga a bien; muchos habrá que no lo rechacen; por lo que a mí toca, mi palabra y mi fe son, como todo lo demás, piezas de este común cuerpo; el mejor papel que pueden desempeñar es el bien público; para mí en esto no hay duda posible. Mas como al ordenarme que tomara a mi cargo el gobierno de los tribunales y litigios respondería: «Soy lego en la materia», si se me encargara el de capataz de peones diría: «Me corresponde otro papel más honorífico.» De la propia suerte, a quien quisiera emplearme en mentir, traicionar y perjudicar en pro de algún servicio señalado, y no digo ya asesinar y envenenar, le respondería: «Si yo he rogado o hurtado a alguien, que me envíen mejor a galeras pues es lícito a un hombre de honor hablar como los lacedemonios cuando vencidos por Antipáter repusieron a las medidas de este: «Podéis echar sobre nuestros hombros cuantas cargas afflictivas y perjudiciales os vengan en ganas; mas en cuanto a la comisión de acciones vergonzosas y deshonorosas perderéis vuestro tiempo ordenándonoslas.» Cada cual debe jurarse a sí mismo lo que los reyes de Egipto hacían jurar solemnemente a sus jueces, o sea «que no se desviarían de su conciencia frente a ninguna orden de aquéllos recibida.» Semejantes comisiones suponen signos evidentes de ignominia y condenación; quien os las encomienda os acusa y os las procura, si no sois ciegos para vuestra carga y delito. Cuanto los negocios públicos mejoran por vuestra acción, empeoran los vuestros; obráis tanto peor cuanto con destreza mayor trabajáis, y no será sorprendente, pero si algún tanto justiciero que ocasione vuestra ruina el mismo que la traición os encomendó.

Si ésta puede ser en algún caso excusable, lo es exclusivamente cuando se emplea en castigar y vender la traición misma. Constantemente se realizan perfidias no solamente rechazadas, sino también castigadas por aquellos mismos en favor de quienes fueron emprendidas. ¿Quién ignora la sentencia de Fabricio contra el médico de Pirro?

Acontece más todavía en este sentido. Tal hubo que ordenó una traición que luego la vengó vigorosamente sobre el mismo que en ella empleara, rechazando un crédito y un

poder tan desenfadados y desaprobando una servidumbre y una obediencia tan abandonada y tan cobarde. Jaropelc, [175] duque ruso, ganó a un gentilhomme de Hungría para vender al rey de Polonia Boleslao haciéndolo morir o procurando a los rusos el medio de inferirle algún grave daño. Condújose el traidor en hombre hábil, consagrándose, con todas sus fuerzas al servicio del rey y logrando figurar en su consejo entre los más leales. Con semejantes ventajas y aprovechando la ausencia del soberano, entregó a los rusos a Vislieza, ciudad grande y rica, que fue enteramente, saqueada y quemada con degollina general no sólo de sus habitantes, de uno y otro sexo y edad, sino también de casi toda la nobleza a quien había cerca congregado para este fin Jaropolc. Aplacadas ya su cólera y venganza (que no carecían de fundamento, pues Boleslao le había duramente ofendido con una acción semejante), hartos ya con el fruto de la traición, como se pusiera a considerarla en toda su fealdad desnuda y monda y a mirarla con vista sana y por la pasión no perturbada, se dejó ganar tanto por los remordimientos y el asco para quien la realizó, que le hizo saltar los ojos y cortar la lengua y las partes vergonzosas.

Antígono sobornó a los soldados argiráspides para que le hicieran entrega de Eumenes, general de aquéllos, mas apenas le hubo dado muerte, al punto de comparecer ante su presencia deseó ser él mismo ejecutor de la justicia divina para castigo de un crimen tan odioso, y puso a los hacedores del mismo en manos del gobernador de la provincia, con expresa orden de hacerlos perecer de cualquier modo que fuese. Así aconteció en efecto, pues de tan gran número como eran, ninguno respiró después el aire de Macedonia. Cuanto mejor había sido servido, con mayor maldad encontró que lo fue y de modo más digno de expiación.

El esclavo que descubrió el escondrijo de Publio Sulpicio fue puesto en libertad conforme a la promesa de la prescripción de Sila, pero según el parecer del público, libre y todo como ya se encontraba, se le precipitó de lo alto de la roca Tarpeya.

Los que compran a los traidores los ahorcan luego con la bolsa colgada al cuello; satisfechos ya sus instintos secundarios, cumplen los primeros que la conciencia dicta, que son los más sagrados.

Queriendo Mahomed II deshacerse de su hermano por envidia de su poder, echó mano para ello, según la costumbre de la raza, de uno de sus oficiales, el cual sofocó a aquel y le ahogó haciéndole tragar de golpe gran cantidad de agua. Muerto ya, el fratricida puso al matador en manos de la madre del muerto, para expiación del crimen, -pues no eran hermanos sino de padre-, quien le abrió el pecho, y revolviendo con sus manos le arrancó el corazón para pasto de los perros. Y nuestro rey Clodoveo, en lugar de las doradas armas que les prometiera, mandó ahorcar a los tres servidores de Canacre en cuanto de él le hubieron hecho [176] entrega, como se lo había ordenado. Y aún a los mismos cuya conciencia no peca de escrupulosa, les es dulce después de haber recogido el fruto de una acción criminal poder realizar algún rasgo de bondad y de justicia, como por compensación y corrección de conciencia. Consideran además a los ministros de tan horribles fechorías como agentes que se las echan en cara, y con la muerte de ellos buscan el medio de ahogar el conocimiento y testimonio de acciones tan horrendas. Y si por acaso un malvado alcanza recompensa para no frustrar la necesidad pública de este último desesperado remedio, quien de él echa mano no deja de considerarlos, si no lo es él mismo, como un hombre maldito y

execrable, más traidor que aquel contra quien obrasteis, pues tocará la malignidad de vuestro valor que vuestras manos realizaron sin rechazarlo ni oponerse; y de la propia suerte os emplea que a los hombres perdidos se encomiendan las ejecuciones de la justicia, que es carga tan necesaria como poco honrosa. A más de la vileza propia de tales comisiones, suponen éstas la prostitución de la conciencia. No pudiendo ser condenada a muerte la hija de Sejano, por ser virgen, conforme a ciertas formalidades jurídicas de Roma, fue, para aplicar la ley, forzada por el verdugo antes de ser estrangulada. No ya sólo la mano del traidor, también su alma es esclava de la comodidad pública.

Cuando Amurat I para agravar el castigo contra sus súbditos, que habían ayudado a la parricida rebelión de su hijo contra él, ordenó que sus parientes más cercanos coadyuvaran a su designio, encuentro honradísimo que algunos de ellos prefirieran mejor ser injustamente considerados como culpables del parricidio ajeno, que no desempeñar la justicia con el parricida auténtico; y cuando en mi tiempo, por algunas bicocas asaltadas, he visto a ciertos cobardes para resguardar su pellejo consentir buenamente en ahorcar a sus amigos y consortes, los he considerado como de peor condición que a los ahorcados mismos. Dícese que Witolde, príncipe de Lituania, introdujo en su nación la costumbre de que un condenado a muerte pudiera quitarse la vida, encontrando extraño que un tercero, inocente de la falta, echara sobre sus hombros la realización de un homicidio.

Cuando una circunstancia urgente o algún accidente impetuoso e inopinado de las necesidades públicas obligan al soberano a faltar a su palabra y a violar su fe, o de cualquier otro modo le lanzan fuera de su deber ordinario, debe atribuir esta necesidad a cosa de la voluntad divina. Y en ello no puede haber vicio, pues abandonó su razón por otra más universal y poderosa; pero con todo no deja de ser desdicha. De tal suerte así lo miro, que a cualquiera que me preguntara: «¿Qué remedio?» «Ninguno, respondería [177] yo; si se vio realmente atormentado entre aquellos dos extremos, sed videat, ne quaeratur latebra perjurio, érale preciso obrar; mas si lo hizo sin duelo, si no se siente apesadumbrado, si no es de que su conciencia está enferma.» Aun cuando se encontrase alguien de conciencia tan meticulosa y tierna, a quien ninguna curación pareciera digna de tan penoso remedio, no por ello le tendría yo en menor estima; de ningún modo acertaría a perderse que fuera más excusable y decoroso. Nosotros no lo podemos todo. Así como así, precisamos frecuentemente como ánora de salvación encomendar la última protección de nuestra nave a la sola dirección del cielo. ¿Y para qué necesidad más justa se reservaría este recurso? ¿Ni qué le es menos posible cumplir que lo que realizar no puede sino a expensas de su fe y honor, cosas que a las veces deben serle más caras que su propia salvación y la de su pueblo? Cuando con los brazos quedos llame a Dios simplemente en su ayuda, ¿por qué no ha de aguardar que la bondad divina no rechace el favor sobrenatural de su mano a una mano pura y justiciera? Son éstos peligrosos ejemplos, enfermizas y raras excepciones en nuestras reglas naturales; preciso es ceder ante ellos, mas con moderación y circunspección grandes: ninguna utilidad privada puede haber tan digna para que infrinjamos este esfuerzo a nuestra conciencia; la pública lo merece cuando el caso es justo o importante la magnitud de lo que se salva.

Timoleón se resguardó oportunamente de su acción peregrina con las lágrimas que derramó recordando que su mano fratricida había acabado con el tirano. Espoleó justamente su conciencia la necesidad de comprar el bienestar público a expensas de la honradez de sus

costumbres. El senado mismo, desligado de la servidumbre por ese medio, no se atrevió redondamente a decidir de un hecho tan capital y tan magno, desgarrado como se sentía por los dos rudos y encontrados aspectos; mas como los siracusanos solicitaran precisamente en aquel momento la protección de los corintios y un jefe capaz de convertir su ciudad a su dignidad primera limpiando a Sicilia de algunos tiranuelos que la oprimían, eligieron a Timoleón declarándole de una manera terminante «que según se condujera bien o mal en su empresa, sería absuelto o condenado como libertador de su país o como asesino de su hermano.» Esta singular conclusión encuentra alguna excusa en el ejemplo e importancia de un hecho tan extraño; y obraron con cordura los jueces descargándole de la sentencia, o apoyándole, no en la propia conciencia sino en consideraciones secundarias. Las hazañas de Timoleón en este viaje hicieron muy luego su causa más clara, ¡con tanta dignidad y esfuerzo se [178] condujo en todo! La dicha que le acompañó en las contrariedades que tuvo que allanar en tan noble liza, pareció serle enviada por los dioses, conspiradores favorables de su justificación.

El fin de éste es perdonable si hay alguno que de semejante índole pueda serlo, mas el beneficio del aumento de las rentas públicas que sirvió de pretexto al senado romano para realizar la asquerosa acción que voy a recitar, no es suficientemente poderoso para llevar a cabo semejante injusticia. Algunas ciudades se habían rescatado por dinero y alcanzado la libertad con orden y consentimiento del senado, del poder de Sila; mas como luego la cosa cayera de nuevo en disquisición, el mismo senado condenolas de nuevo a pagar impuestos como antaño los habían pagado y el dinero que destinaran a rescatarse quedó perdido para ellas. Las guerras civiles dan frecuentemente lugar a feos ejemplos: castigamos a los particulares porque nos prestaron crédito cuando éramos otros; un mismo magistrado hace cargar la pena de su propia mutación a quien ya no puede más; el maestro azota a su discípulo en castigo a su docilidad, y lo mismo el clarividente al ciego. ¡Monstruosa imagen de la justicia!

La filosofía encierra preceptos falsos y maleables. El ejemplo que se nos propone para que hagamos prevalecer la autoridad privada y la fe prometida no recibe suficiente peso por la circunstancia que algunos alegan; por ejemplo: los ladrones os han atrapado, y al punto puesto en libertad mediante el juramento del pago de cierta suma; pues bien, es error el declarar que un hombre de bien cumplirá con su fe escapando sin ajustar cuentas en cuanto se vea libre de los malhechores. Lo que el temor me hizo querer una vez estoy obligado a quererlo despojado de temor; y aun cuando el miedo no hubiera forzado más que mi lengua, dejando libre la voluntad, todavía estoy obligado a mantenerme firmemente en mi palabra. Cuando ésta sobrepujó en mí alguna vez inconsideradamente mi pensamiento, como caso de conciencia consideré por lo mismo desaprobala. A proceder de otra suerte, paulatinamente iríamos aboliendo todo derecho que un tercero fundamentara en nuestras promesas y juramentos. Quasi vero forti viro vis possit adhiberi. Sólo en el siguiente caso tiene fundamento el interés privado para excusarnos de faltar a la promesa: si ésta consiste en algo detestable e inicuo de suyo, pues los fueros de la virtud deben prevalecer siempre sobre los de nuestra obligación.

En otra ocasión acomodé a Epaminondas en el primer rango entre los hombres relevantes, y de mi aserto no me [179] desdigo. ¿Hasta dónde no elevó la consideración de su particular deber? Jamás quitó la vida a ningún hombre a quien venciera, y aun por el

inestimable bien de procurar la libertad a su país hacía caso de conciencia de asesinar al tirano o a sus cómplices, sin emplear las formalidades de la justicia; juzgaba perverso a un hombre, por eximio ciudadano que fuera, si en la batalla no era humano con su amigo y con su huésped. Alma de rica composición, casaba con las acciones humanas más rudas y violentas la humanidad y la bondad, hasta las más exquisitas que hallarse puedan en la escuela de la filosofía. En medio de aquel vigor tan magno, tan extremo y obstinado contra el dolor, la muerte y la pobreza, ¿fueron la naturaleza o la reflexión lo que le enternecieron hasta arrastrarle a una dulzura increíble y a una bondad de complexión sin límites? Sintiendo horror por el acero y la sangre, va rompiendo y despedazando una nación invencible para todos menos para él, y sumergido en tan tremenda liza evita el encuentro de su amigo y de su huésped. En verdad él solo dominaba bien la guerra, puesto que la hacía soportar el freno de la benignidad en lo más ardiente e inflamado de la refriega, toda espumante de matanzas y furor. Milagro es juntar a tales acciones alguna imagen de justicia, mas sólo a Epaminondas pertenece la rigidez de poder llevar a ellas la dulzura y benignidad de las más blandas costumbres, y hasta la pura inocencia: y donde el uno dice a los mamertinos «que los estatutos no rezan con los hombres armados», el otro al tribuno del pueblo «que el tiempo de la justicia y de la guerra eran distintos», y el tercero «que el ruido de las armas le imposibilitaba oír la voz de las leyes», Epaminondas escuchaba hasta los acentos de la civilidad y los de la pura cortesía. ¿Había adoptado de sus enemigos la costumbre de hacer ofrendas a las musas, camino de la guerra, para templar con su dulzura y regocijo la furia ruda y marcial? En presencia de las enseñanzas de un tal preceptor no temamos el creer que hay algo de ilícito al obrar contra nuestros mismos enemigos, y que el interés común no debe requerirlo todo de todos contra el interés privado; manente memoria, etiam in dissidio publicorum foederum, privati juris;

Et nulla potentia vires
praestandi, ne quid peccet amicus, habet;

que ni todas las cosas son laudables a un hombre de bien por el servicio de su rey ni por la causa general de [180] las leyes; non enim patria proestat omnibus officiis... et ipsi conducit pios habere cives in parentes. Instrucción es ésta propia al tiempo en que vivimos: no tenemos necesidad de endurecer nuestros ánimos con las hojas de las espadas; basta que nuestros hombros sean resistentes; basta mojar nuestras plumas en la tinta sin sumergirlas en la sangre. Si es grandeza de alientos y efecto de una virtud rara y singular el menospreciar la amistad, las obligaciones privadas, la palabra y el parentesco en pro del bien común y obediencia del magistrado, basta y sobra para que de ello nos excusemos considerando que es una grandeza que no pudo tener cabida en la magnitud de ánimo de un Epaminondas.

Yo abomino las rabiosas exhortaciones de esta alma turbulenta:

... Deum tela micant, non vos pietatis imago
ulla, nec adversa conspecti fronti parentes
commoveant; vultus gladio turbate verendos.

Despojemos a los perversos, a los sanguinarios y a los traidores de este pretexto de razón. Abandonemos esa justicia atroz o insensata, y atengámonos a la conducta humana.

¡Cuantísimo pueden para lograrlo el tiempo y el ejemplo! En un encuentro de la guerra civil contra Cina un soldado de Pompeyo mató a su hermano sin pensarlo, el cual pertenecía al partido contrario, y el dolor junto con la vergüenza le hicieron morir a su vez; años después, en otra guerra civil de ese mismo pueblo, otro soldado, por haber matado también a su hermano, pidió una recompensa a sus capitanes.

Mal se argumenta el honor y la hermosura de una acción pregonando su utilidad; y se concluye mal estimando que todos a ella permanecen obligados, suponiendo que es honrada en particular porque es útil en general:

Omnia non pariter rerum sum omnibus apta.

Elijamos la más necesaria y provechosa a la humana sociedad; ésta será sin duda el matrimonio; sin embargo, el parecer de los santos reconoce más conveniente el partido contrario, excluyendo de aquel el vivir más venerable de los hombres, como nosotros destinamos a las yegudas a los caballos de menor valía.

[181]

Capítulo II Del arrepentimiento

Los demás forman al hombre: yo lo recito como representante de uno particular con tanta imperfección formado que si tuviera que modelarle de nuevo le trocaría en bien distinto de lo que es: pero al presente ya está hecho. Los trazos de mi pintura no se contradicen, aun cuando cambien y se diversifiquen. El mundo no es más que un balanceo perenne, todo en él se agita sin cesar, así las rocas del Cáucaso como las pirámides de Egipto, con el movimiento general y con el suyo propio; el reposo mismo no es sino un movimiento más lánguido. Yo puedo asegurar mi objeto, el cual va alterándose y haciendo eses merced a su natural claridad; tómolos en este punto, conforme es en el instante que con él converso. Yo no pinto el ser, pinto solamente lo transitorio; y no lo transitorio de una edad a otra, o como el pueblo dice, de siete en siete años, sino de día en día, de minuto en minuto: precisa que acomode mi historia a la hora misma en que la refiero, pues podría cambiar un momento después; y no por acaso, también intencionadamente. Es la mía una fiscalización de diversos y movibles accidentes, de fantasías irresueltas, y contradictorias, cuando viene al caso, bien porque me convierta en otro yo mismo, bien porque acoja los objetos por virtud de otras circunstancias y consideraciones, es el echo que me contradigo fácilmente, pero la verdad, como decía Demades, jamás la adultero. Si mi alma pudiera tomar pie, no me sentaría, me resolvería; mas constantemente se mantiene en prueba y aprendizaje.

Yo propongo una vida baja y sin brillo, mas para el caso es indiferente que fuera relevante. Igualmente se aplica toda la filosofía moral a una existencia ordinaria y privada que a una vida de más rica contextura; cada hombre lleva en sí la forma cabal de la humana

condición. Los autores se comunican con el mundo merced a un distintivo especial y extraño; yo, principalmente, merced a mi ser general, como Miguel de Montaigne, no como gramático, poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja porque yo hablé de mí demasiado, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo. ¿Pero es razonable que siendo yo tan particular en uso, pretenda mostrarme al conocimiento público? ¿Lo es tampoco el que produzca ante la sociedad, donde las maneras y artificios gozan de tanto crédito, los efectos de naturaleza, crudos y mondos, y de una naturaleza enteca, por añadidura? ¿No es constituir una muralla sin piedra, o cosa semejante, el fabricar libros sin ciencia ni arte? Las fantasías de la música el arte las acomoda, [182] las mías el acaso. Pero al menos voy de acuerdo con la disciplina, en que jamás ningún hombre trató asunto que mejor conociera ni entendiera que yo entiendo y conozco el que he emprendido; en él soy el hombre más sabio que existir pueda; en segundo lugar, ningún mortal penetró nunca en su tema más adentro, ni más distintamente examinó los miembros y consecuencias del mismo, ni llegó con más exactitud y plenitud al fin que propusiera a su tarea. Expuse la verdad, no hasta el hartazgo, sino hasta el límite en que me atrevo a exteriorizarla, y me atrevo algo más envejeciendo, pues parece que la costumbre concede a esta edad mayor libertad de charla, y mayor indiscreción en el hablarse de sí mismo. Aquí no puede acontecer lo que veo que sucede frecuentemente, o sea que el artesano y su labor se contradicen: ¿cómo un hombre, oímos, de tan sabrosa conversación ha podido componer un libro tan insulso? O al revés: ¿cómo escritos tan relevantes han emanado de un espíritu cuyo hablar es tan flojo? Quien conversa vulgarmente y escribe de modo diestro declara que su capacidad reside en mi lugar de donde la toma, no en él mismo. Un personaje, sabio no lo es en todas las cosas; mas la suficiencia en todo se basta, hasta en el ignorar vamos conformes y en igual sentido, mi libro y yo. Acullá puede recomendarse, o acusarse la obra independientemente del obrero; aquí no; pues quien se las ha con el uno se las ha igualmente con el otro. Quien le juzgare sin conocerle se perjudicará más de lo que a mí me perjudique; quien le haya conocido me procura satisfacción cabal. Por contento me daré y por cima de mis merecimientos me consideraré, si logro solamente alcanzar de la aprobación pública el hacer sentir a las gentes de entendimiento que he sido capaz de la ciencia en mi provecho, caso de que la haya tenido, y que merecía que la memoria me prestara mayor ayuda.

Pasemos aquí por alto lo que acostumbro a decir frecuentemente o sea que yo me arrepiento rara vez, y que mi conciencia se satisface consigo misma; no como la de mi ángel o como la de un caballo, sino como la de un hombre, añadiendo constantemente este refrán, y no ceremoniosamente sino con sumisión esencial e ingeniosa: «que yo hablo como quien ignora e investiga, remitiéndome para la resolución pura y simplemente a las creencias comunes legítimas.» Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar.

No hay vicio que esencialmente lo sea que no ofenda y que un juicio cabal no acuse, pues muestran todos una fealdad e incomodidad tan palmarias que acaso tengan razón los que los suponen emanados de torpeza e ignorancia tan difícil es imaginar que se los conozca sin odiarlos. La malicia absorbe la mayor parte de su propio veneno y [183] se envenena igualmente. El vicio deja como una úlcera en la carne y un arrepentimiento en el alma que constantemente a ésta, araña y ensangrienta, pues la razón borra las demás tristezas y dolores engendrando el del arrepentimiento, que es más duro, como nacido interiormente, a la manera que el frío y el calor de las fiebres emanados son más rudos que los que vienen de fuera. Yo considero como, vicios (mas cada cual según su medida) no

sólo aquellos que la razón y la naturaleza condenan, sino también los que las ideas de los hombres, falsas y todo como son, consideran como tales, siempre y cuando que el uso y las leyes las autoricen.

Por el contrario, no hay bondad que no regocije a una naturaleza bien nacida. Existe en verdad yo no sé qué congratulación en el bien obrar que nos alegra interiormente, y una altivez generosa que acompaña a las conciencias sanas. Un alma valerosamente viciosa puede acaso revestirse de seguridad, mas de aquella complacencia y satisfacción no puede proveerse. No es un plan baladí el sentirse preservado del contagio en un siglo tan dañado, y el poder decirse consigo mismo: «Ni siquiera me encontraría culpable quien viese hasta el fondo de mi alma, de la aflicción y ruina de nadie, ni de venganza o envidia, ni de ofensa pública a las leyes, ni de novelerías y trastornos, ni de falta al cumplimiento de mi palabra; y aun cuando la licencia del tiempo en que vivimos a todos se lo consienta y se lo enseñe, no puse yo jamás la mano en los bienes ni en la bolsa de ningún hombre de mi nación, ni viví sino a expensas de la mía, así en la guerra como en la paz, ni del trabajo de nadie me serví sin recompensarlo.» Placen estos testimonios de la propia conciencia, y nos procura saludable beneficio esta alegría natural, la sola remuneración que jamás nos falte.

Fundamentar la recompensa de las acciones virtuosas en la aprobación ajena es aceptar un inciertísimo y turbio fundamento, señaladamente en un siglo corrompido e ignorante como éste; la buena estima del pueblo es injuriosa. ¿A quién confiáis el ver lo que es laudable? ¡Dios me guarde de ser hombre cumplido conforme a la descripción que para dignificarse oigo hacer todos los días a cada cual de sí mismo! *Quae fuerant vitia, mores sunt.* Tales de entre mis amigos me censuraron y reprimendaron abiertamente, ya movidos por su propia voluntad, ya instigados por mí, cosa que para cualquier alma bien nacida sobrepuja no ya sólo en utilidad sino también en dulzura los oficios todos de la amistad; yo acogí siempre sus catilinarias con los brazos abiertos, reconocida y cortésmente; mas, hablando ahora en conciencia, encontré a veces en reproches [184] y alabanzas tanta escasez de medida, que más bien hubiera incurrido en falta que bien obrado dejándome llevar por sus consejos. Principalmente nosotros que vivimos una existencia privada, sólo visible a nuestra conciencia, debemos fijar un patrón interior para acomodar a él todas nuestras acciones, y según el cual acariciamos unas veces y castigamos otras. Yo tengo mis leyes y mi corte para juzgar de mí mismo, a quienes me dirijo más que a otra parte; yo restrinjo mis acciones con arreglo a los demás, pero no las entiendo sino conforme a mí. Sólo vosotros mismos podéis saber si sois cobardes y crueles, o leales y archidevotos; los demás no os ven, os adivinan mediante ciertas conjeturas; no tanto contemplan vuestra naturaleza como vuestro arte, por donde no debéis ateneros a su sentencia, sino a la vuestra: *Tuo tibi iudicio est utendum... Virtutis et vitiorum grave ipsius conscientiae pondus est: qua sublata, jacent omnia.* Mas lo que comúnmente se dice de que el arrepentimiento sigue de cerca al mal obrar, me parece que no puede aplicarse al pecado que llegó ya a su límite más alto, al que dentro de nosotros habita como en su propio domicilio; podemos desaprobar y desdecernos de los vicios que nos sorprenden y hacia los cuales las pasiones nos arrastran, pero aquellos que por dilatado hábito permanecen anclados y arraigados en una voluntad fuerte y vigorosa no están ya sujetos a contradicción. El arrepentimiento no es más que el desdecir de nuestra voluntad y la oposición de nuestras fantasías, que nos llevan en todas direcciones haciendo desaprobar a algunos hasta su virtud y continencia pasadas:

Quae mens est hodie, cur cadem non puero fuit?
Vel cur his animis incolumes non redeunt genae?

Es una vida relevante la que se mantiene dentro del orden hasta en su privado. Cada cual puede tomar parte en la mundanal barahúnda y representar en la escena el papel de un hombre honrado; mas interiormente y en su pecho, donde todo nos es factible y donde todo permanece oculto, que el orden persista es la meta. El cercano grado de esta bienandanza es practicarla en la propia casa, en las acciones ordinarias, de las cuales a nadie tenemos que dar cuenta, y donde no hay estudio ni artificio; por eso Bías, pintando un estado perfecto en la familia, dijo «que el jefe de ella debe ser tal interiormente por sí mismo como lo [185] es afuera por el temor de la ley y el decir de los hombres». Y Julio Druso respondió dignamente a los obreros que mediante tres mil escudos le ofrecían disponer su casa de tal suerte que sus vecinos no vieran nada de lo que pasara en ella, cuando dijo: «Os daré seis mil si hacéis que todo el mundo pueda mirar por todas partes.» Advierten en honor de Agesilao que tenía la costumbre de elegir en sus viajes los templos por vivienda, a fin de que así el pueblo como los dioses mismos pudieran contemplarle en sus acciones privadas. Tal fue para el mundo hombre prodigioso en quien su mujer y su lacayo ni siquiera vieron nada de notable; pocos hombres fueron admirados por sus domésticos; nadie fue profeta no ya sólo en su casa, sino tampoco en su país, dice la experiencia de las historias; lo mismo sucede en las cosas insignificantes, y en este bajo ejemplo se ve la imagen de las grandes. En mi terruño de Gascuña consideran como suceso extraordinario el verme en letras de molde, en la misma proporción que el conocimiento de mi individuo se aleja de mi vivienda, y así valgo más a los ojos de mis paisanos; en Guiena compro los impresores, y en otros lugares soy yo el comprado. En esta particularidad se escudan los que se esconden vivos y presentes para acreditarse muertos y ausentes. Yo mejor prefiero gozar menos honores; lánzome al mundo simplemente por la parte que de ellos alcanzo, y llegado a este punto los abandono. El pueblo acompaña a un hombre hasta su puerta deslumbrado por el ruido de un acto público, y el favorecido con su vestidura abandona el papel que desempeñara, cayendo tanto más hondo cuanto más alto había subido, y dentro de su alojamiento todo es tumultuario y vil. Aun cuando en ella el orden presidiera, todavía precisa hallarse provisto de un juicio vivo y señalado para advertirlo en las propias acciones privadas y ordinarias. Montar brecha, conducir una embajada, gobernar un pueblo, son acciones de relumbrón; amonestar, reír, vender, pagar, amar, odiar y conversar con los suyos y consigo mismo, dulcemente y equitadamente, no incurrir en debilidades, mantener cabal su carácter, es cosa mas rara, más difícil y menos aparatosa. Por donde las existencias retiradas cumplen, dígame lo que se quiera, deberes tan austeros y rudos como las otras; y las privadas, dice Aristóteles, sirven a la virtud venciendo dificultades mayores y de modo más relevante que las públicas. Más nos preparamos a las ocasiones eminentes por gloria que por conciencia. El más breve camino de la gloria sería desvelarnos por la conciencia como nos desvelamos por la gloria. La virtud de Alejandro me parece que representa mucho menos vigor en su teatro que la de Sócrates en aquella su ejercitación ordinaria y obscura. Concibo fácilmente al filósofo en el lugar de Alejandro; a Alejandro en el de Sócrates no lo imagino. Quien preguntara [186] a aquél qué sabía hacer obtendría por respuesta. «Subyugar el mundo.»; quien interrogara a éste, oiría: «Conducir la vida humana conforme a su natural condición», que es ciencia más universal, legítima y penosa.

No consiste el valer del alma en encaramarse a las alturas, sino en marchar ordenadamente; su grandeza no se ejercita en la grandeza, sino en la mediocridad. Como aquellos que nos juzgan por dentro nos sondean, reparan poco en el resplandor de nuestras acciones públicas, viendo que éstas no son más que hilillos finísimos y chispillas de agua surgidos de un fondo cenagoso, así los que nos consideran por la arrogante apariencia del exterior concluyen lo mismo de nuestra constitución interna; y no pueden acoplar las facultades vulgares, iguales a las propias con las otras que los pasman y alejan de su perspectiva. Por eso suponemos a los demonios formados como los salvajes. ¿Y quién no imaginará a Tamerlán con el entrecejo erguido, dilatadas las ventanas de la nariz, el rostro horrendo y la estatura desmesurada, como lo sería la fantasía que lo concibiere gracias al estruendo de sus acciones? Si antaño me hubieran presentado a Erasmo, difícil habría sido que yo no hubiese tomado por apotegmas y adagios cuanto hubiera dicho a su criado y a su hostelera. Imaginamos con facilidad mayor a un artesano haciendo sus menesteres o encima de su mujer, que en la misma disposición a un presidente, venerable por su apostura y capacidad; parécenos que éstos desde los sitios preeminentes que ocupan no descienden a las modestas labores de la vida. Como las almas viciosas son frecuentemente incitadas al bien obrar movidas por algún extraño impulso, así acontece a las virtuosas en la práctica del mal; precisa, pues, que las juzguemos en su estado de tranquilidad, cuando son dueñas de sí mismas, si alguna vez lo son, o al menos cuando más con el reposo están avecinadas en su situación ingenua.

Las inclinaciones naturales se ayudan y fortifican con el concurso de la educación; mas apenas se modifican ni se vencen: mil naturalezas de mi tiempo escaparon hacia la virtud o hacia el vicio al través de opuestas disciplinas,

Sic ubi desuetae silvis in carcere clausae,
mansuevere ferae, et vultus posuere minaces,
atque hominem didicere pati, si torrida parvus;
venit in ora cruor, redeunt rabiesque furorque,
admonitaeque tument gustato sanguine fances;
fervet, et a trepido vix abstinet ira magistro: [187]

las cualidades originales no se extirpan, se cubren y ocultan. La lengua latina es en mí como natural e ingénita (mejor la entiendo que la francesa); sin embargo, hace cuarenta años que de ella no me he servido para hablarla y apenas para escribirla, a pesar de lo cual, en dos extremas y repentinas emociones en que vino a dar dos o tres veces en mi vida, una de ellas viendo a mi padre en perfecto estado de salud caer sobre mí desfallecido, lancé siempre del fondo de mis entrañas las primeras palabras en latín; mi naturaleza se exhaló y expresó fatalmente en oposición de un uso tan dilatado. Este ejemplo podría con muchos otros corroborarse.

Los que en mi tiempo intentaron corregir las costumbres públicas con el apoyo de nuevas opiniones, reforman sólo los vicios aparentes, los esenciales los dejan quedos si es que no los aumentan, y este aumento es muy de tener en aquella labor. Repósase fácilmente de todo otro bien hacer con estas enmiendas externas, arbitrarias, de menor coste y de mayor mérito, satisfaciéndose así con poco gasto los otros vicios naturales, consustanciales o intestinos. Deteneos un poco a considerar lo que acontece dentro de vosotros: no hay

persona, si se escucha, que no descubra en sí una forma suya, una forma que domina contra todas las otras, que lucha contra la educación y contra la tempestad de las pasiones que la son contrarias. Por lo que a mi respecta, apenas me siento agitado por ninguna sacudida; encuéntrome casi siempre en mi lugar natural, como los cuerpos pesados y macizos; si no soy siempre yo mismo, estoy muy cerca de serlo. Mis desórdenes no me arrastran muy lejos; nada hay en mí de extremo ni de extraño, y sin embargo vuelvo sobre mis acuerdos por modo sano y vigoroso.

La verdadera condenación, que arrastra a la común manera de ser de los hombres, consiste en que el retiro mismo de éstos está preñado de corrupción y encenagado; la idea de su enmienda emporcada, la penitencia enferma y empecatada, tanto aproximadamente como la culpa. Algunos, o por estar colados al vicio con soldadura natural, o por hábito dilatado, no reconocen la fealdad del mismo; para otros (entre los cuales yo me encuentro), el vicio pesa, pero lo contrabalancean con el placer o cualquiera otra circunstancia, y lo sufren y a él se prestan, a cierto coste, por lo mismo viciosa y cobardemente. Sin embargo, acaso pudiera imaginarse una desproporción tan lejana, en que el vicio fuera ligero y grande el placer que recabara, por donde justamente el pecado podría excusarse, como decimos de lo útil; y no sólo hablo aquí de los placeres accidentales de que no se goza sino después del pecado cometido, como los que el latrocinio procura, sino del ejercicio mismo del placer, como el que ayuntándonos con las mujeres [188] experimentamos, en que la incitación es violenta, y dicen que a veces invencible. Hallándome días pasados en las tierras que uno de mis parientes posee en Armaignac conocí a un campesino a quien todos sus vecinos llaman el Ladrón, el cual relataba su vida por el tenor siguiente: como hubiera nacido mendigo y cayera en la cuenta de que con el trabajo de sus manos no llegaría jamás a fortificarse contra la indigencia, determinó hacerse ladrón, y en este oficio empleó toda su juventud, con seguridad cabal, merced a sus fuerzas robustas, pues recolectaba y vendimiaba las tierras ajenas con esplendidez tanta que parecía inimaginable que un hombre hubiera acarreado en una noche tal cantidad sobre sus costillas; cuidaba además de igualar y dispersar los perjuicios ocasionados, de suerte que las pérdidas importaran menos a cada particular de los robados. En los momentos actuales vive su vejez, rico, para un hombre de su condición, gracias a ese tráfico que abiertamente confiesa; y, para acomodarse con Dios, a pesar de sus adquisiciones, dice que todos los días remunera a los sucesores de los robados y añade que si no acaba con su tarea (pues proveerlos a un tiempo no le es dable), encargará de ello a sus herederos en razón a la ciencia, que el solo posee, del mal que a cada uno ocasionara. Conforme a esta descripción, verdadera o falsa, este hombre considera el latrocinio como una acción deshonrosa, y lo detesta, si bien menos que la indigencia; su arrepentimiento no deja lugar a duda; mas considerando el robo, según su escuela, contrabalanceado y compensado, no se arrepiente en modo alguno. Este proceder no constituye la costumbre que nos incorpora al vicio y con él conforma nuestro entendimiento mismo, ni es tampoco ese viento impetuoso que va enturbiando y cegando a sacudidas nuestra alma y nos precipita, como asimismo a nuestro juicio, en las garras del vicio.

Ordinariamente realizo yo por entero mis acciones y camino como un cuerpo de una sola pieza; apenas tengo movimiento que se oculte y aleje de mi corazón y que sobre poco más o menos no se conduzca por consentimiento de todas mis facultades, sin división ni sedición intestinas: mi juicio posee íntegras la culpa o la alabanza, y si de aquella me di

cuenta una vez, en lo sucesivo lo propio me aconteció, pues casi desde que vine al mundo es uno, con idéntica inclinación, con igual dirección y fuerza; y en punto a opiniones universales, desde mi infancia que coloqué en el lugar donde había de mantenerme en lo sucesivo. Hay pecados impetuosos, prontos y súbitos (dejémoslos a un lado), mas en esos de reincidencia, deliberados y consultados, pecados de complexión o de profesión y oficio, no puedo concebir que permanezcan plantados tan dilatado tiempo en un mismo ánimo sin que la razón y la conciencia de [189] quien los posee los quiera constantemente y lo mismo el entendimiento; y el arrepentimiento de que el pecador empedernido se vanagloria hallarse dominado en cierto instante prescrito, es para mí algo duro de imaginar y de representar. Yo no sigo la secta de Pitágoras, quien decía «que los hombres toman un alma nueva cuando se acercan a los simulacros de los dioses para recoger sus oráculos», a menos que con esto no quisiera significar la necesidad de que sea extraña, nueva y prestada para el caso, puesto que la nuestra tan pocos signos ofrece de purificación condignos con ese oficio.

Hacen los pecadores todo lo contrario de lo que pregonan los preceptos estoicos, los cuales nos ordenan corregir las imperfecciones y los vicios que reconocemos en nosotros, pero nos prohíben alterar el reposo de nuestra alma. Aquéllos nos hacen creer que sienten disgustos y remordimiento internos, mas de enmienda, corrección, ni interrupción nada dejan aparecer. La curación no existe si la carga del mal no se ceba a un lado; si el arrepentimiento pesara sobre el platillo de la balanza, arrastraría consigo la culpa. No conozco ninguna cosa tan fácil de simular como la devoción, si con ella no se conforman las costumbres y la vida; su esencia es abstrusa y oculta, fáciles y engañadoras sus apariencias.

Por lo que a mí incumbe, puedo en general ser distinto de como soy; puedo condenar mi forma universal y desplazarme de ella; suplicar a Dios por mi cabal enmienda y por el perdón de mi flaqueza natural, pero entiendo que a esto no debo llamar arrepentimiento, como tampoco a la contrariedad de no ser arcángel ni Catón. Mis acciones son ordenadas y conformes a lo que soy y a mi condición; yo no puedo conducirme mejor, y el arrepentimiento no reza con las cosas que superan nuestras fuerzas, sólo el sentimiento. Yo imagino un número infinito de naturalezas elevadas y mejor gobernadas que la mía, y sin embargo no enmiendo mis facultades, del propio modo que ni mi brazo ni mi espíritu alcanzaron vigor mayor por concebir otra naturaleza que los posea. Si la imaginación y el deseo de un obrar más noble que el nuestro acarreará el arrepentimiento de nuestras culpas, tendríamos que arrepentirnos hasta de las acciones más inocentes, a tenor de la excelencia que encontraríamos en las naturalezas más dignas y perfectas, y querríamos hacer otro tanto. Cuando reflexiono, hoy que ya soy viejo, sobre la manera como me conduje cuando joven, reconozco que ordinariamente fue de un modo ordenado, según la medida de las fuerzas que el cielo me otorgó; es todo cuanto mi resistencia alcanza. Yo no me alabo ni dignifico; en circunstancias semejantes sería siempre el mismo: la mía no es una mancha, es más bien una tintura general que me ennegrece. Yo no conozco [190] el arrepentimiento superficial, mediano y de ceremonia; es preciso que me sacuda universalmente para que así lo nombre; que pellizque mis entrañas y las aflija hasta lo más recóndito cuanto necesario sea para comparecer ante el Dios que me ve, y tan íntegramente.

Por lo que a los negocios respecta yo dejé escapar muchas ocasiones excelentes a falta de dirección adecuada; mis apreciaciones, sin embargo, fueron bien encaminadas, según el cariz que los acontecimientos presentaron; lo mejor de todo es tomar siempre el partido más fácil y seguro. Reconozco que en mis deliberaciones pasadas, conforme a mi regla procedí cuerdamente, conforme a la cosa que se me proponía, y haría lo mismo de aquí a mil años en ocasiones semejantes. Yo no miro en este particular el estado actual de las cosas, sino el que mostraban éstas cuando sobre ellas deliberaba: la fuerza de toda determinación radica en el tiempo; las ocasiones y los negocios ruedan y se modifican sin cesar. Yo incurrí en algunos groseros y trascendentales errores durante el transcurso de mi vida, no por falta de buen dictamen sino por escasez de dicha. Existen lados secretos en los objetos que traemos entre manos, e inadivinales, principalmente en la naturaleza de los hombres; condiciones mudas y que por ningún punto se muestran, a veces desconocidas para el mismo que las posee, que se producen y despiertan cuando las ocasiones sobrevienen; si mi prudencia no las pudo penetrar ni profetizar, no por ello quiero mal a mi prudencia; la misión de ésta se mantiene dentro de sus límites: si el acontecimiento me derrota, si favorece el partido que había yo rechazado, el suceso es irremediable, no me culpo a mi, culpo a mi mala fortuna y no a mi obra. Esto no se llama arrepentimiento.

Foción dio a los atenienses cierto consejo que no fue puesto en práctica, y como la cuestión que lo motivara aconteciese prósperamente contra lo que él previera, alguien le dijo: «Que tal, Foción, ¿estás contento de que los sucesos vayan tan a maravilla? - Contentísimo estoy, contestó, de que haya ocurrido lo que hemos visto, pero no me arrepiento de mi consejo.» Cuando mis amigos se dirigen a mí para ser encaminados, les hablo libre y claramente sin detenerme, como casi todo el mundo acostumbra, puesto que siendo la cosa aventurada puede ocurrir lo contrario de mis previsiones, por donde aquéllos puedan censurar mis luces. Lo cual no me importa, pues errarán si tal camino siguen, y yo no debí negarles el servicio que me pedían.

Yo no achaco mis descalabros e infortunios a otro, sino a mí mismo, pues rara vez me sirvo del consejo ajeno si no es por ceremonia, y bien parecer, salvo en el caso en que me son necesarios ciencia, instrucción o conocimiento de [191] la cosa. Mas en aquellas en que sólo mi buen o mal entender precisa, las razones extrañas pueden servirme de apoyo pero poco a desviarme de mi camino: todas las oigo favorable y decorosamente, pero que yo recuerde no he creído hasta hoy más que las mías. A mi juicio, no son éstas sino moscas y átomos que pasean mi voluntad. Poco mérito hago yo de mis apreciaciones, mas tampoco estimo grandemente las ajenas. Con ello el acaso me paga dignamente, pues si no recibo consejos, doy tan pocos como recibo. Si bien soy muy poco requerido, todavía soy menos creído, y no tengo nuevas de ninguna empresa pública o privada que mi parecer haya dirigido y encaminado. Aun aquellos mismos a quienes la casualidad había a ello en algún modo dirigido, se dejaron con mejor gana gobernar por otro cerebro con preferencia al mío. Como quien es tan celoso de los derechos de su tranquilidad como de los de su autoridad, prefiriólo mejor así. Dejándome de tal suerte, se procede conforme a mi albedrío, que consiste en establecerme y contenerme dentro de mí mismo. Me es agradable mantenerme desinteresado en los negocios ajenos y desligado de la salvaguardia de los mismos.

En toda suerte de negocios, cuando ya son pasados, de cualquier modo que hayan acontecido, tengo poco pesar, pues la consideración de que así debieron suceder aparta de

mí el resentimiento. Helos ya formando parte del torrente del universo, en el encadenamiento de las causas según las doctrinas estoicas; vuestra fantasía no puede por deseo e imaginación remover un punto sin que todo el orden de las cosas se derribe, así el pasado como el porvenir.

Detesto además el accidental arrepentimiento a que la edad nos encamina. Aquel que en lo antiguo decía estar obligado a los años porque le habían despojado de los placeres voluptuosos, profesaba opiniones diferentes a las mías. Jamás estaré yo reconocido a la debilidad, por mucha calma que me procure: nec tam aversa unquam videbitur ab opere suo Providentia ut debilitas inter optima inventa sit. Los apetitos son raros en la vejez; una saciedad intensa se apodera de nosotros cuando en ella ponemos nuestra planta, en la cual nada veo en que la conciencia tenga que ver: el dolor moral y la debilidad física nos imprimen una virtud cobarde y catarral. No debemos tanto y tan por completo dejarnos llevar por las alteraciones naturales que abastardeemos nuestro juicio. El placer y la juventud no hicieron antaño que yo desconociera el semblante del vicio en la voluptuosidad, ni en el momento actual el hastío con que los años me obsequiaron hace que desconozca el de la voluptuosidad en el vicio: ahora que ya [192] no estoy en mis verdes años, me es dable juzgar como si lo estuviera. Yo que la sacudo viva y atentamente encuentro que mi razón es la misma que gozaba en la edad más licenciosa de mi vida, si es que con la vejez no se ha debilitado y empeorado; y reconozco que oponerse a internarme en ese placer por interés de mi salud corporal, no lo hará como antaño no lo hizo por el cuidado de la salud espiritual. Por verla fuera de combate no la juzgo más valerosa: mis tentaciones son tan derrengadas y mortecinas, que no vale la pena que la razón las combata; con extender las manos las conjuro. Que se la coloque frente a la concupiscencia antigua y creo que tendrá menos fuerza que antaño para rechazarla de las que entonces desplegaba. No veo que mi discernimiento juzgue de la voluptuosidad diferentemente de como antaño juzgaba; tampoco encuentro en ella ninguna claridad nueva, por donde caigo en la cuenta de que si hay convalecencia, es una convalecencia maleada. ¡Miserable suerte de remedio el de deber la salud a la enfermedad! No incumbe a nuestra desdicha cumplir este oficio sino a la bienandanza de nuestro juicio. Nada se me obliga a hacer por las ofensas y las aflicciones si no es maldecirlas; éstas sólo mueven a las gentes que no se despiertan sino a latigazos. Mi razón camina más libremente en la prosperidad, al par que está mucho más distraída y ocupada en digerir los males que los bienes: yo veo con claridad mayor en tiempo sereno; la salud me gobierna más alegre y útilmente que la enfermedad. Avancé cuanto pude hacia mi reparación y reglamento cuando de ellos tenía que gozar: me avergonzaría el que la miseria e infortunio de mi vejez hubiera de ser preferida a mis buenos años, sanos, despiertos y vigorosos, y que hubiera de estimármeme no por lo que fui, sino por lo que dejó de ser.

A mi entender es el «vivir dichosamente», y no como Antístenes decía «el morir dichosamente», lo que constituye la humana felicidad. Yo no aguardé a sujetar monstruosamente la cola de un filósofo a la cabeza de un hombre ya perdido, ni quise tampoco que este raquíctico fin hubiera de desaprobar y desmentir la más hermosa, cabal y dilatada parte de mi vida: quiero presentarme y dejarme ver en todo uniformemente. Si tuviera que recorrer lo andado, viviría como hasta ahora he vivido; ni lamento el pasado, ni temo lo venidero, y, si no me engaño, mi existir anduvo por dentro como por fuera. Uno de los primordiales beneficios que yo deba a mi buena estrella, consiste en que en el curso de

mi estado corporal cada cosa haya acontecido en su tiempo: vi las horas, las flores y el fruto, y ahora tengo la sequía delante de mis ojos, dichosamente, puesto que es natural que así suceda. Soporto los males con dulzura, porque en la época vivo de sufrirlos, y además porque traen [193] halagüeñamente a mi memoria el recuerdo de mi larga y dichosa vida pasada. Análogamente, mi cordura puede muy bien haber sido de la misma índole en el tiempo pasado y en el presente, pero entonces era más fuerte, y mostraba un continente más gracioso, fresco, alegre e ingenuo; ahora la veo baldada, gruñona y trabajosa. Renuncio, por consiguiente, a estas enmiendas casuales y dolorosas. Necesario es que Dios toque nuestro ánimo; preciso es que nuestra conciencia se enmiende por sí misma, mediante, el refuerzo de nuestra razón y no con el ayuda de la debilidad de nuestros apetitos: la voluptuosidad no es en esencia pálida ni descolorida porque la adviertan ojos engañosos y turbios.

Debe amarse la templanza por ella misma y por respeto al Dios que nos la ordenó, como asimismo la castidad; la que los catarros nos prestan, y que yo debo al beneficio de mi cólico, ni es castidad ni templanza. No puede vanagloriarse de menospreciar y combatir el goce voluptuoso, quien no lo ve, quien lo ignora, quien desconoce sus gracias y sus ímpetus y sus bellezas más imantadas; yo que conozco uno y otro puedo decirlo con fundamento. Pero me parece que en la vejez nuestras almas están sujetas a imperfecciones más importunas que en la juventud; así lo decía yo cuando mozo, y entonces mi apreciación no era entendida a causa de mis pocos años; y lo repito ahora que mis cabellos grises me otorgan crédito. Llamamos cordura a la dificultad de nuestros humores, a la repugnancia que las cosas presentes nos ocasionan; mas en verdad acontece que no abandonamos tanto los vicios cuanto por otros los cambiamos, a mi entender de peor catadura: a más de una altivez torpe y caduca, un charlar congojoso, los humores espinosos e insociables, la superstición y un cuidado ridículo en atesorar riquezas cuando no tenemos en qué emplearlas, descubro yo más envidia, injusticia y malignidad; suministran los años más arrugas al espíritu que al semblante y apenas se ven almas, o por lo menos raramente, que envejeciendo dejan de mostrar agrior y olor a moho. El hombre camina íntegramente hacia su crecimiento lo mismo que hacia su decrecimiento. En presencia de la sabiduría de Sócrates, considerando algunas circunstancias de su condena, osaría yo creer que a ella se prestó hasta cierto punto por prevaricación y de propia intento, tocando tan de cerca, a los setenta años que ya contaba, el embotamiento de las ricas prendas de su espíritu y el obscurecer de su acostumbrada clarividencia. ¡Qué metamorfosis la veo yo hacer a diario en muchas de mis relaciones! Es una enfermedad vigorosa que se desliza natural o imperceptiblemente; provisión grande de estudio y precaución no menor hanse menester para evitar las imperfecciones que nos acarrea, o al menos para debilitar el progreso de [194] las mismas. Yo siento que a pesar de todos mis esfuerzos va ganando en mí terreno palmo a palmo; cuanto puedo me sostengo, pero ignoro dónde me llevará. De todas suertes, me congratula que se sepa el lugar de donde caeré.

Capítulo III De tres comercios

No es cosa cuerda clavarse indeleblemente a los peculiares humores y complejiones: nuestra capacidad principal consiste en saber aplicarse a diversos usos. Es ser, mas no es vivir el mantenerse atado y por necesidad obligado en una sola dirección. Las más hermosas almas son aquellas en que se encuentran variedad y flexibilidad mayores. He aquí un honroso testimonio relativo a Catón el antiguo: *Huic versatile ingenium sic pariter ad omnia fuit, ut natum ad id unum diceres, quodcumque ageret.*

Si de mí dependiera formarme a mi albedrío, creo que no hallaría ningún modo de ser, por óptimo que fuera, en el cual me resignara a fijarme para no poder desprenderme; la vida es un movimiento desigual, irregular y multiforme. No es ser amigo de sí mismo y menos todavía dueño, es ser esclavo de la propia individualidad el seguir incesantemente y el estar tan domado por las inclinaciones, que no nos sea dable rehuirlas ni torcerlas. Yo lo declaro en este punto por no poder fácilmente libertarme de la importunidad de mi alma, que comúnmente no acierta a solazarse sino allí donde encuentra impedimentos, ni a emplearse más que en tensión e íntegramente. Por insignificante cosa que se la procure, la abulta y alarga fácilmente hasta un punto en que halla labor para todas sus fuerzas; por esta causa la ociosidad del alma es para mí una ocupación penosa que quebranta mi salud. La mayor parte de los espíritus han menester de materia extraña para desadormecerse y ejercitarse, el mío siente igual necesidad para calmarse y detenerse: *vitia otii negotio discutienda sunt*, pues su más laborioso y principal quehacer es conocerse a sí mismo. Los libros pertenecen para él al género de ocupaciones que le apartan de su estudio; ante los primeros pensamientos que le asaltan, agítase y da muestras de su vigor en todos sentidos, ejercitando sus facultades ya hacia el orden y la gracia, ya encontrando su natural asiento, moderándose y fortificándose. Tiene por sí mismo recursos con que despertar sus facultades, pues la naturaleza le otorgó, como a todos, [195] suficientes medios para su utilidad a la vez que asuntos propios para inventar y discernir.

El meditar es un estudio poderoso y pleno para quien sabe tantearse y emplearse vigorosamente: yo mejor prefiero forjar mi alma que amueblarla. Ninguna ocupación existe ni más débil ni más fuerte que la de conversar con las propias fantasías, según sea el temple de espíritu que se posee, y con ello hacen su oficio las mayores: *quibus vivere est cogitare*; por eso la naturaleza la favoreció con este privilegio, consistente en que nada hay que podamos hacer tan continuamente ni acción a la cual nos sea dable consagrarnos más ordinaria y fácilmente. Es la labor de los dioses, dice Aristóteles, de la cual germinan su beatitud y la nuestra.

La lectura me sirve particularmente a despertar mi razón por diversos objetivos, y contribuye a atarear mi discernimiento, no mi memoria. Pocas son, pues, las conversaciones que me detienen sin vigor ni esfuerzo. Verdad es que la belleza y la gentileza ocupan y llenan otro tanto mi espíritu o acaso más que la profundidad; y lo mismo que en otra ocupación me adormezco, no prestándola sino la corteza de mi atención, acontéceme frecuentemente en las conversaciones alicaídas y deshilvanadas, de puro formulismo, emitir y responder ensueños y torpezas ridículos e indignos de una criatura, o bien mantenerme silencioso con obstinación verdadera, inhábil e incivilmente. Mi manera natural de ser es soñadora, y contribuye a que dentro de mí mismo me recoja, caracterizándome además la ignorancia supina de algunas cosas de las más pueriles. A estas dos cualidades debo el que

a mis expensas se hayan forjado fundadamente cinco o seis cuentos, tan simples los unos como los otros.

Siguiendo con mis razonamientos diré que esta mi complejión dificultosa hace que sea yo delicado en punto a la frecuentación y práctica de los hombres y que me precise escogerlos del montón, convirtiéndome en inhábil para las cosas comunes. Nosotros vivimos con el pueblo y con el pueblo negociamos; si su conversación nos importuna, si menospreciamos el aplicarnos a las almas ínfimas y vulgares (que a veces son tan ordenadas como la más desenvueltas, y es insípida toda sapiencia que a la insapiencia común no se acomoda), no tenemos para que entremeternos ni siquiera en nuestros propios negocios ni tampoco en los ajenos. Así los privados como los públicos se resuelven con la mediación de aquellas gentes. Las menos violentas y más naturales disposiciones de nuestra alma son las más hermosas; las ocupaciones preferibles, las menos esforzadas. ¡Qué oficio tan relevante presta la cordura a aquellos [196] cuyos deseos acomoda al poder de su fuerza! Esta es la ciencia más útil entre las útiles. «Según tus fuerzas», era el refrán y la frase favorita de Sócrates; principio grandemente substancial. Es preciso encaminar y detener nuestros deseos en las cosas más fáciles y vecinas. ¿No es un humor lleno de torpeza el discrepar con mil personas a quienes mi fortuna me une y de quienes no puedo prescindir para detenerme en una o dos alejadas de mi comercio, o más bien en un deseo fantástico de algo que no puedo alcanzar? Mis costumbres blandas, enemigas de toda agriura y rudeza, pueden fácilmente haberme despojado de envidias y enemistades; amado, no digo que lo sea, mas para no ser odiado ningún hombre dio nunca mayores motivos. La frialdad de mi conversación me robó, y con razón, la benevolencia de algunos, los cuales son excusables de interpretar aquélla en distinto y peor sentido del que la informa.

Yo soy capazísimo de conquistar y mantener amistades raras y exquisitas. Cuando me adhiero con voraz deseo a las frecuentaciones que a mi manera de ser se acomodan, con igual avidez me produzco y me lanzo, y es difícil que deje de ganar e impresionar allí donde me dirijo; de ello hice experiencia frecuente y dichosa. En las amistades comunes soy algún tanto estéril y frío, pues mi caminar no es natural cuando no va a toda vela; a más de lo cual, habiéndome la fortuna habituado y hecho exigente desde mi juventud, merced a una amistad exclusiva y perfecta, en cierto modo me hastió de las otras imprimiendo en mi espíritu la idea de que es animal de compañía y no de séquito, como decía aquel antiguo. Yo experimento un quebranto natural al comunicarme a medias y con subterfugios; y soy enemigo de la servil y sospechosa prudencia que se nos ordena en la conversación de esa caterva de amistades numerosas e imperfectas. Más que nunca principalmente se nos aconseja hoy en que no es posible hablar del mundo si no es perjudicial o falsamente.

Por eso veo bien que quien como yo tiene como mira las comodidades de la existencia (hablo de las esenciales) debe huir como de la peste de esas dificultades y delicadezas del humor. Yo alabo las excelencias de un alma de compartimentos diversos, que sea capaz de tenderse y desmontarse; que se encuentre bien hallada allí donde la fortuna la transporte; que pueda departir con el vecino de su fábrica, de sus cazas y querellas, y plazeramente conversar con el carpintero y el jardinero. Yo envidio a los que saben habituarse al ser más ínfimo de su comitiva, y entablar conversación con él en su peculiar espíritu. Enemigo soy del consejo de Platón, quien recomendaba hablar siempre en [197] lenguaje magistral a los servidores, desprovisto de familiaridad y gracia, lo mismo a los varones que a las hembras,

pues a más de la razón alegada, es injusto e inhumano prevalerse de tal o cual prerrogativa de la fortuna; y las policías en que hay menor disparidad entre los criados y los amos, parecen las más equitables. Los demás se cuidan de mantener su espíritu erguido; yo pongo todo mi conato en bajarlo y tenderlo: el mío sólo es vicioso en extensión.

Narras, et genus Aeaci,
et pugnata sacro bella sub Ilio:
quo Chium pretio cadum
mercemur, quis aquam temperet ignibus,
Quo praebente domum, et quota,
pelignis caream frigoribus, taces.

Así como el valor lacedemonio había menester de moderación y de los dulces y graciosos sonos de las flautas para que lo acariciasen en la guerra, por temor de que se lanzara en la temeridad y en la furia, y como todas las demás naciones ordinariamente emplean sonidos y voces agudos y fuertes que sacudan y abrasen hasta el último límite el vigor de los soldados pareceme, contra el opinar ordinario, que en las operaciones de nuestro espíritu, tenemos en general más necesidad de plomo que de alas; más necesitamos frialdad y reposo que agitación y ardor. Sobre todo, a mi juicio, es hacer el tonto echárselas de entendido entre los que no lo son; hablar siempre con rigidez, favellar in punta di forchetta. Es preciso acomodarse al nivel de las personas que nos rodean y a las veces afectar ignorancia; colocad a un lado la fuerza y la sutileza en las conversaciones comunes de la vida; basta con que pongáis orden; arrastraos por tierra, si los que junto a vosotros están lo quieren así.

Los sabios tocan fácilmente con este obstáculo; constantemente hacen alarde de su magisterio, y en todos los lugares de sus libros esparcen de él la semilla. Han vertido en el tiempo en que vivimos tal cantidad en los gabinetes y en los oídos de las damas, que si éstas no retuvieron la substancia, al menos aparentaron retenerla; en toda suerte de conversaciones, por ínfimas y vulgares que sean, echan mano de un modo de hablar y escribir archiculto e inusitado: [198]

Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
hoc cuncta effundunt animi secreta, quid ultra?
Concumbunt docte;

y alegan el testimonio de Platón y el de santo Tomás para cosas en que el primero que les viniera a las mientes les prestaría igual servicio; la doctrina que no pudo llegar a sus almas se detuvo en la lengua. Si las más distinguidas quieren seguir mi consejo, conténtense con hacer valer sus propias y naturales riquezas, pues entiendo que esconden y cubren con los extraños los propios atractivos. Torpeza superlativa la de ahogar la claridad ingénita para lucir con resplandor prestado; nuestras damas se entierran bajo el arte, de capsula totae. Si tan estrafalario proceder siguen, es porque no se conocen bastante; el mundo nada tiene más hermoso; a ellas incumbe procurar honor a las artes y acicalar lo acicalado. ¿Qué precisa, sino vivir honradas y dignificadas? Sóbralas ciencia para lograrlo y sólo han menester despertar y animar las facultades que en ellas nacen. Cuando yo las veo pegadas a la retórica, a la judiciaria, a la lógica y a otras drogas semejantes, vanas e inútiles para sus necesidades, se me ocurre pensar que los hombres que se las aconsejaron hicieronlo para

con esas enseñanzas tener ocasión de gobernarlas, ¿pues qué otra explicación puedo hallar? Basta y sobra con que puedan, sin nuestro concurso, acomodar a la alegría la gracia de sus ojos, a la severidad y a la dulzura; sazonar un no de despego, duda o favor, y no que busquen intérprete a las razones que se alegan en su alabanza. Con esa ciencia mandan a baquetazos y gobiernan a los regentes más doctos. Si a pesar de todo las molesta que en alguna cosa las aventajemos y quieren por curiosidad de espíritu tomar su ración de letras, la poesía es una distracción adecuada a sus menesteres, un arte sutil y juguetón, artificial y parlero, todo placer y aparato como ellas; podrán alcanzar también ventajas varias de la historia; en punto a filosofía, de la parte que puede adaptarse a la vida, tomarán los discursos que las habitúen a juzgar de nuestras condiciones y humores, a defenderse contra nuestras traiciones, a moderar el avasallamiento de sus propios deseos y su propia libertad, a dilatar los placeres de la vida y a soportar humanamente la inconstancia de un servidor, la rudeza de un marido, la importunidad y los destrozos de los años y otras cosas semejantes. Esta es la parte principal que yo les asignaría en punto a ciencia.

Existen naturales particulares, retirados e internos; mi [199] carácter esencial es propio a la comunicación y a la exteriorización; yo me echo fuera y me pongo en evidencia, como nacido para la sociedad y la amistad. La soledad que amo y predico consiste principalmente en acarrear hacia mí interior, mis afecciones y pensamientos; consiste en abreviar y concertar, no mis pasos, sino mis deseos y cuidados, resignando la solicitud extraña y huyendo mortalmente toda obligación y servidumbre, y no tanto la multitud de hombres como la de los negocios. A decir verdad, la soledad local más bien que extiende y amplifica al exterior; yo me lanzo a los negocios de Estado al universo entero con facilidad mayor cuando me encuentro solo; en el Louvre y en el tropel de la sociedad cortesana, me reconcentro y contraigo en mi pellejo; la multitud me empuja hacia dentro, y jamás converso conmigo mismo tan loca, licenciosa y particularmente como cuando me hallo en los lugares de respeto y de prudencia ceremoniosa: no son nuestras locuras las que a risa me provocan, sino nuestras sapiencias. No soy por complexión enemigo de la agitación cortesana; en ella he pasado una parte de mi vida y habituado estoy a conducirme desenvueltamente en las selectas compañías, mas ha de ser por intervalos y cuando a ello me sienta predispuerto. Pero acontece que la blandura de juicio de que voy hablando, forzosamente me sujeta a la soledad. Hasta en mi casa, que es de las más frecuentadas, en medio de una familia numerosa y donde tengo ocasión de ver toda suerte de gentes, rara vez tropiezo con aquellos que gustaría comunicarme, y eso que en ella es mi norma, para mí y para los demás, el disfrute de una libertad inusitada; allí a toda ceremonia se da tregua: a las asistencias, acompañamientos y tales otros preceptos de nuestra cortesanía, cuyo uso es por demás servil e importuno. Cada cual gobierna a su manera y a quien le place sus fantasías comunica: yo me mantengo mudo, soñador y cerrado con cuatro llaves, sin ofensa de mis huéspedes.

Los hombres cuya sociedad y familiaridad ansío son aquellos que se conocen con los dictados de hábiles y fuertes; la imagen de éstos hace que los otros no me plazcan. La índole de ellos es entre todas la más rara, y reconoce la naturaleza principalmente por causa. Es el fin de este comercio preferentemente la frecuentación y conferencia particulares, el ejercitamiento de las almas, sin otro ajeno fruto ni provecho. En nuestras conversaciones, todos los asuntos son para mí iguales; poco me importa que en ellas haya o no haya profundidad ni solidez; la pertinencia y la gracia resplandecen constantemente;

todo en ellas va impregnado de un juicio maduro y permanente, justo, entreverado de bondad, franqueza, alegría y amistad. No es solamente en las cuestiones de resolución complicada, ni [200] en los negocios de los soberanos donde nuestro espíritu muestra su fuerza y su hermosa; manifiéstalas igualmente en los discursos familiares. En el silencio mismo y en las sonrisas conozco yo a mis gentes, y a veces mejor descubro sus interiores cualidades en la mesa que en el consejo. Hipómaco decía bien cuando aseguraba distinguir a maravilla a los buenos atletas con verlos simplemente andar por la calle. Si a la doctrina place inmiscuirse en nuestro departir, no será rechazada, mas tampoco magistral, imperiosa ni importuna cual comúnmente se acostumbra, sino sufragánea y dócil por sí misma. Pasar el tiempo es nuestra mira; cuando suene la hora de la instrucción y la predicación, a buscarla iremos en su trono; que lo sentencioso y lo doctrinal se coloquen por esta vez a nuestro nivel, si les place, pues, tan útiles y deseables como son, creo yo que en última instancia sin ellos podemos salir adelante. Mi alma fuerte, práctica y ejercitada en el comercio humano, por sí misma se muestra grata: el arte no es otra cosa que la fiscalización y el registro de las producciones de tales almas.

Es también para mi un comercio ameno el de las mujeres bellas y de grande gentileza: nam nos quoque oculos eruditos habemus. Si el alma no encuentra en él tanto deleite como en el primero, los sentidos corporales, que tienen en éste participación más grande, condúcenla a una proporción vecina del otro, aunque a mi juicio no igual. Mas es un comercio en que el dominio de sí mismo es indispensable, señaladamente para aquellos en que, como yo, la sangre es muy pudiente. Yo con él me ponía ardoroso en mi infancia y experimentaba toda la rabia que los poetas dicen sobrevenir a los que se dejan llevar sin orden ni discernimiento. Verdad es que estos latigazos me sirvieron luego de instrucción prudente.

Quicumque Argolica de classe Capharea fugit,
semper ab Euboicis vela retorquet aquis.

Es locura amarrar a él todos nuestros pensamientos zambulléndose con afección furiosa e inmoderada. Mas, por otra parte, el cultivarlo sin amor, con una afección huérfana de voluntad, al modo de los comediantes para representar un papel conforme a la edad y a la costumbre, y no poner de sí sino las palabras, es sin duda proveer a su seguridad, pero cobardemente, como quien abandonara su honor, su provecho o su placer por temor del peligro, pues es seguro que los que tal conducta siguen están incapacitados de alcanzar ningún fruto que toque o satisfaga a un [201] alma de buen temple. De buena fe es preciso haber deseado lo que se quiere poseer, y de buena fe hallar placer en el disfrute, aun cuando injustamente la fortuna favorezca el semblante de las damas, lo cual acontece con frecuencia, a causa de que ninguna hay, por desdichada que sea, que no entienda ser amabilísima, o que no se recomiende por su edad, o por cabellera o por sus andares (a decir verdad, feas en absoluto no las hay, como tampoco hermosas en igual medida, y las hijas de los bracmanes, incapaces de mostrar recomendación más ventajosa, se encaminan a la plaza hallándose en ella el pueblo congregado por pregón, mostrando sus partes matrimoniales para ver si así al menos, pueden adquirir marido), por consiguiente no hay una siquiera que no se deje persuadir ante el primer juramento que sus ojos ven y que sus oídos oyen. Ahora bien, de esta traición común y ordinaria a los hombres de hoy, preciso es que sobrevenga lo que nos muestra la experiencia, o sea que las mujeres se unen, y entre ellas buscan arrimo

para huirnos; o bien con el ejemplo que las ofrecemos se conforman, representando su papel en la farsa y prestándose a esta negociación, desnudas de cuidados, pasiones y amor, neque affectui suo, aut alieno, obnoxiae; estimando, según los principios que emite Lysias en Platón, que más ventajosa y útilmente pueden entregárenos cuanto menor sea para con ellas nuestro amor; acontecerá a la postre lo que en las comedias en las cuales el disfrute del pueblo es igual o mayor que el de los comediantes. Como no concibo a Venus sin Cupido, tampoco imagino la maternidad sin progenitura; cosas son ambas que se deben y prestan la una a la otra en sus esencias respectivas. De suerte que esa especie de engaño va de rechazo contra quien lo ejecutó, y, si bien nada le cuesta practicarlo, tampoco con él adquiere nada que valga la pena. Los que de Venus hicieron a una diosa, consideraron que su principal encanto era espiritual e incorpóreo, mas el que aquellas gentes buscan no sólo no es humano, ni siquiera es animal. Los animales no apetecen belleza tan pesada y terrestre, y vemos que la fantasía y el deseo frecuentemente los impulsan y solicitan, antes de ser arrastrados por el cuerpo; ocasión tenemos de advertir que al hallarse juntos machos y hembras, eligen y excogitan en sus afecciones, al par que mantienen largas uniones en armonía perfecta. Cuando la vejez acaba con su fuerza corporal, algunos se estremecen de amor, relinchan y se agitan. Vémoslos antes del acto amoroso repletos de esperanza y de ardor, y cuando ya el cuerpo hizo su juego, relamerse todavía por la dulzura del recuerdo; otros y que se inflan de altivez luego que su necesidad satisfacen, entonando cánticos de [202] fiesta y de triunfo cansados ya y hartos. Quien no busca sino descargar el cuerpo de una necesidad natural, tampoco tiene para qué intrigar al prójimo por intermedio de interesantes aprestos; la carne que busca no es adecuada para un hambre tan ordinaria y grosera.

Como el que no quiere que le tengan por mejor de lo que es, apuntaré aquí los errores de mi juventud. No solamente por la conservación de la salud (sin embargo no acertó a proceder con cordura tanta que no dejara de experimentar dos rasguños, aunque fueron ligeros y sin consecuencias), sino también por menosprecio, nunca me arrastraron los venales y públicos juntamientos; quise aguzar este placer por medio de la dificultad, el deseo y el amor propio, gustando la manera del emperador Tiberio, el cual se prendaba en sus amores lo mismo de la modestia y de la nobleza que de otros méritos distintos; y la de Flora la cortesana, que no se prestaba a menos que el beneficiado no fuera dictador, censor o cónsul, alcanzando la mayor suma de agrado de la dignidad de sus amadores. En verdad, las perlas y el brocado contribuyen a aquél, como los títulos y el aparato. Por otra parte, concedía yo importancia grande al espíritu, con tal de que el cuerpo le hiciera compañía, pues hablando en conciencia, si a una o la otra de las dos bellezas había de faltar, necesariamente hubiera mejor prescindido de la espiritual, que tiene más digno empleo en mejores cosas; mas en punto a amor, el cual mira principalmente a la vista y al tacto, algo puede hacerse sin las gracias corporales. Es la belleza la ventaja verdadera de las damas; tan propia les es que la nuestra, aunque exige rasgos algo distintos, no es con la suya confundida sino en la infancia desbarbada. Cuéntase que en la casa del Gran Señor, los que le sirven a título de belleza, que son en número infinito, son, cuando más tarde, despedidos a los veintidós años. La razón, la prudencia y los oficios de amistad aviénense mejor con los hombres, por lo cual gobiernan éstos los negocios del mundo.

Estos dos comercios son fortuitos y dependientes del prójimo: el uno por su rareza es difícil de procurar; el otro se agosta con los años; de suerte que solos no hubieran bastado a

proveer las necesidades de mi vida. El de los libros, que es el tercero, nos ofrece mayor seguridad; es más nuestro, y si bien cede a los primeros en algunas ventajas, supéralos en la constancia y facilidad de su servicio. Este es el que costea todo el curso de mi vida y el que me asiste en todo momento; consuela mi vejez y mi soledad, descárgame del peso de una ociosidad pesada, me liberta a toda hora de las compañías que me fastidian, y debilita las acometidas del dolor cuando no es extremo y por entero no me domina. Para distraerme de una fantasía importuna, [203] no hallo medio comparable al de echar mano de los libros, que me sumergen fácilmente en ellos y me la arrebatan; y no se me insubordinan por ver que solo de ellos sirvo cuando las otras comodidades me faltan, las cuales son más reales, naturales y vivas; me acogen siempre con igual semblante. Dícese que bien camina «quien conduce el caballo de la brida»; y nuestro Jaime, rey de Nápoles y de Sicilia, que hermoso, joven y sano hacía que le llevaran en parihuelas, tendido en un mal colchoncillo de plumas, vestido con un traje de paño gris y cubierta la cabeza con un gorro de lo mismo, iba seguid sin embargo, con pompa majestuosa de literas, caballos a la mano de todas suertes, gentilhombres y oficiales, representando a pesar del séquito una austeridad ligera e insegura: el enfermo cuya curación está a su alcance no merece que se le tenga lástima. En la experiencia y uso de esta sentencia, que es veracísima, consiste todo el fruto que yo saco de los libros; de ellos me sirvo, en efecto, casi como aquellos que los desconocen; disfruto como los avaros de un tesoro, para estar seguro de que gozan cuando me plazca; mi alma halla el contento y la calma con ese derecho de posesión. Ni en tiempo de paz, ni en épocas de guerra dejan los libros de acompañarme, a pesar de lo cual se pasarán muchos días y hasta meses sin que yo de ellos eche mano; los leeré dentro de un momento, me digo, o mañana, o cuando se me antoje: mientras tanto el tiempo corre y se va sin serme oneroso, pues es indecible cuánto me tranquilizo y apaciguo considerando que están junto a mí para procurarme placer cuando lo quiera y reconociendo cuán grande es el alivio que facilitan a mi vida. Son la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje, y compadezco extremadamente a los hombres de entendimiento que no la echan de menos. Mejor que éste acojo cualquiera otro entretenimiento, por ligero que sea, en razón a que el de los libros no puede nunca faltarme.

En mi vivienda me recojo con mayor frecuencia, en mi biblioteca, donde, teniéndolo todo a la mira, doy órdenes a mis gentes. Me coloco a la entrada y veo por bajo mi jardín, el patio, el corral así como a la mayor parte de las personas de mi casa. Allí hojeo unas veces un libro, otras otro, sin orden ni designio, al desgaire: unas veces fantaseo, otras registro y otras dicto paseándome los que aquí veis. Está instalada en el piso tercero de una torre: el primero es mi capilla; el segundo, un dormitorio con sus accesorios, donde me acuesto con frecuencia para encontrarme solo, que tiene por encima un espacioso guardarropa; antaño era el lugar más inútil de mi casa. Allí paso la mayor parte de los días de mi vida y casi todas las horas del día, pero nunca por la noche permanezco. Contiguo al dormitorio hay un pulido gabinete, donde en invierno [204] puede encenderse luego, con pintorescas vistas. Si yo no temiera más que los gastos los cuidados que todo trabajo acarrea, podría fácilmente instalar a cada lado una galería de cien pasos de largo y doce de ancho, a nivel, habiendo encontrado todos los muros montados para otro uso, a la altura que me precisa. Todo lugar retirado requiere un paseo; mis pensamientos duermen cuando los siento; mi espíritu no va solo como al ser agitado por las piernas: todos los que sin libros estudian experimentan impresión idéntica. La figura de mi biblioteca es circular, y la pared no tiene de plano sino el lugar preciso para la mesa; el sitial; al ondularse, me ofrece de una ojeada todos mis

libros, colocados en estantes de cinco peldaños, todo alrededor. Tiene tres vistas que de frente se extienden a lo lejos, y hasta diez y seis pasos de diámetro completamente libres. En invierno me instalo en ella más raramente, pues mi casa está colgada en un cerro, como su nombre reza, y ninguna habitación mas que ésta está expuesta a los elementos; y me place por eso para mantenerme apartado, tanto por el provecho que a la ejercitación acompaña, como para alejar de mí a las gentes. Allí está mi residencia; allí intento convertirme a mi propia dominación y sustraerme en ese solo rincón de la comunidad conyugal, filial y civil; en todo otro aposento mi autoridad es sólo verbal, confusa y teórica. ¡Miserable a mí ver quien en su agujero no tiene donde meterse; donde hacer particularmente su corte, donde ocultarse! La ambición recompensa bien a sus esclavos teniéndolos constantemente a la vista de los espectadores, como la estatua de una plaza: magna servitus est magna fortuna: ni siquiera su recogimiento tienen por retiro. Nada he juzgado tan rudo en la austeridad de la vida de nuestros religiosos como lo que veo en las órdenes que tienen por regla la perpetua sociedad y compañía y la numerosa asistencia entre ellos, sea cual fuere la acción que ejecuten. En cierto modo encuentro más soportable estar siempre solo que no poder jamás estarlo.

Si alguien me dice que es envilecer las musas servirse solamente de ellas como de juguete y pasatiempo, es porque no sabe como yo cuánto valen el placer, el juego y la distracción; casi me atrevería a decir que todo otro fin es ridículo. Yo vivo al día, y, con respeto sea dicho, no vivo sino para mí: mis designios todos en ello finalizan. Cuando joven, estudié para la ostentación; luego, un poco para templa mi juicio, ahora para distraerme, y jamás para el material provecho. Un humor vano y dispendioso que antaño me encaminara a mi biblioteca, no sólo para proveer a las necesidades de mi espíritu, sino para algo que se le acerca, [205] para tapizarlo y adornarlo, ha ya tiempo que lo abandoné.

Muestran los libros muchas gratas cualidades a los que los saben elegir mas ningún goce sin dolor: son un placer que, como los otros, no es nítido ni puro; tiene sus incomodidades, que son bien pesadas; el alma con ellos se ejercita, pero el cuerpo, cuyo cuidado nunca olvidé, permanece mientras tanto sin acción, cae por tierra y se entristece. Ningún exceso conozco para mí más perjudicial ni que en la declinación de la edad deba más evitarse.

Estas son mis tres ocupaciones favoritas y particulares, sin hablar de las que por obligación civil al mundo soy deudor.

Capítulo IV De la diversión

Antaño me empleé en consolar a una dama verdaderamente afligida; la mayor parte de los duelos femeninos son artificiales y de ceremonia

Uberibus semper lacrymis, semperque paratis
in statione sua, atque exspectantibus illam,
que jubeat manare modo.

Mal proceder es oponerse a esta pasión, pues la contrariedad las incita e interna más en la tristeza; exaspérase el mal por el celo del debate. En las conversaciones indiferentes vemos que lo que uno dice sin interés, cuando la réplica se interpone truecáse en cosa formal, y de ello se hace adopción entera; con mayor motivo el tesón se sostiene al poner empeño en lo que se dice. Además, procediendo de aquel modo obráis en vuestra operación con entrada, cuando la primera labor del médico para con su paciente debe ser graciosa, agradable y servicial; y nunca facultativo feo y desdeñoso hizo cosa que valiera a la pena. Al revés, pues; es preciso ayudar desde los comienzos y favorecer sus quejas, testimoniándolas alguna aprobación y excusa. Por virtud de esta inteligencia alcanzáis crédito para caminar más adentro, y con inclinación fácil o insensible os vais deslizado, empleando discursos más resistentes y propios para la curación. Yo que principalmente deseaba engañar a la concurrencia que en mí tenía puesto los ojos, procuré paliar el mal; de suerte que, por experiencia, reconozco tener mala e infructuosa mano para persuadir, pues me ocurre o que presento mis razones en exceso puntiagudas o demasiado secas, o bien con brusquedad y al desgaire. Luego que me hube aplicado algún [206] tiempo al mal que a la dama atormentaba, ya no intenté curarla por razones fuertes y vivas, bien por falta de ellas, bien porque de otro modo pensaba cumplir mejor mi cometido; ni fui tampoco eligiendo las diversas maneras que la filosofía para consolar prescribe: Que lo que se lamenta no es un mal, como Cleantes; que es un mal ligero, como los peripatéticos; que el quejarse no es acción justa ni laudable, como Crisipo; tampoco eché mano de las máximas de Epicuro, que se acercan más a mi modo de ser, o sea convertir el pensamiento de las cosas molestas a las agradables; ni empleé de una vez todo ese montón de remedios, como Cicerón, sino que declinando blandamente nuestra conversación y desviándola poco a poco hacia las cosas más vecinas luego hacia las un poco más apartadas, conforme la dama a ellas se prestaba, apartela imperceptiblemente de la idea dolorosa, la calmé y conduje por completo a adoptar buen continente, igual al que yo mostraba. Todo lo cual conseguí ayudado con la diversión. Los que me siguieron en este mismo propósito no hallaron enmienda alguna, pues yo no había extirpado con el hacha la raíz.

El acaso me hizo tropezar en otras partes con algunas especies de diversiones públicas; el empleo de las militares de que Pericles se sirvió en la guerra peloponesiaca y mil otros en distintas circunstancias para alejar de su país las fuerzas contrarias, es muy frecuente en las historias. Ingenioso fue el procedimiento con que el señor de Humbercourt, se salvó a sí propio y a sus gentes en la ciudad de Lieja, donde el duque de Borgoña, que le tenía sitiado, le había hecho entrar para poner en práctica el convenio de la acordada rendición. Reunido el pueblo durante la noche para deliberar, empezó por revolverse contra las determinaciones pasadas, y acordaron varios atacar a los negociadores, a quienes tenían en su poder; tan luego como el primero hubo sentido el viento de la primera ondeada de esas gentes que iban a lanzarse en sus viviendas, les soltó dos habitantes de la ciudad (pues tenía algunos en su compañía), encargados de comunicar más suaves nuevas para que las expusieran en el consejo, las cuales por salir del apuro habían forjado. Los dos emisarios dichos detuvieron la primera tormenta conduciendo a la casa de la villa las alborotadas turbas para que oyeran su comisión y siguieran luego deliberando sobre ella. Esta tarea fue corta y al punto se desbordó una segunda tormenta tan animada como la otra; cuatro emisarios salieron de nuevo enviados por el mismo jefe, los cuales hicieron protesta de tener que presentarles más ventajosas proposiciones, encaminadas todas a su

contentamiento y satisfacción, por donde el amotinado pueblo fue de nuevo rechazado en el cónclave. En conclusión, con divertimientos semejantes, distrayendo su furia y disipándola en consultaciones vanas, [207] logró al fin adormecer al pueblo, ganando el día, que era su mira principal.

Este otro cuento pertenece a la misma categoría: Atalante, joven de belleza sin par y de maravillosa disposición, para deshacerse de los mil perseguidores que la solicitaban en matrimonio, presentó a sus enamorados la siguiente condición: «que aceptaría la mano del que en la carrera la igualara, siempre y cuando que aquellos que a su nivel no estuviesen perdieran la vida.» Hubo bastantes que estimaron el premio digno de afrontar el peligro y que sufrieron la pena de condición tan cruel. Como Hipomenes tuviera que hacer su ensayo después de algunos otros, dirigióse a la diosa tutelar de tan amoroso ardor, llamándola a su socorro, la cual, oyendo su plegaria, le proveyó de tres manzanas de oro, instruyéndole del uso que de ellas había de hacer. Puestos ya a correr los contrincantes, a medida que Hipomenes iba sintiendo a su amada cerca de sus talones, dejó escapar, como por inadvertencia, una de las manzanas; la joven, atraída por su belleza, no dejó de volverse para recogerla:

Obstupuit virgo, nitidique cupidine pomi
declinat cursus, aurumque volubile tollit.

Lo mismo hizo Hipomenes con la segunda y tercera manzana, y merced al extravío y distracción consiguientes, la ventaja en la carrera quedó de su parte. Cuando los médicos no pueden limpiarnos del catarro, lo distraen y desvían a otra parte menos peligrosa; y advierto también que ésta es la más ordinaria receta para las enfermedades del alma: *abducendus etiam nonnunquam animus est ad alia studia, sollicitudines, curas, negotia; loci denique mutatione, tanquam aegroti non convalescentes, saepe curandus est. Poco es su poder contra los males que vienen derechos; imposible es que haga frente o eche por tierra la acometida; todo lo más a que se alcanza es a que declinen y se desvíen.*

Demasiado elevado y difícil es el proceder que consiste en detener en la cosa a los primeros de que hablé, y hacer que puramente la consideren y la juzguen. Sólo a un Sócrates pertenece el asomarse a la muerte con su semblante ordinario, familiarizarse con ella y trocarla en cosa de distracción; fuera de la cosa no busca consolación; el morir le parece un accidente natural e indiferente; precisamente a él lanza su mirada, y al acto se resuelve sin desviar sus [208] ojos. Los discípulos de Hegesias, que se dejaron morir de hambre, exaltados por los lacrimosos razonamientos de las lecciones del filósofo, y en tan gran número que el rey Tolomeo lo prohibió que en su escuela pronunciara tan homicidas discursos, no consideraron la muerte en sí misma, ni tampoco la juzgaron, ni en ella detuvieron su pensamiento; entrevieron y corrieron hacia un ser nuevo.

Esas pobres gentes que vemos en el cadalso llenas de una devoción ardiente y empleando sus sentidos todos hasta donde sus fuerzas alcanzan: los oídos a las instrucciones que se les ordenan, los ojos y las manos elevados al cielo, la voz entonando oraciones elevadas con emoción ruda y no interrumpida, practican en verdad cosa laudable y en armonía con la situación en que se encuentran; debemos ensalzar su religiosidad, mas no propiamente su firmeza, pues lo que en realidad hacen es huir de la lucha, desviar de la

muerte su atención, como a los niños se distrae cuando quiere dárselos el lancetazo. He visto algunos cuya mirada, si alguna vez descendía a considerar los horribles aprestos de la muerte que los circundaban, se transían, y lanzaban con furia a otras consideraciones su pensamiento. A los que experimentan horror profundo, se les ordena que cierren los ojos o que miren a otro lado.

Debiendo ser ejecutado Sobrio Flavio por orden de Nerón y por las manos de Níger (ambos eran caudillos de guerra), cuando llevaron al primero al campo donde la ejecución había de tener lugar, como viera la fosa que Níger había hecho cavar para sepulcro de sus despojos: «Ni esto mismo, dijo convirtiendo los ojos a los soldados que tenía delante, está conforme con la disciplina militar»; y a Níger, que le exhortaba para que mantuviese firme la cabeza: «¡Hirierais con fuerza igual a mi resistencia!» Y dijo bien, pues el tembloroso brazo del ejecutor no fue capaz de amputar la cabeza de un solo golpe. Éste semeja haber mantenido su mente derecha y fija en su suplicio y en su muerte.

El que acaba en los campos de batalla, con las armas en la mano, no estudia entonces la muerte, ni la siente ni la considera; el ardor del combate le arrebató. Un hombre valiente a quien conozco, batiéndose en campo cerrado, dio en tierra, y como su enemigo le suministrase nueve o diez heridas con la daga, todos los que estaban presentes gritábanle que pensara en su conciencia; mas el vencido me contó que, aunque las voces llegaban a sus oídos, no le hicieron efecto alguno, y que no pensó más que en desquitarse y vengarse, logrando matar a su adversario en este mismo combate. Mucho hizo por L. Silano, quien al comunicarle la nueva de su condena, habiendo oído esta respuesta: «que estaba dispuesto a morir, pero no de manos criminales se lanzó con sus soldados sobre aquél y su comitiva; [209] Silano, desarmado, se defendió obstinadamente con pies y puños y murió en la pendencia, disipando en cojera pronta y tumultuaria el sentimiento penoso de una muerte larga y preparada a la cual estaba destinado.

Nuestro pensamiento se mantiene en perpetua ausencia, el anhelo de una mejor vida nos detiene o apoya; o la esperanza en el valer de nuestros hijos, o la gloria futura de nuestro nombre, o el huir de los males de esta vida, o la venganza que amenaza a los que nos ocasionan la muerte.

Spero equidem mediis, si quid pia numina possunt,
supplicia hausurum scopulis, et nomine Dido
saepe vocaturum...
Audiam; et haec manes veniet mihi fama sub imos.

Con la corona en la frente, Jenofonte sacrificaba cuando le anunciaron la muerte de su hijo Grillo en la batalla de Mantinea; ante la impresión que la nueva le produjo lanzó la corona al suelo, mas por los detalles que al punto supo, viendo que se trataba de un fin valeroso, recogió la corona y de nuevo la ciñó sobre sus sienes; Epicuro mismo halla consuelo en su fin con la eternidad y utilidad de sus escritos: omnes clari et nobilitati labores fiunt tolerabiles; las mismas heridas y fatigas iguales no pesan tanto a un general como a un soldado, dice Jenofonte; Epaminondas soportó su muerte con menos pesar en cuanto le informaron que la victoria estaba de su parte: haec sunt solatia, haec fomenta summorum dolorum. Tales otras circunstancias nos entretienen, distraen y apartan de la

consideración de la cosa en sí misma. Hasta los argumentos mismos de la filosofía van constantemente costeano y rehuyendo la materia y apenas si llegan a tocarla: el primer hombre de la primera esencia filosófica, subintendente de las otras, el gran Zenón, dijo de la muerte: «Ningún mal es digno; la muerte sí lo es, luego no es un mal»; de la embriaguez. «Nadie confía su secreto al borracho; todos lo ponen en manos del continente; éste, pues, no será borracho.» ¡He aquí lo que se llama dar en el blanco! Me place ver que todas esas almas altísimas no pueden desprenderse de nuestro comercio; sea cual fuere su perfeccionamiento, hombres son con todas las máculas que al hombre acompañan.

La venganza es una pasión dulcísima que nos arrastra, y a la cual naturalmente propendemos; aunque de ello no tenga yo experiencia alguna, véolo clara y distintamente. [210] Para apartarla poco ha de un príncipe mozo, no le prediqué la necesidad de mostrar la mejilla izquierda a quien había golpeado la derecha, merced al deber que la humildad impone; ni le representé los trágicos acontecimientos que la poesía atribuye a esta pasión, sino que se la dejé quieta, entreteniéndome en hacerle gustar la hermosura de una imagen contraria: el honor, favor y benevolencia que alcanzaría mediante la clemencia y la bondad, por donde le encaminé hacia la ambición. Este es el camino que debe seguirse.

Si vuestra afección amorosa es prepotente, disipadla, dicen algunos, y dicen bien, pues yo provechosamente he aplicado este remedio; rompedla en deseos diversos, de los cuales haya uno, si queréis, que regente y gobierne; mas para que no os sofreno y tiranice, debilitadla y detenedla dividiéndola y distrayéndola:

Quum morosa vago singultiet inguine vena,
conjjicito humorem collectum in corpora quaeque:

y proveed temprano, no sea que luego os apene una vez que os haya atrapado fuertemente:

Si non prima novis conturbes vulnera plagis,
volgivaque vagus venere ante recentia cures.

Antaño fui acometido por un disgusto poderoso para mi complexión y todavía mas justo que avasallador; de haber confiado en mis débiles fuerzas para desposeerme de él acaso me hubiera perdido. Habiendo menester de una vehemente diversión de espíritu para con ella distraerme, encomendeme al amor por arte y estudio, a lo cual la edad me ayudaba, y esta pasión me alivió y retiró del mal que la amistad me había ocasionado. Con todos los demás pesares me acontece lo propio: cuando se apodera de ninguna fantasía desagradable, hallo más breve que domarla modificarla; y la sustituyo, si no me es dable con una contraria, al menos con otra diferente, pues siempre la variación alivia, disuelve y disipa. Cuando no puedo combatirla, la huyo, y al huir la engaño y la burlo; mudando de lugar, de ocupación y compañía, me salvo en la sociedad merced a otras ideas y pensamientos, con los cuales el mal pierde mis trazas y se extravía.

Así obra Naturaleza en provecho de la inconstancia, pues el tiempo que nos diera como remedio soberano de nuestras pasiones, logra su efecto principalmente proveyendo constantemente de asuntos diversos a nuestra mente, [211] y disuelve y corrompe la aprensión primera por resistente que sea. Un filósofo no ve menos a su amigo moribundo el

primer año que al cabo de veinticinco y según Epicuro así debe acontecer, pues éste no atribuye ningún lenitivo a los pesares por su previsión, como tampoco por su antigüedad; lo que ocurre es que tantas otras cogitaciones atraviesan nuestro espíritu, que los dolores así languidecen y se fatigan.

Para desviar la inclinación de los vulgares rumores Alcibíades cortó las orejas y la cola a un hermoso perro que tenía, y le lanzó a la plaza, a fin de que suministrando este pasto a la charla del pueblo, dejara en paz sus demás acciones. He visto también, para lograr este efecto de divertir las opiniones y conjeturas de las masas y desviar a los parlanchines, que algunas mujeres ocultaron sus verdaderas afecciones con otras contrahechas. Y he visto tal, que contrahaciéndose dejase amar de verdad, y abandonó la afección original y verdadera por la fingida; aprendiendo por ello que los que se encuentran bien asegurados, son muy torpes al consentir en tal disfraz. Estando los acogimientos y públicas conversaciones reservados a este servidor postizo, creed que necesita ser muy romo si no se coloca en vuestro lugar y os envía al que ocupaba. Esto se llama cortar y coser un zapato para que otro se lo calce.

Poca cosa basta a divertirnos y extraviarnos. Apenas si consideramos los objetos en general en sí mismos: son las circunstancias y las imágenes menudas y superficiales lo que nuestra atención solicita y las vanas apariencias que de las cosas surgen:

Volliculos ut nunc teretes aestate cicadae

linquunt:

Plutarco mismo lamenta la pérdida de su hija a causa de las monerías que en la infancia ejecutaba. El recuerdo de un adiós, el de una acción, el de una gracia particular, el de una postrera recomendación nos afligen. Las vestiduras de César trastornaron toda Roma, e hicieron lo que su muerte no había logrado: el timbre mismo de las palabras que resuena en nuestros oídos: «¡Mi pobre maestro! o ¡Mi grande amigo! o ¡Mi querido padre! o ¡Mi buena hija!» Cuando me pellizcan estas exclamaciones y de cerca las considero, reconozco que son quejas gramaticales y vocales; el tono y las palabras me hieren, de la propia suerte que, las exclamaciones de los predicadores conmueven al auditorio frecuentemente más que las razones, y como nos hiere la plañidera voz de un animal que para nuestro servicio se sacrifica, sin que pesemos ni penetremos la verdadera esencia maciza y sólida de nuestro duelo: [212]

His se stimulis dolor ipse lacessit.

Estos son los verdaderos fundamentos de nuestro llanto.

La rudeza de mi mal de piedra me ha lanzado a veces en dilatadas supresiones de orina de tres y cuatro días, y tan adentro de la muerte, que hubiera sido locura pretender evitarla, ni siquiera desear evitarla, en presencia de los crueles tormentos que ese mal acarrea. Aquel dulce emperador que hacía ligar las partes a los criminales para que muriesen a falta de orinar, era maestro grande en la ciencia de los verdugos. Encontrándome en situación semejante, tuve ocasión de ver por cuán ligeras causas y objetos la fantasía alimentaba en mí el sentimiento de la vida, merced a qué átomos se edificaba en mi alma la dificultad y el

peso del desalojamiento, a cuántos pensamientos frívolos dejamos lugar al dilucidarse un negocio tan importante: un perro, un caballo, un libro, un vaso y cuantísimos otros objetos de igual tenor, eran cosas importantes en mi acabar. En el de los otros sus ambiciones, sus ambiciosas esperanzas, su bolsa y su ciencia, no menos estúpidamente, a mi entender. Yo contemplo indiferentemente, la muerte cuando generalmente la considero como fin de la vida. La desafío en general; individualmente me aflige; las lágrimas de un criado, la distribución de mis bienes, el contacto de una mano amiga, una consolación común me desconsuelan y enternecen. Así perturban nuestra alma los lamentos de las fábulas, y los pesares de Dido y Ariadne apasionan hasta a los mismos que no creen en ellos, en Virgilio y en Catulo. Muestra es de un natural duro y obstinado el no experimentar emoción alguna, cual de Polemón milagrosamente se refiere, mas tampoco palideció ante la mordedura de un perro hidrófobo que le arrancó una pantorrilla. Ninguna cordura va tan allá que considerando la causa de una tristeza, viva e íntegra por discernimiento, deje de sufrir algún acceso por la presencia, cuando los ojos y los oídos tienen en ella parte, los cuales no pueden ser agitados sino por vanos accidentes.

¿Es razonable que las artes mismas se sirvan y conviertan en su provecho nuestra debilidad y torpeza naturales? El orador, dice la retórica, en ese artificio de su peroración conmoverá merced al timbre de su voz y ficticias agitaciones, y se dejará engañar por la pasión que simula; imprimirá un duelo verdadero y esencial valiéndose de la mojiganga que representa para transmitirla a los jueces, a quienes todavía es más indiferente. Así ocurre con las personas a quienes en los funerales se alquila, para venir en ayuda de la ceremonia del duelo; gentes que venden sus [213] lágrimas a peso y medida, y lo mismo su tristeza, pues aun cuando se conmueven por manera prestada, acomodando, sin embargo, su continente, cierto es que se dejan arrastrar en toda su integridad, recibiendo en sí mismos una melancolía verdadera. Entre otros varios de sus amigos asistí a la traslación a Soissons del cadáver del señor Gramont desde el sitio de La Fère en que fue muerto, y reparé que por todos los sitios donde pasamos llenábamos al pueblo de lamentaciones y lloros, con los cuales tropezábamos, con la sola muestra y aparato de nuestro convoy, pues ni siquiera el nombre del difunto era conocido. Quintiliano refiere haber visto comediantes tan fuertemente identificados con sus papeles de duelo, que lloraban hasta en su propio domicilio; y de sí mismo, que habiendo tenido empeño en comunicar ciertos sentimientos a un amigo, se halló por ellos ganado hasta el punto de sorprenderse no sólo llorando, sino pálido el semblante y con todas las muestras de un hombre desolado por el dolor.

En una región cercana de nuestras montañas las mujeres hacen el papel de Juan Palomo, pues a la vez que engrandecen el sentimiento del esposo perdido, por el recuerdo de las buenas y gratas cualidades que poseyera, recopilan y publican sus imperfecciones, como para encontrar en sí mismas alguna compensación, y pasar así de la piedad al menosprecio. Más cuerdamente que nosotros proceden, pues ante la pérdida del primer conocido, le prestamos alabanzas nuevas y falsas y le trocamos en distinto de lo que era tan luego como de vista le perdimos, y se nos antoja diferente de cuando le veíamos, cual si fuera el sentimiento algo de suyo instructivo, o como si las lágrimas, al lavar nuestro entendimiento lo aclarasen. Yo renuncio desde ahora a los favorables testimonios que quieran procurármese, no porque de ellos sea digno, sino porque estaré ya muerto.

Quien preguntare a alguien: «¿Qué interés os mueve a ocupar ese lugar?» «El interés del ejemplo, le responderá, y la común obediencia al príncipe; yo no aspiro a beneficio alguno, y en cuanto a la gloria, bien se me alcanza la parte ínfima que puede corresponder a un hombre de mi categoría: en mi situación, no me mueven la pasión ni la querella.» Vedle, sin embargo, al día siguiente, todo cambiado, todo hirviente y encendido de cólera, acomodado en su rango para acometer el asalto: es el resplandor de tanto acero, y el fuego y el estrépito de los cañones y los tambores lo que infundió vigor nuevo y odio nuevo en sus venas. ¿Y cuál fue la causa? Para agitar nuestra alma ninguna precisa; un ensueño sin cuerpo ni fundamento la regenta y tambalea. Que yo me lance a levantar castillos en el aire, mi fantasía me forjará comodidades y placeres, con los cuales mi alma se reconoce realmente cosquilleada y [214] regocijada. ¡Cuántas veces embrollamos nuestro espíritu con la cólera o la tristeza merced a tales sombras y nos, sumergimos en pasiones fantásticas que trastornan nuestra alma y nuestro cuerpo! ¡Qué gestos de espasmo, de risa o confusión suscitan las soñaciones en nuestros semblantes! ¡Qué sorpresas y agitaciones de miembros y de voz! ¿No se diría de ese hombre solo que experimenta falsas visiones ocasionadas por una multitud de otros hombres con quienes negocia, o que algún demonio interno le persigue? Inquirid dentro de vosotros mismos el origen de semejante mutación: a excepción nuestra ¿hay algo en la naturaleza a quien la nada sustente ni empuje? Cambises, por haber soñado que su hermano iba a sentarse en el trono de Persia, le hizo morir; era un hermano a quien amaba y de quien siempre se había fiado; Aristodemo, rey de los mesenios, se mató, impelido por una fantasía que consideró como de mal agüero y por no sé qué aullidos de sus lebreles; el rey Midas hizo lo mismo, molestado y trastornado por un sueño ingrato que le asaltara. Es avalorar la vida en su justo precio abandonarla por un dueño. Oíd, sin embargo, a nuestra alma triunfar del cuerpo mísero y de su flaqueza por estar siempre expuesto a toda suerte de ofensas y alteraciones. En verdad la razón la acompaña al expresarse así:

O prima infelix fingenti terra Prometheo!

Ille parum cauti pectoris egit opus.

Corpora disponens, mentem non vidi t in arte;

recta animi primun debuit esse via.

Capítulo V

Sobre unos versos de Virgilio

A medida, que los pensamientos provechosos son más plenos y fundamentales, van imposibilitándonos y siéndonos onerosos. El vicio, la muerte, la pobreza, las enfermedades, son cosas graves y que agravan. Es preciso mantener el alma fortificada con los medios que la ayuden a combatir los males, instruida con las reglas del bien vivir y del bien creer, y frecuentemente despertarla y ejercitarla en este hermoso estudio. Mas en una de contextura ordinaria menester es que la lucha no sea ruda ni inmoderada, pues la tensión continuada la enloquecería. Cuando joven, tenía yo necesidad de advertirme y solicitarme para guardar el equilibrio; el regocijo y la salud no van muy de acuerdo, a lo que dicen, con esos discursos de cordura y seriedad: [215] hoy mi situación ha cambiado, y las condiciones de la vejez me amonestan de sobra, formalizan y predicán. Del exceso de alegría vine a dar en la

severidad superabundante, que es un estado más desagradable, por lo cual ahora me dejo llevar adrede algún tanto por el desorden, y deslizo alguna vez mi alma hacia las ideas de juventud y regocijo, en las cuales se detiene placentera. Al presente me siento dominado por el sosiego excesivo y por la pesantez y la madurez en igual grado: la vejez me alecciona todos los días de frialdad y de templanza. Este débil cuerpo huye el desarreglo y lo teme; tócale ahora encaminar el espíritu a la enmienda, gobernar a su vez con mayor imperiosidad y rudeza, y no me deja vagar ni siquiera a una hora, ni cuando duermo, ni cuando velo, sin adoctrinarme con ideas de muerte, paciencia y penitencia. Me defiendo contra la templanza como antaño me defendía contra los goces, aquélla me echa muy hacia atrás, hasta hacerme lindar con la estupidez. Y como yo pongo todo mi conato en ser dueño de mí mismo en todos sentidos, reconozco que la cordura tiene sus excesos y que no ha menester menos que la locura de represión; de suerte que, temeroso de mortificarme, agotarme y agravarme a fuerza de prudencia, en los intervalos que mis males me lo permiten,

Mens intenta suis ne siet usque malis;

extraño con toda suavidad y aparto mi mirada de ese cielo tempestuoso y nubloso que ante mí se extiende, el cual, Dios sea loado, considero sin horror, mas no sin contención ni estudio, y me voy distraendo con la recordación de la juventud pasada:

Animus quod perdidit, optat
atque in praeterita se totus imagine versat.

Que la infancia mire adelante y la vejez detrás, tal era la significación de los dos semblantes de Jano. Que los años me arrastren si a bien lo tienen, yo procuraré que no lo logren sino a reculones; y en tanto que mis ojos puedan reconocer aquella hermosa primavera fenecida, a ella lo convierto a sacudidas: si de mis venas y de mi sangre escapa, al menos no quiero desarraigar su imagen de la memoria:

Hoc est

vivere bis, vita posse priore frui.

Platón ordena a los ancianos la asistencia a los ejercicios, danzas y juegos de la juventud para regocijarse en los [216] demás con la flexibilidad y belleza del cuerpo, que en ellos se desvaneció, y para llamar a su recuerdo la gracia y beneficios de esa edad llena de verdor; y quiere el filósofo que en las diversiones el honor de la victoria sea otorgado al joven que más haya sorprendido y alegrado a mayor número de ancianos. En el tiempo que fue marcaba yo con piedra negra los días pesados y tenebrosos como cosa extraordinaria y singular; ahora éstos son mi ordinario alimento, los extraordinarios son los hermosos y serenos, regocijándome como de un gran beneficio cuando algún dolor no me aqueja. Sin violentarme no soy ya capaz de arrancar una pobre sonrisa de este mezquino cuerpo; sólo por fantasía y por soñación me divierto para engañar así las amargas de la edad, cuando en realidad precisaría otro remedio diferente de un sueño. ¡Débil lucha del arte contra la naturaleza! Simpleza grande es dilatar y anticipar, como todos hacen las incomodidades humanas. Yo prefiero ser viejo menos tiempo a serlo con anticipación, y hasta las más íntimas ocasiones de placer con que puedo tropezar las amarro. Bien conozco de oídas algunas especies de voluptuosidad, prudentes, fuertes y gloriosas, mas la opinión común no

tiene tanto imperio sobre mí que lleguen a excitar mi apetito: no las ansío tan magnánimas, magníficas y fastuosas como las anheladas, fáciles y prestas: *A natura discedimus; populo nos damus, nullius rei bono auctori.* Mi filosofía es toda acción, se aplica al uso natural y presente, y deja estrecho campo a la fantasía. ¡Pluguiera a Dios que me regocijara jugando a las avellanas y al trompo!

Non ponebat enim rumores ante salutem.

Es el placer cosa modesta que por sí misma se considera sobrado espléndida sin el aditamento del premio que a la reputación acompaña y que a la sombra se encuentra muy a su gusto. Debiera tratarse a latigazos al mozo que yo entretuviese en hacer una selección de los distintos placeres que al paladar suministran los vinos y las salsas; nada hubo para mí menos reconocido ni apreciado: ahora es cuando lo aprendo, y de ello me avergüenzo grandemente. ¿Pero qué remedio? Mayor despecho y desconsuelo me producen las causas que a ello me empujan. A los ancianos pertenece soñar y tontear; a los jóvenes, mantenerse en la buena reputación y en el mejor designio: ellos marchan hacia el crédito, camino del mundo, y nosotros volvemos: *Sibi arma, sibi equos, sibi hastas, sibi clavam, sibi pilam, sibi natationes et cursus habeant; nobis senibus, [217] ex lusionibus multis, talos relinquunt et tesseras:* Las leyes mismas nos envían a nuestro retiro. Yo no puedo hacer menos en beneficio de esta mezquina condición, donde mi edad me arrastra, que proveerla de juguetes y niñerías como a la infancia se provee; por algo recaemos en ella. La prudencia y la locura tendrán ocupación sobrada con apuntalarme y socorrerme con sus oficios alternados en esta edad calamitosa:

Misce stultitiam consiliis brevem.

Huyo de la propia suerte los más ligeros pinchazos, y los que antaño no me hubieran ocasionado ni el arañazo más débil, actualmente me atraviesan de parte a parte; ¡tan fácilmente mis hábitos van con el mal plegándose! *In fragili corpore, odiosa omnis offensio est;*

Mensque pati durum sustinet aegra nihil.

Siempre fui quisquilloso y delicado ante las ofensas; ahora todavía soy menos tolerante, y abierto estoy a ellas por todas partes:

Et minimae vires frangere quassa valent.

Mi discernimiento me impide rebelarme y gruñir contra los inconvenientes cuyo sufrimiento naturaleza me ordena; mas, en cambio, me consiente experimentarlos: yo atravesaría el mundo de un extremo al otro buscando un buen año de tranquilidad y plácido contento, puesto que no persigo distinto fin que el de vivir y regocijarme. La tranquilidad sombría y entorpecedora se encuentra de sobra para mí, pero me adormece, haciendo que en ella me obstine, de suerte que en nada me satisface. Si es que hay alguna persona, o alguna buena compañía, en el campo o en la ciudad, en Francia o en otra parte, que viva de asiento o que sea amiga de los viajes, para quien mis humores sean gratos y de quien los

humores sean buenos para mí, no tiene más que silbar en la palma de la mano: yo iré personalmente a proveerla de Ensayos de carne y hueso.

Puesto que al espíritu pertenece el privilegio de libertarse de la vejez, yo aconsejo al mío en cuanto está en mi mano que así lo haga; que reverdezca y que florezca, si puede, como el muérdago reverdece sobre el árbol muerto. [218] Temo mucho su traición: tan estrechamente se ligó al cuerpo, que me abandona siempre para seguir a éste en sus necesidades; yo le acaricio aparte y le ejercito inútilmente; vanamente intento apartarle de esa ligadura, presentándole a Séneca y Catulo, las damas y danzas reales: cuando su compañero padece el cólico, diríase que él también lo sufre; las potencias mismas que le son propias y peculiares no se pueden entonces levantar; denuncian evidentemente la frialdad, y ningún regocijo muestran sus manifestaciones cuando al cuerpo domina la modorra.

Los filósofos se engañan al buscar las causas de los impulsos extraordinarios de nuestro espíritu (aparte de los que atribuyen al arrobamiento divino, al amor, al fuego bélico, a la poesía o al vino) allí donde la salud no impera; una salud hirviente, vigorosa, plena, desbordante, tal como en los pasados tiempos me la procuraban a intervalos el verdor de los años y el sosiego, ese ardor de regocijo suscita en el espíritu vivos relámpagos y resplandores, muy por cima de nuestra claridad natural y entre nuestros entusiasmos, los más gallardos, si no los más locos. Por consiguiente, no es cosa peregrina el que un estado contrario amortigüe mi espíritu, clavándolo en tierra, alcanzando un efecto cabalmente antitético.

Ad nullum consurgit opus, cum corpore languet;

sin embargo, quiero todavía que de mí dependa el que preste en mi persona mucho medios a ese consentimiento, de lo que conforme al uso ayuda ordinariamente a los demás hombres. Al menos, mientras nos quede tregua para ello, expulsemos los males y los embarazos de nuestro comercio:

Dum ficet, obducta solvatur fronte senecti;

tetrica sum amaenanda jocularibus. Gusto yo de una prudencia alegre y urbana, y huyo la rudeza de las costumbres austeras, considerando como sospechoso todo semblante avinagrado.

Tristemque vultus tetrici arrogantiam;
et habet tristis quoque turba cinaedos.

Creo a Platón de buena gana cuando dice que los humores dóciles o ariscos están en armonía cabal con la bondad o [219] maldad del alma, del semblante de Sócrates era invariable, pero sereno y riante, no constante en la tristeza, como el del viejo Craso, a quien nunca se vio reír. La virtud es cualidad alegre y grata. Bien se me alcanza que muy pocas gentes pondrán el rostro ceñudo ante la licencia de mis escritos que no tengan que ponerlo más todavía ante la licencia de su pensamiento: yo me conformo a maravilla con el ánimo de ellas, pero ofendo sus castos ojos. ¡Humor bien ordenado es el de pellizcar los escritos

de Platón, y el deslizar luego sus pretendidas negociaciones con Phedon, Dion, Stella y Arqueanasa! Non pudeat dicere quod non pudet sentire. Yo detesto los espíritus refunfuñones y tristes que se deslizan por la superficie de los placeres de la vida y empuñan los males nutriéndose con ellos, como las moscas, que no pueden sostenerse contra un cuerpo bien pulimentado y alisado y se agarran y reposan en los sitios escabrosos y escarpados, y de la propia suerte que las ventosas, que no absorben ni apetecen sino la sangre viciada y corrompida.

En conclusión, yo me impuse el osar decir todo cuanto me atrevo a hacer; y me disgustan hasta los pensamientos mismos cuando son impublicables. La peor de mis acciones y condiciones no me parece tan fea como encuentro horrible y cobarde el no determinarme a revelarla. Todos son discretos en la confesión, cuando debieran serlo en la acción: el arrojarse de pecar se ve en algún modo compensado y embarazado por el atrevimiento de la confesión: quien se obligara a decirlo todo, obligaría igualmente a no hacer nada de aquello que estuviera obligado a callar.

Quiera Dios que este exceso de mi licencia ponga a los hombres camino de la libertad, haciéndoles atropellar las virtudes cobardes y de aparato que de nuestras imperfecciones emanan. Es necesario que cada cual vea su vicio y lo estudie para recitarlo; los que al prójimo lo ocultan, ocúltanlo ordinariamente a sí mismos, y no lo consideran bastante a cubierto si lo ven; precíales además aminorarlo y disfrazarlo conforme a su propia conciencia: quare vitia sua nemo confitetur? quia etiam nunc in illis est: somnium narrare, vigilantis est. Los males del cuerpo se esclarecen en aumentando; así hallamos que era gota lo que llamábamos reuma o torcedura: los males del alma se obscurecen al afianzarse, cuanto más nos aquejan, menos los sentimos; por eso hay necesidad de manosearlos, de sacarlos a la superficie con dureza y sin miramientos, de abrirlos y arrancarlos de la cavidad de nuestro pecho. Como en materia de buena, acciones acontece con las malas, [220] a veces satisface la sola confesión de las unas y de las otras. ¿Existe en el pecado tal error que nos dispense confesarlo? Yo sufro dolor grande simulándome, tanto que evito almacenar los secretos ajenos por carecer del valor necesario para negar mi ciencia; puedo callarla mas no negarla sin esfuerzo y contrariedad: para ser hombre de secretos, la naturaleza debe ayudarnos, no la obligación de retenerlos. Y para ser apto al servicio de los príncipes no basta ser excelente guardador, hay que saber mentir además. Aquel que preguntaba a Thales si debía negar solemnemente haber pecado contra el sexto mandamiento, si de mí se hubiera informado, habríale respondido que no debía hacer tal, pues el mentir me parece peor todavía que abusar de la lujuria. Thales fue de opinión contraria y le dijo que jurara para fortalecer lo mayor con lo menor; este consejo, sin embargo no era tanto elección como multiplicación de vicio; a propósito de lo cual digamos de pasada que se allana el camino a un hombre de conciencia cuando se le propone alguna dificultad a cambio de algún delito; pero cuando entre dos vicios se le contrae, colócasele en situación dura, como sucedió a Orígenes, puesto en la alternativa de practicar la idolatría o gozar carnalmente a un horrible etíope que le presentaron; aquél apencó con la primera condición, obrando mal, dicen algunos. Sin embargo no carecerían de gusto, según su error, las que en nuestro tiempo hacen protestas de preferir mejor cargar su conciencia con diez hombres que con una sola misa.

Si es indiscreción publicar así sus errores, al menos no hay grave riesgo de que la cosa se convierta en ejemplo y uso, pues Alistón decía que los vientos más temidos de los hombres son aquellos que los descubren. Es preciso levantar ese torpe pingajo que tapa nuestras costumbres: los hombres envían su conciencia al lupanar mientras mantienen su continente en regla; hasta los asesinos y los traidores adoptan las leyes de la ceremonia y a ellas sujetan su deber. Así no es lícito a la injusticia quejarse de la incivilidad, ni a la malicia de indiscreción. Lástima que el hombre perverso no sea también estúpido y que la decencia oculte su vicio: tales incrustaciones no pertenecen sino a un muro sano y resistente, que merezca ser conservado y jalbegado.

Siguiendo el proceder de los hugonotes, que censuran nuestra confesión auricular y privada, yo me confieso en público religiosa y abiertamente: san Agustín, Orígenes e Hipócrates publicaron los errores de sus opiniones; yo echo fuera los de mis costumbres. Me siento hambriento de exteriorizarme, y nada me importa a qué precio, siempre y cuando que me sea dado hacerlo por manera real y verdadera; o por mejor decir, no tengo hambre de nada, pero huyo mortalmente de ser tomado por quien no soy, de parte [221] de aquellos a quienes acontece conocer mi nombre. Quien todo lo hace por el honor y por la gloria, ¿qué se propone ganar presentándose ante el mundo enmascarado, y robando su verdadero ser al conocimiento de las gentes? Alabad a un jorobado por su hermosa estatura, y tomará el elogio como injuria; si sois cobarde y como valiente os honran, ¿por ventura hablan de vosotros? Es que os toman por quien no sois. Tanto valdría que un hombre que formaba parte de una comitiva creyera que a él iban encaminados los saludos dirigidos al cabeza.

Como pasara por la calle Arquelao, rey de Macedonia, alguien vertió agua sobre él, y los que lo vieron dijéronle que debía castigarle: «Está bien, dijo, pero no ha echado el agua sobre mí, sino sobre el que pensaba que yo fuese.» Advirtiendo a Sócrates que hablaban mal de él: «No hay tal, repuso, nada hay en mí de lo que me achacan. En cuanto a mí, a quien me ensalzara como buen piloto o como hombre honestísimo y castísimo, ningún agradecimiento le debería; y análogamente quien me llamara traidor, ladrón o borracho, en nada me ofendería. Los que se desconocen pueden apacentarse con falsas aprobaciones; no yo, que me veo y me investigo hasta el fondo de las entrañas, y que sé bien lo que me pertenece. Pláceme no ser alabado con tal de ser mejor conocido: podría considerármeme como cuerdisísimo en tal condición de cordura, que yo como torpeza considerara. Me apesadumbra que mis ENSAYOS sirvan a las damas como de adorno y mueble de sala: este capítulo me trasladará al gabinete. Yo gusto de su comercio un poco en privado; el público carece de favor y sabor. En los adioses y despedidas nos llenamos de ardor trasponiendo los límites acostumbrados en la afección a las cosas que abandonamos: yo me despido definitivamente de los juegos de la tierra; éstos son nuestros abrazos postreros.

Pero vengamos a mi tema. ¿Qué hizo la acción genital a los hombres, tan natural, necesaria y justa, para no osar hablar de ella sin avergonzarse, y para excluirla de las conversaciones serias y morigeradas? Resueltamente pronunciamos: matar, robar, traicionar, y aquello no nos atreveríamos a proferirlo sino entre dientes. ¿No es declarar que, cuanto menos nos exhalamos en palabras, abultamos más nuestro pensamiento? Porque acontece que las menos usuales, menos escritas y mejor calladas son las mejor sabidas, y más generalmente conocidas. Ninguna edad ni ningún genero de vida las ignoran, como no ignoran lo que pan significa: en todos se imprimen sin ser expresadas,

oídas ni pintadas, y el sexo que mejor las sabe está en el deber de callarlas más. Bueno es también que siendo una acción que colocamos bajo la franquicia del silencio, de donde constituye un crimen arrancarla, ni siquiera [222] para acusarla y juzgarla, ni siquiera osamos flagelarla sino es con perifrasis y en imágenes. Gran favor sería para un criminal el considerarlo tan execrable que la justicia estimara injusto el tocarle y el verle, dejándole en salvo por virtud de la enorme condena que merecería. ¿No ocurre en este punto como en materia de libros, los cuales se truecan tanto más venales y públicos cuanto más son suprimidos? Por lo que a mí toca, seguiré a la letra la opinión de Aristóteles, el cual afirma que «el ser vergonzoso sirve de ornamento a la juventud y a la vejez de defecto». Estos versos se predicán en la escuela antigua, a la cual me atengo mucho más que a la moderna: las virtudes de aquélla me parecen más grandes y sus vicios menores:

Ceulx qui par trop fuyant Venus estrivent,
faillent autant que ceulx qui trop la suyvent.

Tu, dea, tu rerum naturam sola gubernas,
nec sine te quidquam días in luminis oras
exoritur, neque fit laetum, nec amabile quidquam.

Yo no sé quién pudo indisponer con Venus a Palas y a las Musas enfriándolas con el amor; mas yo no veo otras deidades que mejor se avengan ni que más se deban. Quien de las Musas apartara las amorosas fantasías, robaríalas el más hermoso encanto de que disponer puedan y la parte más noble de su obra; y, quien al amor hiciera perder la comunicación y servicio de la poesía, debilitaríalo en sus mejores armas: procediendo así se carga al dios de unión y benevolencia y a las diosas protectoras de humanidad y de justicia, de ingratitud, vicio y desconocimiento. No hace tanto tiempo que me veo inutilizado para seguir a ese dios para que mi memoria haya echado en olvido sus fuerzas y valores:

Agnosco veteris vertigia flammae;

algún resto de emoción y calor queda cuando la fiebre pasa:

Nec mihi deficiat calor hic, hiemantibus annis!

Por seco y aplomado que me sienta, experimento aún algunos tibios restos de aquel ardor pasado:

Qual l'alto Egeo, pèrche Aquilone o Noto
cessi, che tutto prima il volse e scosse,
non s'accheta egli però: ma'l suono e'l moto
ritien dell'onde anco agitate osse: [223]

pero a lo que se me alcanza, el valor y las fuerzas de ese dios se reconocen más vivos y animados en la pintura de la poesía que en su propia esencia:

Et versus digitos habet:

aquella representa no sé qué aspecto más amoroso que el amor mismo. Venus no es tan hermosa por entero despojada de vestiduras, viva y palpitante, como lo es aquí en Virgilio:

Dixerat; et niveis hinc atque hinc diva lacertis
cunctantem amplexu molli fovet. Ille repente
accepit solitam flammam, notusque medullas
intravit calor, et labefacta per essa cucurrit:
non secus atque olim tonitru quum rupta corusco
Ignea rima micans percurrit lumine nimbos.
..... Ea verba locutus,
Optatos dedit amplexus, placidumque petivit
Conjugis infusus gremio per membra soporem.

Me parece que la pinta algún tanto conmovida tratándose de una Venus marital. En este prudente comercio los apetitos no se muestran tan juguetones; son más bien sombríos y mortecinos. El amor detesta el mantenerse por otras causas diferentes de las que en él mismo encuentra, y se mezcla flojamente en las uniones que bajo otro título son enderezadas y alimentadas, como la de matrimonio: la alianza y los medios pesan por razón tanto o más que las gracias y la belleza. Dígase lo que se quiera, no se casa uno por sí mismo; en igual grado ejecuta por la posteridad y la familia; la costumbre y el interés del matrimonio tocan a nuestro linaje bien lejos por cima de nosotros; por eso me place el que sea gobernado mejor por tercera mano que con el apoyo de las propias, y por el sentido ajeno mejor que por el suyo. ¿Cuán distinto no es todo esto de los tratos amorosos? De suerte que constituye una especie de incesto el ir empleando en ese parentesco venerable y consagrado los esfuerzos y extravagancias de la licencia amorosa, como me parece haber dicho en otra parte. «Es preciso, dice Aristóteles, tocar a la mujer propia con severidad y prudencia, no sea que cosquilleándola con lascivia extremada el placer la eche fuera de los linderos de la razón.» Lo que el filósofo dice tocante a la conciencia, emítienlo los médicos en beneficio de la salud corporal, sentando, que un placer excesivamente caluroso, voluptuoso y asiduo, [224] adultera la semilla e imposibilita la concepción». Dicen, además, «que en un enlace languidecedor, como el del matrimonio lo es por naturaleza, para llenarlo de un calor fértil y cabal, precisa practicarle raramente y al cabo de largos intervalos.»

Quo rapiat sitiens Venerem, interiusque recondat.

Yo no veo otros matrimonios que más temprano se trastornen que los encaminados por la belleza y deseos amorosos. Han menester, para su sostenimiento, de fundamentos más sólidos y constantes y marchar con circunspección suma: el entusiasmo hirviente los disgrega.

Los que creen honrar el matrimonio juntando a él el amor, hacen a mi ver cosa parecida a la de aquellos que para favorecer la virtud sostienen que la nobleza no es diferente a la virtud. Cosas son que algún tanto se avecinan, pero entre ellas hay diversidad grande, y a nada conduce el trastornar sus nombres y sus títulos; confundiéndolas, se perjudican una y otra. Es la nobleza una bella cualidad con razón considerada como tal, mas como quiera que su descendencia es ajena y puede además caer en un hombre vicioso e insignificante,

sus méritos quedan muy por bajo de los que en la virtud se suponen. Si virtud es, un artificio visible la preside, puesto que depende del tiempo y la fortuna; según las regiones varía su forma, es viviente y mortal; como el río Nilo carece de nacimiento; es genealógica y común; de consecuencias y símiles; de consecuencia sacada y de consecuencia bien débil. La ciencia, la fuerza, la bondad, la riqueza, la hermosura todas las demás buenas prendas están sujetas a comunicación y comercio; ésta se consume en sí misma y de ningún uso sirve el servicio ajeno. Proponíase a uno de nuestros reyes la elección entre dos competidores al mismo cargo, de los cuales uno era gentilhombre y el otro no: el rey ordenó que sin consideración de esa calidad se optara por el que tuviese mayores méritos; pero que allí donde el valor fuera idéntico, la nobleza se respetase. Con este proceder se la colocaba en su verdadero rango. Antígono contestó a un joven desconocido que le pedía el cargo que su padre, hombre de valer, acababa por la muerte de abandonar: «Amigo mío, repuso Antígono, en estos beneficios no miro tanto la nobleza de mis soldados como pongo a prueba sus merecimientos.» Y en verdad no debe acontecer lo que con los oficiales de los reyes de Esparta (trompetas, músicos, cocineros), a quienes sus hijos sucedían en sus cargos, por ignorantes que fueran, atropellando a los mejor experimentados en el oficio. Los habitantes de Calcuta hacen de los nobles una especie [225] por cima de la humana: el matrimonio les está prohibido y toda otra profesión que no sea la de las armas; pueden tener cuantas concubinas apetezcan y lo mismo rufianes las mujeres, sin que los contrincantes sientan celos los unos de los otros, pero constituye un crimen capital e irremisible el acoplarse con persona de distinta condición que la propia; y se consideran ensuciados con ser solamente tocados al pasar por la calle, y como su nobleza se sienta injuriada y mancillada hasta el último límite, matan a los que un poco se les acercan. De suerte que los villanos están obligados a gritar andando, como los gondoleros de Venecia, al recorrer las calles, para no entrechocarse con los nobles, los cuales les ordenan recogerse en el barrio que quieren, con lo que aquéllos evitan la ignominia que consideran como perpetua, y éstos una muerte irremisible. Ni el transcurso de los lustros, ni el favor del príncipe, ni ningún género de profesión, virtud o riqueza, puede convertir en noble a un plebeyo, lo cual contribuye la costumbre de que los matrimonios están prohibidos entre gentes de distinta profesión; un joven descendiente de zapateros no puede casarse con la hija de un carpintero, y los padres están obligados a encaminar a sus hijos a sus oficios respectivos y no a otros, por donde todos mantienen la distinción y conservación de su fortuna.

Un cumplido matrimonio, de existir, rechaza la compañía y condiciones del amor y trata de representar las de la amistad. Constituye una dulce sociedad de vida, llena de constancia, de confianza y de un número infinito de oficios, útiles y sólidos y de obligaciones mutuas. Ninguna mujer que de semejante unión saborea las delicias,

Optato quam junxit lumine taeda,

quisiera ocupar el lugar de concubina para con su marido. Aun en la afección de éste como mujer está acomodada, lo está más honrosa y seguramente. Aun cuando en otra parte se enternezca y debilite, que se le pregunte entonces mismo «a quién preferiría mejor que aconteciera una deshonra, de entre su mujer o su amada, y de quien el infortunio más lo afligiría, y para quién mayores bienandanzas apetece». La respuesta de estas cuestiones no deja ninguna duda en los matrimonios sanos.

El que tan pocos se vean buenos es signo de su valer y elevado precio. Bien acondicionado y considerado, nada hay más hermoso en la sociedad humana: de él no podemos prescindir, pero sucesivamente vamos envileciéndolo. Ocurre con el matrimonio lo que con los pájaros enjaulados: a los que están por fuera aflige la idea de meterse dentro, y los que están encerrados arden en deseos de escapar. [226] Preguntado Sócrates por lo que ofrecía mayor ventaja, si tomar mujer o no tomarla: «Cualquiera de los dos partidos, dijo, es causa de arrepentimiento.» Es un convenio al que a maravilla cuadra la sentencia de Homo homini, o deus o lupus; precisa el concurso de cualidades múltiples para edificarlo. Y ocurre en los tiempos en que vivimos que mejor se aviene con las almas sensibles y vulgares, las cuales los deleites, la curiosidad y ociosidad no trastornan tanto como a las otras. Los humores que cual el mío son desordenados, los que detestan toda suerte de lazos y de obligación no se acomodan tan bien;

Et mihi dulce magis resolutio vivere collo.

Por inclinación natural hubiera huido de elegir ni aun la Cordura misma por esposa, si la cordura lo hubiera deseado; mas es inútil cuanto digamos: la costumbre y los usos de la vida ordinaria nos arrastran. La mayor parte de mis acciones se gobiernan por el ejemplo, no por deliberación; francamente hablando yo no me convidé propiamente, me invitaron, y fui empujado por ocasiones extrañas, pues no ya las cosas incómodas, sino ninguna hay por fea, viciosa y evitable que convertirse no pueda en normal, merced a alguna condición y accidente: ¡hasta tal punto la humana condición es endeble! Fui, como digo, llevado y peor preparado entonces y de peor gana que al presente, después de haberlo experimentado. Licencioso y todo como se me juzga, he observado, sin embargo, con mayor severidad las leyes del matrimonio, de lo que me había prometido y esperaba. No es ya tiempo de cocear cuando uno se dejó uncir voluntariamente: es preciso con toda prudencia gobernar su libertad, y luego de sometidos a la obligación es preciso mantenerse bajo las leyes del deber común, o esforzarse al menos para cumplirlas. Los que contraen matrimonio para menospreciar y odiar, proceden con injusticia e incómodamente; este hermoso precepto que entre ellas veo correr de boca en boca, a la manera o oráculo sagrado:

Sers ton mary comme ton maistre,
et t'en garde comme d'un traistre,

que significa: «Condúctete con él con reverencia forzada, enemiga y desconfiada», grito de guerra y provocación, es semejantemente injurioso y difícil. Yo soy demasiado blando para cumplir un designio tan espinoso. A decir verdad, no he llegado a ese grado de perfecta habilidad y de galantería de espíritu necesarios para confundir la razón con la injusticia, y para poner en ridículo todo orden y toda regla [227] que no concuerde con mis deseos: por odiar la superstición no me lanzo incontinentemente en la irreligión. Si constantemente no se cumple con los deberes, al menos precisa siempre amarlos y acatarlos. Constituye una traición el casarse sin compenetrarse. Pasemos adelante.

Representa nuestro poeta un matrimonio henchido de armonía y bien avenido en el cual, sin embargo la lealtad no abunda. ¿Quiso decir que no es imposible, entregarse en brazos del amor y reservar al mismo tiempo algún deber para con el matrimonio, y que puede

herírsele sin llegar a romperlo por completo? Tal criado estafa a su amo a quien por ello no detesta. La belleza, la oportunidad, la fatalidad, pues también aquí pone la mano,

Fatum est in partibus illis

quas sinus abscondit: nam, si tibi sidera cessent,
nil faciet longi mensura incognita nervi.

lanzáronla en brazos de un extraño, mas acaso no tan enteramente que no pueda guardar algún lazo por donde mantenerse unida a su marido. Son dos designios, que tienen caminos distintos imposibles de confusión: una mujer puede entregarse a un individuo de quien en modo alguno hubiera querido ser esposa, y no ya por las condiciones de fortuna, sino por la índole personal. Pocos se casaron con amigas que no se hayan arrepentido luego; y hasta en el otro mundo, ¡qué malas migas hicieron Júpiter y su mujer, a quien aquél había practicado y disfrutado de antemano por amores pasajeros! Esto es lo que se llama ensuciarse en el cesto para después encasquetárselo. En mi tiempo me he visto, y en algún lugar privilegiado, curar vergonzosa y deshonestamente el amor con el matrimonio: los procedimientos son muy otros. Podemos amar sin ligarnos dos cosas diversas y que se contrarían. Decía Isócrates que la ciudad de Atenas gustaba a la manera de las damas a quienes se sirve por amor; todos apetecían pasearse por ella para distraerse, pero nadie la amaba para casarse, es decir, para habituarse y domiciliarse. He visto con desconsuelo maridos que odiaban a sus mujeres. Por el solo hecho de engañarlas; al menos no es necesario quererlas menos por razón de nuestras culpas; siquiera el arrepentimiento y la compasión deben en más caras convertírnoslas.

Fines son diferentes y sin embargo compatibles en algún modo, dice el poeta: El matrimonio tiene de su parte la utilidad, la justicia, el honor y la constancia es un placer llano pero general: El amor se fundamenta únicamente en el placer y en verdad lo posee más cosquilloso, vivo y agudo; es un placer que la dificultad atiza; el amor ha [228] menester de abrasamientos picaduras, y ya no es tal si carece de flechas y de fuego. La liberalidad de las damas es demasiado pródiga en el matrimonio y embota el filo de la afección y el del deseo: para huir este inconveniente ved el remedio que adoptaron en sus leyes Platón y Licurgo.

Las mujeres no obran mal cuando rechazan las reglas de la vida en la sociedad corrientes, puesto que son los hombres quienes sin el concurso de ellas las forjaron. Entre ellas y nosotros existen naturalmente querellas y dificultades: y hasta la más íntima unión que con ellas nos sea dable mantener es de índole tempestuosa y tumultuaria. Según el parecer de nuestro autor, tratámoslas inconsideradamente en este particular. Luego que venimos en conocimiento de que son, sin comparación, más capaces y ardientes que nosotros en los efectos del amor, como lo testimonió aquel sacerdote de la antigüedad, que fue unas veces mujer y hombre otras,

Venus huic erat utraque nota;

y luego que supimos por propia confesión la prueba que hicieron en lo antiguo, en diversos siglos, un emperador y una emperatriz romanos, maestros consumados y famosos en esta labor (él desdoncelló en una noche a diez vírgenes sármatas, sus cautivas, pero ella,

proveyó cumplidamente, también en una noche, a veinticinco sitiadores, cambiando de compañía según sus necesidades y apetitos),

Adhuc ardens rigidae tentigine vulvae,
et lassata viris, nondum satiata, recessit;

y que sobre la querrela sobrevenida en Cataluña entre una mujer que se quejaba de los empujes demasiado asiduos de su marido, no tanto a mi ver por sentir desaliento (pues de dos milagros sólo creo en los que la fe nos impone), como por coartar con este pretexto y reprimir la libertad, en aquello mismo que constituye la acción fundamental del matrimonio, la autoridad de los maridos hacia sus mujeres, y para mostrarnos que sus ojerizas y malignidades van más allá del echo nupcial pisoteando las gracias y dulzuras de la misma Venus; a la cual queja el marido, hombre verdaderamente brutal y desnaturalizado, repuso que hasta en los días de ayuno no era capaz de pasarse sin diez arremetidas. Intervino con motivo del litigio el notable decreto de la reina de Aragón según el cual, después de madura reflexión del Consejo, esa buena soberana ordenó, como [229] límites razonables y necesarios, el número de seis por día para dar así regla y ejemplo en todo tiempo de la moderación y modestia requeridas en un cabal matrimonio aflojando y descontando mucho de la necesidad y deseo, de su sexo, «para dejar sentada, decía, una solución fácil, y por consiguiente permanente e inmutable»; por lo cual los doctores observaron: «¡Cuáles no serán el apetito y la concupiscencia femeninas, puesto que su razón, enmienda y virtud se tasan en ese precio!» considerando la diversa apreciación que nuestros apetitos les merecían. Solón, patrón de la escuela legista, no admite más que tres desahogos mensuales para no llegar al hartazgo en la frecuentación conyugal. Después de haber prestado crédito a todo esto y de haberlo igualmente predicado, fuimos a aplicar a las mujeres la continencia como patrimonio, y a castigar la falta de ella con las últimas y extremas penas.

Ninguna pasión tan avasalladora como ésta, a la cual queremos que resistan ellas solas, y no ya como a un vicio de su medida, sino como a la abominación y a la execración, más todavía que a la irreligión y al parricidio, mientras los hombres nos entregamos a ella sin escrúpulos ni reparos. Aquellos de entre nosotros que intentaron calmarla confesaron de sobra la dificultad, o más bien la imposibilidad que para ello encontraron, usando de remedios materiales con que sofrenar, debilitar y refrescar el cuerpo: nosotros, por el contrario, las queremos sanas, vigorosas y en buen punto; bien nutridas y castas juntamente, es decir, ardorosas y frías, pues el matrimonio, que a nuestro dictamen tiene a cargo impedirles arder, las procura escaso refrescamiento dadas nuestras costumbres; y si aciertan a dar con un hombre en quien el vigor de la edad bulle todavía, ese mismo se gloriará de esparcirlo por otra parte:

Sit tandem pudor; aut eamus in jus;
multis rmentula millibus redempta,
non est haec tua, Basse; vendidisti;

Polemón el filósofo fue equitativamente llevado ante la justicia por su esposa, por el motivo de ir sembrando en terreno estéril el fruto debido al campo genital; y no hablemos de los vejestorios que se unen con mujeres jóvenes pues éstas en pleno matrimonio son de

condición peor que las vírgenes y las viudas. Considerámoslas como bien provistas porque tienen un hombre junto a ellas, como los romanos tuvieron por violada a la vestal Clodia Laeta a quien Calígula se acercara, aun cuando luego se probase que ni siquiera la había tocado. Ocurre precisamente todo [230] lo contrario, pues por aquel medio se recarga su necesidad, por cuanto el rozamiento y compañía del macho hacen despertar el calor que en la soledad permanecería más sosegado; y verosímilmente, por esta causa de que su castidad recíproca fuera más meritoria, Boleslao, y Kinye, su esposa, reyes de Polonia, hicieron de ella voto de común acuerdo estando juntos en el lecho el día mismo de sus bodas, manteniéndola en las barbas mismas de los goces maritales.

Educámoslas desde la infancia para el juego del amor: sus gracias, sus adornos, su ciencia, sus palabras, toda su instrucción miran únicamente a ese fin. Sus gobernantas no las imprimen cosa distinta del semblante amoroso con sólo representárselo constantemente para que lo odien. Mi hija (es todo cuanto poseo en punto a criaturas) se encuentra en la edad en que las leyes consienten casarse a las más ardientes; es de complexión tardía, fina y delicada, y ha sido educada por su madre por el mismo tenor, conforme a los principios de una vida retirada y encajonada, tanto que apenas comienza ahora a desembobarse de la simpleza infantil. Como leyerá un día en mi presencia un libro francés, tropezó con la palabra fouteau, nombre de un árbol conocido, y la señora a cuyo cargo está encomendada la detuvo de pronto con alguna brusquedad, haciéndola deslizar por encima de este mal paso. Yo no me hice cargo de la cosa por no trastornar sus disciplinas, pues en manera alguna me inmiscuyo en esa receptiva: el gobierno femenino sigue una marcha misteriosa que precisa dejar a las mujeres encomendadas; pero si no me engaño, diré que ni siquiera el comercio de seis meses consecutivos con veinte lacayos juntos hubiera sabido imprimir en su fantasía la inteligencia, el uso y todas las consecuencias del sonido de esas sílabas criminales, como lo hizo la buena anciana con su reprimenda y prohibición.

Motus doceri gaudet Ionicos

matura virgo, et frangitur artubus
jam nunc, et incestos amores
de tenero meditatur ungui.

Que las damas prescindan algún tanto de la ceremonia; que sean libres en el hablar; nosotros somos unas pobres criaturas comparadas con ellas en esta ciencia. Oídlas representar nuestros perseguimientos y nuestras conversaciones, y os harán creer, a no caber la menor duda, que nosotros no las enseñamos nada que ya no supieran y hubieran digerido sin nuestro concurso. ¿Será verdad lo que [231] Platón afirma, o sea que antes que mujeres fueron jóvenes desenfrenados? Mi oído se encontró un día en lugar donde pudo atrapar un poco de la charla que entre ellas sostienen cuando creen que nadie las oye. ¡Que no pueda yo decir lo que oí! ¡Santo Dios! (exclamé yo), vamos ahora a estudiar las frases de Amadís y las de mis registros de Bocaccio y el Aretino, para no quedar deslucidos. ¡Bonito modo tenemos de emplear nuestro tiempo! No hay palabra, ni ejemplo, ni acción que no conozcan mejor que nuestros libros: es esta una ciencia que germina en sus venas,

Et mentem Venus ipsa dedit,

y que esos buenos preceptores que se llaman naturaleza, juventud y salud soplan constantemente en su alma; no tienen necesidad de aprenderla, porque la engendran

Nec tantum niveo gavisea est ulla columbo
compar, vel si quid dicitur improbius,
osenta mordenti semper decerpere rostro,
quantum praecipue multivola est mulier.

Si no se detuviera algo sujeta esta natural violencia de sus deseos por el temor y honor de que se las ha provisto, nos difamarían. Todo el movimiento del universo se resuelve y encamina a este acoplamiento; es una materia infusa por doquiera, y un centro al cual todas las cosas convergen. Todavía se ven ordenanzas de la antigua y prudente Roma, cuya misión era reglamentar el amor; y los preceptos de Sócrates para instrucción de las cortesanas:

Necnon libelli stoici inter sericos
jacera pulvillos anant:

Zenón entre sus leyes reglamentaba también los esparrancamientos y sacudidas del desdoncellar. ¿Qué espíritu informaba el libro de la conjunción carnal, del filósofo Estrato? ¿De qué trataba Teotrasto en los que intituló, uno el Amoroso y otro del Amor? ¿De qué Aristipo en el suyo de las Antiguas Delicias? ¿Adónde van a parar las descripciones tan amplias y vivientes que hace Platón de los amores más arriesgados de su tiempo? ¿Y el libro el Amoroso de Demetrio Falereo? ¿Y Clinias, o el Amoroso forzado, de Heráclito Póntico? ¿Y Antístenes en el procrear hijos o de las Bodas, y en otro que llamó del Maestro, o del Amante? ¿Y el que Aristo nombró de los Ejercicios amorosos? ¿Y, en fin, los de Cleanto, uno del Amor y otro del Arte de amar; los Decálogos amorosos, de Sfereo; [232] la fábula de Júpiter y Juno, de Crisipo, que llega al colmo de la desvergüenza, y sus cinco epístolas impregnadas de lascivia? Y todo esto, dejando a un lado los escritos de los filósofos que siguieron la secta epicúrea, protectora de los placeres. Cincuenta deidades fueron en lo antiguo protectoras del oficio de desdoncellar, y nación hubo donde para adormecer la concupiscencia de los devotos, había prestas en las iglesias doncellas y muchachos para ser disfrutados, siendo una parte de la ceremonia el servirse de ellos antes de comenzar los oficios: nimirum propter continentiam incontinentia necessaria est; incendium ignibus exstinguitur.

Esta parte de nuestro cuerpo fue deificada en casi todo el mundo. En una misma provincia los unos se la desollaban para ofrecer y consagrar un fragmento de ella; los otros consagraban y ofrecían su semilla. En algunos sitios los jóvenes se la atravesaban en público, oradaban diversos puntos entre cuero y carne, y por estas aberturas hacían asar palillos, los más gruesos y largos que podían sufrir; luego encendían lumbre con ellos para ofrenda a sus dioses, y eran considerados como flojos e impuros si la fuerza de ese dolor cruento los transía. En algunas regiones el magistrado más reverendo alcanzaba dignidad sagrada por sus órganos, y en algunas ceremonias la efigie era llevada pomposamente en honor de diversas divinidades. Las damas egipcias en la fiesta de las Bacanales llevaban

colgado al cuello un falo de madera minuciosamente trabajado, pesado y grande, cada una según su resistencia; además la imagen de su dios ostentaba uno que sobrepujaba en longitud el resto del cuerpo. Las mujeres casadas, no lejos de mi comarca, forjan con su cofia una figura que cae sobre su frente para gloriarse del placer que las procura, y en llegando a la viudez a echan atrás enterrándola bajo su peinado. En Roma las matronas más prudentes se honraban ofreciendo flores y coronas a Priapo, y sobre las partes menos honestas de este dios hacían sentar a las vírgenes en la época de sus bodas. No estoy seguro, pero se me figura haber visto en mi tiempo una ceremonia parecida. ¿Qué significaba esa ridícula pieza en los calzones de nuestros padres, que todavía se ve en los suizos de la guardia real? ¿Y la nuestra que aun en el día presentamos con todos sus contornos, bajo nuestros gregüescos, y lo que aún es más de lamentar, que abultamos más allá de sus medidas por impostura y falsedad? Ganas me dan de creer que esta suerte de vestidura fue ideada en los mejores y más honrados siglos para no engañar a las gentes; para que cada cual mostrase en público lo que particularmente presentaba, [233] y los pueblos más sencillos en sus usos lo ostentan, todavía sin aumentos. Entonces se enseñaba la ciencia de medir y vestir este órgano, como hoy, miden, visten y calzan el brazo y el pie. Aquel buen hombre que en mi juventud castró tantas hermosas y antiguas estatuas en la gran ciudad donde vivía para no corromper la vista de las gentes, siguiendo el parecer de este otro antiguo hombre bueno,

Flagitii principium est, nudare inter cives corpora,

debió tener en cuenta que en los misterios de la buena diosa toda apariencia masculina permanecía oculta, e igualmente que con su cruenta medida nada conseguía si no castraba igualmente a los caballos, a los asnos y, en fin, a la naturaleza toda:

Omne adeo genus in terris, hominumque, ferarumque,
et genus aequoreum, pecudes, pictaeque volucres,
in furias ignemque ruunt.

Los dioses, dice Platón, nos proveyeron de un órgano desobediente y tiránico que, como animal furioso, se obstina por la violencia de sus apetitos en someterlo todo a su imperio; lo propio acontece a las mujeres con el suyo: cual animal glotón y ávido, si se le niegan los alimentos en el momento en que los ha menester, se encoleriza por no admitir espera, y exhalando su rabia espumante en el cuerpo de aquella, obstruye los conductos y detiene la respiración, causando mil suertes de males, hasta que habiendo absorbido el fruto de la sed común, fue regado copiosamente y sembrado el fondo de su matriz.

De suerte que debió advertir también el castrador de estatuas que acaso sea una más honesta y fructuosa costumbre hacer a las mujeres tempranamente conocer el natural a lo vivo, que dejarlas adivinarlo según la libertad y el calor de su fantasía; en lugar de las partes auténticas sustituyen ellas por deseo y esperanza otras que son tres veces mayores; uno a quien yo conocí se perdió por haber hecho el descubrimiento de las suyas cuando no estaba todavía en posesión de ponerlas en su uso más serio y conveniente. ¿Qué trastornos no ocasionan esas enormes pinturas que los muchachos van esparciendo por los pasillos y

escaleras de las casas reales? De aquí nace el cruel menosprecio con que miran nuestra medida natural. ¿Quién sabe si Platón al ordenar, siguiendo el ejemplo de otras repúblicas bien instituidas, que hombres y mujeres, viejos y [234] jóvenes, se presentaran desnudos los unos delante de los otros en sus gimnasios, tuvo presente lo que al principio dije? Las indias, que ven a los hombres en pelota, refrescaron al menos el sentido de la vista; y digan lo que quieran las mujeres del dilatado reino del Pegu, las cuales por bajo de la cintura no tienen para cubrirse sino una banda de lienzo hendida por delante, tan estrecha, que por mucho decoro que quieran guardar a cada paso muestran sus partes al descubierto, en punto a afirmar que esto es una invención ideada con el fin de atraer los hombres y acercarlas los machos, a los cuales ese país está por completo abandonado, podría decirse que con semejante vestidura pierden más que ganan, y que un hambre entera es más ruda que la que se calmó al menos con los ojos. Por eso Livia decía «que para una mujer de bien un hombre desnudo en nada difiere de una imagen.» Las lacedemonias, más vírgenes que nuestras hijas, veían a diario a los jóvenes de su ciudad despojados de ropas en sus ejercicios; ellas mismas eran poco minuciosas para cubrir sus muslos al andar, considerándolos, como Platón dice, sobrado ocultos con su virtud, sin cota ni malla. Pero aquellos otros, de quienes habla san Agustín, que pusieron en duda si las mujeres el día del juicio final resucitarán en su propio sexo o más bien en el nuestro, para no tentarnos todavía en aquel solemne momento, concedieron un maravilloso influjo de tentación a la desnudez. Se las adiestra, en suma, y encarniza por todos los medios imaginables; nosotros escaldamos e incitamos su imaginación sin tregua ni reposo y luego culpamos al vientre. Confesemos abiertamente la verdad; apenas hay ninguno de entre nosotros que no temiera más la deshonra que los vicios de su mujer le acarrearán de lo que teme a los suyos propios; que no cuide más (¡extraordinario ejemplo de caridad!) de la conciencia de su buena esposa que de la suya propia; que mejor no prefiera ser, ladrón y sacrílego, y su mujer criminal y hereje, que el que ella ni fuera más casta que su marido: ¡inícuo modo de juzgar los vicio! Así ellas como nosotros somos capaces de mil corrupciones más perversas y desnaturalizadas que la lascivia; lo que ocurre es que cometemos y pesamos los vicios, no según su naturaleza, sino conforme a nuestro interés: por eso adoptan tantas formas desiguales.

El ansia de nuestros deseos convierte la aplicación de las mujeres a este vicio en más áspera y enfermiza de lo que es realmente la naturaleza misma de él, procurándole al par consecuencias peores de las que nacen de su causa. Mejor ofrecerán las damas ir a palacio a buscar fortuna y a la guerra nombradía, que conservar en medio de la ociosidad y de las delicias una cosa de tan difícil guardar. ¿No ven ellas que no hay comerciante, ni procurador, ni soldado que no abandonen su tarea para correr a esta otra, y al [235] mozo de cordel y al zapatero remendón, rendidos de fatiga y aliquebrados por el trabajo y el hambre

Num tu, quae tenuit dives Achremenes,
aut pinguis Phrygiae Mygdonias opes,
permutare velis crine Licymniae,
plenas aut Arabum domos,
dum fragantia detorquet ad oscula
cervicem, aut facili saevitia negat,
quae poscente magis gaudeat eripi,
inteedum napere occupet?

Yo no sé si las hazañas de César y Alejandro sobrepujan en rudeza la resolución de una joven hermosa educada a nuestro modo, a la luz y comercio del mundo, formada con el concurso de tantos ejemplos contrarios, y que se mantiene entera en medio de mil continuos y vigorosos perseguimientos. No hay que hacer tan espinoso como este no hacer, ni tampoco más activo; creo más fácil llevar coraza toda la vida que guardar la doncella: y el voto de castidad lo considero como el más noble de todos, por ser el más penoso: *Diaboli virtus in lumbis est*, dice san Jerónimo.

Efectivamente, el más arduo y vigoroso de los humanos deberes encomendámoslo a las damas, sustrayéndolas la gloria. Esto debe servirles de singular aguijón para obstinarse, y de magnífico punto de apoyo para desafiarnos y pisotear la preeminencia vana de valer y virtud que sobre ellas pretendemos poseer: siempre encontrarán, si así lo quieren, la manera de ser, no sólo más estimadas, sino también más amadas. Un galán no abandona su empresa por ser repelido, siempre y cuando que se trate, de un repelimiento de castidad, no de elección. Inútil es que juremos, que amenacemos y que nos quejemos: no hay golosina semejante a la cordura cuando no es ruda ni huraña. Es estúpido y cobarde el obstinarse contra el odio y el menosprecio, pero ponerse frente a una resolución virtuosa y firme que va mezclada con una, voluntad reconocida, es el ejercicio de un alma noble y generosa. Pueden las damas reconocer nuestros servicios hasta cierto límite y hacernos experimentar honestamente que no nos menosprecian, pues esa ley que las ordena abominarnos porque las adoramos y odiarnos porque las amamos es cruel, aun cuando no sea más que por su dificultad. ¿Por qué no han de oír nuestras ofertas y peticiones en tanto que se mantengan dentro del deber y la modestia? ¿Qué importa el que se adivine que [236] en su interior experimentan algún sentido más libre? Una reina de nuestro tiempo decía ingeniosamente «que rechazar esos asedios es testimonio de flaqueza, y acusación de la propia facilidad; y que una mujer no sitiada carecía de derecho para encomiar su castidad». Los límites del honor no son tan encajonados ni reducidos; pueden ensancharse y procurarse alguna libertad sin incurrir en culpa: más allá de sus fronteras se descubre una extensión libre, indiferente y neutra. Quien pudo franquearla y sujetar con la violencia hasta en su rincón y su fuerte, es un hombre desmañado cuando no se satisface de su andanza: el valor de la victoria se mide por la dificultad. Queréis saber el efecto que en su corazón produjeron vuestra servidumbre y vuestros méritos: tal puede más otorgar que se queda corto. La obligación del beneficio se relaciona por entero con la voluntad del que da; las otras circunstancias que acompañan al bien obrar son mudas, muertas y casuales: ese poco le cuesta más otorgarlo no todo a su compañera. Si en algún caso la rareza sirve de estimación, debe ser en el presente; no miréis lo poco que es, sino lo poco que hay: el valor de la moneda cambia según los sitios y lugares. Aunque el despecho y la indignación de algunos puedan hacerlos murmurar movidos por el exceso de su descontento, siempre la virtud y la verdad ganan de nuevo el lugar merecido. Yo he visto algunas cuya reputación fue largamente injuriada, colocarse en la estimación general de los hombres por virtud de su propia constancia, sin cuidados ni artificios; cada cual se arrepiente y se desmiente de lo que creyera; damas que fueron un tanto sospechosas ocupan luego el primer rango entre las de honor más acrisolado. Como alguien dijera a Platón: «Todo el mundo dice mal de vosotros.» «Dejadlos decir, repuso, viviré de suerte que los haga cambiar de manera de ver.» A pesar del temor de Dios y el premio de una gloria tan rara, la corrupción secula las fuerza, y si yo estuviera en su lugar nada haría menos que poner mi reputación en manos

tan peligrosas. En mi tiempo, el placer de referir hazañas (cuya dulzura equivale al realizarlas) sólo era consentido a aquellos que tenían algún amigo fiel y único: al presente las conversaciones ordinarias de las asambleas y las de sobremesa constitúyenlas las jactancias de los favores recibidos y la secreta cualidad de las damas. En verdad es abyecto y declara bajeza de corazón el dejar así con altivez perseguir, encenagar y destrozar esas ingratas, tan indiscretas y tan sin seso.

Esta nuestra exasperación inmoderada e ilegítima contra el vicio de que hablo, nace de la más vana y tormentosa enfermedad que aflige a las humanas almas, que son los celos.
[237]

Quis vetat apposit lumen do lumine sumi?
Dent licet assidue, nil tamen inde perit.

Los celos y la envidia, hermana de ellos, se me antojan las más absurdas de la comitiva. De la segunda apenas si yo puedo decir nada: esa pasión que se pinta tan poderosa y avasalladora, nunca ejerció, Dios sea loado, influencia alguna sobre mí. En cuanto a la otra, de vista la conozco al menos. Los animales la experimentan. Enamorado de una cabra el pastor Cratis, el cabrón le sorprendió dormido, y movido por los celos hizo chocar su cabeza contra la de su rival, despachurrándosela. Nosotros hemos llegado al último límite de esa fiebre, a imitación de algunas naciones bárbaras: las mejor disciplinadas fueron por los celos afectadas, lo cual es razonable, mas no transportadas:

Ense maritali nemo confossus adulter
purpereo Stygias sanguine tinxit aquas.

Luculo, César, Pompeyo, Catón, Marco Antonio y otros hombres honrados fueron cornudos, y lo supieron, sin que por ello excitasen ningún tumulto. Hacia la época en que esos varones vivieron, sólo hubo un individuo insulso, llamado Lépido, que sucumbió de celosa angustia:

Ah!, tum te miserum maliqui fati,
quem attractis pedibus, patente porta,
peccurrent raphanique mugilesque.

Y el dios de nuestro poeta, cuando sorprendió con su mujer a uno de sus compañeros, se contentó con avergonzarle por su hazaña,

Atque aliquis de dis non tristibus optat
sic fieri turpis;

sin dejar, sin embargo, de encenderse por las blandas caricias con que la dama al galán brindaba, quejándose de que ella hubiera entrado en desconfianza de su afección:

Quid causas petis ex alto?, fiducia cessit
quo tibi, diva, mei?

y hasta llega la dama a solicitar licencia para engendrar un bastardo, [238]

Arma rogo genitrix nato.

que le es liberalmente concedida. Vulcano habla con honor de Eneas,

Arma acri facienda viro.

de una humanidad a la verdad más que humana, exceso de bondad que yo consiento el que a los dioses se arrebate:

Nec divis homines componier aequum est.

Por lo que toca a la confusión de hijo si aparte de que los legisladores más graves la aprueban y ordenan en todas sus constituciones, es cosa que a las mujeres no incumbe, en las cuales la pasión celosa es no sé cómo más sosegada:

*Saepe etiam Juno, maxima caelicorum,
cunjugis in culpa flagravit quotidiana.*

Cuando los celos se apoderan de las almas pobres, débiles y sin resistencia, compasión inspira el ver cómo las atormentan y tiranizan, y cuán cruelmente. Insinúanse so color de amistad, mas luego que en aquéllas prenden, las mismas causas que a la benevolencia servían de fundamento forman la raíz del odio capital. Entre todas las enfermedades del espíritu, es ésta a la que más cosas alimentan y nutren y la que menos remedios encuentra: la salud, la virtud, el mérito y la reputación del marido son la incendiaria tea de su mal talante y de su rabia:

Nullae sunt inimicitiae, nisi amoris, acerbae.

Esta fiebre corrompe y afea cuanto las damas tienen de hermoso y bueno; y de una mujer a quien los celos matan, por casta y hacendosa que sea, no hay acción que no respire el agror y la importunidad; es una revolución rabiosa que las lanza a una extremidad en todo contraria a la causa que reconoce por origen; lo cual vemos bien comprobado por Octavio en Roma, quien habiendo pernoctado con Poncia Postumia, aumentó por el goce el amor que la profesaba y frenéticamente abrazó la idea de casarse con él; pero como no llegara a persuadirle ese amor extremo precipitó al amante a la más cruel y mortal de las enemistades, concluyendo por matarla. Análogamente los síntomas ordinarios de esa otra enfermedad amorosa son los odios intestinos, las cábalas y las conjuras: [239]

Notumque furens quid femina possit,

y una rabia que se corroe tanto más cuanto que se ve sujeta a encubrirse con pretextos de benevolencia.

Ahora bien; el deber que la castidad impone es por naturaleza amplísimo. ¿Es la voluntad lo que queremos que contraigan?. Ésta es de nuestro mecanismo una de las partes

más flexibles y activas, poseedora de una prontitud demasiado rápida para que sea dable contenerla. ¡Cómo poder embridarla si los sueños las llevan a veces tan adentro que son ya incapaces de pararse? No reside en ellas ni acaso tampoco en la castidad misma, puesto que ésta es hembra, el defenderse contra las concupiscencias del deseo. Si su voluntad sólo es lo que nos interesa, ¿adónde vamos a parar? Imaginad la cosecha enorme que se procuraría quien tuviera el privilegio de ser conducido resistentemente armado, sin ojos y sin lengua en las manos de cada una que por amante le aceptara. Las mujeres de Escitia saltaban los ojos a todos sus esclavos y prisioneros de guerra para disfrutarlos, de una manera más libre y encubierta. En este punto la oportunidad es una ventaja inconmensurable. A quien me preguntara cuál es la primera condición del amor, yo le respondería que el saber acudir en tiempo oportuno; y lo mismo la segunda y la tercera: ésta es una circunstancia que lo puede todo. Frecuentemente, la fortuna dejó de serme favorable, mas otras mi iniciativa fue escasa: Dios preserve de mal a quien de ello es capaz de mofarse. En este siglo en que vivimos hay escasez de arrojo, lo cual nuestras jóvenes excusan so pretexto de calor ardiente, pero si de cerca lo consideraran, encontrarían que proviene más bien de menosprecio. Supersticiosamente temía yo inferir ofensa, pues respeto de buen grado lo que amo; y por otra parte quien de este comercio aleja la reverencia, borra a la par su lustre principal: yo gusto que niñeemos un poco; que nos mostremos temerosos y servidores rendidos. Si no por entero en este particular, por respectos distintos me dominan algunos resquicios de la vergüenza torpe de que habló Plutarco y por ella fui herido y manchado durante el curso de mi vida, lo cual constituye una cualidad que mal se aviene con mi común manera de ser. Así nos hallamos formados de cualidades que se contradicen y discrepan. Mis ojos son tan débiles para resistir un feo como para planificarlo, y me cuesta tanto solicitar del prójimo, que en las ocasiones en que el deber me forzó a experimentar la voluntad de alguien en cosa dudosa y de coste lo hice débilmente y de mala gana. Pero si a mí particularmente toca la comisión, aunque con verdad diga Homero «que para el indigente es torpe virtud la vergüenza», [240] ordinariamente encomiendo a un tercero que enrojecza en mi lugar; y lo propio hago cuando alguno no emplea en dificultad semejante, de tal suerte que a veces me aconteció tener la voluntad de negar, mas la fuerza estuvo ausente.

Es, pues, locura intentar la sujeción en las mujeres de un deseo que las es tan hirviente y natural. Cuando las oigo enaltecerse de tener su voluntad tan virgen y tan fría, sonrío; ellas retroceden demasiado. Si se trata de una vieja decrepita y desdentada, o de una joven seca y ética, aunque del todo no sea creíble, al menos motivos tienen para declararlo. Mas aquellas que se mueven y todavía respiran empeoran la causa que defienden, por cuanto las inconsideradas excusas sirven de acusación; como sucedió a un gentilhomme de mi vecindad a quien de impotencia se sospechaba,

Languidior tenera cui pendens sricula beta
nunquam se mediam sustulit ad tunicam,

tres o cuatro días después de sus bodas andaba jurando resueltamente que había efectuado veinte viajes la noche precedente, por donde procuró armas para que le convencieran de ignorancia supina, y para que le descasaran. Debe además tenerse presente que con aquellas bravatas nada se dice de consecuencia, pues no hay continencia ni virtud sin la lucha que a ellas nos encaminan. Verdad es, preciso es decirlo, mas yo no estoy presto a rendirme; los

santos mismos hablan del mismo modo. Entiéndase de las que se alaban a ciencia cierta de frialdad e insensibilidad y quieren ser creídas mostrando serio el semblante; pues cuando éste es afectado, cuando los ojos desmienten las palabras y la jerga profesional produce un efecto contrario al que se apetece, la encuentro buena. Yo me inclino de buen grado ante la ingenuidad y la libertad; mas no hay término medio posible: cuando aquélla no es de todo en todo simplona e infantil, es inepta y sienta mala a las damas en este comercio, torciendo muy luego hacia la desvergüenza. Sus disfraces y sus gestos no engañan sino a los tontos. El mentir reside en lugar de honor: una vuelta es lo que nos conduce a la verdad por la puerta falsa. Si ni siquiera nos es dable contener su imaginación, ¿qué pretendemos de ella? Bastantes hay que escapan a toda comunicación extraña, por los cuales la castidad puede ser corrompida;

Illud saepe facit, quod sine teste facit:

y los que tememos menos son quizás los más temibles; sus pecados mudos son de entre todos los peores: [241]

Offendor moecha simpliciere minus.

Efectos hay que pueden hacer perder el pudor sin impudor y, lo que es más singular todavía, sin que ellas mismas lo conozcan: *obstetrix, virginis cujusdam integritatem manucvelut explorans, sive malevolentia, sive inscitia, sive casu, dum inspicit perdidit*: tal extravió su virginidad por haberla buscado; tal otra divirtiéndose la mató. No podríamos puntualmente circunscribirlas los actos que las prohibimos; es preciso que reciban nuestra ley envuelta en palabras generales e inciertas: la idea misma que nos forjamos de su castidad es ridícula, pues entre los ejemplos más relevantes que conozco figura Fatua, mujer de Fauno, quien no se dejó ver después de sus bodas de ningún macho, y la de Hierón, que no echaba de ver que a su marido le apestaba el aliento, considerando que ésa era una circunstancia común a todos los hombres: solicitamos que se conviertan en insensibles o invisibles para satisfacerlos.

Ahora bien, confesemos que el nudo del juzgar en lo que con este deber toma reside principalmente en la voluntad. Maridos hubo que sufrieron este percance, no sólo sin censurar ni castigar a sus mujeres, sino con singular obligación y recomendación de la virtud de ellas. Tal que anteponía el honor a la vida prostituyó aquél al apetito desenfrenado de un mortal enemigo por salvar la existencia de su esposo, realizando por él lo que en modo alguno por sí misma hubiera hecho. No es esto lugar adecuado para esparcir ejemplos análogos; son sobrado elevados, y ricos en demasía para representarlos en el tenor como aquí escribo; guardémoslos para un sitio más noble. Mas por lo que toca a casos de significación menos grande, ¿no vemos a diario entre nosotros que por la sola utilidad de sus maridos se entregan? ¿y por orden y expresa intervención de ellos? En la antigüedad Faulio, el argiense, ofreció la suya al rey Filipo para saciar su ambición; y por cortesanía Galba puso la propia en brazos de Mecenas a quien éste había convidado a un festín: viendo que su mujer y él comenzaban a conspirar mediante ojeadas y señas, se dejó caer en el sofá como un hombre ganado por el sueño para volver la espalda a estos amores, lo cual confesó buenamente, pues habiendo en el instante mismo un criado tenido el arrojode poner la mano en los vasos que en la mesa había, gritolo como si tal cosa: «¿Cómo se entiende,

bribón? ¿no ves que sólo para Mecenas duermo?» Tal hay [242] de costumbres desbordadas cuya voluntad es más enmendada que la de otra que se conduce bajo ordenada apariencia. Como vemos quienes se quejan de haber sido consagradas a la castidad antes de la edad en que penetrar pudieran el alcance de tal voto, encontramos también otras que se lamentan de haber sido lanzadas a la prostitución antes de comprender sus consecuencias. El vicio paternal puede ser la causa, o el empuje de la necesidad, que es dura consejera. En las Indias orientales la castidad era considerada como particularmente recomendable; la costumbre, sin embargo, consentía que una mujer casada pudiera abandonarse a quien la presentaba un elefante, y a más se añadía a ello alguna gloria por haber sido en tan alto precio estimada. Fedón, el filósofo, hombre honrado, después de la toma de su país de Elida, prostituyó y comerció con la belleza de su juventud mientras se mantuvo verde, con quien quiso, por dinero contante para procurarse medios de vivir. Y Solón, dicese que fue el primero en Grecia que por virtud de sus leyes concedió a las mujeres libertad a expensas del pudor, para socorrer las necesidades de su vida, costumbre que Herodoto dice haber sido recibida en algunas otras naciones. Y después de todo, ¿qué fruto se alcanza de la solicitud penosa que los celos nos acarrearán? Por justicia que en esta pasión haya, precisa sabor además si útilmente nos conduce. ¿Hay alguien, que merced a los esfuerzos de su industria se crea capaz de tapiarlas?

Pone seram; cohibe: sed quis custodiet ipsos
custodes?, cauta est, et ab illis incipit uxori:

¿qué artimaña no las basta en un siglo tan competente?

La curiosidad es en todas las cosas instrumento vicioso, mas en este particular es pernicioso por añadidura: es locura querer darse cuenta de un mal para el cual remediar no hay medicina que no lo empeore y regrave, del cual la vergüenza, se aumenta y publica principalmente por los celos, cuya venganza hiere más a nuestros hijos de lo que a nosotros nos alivia. Os secáis y morís en el inquirimiento de una comprobación tan tenebrosa. ¡Cuán lastimosamente llegaron a ella aquellos de mis conocidos que lograron tocarla! Si el advertidor no procura al par que la noticia su remedio y su socorro, el advertimiento es injurioso y merece mejor una puñalada que la negación del delito. No es objeto de burlas menores quien se encuentra apenado buscando la causa de su deshonra que aquel que de todo la ignora. El carácter de la cornamenta es indeleble; a quien una vez le crecieron no se le caen jamás: el [243] castigo más que los efectos lo declara. ¡Bueno es eso de querer arrancar de la sombra y de la duda nuestras desdichas privadas para trompetearlas en andamios trágicos! Errado proceder si los hay, puesto que estos males no punzan sino por la divulgación: buena esposa y matrimonio bueno se dice, no de quienes realmente lo son, sino de quienes las cualidades se callan. Es preciso ingeniárselas de suerte que se evite este molesto e inútil conocimiento; por eso los romanos acostumbraban al volver de viaje a enviar un emisario a sus casas a fin de anunciar su llegada a las mujeres para no sorprenderlas infraganti, y por eso en cierta nación se ha introducido el uso de que el sacerdote abra la senda a la desposada el día de sus bodas para apartar del recién casado la duda y la curiosidad de investigar este primer ensayo si la mujer viene virgen a sus manos o encentada de un amor extraño.

Mas de ello el mundo hace su comidilla. Conozco cien cornudos que son honradas gentes con indecencia escasa; un hombre cabal es por ello compadecido, mas no desestimado. Haced que vuestra virtud ahogue vuestra desdicha; que las gentes buenas la maldigan; que el que os ofendió se estremezca solamente de pensar en su delito. Y en último término, ¿de quién no se habla en este sentido, desde el más chico al más grande?

Tot qui legionibus imperitavit,
et melior quam tu multis fui, improbe, rebus.

¿No ves cómo se zambulle en este coronamiento en tu presencia a tantas gentes irreprochables? Piensa, y harás cuerdamente, que tú no eres excepción en otra parte. Pero, ¿qué más? Hasta las damas se burlarán. ¿Y de qué se mofan con más regocijo que de un hogar tranquilo y bien avenido? Cada uno de vosotros hizo cornudo a alguien, y sabido es que la naturaleza obra en todo de modo semejante, así en sus compensaciones como en sus vicisitudes. La frecuencia de este accidente debe desde ahora modificar su agriura: pronto lo veremos cambiado en costumbre.

¡Miserable pasión a cuyo amargor se junta todavía el dolor de ser incomunicable!

Fors etiam nostris invidit questibus aures:

pues ¿cuál será el amigo a quien osaréis comunicar vuestro duelo que si de él no se ríe no se sirva con palabras de encaminamiento e instrucción para tomar él mismo su parte en el botín? Así las dulzuras como los agriores del [244] matrimonio, las gentes prudentes los guardan secretos; y entre las demás circunstancias importunas que le circundan, ésta, para un hombre lenguaraz como yo soy, es de las principales que la costumbre hizo indecorosa y de comunicar a nadie; lo que de ella se sabe como lo que con ella se siente.

Aconsejarías a ellas de igual modo para apartarlas de los celos sería tiempo perdido: su esencia nativa está tan impregnada de sospecha, de vanidad y de curiosidad que no hay que esperar el curarlas por vía legítima. Frecuentemente se enmiendan de este inconveniente por medio de una curación mucho más de temer que la enfermedad misma; pues así como hay encantamientos que no aciertan a desarraigar el mal sino echándolo sobre el prójimo, ellas lanzan fácilmente de la propia suerte esta liebre sobre sus maridos cuando la pierden. De todos modos, y a decir verdad, ignoro si de ellas puede sufrirse dolencia peor que el mal de celos: ésta es la más dañina de sus condiciones como de sus miembros la cabeza. Decía Pitaco «que cada cual tenía su motivo de trastorno; que la causa del suyo residía en la mala cabeza de su mujer: y que aparte de este mal se consideraría dichoso de todo en todo.» Este es un inconveniente bien pesado merced al cual un personaje tan justo, prudente y valeroso sentía toda su vida enturbiada: ¿cómo no ha de agravarnos a nosotros, hombrecillos insignificantes como somos? El senado de Marsella obró cuerdamente al aplazar la aprobación a un individuo que solicitaba permiso de matarse para eximirse de las tormentas de su mujer, pues es un mal que jamás se desaloja sin arrancar el pedazo, y para el cual no hay otro remedio eficaz que la huida o la resinación aunque ambos sean difíciles. Aquél hablaba sabiamente que decía «que ni buen matrimonio se aderezará con la unión de una mujer ciega y un marido sordo.»

Consideremos, además, que esta grande y violenta rudeza de obligación que las exigimos puede producir dos efectos contrarios a nuestro fin, a saber: el aguzar a los perseguidores y el trocar a las mujeres en más fáciles de entregarse; pues por lo que toca al primer punto, elevando el valor de la plaza ensalzamos igualmente el valor y el deseo de la conquista. ¿No será Venus misma quien haya así finalmente subido el precio de su mercancía por virtud del rufianismo de las leyes, conociendo cuán torpe diversión sería el amor si no se le hiciera valer por fantasía y carestía? En resumidas cuentas todo es carne de puerco que la salsa diversifica, como decía el huésped de Flaminio. Cupido es un dios traidor; su juego consiste en luchar contra la devoción y la justicia: su gloria estriba en que su poder vaya contra toda otra potencia y en que todas las demás reglas cedan el paso a las suyas; [245]

Materiam culpae prosequiturque suae.

Y por lo que toca al segundo punto, ¿Seríamos menos cornudos si temiéramos menos el serlo? según la complexión de las mujeres, pues la prohibición las incita y convida:

*Ubi velis, nolunt: ubi nolis, volunt ultro:
concessa pudet ire via.*

¿Qué mejor interpretación encontraremos del caso de Mesalina? En los comienzos hizo cornudo a su marido de tapadillo, como se acostumbra ordinariamente; mas como manejara sus intrigas con facilidad sobrada por la estupidez ingénita de su esposo, menospreció de pronto su táctica; vedla entregarse al descubierto, confesar sus servidores, conversar con ellos y favorecerlos ante los ojos de todos: quería de este modo que su esposo lo advirtiera. Este animal, no acertando a despertarse con semejante estrépito, y convirtiéndola sus placeres en insípidos y blandos, merced a esa floja facilidad por la cual parecía autorizarlos y legitimarlos, ¿qué hizo ella? Mujer de un emperador vivo y rozagante, residiendo en Roma, teatro del mundo, en pleno medio día, mientras se celebraba una suntuosa fiesta pública, hallándose en compañía de Silio, de quien había disfrutado largo tiempo antes los favores, se casó un día que su marido se encontraba ausente de la ciudad. ¿No parece que se encaminaba hacia la castidad a causa de la indiferencia de su esposo? ¿O también que buscara otro marido que aguzara su apetito con sus celos y que resistiéndola le incitara? Mas la primera dificultad que encontró fue también la postrera: aquella bestia se despertó sobresaltada. Frecuentemente son más de temer estos sordos adormecidos: yo he visto por experiencia que este extremo sufrimiento, cuando viene a desatarse, ocasiona venganzas más rudas, pues incendiándose, de repente, la cólera y el furor se amontonan y confunden y todos sus esfuerzos estallan a la primera descarga,

Irarumque omnes effundit habenas:

hízola morir y a gran número de los que con ella habían vivido en inteligencia, hasta a alguno que no pudiendo más ella había convidado a visitar su lecho a correazos.

Lo que Virgilio dice de Venus y de Vulcano, Lucrecio lo [246] había escrito mas adecuadamente de un goce a hurtadillas entre, aquella y el dios Marte:

Belli fera maenera Mavors
armipotens regit, in gremium qui saepe tuum se
rejici, aeterno devictus vulnere amoris;

.....
pascit amore avidos inhians in te, dea, visus,
eque tuo pendet resupini spiritus ore:
hunc tu, diva, tuo recubantem corpore sancto
circumfusa super, suaveis ex ore loquelas
funde.

Cuando yo rumio estos vocablos: rejicit, pascit, inhians, molli, fovet, medullas, labefacta, pendet, percurrit, y esta noble circumfusa, madre del gallardo infusus, menosprecio los menudos picotazos y alusiones verbales que nacieron luego. Aquellas buenas gentes no habían menester de quid pro quos agudos y sutiles: su lenguaje es todo lleno y robusto, de un vigor natural y constante: todos enteros son epigrama: no la cola solamente, sino la cabeza, el pecho y los pies. Nada hay en ellos de forzado, nada de lánguido; todo camina con tenor homogéneo: contextus virilis est; non sunt circa flosculos occupati. No es la suya una elocuencia blanda, solamente dulce y afuente, sino nerviosa y sólida. No place tanto como llena y arrebatada más los espíritus más fuertes. Cuando yo veo esas valientes formas de explicarse, tan vivas y profundas no digo que eso sea bien decir, digo que es bien pensar. Es la gallardía de imaginación la que eleva y abulta las palabras: pectos est, quod disertum facit: nuestras gentes llaman juicio al lenguaje y expresiones hermosas a las concepciones plenas. Esa pintura es querida no tanto por la destreza de la mano, como por estar el objeto más vivamente grabado en el alma. Galo habla sencillamente porque concibe sencillamente; Horacio no se contenta con una expresión superficial, que le traicionaría: ve con claridad mayor y se interna más en las cosas; su espíritu abre y huronea todo el almacén de palabras y de figuras para representarse, y le precisan diferentes de lo ordinario, de la propia suerte que su concepción es distinta de lo ordinario. Plutarco dice que vio la lengua latina por las cosas: aquí acontece lo mismo: el sentido aclara y produce las palabras, no ahuecadas [247] por el viento, sino formadas de carne y hueso, de manera que significan más de lo que dicen. Hasta los flacos de espíritu reconocen algún asomo de lo que digo, pues en Italia acertaba yo a expresar lo que me venía en ganas en términos comunes, mas en las conversaciones tendidas no hubiera osado fiarme en un idioma que yo era incapaz de plegar y perfilar de manera distinta a la ordinaria: quiero que en mis palabras haya algo que me pertenezca.

El manejo y el empleo de los buenos escritores avalora la lengua, no tanto innovándola como proveyéndola de más vigorosos y varios servicios, estirándola y plegándola. Si bien no traen palabras nuevas, enriquecen las propias, macizando y ahondando su significación, uso, enseñándole giros desacostumbrados, mas siempre de manera prudente e ingeniosa. Y cuan poco este ejercicio sea dado a todos, vese considerando tantos y tantos escritores franceses del Siglo en que vivimos, los cuales son suficientemente arrojados y desdenosos para apartarse del camino hollado, pero la falta de invención y de discreción los pierde, y no vemos sino una miserable afectación de singularidad, disfraces fríos y absurdos que en lugar de elevar echan por tierra el asunto: siempre y cuando que acierten a poner el pie en la novedad, poco les importa o que con ella van ganando; por agarrar una palabra nueva, sueltan la ordinaria, más fuerte y más nerviosa.

En nuestra habla francesa encuentro material bastante, pero una poca escasez de giros, pues nada hay que no pudiera hacerse con la jerga de nuestras cazas, de nuestra guerra, fértil terreno y generoso del cual podrían obtenerse, cosechas excelentes. Las maneras de hablar, como las plantas, se enmiendan y fortifican mudándolas de lugar. Yo tengo nuestro idioma por suficientemente abundante, no por suficientemente vigoroso y manejable. Ordinariamente sucumbo ante una concepción poderosa: si camináis en una disposición tendida, sentís siempre que languidece bajo vosotros y se doblega. En su defecto, el latín se presenta a vuestro socorro, el griego a otros. De algunas de las palabras que acabo de escoger, advertimos más difícilmente la energía porque el uso y la frecuencia de las mismas las envilecieron en algún modo y trocaron en vulgar su gracia; de la propia suerte que en nuestro uso común tropezamos con frases y metáforas excelentes, cuya belleza se empaña y envejece y cuyo color se deslustra por el demasiado ordinario manejo. Pero esta circunstancia no hace que su exquisitez se pierda para los que tienen buen olfato, ni tampoco quita nada a la gloria de los antiguos autores que, como es verosímil, acreditaron los primeros esas frases.

Las ciencias tratan de las cosas con fineza demasiada, por modo artificial y diferente al común y natural. Mi paje [248] se siente enamorado y se da cuenta de su pasión. Leedle a León Hebreo y a Ficín; de él se habla en esos libros, de sus pensamientos y acciones y, sin embargo, no entiende jota. Yo no encuentro en Aristóteles la mayor parte de mis anímicos movimientos ordinarios; allí se los cubrió y revistió con otro traje para el uso de la escuela: ¡quiera Dios que así hayan obrado cuerdamente los filósofos! Si yo perteneciera al oficio, naturalizaría el arte tanto como ellos artificializaron la naturaleza. Dejemos en calma a Bembo y Equícola.

Cuando yo escribo dejo a un lado la compañía y el recuerdo de los libros, temiendo que interrumpen mis ideas, pues me acontece que los buenos autores abaten demasiado mis fuerzas, quebrantando el vigor de que dispongo: imito gustoso el proceder de aquel pintor que, habiendo miserablemente representado unos gallos, prohibía a sus muchachos que dejaran acercarse a su taller ningún gallo natural. Mas bien habría yo menester, para entonarme un poco, echar mano de la invención del músico Antigénides, el cual, cuando ejecutaba, daba orden para que ante él o a sus espaldas, el auditorio fuera abrevado con la faena de cantores detestables. Mas de Plutarco me deshago difícilmente: es tan universal, tan cabal y tan cumplido, que en cualquiera ocasión, sea cual fuere el asunto extravagante que traigáis entre las manos, se ingiere en vuestra labor tendiéndoo una liberal e inagotable de riquezas y embellecimientos. Me contraría el que se vea tan expuesto al saqueo de los que le frecuentan, y, por poco que yo me acerque, no le dejo sin arrancarle muslo o ala.

Para realizar el cumplimiento de mi designio escribo en mi casa, en país salvaje, donde nadie me ayuda ni enmienda mis yerros, donde comúnmente no frecuento ningún hombre que entienda el latín de su paternóster y del francés algo menos. Mejor lo habría hecho en otra parte, pero entonces la labor hubiera sido menos mía, y el fin de ésta y su perfección principal consisten en que puntualmente mee pertenezca. Corregiría, sí, un error accidental, de los cuales estoy lleno, como quien escribe corriendo e inadvertidamente; mas las imperfecciones que son en mí ordinarias y constantes, sería traición el extirparlas. Cuando se me dice, o cuando yo mismo me digo: «Eres sobrado espeso en figuras; he aquí una

palabra del terruño gascón; he aquí otra arriesgada (yo no huyo ninguna de las que se emplean en medio de las calles francesas; los que con las armas de la gramática quieren combatir su uso, se equivocan); he aquí un ignorante razonamiento, u otro paradójal, u otro sin pies ni cabeza, tú te burlas con frecuencia demasiada: se creerá que dices a derechas lo que simuladamente expresas.» En efecto, repongo, pero yo corrijo los defectos de inadvertencia, no los que me son habituales. [249] ¿No es así como hablo generalmente? ¿Acierto de este modo a representarme con viveza? Esto me basta. Hice lo que me propuse: todo el mundo que reconoce en mi libro y a mi libro en mí.

Ahora bien; mi condición nativa es remedadora e imitatriz. Cuando yo me empleaba en componer versos (siempre los hice latinos), acusaban evidentemente el poeta a quien acababa últimamente de leer, y entre mis primeros Ensayos, algunos apestan un poco a lo extraño: en París hablo un lenguaje en algún modo distinto del que en Montaigne me sirvo. Quienquiera, a quien con atención considere, me imprime fácilmente algo suyo; aquello sobre lo que reflexiono lo usurpo: un continente torpe, un gesto desagradable, una manera de hablar inoportuna y ridícula. Los vicios más me trastornan; cuanto más me circundan, más se cuelgan en mí y no se alejan sin sacudida. Con mayor frecuencia se me ha visto jurar por similitud que por complexión: imitación mortal comparable a la de los horribles monazos, en grandeza y en fuerzas, que el rey Alejandro encontró en cierta región de las Indias, con los cuales hubiera sido difícil de otro modo acabar: mas ellos mismos procuraron el medio merced a esta inclinación de remedar cuanto veían hacer, por donde los cazadores determinaron calzarse con zapatos a su vista, con muchos nudos que los sujetaban, y cubrirse de pies a la cabeza con lazos corredizos y hacer con lo que untaban sus ojos con liga. Así perdió imprudentemente a estos pobres animales su condición remedadora, y todos fueron enyeseándose, enredándose y agarrotándose. Esa otra facultad de representar ingeniosamente los ajenos gestos y palabras, por propio designio, que a las veces procura placer y admiración, no reside en mí, que en esta habilidad soy comparable a un cepo. Cuando yo juro de mí, digo solamente ¡por Dios! que es el más derecho de todos los juramentos. Cuentan que Sócrates juraba por el perro; Zenón, con la interjección misma que emplean ahora los italianos que es cáppari; Pitágoras por el agua y el aire. Yo soy tan propenso a recibir sin pensarlo aquellas impresiones superficiales, que cuando tres días seguidos tengo en los labios la palabra Sire o Alteza, ocho días después se me escapan por las de Excelencia o Señoría; y lo que el día anterior dije por broma o divertimento, lo repetiré al día siguiente con toda la seriedad posible. Por lo cual al escribir acojo de peor gana los argumentos trillados, temiendo tratarlos a expensa ajena. Toda razón es para mí igualmente fecunda; a acogerlas me impulsa el vuelo de una mosca, ¡y quiera Dios que ésta que aquí traigo entre manos no haya sido por mí adoptada por el ordenamiento de una voluntad tan inconsistente y volandera! Que yo comience por lo que me plazca, pues las materias se sostienen todas encadenadas las unas a las otras.

[250]

Pero mi alma me contraría porque ordinariamente engendra sus ensueños más profundos, más locos y que son más de mi agrado de una manera imprevista y cuando yo

menos los busco; luego se desvanecen de repente, como no tengo donde sujetarlos. Asáltame a caballo, en la mesa, en el lecho, pero con mayor frecuencia a caballo, pues en esta postura son más dilatados mis soliloquios. Mi hablar es un tanto delicadamente celoso de atención y de silencio cuando tengo necesidad de decir algo; quien me interrumpe me detiene. Cuando viajo, la necesidad misma de los caminos interrumpe la conversación; aparte de que en mis expediciones casi nunca voy con compañía adecuada a un hablar continuado, por donde me queda el vagar necesario para conversar conmigo mismo. Con estos soliloquios me sucede lo con los sueños: soñando los encomiendo a mi memoria (pues frecuentemente sueño que estoy soñando), mas al día siguiente, si bien me represento el color que mostraban como realmente era, alegre, triste o singular, no acierto a recordar cómo eran en lo demás, y cuanto más ahondo para descubrirlo, más lo incrusto en olvido. Lo propio me ocurre con las ideas fortuitas que me vienen a las mientes; de ellas no me queda en la memoria sino una vaporosa imagen: lo indispensable necesario para roerme y despecharme inútilmente en su perseguiamiento.

Así, pues, dejando los libros a un lado, y hablando material y sencillamente, reconozco, después de todo, que el amor no es otra cosa sino la sed de ese goce en un objeto deseado; ni Venus cosa distinta que el placer de descargar los propios vasos, como el placer que la naturaleza nos procura en el desalojar los otros conductos, que se trueca en vicioso por inmoderación e indiscreción. Para Sócrates el amor es el apetito de generación por el intermedio de la belleza. Y muchas veces considerando la ridícula titilación de este placer; los absurdos movimientos locos y aturcidos con que agita a Zenón y a Cratipo; la rabia sin medida, el rostro inflamado de furor y crueldad ante el más dulce efecto del amor, y luego la tiesura grave, severa y estática en una acción tan loca; el que se hayan en el mismo lugar colocado confundidas nuestras delicias nuestras basuras, y el que la voluptuosidad suprema tenga, como el dolor, algo de transido y quejumbroso; al reflexionar sobre todo esto, creo que es verdad lo que Platón dice, o sea que el hombre por los dioses creado para servirles de juguete,

Quaenam ista jocandi

saevitia!

y que para mofarse de nosotros naturaleza nos ha dejado [251] la más alborotada de nuestras acciones, la más común, para igualarnos a las bestias y aparejarnos locos y cuerdos, hombres y animales. El más contemplativo y prudente de los hombres, cuando lo imagino en esta postura, considérola como un farsante al alardear de prudente y contemplativo: las patas del pavo real son las que abaten su orgullo.

Ridentem dicere verum,

quid vetat?

Los que en medio de los juicos rechazan las opiniones serias, hacen al decir de alguien, como quien teme adorar la imagen desnuda de un santo. Nosotros, comemos y bebemos como los animales, pero éstas no son acciones que imposibilitan los oficios de nuestra alma; en ellas guardamos nuestra supremacía sobre los demás seres. Aquella coloca todo otro pensamiento bajo el yugo; embrutece y bestializa por su autoridad imperiosa toda la teología y filosofía que residen en Platón, y sin embargo éste no se queja por ello. En todo

lo demás posible es guardar algún decoro; todas las otras operaciones capaces son de someterse a los preceptos de honestidad; ésta no se puede ni siquiera imaginar sino envuelta en el vicio o en la ridiculez: buscad para verlo un proceder discreto y prudente. Alejandro decía reconocerse, principalmente como mortal, por la necesidad de este acto y por el de dormir. El sueño sofoca y suprime las facultades de nuestra alma: la tarea las absorbe y disipa del propio modo. En verdad que la de que hablo es una marca no sólo de nuestra corrupción original, sino también de nuestra vanidad y disconformidad.

Por una parte naturaleza a ella nos empuja, habiendo juntado con este deseo la más noble, útil y grata de todas sus funciones, mientras nos consiente, por otra parte, acusarla y huirla como insolente y deshonesto, avergonzarnos de ella y recomendar el abstenernos. ¿No somos brutos en grado superlativo al llamar brutal a la operación que nos engendra? Los diversos pueblos, en lo tocante a religiones, coincidieron en diferentes prácticas como sacrificios, iluminaciones, incensamientos, ayunos, ofrendas y, entre otras ideas, en la condenación del acto amoroso: todas las opiniones coinciden en este particular, sin contar con el extendido uso de las circuncisiones, que es su castigo. Acaso seamos razonables al acusarnos de engendrar una cosa tan torpe como el hombre, al llamar acción vergonzosa y vergonzosas a las partes que a ello sirven (y en verdad que las más son ahora vergonzosas y penosas). Los esenios (de los cuales habla Plinio) se mantuvieron sin nodriza ni mantillas durante algunos siglos gracias a los extranjeros, quienes, admirando su felicidad, acudían continuamente [252] junto a ellos: todo un pueblo se expuso así a desaparecer mejor que frecuentar a las mujeres, y a perder la semilla humana antes que forjar un solo hombre.

Cuentan que Zenón no tuvo tratos con mujeres más que una sola vez en su vida y que fue sólo por pura cortesía, a fin de no dar a entender que menospreciaba el sexo con obstinación empeñada. Todos huyen la vista del nacimiento del hombre; todos corren para verle morir; para destruirle se busca un campo espacioso, en plena luz; para construirle un rincón, en un hueco tenebroso, lo más recogido que es dable hallarlo: es un deber ocultarse y avergonzarse para procrearle; es una gloria, y de ella emanan virtudes varias, exterminarle; lo uno es injuria, favor lo otro. Aristóteles afirma que bonificar a alguno vale tanto como matarle en cierto hablar de su país. Los atenienses, para colocar a igual nivel la desventaja de esas dos naciones, teniendo que purificar la isla de Delos y a la vez justificarse con Apolo, prohibieron que en el recinto de ella juntamente se enterrara y procreara. Nostri nosmet poenitet.

Hay naciones que se tapan al comer. Yo sé de una dama, de las de condición más relevante, también de esta manera de ser: opina que el mascar muestra un aspecto ingrato que rebaja mucho la gracia y belleza femeninas, y de buen grado no se presenta en público con ganas de comer. Sé de un hombre que no puede soportar el ver comer ni el que lo vean, y que huye de mejor gana toda compañía cuando se llena que cuando se vacía. En el imperio del turco se ven muchas gentes que para sobresalir sobre los demás no se dejan ver nunca en sus comidas. Los hay que no hacen más que una a la semana: que se rajan y cortan la faz y los miembros; que no hablan jamás a nadie; gentes fanáticas que creen rendir culto a su propia naturaleza desnaturalizándose, que se enamoran de su menosprecio y se enmiendan empeorando. ¡Monstruoso animal el que de sí mismo se horroriza, para quien sus placeres son dura carga! Hay quien oculta su vida,

Exsilioque domos et dulcia limina mutant.

apartándola de la vista de los demás hombres; quien evita el contento y la salud, como cosas perjudiciales y enemigas. No ya sólo muchas sectas, sino también muchos pueblos maldicen la hora de su nacimiento y bendicen la de su muerte: los hay que abominan la luz solar y adoran las tinieblas. No somos ingeniosos sino para maltratarnos. ¡Este es el verdadero fuerte de nuestro espíritu: instrumento útil para toda suerte de desórdenes y desarreglos! [253]

O miseri!, quorum gaudia crimen habent.

¡Ah, pobre hombre! ¿No te basta con las incomodidades necesarias sin aumentarlas con el auxilio de tu propia invención? ¿Tu condición no es de sobra miserable por sí misma sin aumentarla con el apoyo del arte? Tienes sobradas fealdades reales y esenciales sin necesidad de forjarlas imaginarias. ¿Acaso te encuentras demasiado a gusto, puesto que la mitad de tu bienestar te incomoda? ¿Acaso consideras cumplidos todos los oficios necesarios a que naturaleza te obliga reconociendo que ésta permanece en ti falta y ociosa si no te lanzas a compromisos nuevos? Nada temes ofender sus leyes, universales e indudables, amarrándote a las tuyas, estrambóticas y falsas. Y cuanto éstas son inciertas y particulares y más contradichas, tú mantienes para con ellas tu esfuerzo. Las ordenanzas positivas de tu parroquia te ocupan y sujetan; la de Dios y la del mundo no te importan nada. Medita un poco sobre los ejemplos de esta consideración; tu vida está dentro de ellos comprendida.

Los versos de esos dos poetas tratan así, reservada y discretamente, de la lascivia, y tal como la tratan me parece que la descubren y aclaran más de cerca. Las damas cubren sus senos con una redecilla, los sacerdotes muchas cosas sagradas, los pintores solubreadan su obra para comunicarla más lustre. Y dicese que el rayo de sol y la ráfaga de viento son de mayor efecto por reflexión que cuando sobre los objetos obran en derecha. El egipcio respondió prudentemente a quien le preguntaba: «¿Qué llevas ahí oculto bajo tu túnica?» «Lo llevo así a fin de que no sepas lo que es.» Pero hay ciertas cosas que se guardan para mejor mostrarlas. Oíd a éste, que es más abierto,

Et nudam pressi corpus ad usque meum:

pareceme que me castra. Que Marcial realce a Venus cuando guste, y no alcanzará a mostrarla tan cabal: quien todo lo dice nos sacia y nos asquea. Quien se expresa con cautela nos encamina a pensar en más de lo que dice; hay traición en esta especie de modestia, principalmente cuando, como éstos hacen, entreabren a la imaginación una hermosa senda. La acción y la pintura deben denunciar el resto.

El amor de los españoles y el de los italianos, más respetuoso y temeroso, más mirado y encubierto, es de mi gusto. Yo no sé quien, en lo antiguo, deseaba la garganta alargada como el cuello de las grullas, para saborear lo que [254] tragaba más dilatadamente. Este deseo está más en su lugar en esta voluptuosidad apresurada y precipitada, hasta para las naturalezas como la mía, que no se distinguen por la prontitud. Para detener su huida y extenderla en preámbulos entre ellos, todo sirve de favor y recompensa: una ojeada, una

inclinación, una sílaba, un signo. Quien pudiera cenar con el humo del asado, ¿no haría una preciosa economía? Es ésta una pasión que mezcla a bien poca cosa de esencia sólida una cantidad mucho mayor de vanidad y ensueño febriles: preciso es servirla y pagarla en la misma moneda. Enseñemos a las damas a hacerse valer, a estimarse, a que nos entretengan y a que nos engañen. Echamos el resto a las primeras de cambio, y en ello siempre va envuelta la franca impetuosidad. Haciendo hilas por lo menudo sus favores y esparciéndolos en detalle, cada cual, hasta la vejez más enteca, puede encontrar algo positivo conforme a su valor y a sus méritos. A quien no experimenta goce sino en el goce mismo, quien no gana, sino con el fin, quien sólo gusta de la caza cuando algo apresa, en nada le incumbe internarse en nuestra escuela: cuantas más gradas hay y más escalones, mayor alteza y honor mayor se encuentran al llegar al último peldaño. Deberíamos complacernos en ser conducidos como en los palacios magníficos se acostumbra, por diversos pórticos y pasajes, gratos y prolongados, por galerías y recodos. Esta economía en nuestros placeres trocaríase en ventaja propia; así nos detendríamos y nos amaríamos durante más largo tiempo: sin esperanza ni deseo caminamos y presto tocamos con la indiferencia. Nuestro señorío y posesión cabal las es temible a más no poder; en cuanto por completo se rinden a merced de nuestra fe y constancia, vienen a dar en una situación peligrosa. Son estas virtudes raras y difíciles: desde el instante en que nos pertenecen, nosotros ya no las pertenecemos;

Postquam cupidae mentis satiata libido est,
verba nihil metuere, nihil perjuriam curant;

y Trasónidas, joven griego, se mostró tan enamorado de su amor, que rechazó, habiendo ganado el corazón de una amiga, el gozar de sus favores para no amortiguar, saciar ni languidecer con el ejercicio del placer, el ardor inquieto con que se glorificaba y complacía. La carestía procura gusto a la carne: ved cuánto la usanza de las saluciones, particular en nuestro país, bastardea por su facilidad la gracia de los besos, que Sócrates consideraba tan poderosa y peligrosa para robar nuestros corazones. Es una costumbre ingrata e injuriosa además para las damas, la de tener que verse obligadas a prestar sus labios a quienquiera que [255] lleve tres criados en su séquito, por desagradable que sea,

Cujus livida naribus caninis
dependet glaces, rigetque barba...
Centum occurrere malo culilingis.

y con ello nosotros mismos nada ganamos, pues conforme el mundo se ve repartido, por cada tres hermosas nos precisa, besar cincuenta feas, y para un estómago delicado, como los de mi edad suelen serlo, cada mal beso paga con usuras uno bueno.

Los italianos ofician de perseguidores y se muestran transidos hasta con aquellas mismas que se encuentran en venta, y defienden su manera de obrar diciendo: «Que hay grados en el placer, y que a cambio de servicios quieren para ellos alcanzar el más entero: ellas no venden sino el cuerpo; la voluntad no puede ser a subasta tasada, por ser demasiado libre al par que demasiado suya.» Así éstos dicen ser la voluntad lo que sitian, y tienen razón: la voluntad es lo que precisa servir y ganar mediante prácticas hábiles. Me horroriza el considerar como mío un cuerpo privado de afección, y me represento este furor

avecinando al de aquel mozo que asaltó por amor la hermosa imagen de Venus que Praxíteles hizo; o bien al de aquel furioso egipcio, ardoroso de los restos de una muerta que embalsamaba y cubría con el sudario, el cual dio ocasión a la ley, que luego estuvo en vigor en Egipto, que ordenaba que los cuerpos de las mujeres hermosas y jóvenes, así como las de buena casa, serían guardados tres días, antes de ponerlos en manos de los que tenían a su cargo enterrarlos. Periandro fue más allá todavía, llevando la afección conyugal (más ordenada y legítima) a disfrutar de Melisa, su esposa, hallándose muerta. ¿No semeja un amor lunático el de la luna, que no pudiendo gozar de Endimión, su mimado, le adormeció por espacio de algunos meses y se satisfizo disfrutando a un mozo que sólo en sueños se agitaba? Yo digo semejantemente, que se ama un cuerpo sin alma o sin sentimiento, cuando se ama un cuerpo y el consentimiento y el deseo están lejanos. No todos los goces son unos; los hay éticos y languidecedores: mil otras causas diferentes de la benevolencia pueden hacernos conquistar este beneficio de las damas; aquella no es testimonio suficiente de afección, y puede, como en otras, con ella ir la traición envuelta. A las veces no coadyuvan más que con una sola asentadera:

Tanquam thura merumque parent...
Absentem, marmoreamve putes, [256]

Sé de algunas que prefieren mejor prestarse que prestar su coche, y que sólo por ahí se comunican. Es preciso considerar si vuestra compañía las es grata por algún otro fin ajeno, o exclusivamente por el del acto, como las placería igualmente la de un robusto mozo de cuadra; en qué rango y a qué precio estáis acomodados.

Tibi si datur uni;
quo lapide illa diem candidiore notet.

¿Y qué decir si la dama come vuestro pan aliñado con la salsa de una más agradable fantasía?

Te tenet, absentes alios suspirat amores.

¡Pues qué! ¿acaso no hemos visto en nuestros días alguien que se sirvió de esta acción para alcanzar una horrible venganza, para envenenar y matar, como lo hizo a una mujer honrada?

Los que conocen Italia no se sorprenderán si hablando de este asunto no busco ejemplos en otra parte, pues esta nación puede nombrarse regente del mundo en la materia. Se cuentan allí más comúnmente las mujeres hermosas que las feas, mejor que entre nosotros; pero en lo tocante a bellezas raras y excelentes, considero que vamos a la par. Otro tanto juzgo de los espíritus: de los ordinarios tienen muchos más, evidentemente; la brutalidad es, sin comparación, más rara: en almas singulares, del rango más preeminente, nada tenemos que envidiarles. Si tuviera que simplificar este símil pareceríame poder decir del valor lo contrario, esto es, que comparado con el de ellos, es entre nosotros cualidad popular y natural. Mas a las veces vese en sus manos tan pleno y tan vigoroso, que sobrepuja los más rígidos ejemplos que conozcamos. Los matrimonios de aquel país cojean en este punto: las costumbres hacen comúnmente a ley tan dura para las mujeres y tan sierva, que el más

remoto arrimo con extraño las es tan capital como el más vecino. Esta ley hace no todos los contactos se truequen necesariamente en substanciales; y puesto que todo las trae la misma cuenta, la elección es facilísima: en cuanto rompen los cerrojos, hacen fuego inmediatamente. *Luxuria ipsi s vinculis, sicut fera bestia, irritata, deinde emissa.* Precisa soltarlas un poco las riendas:

Vidi ego nuper equum, contra sua frena tenacem,
ore reluctanti fulminis ire modo: [257]

languidécese el deseo de la compañía procurándole alguna libertad. Nosotros corremos, sobre poco más o menos, igual fortuna; ellos son extremados en la sujeción; nosotros en la licencia. Es una buena usanza de nuestra nación el que en las buenas casas nuestros hijos sean recibidos para ser en ellas educados y habituados como pajes en noble escuela; y es descortesía, dicen, o injuria, censurar por ello a un gentilhomme. He advertido (pues tantos hogares y otros tantos estilos y formas diversas) que las damas que pretendieron comunicar a las jóvenes de su séquito las reglas más austeras, no tuvieron mejor ventura. Precisa la moderación y dejar una buena parte de su conducta a su discreción exclusiva, pues, así como así, no hay disciplina que baste en todos los respectos a contenerlas. Y es muy cierto que a la que escapó de las procelosas ondas de un aprendizaje libre, acompaña más confianza en sí misma que a la que sale sana y salva de una escuela severa y esclava.

Nuestros padres enderezaban el continente de sus hijas hacia la vergüenza y el temor (y no por ello las damas tenían menos alientos ni deseos menores); nosotros a la seguridad las encaminamos, en lo cual nos equivocamos de medio a medio. Cuadra bien este proceder a las sármatas, quienes no pueden acostarse con varón sin que con sus propias manos hayan muerto a otro en la guerra. A mí, que no tengo más derecho que el que sus oídos quieran concederme, basta que me retengan por su consejo, según el privilegio de mi edad. Así, pues, yo las aconsejaría, y a nosotros también, la abstinencia; pero si este siglo es de ella enemigo, al menos la discreción y la modestia, pues como reza el cuento de Aristipo, hablando a unos jóvenes que se avergonzaban de verlo entrar en la vivienda de una cortesana: «El vicio consiste en no salir de ella, y no en entrar»: quien no quiere libertar su conciencia, que exente siquiera su nombre; si el fondo nada vale, que la apariencia se muestre buena.

Alabo la gradación y la dilatación en el dispensarnos sus favores. Platón muestra que en toda suerte de amor la facilidad y prontitud está prohibida a los mantenedores del mismo. Es éste un rasgo de glotonería que las damas deben encubrir con todo el arte de que sean capaces, el entregarse así de una manera temeraria, en gordo y tumultuariamente: conduciéndose en la dispensación de sus favores ordenada y mesuradamente, engañan mucho mejor nuestro deseo y ocultan el suyo. Huyan siempre ante nosotros, hasta aquellas mismas que han de dejarse atrapar, pues nos derrotan mejor huyendo, como los escitas. Y en verdad, conforme a la ley que naturaleza las otorga, no es propiamente a ellas a quienes incumbe querer y desear; su papel es sufrir, obedecer, consentir. Por lo cual aquella sabia maestra procurolas una capacidad perpetua; a nosotros nos [258] la concedió rara e incierta: ellas tienen siempre su hora propicia, a fin de encontrarse prestas cuando la nuestra llega, *pati natae*: y donde quiso que nuestros apetitos ejercieran muestra y declaración prominentes, hizo que los suyos fuesen ocultos e intestinos provoyéndolas de piezas

impropias a la ostentación; simplemente las tienen para la defensiva. Menester es dejar a la licencia amazoniana los rasgos parecidos a éste: Pasando Alejandro por la Hircania, Talestris, reina de las amazonas, le salió al encuentro en compañía de trescientos soldados de su sexo, caballeros y bien armados, habiendo dejado el resto del numeroso ejército que la seguía del otro lado de las vecinas montañas, y le dirigió en alta voz y públicamente las siguientes palabras: «Que el estruendo de sus victorias y el de su valor la había llevado allí, para verle y ofrecerle sus propios medios y poderío para socorrer sus empresas; y que encontrándole tan hermoso, joven y vigoroso, ella, que se reconocía perfecta en todas sus cualidades, le aconsejaba que se acostaran juntos a fin de que naciera de la más valiente mujer del mundo y del hombre más valeroso que en aquel tiempo vivía algo de grande y de raro para el porvenir.» Alejandro la dio gracias por lo primero, mas para dejar lugar al cumplimiento de su última petición, se detuvo trece días en aquel reino, los cuales festejó lo más alegremente que pudo en beneficio de una princesa tan animosa.

Nosotros somos, casi en todo, injustos jueces de sus acciones, como ellas lo son de las nuestras: yo confieso siempre la verdad, lo mismo cuando me perjudico, que cuando me sirve de provecho. Es un desorden censurable y feo lo que las empuja a cambiar con frecuencia tanta, impidiéndolas detener y afirmar su afición en un hombre determinado, como se ve en aquella diosa en quien se suponen tantas variaciones y amigos. Mas hay que reconocer que va contra la naturaleza del autor el que no sea violento, y, contra la naturaleza de la violencia si es constante. Los que de aquella enfermedad se pasan, se admiran, gritan y buscan las causas, considerándola como desnaturalizada e increíble, ¿por qué no ven cuán frecuentemente la albergan y reciben en ellos sin espanto ni milagro? Acaso fuera más extraño ver la afición estancada; no es una pasión simplemente corporal cuando no busca la necesidad de la ambición y la avaricia, y entonces tampoco hay deseos punzantes; vive todavía después de la saciedad y no pueden prescribirla ni satisfacción constante, ni fin: camina siempre más allá de su posesión. Y si la inconstancia las es acaso en cierto modo más perdonable que a nosotros, como nosotros pueden ellas alegar la inclinación, que nos es común, hacia la variedad y novedad, y en segundo lugar, [259] pueden alegar sobre nosotros lo de comprar el gato en el saco. Juana, reina de Nápoles, hizo estrangular a Andreaso, su primer marido, en la reja de su ventana, con un lazo de oro y seda trenzado por su propia mano, porque en las faenas matrimoniales encontró que ni las partes ni los esfuerzos correspondían suficientemente a la esperanza que ella concibiera al ver la estatura, belleza, juventud y gallardía por donde se vio prendada y engañada; pueden también las damas decir en su abono que la acción es más fuerte que la pasión; y así por lo que a ellas toca, siempre están en disposición óptima, mientras que a nosotros pueden ocurrirnos accidentes de otra suerte. Por eso Platón establece en sus leyes prudentemente que antes de efectuarse el matrimonio, para decidir de su oportunidad, los jueces vean a los mozos que pretenden contraerlo completamente desnudo, y a las jóvenes descubiertas hasta la cintura solamente. Examinándonos así, pudiera suceder que acaso no nos encontraran dignos de elección:

Experta latus, madidoque simillima loro
inguina, nec lassa stare coacta mano,
deserit imbelles thalamos.

No todo consiste en que la voluntad ruede a derechas; la debilidad e incapacidad rompen legítimamente los lazos de un matrimonio,

Et quaerendum aliunde foret nervosius illud,
quod posset zonam solvere virgineam:

¿por qué no? y con arreglo a su medida, una inteligencia amorosa, más licenciada y más activa,

Si blando nequeat superesse labori.

¿Y no es imprudencia grande el llevar nuestras imperfecciones y debilidades al lugar que deseamos complacer y en él dejar buena estima y recomendación propia? Por lo poco que en la hora actual me precisa,

Ad unum
mollis opus,

no quisiera yo importunar a una persona a quien reverencie y tema:

Fuge suspicari
cujus undenum trepidavit aetas
claudere lustrum. [260]

Naturaleza debiera conformarse, con haber trocado miserable esta edad sin convertirla al par en ridícula. Detesto el verlo, por una pulgada de vigor raquíptico que le acalora tres veces a la semana, aprestarse y armarse con rudeza igual, cual si en el vientre albergara alguna jornada grande y legítima; verdadero fuego de estopa, cuyo aparato admiro tan vivo y tan bullicioso, y en un momento tan pesadamente congelado y extinto. Este apetito no debiera pertenecer sino a la flor de una juventud hermosa: confiad en él para ver; tratad de secundar ese ardor infatigable, pleno, constante y magnánimo que en vosotros reside, y en verdad que os dejará en hermoso camino. Enviadlo mejor, resueltamente, hacia una infancia tierna, admirada o ignorante, que todavía tiembla bajo la vara y enrojece;

Indum sanguineo veluti violaverit ostro
si quis ebur, vel mixta rubent ubi lilia multa
alba rosa.

Quien puede esperar al día siguiente, sin morir de vergüenza, el menosprecio de unos hermosos ojos testigos de su cobardía e impertinencia,

Et tacili fecere tamen convicia vultus.

no sintió jamás el contentamiento ni la altivez de haberlos vencido y empañado por el vigoroso ejercicio de una noche activa y oficiosa. Cuando vi a alguna hastiarse de mí no acusé al punto su ligereza, sino que puse en duda si la razón residía más bien en mi naturaleza: y en verdad que ésta me trató de ilegítima e incivilmente,

Si non tenga satis, si non bene mentula crassa:
nimirum sapiunt, videntque parvam
matrone quoque mentulam illibenter;

infiriéndome una lesión enormísima. Cada una de las piezas que me forman es igualmente mía como cualesquiera otras, y ninguna mejor que ésta que hace más propiamente hombre.

Yo debo al público mi retrato general. La prudencia de mi lección lo es en verdad en libertad y en esencia cabales; menosprecia colocar en el número de sus deberes esas insignificantes reglas; simuladas, casuales y locales; natural toda ella, constante y universal, de quien son hijas, aunque bastardas, la civilidad y la ceremonia. Nos despojaremos fácilmente de los vicios, que no lo son sino en apariencia, cuando tengamos vicios reales y esenciales. [261] Cuando de éstos nos libramos, corremos a los otros si reconocemos que correr es preciso pues hay peligros que nosotros fantaseamos y deberes nuevos para excusar nuestra negligencia hacia los naturales y para confundir los unos con los otros. Que así sea en realidad se ve considerando que allí donde las culpas son crímenes, los crímenes no son más que culpas; que en las naciones donde las leyes del bien producirse son raras y liberales, las primitivas de la razón común se ven mejor observadas: la multitud innumerable de tantos deberes sofoca nuestro cuidado, languideciéndolo y disipándolo. La aplicación a las cosas ligeras nos aparta de las justas. ¡Cuán fácil y plausible es la ruta que eligen esos hombres superficiales (cuya virtud sólo lo es en apariencia), comparada con la nuestra! Las nuestras son veredas sombrías con que nos cubrimos y entregamos, pero no pagamos en realidad sino que recargamos nuestra deuda ante ese gran juez que levanta nuestras vestiduras y pingajos de en derredor de nuestras partes vergonzosas, y no se oculta para vernos por todas partes, hasta en nuestras íntimas y más secretas basuras; útil decencia sería la de nuestro virginal pudor si fuera capaz de impedir este descubrimiento. En fin, quien desasnara al hombre de una tan escrupulosa superstición verbal, no procuraría gran pérdida al mundo. Nuestra vida se compone de locura y prudencia; quien de ella no escribe sino con reverencia y regularidad, se deja atrás más de la mitad. Yo no me excuso para conmigo, y si lo hiciera sería más bien de mis excusas de lo que me disculparía, mejor que de otra cualquiera falta; me excuso para con ciertos humores que juzgo más fuertes en número que los que militan a mi lado. En beneficio suyo diré todavía esto (pues deseo contentar a todos, cosa, sin embargo, difícilísima, esse unum hominem accommodatum ad tantam morum ac sermonum et voluntatum varietatem): que no deben habérselas conmigo propiamente por lo que hago decir a las autoridades recibidas y aprobadas de muchos siglos, y que no es razonable el que por falta de ritmo me nieguen la dispensa que hasta los eclesiásticos entre nosotros, y de los más encopetados, gozan en nuestros días: he aquí dos:

Rimula, dispeream, ni monogramma tua est.
Un vit d'amy la contente et bien traicte.

¿Y qué decir de tantos otros? Yo gusto de la modestia, y no por discernimiento elegí esta suerte de hablar escandaloso: naturaleza es la que lo escogió por mí. No lo alabo [262] como tampoco ensalzo todas las formas contrarias al uso recibido; pero le dejo el paso franco, y por circunstancias generales y particulares aligero la acusación.

Sigamos. Análogamente, ¿de dónde puede provenir esa usurpación de autoridad soberana que os permitís sobre las que a sus expensas os favorecen,

Si furtiva dedit nigra munuscula nocte,

que usurpéis al punto el interés y la frialdad de una autoridad marital? La cosa es sólo una convención libre: ¿para qué no observáis una conducta recíproca? Sobre las cosas voluntarias la prescripción no puede existir. A pesar de ir contra la costumbre, es lo cierto, sin embargo, que en mi tiempo mantuve este comercio, como su naturaleza puede consentirlo, con tanta conciencia como otro cualquiera y también con cierto aire de justicia, testimoniándolas de afección sólo la que hacia ellas sentía, y representando de manera ingenua la decadencia, vigor y nacimiento, los accesos y las intermitencias, pues no siempre camina con intensidad igual. Con tanta economía en el prometer obré, que creo haber más cumplido que prometido ni debido. Encontraron ellas la fidelidad hasta el servicio de su inconstancia, y hablo de inconstancia reconocida a veces multiplicada. Nunca rompí mientras algo a ellas me inclinaba, siquiera fuese tenerse como de un cabello; y cualesquiera que fuesen las ocasiones que me procurarán, jamás corté por lo sano hasta el menosprecio y el odio, pues tales privanzas, hasta cuando se adquieren mediante las más vergonzosas convenciones, todavía obligan a alguna benevolencia. En punto a cólera e impaciencia algo indiscreta en el momento de sus arterías y evasivas, y en el de nuestros altercados, se las hice ver a veces, pues me reconozco por complexión sujeto a emociones bruscas que frecuentemente perjudican a mis contratos, aun cuando sean ligeras y cortas. Si ellas quisieron experimentar la libertad de mi manera de ser, nunca me opuse a darlas consejos paternales y mordaces, y a pellizcarlas donde les dolía. Si las dejé motivo de queja, fue más bien por haber profesado un amor, comparado con la moderna usanza, torpemente concienzudo: observé mi palabra en las cosas en que fácilmente se me hubiera dispensado; entonces se rendían a veces con reputación y bajo capitulaciones, las cuales soportaban ver luego falseadas por el vencedor: instigado por el interés de su honor, prescindí del placer en todo su apogeo: más de una vez, y allí donde la razón me oprimía, las armé contra mí, de tal suerte que se conducían con mayor severidad y seguridad con el auxilio de mis reglas, cuando estaban ya [263] francamente remisas, de lo que lo hubieran hecho por sus propios medios. Cuanto estuvo en mi mano eché sobre mis hombros el azar de las asignaciones para de él descargarlas, y encaminé siempre nuestras partidas por el camino más áspero e inopinado, por ser al que menos sigue la sospecha y, además, a mi entender el más accesible: están abiertos principalmente por los lugares que comúnmente se tienen por cubiertos; las cosas menos temidas son menos prohibidas y observadas; puede osarse con facilidad mayor lo que nadie piensa que pondréis en práctica, lo cual se trueca en fácil por su misma dificultad. Jamás hombre alguno tuvo más que yo los contactos más impertinente genitales. Esta manera de amar de que voy hablando se aproxima más a la disciplina, pero en cambio cuán ridícula aparece a los ojos de nuestras gentes, y cuán poco practicable: ¿quién lo sabe mejor que yo? Sin embargo, de mi bien obrar nunca me arrepentiré: no tengo ya nada que perder:

Me tabula sacer

votiva paries indicat uvida
suspendisse potenti
vestimenta maris deo.

Hora es ya de hablar abiertamente. Mas de la propia suerte, que a cualquiera otro, me digo a mí mismo: «Amigo mio, tú sueñas; el amor en el tiempo en que vives tiene escaso comercio con la buena fe y con la hombría de bien.

Haec si tu postules

ratione certa facere, nihilo plus agas,
quam si des operam, ut cum ratione insanias:

así que, por el contrario, si en mi mano estuviera el comenzar de nuevo, seguiría de fijo el mismo camino y por gradaciones idénticas, por infructuoso que pudiera serme. La insuficiencia y la torpeza son laudables en una acción indigna de alabanza: cuanto me aparto en aquello del parecer de los que viven en mi época, otro tanto me acerco del mío. Por lo demás, en este comercio yo no me dejaba llevar por completo; si bien en él me complacía, no por ello me olvidaba: reservaba en su totalidad este poco de sentido y discreción que la naturaleza me dio para su servicio y para el mío; sentía un asomo de emoción, pero ningún ensueño me ganaba. Mi conciencia se honraba también hasta el desorden y la disolución, mas no hasta la ingratitud, la traición, la malignidad y la crueldad. No compraba yo a su precio más alto el placer que este vicio procura; contentábame con pagar su propio y simple coste: [264] Nullum intra se vitium est. Odio casi en igual grado una ociosidad estancada y adormecida y un atareamiento espinoso y penoso; el uno me pellizca, y el otro me aturde; pero tanto montan las heridas como los golpes, y los pinchazos como los magullamientos. Encontré en este comercio, cuando era más apto para ejercitarlo, una moderación justa entre esas dos extremidades. El amor es una agitación despierta, viva y alegre; yo no me reconocía ni trastornado ni afligido, sino acalorado y un poco alterado: preciso es detenerse en este punto; esta pasión no daña más que a los locos. Preguntaba un joven al filósofo Panecio si sería prudente sentirse enamorado: «Dejemos queda la prudencia, respondió; para ti y para mí que carecemos de esa cualidad, no nos lancemos en cosa que acarrea tanta conmoción y violencia, que nos esclaviza a otro y nos trueca en satisfechos de nosotros mismos.» Y decía verdad, que no hay que fiar cosa de suyo tan peligrosa a un alma que no tenga con qué hacer frente a las avenidas, ni con qué echar por tierra el dicho de Agesilao, el cual reza, que la prudencia y el amor no se albergan bajo igual techumbre. Es una ocupación vana, es verdad, inadecuada, vergonzosa e ilegítima; pero gobernándola como yo expongo, considérola saludable, propia a despejar un espíritu y un cuerpo adormecidos; y si yo fuera médico, se la ordenaría a un hombre de mi carácter y condición, de tan buena gana como cualquiera otra receta, para despertar cuando nos internamos en los años, y retardar el influjo de las fuerzas de la vejez. Cuando solamente nos encontramos en los contornos y el pulso late todavía,

Dum nova canities, dum prima et recta senectus,

dum superest Lachesi quod torqueat, et pedibus me
porto meis, nullo dextrann subeunte bacillo;

tenemos necesidad de ser solicitados y cosquilleados por alguna agitación mordedora como ésta. Ved cuánta juventud comunicó, vigor y alegría, al prudente Anacreonte: y Sócrates, más viejo que yo, hablando de un objeto amoroso, se expresa así: «Habiéndome apoyado en su hombro y acercado mi cabeza a la suya, como recorriéramos juntos la página de un libro,

sentí de pronto, sin mentir, una picadura en el lugar del contacto, cual la de una mordedura de animal; y cinco días eran pasados y me hormigueaba todavía, y hacia mi corazón se escurría una comezón continua.» ¡Un simple tocamiento, casual y con un hombre efectuado, acaloró y trastornó un alma fría ya y enervada por la edad, y la primera entre todas las humanas [265] en perfeccionamientos! ¿Y por qué no? Sócrates era hombre y no quería parecer cosa distinta. La filosofía no lucha contra los goces naturales, siempre y cuando que el justo medio vaya unido; predica la moderación, no la huía; el esfuerzo de su resistencia se emplea contra los que son extraños y bastardos; declara que los apetitos corporales no deben ser aumentados por el espíritu, y nos enseña ingeniosamente a no despertar nuestra hambre por la saciedad; a no querer embutir, en vez de llenar el vientre; a evitar todo placer que nos aboca a la penuria y toda comida y bebida que nos procuran hambre y sed: como en el ejercicio del amor nos ordena el tomar un objeto que satisfaga simplemente las necesidades del cuerpo y que no conmueva el alma, la cual no debe coadyuvar, sino sólo seguir y asistir a aquél. ¿Pero no me asiste la razón al considerar que estos preceptos, que por otra parte, a mi entender, son un tanto vigorosos, miran a un organismo que desempeña bien sus funciones, y que al ya abatido, como al estómago postrado, es excusable calentarlo y por arte sostenerlo por el intermedio de la fantasía, haciéndole ganar el apetito y el contento, puesto que por sí mismo los perdió

¿No podemos decir que nada hay en nosotros durante esta prisión terrena que sea puramente corporal o espiritual; y que injuriosamente desmembramos un hombre vivo; y que razonablemente, podría sentarse que nos conducimos en punto al uso del placer tan favorablemente a lo menos como en lo tocante al del dolor? Este era (por ejemplo) vehemente hasta la perfección en el alma de los santos, mediante la penitencia. El cuerpo tenía naturalmente parte, en razón a la unión íntima de ambos y sin embargo, podía tomar una parte escasa en la causa, por lo cual no se contentaban aquéllos con que desnudamente siguiera y asistiera al alma afligida, sino que lo atormentaban con penas atroces y adecuadas, a fin de que a competencia el uno de la otra, el espíritu y la materia, sumergieran al hombre en el dolor más saludable cuanto más rudo. En semejante caso, tratándose de los placeres corporales, ¿no es injusto enfriar el alma y asegurar que es preciso arrastrarla como a una obligación y necesidad forzada y servil? Corresponde más bien al alma incubarlos y fomentarlos, mostrarse e invitar a ellos, puesto que el cargo de regirlos la pertenece; como también a ella incumbe, a mi entender, y a los placeres que la son propios, el inspirar e infundir al cuerpo el resentimiento cabal que lleva su condición, y estudiarse para que le sean dulces y saludables. Bien razonable es, como dicen, que el cuerpo no siga sus apetitos en perjuicio del espíritu; mas ¿por qué no ha de serlo igualmente que el espíritu no siga los suyos en daño de la materia? [266]

Yo no tengo otra pasión que me mantenga en vigor: el papel que la avaricia, la ambición, las querellas y los procesos desempeñan para los que como yo carecen de profesión determinada, el amor los representaría más cómodamente; procuraríame la vigilancia, la sobriedad, la gracia y el cuidado de mi persona; calmaría mi continencia a fin de que las muecas de la vejez, esas muecas deformes y lastimosas no vinieran a corromperla; me echaría de nuevo en brazos de los estudios sanos y prudentes por donde pudiera trocar me en más estimado y amado, arrancando de mi espíritu la desesperanza de sí mismo y de su empleo, y uniéndolo consigo mismo; me apartaría de mil pensamientos dolorosos, de mil pesares melancólicos con que la ociosidad nos favorece en tal edad, junta

con el mal estado de nuestra salud; templaría, al menos en sueños, esta sangre que naturaleza abandona; sostendría erguida la barba y dilataría un poco los nervios y el vigor y contento de la vida a este pobre hombre que camina derechamente a su ruina. Mas bien se me alcanza que es ésta una ventaja difícilísima de recobrar: por debilidad y experiencia dilatada nuestro gusto se convirtió en más tierno y delicado; solicitamos más cuando con menos contribuimos; queremos elegir lo más cuando menos merecemos ser aceptados, como tales reconociéndonos, somos menos atrevidos y más desconfiados; nada puede asegurarnos de ser amados, vista nuestra condición y la suya. Me avergüenzo de encontrarme entre esa verde y bulliciosa juventud,

Cujus in indomito constantior inguine nervus,
quam nova collibus arbor inhaeret.

¿A qué viene presentar nuestra miseria en medio de ese regocijo,

Possint ut juvenes visere fervidi,
multo non sine risu,
dilapsam in cineres facem?

La fuerza y la razón los acompañan; hagámosles lugar, nada tenemos ya que hacer: ese germen de belleza naciente no se deja zarandear por manos yertas, ni practicar por medios puramente materiales, pues como respondió aquel antiguo filósofo quien de él se burlaba porque no había sabido conquistar las gracias de un pimpollito a quien perseguía: «Amigo mío, el anzuelo no prende en un queso tan fresco.» En suma, es éste un comercio que ha menester de relación y correspondencia; los demás placeres que recibimos pueden reconocerse por recompensas de naturaleza [267] diversa; pero éste no se paga con la misma suerte de moneda. En verdad, en este negocio las delicias que yo procuro cosquillean más dulcemente mi imaginación que las que experimento, y nada tiene de generoso quien puede recibir placer donde no lo da; es por el contrario un alma vil que pretende deberlo todo y que se place en mantener comercio con personas a quienes es dura carga: no hay belleza, ni gracia, ni privanza, por delicadas que sean, que un hombre cumplido deba desear a ese precio. Si ellas no pueden procurarnos bien más que por piedad, yo prefiero mejor no vivir, que vivir de limosna. Quisiera yo tener derecho de pedir las en estos términos, conforme al estilo en que la caridad se implora en Italia. Fate ben per voi; o a la manera como Ciro exhortaba a sus soldados, cuando les decía: «Quien se quiera, bien que no siga.» Uníos, se me dirá, a las de vuestra condición, y así el concurso de fortuna idéntica os colocará al gusto de uno y otro ¡mezcla insípida y torpe si las hay!

Nolo
barbam vellere mortuo leoni:

Jenofonte emplea como argumento de objeción y censura para reprender a Menón, el que en sus amores echara, mano de objetos ya agostados. Mayor goce me procura solamente el ver la mezcla dulce y justa de dos bellezas, jóvenes o el imaginarla simplemente, que hacer yo el papel de segundo en una coyunda informe y triste: resigno este apetito fantástico al emperador Galba, que no se consagraba sino a las carnes duras y rancias, y a ese otro pobre miserable,

O ego di faciant talem te cernere possim,
caraque mutatis oscula ferre comis,
amplectique meis corpus non pingue lacertis!

Y entre las primordiales fealdades incluyo las bellezas artificiales y forzadas. Emonez, muchacho joven de Chio, ideando con los adornos alcanzar la belleza que naturaleza la llegaba, presentose al filósofo Arcesilao preguntándole si un varón fuerte podía sentirse enamorado: «¡Ya lo creo! contestó el otro, mas siempre y cuando que no sea de una belleza acicalada y sofística como la tuya.» La fealdad de una vejez reconocida es menos vieja y menos fea a mi ver, que otra pintada y pulimentada. ¿Osaré decirlo? (y no vaya a atrapármese por el pescuezo el amor para [268] mí nunca está en época más natural y cabal que en la edad vecina de la infancia:

Quem si puellarum insereres choro,
mire sagaces falleret hospites
discrimen obscurum, solutis
crinibus, ambiguoque vultu:

y lo mismo la belleza; pues lo de que Homero la dilate hasta que la barba comienza a sombrear, el mismo Platón lo señaló como peregrino. Notoria es además la causa por la cual tan ingeniosamente el sofista Bión llamaba a los cabellos locuelos de la adolescencia Aristogitones y Harmodiones: en la edad viril encuéntrolo ya algún tanto fuera de su lugar y con mayor razón en la vejez;

Importunus enim transvolat aridas
quercus.

Margarita, reina de Navarra, prolonga como mujer demasiado lejos la ventaja de las damas, considerando que es todavía tiempo a los treinta años para que cambien el dictado de hermosas en el de buenas. Cuanto más corta es la dominación que sobre nuestra vida otorgamos al amor, mayor es nuestro valer. Considerad su porte: es un semblante pueril. ¿Quién no sabe que en su escuela se procede a la inversa de todo orden y disciplina? El estudio, la ejercitación y el uso en él, a la insuficiencia nos encaminan; los novicios son regentes: Amor ordinem nescit. En verdad su conducta tiene más garbo cuando la forman la inadvertencia y el desorden; las faltas y los reverses comunican la salsa y la gracia. Con que el amor sea hambriento y rudo, poco importa que la prudencia no parezca: ved cómo marcha con paso incierto, chocando y loqueando; se le mete en el cepo cuando se le guía por arte y prudencia; se ponen trabas a su divina libertad cuando se lo somete a estas manos peludas y callosas.

Yo veo frecuentemente pintar esta inteligencia como cosa puramente espiritual, y menospreciar el papel que los sentidos desempeñan: todo a ella coadyuva y contribuye, y puedo decir haber visto muchas veces que excusamos en las mujeres la debilidad de sus espíritus en favor de sus bellezas corporales; pero en cambio nunca vi que en beneficio de las bellezas de un espíritu, por sesudo y maduro que fuera, se resignaran ellas a prestar la mano a un cuerpo que cae en decadencia por poco que caiga. ¡Lástima grande que alguna

no entre en ganas de llevar a cabo este [269] noble trueque socrático, adquiriendo a cambio de sus muslos una inteligencia generadora, filosófica y espiritual del valor más relevante que conseguirse pudiera! Ordena Platón en sus leyes que el que haya realizado alguna acción notable y útil en la guerra, no pueda durante sus expediciones ser rechazado, sin que nada importen si fealdad o senectud, si pretende besar o alcanzar cualquiera otro favor amoroso de la persona que guste. Lo que el filósofo encuentra tan equitativo en recomendación del valor militar, ¿por qué no habría de reconocerlo igualmente en alabanza de otra virtud cualquiera? ¿Por qué no había de ocurrírsele a una dama el apoderarse antes que sus compañeras de la gloria de este casto amor? Casto digo, y no digo mal:

Nam si quando ad praelia ventum est,
ut quondam in stipulis magnus sine viribus ignis
incassum furit:

los vicios que se ahogan en el pensamiento no son los peores que albergamos.

Para acabar este copioso comentario, que se me escapó de un flujo palabristico, impetuoso a veces y dañino,

Ut missum sponsi furtivo munere malum
procurrit casto virginis e gremio,
quod miserae oblitae molli sub veste loratum,
dum adventu matris prosilit, excutitur,
atque illud pronò praeceps agitur decursu:
huic manat tristi conscius ore rubor,

diré que los machos y las hembras están vaciados en el mismo molde; salvo la educación y costumbres, la diferencia es exigua. Platón llama indistintamente a los unos y a las otras a la frecuentación de idénticos estudios, ejercicios, cargos y profesiones guerreras y pacíficas, en su República; y el filósofo Antístenes prescindía de toda distinción entre la virtud de ellas y la nuestra. Es mucho más fácil acusar a un sexo que excusar al otro: es lo que dice aquel proverbio: «Dijo la sartén al cazo...»

Capítulo VI De los vehículos

Bien fácil es el verificar que los grandes autores, al escribir sobre las causas de las cosas, no solamente se sirven [270] de las que juzgan verdaderas, sino también de aquellas otras de cuyo fundamento dudan, siempre y cuando que tengan algo de lucidas: hablan con verdad y utilidad bastantes, expresándose ingeniosamente. Nosotros somos incapaces de asegurarnos de la causa primordial, y amontonamos muchas para ver si por casualidad aquella figura entre ellas,

Namque unam dicere causam

non satis est, verum plures, unde una tamen sit.

¿Me preguntáis de dónde proviene esa costumbre de bendecir a los que estornudan? Nosotros producimos tres suertes de vientos: el que sale por abajo es demasiado puerco; el que exhala nuestra boca lleva consigo algún reproche de glotonería; el tercero es el estornudo; y porque viene de la cabeza y no es acreedor a censura, le tributamos honroso acogimiento. No os burléis de esta sutileza, de la cual, según se dice, Aristóteles es el padre.

Paréceme haber visto en Plutarco (que es entre todos los autores que conozco el que mezcló mejor el arte y la naturaleza, y la sensatez con la ciencia), explicando la causa del levantamiento del estómago que experimentan los que viajan por mar, que la cosa les sucede por temor, luego de haber encontrado algún viso de razón mediante el cual demuestra que el temor puede ocasionar semejante efecto. Yo, que soy muy propenso a este accidente, sé muy bien que esta causa no obra en mí para nada, y lo sé, no por argumentos, sino por experiencia necesaria. Sin alegar lo que he oído asegurar, o sea que acontece lo propio a los animales, particularmente al puerco, que por completo desconoce el peligro, ni lo que un sujeto de mi conocimiento me testimonió de sí mismo, el cual, estando a él fuertemente sujeto, las ganas se le habían pasado en dos o tres ocasiones hallándose oprimido por el terror en una tormenta, como a aquel antiguo, *pejus vexabar, quam ut periculum mihi succurreret*: nunca tuve miedo en el agua, como tampoco en lugar alguno (y sin embargo, bastantes veces se me ofrecieron causas justamente temibles, si es que la muerte puede serlo) me trastorné ni deslumbré. Nace a veces el temor de falta de discernimiento, y de escasez de ánimo otra. Cuantos peligros he visto, presenciados con los ojos abiertos y la mirada serena, cabal y entera: hasta para temer el ánimo. La serenidad sirviome antaño, a falta de otras mejores prendas, para gobernar mi huida y mantenerla ordenada; para que fuese, si no de temor desnuda sin horror, sin embargo, y sin espasmos: fue una marcha conmovida, mas no aturdida ni perdida. Las almas [271] grandes van más allá, representando huidas no ya sólo tranquilas y sanas, sino altivas. Relatemos la que Alcibiades refiere de Sócrates, su compañero de armas: «Encontrele, dice, después de la derrota de nuestro ejército junto con Láchez, y eran ambos de los últimos fugitivos; le consideré despacio, a mi sabor, ya en seguridad, pues yo iba montado en un buen caballo y él a pie; así habíamos combatido. Advertí primeramente cuánto más avisado y resuelto se mostraba, con Láchez comparado; luego, la altivez de su andadura en nada distinta de la ordinaria; su mirada firme y normal, juzgando y considerando lo que acontecía en su derredor, contemplando ya a los unos, ya a los otros, amigos y enemigos, de una manera que a los unos animaba y significaba a los otros que estaba dispuesto a vender su sangre bien cara, y lo mismo su vida a quien arrancársela intentara, y así se salvaron, pues a éstos no se les ataca fácilmente, persiguiéndose a los atemorizados.» He aquí el testimonio de ese gran capitán, que nos enseña lo que todos los días aprendemos, o sea que nada nos lanza más en los peligros que el hambre inconsiderada de escaparlos: *quo timoris minus est, eo minus ferme periculi est*. Nuestro pueblo se engaña al decir: «Ese teme a la muerte», cuando con ello quiere dar a entender que alguien piensa en ella y que la prevé. La previsión conviene igualmente a cuanto con nosotros se relaciona en bien o en mal: considerar y juzgar el peligro es en algún modo lo contrario de amedrentarse. Y no me siento suficientemente fuerte para resistir el golpe e impetuosidad de esta pasión del miedo ni de otra cualquiera que por su vehemencia se la asemeje: si me sintiera un poco vencido y

por tierra, ya no me levantaría jamás enteramente; quien hiciera que mi alma perdiera pie, no la colocaría nunca en su lugar verdadero, derecha y en su asiento, pues se ensaya e investiga con profundidad y viveza demasiadas, por lo cual no dejaría resolver y consolidar la herida que la hubiere atravesado. Fortuna ha sido la mía de que ninguna enfermedad me la haya trastornado: a cada recargo que me sorprende hago frente y me opongo con todas mis fuerzas, así que la primera que me solicitara me dejaría sin recursos. Soy incapaz de resistir por dos lados: cualquiera que sea el lugar por donde el destrozo forzase la calzada que me defiende, héteme al descubierto y sin remedio ahogado. Epicuro dice que el sabio no puede pasar de un estado al opuesto; yo soy del parecer contrario a esta sentencia, y creo que quien haya estado una vez bien loco, ninguna otra será ya muy cuerdo. Dios me da el frío según la ropa, y me procura, las pasiones según los medios [272] de que dispongo para resistirlas; naturaleza, habiéndome descubierto de un lado, me cubrió del otro; como por fuerza me desarmara, me armó de insensibilidad y de una aprehensión ordenada o desaguzada.

Me acontece que no puedo soportar durante largo tiempo (y menos todavía los soportaba cuando era joven) coche, litera ni barco, y detesto todo otro vehículo distinto del caballo, así en la ciudad como en el campo. Menos todavía transijo con la litera que con el coche, y por la misma razón me acomodo con mayor facilidad a una sacudida fuerte en el agua, de donde el miedo surge, que al movimiento que se experimenta en tiempo apacible. Merced a esa ligera sacudida que los remos producen, desviando de nosotros la sustentación, siento revueltos, sin saber cómo, cabeza y estómago, no pudiendo resistir bajo mi planta un lugar que se mueve. Cuando las velas y el curso del agua nos arrastran por igual, o se nos llevan a remolque, semejante agitación unida en manera alguna me impresiona; lo que si me trastorna es el movimiento interrumpido, y todavía en mayor grado cuando es languidecedor. No podría explicar el efecto de otro modo. Los médicos me ordenaron que me ciñera y sujetara con una faja la parte inferior del vientre para poner remedio al mal, recomendación que yo no he puesto en práctica teniendo por costumbre luchar con las debilidades propias que en mí residen y domarlas con mis propias fuerzas.

Si estuviera mi memoria suficientemente informada, no consideraría aquí como perdido el tiempo necesario para enumerar la variedad infinita que las historias nos presentan en el empleo de los carruajes al servicio de la guerra. Diversos según las naciones y según los siglos, fueron siempre a mi entender de gran efecto y necesidad, y tanto, que maravilla, que de ella hayamos perdido toda noción. Diré sólo aquí que recientemente, en tiempo de nuestros padres, los húngaros utilizáronlos muy provechosamente contra los turcos, colocando en cada uno un soldado con rodela, un mosquetero, bastantes arcabuces, bien colocados, prestos y cargados, todo empavesado a la manera de un galeón. Disponían el frente de la batalla con tres mil de estos vehículos, y tan luego como el cañón había entrado en juego, los hacían marchar y tragar al enemigo antes de encentar el resto, lo cual no era un ligero avance; o bien lanzaban los carros contra los escuadrones para romperlos y abrirse paso, a más del socorro que de ellos alcanzaban para guarnecer en lugar peligroso, las tropas que marchaban al campo, o a tomar una posición a la carrera y fortificarla. En mi tiempo un gentilhombre, que se hallaba en una de nuestras fronteras imposibilitado por su propia persona, y no encontrando caballo capaz de su peso, por haber tenido una disputa, marchaba por los campos en un carruaje [273] lo mismo que el descrito y se encontraba muy a gusto. Pero dejemos estos carros guerreros.

Cual si su holganza no fuera conocida por más eficaces causas, los últimos reyes de nuestra primera dinastía viajaban en un carro tirado por cuatro bueyes. Marco Antonio fue el primero que se hizo conducir a Roma en unión de una mozuela por varios leones uncidos a un coche. Heliogábalo hizo después lo propio, nombrándose Cibele, madre de los dioses y también fue llevado por tigres, parodiando al dios Baco: unció además en ocasiones dos ciervos a su coche, en otra cuatro perros, y en otra cuatro mocetonas desnudas, yendo así en pompa también de ropas aligerado. Firmo el emperador hizo arrastrar su carruaje por dos avestruces de maravilloso volumen y altura, de suerte que mejor que rodar hubiérase dicho que volaba.

La singularidad de estas invenciones trae a mi magín esta otra fantasía: Entiendo que constituye una especie de pusilanimidad en los monarcas, y un testimonio de que en verdad no sienten lo que son, el esforzarse en hacer valer y parecer mediante gastos excesivos. Sería ésta excusable costumbre en países extranjeros, mas no entre los propios súbditos donde los reyes lo pueden todo alcanzar, de su dignidad hasta tocar en el grado de honor más relevante: del propio modo que me parece superfluo en un gentilhomme el que suntuosamente se vista en su privado; su casa, su séquito y su cocina responden por él de sobra. El consejo que daba Isócrates a su rey no me parece irrazonable: «Que sea espléndido en el uso de utensilios y muebles, puesto que éstos constituyen un gasto de duración que pasa a sus sucesores, y que huya toda magnificencia que al momento escapa del uso y de la memoria.» Cuando yo era menor de edad gustaba de adornarme, a falta de mejor ornamento, y me sentaban bien los perifollos: hay hombres en quienes los trajes hermosos lloran. Cuentos maravillosos nos refieren de la frugalidad de nuestros reyes en derredor de sus personas y en sus dones; fueron reyes grandes en crédito, valor y fortuna. Demóstenes combate hasta la violencia la ley de su ciudad que asignaba los públicos recursos a las pompas de juegos y fiestas; quiere que la grandeza de su país se muestre en profusión de naves bien equipadas y en óptimos ejércitos bien provistos. Se censura con razón a Teofrasto, que en su libro de las riquezas sienta un parecer contrario y sostiene que tal suerte de dispendios es el fruto verdadero de la opulencia: esos son placeres, dice Aristóteles que sólo incumben a la más baja clase y común, que del recuerdo se desvanecen, después del hartazgo y de los cuales ningún hombre juicioso y grave puede hacer motivo de estima. Los dispendios me parecen mucho más dignos de la realeza como también mucho más útiles, justos y [274] durables construyendo puertos, ensenadas, fortificaciones, murallas, suntuosos edificios, hospitales, colegios, mejoramiento de calles y caminos, en todo lo cual el Pontífice Gregorio XIII dejará memoria recomendable y duradera, y también nuestra reina Catalina testimoniaría por largos años su natural liberalidad y munificencia si sus medios fueran de par con su voluntad: el acaso me contrarió grandemente al ver interrumpida la hermosa estructura del nuevo puente de nuestra ciudad populosa y al quitarme la esperanza de verlo antes de morir prestando servicios al público.

A más de estas razones paréceles a los súbditos, simples espectadores de los triunfos de los soberanos, que de ese modo se les muestran sus propias riquezas, y que a sus propias expensas se les festeja, pues los pueblos presumen fácilmente de soberanos, como nosotros con las gentes que nos sirven, quienes deben poner cuidado en aprestarnos abundantemente cuanto nos precisa, pero en modo alguno coger su parte, por lo cual el emperador Galba,

como recibiera placer oyendo a un músico mientras comía, hizo que le llevaran su caja y entregó con su propia mano al que la tocaba un puñado de escudos, que éste cogió añadiendo estas palabras. «Esto no pertenece al público, sino a mí.» Tan cierto es que acontece normalmente tener el pueblo razón, y que se regala sus ojos con lo que había de regalar su vientre.

Ni la misma liberalidad está en su verdadero lugar en mano soberana; los particulares tienen a ella más derecho, pues, cuerdamente considerado, un rey nada tiene que propiamente le pertenezca; su persona misma se debe a los demás: no se entrega la jurisdicción en favor del jurista, sino en favor del jurisdiciado. Elévase a un superior, mas nunca para su provecho, sino para provecho del inferior: a un médico se le llama para que auxilie al enfermo y no a sí propio. Toda magistratura como todo arte tienen su esfera fuera de ellos, nulla ars in se versatur; por eso los gobernadores de la infancia de los príncipes que se precian de imprimirles esta virtud de largueza, predicándoles que ningún favor rechacen y que nada consideren mejor empleado que los presentes que hagan (instrucción que en mi tiempo he visto muy en crédito), o miran más bien a su provecho que al de su amo o mal comprenden con quien hablan. Es muy fácil inculcar la liberalidad en quien tiene con qué proveer tanto como le plazca a expensas ajenas, y como quiera que la estimación se pondere, no conforme a la medida del presente, sino con arreglo a los medios del que la ejerce, viene a ser nula en manos de los poderosos, quienes antes [275] que liberales se reconocen pródigos. Por eso es de recomendación escasa comparada con otras virtudes de la realeza, y la sola como decía Dionisio el tirano que sea compatible con la tiranía misma. Mejor recitaría yo a un príncipe este proverbio del labrador antiguo: , , o sea «que a quien pretende sacar provecho precisa sembrar con la mano y no verter con el saco». Es necesario esparcir la semilla, no extenderla: y habiendo que dar, o por mejor decir, que pagar y entregar a tantas gentes conforme hayan servido, debe ser el monarca avisado y leal dispensador. Si la liberalidad de un príncipe carece de discreción y medida, le prefiero mejor avaro.

Parece consistir en la justicia la virtud más propia de la realeza: y de todas las partes de la justicia a que la acompaña la liberalidad es la más digna de los monarcas, pues particularmente a su cargo la tienen reservada, ejerciendo como ejercen todas las demás mediante la intervención ajena. La inmoderada largueza es un medio débil de procurarles benevolencia, pues rechaza más gentes que atrae: Quo in plures usus sis, minus in multos uti possis... Quid autem est stultius, quam, quod libenter facias, curare ut id diutius facere non possis? Y cuando sin consideración del mérito se emplea, avergüenza al que la recibe y sin reconocimiento alguno se acoge. Tiranos hubo que fueron sacrificados por el odio popular en las mismas manos de quienes injustamente los levantaron: esta categoría de hombres, creyendo asegurar la posesión de los bienes indebidamente recibidos, muestran desdeñar y odiar a aquel de quien las recibieron, uniéndose en este punto al parecer y opinión comunes.

Los súbditos de un príncipe excesivo en dones conviértense a su vez en pedigüeños excesivos; mídense conforme al ejemplo, no con arreglo a la razón. En verdad que casi siempre debiéramos avergonzarnos de nuestra imprudencia, pues se nos recompensa injustamente cuando el premio iguala a nuestro servicio, sin considerar que por obligación natural estamos sujetos a nuestros príncipes. Si estos contribuyen a todos nuestros gastos,

hacen demasiado, hasta con que los ayuden: el exceso se llama beneficio, y no se puede exigir, pues el nombre mismo de liberalidad suena como el de libertad. Con arreglo a nuestro modo de proceder, el don nunca se nos concede; lo recibido para nada se cuenta, no se gusta más que de la liberalidad futura, por lo cual, cuanto más un príncipe se agota en recompensas, más de amigos se empobrece. ¿Cómo saciaría los deseos, que crecen a medida que se llenan? Quien su [276] pensamiento tiene fijo en el recibir no se acuerda de lo que recogió: la cualidad primordial de la codicia es la ingratitud.

No dirá mal aquí el ejemplo de Ciro, en provecho de los reyes de nuestra época, tocante a reconocer, cómo los dones de éstos serán bien o mal empleados, y a hacerles ver cuán dichosamente los distribuía este emperador con ellos parangonado. Por sus desórdenes se ven nuestros soberanos obligados a hacer sus empréstitos en personas desconocidas, y más bien en aquellas con quienes se condujeron mal que con las que procedieron bien; y ninguna ayuda reciben donde la gratitud existe sólo de nombre. Creso censuraba a Ciro su largueza, calculando a cuánto se elevaría su tesoro si hubiera tenido las manos más sujetas. Entró en ganas el primero de justificar su liberalidad y despachó de todas partes emisarios hacia los grandes de su Estado a quienes más presentes había hecho, rogando a cada uno que le socorriese con tanto dinero como le fuera dable para subvenir a una necesidad, enviándole la declaración de sus recursos. Cuando todas las minutas le fueron presentadas, sus amigos todos, considerando que no bastaba ofrecerle solamente lo que cada cual había recibido de su munificencia, añadió mucho de su propio peculio, resultando que la suma ascendía a mucho más de la economía que Creso había supuesto. A lo cual añadió Ciro: «Yo no amo las riquezas menos que los otros príncipes, más bien cuido mejor de ellas: ved con cuán escaso esfuerzo adquirí el inestimable tesoro de tantos amigos; cuánto más fieles guardadores de mis caudales me son que los mercenarios sin obligación ni afecto, y mi fortuna así está mejor custodiada que en cofres resistentes que echarían sobre mí el odio, la envidia y el menosprecio de los demás príncipes.»

Los emperadores se excusaban de la superfluidad de sus juegos y ostentaciones públicas porque su autoridad dependía en algún modo (en apariencia al menos) de la voluntad del pueblo romano, el cual estaba hecho de antiguo a ser complacido por tales espectáculos y excesos. Pero eran los particulares los que habían mantenido esa costumbre de gratificar a sus conciudadanos y a sus plebeyos a expensas de su peculio, principalmente por semejante profusión y magnificencia. Cuando fueron los amos los que vinieron a imitarlos, los espectáculos tuvieron otro gusto y carácter distintos: *pecuniarum translatio ajustis dominis ad alienos non debet liberalis videri*. Porque su hijo intentaba ganar valiéndose de presentes la voluntad de los macedonios, Filipo le amonestó en una carta en estos términos: [277]

«¡Cómo! ¿deseas que tus súbditos te consideren como a su pagador y no como a su rey? ¿Quieres recompensarlos? Beneficialos con los presentes de tu virtud y no con las riquezas de tu cofre.»

Era sin embargo bella cosa el ver transportar y plantar en el circo gran número de corpulentos árboles, verdes y frondosos, representando una selva umbría, dispuesta con simetría hermosa, y en un día determinado lanzar dentro de ella mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, abandonándolos para que se arrojasen sobre el pueblo; al día siguiente aporrear en su presencia cien enormes leones, cien leopardos y trescientos osos; y

en el tercero día hacer combatir a muerte trescientas parejas de gladiadores, como en tiempo del emperador Probo. Era también cosa hermosa el ver estos grandes anfiteatros incrustados por fuera de mármol, labrado en estatuas y ornamentos, y por dentro resplandecientes de enriquecimientos raros,

Balteus en gemmis, en illita porticus auro:

todos los lados de este gran vacío llenos y rodeados de arriba abajo por sesenta u ochenta rangos de escalones, también de mármol, cubiertos de cojines,

Exeat, inquit,

si pudor est de pulvino surgat equestri,
cujus res legi non sufficit;

donde podían acomodarse hasta cien mil hombres sentados a su gusto, y el lugar del fondo, en que los combates se sucedían y los ojos se regocijaban, hacer primeramente que por arte se entreabriera y hendiera en forma de cuevas, representando antros, los cuales vomitaban las fieras destinadas al espectáculo, y luego después inundado de un mar profundo que acarreama multitud de monstruos marinos, cubierto de navíos armados, simulacro verdadero de un combate naval; en tercer lugar veíase allanar y secar de nuevo el recinto cuando el combate de gladiadores llegaba, y por último, cubrirlo con bermellón y estoraje en vez de arena para celebrar un festín solemne en honor del pueblo innúmero, que era el último acto de los celebrados en una sola jornada.

Quoties nos descendentis arenae
vidimus in partes, ruptaque voragine terrae
emersisse feras, et eisdem saepe latebris
aurea cum croceo creverunt arbusta libro!... [278]
Nec solum nobis silvetria cernere monstra
contigit; aequoreos ego cum certantibus ursis
spectavi vitulos, et equorum nomine dignum,
sed deforme pecus.

A veces se hacía nacer una montaña elevada llena de frutales y verdosos árboles, en cuya cumbre había un arroyo que surgía cual de la boca de una fuente viva; otras ostentábase a la vista de todos un gran navío que por sí se abría y cerraba, y después de arrojar de su vientre cuatrocientas o quinientas fieras de combate se juntaba y desaparecía como por encanto; otras del fondo de la plaza lanzábanse surtidores y chorros de agua que subían a infinita altura, regando y perfumando a la multitud. Para resguardarla de las injurias del tiempo cubrían esta capacidad inmensa unas veces con tela purpurina elaborada con la aguja, otras con seda de colores varios, con las cuales cubrían y descubrían en un momento como les placía mejor.

Quamvis non modico caleant spectacula sole,
vela reducuntur, quum venit Hermogenes.

«Las redes que resguardaban al pueblo para defenderlo de la violencia de las fieras cuando saltaban estaban, también tejidas de oro»:

Auro quoque torta refulgent
retia.

Si hay algo que pueda ser excusable en tales excesos, reside allí donde la inventiva y la novedad promueven la admiración, no en lo que toca al gusto. En estas vanidades mismas descubrimos cuánto aquellos siglos pasados eran fértiles en otros espíritus distintos de los nuestros. Acontece con esta suerte de fertilidad cual con todas las demás producciones de la naturaleza: no puede afirmarse que entonces empleara su esfuerzo último: nosotros no marchamos, más bien rodamos y giramos aquí y allá, paseándonos sobre nuestros propios pasos; no alcanzamos a ver muy adelante ni muy hacia atrás; nuestros ojos abarcan poco y ven lo mismo: es nuestra vista corta en extensión de tiempo y materia:

Vixere fortes ante Agamemnona
multi, sed omnes illacrymabiles [279]
urgentur, ignotique longa
nocte.

Et supera bellum Thebanum, et funera Trojae,
multi alias alii quoque res cecinere poetae:

y la narración de Solón en punto a lo que le enseñaran los sacerdotes egipcios acerca de la dilatada vida de su Estado y la manera de aprender y custodiar las historias extranjeras, no me parece contradecir la consideración apuntada. Si interminatam in omnes partes magnitudinem regionum videremus et temporum, in quam se injiciens animus et intendens, ite late longeque paregrinatur, ut nullam oram ultimi videat, in qua possit insistere: in hac immensitate... infinita vis innumerabilium appareret formarum. Aun, cuando todo lo que se nos refiere de los tiempos pasados fuera cierto y de todos conocido, en junto sería menos que nada comparado con lo que ignoramos. Y de esta misma imagen del mundo, que se desliza mientras por él pasamos, ¿cuán mezquino y fragmentario no es el conocimiento de los más curiosos? o solamente de los sucesos particulares, que frecuentemente el acaso convierte en ejemplares y señalados; de la situación de las grandes repúblicas y naciones, nos escapa cien veces más de lo que viene a nuestro conocimiento. Consideramos como milagrosa la invención de la artillería y la de nuestra imprenta, y otros hombres en el otro extremo del mundo, en la China, gozaban de ellas mil años ha. Si viéramos tanto mundo como dejamos de ver, advertiríamos sin duda una perpetua mutación y vicisitud de formas. Nada hay único y singular en la naturaleza, mas sí en relación con nuestros medios de conocimiento, que constituyen el miserable fundamento de nuestras reglas y que nos representan fácilmente una imagen falsísima de las cosas. Cuál sin fundamento concluimos hoy la declinación y decrepitud del mundo por los argumentos que sacamos de nuestra propia debilidad y decadencia:

Jamque adeo est affecta aetas, effaetaque tellus:

así, sin fundamento también, deducía Lucrecio su nacimiento y juventud por el vigor que veía en los espíritus de [280] una época, copiosos en novedades e invenciones de diversas artes:

Verum, ut opinor, habet novitatem, summa, recensque
natura est mundi, neque pridem exordia cepit
quare etiam quaedam nunc artes expoliuntur,
nunc etiam aulescunt; nunc addita navigiis sunt
multa.

Nuestro mundo acaba de encontrar otro (¿y quién nos asegura que es el último de sus hermanos, puesto que los demonios, las sibilas y nosotros habíamos ignorado éste hasta el momento actual?) no menos grande, sólido y membrudo que él. Sin embargo, tan nuevo y tan niño que todavía se le enseña el a, b, c: no hace aún cincuenta años que desconocía las letras, los pesos, las medidas, los vestidos, los trigos y las viñas. Estaba todavía completamente desnudo, guarecido en el seno de la naturaleza, y no vivía sino con los medios que esta pródiga madre le procuraba. Si nosotros deducimos nuestro fin, y aquel poeta el de la juventud de su siglo, este otro mundo no hará sino entrar en la luz cuando el nuestro la abandone: el universo caerá en parálisis; un miembro estará tullido y el otro vigoroso. Temo mucho que hayamos grandemente apresurado su declinación y ruina merced a nuestro contagio, y que le hayamos vendido a buen precio nuestras opiniones e invenciones. Era un mundo niño, y nosotros no le hemos azotado y sometido a nuestra disciplina por la supremacía de nuestro valor y fuerza naturales; ni lo hemos ganado con nuestra justicia y bondad, ni subyugado con nuestra magnanimidad. La mayor parte de sus respuestas y las negociaciones pactadas con ellos testimonian que nada nos debían en clarividencia de espíritu ni en oportunidad. La espantosa magnificencia de las ciudades de Cuzco y Méjico, y entre otras cosas análogas el jardín de aquel monarca en que todos los árboles, frutos y hierbas, conforme al orden y dimensiones que guardan en un jardín, estaban excelentemente labrados en oro, como en su cámara todos los animales que nacían en su Estado y en sus mares, y la hermosura de sus obras en pedrería, pluma y algodón, así como las pinturas, muestran que tampoco los ganábamos en industria. Mas en cuanto a la devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad y franqueza, buenos servicios nos prestó el no tener tantas como ellos: esa ventaja los perdió, vendiéndolos y traicionándolos.

Por lo que toca al arrojo y al ánimo; en punto a firmeza, constancia y resolución contra los dolores, el hambre y la muerte, nada temería en oponer los ejemplos que encontrara entre ellos a los más famosos antiguos de que tengamos [281] memoria en el mundo de por acá. Pues los que acertaron a subyugarlos, que prescindan del engaño y aparato de que se sirvieron para engañarlos y del justo maravillarse que ganaba a esas naciones al ver llegar tan inopinadamente a gentes barbudas, diversas en lenguaje, religión, formas y continente, de un lugar del mundo tan lejano donde nunca supieran que hubiese mansión alguna, montados en grandes monstruos ignorados, para quienes no solamente no vieron nunca ningún caballo, pero ni siquiera animal alguno hecho a llevar y sostener hombre ni otra carga; guarnecidos de una armadura luciente y dura, y provistos de un arma resplandeciente y cortante para quienes por el milagro del resplandor de un espejo o del de un cuchillo cambiaban una cuantiosa riqueza en oro y perlas, y que carecían de ciencia y materiales por

donde ser aptos a atravesar nuestro acero. Añádase a esto los rayos y truenos de nuestras piezas y arcabuces, capaces de trastornar al mismo César (a quien hubieran sorprendido tan inexperimentado como a ellos), contra pueblos desnudos, guarnecidos tan sólo de tejido de algodón, sin otras armas a lo sumo que arcos, piedras, bastones y escudos de madera; pueblos sorprendidos so pretexto de amistad y buena fe, por la curiosidad de ver cosas extrañas y desconocidas; quitad, digo, a los conquistadores esta disparidad, y los arrancaréis de paso la ocasión de tantas victorias. Cuando considero el indomable ardor con que tantos millares de hombres, mujeres y niños, presentándose y lanzándose tantas veces en medio de peligros inevitables en defensa de sus dioses y de su libertad; aquella generosa obstinación que les impulsaba a sufrir hasta el último extremo los mayores horrores y la muerte, de mejor gana que a someterse a la dominación de aquellos que tan vergonzosamente los engañaron, y algunos prefiriendo mejor desfallecer por hambre y ayuno, ya prisioneros, que aceptar la vida en manos de sus enemigos tan vilmente victoriosos, infiero que para quien los hubiera atacado de igual a igual, con iguales armas y experiencia y en el mismo número, habrían sido tanto o más terribles como los de cualquiera otra guerra.

¡Lástima grande que no cayera bajo César, o bajo los antiguos griegos y romanos una tan noble conquista, y una tan grande mutación y alteración de imperios y pueblos en manos que hubieran dulcemente pulimentado y desmalezado lo que en ellos había de salvaje, confortando y removiendo la buena semilla que la naturaleza había producido; mezclando, no sólo al cultivo de sus tierras y ornamento de sus ciudades, las artes de por acá, en cuanto éstas hubieran sido necesarias, sino también inculcando las virtudes griegas y romanas a los naturales del país. ¡Qué reparación hubiera sido ésta, y qué enmienda se hubiera [282] promovido en toda es máquina, si los primeros ejemplos y conducta nuestra que por allá se mostraron hubiesen llamado a estos pueblos a la admiración o imitación de la virtud, preparando entre ellos y nosotros una sociedad e inteligencia fraternales! Cuán fácil hubiera sido sacar provecho de almas tan nuevas, tan hambrientas de aprendizaje, cuya mayor parte habían tenido comienzos naturales tan hermosos! Por el contrario, nosotros nos servimos de su ignorancia e inexperiencia para plegarlos más fácilmente hacia la traición, la lujuria, la avaricia, y hacia toda suerte de inhumanidad y crueldad, a ejemplo y patrón de nuestras costumbres. ¿Quién aceptó jamás a tal precio las ventajas del comercio y del tráfico? ¿Quién vio nunca tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de pueblos pasados a cuchillo, y la más rica y hermosa parte del universo derrumbada con el simple fin de negociar las perlas y las especias? ¡Mecánicas victorias! Jamás la ambición, jamás las públicas enemistades empujaron a los hombres los unos contra los otros a tan horribles hostilidades y a calamidades tan miserables.

Costeando el mar en busca de sus minas algunos españoles tocaron tierra en una región fértil y pintoresca muy habitada, e hicieron a este pueblo sus amonestaciones acostumbradas: «Que eran gentes pacíficas, originarias de lejanas tierras, enviadas por el rey de Castilla, el príncipe más poderoso de toda la tierra habitada, a quien el Papa, representante de Dios aquí bajo, había concedido el principado de todas las Indias. Que si querían ser del soberano tributarios, serían con mucha benignidad tratados.» Pedíanles víveres para su nutrición y oro para el menester de alguna medicina, haciéndoles, además, presente la creencia en un solo Dios y la verdad de nuestra religión, que les aconsejaban abrazar, añadiendo a ello algunas amenazas. A lo cual les contestaron «que en cuanto a lo

de pacíficos no tenían cara de serlo, si lo eran; que puesto que su rey pedía, debía de ser indigente y menesteroso; y en lo tocante a que se hiciera la distribución de que hablaban, que debía ser hombre amante de disensiones, puesto que concedía a un tercero lo que no era suyo, disputándose a sus antiguos poseedores. En punto a víveres proveeríanlos de ellos. Oro tenían poco, y lo consideraban como cosa de ninguna estima porque era inútil al servicio de la vida, yendo sus miras encaminadas solamente a pasarla dichosa y gratamente; así que, podían coger resueltamente cuanto encontraran, excepto el destinado al culto de sus dioses. En lo tocante a que no hubiera más que un solo Dios, el discurso les plugo, decían, pero no querían cambiar de religión, habiendo practicado útilmente la suya tan dilatados años; y que además acostumbraban sólo a recibir consejos de sus amigos y conocidos. Que en lo de amenazarlos, [283] consideraban como signo de escasez de juicio el ir amedrentando a aquéllos de quien la naturaleza y los medios de defensa les eran desconocidos; de suerte que, lo mejor que podían hacer, era despacharse a desalojar prontamente sus tierras, pues no estaban acostumbrados a tomar en buena parte las bondades y amonestaciones de gentes armadas y extrañas; y que si así no obraban harían con ellos lo que con otros, (y les mostraban las cabezas de algunos hombres ajusticiados en derredor de la ciudad). Ved en esta respuesta un ejemplo del baluceo de esta infancia. De todos modos, ni en este lugar ni en muchos otros en que los españoles no hallaron las mercancías que buscaban se detuvieron ni emprendieron conquistas, aun cuando con otras ventajas el país les brindara; testigos son mis caníbales.

De los dos monarcas más poderosos de ese mundo, y acaso también de éste, reyes de tantos reyes, los últimos que se vieron arrojados de sus dominios, uno fue el del Perú, el cual habiendo sido hecho prisionero en una batalla y pedídose por él un rescate tan excesivo que sobrepujaba todo lo verosímil, luego de haber sido este fielmente pagado y de haber dado el rey por sus palabras muestra de un valor franco, liberal y constante, al par que de un entendimiento cabal y muy sensato, los vencedores entraron en deseos (después de haber sacado un millón trescientos veinticinco mil pesos de oro, a más de la plata y otras cosas, que no ascendían a menos, tanto que sus caballos llevaban herraduras de oro macizo); de ver aún, mediante cualquier deslealtad, por monstruosa que fuese, cuál podía ser todavía lo que quedaba de los tesoros de este rey, y gozar libremente de lo que guardara, formulose contra él una acusación tan falsa como las pruebas en que se apoyaban sobre el designio de sublevar sus huestes para ganar así la libertad, por lo cual, por hermosas componendas de los mismos que lo habían traicionado, se le condenó a ser ahorcado y estrangulado públicamente, librándole del tormento de la hoguera por el sacramento del bautismo que le hicieron recibir con el propio suplicio; horrorosa acción y sin ejemplo que sufrió, sin embargo, sin alterar su continente ni sus palabras, con actitud y gravedad verdaderamente regias. Luego, para adormecer a los pueblos pasmados y transidos de tan extraño espectáculo, simulose un gran duelo por su muerte ordenando celebrar funerales suntuosos.

El otro fue el rey de Méjico, quien habiendo defendido largo tiempo su ciudad sitiada, y mostrado cuánto pueden [284] el sufrimiento y la perseverancia (hasta el punto de que jamás acaso pueblo ni príncipe los igualaron), y su desdicha puéstole vivo en manos de sus enemigos, conviniéndose en la capitulación, que sería tratado como rey, su conducta en la prisión se avino bien con este dictado. Como después de la victoria no encontraran todo el oro que se prometieran, luego de haberlo todo revuelto y registrado, pusieron a buscar

minas de este metal, aplicando para ello los más tremendos suplicios que pudieran imaginar a los prisioneros que tenían; y como no sacaran nada en limpio por haber chocado con ánimos más robustos que crueles eran los tormentos que sufrían, fueron a dar en rabia tan enorme, que, contra la prometida fe y contra todo derecho de gentes condenaron al suplicio al rey mismo y a uno de los principales señores de su corte, en presencia el uno del otro. Este señor, hallándose atormentado por el dolor, y rodeado de ardientes braseros, en sus últimos momentos volvió lastimosamente la vista hacia su dueño como para pedirle gracia, porque sus fuerzas no alcanzaban a más: el rey, clavando altiva y vigorosamente sus ojos en él, como conjura de su cobardía y pusilanimidad, le dijo solamente estas palabras, con voz potente y vigorosa: «¿Por ventura estoy yo en un baño colocado? ¿Estoy más a mi gusto que tú?» El así amonestado sucumbió de repente momentos después, y murió en el lugar donde se hallaba. El rey, medio asado, fue conducido a otra parte, no tanto por piedad (¿pues qué piedad movió jamás a tan bárbaras almas que por el dudoso indicio de algún vaso de oro que saquear hacían quemar ante sus ojos no ya a un hombre, sino a un rey tan grande en merecimientos y fortuna?), como porque su firmeza convertía en más vergonzosa la crueldad de sus verdugos. Por último le ahorcaron, no sin que antes intentara, por medio de las armas, libertarse de una tan dilatada cautividad y sujeción, haciendo su fin digno de un príncipe magnánimo.

Otra vez quemaron vivos, de un golpe en la misma hoguera, a cuatrocientos sesenta hombres: cuatrocientos del bajo pueblo y sesenta de los principales señores de una provincia, simples prisioneros de guerra. Ellos mismos nos comunicaron tan horribles narraciones, pues no solamente las confiesan, sino que las encarecen y ensalzan. ¿Acaso como testimonio de su justicia o por el celo que en pro de su religión los animaba? En verdad son estos caminos demasiado opuestos y enemigos de un fin tan santo. Si se hubieran propuesto propagar nuestra fe, habrían considerado que no es poseyendo territorios como se amplifica, sino poseyendo hombres, y se hubieran conformado de sobra con las víctimas que las necesidades de la guerra procuran sin mezclar a ellas indiferentemente una carnicería cual si [285] de animales salvajes se tratara, general tanto como el hierro y el fuego pudieron procurarla; no habiendo conservado por propio designio sino cuantos hombres trocaron en miserables esclavos para la obra y servicio de las minas, de tal suerte que muchos jefes españoles fueron ejecutados en los lugares mismos de la conquista por orden de los reyes de Castilla, justamente escandalizados por el horror de sus empresas, siendo además casi todos ellos desestimados y odiados. Dios consintió meritoriamente que estos grandes saqueos fueran absorbidos por el mar al transportarlos, o por las intestinas guerras con que entre ellos se devoraron; y la mayor parte se enterraron en aquellos lejanos lugares, sin alcanzar ningún fruto de su victoria.

Cuanto a lo de que estos tesoros vayan a dar en manos de un príncipe económico y prudente, responden las riquezas tan poco a las esperanzas que sus predecesores acariciaron y a la abundancia primitiva que se encontró al pisar esas nuevas tierras (pues aun cuando se saque mucho, vemos que esto no es nada, comparado con lo que podía esperarse); el uso de la moneda era completamente desconocido, y el oro, por consiguiente, se hallaba todo junto, no sirviendo sino como cosa de aparato y ostentación, como un inmueble reservado de padres a hijos, mediante los poderosos reyes que agotaban sus minas para elaborar aquel gran montón de vasos y estatuas, y que sirviera de ornamento a sus palacios y a sus templos. Nosotros empleamos nuestro oro en el tráfico y comercio; lo trabajamos y lo

modificamos en mil formas, lo esparcimos y dispersamos. Imaginemos que nuestros reyes amontonaran así todo el que pudieran encontrar durante varios siglos y lo guardaran inmóvil.

Los del reino de Méjico eran algo más civilizados y más artistas que los otros pueblos de aquellas tierras. Así que juzgaron cual nosotros que el universo estaba próximo a su fin, fundamentándose en la desolación que nosotros allí llevamos. Creían que el ser del mundo se divide en cinco edades y en la vida de cinco soles consecutivos, de los cuales cuatro habían ya hecho su tiempo y que el que los alumbraba era el quinto. El primero pereció con todas las otras criaturas por universal inundación de las aguas; el segundo, por el derrumbamiento del cielo sobre los mortales, que ahogó toda cosa viviente; en esta edad colocan la existencia de los gigantes e hicieron ver a los españoles osamentas según las cuales la estatura de los hombres media hasta veinte palmos de altura; el tercero acabó por el fuego, que todo lo abrasó y consumió; el cuarto, por una conmoción de aire y viento, que abatió hasta las montañas más altas: los hombres no murieron, pero fueron cambiados en monos. ¡Considerad las impresiones que experimenta la flojedad de la creencia humana! Después de la muerte [286] de este cuarto sol el mundo permaneció veinticinco años sumergido en tinieblas densas; en el quinto, fueron creados un hombre y una mujer que rehicieron la raza humana; diez años después, en cierto día, el sol apareció nuevamente creado, y por él comenzaron su cómputo: al tercero de su creación murieron los dioses antiguos, y los nuevos nacieron luego de la noche a la mañana. Sobre lo que opinan de la manera cómo este sol desaparecerá, nada sabe mi autor, mas el número de esta cuarta modificación concuerda con aquella gran conjunción de los astros que produjo, según los astrólogos juzgan, hace ochocientos y pico de años, tantas alteraciones y novedades en el mundo.

En punto a magnificencia y pompa, que fue por donde comencé mi discurso, ni Grecia, ni Roma, ni Egipto pueden, ya sea en utilidad, ya en dificultad o nobleza, comparar ninguno de sus portentos al camino que se ve en el Perú, construido por los reyes del país, que va desde la ciudad de Quito hasta la del Cuzco (mide trescientas leguas). Recto, unido, ancho de veinticinco pasos, empedrado, revestido a ambos lados de murallas elevadas y hermosas, por cuya parte superior corren arroyos perennes bordeados por robustos árboles, que llaman molli los naturales del país. Donde había montañas y rocas, las cortaron y allanaron llenando los huecos de piedra y cal. En el límite de cada jornada hay palacios soberbios provistos de víveres, vestidos y armas, así para los viajeros como para los ejércitos que los transitan. En la consideración de esta obra me fijé sólo en la dificultad de realizarla, que es particularísima en aquellas regiones. No labraban piedras menores de diez pies cuadrados, ni tenían otro medio de arrancarlas que la fuerza de sus brazos, arrastrando la carga; tampoco conocían el arte de andamiar, no alcanzándoseles otra fineza que la de ir yuxtaponiendo tierra sobre los muros a medida que los iban levantando para permanecer junto a la construcción.

Pero volvamos a nuestros coches. En lugar de éstos o de cualquiera otro vehículo hacíanse conducir por cargadores y en hombros. Aquel último rey del Perú el día que fue cogido, era llevado en unas andas de oro: sentado en una silla de lo mismo, en medio de la batalla. Cuantos portadores mataban para hacerle dar en tierra (pues querían cogerle vivo), otros tantos en competencia ocupaban el lugar de los muertos, de suerte que no lograron

abatirle por víctimas que hicieran en estas gentes, hasta que un jinete se apoderó de su cuerpo y le derribó por tierra. [287]

Capítulo VII

De la incomodidad de la grandeza

Puesto que no podemos alcanzarla, venguémonos de ella maldiciéndola, si maldecir de alguna cosa es encontrarla defectos, los cuales en todas se reconocen por hermosas y codiciables que sean. En general, la grandeza tiene esta evidente ventaja, que cuando lo place se rebaja, y que sobre poco más o menos tiene a la mano una u otra condición, pues no se da un batacazo de la altura, más frecuentes son los que descender pueden sin caer. Parece que la damos valor sobrado, como también a la resolución de aquellos a quienes vimos o de quienes oímos que la desdeñaron: su esencia no es tan evidentemente ventajosa que no se la pueda rechazar sin realizar un milagro. Para mí, el esfuerzo es bien difícil ante el sufrimiento de los males, mas en el contentamiento de una mediocre medida de fortuna, y en el huir la grandeza, encuentro molestia escasa: ésta es una virtud, a mi ver, a la cual yo, que soy un ganso, llegaría sin gran violencia. ¿Qué pensar, por lo mismo, de los que hacen valer la gloria que acompaña al rechazar la gloria, en lo cual puede haber más ambición que un el deseo mismo de disfrutar goces y grandezas? Jamás la ambición se encamina mejor, dada su índole, que cuando va por caminos extraviados e inusitados.

Yo aguzo mi ánimo hacia la paciencia y lo debilito hacia el deseo: que desear tengo como cualquiera otro y consiento a mis deseos igual libertad e indiscreción; mas, sin embargo, no me sucedió jamás apetecer imperio ni realeza, ni la eminencia de las elevadas fortunas imperativas: no me encamino por este lado, porque me quiero de sobra. Cuando en crecer pongo mi pensamiento, es bajamente, con un crecimiento lleno de sujeción y cobardía, adecuado a mi naturaleza en resolución, prudencia, salud, belleza y aun riqueza. Mas aquel crédito y aquella tan poderosa autoridad oprimen mi fantasía, y muy al contrario de César gustaría mejor ser el segundo o el tercero en Perigueux que el primero en París: y al menos en puridad de verdad quisiera ser más bien el tercero en París que el primero en dignidad. No quiero yo debatir con un hujier custodiador de puertas, como un miserable desconocido, ni hendir siendo adorado las multitudes por donde paso. Así por las circunstancias como por inclinación estoy habituado a las regiones medias; en el gobierno de mi vida y en el de mis empresas he demostrado más bien huir que desear la trasposición del grado de fortuna en que Dios colocó mi nacimiento; toda constitución natural es semejantemente equitativa [288] y fácil. Mi alma es de tal suerte poltrona que yo no mido la buena estrella según su elevación, sino conforme a la tranquilidad y a la calma con que se alcanzó.

Mas si mi ánimo no es varonil, en cambio me ordena publicar resueltamente sus debilidades. Quien me diera a cotejar la vida de L. Torio Balbo, hombre cortés, hermoso, sabio, sano, entendido y abundante en toda suerte de comodidades y placeres, viviendo una existencia sosegada y toda suya, con el alma bien templada contra la muerte, la superstición, los dolores y las demás miserias de la humana necesidad, acabando, en fin, en

los campos de batalla con las armas en la mano defendiendo a su país, de una parte, y, de otra, la vida de Marco Régulo, tan grande y elevada como todos saben, y su fin admirable; la una sin dignidades ni nombradía, la otra ejemplar y gloriosa a maravilla, respondería como Cicerón, si supiera decir también como él. Mas si me precisara compararlas con la mía diría también que la primera se acomoda tanto a mis inclinaciones y deseos como la segunda se aleja de ellos; que a ésta no puedo llegar sino por veneración, y de buen grado tocaría la otra por costumbre.

Volvamos a la grandeza temporal, de donde partimos. Me repugna el mando activo y pasivo. Otanez, uno de los siete pretendientes a la corona de Persia, tomó una determinación que yo de buena gana hubiera adoptado, y que consistía en abandonar a sus colegas sus derechos de poder llegar al trono por elección o suerte, siempre y cuando que él y los suyos vivieran en ese imperio fuera de toda sujeción y vasallaje, salvo los que las antiguas leyes ordenaban, y disfrutaran de toda la libertad que contra ellas no fuera. No gustaba de gobernar y tampoco de ser gobernado.

El más rudo y difícil de todos los oficios, a mi ver, es el de monarca cuando se desempeña dignamente. Más de lo que comúnmente se acostumbra excusa sus defectos en consideración al tremendo peso de su cargo, cuya conspiración me trastorna. Es difícil guardar tacto ni medida, en un poder tan desmesurado; así que, hasta en aquellos mismos cuya naturaleza es menos excelente, reconocemos una inclinación singular hacia la virtud por estar colocados en un sitio donde ningún bien se hace sin que no sea registrado y tenido en cuenta; donde el beneficio más insignificante recae sobre tantas gentes, y donde la capacidad como la de los predicadores va al pueblo principalmente enderezada, juez poco puntual, fácil de engañar y de contentar. Pocas cosas hay sobre las cuales nos sea dable emitir juicio sincero, porque también son contadas aquellas en que en algún modo no tengamos particular interés. La superioridad y la inferioridad, el mandar y el obedecer, vense obligados al envidiar y al cuestionar permanentes; [289] precisa, que se saqueen perpetuamente. No creo en el uno ni en el otro de los derechos de su compañera: dejemos obrar a la razón, que es inflexible o impasible, cuando de ella podamos disponer a nuestro arbitrio. No hace todavía un mes hojeaba yo dos libros escoceses que se contradecían en este punto: el autor popular hace del rey un hombre de peor condición que un carretero; el monárquico le coloca algunas brazas por cima de Dios en poder y soberanía.

Ahora bien, las molestias de la grandeza que aquí me propuse notar, a causa de una ocasión que de ello me advirtió recientemente, es ésta: quizás no haya nada más grato en el comercio de los hombres que las experiencias que realizamos unos en competencia con otros, impulsados por el celo de nuestro honor o de nuestro valor, ya sea en los ejercicios corporales ya en los espirituales, en los cuales la grandeza soberana no toma parte alguna. En verdad me ha parecido a veces que a fuerza de respeto tratamos a los príncipes desdeñosa e injuriosamente, pues aquello de que yo en mi infancia más me exasperaba era que los que se ejercitaban conmigo evitaban el emplearse con sus fuerzas todas por reconocirme indigno contrincante. Esto es precisamente lo que se ve acontecerles a diario, puesto que cada cual se reconoce por bajo para luchar contra ellos: si se echa de ver que alguna afección a la victoria les mueve por escasa que sea, nadie hay que no se esfuerce en facilitársela, y que mejor no prefiera traicionar su propia gloria que ofender la del monarca: no se echa mano de esfuerzo mayor que el necesario para servir al honor de los mismos.

¿Qué parte les cabe en la lucha en la cual todos están por ellos? Parécese contemplar aquellos paladines de las pasadas épocas que se presentaban en las luchas y combates con armas encantadas. Brissón se dejó ganar por Alejandro en las carreras: éste le regañó por ello, bien que mejor hubiera hecho castigándole a latigazos. Por estas consideraciones decía Carneades «que los hijos de los príncipes no aprenden nada a derechas, como no sea el manejo de los caballos; tanto más cuanto que en cualesquiera otros ejercicios todos se doblegan ante ellos y los dejan ganar; mas un caballo, que no es cortesano ni adulador, arroja por tierra al hijo de un rey lo mismo que al de un mozo de cordel».

Homero se vio obligado a consentir que Venus fuera herida en el combate de Troya (una tan dulce diosa y tan delicada), para procurarla así vigor y arrojo, cualidades que en manera alguna, recaen en aquellos que están exentos de peligro. Se hace que los dioses se encolericen, teman, huyan, se muestren celosos, se duelan y se apasionen para honrarlos con las virtudes que se edifican entre nosotros con esas imperfecciones. Quien no tiene participación [290] en el acaso ni en la dificultad, se halla incapacitado para pretender, interés ninguno en el honor y satisfacción que acompañan a las acciones azarosas. Es lastimoso el poder tanto que acontezca que todas las cosas cedan ante vuestros deseos: vuestra fortuna lanza demasiado lejos de vosotros la sociedad y la compañía; os coloca demasiado aislados. Este bienestar y facilidad holgada de hacerlo todo inclinarse bajo el propio peso es enemigo de toda suerte de hacer; es resbalar y no marchar: es dormir y no vivir. Concebid al hombre acompañado de la omnipotencia, y le abismaréis: es necesario que por caridad os da el obstáculo y la resistencia. Su ser y su bien tienen a indigencia como base.

Las buenas cualidades de los príncipes son muertas y perdidas, pues como quiera que no se experimentan sino se por comparación, y se las coloca por fuera, tienen ese conocimiento de la verdadera alabanza, viéndose sacudidas por una aprobación uniforme y continuada. ¿Se las han con el más torpe de entre sus súbditos? pues carecen de medios para alcanzar ventaja sobre él; diciendo: «Porque es mi rey», le parece haber dicho bastante para dar a entender que prestó la mano en el dejarse vencer. Esta cualidad ahoga y consume todas las demás que son verdaderas y esenciales, las cuales la realeza sumerge, y no los deja para hacerse valer sino las acciones que la tocan directamente y que la sirven, es decir, los ejercicios de su cargo: tanto es ser rey que sólo por ello lo es. Ese resplandor extraño que le rodea le oculta, y de nuestra vista le aparta; nuestro mirar se quiebra y disipa estando lleno y detenido por esa intensa luz. El senado romano otorgó a Tiberio el premio de elocuencia, que rechazó, considerando que un juicio tan poco libre, aun cuando hubiera sido justo, siempre llevaba el sello de la parcialidad.

De la propia suerte que se les conceden todas las ventajas punto a honor, también se confortan y autorizan los vicios y defectos que poseen, no sólo con la aprobación sino también con la imitación. Cada uno de los que formaban el séquito de Alejandro llevaba como él la cabeza inclinada a un lado; los cortesanos de Dionisio tropezaban unos contra otros en su presencia, empujaban y derribaban cuanto había a sus pies, para aparentar que eran tan cortos de vista como él. Las hernias sirvieron a veces de favor y de recomendación: he visto en candelero la sordera, y porque el amo odiaba a su mujer, Plutarco vio a los cortesanos repudiar las suyas, a quienes amaban. Mas aún: la lujuria se vio acreditada y toda otra disolución, como también la deslealtad, la blasfemia, la crueldad,

la herejía e igualmente la superstición, la irreligión, la desidia y otros vicios peores, si es posible que los haya, por donde se incurría en pecado mayor que el de los aduladores de Mitridates, los [291] cuales porque su dueño pretendía honrarse llamándose buen médico, le presentaban sus miembros para que los cortara y cauterizara, pues esos otros se dejaban cauterizar el alma, que es parte más delicada y noble.

Y para acabar por donde comencé: Adriano el emperador, cuestionando con el filósofo Favorino sobre el sentido de un vocablo, resultó fácilmente victorioso; como sus amigos se le quejaron: «Tenéis gracia, dijo el filósofo, ¿cómo queréis que no sea más sabio que yo, puesto que manda treinta legiones?» Augusto compuso versos contra Asinio Polio. «Yo me callo, dijo éste, porque no es muy prudente escribir en competencia con quien puede proscribir»; y tenía razón, pues Dionisio, por no poder igualar a Filoxeno en la poesía ni a Platón en el razonar, condenó al uno a las canteras y mandó vender al otro como esclavo a la isla de Egina.

Capítulo VIII Del arte de platicar

Es una costumbre de nuestra justicia el condenar a los unos para advertencia de los otros. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito, sería torpeza, como sienta Platón, pues contra lo hecho no hay humano poder posible que lo deshaga. A fin de que no se incurra en falta análoga, o de que el mal ejemplo se huya, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino a los demás por el ahorcado. Igual es el ejemplo que yo sigo: mis errores son naturales e incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo excitando su ejemplo, quizás pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite:

Nonne vides, Albi ut male vivat filius?, utque
barrus inops? magnum documentum, ne patriam rem
perdere quis velit;

publicando y acusando mis imperfecciones alguien aprenderá a temerlas. Las prendas que más estimo en mi individuo alcanzan mayor honor recriminándome que recomendándome; por eso recaigo en ellas y me detengo más frecuentemente. Y todo considerado, nunca se habla de sí mismo sin pérdida: las propias condenaciones son siempre acrecentadas, y las alabanzas descreídas. Puede haber algún hombre de mi complexión: mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y por huida que por continuación. A este género de disciplina se [292] refería el viejo Catón cuando decía «que los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos»; y aquel antiguo tañedor de lira que según Pausanias refiere, tenía por costumbre obligar a sus discípulos a oír a un mal tocador, que vivía frente a su casa, para que aprendieran a odiar sus desafinaciones y falsas medias: el horror de la crueldad me lanza más adentro de la clemencia que ningún patrón de esta virtud; no endereza tanto mi continente a caballo un buen jinete, como un procurador o un veneciano, caballeros. Un lenguaje torcido corrige

mejor el mío que no el derecho. A diario el torpe continente de un tercero me advierte y aconseja mejor que aquel que place; lo que contraría toca y despierta más bien que lo que gusta. Este tiempo en que vivimos es adecuado para enmendarnos a reculones, por disconveniencia mejor que por conveniencia; mejor por diferencia que por acuerdo. Estando poco adocinado por los buenos ejemplos, me sirvo de los malos, de los cuales la lección es frecuente y ordinaria. Esforceme por convertirme en tan agradable, como cosas de desagrado vi; en tan firme, como blandos eran los que me rodeaban; en tan dulce, como rudos eran los que trataba; en tan bueno, como malos contemplaba: mas con ello me proponía una tarea invencible.

El más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es a mi ver la conversación: encuentro su práctica más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual si yo ahora me viera en la precisión de elegir, a lo que creo, consintiría más bien en perder la vista que el oído o el habla. Los atenienses, y aun los romanos, tenían en gran honor este ejercicio en sus academias. En nuestra época los italianos conservan algunos vestigios, y con visible provecho, como puede verse comparando nuestros entendimientos con los suyos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversación enseña y ejercita a un tiempo mismo. Si yo converso con un alma fuerte, con un probado luchador, este me oprime los ijares, me excita a derecha a izquierda; sus ideas hacen surgir las mías: el celo, la gloria, el calor vehemente de la disputa, me empujan y realzan por cima de mí mismo; la conformidad es cualidad completamente monótona en la conversación. Mas de la propia suerte que nuestro espíritu se fortifica con la comunicación de los que son vigorosos y ordenados, es imposible el calcular cuánto pierde y se abastarda con el continuo comercio y frecuentación que practicamos con los espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que tanto como éste se propague: por experiencia sobrada sé lo que vale la vara. Gusto yo de argumentar y discurrir, pero con pocos hombres y para mi particular usanza, pues mostrarme en espectáculo a los grandes, [293] y mostrar en competencia el ingenio y la charla, reconozco ser oficio que sienta mal a un hombre de honor.

Es la torpeza cualidad detestable; pero el no poderla soportar, el despecharse y consumirse ante ella, como a mí me ocurre, constituye otra suerte de enfermedad que en nada cede en importunidad a aquélla. Este vicio quiero ahora acusarlo en mí. Yo entro en conversación y en discusión con libertad y facilidad grandes, tanto más cuanto que mi manera de ser encuentra en mí el terreno mal apropiado para penetrar y ahondar desde luego los principios: ninguna proposición me pasma, ni ninguna creencia me hiere, por contrarias que sean a las mías. No hay fantasía, por extravagante y frívola que sea, que deje de parecerme natural, emanando del humano espíritu. Los pirronianos, que privamos a nuestro espíritu del derecho de emitir decretos, consideramos blandamente la diversidad de opiniones, y si a ellas no prestamos nuestro juicio procurámoslas el oído fácilmente. Allí donde uno de los platillos de la balanza está completamente vacío dejo yo oscilar el otro hasta con las soñaciones de una vieja visionaria; y me parece excusable si acepto más bien el número impar, y antepongo el jueves al viernes; si prefiero la docena o el número catorce al trece en la mesa; y de mejor gana una liebre costeano que atravesando un camino, cuando viajo, y el dar de preferencia el pie derecho que el izquierdo cuando me calzo. Todas estas quimeras que gozan de crédito en torno nuestro merecen al menos ser oídas. De mí arrastran sólo la inanidad, pero al fin algo arrastran. Las opiniones vulgares y casuales

son cosa distinta de la nada en la naturaleza, y quien así no las considera cae acaso en el vicio de la testarudez por evitar el de la superstición.

Así pues, las contradicciones en el juzgar ni me ofenden ni me alteran; me despiertan sólo y ejercitan. Huimos la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos a ella de buen grado, principalmente cuando viene, del conversar y no del regentar. En las oposiciones a nuestras miras no consideramos si aquéllas son justas, sino que a tuertas o a derechas buscarnos la manera de refutarlas: en lugar de tender los brazos afilamos las uñas. Yo soportaría el ser duramente contradicho por mis amigos el oír, por, ejemplo: «Eres un tonto; estas soñando.» Gusto, entre los, hombres bien educados, de que cada cual se exprese valientemente, de que las palabras vayan donde va el pensamiento: nos precisa fortificar el oído y endurecerlo contra esa blandura del ceremonioso son de las palabras. Me placen la sociedad y familiaridad viriles y robustas, una amistad que se alaba del vigor y rudeza de su comercio, como el amor de las mordeduras y sangrientos arañazos. No es ya suficientemente vigorosa y generosa cuando la querella está ausente, cuando dominan la civilidad y la exquisitez, [294] cuando se teme el choque, y sus maneras no son espontáneas: Neque enim disputari, sine reprehensione potes. Cuando se me contraría, mi atención despierta, no mi cólera; yo me adelanto hacia quien me contradice, siempre y cuando que me instruya: la causa de la verdad debiera ser común a uno y otro contrincante. ¿Qué contestará el objetado? La pasión de la cólera obscureció ya su juicio: el desorden apoderose de él antes que la razón. Sería conveniente que se hicieran apuestas sobre el triunfo en nuestras disputas; que hubiera una marca material de nuestras pérdidas, a fin de que las recordáramos, y de que por ejemplo mi criado pudiera decirme: «El año pasado os costó cien escudos en veinte ocasiones distintas el haber sido ignorante y porfiado.» Yo festejo y acaricio la verdad cualquiera que sea la mano en que la divise. Y en tanto que con arrogante tono conmigo no se procede, o por modo imperioso y magistral, me regocija el ser reprendido y me acomodo a los que no acusan, más bien por motivos de cortesía que de enmienda, gustando de gratificar y alimentar la libertad de los advertimientos con la facilidad de ceder, aun a mis propias expensas.

Difícil es, sin embargo, atraer a esta costumbre a los hombres de mi tiempo, quienes no tienen el valor de corregir, porque carecen de fuerzas suficientes para sufrir el ser ellos corregidos a su vez; y hablan además con disimulo en presencia los unos de los otros. Experimento yo placer tan intenso al ser juzgado y conocido, que llegar a parecerme como indiferente la manera cómo lo sea. Mi fantasía se contradice a sí misma con frecuencia tanta, que me es igual que cualquiera otro la corrija, principalmente porque no doy a su reprensión sino la autoridad que quiero: pero me incomodo con quien se mantiene tan poco transigente, como alguno que conozco, que lamenta su advertencia cuando no es creído, y toma a injuria el no ser obedecido. Lo de que Sócrates acogiera siempre sonriendo las contradicciones que se presentaban a sus razonamientos puede decirse que de su propia fuerza dependía, pues habiendo de caer la ventaja de su lado aceptábalas como materia de nueva victoria. Mas nosotros vemos, por el contrario, que nada hay que trueque en suspicaz nuestro sentimiento como la idea de preeminencia y el desdén del adversario. La razón nos dice que más bien al débil corresponde el aceptar de buen gana las oposiciones que le enderezan y mejoran. De mejor grado busco yo la frecuentación de los que me amonestan que la de los que me temen. Es un placer insípido y perjudicial el tener que habérmolas con gentes que nos admiran y hacen lugar. Antístenes ordenó [295] a sus hijos «que no

agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre». Yo me siento mucho más orgulloso de la victoria que sobre mí mismo alcanzo cuando en el ardor del combate me inclino bajo la fuerza del raciocinio de mi adversario, que de la victoria ganada sobre él por su flojedad. En fin, yo recibo y apruebo toda suerte de toques cuando vienen derechos, por débiles que sean, pero no puedo soportar los que se suministran a expensas de la buena crianza. Poco me importa la materia sobre que se discute, y todas las opiniones las admito: la idea victoriosa también me es casi indiferente. Durante todo un día cuestionaré yo sosegadamente si la dirección del debate se mantiene ordenada. No es tanto la sutileza ni la fuerza lo que solicito como el orden; el orden que se ve todos los días en los altercados de los gañanes y de los mancebos de comercio, jamás entre nosotros. Si se apartan del camino derecho, es en falta de modales, achaque en que nosotros no incurrimos, mas el tumulto y la impaciencia no les desvían de su tema, el cual sigue su curso. Si se previenen unos a otros, si no se esperan, se entienden al menos. Para mí se contesta siempre bien si se responde a lo que digo; mas cuando la disputa se trastorna y alborota, abandono la cosa y me sujeto sólo a la forma con indiscreción y con despecho, lanzándome en una manera de debatir testaruda, maliciosa e imperiosa, de la cual luego me avergüenzo. Es imposible tratar de buena fe con un tonto; no es solamente mi discernimiento lo que se corrompe en la mano de un dueño tan impetuoso, también mi conciencia le acompaña.

Nuestros altercados debieran prohibirse y castigarse como cualesquiera otros crímenes verbales: ¿qué vicio no despiertan y no amontonan, constantemente regidos y gobernados por la cólera? Entramos en enemistad primeramente contra las razones y luego contra los hombres. No aprendemos a disputar sino para contradecir, y cada cual contradiciéndose y viéndose contradicho, acontece que el fruto del cuestionar no es otro que la pérdida y aniquilamiento de la verdad. Así Platón en su República prohíbe este ejercicio a los espíritus ineptos y mal nacidos. ¿A qué viene colocaros en camino de buscar lo que es con quien no adopta paso ni continente adecuados para ello? No se infiere daño alguno a la materia que se discute cuando se la abandona para ver el medio como ha de tratarse, y no digo de una manera escolástica y con ayuda del arte, sino con los medios naturales que procura un entendimiento sano. ¿Cuál será el fin a que se llegue, yendo el uno hacia el oriente y hacia el occidente el otro? Pierden así la mira principal y la ponen de lado con el barullo de los incidentes: al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; el uno está bajo, el otro alto y el otro de lado. Quién choca con una palabra o con un símil; quién no se [296] hace ya cargo de las razones que se le oponen, tan impelido se ve por la carrera que tomó, y piensa en continuarla, no en seguirlas a vosotros; otros, reconociéndose flojos de ijares, lo temen todo, todo lo rechazan, mezclan desde los comienzos y confúndenlo todo, o bien en lo más recio del debate se incomodan y se callan por ignorancia despechada, afectando un menosprecio orgulloso, o torpemente una modesta huida de contención: siempre que su actitud produzca efecto, nada le importa lo demás; otros cuentan sus palabras y las pesan como razones; hay quien no se sirve sino de la resistencia ventajosa de su voz y pulmones, otro concluye contra los principios que sentara; quién os ensordece con digresiones e inútiles prolegómenos; quién se arma de puras injurias, buscando una querrela de alemán para librarse de la conversación y sociedad de un espíritu que asedia el suyo. Este último nada ve en la razón, pero os pone cerco, ayudado por la cerrazón dialéctica de sus cláusulas y con el apoyo de las fórmulas de su arte.

Ahora bien, ¿quién no desconfía de las ciencias, y quién no duda si de ellas puede sacarse algún fruto sólido para las necesidades de la vida, considerando el empleo que del saber hacemos? *Nihil sanantibus litteris?* ¿Quién alcanzó entendimiento con la lógica? ¿Dónde van a parar tantas hermosas promesas? *Nec ad melius vivendum, nec ad commodius disserendum?* ¿Acaso se ve mayor baturrillo en la charla de las sardineras que en las públicas disputas de los hombres que las ciencias profesan? Mejor preferiría que mi hijo aprendiera a hablar en las tabernas que en las escuelas de charlatanería. Procuraos un pedagogo y conversad con él; ¿cuánto no os hace sentir su excelencia artificial, y cuánto no encanta a las mujeres y a los ignorantes, como nosotros somos, por virtud de la admiración y firmeza de sus razones, y de la hermosura y el orden de las mismas? ¿Hasta qué punto no nos persuade y domina como le viene en ganas? Un hombre que de tantas ventajas disfruta con las ideas y en el modo de manejarlas, ¿por qué mezcla con su esgrima las injurias, la indiscreción y la rabia? Que se despoje de su caperuza, de sus vestiduras y de su latín; que no atormente nuestros oídos con Aristóteles puro y crudo, y lo tomaréis por uno de entre nosotros, o peor aún. Juzgo yo de esta complicación y entrelazamiento del lenguaje que para asediarnos emplean, como de los jugadores de pasa-pasa. Su flexibilidad fuerza y combate nuestros sentidos, pero no conmueve en lo más mínimo nuestras opiniones: aparte del escamoteo, nada ejecutan que no sea común y vil: por ser más sabihondos no son [297] menos ineptos. Venero y honro el saber tanto como los que lo poseen, el cual, empleado en su recto y verdadero uso, es la más noble y poderosa adquisición de los hombres. Mas en los individuos de que hablo (y los hay en número infinito de categorías), que establecen su fundamental suficiencia y saber, que recurren a su memoria, en lugar de apelar a su entendimiento, *sub aliena umbra latentes*, y que de nada son capaces sin los libros, lo detesto (si así me atrevo a decirlo) más que la torpeza escueta. En mi país y en mi tiempo la doctrina mejora bastante las faltriqueras, en manera alguna las almas: si aquella las encuentra embotadas, las empeora y las ahoga como masa cruda o indigesta; si agudas, el saber fácilmente las purifica, clarifica y sutiliza hasta la vaporización. Cosa es la doctrina de cualidad sobre poco más o menos indiferente; utilísimo accesorio para un alma bien nacida; perniciosa y dañosa para las demás, o más bien objeto de uso preciosísimo, que no se deja poseer a vil precio: en unas manos es un cetro, y en otras un muñeco.

Mas prosigamos. ¿Qué victoria mayor pretendéis alcanzar sobre vuestro adversario que la de mostrarle la imposibilidad de combatiros? Cuando ganáis la ventaja de vuestra proposición, es la verdad la que sale ventajosa; cuando os procuráis la supremacía que otorgan el orden y la dirección acertados de los argumentos, sois vosotros los que salís gananciosos. Entiendo yo que en Platón y en Jenofonte, Sócrates discute más bien en beneficio de los litigantes que en favor de la disputa, y con el fin de instruir a Eutidemo y a Protágoras en el conocimiento de su impertinencia mutua, más bien que en el de la impertinencia de su arte: apodérase de la primera materia como quien alberga un fin más útil que el de esclarecerla; los espíritus es lo que se propone manejar y ejercitar. La agitación y el perseguimiento pertenecen a nuestra peculiar cosecha: en modo alguno somos excusables de guiarlos mal o impertinentemente; el tocar a la meta es cosa distinta, pues vinimos al mundo para investigar diligentemente la verdad: a una mayor potencia que la nuestra pertenece ésta. No está la verdad, como Demócrito decía, escondida en el fondo de los abismos sino más bien elevada en altitud infinita, en el conocimiento divino. El mundo no es más que la escuela del inquirir; no se trata de meterse dentro, sino de hacer las carreras más lucidas. Lo mismo puede hacer el tonto quien dice verdad que quien dice

mentira, pues se trata de la manera, no de la materia del decir. La tendencia mía es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que a la causa, como Alcibíades ordenaba que se hiciera; y todos los días me distraigo en leer diversos [298] autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan, de la propia suerte que persigo la comunicación de algún espíritu famoso, no con el fin de que me adoctrine, sin para conocerlo, y una vez conocido imitarle si vale la pena. Al alcance de todos está el decir verdad, mas el enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden hacerlo; así que no me contraría el error cuando deriva de ignorancia; lo que me subleva es la necesidad. Rompí varios comercios que me eran provechosos a causa de la impertinencia de cuestionar con quienes los mantenía. Ni siquiera me molestan una vez al año las culpas de quienes están bajo mi férula, mas en punto a la torpeza y testarudez de sus alegaciones, excusas y defensas asnales y brutales, andamos todos los días tirándonos los trastos a la cabeza: ni penetran lo que se dice, ni el por qué, y responden por idéntico tenor; ocasionan motivos bastantes para desesperar a un santo. Mi cabeza no choca rudamente sino con el encuentro de otra; mejor transijo con los vicios de mis gentes que con sus temeridades, importunidades y torpezas: que hagan menos, siempre y cuando que de hacer sean capaces; vivís con la esperanza de alentar su voluntad, pero de un cepo no hay nada que esperar ni que disfrutar que la pena valga.

Ahora bien, ¿qué decir si yo tomo las cosas diferentemente de lo que son en realidad? Muy bien puede suceder, por eso acuso mi impaciencia, considerándola igualmente viciosa en quien tiene razón como en quien no la tiene, pues nunca deja de constituir un agror tiránico el no poder resistir un pensar diverso, al propio. Además, en verdad sea dicho, hay simpleza más grande ni más constante tampoco ni más estrambótica que la de conmoverse e irritarse por las insulseces del mundo, pues nos formaliza principalmente contra nosotros. Y a aquel filósofo del tiempo pasado nunca mientras se consideró estuvo falto de motivos de lágrimas. Misón, uno de los siete sabios, cuyos humores eran timonianos y democricianos, interrogado sobre la causa de sus risas cuando se hallaba solo, respondió: «Río por lo mismo, por deshacerme en carcajadas sin tener ninguna compañía.» ¿Cuántas tonterías no digo yo y respondo a diario, según mi dictamen y naturalmente, por consiguiente, mucho más frecuentes al entender de los demás? ¿Qué no harán los otros si yo me muerdo los labios? En conclusión, precisa vivir entre los vivos y dejar el agua que corra bajo el puente sin nuestro cuidado, o por lo menos con tranquilidad cabal de nuestra parte. Y si no, ¿por qué sin inmutarnos tropezamos con alguien cuyo cuerpo es torcido y contrahecho y no podemos soportar la [299] presencia de un espíritu desordenado sin montar en cólera? Esta dureza viciosa deriva más bien de la apreciación que del defecto. Tengamos constantemente en los labios aquellas palabras de Platón: «Lo que ve juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado? Yo mismo, ¿no incurro también en culpa? Mi advertimiento, ¿no puede volverse contra mí?» Sentencias sabias y divinas que azotan al más universal y común error de los hombres. No ya sólo las censuras que nos propinamos los unos a los otros, sino nuestras razones también, nuestros argumentos y materias de controversia pueden ordinariamente volverse contra nosotros: elaboramos hierro con nuestras armas, de lo cual la antigüedad me dejó hartos graves ejemplos. Ingeniosamente se expresó, y de manera adecuada, aquel que dijo:

Stercus cuique suum bene olet.

Nada tras ellos ven nuestros ojos: cien veces al día nos burlamos de nosotros al burlarnos de nuestro vecino; y detestamos en nuestro prójimo los defectos que residen en nosotros más palmariamente. Y de ellos nos pasmamos con inadvertencia y cinismo maravillosos. Ayer, sin ir más lejos, tuve ocasión de ver a un hombre sensato, persona grata, que se burlaba tan ingeniosa como justamente de las torpes maneras de otro, quien a todo el mundo rompe la cabeza con metódico registro de sus genealogías y uniones, más de la mitad imaginarias (aquéllos se lanzan de mejor grado en estas disquisiciones cuyos títulos son más dudosos y menos seguros), sin embargo, él, de haber parado mientes en sí mismo, hubiérase reconocido no menos intemperante y fastidioso en el sembrar y hacer valer la prerrogativa de la estirpe de su esposa. ¡Importuna presunción, de la cual la mujer se ve armada por las manos de su marido mismo! Si supiera éste latín, precisaríale decir con el poeta:

Agesis!, haec non insanit satis sua sponte; instiga.

No se me alcanza que nadie acuse no hallándose limpio de toda mancha, pues nadie censuraría, ni siquiera estando como un crisol, en la misma suerte de mancha; mas entiendo yo que nuestro juicio, al arremeter contra otro del cual se trata por el momento, deja de librarnos de una severa jurisdicción interna. Oficio propio de la caridad es que quien no puede arrancar un vicio de sí mismo procure, no obstante, apartarlo en otro donde la semilla sea menos maligna y rebelde. Tampoco me parece adecuada respuesta a quien no advierte mi culpa decirle que en él reside igualmente. [300] Nada tiene que ver eso, pues siempre el advertimiento es verdadero y útil. Si tuviéramos buen olfato, nuestra basura debiera apestartos más, por lo mismo que es nuestra; y Sócrates es de parecer que aquel que se reconociera culpable, y a su hijo, y a un extraño, de alguna violencia e injuria, debería comenzar por sí mismo a presentarse a la condenación de la justicia o implorar para purgarse el socorro de la mano del verdugo en segundo lugar a su hijo, y al extraño últimamente si este precepto es de un tono elevado en demasía, al menos quien culpable se reconozca debe presentarse el primero al castigo de su propia conciencia.

Los sentidos son nuestros peculiares y primeros jueces, los cuales no advierten las cosas sino por los accidentes externos, y no es maravilla si en todos los componentes que constituyen nuestra sociedad se ve una tan perpetua y general promiscuidad de ceremonias y superficiales apariencias, de tal suerte que la parte mejor y más efectiva de las policías consiste en eso. Constantemente nos las hemos con el hombre, cuya condición es ni maravillosamente corporal. Que los que quisieron edificar para nuestro uso en pasados años un ejercicio de religión tan contemplativo e inmaterial no se pasmen porque se encuentre alguien que crea que se escapó y deshizo entre los dedos, si es que ya no se mantuvo entre nosotros como marca, título e instrumento de división y de partido más que por ella misma. De la propia suerte acontece en la conversación: la gravedad, el vestido y la fortuna de quien habla, frecuentemente procuran crédito a palabras vanas y estúpidas; no es de presumir que una persona en cuyos pareceres son tan compartidos, tan temida, deje de albergar en sus adentros alguna capacidad distinta de la ordinaria; ni que un hombre a quien se encomiendan tantos cargos y comisiones, tan desdeñoso y ceñudo, no sea más hábil que aquel otro que le saluda de tan lejos y cuyos servicios nadie quiere. No ya sólo las palabras, también los gestos de estas gentes se toman en consideración, se pesan y se miden: cada cual se esfuerza en darles alguna hermosa y sólida interpretación. Cuando al hablar llano

descienden y no se les muestra otra cosa que aprobación y reverencia, os aturden con la autoridad de su experiencia: oyeron, vieron, hicieron, os consumen con sus ejemplos. De buena gana les diría que el provecho de la experiencia de un cirujano no reside en la historia de sus operaciones, recordando que curó a cuatro apestados y tres gotosos, si no sabe de ellas sacar partido para formar su juicio, y si no acierta a hacernos sentir que su vista es más certera en el ejercicio de su arte; como en un concierto instrumental no se oye un laúd, un clavicordio y una flauta, sino una armonía general, reunión y fruto de todos los aparatos músicos. Si los viajes y los cargos los enmendaron, [301] háganlo ver con las producciones de su entendimiento. No basta contar las experiencias, precisa además pesarlas y acomodarlas; hay que haberla digerido y alambicado para sacar de ellas las razones y conclusiones que encierran. Jamás hubo tantos historiadores; siempre es bueno y útil oírlos, pues nos proveen a manos llenas de hermosas y laudables instrucciones sacadas del almacén de su memoria, que es a la verdad un instrumento necesario para el socorro de la vida; pero no se trata de esto ahora, se trata de saber si esos recitadores y recogedores son dignos de alabanza por sí mismos.

Yo detesto toda suerte de tiranía, lo mismo la verbal que la efectiva; me sublevo fácilmente contra esas vanas circunstancias que engañan nuestro juicio por la mediación de los sentidos, y, manteniéndome ojo avizor en lo tocante a grandezas extraordinarias, encontré que éstas se componen en su mayor parte de hombres como todos los demás:

Rarus enim ferme sensus communis in illa
fortuna.

Acaso se los considera y advierte más chicos de lo que realmente son, por cuanto ellos emprenden más y se ponen más en evidencia: no responden a la carga que sobre sus hombros echaron. Es necesario que haya resistencia y poder mayores en el llevar que en el echarse a cuestras; quien no llenó por completo su fuerza os deja adivinar si le queda todavía resistencia pasado ese límite, y si fue probado hasta el último término. Quien sucumbe ante la carga descubre su medida a la debilidad de sus hombros; por eso se ven tantas torpes almas entre los hombres de estudios más que entre los otros hombres; de aquéllos se hubieran alcanzado varones excelentes, como padres de familia, buenos comerciantes, cumplidos artesanos: su vigor natural no medía mayor número de codos. La ciencia es cosa que pesa grandemente: ellos se doblan bajo su peso. Para ostentar y distribuir esta materia rica y poderosa, para emplearla y ayudarse, su espíritu carece de vigor y pericia; sólo dispone de poderío sobre una naturaleza robusta. Ahora bien, las de esta índole son bien raras, las débiles, dice Sócrates, corrompen la dignidad de la filosofía al traerla entre manos; semeja esta inútil y viciosa cuando está mal guardada. Así los hombres se estropean y a sí mismos se enloquecen:

Humani qualis simulator simius oris,
quem puer arridens pretioso stamine serum
Velavit, nudasque nates ac terga reliquit,
Ludibrium mensis. [302]

Análogamente, aquellos que nos rigen y gobiernan, los que tienen el mundo en su mano, no les basta poseer un entendimiento ordinario, ni poder lo que nosotros podemos: están muy

por bajo de nuestro nivel cuando no se encuentran muy por cima: de la propia suerte que más prometen, deben también cumplir más.

Por eso les sirve el silencio, no ya sólo como continente de respeto y gravedad, sino también como instrumento de provecho y buen gobierno, pues Megabizo, como visitara a Apeles en su obrador, permaneció largo tiempo sin decir palabra, y luego comenzó a discurrir sobre lo que veía cuyos discursos le valieron esta dura reprimenda: «Mientras te callaste, parecías algo de grande a causa de las cadenas que te adornan y de tu pomposo continente; pero ahora que se te ha oído hablar te menosprecian hasta mis criados.» Esos adornos magníficos, la resplandeciente profesión que desempeñaba, no le consentían permanecer ignorante como el vulgo y lo empujaron a hablar impertinente de lo que no entendía: debió mantener muda esa externa y presuntuosa capacidad. ¡A cuantas almas torpes, en mi tiempo, presto servicios relevantísimos el adoptar mi semblante estirado y taciturno, sirviéndolas como título de prudencia y capacidad!

Las dignidades y los cargos se otorgan necesariamente más por fortuna que por mérito; y muchas veces se incurre en grave error al culpar de ello a los monarcas: por el contrario, maravilla que la fortuna los acompañe casi siempre desplegando para ello tan poco acierto:

Principis est virtus maxima. nosse suos:

pues naturaleza no los favoreció con mirada tan vasta que pudieran extenderla a tantos pueblos como rigen para discernir la principalidad de ellos, y penetrar luego nuestros pechos, donde se albergan nuestra voluntad y el valor más precioso. Preciso es, por consiguiente, que nos escojan por conjeturas y a tientas, movidos por la familia a que pertenecemos, por nuestras riquezas, por doctrinas y por la voz del pueblo, que son argumentos debilísimos. Quien pudiera encontrar medio de que justamente se nos conociera y de elegir los hombres por razones fundamentales, establecería de golpe y porrazo una perfecta forma de gobierno.

«Dígame lo que se quiera, acertó a resolver este importante negocio.» Algo es algo, sin duda, pero eso no es bastante, pues esta sentencia es justamente recibida. «Que no ha que juzgar de los dictámenes en presencia de los acontecimientos que resultan.» Castigaban los cartagineses [303] los torcidos pareceres de sus capitanes aun cuando fueran enmendados por un dichoso desenlace; y el pueblo romano, rechazó muchas veces el triunfo a victorias provechosas y grandes, porque la dirección del jefe no anduvo de par con su buena estrella. Ordinariamente se advierte en las mundanales acciones que la fortuna para mostrarnos su poderío sobre todas las cosas y como se gozó en echar por tierra nuestra presunción, no habiendo podido trocar a los necios en avisados, los convierte en dichosos, en oposición con todo sano principio, favoreciendo las ejecuciones, cuya trama es puramente suya. Por donde vemos a diario que los más sencillos de entre nosotros consiguen dar cima a empresas magnas privadas y públicas; y como el persa Siramnes respondió a los que se admiraban de que sus negocios anduvieran tan perversamente, en vista de que sus propósitos estaban impregnados de prudencia: «Que él tan sólo era dueño de sus iniciativas, mientras que del éxito de sus negocios lo era la fortuna»; las gentes de que hablo pueden responder por idéntico tenor, aunque por razones contrarias. La mayor parte de las cosas de este mundo se hacen por sí mismas;

Fata viam inveniunt;

el desenlace a las veces denuncia una conducta estúpida: nuestra intermisión apenas sobrepuja la rutina, y comúnmente obedece más a la consideración del uso y al ejemplo que a la razón. Maravillado por la grandeza de una hazaña, supe antaño por los mismos que la realizaron los motivos del acierto. En ellos no encontré sino ideas vulgares; y las más ordinarias y usuales son también acaso las más seguras y las más cómodas en la práctica, si no son las que al exterior aparecen. ¿Qué decir, si las más ínfimas razones son las mejor asentadas, y si las más bajas y las más flojas y las más asendereadas son las que mejor se adaptan a la solución de los negocios? Para conservar su autoridad a los consejos de los reyes hay que evitar que los profanos en ellos participen y que no vean más allá de la primera barrera: debe reverenciarse, merced al ajeno crédito y en conjunto, quien seguir pretende alimentando su reputación. La consultación mía, personal, bosqueja algún tanto la materia, considerándola ligeramente por sus primeros aspectos: el fuerte y principal fin de la tarea acostumbra a resignarlo al cielo:

Permitte divis cetera.

La dicha y la desdicha son, a mi entender, dos potencias soberanas. Es imprudente considerar que la humana previsión [304] pueda desempeñar el papel de la fortuna, y vana es la empresa de quien presume abarcar las causas y consecuencias, y conducir por la mano el desarrollo de su obra: vana sobre todo en las deliberaciones de la guerra. Jamás hubo mayor circunspección y prudencia militar de las que se ven a veces entre nosotros; ¿será la causa que se tenía extraviarse en el camino, reservándose para la catástrofe de ese juego? Más diré: nuestra prudencia misma y nuestra consultación siguen casi siempre la dirección de lo imprevisto: mi voluntad y mi discurso se remueven ya de un lado ya de otro, y hay muchos de estos movimientos que se gobiernan sin mi concurso; mi razón experimenta impulsiones y agitaciones diarias y casuales:

Vertuntur species animorum, et pectora motus
nunc alios, alios, dum nubila ventus agebat
concipiunt.

Considérese quiénes son los más pudientes en las ciudades, y quiénes los que mejor cumplen con su misión; se verá ordinariamente que son los menos hábiles. Sucedió a las mujerzuelas, a las criaturas y a los tontos el mandar grandes Estados al igual que los príncipes más capaces; y acierta mejor (dice Tucídides) la gente ordinaria que la sutil. Los efectos del buen sino achacámoslos a prudencia;

Ut quisque fortuna utitur,
ita praecelet; atque exinde sapere illum omnes dicimus.

por donde hablo cuerdamente al decir que en todas las cosas los acontecimientos son testimonios flacos de nuestro valer y capacidad.

Decía, pues, que no basta ver a un hombre en un lugar relevante: aun cuando tres días antes le hayamos conocido como sujeto de poca monta, por nuestras apreciaciones se desliza luego una imagen de grandeza y consumada habilidad; y nos persuadimos de que al medrar en posición y en crédito, por hombre de mérito se le tiene. Juzgamos de él no conforme a su valer, sino a la manera como consideramos las fichas, según la prerrogativa de su rango. Mas que la fortuna cambie, que caiga y vaya a mezclarse con las masas, y entonces todos se inquietan, pasmados, de la causa que le había izado a semejante altura «¿Es el mismo? se dice. ¿No era antes más aventajado? ¿Los príncipes se conforman con tan poco? ¡A la verdad, estábamos en buenas manos!» Cosas son éstas que yo he visto en mi tiempo con frecuencia: hasta los personajes notables de las comedias nos impresionan en algún modo, y nos engañan. Aquello que yo mismo adoro en los monarcas es la multitud [305] de sus adoradores: toda inclinación y sumisión les es debida, salvo la del entendimiento; mi razón no está hecha a doblegarse, son mis rodillas las que se humillan. Solicitado el parecer de Melancio sobre la tragedia de Dionisio: «No la he visto, contestó, tan alborotado es su lenguaje» De la propia suerte, casi todos los que juzgan las conversaciones de los grandes debieran decir: «Yo no he oído lo que dijo, tan impregnado estaba de gravedad, de grandeza y majestad.» Antístenes persuadió a los atenienses para que ordenaran que sus borricos fueran empleados, lo mismo que sus caballos, en el trabajo de la tierra, a lo cual se le repuso que esos animales no habían nacido para tal servicio: «Es lo mismo, replicó el filósofo; la cosa no ha menester sino de vuestra ordenanza, pues los hombres más incapaces a quienes encomendáis la dirección de vuestras guerras no dejan de trocarse al punto en dignísimos porque en ello los empleáis»; a lo cual mira la costumbre de tantos pueblos que canonizan al de entre ellos elegido, y no se contentan con honrarle, sino que además le adoran los de Méjico, luego de terminadas las ceremonias de la proclamación, no se atreven ya a mirar a la cara de su soberano, cual si le hubieran deificado por su realeza; entre los juramentos que le hacen proferir, a fin de que mantenga la religión, leyes y libertades, y de que sea valiente, justo y bondadoso, jura también que hará al sol seguir su curso con su claridad acostumbrada, que las nubes se descargarán en tiempo oportuno, que los ríos seguirán su curso y que la tierra producirá todas las cosas necesarias a su pueblo.

Yo soy por naturaleza opuesto a esta común manera de ser; y más desconfío de la capacidad cuando la veo acompañada de grandeza, de fortuna y recomendación popular: precisanos considerar de cuánta ventaja sea el hablar a su hora, el escoger el verdadero punto de vista, el interrumpir la conversación o cambiarla con autoridad magistral, el defenderse contra la oposición ajena con un movimiento de cabeza, con una sonrisa, con el silencio, ante un concurso que se estremece de puro respeto y reverencia. Un hombre de monstruosa fortuna que interponía su parecer en una conversación ligera llevada al desgaire en su mesa, comenzaba de este modo sus reparos: «Quien en contrario se exprese no puede ser más que un embustero o un ignorante...» Seguid tan puntiaguda filosofía con un puñal en la mano.

He aquí otra advertencia de que alcanzo yo gran provecho: en las disputas y conversaciones todas las palabras que nos parecen buenas no deben incontinenti ser aceptadas. La mayor parte de los hombres son ricos en capacidad extraña; puede muy bien acontecer a tal individuo proferir un rasgo feliz, una buena respuesta o una recta sentencia,

[306] y llevarlas adelante desconociendo su fuerza. Que no se es poseedor de todo lo que prestado se recibe podré quizás comprobarlo con mis propios recursos. No hay que ceder al punto por verdad o belleza que la proposición en cierre; hay que combatirla de intento o echarse atrás, so pretexto de no entenderla, para tantear por todas partes de qué suerte habita en el que la emite; y aun así y todo, puede ocurrir que nos aferremos, ayudando al adversario más allá de sus alcances, y que le demos luz. Antaño empleé yo la réplica movido por la necesidad y aprieto del combate, que fueron más allá de mi intención y de mi esperanza: suministrábalas en número y acogíaselas en ponderación. De la propia suerte que cuando yo debato contra un hombre vigoroso me complazco en anticipar sus conclusiones y le allano la tarea de interpretarse, procurando prevenir su imaginación, naciente e imperfecta aún (el orden y la pertinencia de su entendimiento me advierten y amenazan de lejos), con aquellos otros, inconscientes, hago todo lo contrario: nada hay que entender sino lo que materialmente nos dicen, ni nada hay que presuponer. Si juzgan en términos generales, diciendo: «Esto es bueno; aquello no lo es», porque los encuentran a la mano, ved si es la casualidad la que los encontró en vez de ellos: que circunscriban y restrinjan un poco su sentencia explicando el por qué y el cómo. Esos juicios universales, que tan ordinariamente se emplean, nada dicen; son propios de gustos que saludan a todo un pueblo en masa y al barullo los que de él tienen conocimiento verdadero le saludan y advierten en número y especificando; mas esto es una empresa arriesgada: por donde yo he visto, con mayor frecuencia que a diario, acontecer que los espíritus débilmente constituidos, queriendo alardear de ingeniosos en el juicio que les sugiere la lectura de alguna obra, procurando señalar la belleza culminante de la misma, detienen su admiración con tan desdichado tino, que en lugar de enseñarnos la excelencia del autor nos muestran su propia ignorancia. Esta exclamación es de efecto seguro: «Eso es hermoso», habiendo oído una página entera de Virgilio. Por ahí se salvan los diestros; mas la empresa de seguirle por lo menudo y en detalle, con juicio expreso y escogido; el querer señalar por dónde un buen autor sobresale, pesando las palabras, las frases, las invenciones y sus diversos méritos, uno después de otro, ¡qué si quieres! Videndum est, non modo quid quisque loquatur, sed etiam quid quisque, sentiat, atque etiam qua de causa quisque sentiat. Diariamente oigo proferir a los tontos palabras que no lo son; dicen una cosa buena: sepamos hasta dónde la [307] penetran: veamos por qué lado la agarraron. Nosotros los ayudamos a emplear esa bella expresión y esa razón hermosa, que no poseen sino que simplemente almacenan: acaso las produjeron por casualidad y a tientas: nosotros se las acreditarnos y avaloramos; les prestamos nuestra mano, ¿y para qué? Nada os lo agradecen, y con vuestra ayuda se truecan en más ineptos: no los secundéis; dejadlos que caminen solos; manejarán el principio que soltaron cual gentes que tienen miedo de escaldarse; no se atreven a cambiarlo de lugar, ni a presentarlo bajo distinto aspecto ni a profundizarlo: removedlo por poco que sea, y les escapa; lo abandonarán fuerte y hermoso como es: son armas hermosas, pero torpemente empuñadas. ¡Cuántas veces he visto de ello la experiencia! En conclusión, si llegáis a iluminarlos y a confirmarlos, incontinenti atrapan y hurtan la ventaja de vuestra interpretación: «Eso es lo que yo quise decir: he ahí cabalmente cuál era mi concepción; si yo no la expresé así, fue por culpa de mi lengua.» Soplad, y veréis lo que queda. Es necesario echar mano hasta de la malicia misma para corregir esa torpe altivez. El principio de Hegesías, según el cual «no hay que odiar ni acusar, sino instruir», es razonable en otros respectos aquí es injusto e inhumano el socorrer y enderezar a quien nada puede hacer con semejantes beneficios y a quien con ellos vale menos. Yo me complazco en dejarlos

encenagarse y atascarse más todavía de lo que ya lo están y tan adentro, si es posible, que al fin lleguen a reconocerse.

La torpeza y el trastornamiento de los sentidos no son cosas que se curan con simples advertencias; podemos en verdad decir de esta enmienda lo que Ciro respondió a quien le impulsaba para que alentase a su ejército en el comienzo de una, batalla, o sea: «que los hombres no se truecan en valerosos y belicosos instantáneamente, por los efectos de una buena arenga; como tampoco convierte a nadie en músico el oír una buena canción». Es necesario el aprendizaje previo alimentado por educación dilatada y constante. Este cuidado lo debemos a los nuestros, y lo mismo la asiduidad en la corrección o instrucción, mas ir a sermonear al primer transeúnte, o regentar la ignorancia o ineptitud del primero con quien topamos es costumbre que detesto. Rara vez procedo yo de esa suerte, ni siquiera en las conversaciones en que tomo parte; prefiero abandonarlo todo por completo a venir a dar en esas instrucciones atrasadas y magistrales; mi humor tampoco se acomoda a hablar ni a escribir para uso de los principiantes. En las cosas que se dicen en común o entre extraños, por falsas y absurdas que yo las juzgue, jamás me pongo de por medio como enderezador, ni de palabra ni con ningún signo.

Por lo demás, nada me despecha tanto en la torpeza como el verla complacerse más de lo que ninguna razón es [308] capaz de hacerlo sensatamente. Es desdicha que la prudencia os impida satisfaceros y contentaros de vosotros mismos, y que os rechace siempre malcontento y temeroso, donde mismo la testarudez y temeridad hinchen a sus propios huéspedes de seguridad y regocijo. Corresponde a los más estultos el mirar a los demás hombres por cima del hombro retornando siempre del combate hinchados de gloria y satisfacción; y casi siempre la temeridad de lenguaje y la alegría del semblante los hace salir gananciosos para con la asistencia, que es comúnmente débil e incapaz de bien juzgar y discernir las ventajas verdaderas. La obstinación y el ardor de la opinión son las más seguras muestras de estupidez: ¿hay nada tan resuelto, desdeñoso, contemplativo, grave y serio como el asno?

¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones y comunicaciones los rasgos puntiagudos y entrecortados que la alegría y la privanza introducen entre amigos, chanceando, y chanceándose grata y vivamente los unos de los otros? Ejercicio al cual mi alegría nativa me hace bastante apto; y si no es tan tendido y serio como el otro de que acabo de hablar, no es menos agudo ni ingenioso, ni tampoco menos provechoso, como Licurgo opinaba. Por lo que a mí toca, yo llevo a los coloquios mayor libertad que gracia, y me auxilia más bien el acaso que la invención; en el soportar soy cumplido, pues resisto el desquite, no solamente rudo, sino también indiscreto, sin molestarme para nada; y a la carga que se me viene encima, si no tengo con qué reponer en el acto bruscamente, tampoco voy entreteniéndome, en reponer de un modo pesado y enfadoso, rayano en la testarudez; la dejo asar, y agachando alegremente las orejas remito el hallar a mano mi razón para una hora más propicia: no es buen comerciante quien siempre sale ganancioso. La mayor parte de los hombres cambian de semblante y de voz en el punto y hora en que la fuerza les falta; y a causa de la cólera importuna, en lugar de vengarse, acusan su debilidad al par que su impaciencia. En estos desahogos pellizcamos a veces las secretas cuerdas de nuestras imperfecciones, las cuales aun permaneciendo en calma no podemos tocar sin consecuencias, y así entreadvertimos útilmente al prójimo de nuestras imperfecciones.

Hay otros juegos de manos, rudos e indiscretos, a la francesa, que yo odio mortalmente; mi epidermis es sensible y delicada. Durante el transcurso de mis días vi enterrar a causa de ellos a dos príncipes de nuestra sangre real, Es de pésimo gusto pelearse cuando se loquea.

Por lo demás, cuando yo quiero juzgar de alguien pregúntole cuánto de sí mismo se contenta: hasta dónde su hablar o su espíritu le placen. Quiero evitar esas hermosas excusas que dicen: «Lo hice distrayéndome: [309]

Ablatum mediis opus est incubidus istud;

No me costó una hora siquiera; después no volví a poner en ello mano.» Así que, yo digo: dejemos todas esas fórmulas; otorgadme una que os represente por entero por la cual os plazca ser medidos, y luego ¿cuál es lo mejor que reconocéis en vuestra obra? ¿Es esta parte o la otra? ¿La gracia, el asunto, la invención, el juicio o la ciencia? Pues ordinariamente advierto que tanto se yerra al juzgar de la propia labor como al aquilatar la ajena, no sólo por la pasión que en el juicio va mezclada, sino también por carencia de capacidad, conocimiento y costumbre de discernir: la obra por su propia virtud y fortuna puede secundar al obrero y llevarle más allá de su invención y conocimientos. En cuanto a mí, no juzgo del valor de otra tarea con menos precisión que de la mía, y coloco los Ensayos, ya bajos ya altos, por manera dudosa o inconstante. Hay algunos libros útiles en razón de las cosas de que tratan, de los cuales el autor no alcanza recomendación ninguna; y hay buenos libros, como igualmente buenas obras, de que el obrero tiene que avergonzarse. Si yo discurriera sobre la naturaleza de nuestros banquetes y de nuestros vestidos (y escribiese malamente); si publicase los edictos de mi tiempo y las cartas de los príncipes que llegan a manos del público; si hiciera compendio de un buen libro (y toda abreviación de un libro bueno es un compendio torpe) el cual se hubiere perdido, o alguna cosa semejante, la posteridad alcanzaría singular provecho de tales composiciones; pero yo ¿qué otro honor sino el de mi buena fortuna? Buena parte de los libros famosos son de esta condición.

Cuando leí a Felipe de Comines hace algunos años (autor excelente en verdad), advertí esta frase, considerándola como riada vulgar: «Que precisa guardarse de prestar a su dueño un tan grande servio el cual le imposibilite de encontrar la debida recompensa», debí encomiar la invención, no a quien la escribió, pues la encontré en Tácito poco ha: *Beneficia eo usque laeta sunt, dum videntur exsolvi posse; ubi multum antevenere, pro gratia odium redditur*: y en Séneca: *Nam qui putat esse turpe non reddere, non vult esse cui feddat*: y Cicerón con consistencia menor: *Qui se non putat satisfacere esse nullo modo polest*. El asunto, supuesta su naturaleza, [310] puede hacer a un hombre erudito y de feliz memoria; mas para juzgar en las partes que mejor le pertenecen, que son al par las más dignas (la fuerza y la belleza de su alma), necesario es saber lo que es suyo y lo que no lo es, y en esto último cuánto se le debe en lo tocante a la elección, disposición, ornamento y lenguaje que proveyó. ¡Qué decir si tomó prestada la materia y estropeó la forma, como acontece con frecuencia! Nosotros que mantuvimos escaso comercio con los libros encontrámonos con este impedimento: cuando vemos alguna invención hermosa en un nuevo poeta, o algún argumento poderoso en un predicador, no nos atrevemos, sin embargo, a alabarlos por ello

antes de que hayamos sido instruidos por algún erudito de si ambas cosas les fueron propias o extrañas; hasta saberlo, yo me mantengo siempre en guardia.

He recorrido de cabo a rabo la historia de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas retengo libro en mis manos una hora seguida. No conozco autor que sepa mezclar a un «registro público» de las cosas tantas consideraciones de costumbres e inclinaciones particulares, y entiendo lo contrario de lo que él imaginaba, o sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda suerte de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquéllos ocasionaba en sus súbditos, tenía a su disposición un asunto más fuerte y atrayente que considerar y narrar, que si fueran batallas o revueltas lo que historiase: de tal suerte que a veces lo encuentro asaz conciso, corriendo por cima de hermosas muertes cual si temiera cansarnos con su multiplicación constante y dilatada. Esta manera de historiar es con mucho la más útil: las agitaciones públicas dependen más del acaso, las privadas de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones; mejor que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender. Tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra henchido de ellas: es un semillero de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. Aboga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera sutil y puntiaguda, según el estilo afectado de su siglo. Gustaban tanto los autores inflarse por aquel tiempo, que donde hallaban las cosas desprovistas de sutileza, se la procuraban por medio de las palabras. Su manera de escribir se asemeja no poco a la de Séneca: Tácito me parece más sustancioso; Séneca más agudo. Sus escritos son más apropiados para un pueblo revuelto y enfermo, como el nuestro al presente: frecuentemente diríase que nos pinta y que nos pellizca.

Los que dudan de su buena fe acusan de sobra su malquerencia. [311] Sus opiniones son sanas y se coloca del lado del buen partido en los negocios romanos. Un poco me contraría, sin embargo, el que haya juzgado a Pompeyo con severidad mayor de la que envuelve el parecer de las gentes honradas que le trataron y con él vivieron: el que le estimara en todo semejante a Mario y Sila, aparte del carácter, que consideraba menos abierto. Sus intenciones no le eximieron de la ambición que lo animaba en el gobierno de los negocios, ni tampoco de la venganza; y hasta sus mismos amigos temieron que la victoria le hubiera arrastrado más allá de los límites de la razón, pero no hasta una medida tan desenfadada: nada hay en su vida que nos haya amenazado de una tan expresa crueldad y tiranía. No hay que contrapesar la sospecha con la evidencia, de suerte que yo no participo de esa creencia. Que las narraciones de Tácito sean ingenuas y rectas podrá quizás ponerse en tela de juicio, pues no se aplican siempre con exactitud a las conclusiones de los suyos, los cuales sigue conforme a la pendiente que tomara, a veces más allá de la materia que nos muestra, la cual no presenta bajo un solo aspecto. No tiene necesidad de excusa por haber aprobado la religión de su época, según las leyes que le mandaban, e ignorado la verdadera: esto es su desdicha, mas no su defecto.

He considerado principalmente su juicio, y en todo él no estoy muy al cabo; como tampoco comprendo estas palabras de la carta que Tiberio, viejo y enfermo, enviaba a los senadores: «¿Qué os escribiré yo, señores, o cómo os escribiré, o qué no os escribiré en este tiempo? Los dioses y las diosas me pierden peor que si yo me sintiera todos los días

perecer, sin embargo yo no lo sé»; no advierto por qué las aplica con certeza tanta a un pujante remordimiento que atormentaba la conciencia del emperador, al menos cuando tenía su libro en la mano no lo eché de ver.

También me pareció algo cobarde que necesitando decir que había ejercido cierto honroso cargo en Roma, vaya excusándose de que no es por varia ostentación como lo dice; este rasgo se me figura de baja estofa para un alma de su temple, pues el no atreverse a hablar en redondo de sí mismo acusa alguna falta de ánimo: un juicio rígido y altivo, que discierne sana y seguramente, usa a manos llenas de sus propios ejemplos personales como de los extraños, y testimonia francamente de sí mismo cual de un tercero. Preciso es pasar por cima de estos preceptos vulgares de la civilidad en beneficio de la libertad y la verdad. Yo me atrevo no solamente a hablar de mí mismo, sino a hablar de mí mismo solamente: me extravió cuando hablo de otra cosa, apartándome de mi asunto. No me estimo por manera tan indiscreta, ni estoy tan atado y mezclado a mí mismo que no pueda distinguirme y considerarme a un [312] lado como a un vecino o como a un árbol: lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde vale, que haciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos a Dios que a nosotros mismos y lo conocemos menos, a pesar de lo cual hablamos de él a nuestro sabor.

Si los escritos de Tácito nos muestran algún tanto su condición, debemos creer que era un grave personaje, animoso y lleno de rectitud; no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y generosa. Podrá encontrárselo arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que llevan de un soldado un haz de leña, sus manos se pusieron rígidas de frío y quedaron pegadas y muertas, separándose de sus brazos. Acostumbro en tales asertos a inclinarme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Lo que cuenta de que Vespasiano por merced del Dios Serapis curó en Alejandría a una mujer ciega untándola los ojos con su saliva, y no recuerdo que otro milagro, hácelo por ejemplo y deber de todos los buenos historiadores, quienes registran los acontecimientos de importancia: entre los sucedidos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no el enderezarlas: esta parte toca a los teólogos y a los filósofos, directores de las conciencias. Por eso prudentísimamente éste su compañero, grande como él, dijo: Equidem plura transcribo, quam credo; nam nec affirmare sustineo, de quibus dubito, nec subducere, quae accepi, y este otro: Haec neque affirmare, neque refellere operae pretium est... famae rerum standum est. Escribiendo en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba a declinar, dice, sin embargo, que no quiere dejar de insertarla en sus anales, ni menospreciar una cosa recibida por tantas gentes de bien y con reverencia tan grande vista de la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia, más según la reciben que como la consideran. Yo que soy soberano de la materia que trato y que a nadie debo dar cuentas, no me creo por ello en todos los respectos: arriesgo a veces caprichos de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas finezas verbales que me hacen sacudir las orejas; pero las dejo correr al acaso. Yo veo que algunos se dignifican con tales cosas: no me incumbe sólo el juzgarlos. Preséntome en pie tendido; de frente y de espaldas, a derecha o izquierda, y en todas mis actitudes naturales. Los espíritus, hasta aquellos mismos que son iguales en consistencia, no lo son siempre en aplicación y gusto. [313]

Esto es cuanto la memoria me sugiere en conjunto y de un modo bastante incierto; todos los juicios generales son descosidos e imperfectos.

Capítulo IX De la vanidad

Acaso no haya ninguna más expresa que la de escribir tan sin fundamento. Aquello que Dios tan maravillosamente nos expresó debería ser cuidadosa y continuamente meditado por las gentes de ente indiferente. ¿Quién no ve que yo tomé un camino por el cual sin interrupción ni fatiga marchará mientras lava tinta y papel en el mundo? Como puedo trazar el registro de mi vida por mis acciones, colócolas sobrado bajas la fortuna, enderézolo de mis fantasías. Un gentilhombre vi, sin embargo, que no comunicaba de su vida sino las operaciones de su vientre: veíase en su casa, por su orden, toda una batería de bacines, de siete u ocho días, que formaban el asunto de su estudio y sus discursos; todo otro tema le hedía. Aquí se muestran algo más civilmente los excrementos de un viejo espíritu, a veces duro, suelto otras y siempre indigesto. ¿Y cuándo me veré yo al cabo en el representar una tan continua agitación y mutación de mis pensamientos, en cualquier punto que se fijen, puesto que Diomedes llenó seis mil libros con el solo asunto de la gramática? ¿Qué no debe producir la charla, puesto que el tartamudeo y desatamiento de la lengua ahogaron al mundo con una tan horrenda carga de volúmenes? ¡Tantas palabras por las palabras solamente! ¡Oh Pitágoras, que no conjurases tú esa tormenta! Acusábase a un Galba del tiempo pasado porque vivía ociosamente, y respondió que cada cual debía dar explicaciones de sus actos, no en su reposo. Equivocábase, pues la justicia debe tener conocimiento y animadversión también, de los que huelgan.

Mas debiera haber en las leyes algún poder coercitivo contra los escritores inútiles e ineptos, como lo hay contra los vagabundos y los holgazanes. Arrancarías así de las manos de nuestro pueblo a mí y a cien otros. Y es bien serio lo que digo; la manía de escribir parece ser como sintonía de un siglo desbordado: ¿cuándo escribimos tanto como desde que yacemos en perpetuo trastorno? Ni los romanos que en la época de su ruina. Aparte de que, el refinamiento de los espíritus no constituye la prudencia de los mismos en una república; esa ocupación ociosa emana de que cada cual se dedica flojamente a los deberes de su cargo, y se desborda. La corrupción del siglo se evidencia [314] con la contribución particular de cada uno de nosotros: unos procuran la traición, otros la injusticia, la irreligión, la tiranía, la avaricia, la crueldad, conforme son más poderosos: los más débiles contribuyen con la torpeza, la vanidad y la ociosidad; entre, éstos me cuento yo. Parece la época en que vivimos propia para las cosas vanas, cuando que las perjudiciales nos acosan; en un tiempo en que el mal obrar es tan común, no proceder sino inútilmente en casi digno de alabanza. Yo me consuelo pensando que seré de los últimos de quienes habrá que echar mano: mientras se atiende a los más urgentes, lugar tendré de enmendarme, pues entiendo que sería ir contra la razón el perseguir los inconvenientes menudos cuando los grandes infestan. El médico Filotimo dijo a un enfermo que le presentaba un dedo para que se lo curase (y en cuya respiración y semblante reconocía una úlcera en los pulmones): «Amigo mío, no estás ahora en el caso de cuidarte de las uñas.»

Vi, sin embargo, hace algunos años un personaje, cuya memoria es para mí de recomendación singular, que en medio de nuestros tremendos males, cuando no había ni ley, ni justicia, ni magistrado que su cometido cumplieran, como tampoco los hay ahora, iba predicando no sé qué raquíticas reformas sobre la cocina, el traje y el pleiteo. Estos son juguetes con que se apacienta a un pueblo mal gobernado para simular que no del todo se le abandonó. Lo propio hacen los que se detienen a defender en todo momento las orillas del hablar, las danzas y los juegos, en un país abandonado a toda suerte de vicios execrables. No es razón el lavarse y desengrasarse cuando se es víctima de una terrible fiebre: sólo a los espartanos era lícito el peinarse y acicalarse en el momento de ejecutar alguna acción arriesgada de su vida.

Cuanto a mí, practico esta otra costumbre, de peores consecuencias todavía: si tengo un escarpín mal ajustado, mal colocadas quedan también mi capa y mi camisa: yo menosprecio el enmendarme a medias. Cuando me encuentro en mal estado me encarnizo con el mal; por desesperación me abandono, dejándome llevar hacia la caída, y lanzando, como ordinariamente se dice, el mango después del hacha. Obstínome en el empeoramiento y no me juzgo más digno de cuidarme: una de dos, me digo, o a maravilla o desastrosamente. Es para mí cosa favorable el que la desolación de este estado coincida con la de mi edad: de mejor grado sufro que mis malos se vean recargados que si mis bienes se hubieran visto enturbiados. Las palabras que yo profiero en la desdicha son palabras de despecho: mi vigor se erizará en vez de aplanarse; y al revés de todo el mundo que siento más devoto en la buena que en la mala fortuna, según el precepto de Jenofonte, si no según su razón, y miro con dulzura al cielo para gratificarle [315] mejor que para pedirle. Cuido yo más bien de aumentar la salud cuando me sonrío, que de reponerla cuando la perdí: las prosperidades me sirven de disciplina e instrucción, como a los demás inmortales las adversidades y los latigazos. Cual si la buena fortuna fuera incompatible con la recta conciencia, los hombres no se truecan en honrados si no es en la adversidad. La dicha es para mí un singular aguijón, lo que me lanza a la moderación y a la modestia: la oración me gana, la amenaza me repugna, el favor me pliega y el temor me ensoberbece.

Entre las diversas condiciones humanas es bastante común el complacernos más con las cosas extrañas que con las propias, y gustar del movimiento y del cambio;

*Ipsa dies ideo nos grato perluit haustu,
quod permutatis Hora recurrit equis:*

yo también tengo mi parte correspondiente en tales achaques. Los que siguen el opuesto extremo de complacerse con ellos mismos; de estimar lo que poseen por cima de todo lo demás, y de no reconocer ninguna cosa más bella que la que tienen a la mano, si no son más aviados que nosotros, son en verdad más dichosos: yo no envidio su prudencia, mas sí su fortuna próspera.

Este ávido capricho de cosas nuevas y desconocidas, ayuda diestramente a alimentar en mí el deseo de viajar, pero bastantes otras circunstancias a él contribuyen, pues de buen grado me aparto del gobierno de mi casa. Hay algún placer en el mandar, aun cuando no sea más que en una granja y en el ser obedecido de los suyos, pero es una dicha demasiado

lánguida y uniforme, yendo además por necesidad mezclada con muchos ingratos, unas veces la indigencia y la opresión de nuestros vecinos, otras la usurpación de que sois víctima os afligen:

Aut verberate grandine vineae,
fundusque mendax, arbore nunc aquas
culpante, nunc torrentia agros
sidera, nunc hiemes iniquas:

en seis meses apenas enviara Dios un tiempo con el cual vuestro arrendador se satisfaga cabalmente; y si fue bueno para las vides, no lo será para los prados

Aut nimiis torret fervoribus aetherius sol,
aut subiti perimunt imbres, gelidaeque pruinae,
fiabraque ventorum violento turbine vexant: [316]

añádase a lo dicho el zapato nuevo y bien conformado de aquel hombre de los pasados siglos, que os atormenta el pie, y que un extraño no sabe lo que os cuesta, y los sacrificios, que a diario realizáis para mantener el buen orden que se ve en vuestra casa, que quizá compráis demasiado caros.

Yo me consagré tarde a las cosas del hogar. Los que naturaleza hizo nacer antes que yo, descargáronme de ellas durante largo tiempo, y había tornado ya otros hábitos más en armonía con mi compleción. Sin embargo, a lo que he podido ver, es un quehacer más molesto que difícil: quienquiera que sea capaz de otras tareas lo será también de éstas. Si mi propósito en la vida fuera el de enriquecerme, consideraría este camino como largo en demasía: hubiérame puesto al servicio de los reyes, que es un tráfico más fértil que todos los otros. Puesto que no pretendo alcanzar sino la reputación de no haber adquirido nada, ni tampoco nada disipado, de acuerdo con el carácter de mi vida, impropio lo mismo al bien que al mal obrar, y puesto que mi designio consiste sólo en ir tirando, puede ejecutarse, a Dios gracias, sin ningún quebradero de cabeza. Poniéndoos en lo peor, corred siempre hacia las economías para huir la pobreza: es lo que yo estoy, atento y a corregirme, antes de que tal calamidad me fuerce. Yo establezco por lo demás en mi alma sobradas gradaciones para poder vivir con menos de lo que tengo, y pasándolo con contentamiento: non aestimatione census, verum victu atque cultu, terminatur pecuniae modus. Mis necesidades verdaderas no han menester exactamente de todo mi haber; todavía aun en último término podría presentar alguna resistencia a las desdichas. Mi presencia, ignorante y distraída como es, sirve a sustentar resistentemente mis negocios domésticos; en ellos que empleo, bien que con repugnancia, a más de que en mi vivienda ocurre que por encender aparte la candela por un cabo, el otro no deja de consumirse bonitamente.

Los viajes no me afectan más que por los gastos que suponen, los cuales son grandes y por cima de mis fuerzas como que ellos me acostumbrara a llevar no sólo lo necesario sino también algo más, para mí tienen que ser por necesidad cortos y poco frecuentes, en la proporción misma de su carestía. En ellos no empleo sino el sobrante de mi reserva, contemporizando y demorando según puedo disponer de ella. No quiero yo que el gasto del pasear corrompa el placer del reposo; muy al contrario, entiendo que se alimentan y

favorecen el uno al otro. Prestome su concurso la fortuna en este respecto; puesto que mi principal [317] ocupación en esta vida consiste en pasarla blandamente, y más bien desocupada que atareada, ninguna necesidad tuve de multiplicar mis riquezas para proveer a la multitud de mis herederos. Uno que Dios me dio, si no tiene bastante con lo que a mí me sobró para vivir a mis anchas, peor para él: su imprudencia no merecerá que yo le desee mayores ventajas. Y cada cual, según el ejemplo de Foción, provee suficientemente a las necesidades de sus hijos procurándoles su semejanza. En ningún caso sería yo del parecer de Crates, quien depositó su numerario en manos de un banquero con esta condición: «Si sus hijos eran torpes había de dárselo, y si hábiles distribuirlo a los más negados de entre todo el pueblo»: ¡cómo si los tontos por ser menos capaces de carecer de recursos fueran más aptos para usar de las riquezas!

El despilfarro a que mi ausencia da lugar, no me parece cosa digna de merecer que yo me prive de mis distracciones cuando la ocasión se presenta, mientras que encuentre en situación de soportarlo, alejándome de la penosa existencia doméstica.

En los hogares siempre hay algo que va como Dios quiere. Ya son los negocios de una casa, a los de otra lo que os saca de quicio. Contempláis todas las cosas muy de cerca; vuestra perspicacia os perjudica aquí como en otros respectos. Yo me aparto de las cosas que pueden procurarme malos ratos, y me desvío del conocimiento de lo que no marcha a derechas; y a pesar de todo tropiezo a cada instante con alguna cosa que me desplace. Las bribonadas que se me ocultan más, son las que mejor conozco: ocurre a veces que por evitar mayores males, precisa la ayuda de uno mismo para ocultarlos. Picaduras son éstas a veces sin trascendencia, pero picaduras al fin. De la propia suerte que los más menudos y tenues impedimentos son los más penetrantes, y así como la letra minuta es la que cansa más la vista, por el mismo tenor nos molestan los negocios nimios. La turba de males menudos ofende más que la violencia de uno solo, por descomunal que sea. A medida que estas punzadas domésticas son más espesas y finas, van mordiéndonos con agudeza mayor, aunque sin amenazarnos, pues nos sorprenden imprevistos fácilmente. Yo no soy filósofo: los males me oprimen según su magnitud, y ésta va de acuerdo con la forma y la materia y a veces más allá: mi perspicacia aventaja a la del vulgo, y así mi paciencia es también mayor; si los males no me hieren, me pesan por lo menos. La vida es cosa delicada y fácil de trastornar. Desde que mi semblante se volvió del lado de los pesares, nemo enim resistit sibi, quum caeperit impelli, por estulta que sea la causa que a [318] ellos me haya inclinado, se irrita mi honor hasta lo sumo; hay quien se alimenta y exaspera con sus propios quebrantos atrayéndolos y amontonándolos los unos sobre los otros como sustento de que nutrirse:

Stillicidi casus lapidem cavat:

estas goteras ordinarias me ulceran y me devoran. Los inconvenientes comunes no son ligeros en ningún caso, sino continuos e irreparables, principalmente cuando emanan de los miembros de la familia, perennes e inseparables. Cuando considero mis negocios de lejos y a bulto, reconozco, acaso por no disfrutar de una puntual memoria, que hasta hoy fueron prosperando más allá de mis cálculos y previsiones: a mi ver, abulto las cosas y en ellas pongo lo que no hay; la bondad de las mismas me traiciona. Mas cuando me encuentro sumergido en la tarea, y veo caminar todas esas parcelas,

Tum vero in curas animum diducimus omnes:

mil cosas para mí dejan que desear y me pongo a temer otras. Abandonarlas por completo sería facilísimo, enderezarlas sin apenarme muy difícil. Es lastimoso encontrarse en lugar donde todo cuanto veis os atarea y concierne; me parece gozar más alegremente los placeres que una casa extraña me procura, y llevar a ellos el gusto más libre y puro. Diógenes contestó por este tenor a quien le preguntaba la clase de vino que prefería, diciendo: «El de los demás.»

Gustaba mi padre de edificar Montaigne, donde había nacido. En todo este manejo de negocios domésticos gusto yo servirme de su ejemplo e instrucciones, y en ellos inculcaré a mis sucesores cuanto me sea dable. Si algo mejor pudiera hacer por su memoria, cumpliríalo al punto, y me glorifico de que su voluntad se ejerza todavía y obre en mí. ¡No consienta Dios que deje yo debilitarse entre mis manos ninguna viva imagen que pueda elevar a un tan buen padre! Cuando dispongo el remate de algún viejo muro o el arreglo de alguna parte de edificio mal construida, considero más su intención que mi contento, acuso mi dejadez por no haber llegado a poner en los hermosos comienzos que dejó en su casa, con tanta mayor razón cuanto que estoy abocado a ser el último miembro de mi familia que la posea, y a darla la última mano. Por lo que toca a la aplicación particular mía, ni este placer de edificar, que dicen está tan lleno de atractivos, ni la caya, ni los jardines, ni otros placeres de la vida [319] retirada, pueden procurarme grandes distracciones. Y esto es cosa de que me lamento cual de todas las demás opiniones que me acarrear molestias. No me curo tanto de profesar las distracciones vigorosas y doctas como me intereso en practicarlas fáciles y cómodas para la práctica de la vida: son verídicas y sanas cuando útiles y gratas. Los que al oírme confesar mi insuficiencia en las cosas domésticas me dicen luego al oído que mis palabras tienen mucho de menosprecio, y que desconozco los utensilios de labranza, las estaciones, su orden, cómo se elaboran mis vinos, cómo se injerta, cuál es el nombre y forma de los árboles y de los frutos y el aliño de las carnes de que me sustento; el nombre y el precio de las telas de que me visto, por profesar hondamente alguna ciencia más elevada y altisonante, me horripilan: eso se llamaría torpeza, y más bien estupidez que gloria. Mejor quisiera ser buen jinete que lógico irrefragable:

Quin tu aliquid saltem potius, quorum indiget usus,
viminibus mollique paras detexere junco?

Imposibilitarnos nuestros pensamientos con lo general y el universal gobierno de las cosas, las cuales a maravilla se las arreglan sin nuestro concurso: arrinconamos lo que nos incumbe, y a Miguel, nos toca todavía más de cerca que el hombre. En conclusión, yo siento mis reales en mi vivienda, pero quisiera encontrar en ella mayores atractivos que en otra parte:

Sit meae utiam senectae,
sit modus lasso maris, et viarum,
militiaeque!

No sé si podre conseguirlo. Quisiera que en lugar de cualesquiera otras cosas de las que mi padre me dejó me hubiera resignado ese apasionado amor que en sus viejos años a su vivienda profesaba. Considerábase dichosísimo en armonizar sus deseos con su fortuna, y conformándose con lo que tenía. La filosofía política acusará inútilmente la bajeza y esterilidad de mi ocupación si acierto a alcanzar una vez este gusto como él. Entiendo que entre todos el más noble oficio y el más justo consiste en servir al prójimo y en acertar a ser útil a muchos; *fructus enim ingenii et virtutis, omnisque praestantiae, tum maximus capitur, quum in proximum quemque confertur*: por lo que a mí toca [320] de ello me desvíó en parte por conciencia (pues por donde veo el peso de tal designio considero también los escasos medios con que cuento para afrontarlo; y Platón, maestro en toda suerte de gobierno político, no dejó tampoco de abstenerse), en parte por poltronería. Yo me contento con gozar del mundo sin apresurarme; con vivir una vida solamente excusable, y que ni para mí ni para los demás sea gravosa.

Jamás hubo nadie que se dejara llevar más plenamente que yo, ni con abandono mayor al cuidado y dirección de mi tercero, si tuviera a quien encomendarme. Uno de mis apetitos en los momentos actuales sería el dar con un yerno que supiera sustentar mis viejos años y adormecerlos; en cuyas manos depositara con poder soberano la dirección y el destino de mis bienes, y que ganara sobre mí lo que yo gano, siempre y cuando que mostrara el corazón reconocido y amigo. Mas ¡ay! de sobra sé que vivimos en un mundo donde hasta la lealtad de los propios hijos se desconoce.

Quien custodia mi bolsa cuando viajo, guárdala pura y sin inspección; lo mismo me engañaría con sumas y restas: y si no es un diablo quien la guarda, le obligo a bien obrar merced a tan omnimoda confianza. *Multi fallere docuerun, dum timent falli; et allis jus peccandi, suspicando, fecerunt*. La seguridad más común que mis gentes me inspiran alcánzola de mi desconocimiento: no creo en los vicios sino después de verlos, y confío de mejor grado en los jóvenes, a quienes considero menos adulterados por el mal ejemplo. Oigo decir de mejor grado al cabo de dos meses que se malbarataron cuatrocientos escudos que no el que mis oídos se aturdan todas las noches con la desaparición de tres, cinco o siete, y sin embargo he sido víctima de estos latrocinios en proporción tan escasa como otro cualquiera. Verdad es que yo doy la mano a la ignorancia y mantengo adrede algo turbio y dudoso el conocimiento de mi dinero, y hasta cierto punto me congratula el que así sea. Precisa dejar algún resquicio a la deslealtad o imprudencia de nuestro servidor: si nos queda en conjunto con qué satisfacer nuestro designio, este exceso de liberalidad de la fortuna dejémosle correr a su antojo, y su parte al que anda en pos de rebuscos. Después de todo, yo no encarezco tanto la buena fe de mis gentes como menosprecio los perjuicios que me infieren. Torpe y fea ocupación es el estudiar el dinero que se posee, complacerse en manejarlo, pesarlo y recontarlo. Por ahí comienza la avaricia a avecinarse.

Al cabo de diez y ocho años que gobierno mis bienes no he sabido tener fuerza de voluntad bastante para ver mis [321] escrituras ni mis negocios principales, los cuales necesariamente han de pasar por mis manos y permanecer bajo mi cuidado. No es esto un menosprecio filosófico de las cosas transitorias y mundanales, pues mi gusto no está tan depurado, y las considero por lo menos en lo que valen, sino pereza y negligencia inexcusables o infantiles. ¿Qué no haría yo de mejor gana que leer un contrato, y qué no preferiría yo mejor que ir sacudiendo esos papelotes polvorientos, cual esclavo de mis

negocios, o peor aún, de los ajenos, como tantas gentes hacen, por dinero contante y sonante? Nada para mí es tan caro como los cuidados y quebraderos de cabeza; lo que busco con ahínco es la dejadez y la flojedad. Yo creo que sería más propio para vivir de la fortuna ajena, si esto fuera posible sin obligación ni servidumbre; y sin embargo, examinando las cosas de cerca, ignoro (dadas mi situación, mi manera de ser y la carga de los negocios, servidores y domésticos) si no hay más abyección, importunidad y amargura en vivir como vivo, de las que habría de soportar en compañía de un hombre nacido en más elevada posición que la mía y que me consintiera marchar un tanto a mi guisa. Servitus obedientia est fracti animi et abjecti, arbitrio carentis suo. Crates fue más radical en su proceder, pues se lanzó de lleno en la pobreza para libertarse de las indignidades y cuidados caseros. Esto o no lo haría, porque detesto la indigencia tanto como el dolor, mas si cambiar la suerte de mi vida por otra menos elevada y atareada.

Cuando estoy ausente de mi hogar despójome por completo de tales pensamientos, y lamentaría menos el derrumbamiento de una torre que, presente, la caída de una teja. Mi alma se tranquiliza fácilmente ausente, pero en los lugares de los sucesos sufre como la de un viñador: una rienda mal colocada a mi caballo, o una correa del estribo mal ajustada me tendrán todo un día malhumorado. Fortifico mi ánimo contra los inconvenientes, pero la vista soy incapaz de domarla:

Sensus!, o superi, sensus!

En mi casa respondo de todo cuando va torcido. Pocos amos (hablo de los de mediana condición como la mía, y si los hay son más afortunados) pueden encomendarse a un segundo sin que todavía les quede buena parte de la carga. Esto desvía algún tanto mis buenas maneras en punto a los visitantes; y acaso a veces me fue más dable detener a alguien mejor por mi cocina que por la acogida que le dispensé, como sucede a los huraños, y disminuye mucho [322] el placer que yo debiera disfrutar en mi casa con la visita y congregación de mis amigos. El continente más torpe de un gentilhombre en sus dominios es el verle atareado dando órdenes, andando de aquí para allá, hablando al oído a un criado o dirigiendo a otro una mirada furibunda; debe el porte del amo caminar insensiblemente y representar siempre el ordinario: yo encuentro desastroso que se hable a los huéspedes del tratamiento que reciben ni para excusarlo ni para ensalzarlo. Complácenme el buen orden y la precisión,

Et cantharus et lanx
ostendunt mihi me,

más que la abundancia, y miro en mi hogar puntualmente lo necesario, poco a la ostentación. Si un criado riñe en casa ajena, si un plato se vierte, vosotros reís solamente o dormitáis mientras el señor arregla las cosas con un maestresala en honor de vuestro recibimiento del día siguiente. Hablo de estos pormenores según mi entender, no dejando por ello de considerar, en general, cuán grato es a ciertas naturalezas una vivienda sosegada y próspera, dirigida con orden esmerado; y no quiero achacar a ello mis propios errores y rarezas, ni contradecir a Platón, quien juzga la más dichosa labor de cada cual el manejo de sus propios negocios sin menoscabo ajeno.

Cuando viajo, no tengo que pensar sino en mí y en el empleo de mi dinero; esto se compone de un solo precepto: si son menester varios, todo lo ignoro y me quedo en ayunas. En el gastar, algo me conozco, lo mismo que en la manera de hacerlo, que es a decir verdad su destino principal, mas yo me aplico sobrado ambiciosamente, lo cual lo trueca en deforme y desigual, y a más en inmoderado en uno u otro respecto. Cuando luce y sirve me dejo llevar sin ningún discernimiento, me contraigo con igual indiscreción cuando no luce, y la idea de gastar no me sonrío. Quienquiera que ses (naturaleza o arte), lo que imprime en nosotros esta condición de vida que se gobierna por la relación ajena procúranos mayor mal que bien: defraudámonos así a par de nuestras propias ventajas para mostrarlas apariencias según la opinión general. No nos importa tanto cuál sea nuestro ser en nosotros y en realidad como lo que de él aparece al público conocimiento: los bienes mismos del espíritu y de la sabiduría nos parecen estériles cuando sólo por nosotros son conocidos, cuando no se producen ante la vista y aprobación extrañas. Hay individuos cuyo oro corre a gruesos borbotones por lugares subterráneos, imperceptiblemente; otros lo extienden todo en láminas y en hojas, de tal suerte que en los unos los maravedises valen escudos [323] y en los otros los escudos maravedises, puesto que el mundo juzga del empleo y del valor según las apariencias. Todo exceso de celo en torno de las riquezas huele a avaricia, su distribución misma y la liberalidad demasiado ordenada y artificial no son acreedoras a un cuidado y solicitud tan penosos: quien pretende gastar lo equitativo anda siempre con estrechuras y limitaciones. La guarda o el empleo son en sí mismas cosas indiferentes y no toman color en bien o en mal sino conforme a la aplicación de nuestra voluntad.

La otra causa que me convida a estos paseos es mi disentimiento con las costumbres actuales de nuestro Estado. Consolaríame fácilmente de esta corrupción considerando lo que con el interés público se relaciona;

Pejoraque saecula ferri
temporibus, quorum sceleri non invenit ipsa
nomen, et a nullo posuit natura metallo;

pero no por mí individualmente. A mí en particular me incumbe la urgencia, pues en mi vecindad nos veremos muy luego veteranos en una forma de Estado tan desbordada por el largo desenfreno de estas guerras civiles,

Quippe ubi fas versun atque nefas,

que a la verdad, maravilla el que puedan mantenerse.

Armati terram exercent, semperque recentes
convectare juvat praedas, et vivere apto

En fin, yo veo por nuestro propio ejemplo que la sociedad humana se sostiene y cose por cualquiera suerte de medios. Sea cual fuere la manera como se los deje, los hombres apílanse y se acomodan removiéndose y amontonándose, cual los objetos dispersos que se meten en el bolsillo sin orden ni concierto encuentran por sí mismos medio de juntarse y emplazarse los unos entre los otros, a veces mejor que el arte más consumado hubiera acertado a disponerlos. El rey Filipo reunió un montón de los más perversos e incorregibles

hombres que pudo encontrar, acomodándolos a todos en una ciudad que hizo construir ex profeso y que de ellos tomó nombre: yo juzgo que enderezaron con los vicios mismos una contextura política y una sociedad cómoda y justa. Yo veo no ya una acción, tres o ciento, sino costumbres de todos recibidas, tan feroces, sobre todo en inhumanidad y deslealtad (para mí la peor suerte de vicios), que carezco de valor bastante para concebirlas sin horror, [324] y las admiro casi cuanto las detesto: el ejercicio de estas maldades insignes lleva la marca del vigor y la fuerza de alma, e igualmente la del error y el desequilibrio. La necesidad une a los hombres y los congrega: esta soldadura fortuita adquiere luego forma con las leyes, pues las hubo tan salvaje que ninguna mente humana pudiera concebirlas y que sin embargo mantuvieron el cuerpo a que se aplicaron tan rozagante y con vida tan dilatada como las de Platón y Aristóteles pudieran sostenerlo. Y a la verdad, todas esas descripciones de ciudadanía por arte simuladas son ridículas e ineptas cuando se llevan a la práctica.

Esas grandes y luengas alteraciones sobre la sociedad ideal y sobre los preceptos más cómodos para sujetarnos, solamente son propias para el ejercicio de nuestro espíritu, de la propia suerte que en las artes hay varios asuntos cuya esencia consiste en la agitación y en la disputa, y que de ninguna vida disfrutan fuera de ellas. Tal pintura de gobierno sería aplicable en un mundo nuevo, y nosotros disponemos de uno ya hecho y habituado a determinadas costumbres. Nosotros no lo engendramos como Pirra y como Cadmo. Cualquiera que sea el medio de que dispongamos para enderezarlo y arreglarlo de nuevo apenas podemos torcerlo de su pliegue acostumbrado sin que todo lo hagamos añicos. Preguntábase a Solón si había establecido para los atenienses las mejores leyes que le había sido posible: «Sí, respondió, de entre aquellas que podían acoger.» Varrón se excusa de manera semejante cuando dice «que si tuviera de nuevo que escribir sobre la religión diría lo que de ella cree, pero que hallándose ya recibida y formada hablará conforme al uso más bien que con arreglo a la naturaleza».

No por la opinión admitida, sino conforme a la verdad más estricta, el más excelente y mejor gobierno para cada pueblo es aquel bajo el cual se ha mantenido; su forma y comodidad esencial dependen del uso. Con frecuencia nos apenamos de la situación presente, mas yo entiendo, sin embargo, que el ir deseando el mando de pocos en un gobierno popular, o en la monarquía otra especie de régimen, son ideas viciosas y locas:

Aimo l'estat, tel que tu le veois estre:
s'il est royal, aime la royauté;
s'il est de peu, ou bien communauté,
aime l'aussi; car Dieut t'y a faict naistre.

Así hablaba de estas cosas el buen señor de Pibrac, a quien acabamos de perder, gentil espíritu de opiniones sanas y dulces costumbres. Esta muerte y la que al mismo tiempo lloramos del señor de Foix son pérdidas importantes [325] para nuestra corona. Ignoro si queda en Francia una pareja semejante con que sustituir estos dos gascones, igualmente cabal en sinceridad y capacidad para el consejo de nuestros reyes. Eran almas diversamente hermosas y, en verdad, según el siglo en que vivimos, bellas y raras, cada una en su forma peculiar. ¿Quién las había plantado en esta edad, siendo tan inarmónicas y desproporcionadas con nuestra corrupción y nuestras tormentas?

Nada trastorna tanto un Estado como las innovaciones. El cambio da ocasión a la injusticia y a la tiranía. Cuando alguna parte del edificio se conmueve, puede apuntalarse; podemos oponer nuestras fuerzas a fin de que la adulteración y corrupción natural a todas las cosas no nos aparte de nuestros comienzos y principios; mas el intentar refundir una masa tan imponente y el cambiar los fundamentos de un edificio tan enorme, corresponde a aquellos que en vez de limpiar despedazan, a los que quieren enmendar los defectos particulares con la confusión general, y curar las enfermedades matando; non tam commutandarum, quam evertendarum rerum cupidi. El mundo es inhábil para sanar sus males; tan impaciente de lo que le oprime, que no piensa más que en sacudirlo sin considerar a qué coste. Mil ejemplos vemos de que se restablece ordinariamente a sus expensas. No es curación la descarga del mal presente cuando en general no hay enmienda de condición; el fin del cirujano no consiste en hacer morir la carne dañada, sino en el encaminamiento de su cura; sus miras van más lejos, procurando hacer renacer la natural y volver el órgano enfermo a su debido estado. Quien propone solamente arrancar lo que le corroe se queda corto, pues el bien no sucede necesariamente al mal; otro mal distinto puede venir después, y aun peor que el que antes había, como ocurrió a los matadores de César, quienes lanzaron a tal punto las cosas públicas, que luego se arrepintieron de haberse en ellas mezclado. A varios después, hasta nuestros siglos, aconteció lo propio. Los franceses mis contemporáneos están de ello bien informados. Todas las grandes mutaciones conmueven el Estado y lo trastornan.

Quien se encaminara derecho a la curación y reflexionara antes de poner manos a la obra se enfriaría fácilmente en su designio. Pacuvio Calavio corrigió el vicio de este proceder con un ejemplo memorable. Hallábanse sus conciudadanos insubordinados contra los magistrados; él, que era personaje de grande autoridad en la ciudad de Capua, encontró un día medio de encerrar al senado en su palacio, y convocando al pueblo en la plaza pública, dijo que el día era llegado en que con plena libertad podían vengarse [326] de los tiranos que durante tanto tiempo los habían oprimido, a los cuales él tenía a su albedrío, solos y desarmados. Fue de parecer que se sortease a los encerrados uno tras otro y que sobre cada cual se dictaminara particularmente realizando al punto la ejecución de lo que se decretase, siempre y cuando que fuera dable colocar a algún hombre de bien en el lugar del condenado, a fin de que no quedara vacío el puesto. No habían acabado de oír el nombre de un senador cuando se elevó contra él un grito general de descontento: «Bien veo, dijo Pacuvio, que precisa deshacerse de éste; es un malvado, pongamos uno bueno en su lugar.» Un silencio profundo siguió a estas palabras, y nadie sabía de quién echar mano. Ante alguien que se reconoció más resuelto que los otros cien voces se levantaron, encontrándole mil imperfecciones y mil justas causas para rechazarlo. Todos estos pareceres contradictorios habiéndose alborotado, sucedió todavía peor con el segundo senador y con el tercero; hubo, en fin, tanta discordia en la elección como necesidad en la dimisión, hasta que por fin, todo el mundo harto del alboroto, comenzaron todos a desfilar sucesivamente de la asamblea, cada cual albergando en su alma esta resolución: «que el mal más añejo y mejor conocido es siempre más soportable que el reciente e inexperimentado.»

Porque nos veamos lamentabilísimamente revueltos y agitados (y en verdad, ¿qué desórdenes no hemos visto y realizado?)

Eheu!, cicatricum et sceleris pudet,
aelas?, quid intactum nefasti
liquimus?, unde manus juvenus
metu deorum continuit?, quibus
pepereit aris?

no diré con tono resuelto y decisivo:

Ipsa si velit Salus,
servare prorsus non potest hanc familiam,

que acaso nos encontremos en el dintel del último período. La conservación de los Estados verosíblemente excede las luces de nuestra inteligencia son los pueblos, como Platón sienta, fuerzas poderosas y de difícil disolución; persisten a veces minados por enfermedades mortales e intestinas, por la injuria de injustas leyes, por la tiranía, por el desbordamiento y la ignorancia de los magistrados, por la licencia y sedición de las masas. En todas nuestras aventuras comparámonos con los que están por cima de nosotros [327] y miramos hacia los que se ven mejor hallados. Midámonos con los que están por bajo, y nadie habrá, por misérrimo que sea, que no encuentre mil ejemplos de consuelo. Radica nuestro vicio en que vemos con peores ojos lo que nos sobrepuja que lo que dominamos. Por eso decía Solón: «Si se reunieran en montón todos los males, cada cual preferiría quedarse con los que tiene, mejor que participar de la equitativa repartición con los demás hombres, guardando su cuota correspondiente.» Nuestro Estado va mal; más enfermizos los hubo, sin embargo, sin que por ello sucumbieran. Los dioses se divierten jugando con nosotros a la pelota y sacudiéndonos reveses con ambas manos:

Enimvero dii nos homines quasi pilas habent.

Los astros destinaron fatalmente al Estado romano como ejemplo de los vaivenes que un pueblo puede soportar; éste guarda en su seno cuantos accidentes y aventuras pueden trastornar un Estado: orden, desorden, desdicha y dicha. ¿Quién habrá de desesperar de su situación al ver los movimientos y sacudidas con que Roma se vio agitada, siendo capaz de resistirlas? Si la extensión de sus dominios constituye la salud de un Estado (manera de ver que no comparto, y alabo las palabras de Isócrates, el cual instruyó a Nicocles no para que envidiara a los príncipes cuyos dominios son más amplios, sino a los que aciertan a conservar los que la suerte puso en su guarda), éste no se vio jamás tan sano como cuando estuvo más enfermo. La peor de sus situaciones fue para él la más propicia; apenas si se descubre huella de algún gobierno en la época de los primeros reyes; aquella fue la más horrible y tenebrosa confusión que pueda concebirse, y, a pesar de todo, la soportó y persistió, conservando no ya una monarquía encerrada en sus límites, sino tantas naciones diversas lejanas, mal queridas, desordenadamente mandadas, e injustamente conquistadas:

Nec gentibus ullis
commodat in populum, terrae pelagique potentem,
invidiam fortuna suam.

No cae todo lo que se conmueve. La contextura de un tan gran cuerpo se sostiene pero más de una tachuela; la senectud misma, impide su derrumbamiento, como el de los viejos edificios, a los cuales la edad quitó la base, que se ven, sin revoque y sin argamasa, sostenerse y vivir por su propio peso. [328]

Nec jam validis radicibus haerens

pondere tuta suo est.

A mayor abundamiento, no basta reconocer solamente el flanco y el foso para juzgar de la seguridad de una plaza; hay que ver además por dónde a ella puede llegarse, y cuál es el estado en que el sitiador se encuentra: pocos son los navíos que se hundan con su propio peso y sin el concurso de violencia extraña. Volvamos, pues, los ojos aquí y allá, y veremos que todo se hunde en torno nuestro: a todos los grandes Estados, sean cristianos o no lo sean, convertid vuestra mirada, y encontraréis una evidente amenaza de modificación y ruina:

Et sua sunt illis incommoda, parque per omnes

tempestas.

La tarea de los astrólogos es fácil cuando anuncian graves trastornos y mutaciones próximas: sus adivinaciones son presentes y palpables; no precisa encaminarse al cielo para hacerlas. Pero no solamente debemos alcanzar consuelo de los universales descalabros amenazadores, sino también alguna esperanza en pro de la duración de nuestro Estado; tanto más cuanto que naturalmente nada cae allí donde todo se derrumba: la enfermedad universal constituye la salud particular; la uniformidad es cualidad enemiga de la disolución. Por lo que a mí toca, todavía no me desespero, y pareceme ver en torno mío caminos por donde salvarnos:

Deus haec fortasse benigna

reducet in sedem vice.

¿Quién sabe si Dios querrá que acontezca con nuestras revueltas cual con los cuerpos sucede, que se purgan, pasando a un mejor estado después de enfermedades largas y penosas, las cuales les devuelven una salud más cabal y más pura de la que antes disfrutaran? Lo que más me apesadumbra es que, considerando los síntomas de nuestro mal, veo tantos tan naturales y de aquellos que el cielo nos envía propiamente suyos, cuantos nuestros desórdenes y humana imprudencia añaden: diríase que los astros mismos nos declaran que duramos ya bastante y que sobrepujamos los términos ordinarios. Y esto también me causa pesar: el duelo más cercano que nos avecina no consiste en la adulteración de la masa entera y sólida, sino en su disipación y separación. Este es el mayor de nuestros temores. [329]

Aun en estas soñaciones de que aquí hablo temo la infidelidad de mi memoria, que quizás por inadvertencia me haya hecho registrar dos veces una misma cosa. Detesto el reconocer de nuevo mis pareceres, y no retoco jamás, si no es de mala gana, lo que ya antaño consignara. Yo no transcribo aquí ninguna cosa nueva: todas ellas son comunes: habiéndolas acaso cien veces concebido, temo haberlas ya sentado. Las repeticiones son

siempre pesadas, hasta en el mismo Homero, y particularmente ruinosas en aquello cuyo aspecto es superficial y transitorio. Soy enemigo de la inculcación hasta en las cosas más útiles, como hace Séneca y se acostumbra en su escuela, que van repitiendo sobre cada materia del principio al fin las sentencias y presupuestos generales, y alegando siempre de nuevo los argumentos y razones comunes y universales.

Mi memoria va empeorando cruelmente cada día;

Pocula Lethaeos ut si ducentia somnos,
Arente fauce traxerim.

Será preciso en adelante (pues a Dios gracias hasta hoy no me ha faltado) que en vez de hacer lo que los demás, o sea buscar tiempo y ocasión oportunos para pensar lo que van a decir, huya yo de toda suerte de preparación, temiendo sujetarme a alguna obligación de la cual tenga que depender. Verme comprometido y obligado me descarrila, lo mismo que sustentarme en un tan débil instrumento como mi memoria. Jamás leo esta relación sin sentirme al punto dominado por un resentimiento natural. Acusado Lincestes de haber conjurado contra Alejandro el día que según costumbre compareció ante el ejército del soberano para defenderse, guardaba en su cabeza un discurso estudiado, del cual, todo dudoso y tartamudeando, profirió algunas palabras. Como se confundiera cada vez más mientras luchaba con su memoria, y procuraba que ésta le viniera en ayuda, hétemelo atacado y muerto a lanzadas por los soldados que tenía junto a él, convencidos de su crimen. El pasmo y el silencio del reo sirvieron de confesión. Como tuviera en el calabozo todo el tiempo que necesitara para prepararse, no fue la memoria, al entender de sus verdugos, lo que le faltó, sino que creyeron que la conciencia le trabó la lengua y le desposeyó de fuerzas. En verdad dicen bien los que sientan que el lugar impone, el concurso y la expectación, hasta cuando no se anhela sino la ambición del bien hablar. ¿Qué no sucederá cuando se trata de una peroración de la cual la vida depende?

En cuanto a mí, la sola sujeción que me ata a lo que tengo que decir me extravía. Cuando me encomiendo enteramente [330] a mi memoria me apoyo tan fuertemente en ella que sucumbo, atormentándose con la carga. Tanto cuanto en ella confío, me coloco fuera de mí, como un hombre que ignora el continente que debe adoptar; y a veces me sucedió encontrarme casi imposibilitado de ocultar la servidumbre en que me lanzara, pues mi designio es representar, cuando hablo, una flojedad profunda de acento y de semblante, a la vez que movimientos fortuitos e impremeditados, como originados por, las ocasiones actuales; prefiriendo no decir nada que valga la pena, mejor que el mostrar preparación para decir bien; lo cual sienta pésimamente, sobre todo a las personas de mi estado, e impone juntamente obligaciones grandes a quien no es capaz del desempeño de magnas cosas. El apresto hace esperar más de lo que se cumple: torpemente vestimos el colete para no saltar mejor que con hopalandas: nihil est his, qui placere volunt, tam adversarium, quam exspectatio? Refiérese del orador Curio que al ordenar las partes de su discurso, y al clasificar en tres, cuatro o mayor número sus argumentos, acontecíale fácilmente olvidar alguno, o añadir otros con que no había contado. Yo evité siempre caer en este inconveniente como odiara esas trabas y prescripciones, no sólo por natural desconfianza en mi memoria, sino también porque tal procedimiento asemejase al arte en demasía: simpliciora militares decent. Basta con que para en adelante haya determinado el no hablar

en lugares solemnes, pues el hacerlo leyendo el manuscrito, a más de parecerme cosa torpe, es desventajoso grandemente para quienes por naturaleza pueden sacar algún partido de la acción; lanzarme a los caprichos de mi invención, todavía puedo hacerlo menos: la mía es pesada y turbia, incapaz por tanto de proveer a los repentinos menesteres importantes.

Consiente, lector, que corra todavía este ensayo y este tercer alargamiento del resto de las partes de mi pintura. Yo añado siempre, pero no enmiendo nunca; en primer lugar, porque quien hipotecó al mundo su obra, entiendo que ya no tiene derechos sobre ella: diga, si puede, mejor en otra parte, mas no corrompa la labor que vendió. De tales gentes nada habría que comprar sino después de su muerte. Que piensen despacio antes de producirse: ¿quién les mete prisa? Mi libro es siempre uno, salvo que, a medida que se reimprime, a fin de que el comprador no se vaya con las manos completamente vacías, me permito poner en él algunos ornamentos supernumerarios (como cosa que es de tarea mal unida), los cuales en nada condenan la primera forma, sino que comunican algún valor particular a cada una de las siguientes, merced a una diminuta [331] sutilidad ambiciosa. Ocurrirá con esto que acaso la cronología se trastrueque, pues mis historias encuentran lugar según su oportunidad, no siempre conforme a los años en que ocurrieron.

En segundo lugar, como a mi juicio temo perder en el cambio, mi entendimiento no camina siempre adelante, marcha también a reculones. Apenas si desconfío menos de mis fantasías por ser segundas o terceras, que primeras, o presentes que pasadas, pues a veces nos corregimos tan torpemente como enmendamos a los demás. Desde que saqué a luz mis primitivas publicaciones, en el año mil quinientos ochenta, he envejecido de algunos; mas yo dudo que mi prudencia haya aumentado ni siquiera en una pulgada. Yo ahora, y yo antes, somos dos individuos; cuándo mejor, no puedo decirlo. Hermoso sería encaminarse a la vejez si al par nos dirigiéramos hacia la enmienda: mas no hay tal; el nuestro es un movimiento de ebrio, titubeante, vertiginoso e informe, cual el de los cañaverales que el viento agita a su albedrío. Antíoco había escrito vigorosamente en pro de las doctrinas de la Academia, pero al llegar a la vejez adoptó partido distinto: cualquiera de los dos que yo siguiera, ¿no sería siempre seguir las huellas de Antíoco? Después de haber sentido la duda, querer afirmar la certidumbre de las ideas humanas, ¿no era fijar aquélla en vez de la certeza, y prometer, caso de que sus días se hubieran prolongado, que se encontraba sujeto a un cambio nuevo, no tanto mejor cuanto diverso?

El favor del público me comunicó alguna mayor osadía de la que yo esperaba. Pero lo que más terno es hastiar; mejor preferiría hostigar que cansar, a imitación de un hombre eximio de mi tiempo. La alabanza es siempre grata, sean cuales fueren el lugar y la persona por donde vengan, mas sin embargo precisa, para aceptarla a justo título, hallarse informado de la causa que la motivó; hasta las imperfecciones mismas hay medio de alabarlas. De la estima vulgar y común se tiene poca cuenta, y o mucho yo me engaño, o en mis días los escritos más detestables son los que ganaron la ventaja del favor popular. En verdad, yo estoy reconocido a los cumplidos varones que se dignan tomar en buena parte mis débiles esfuerzos: ningún lugar hay en que los defectos del obrero resalten tanto como en un asunto que de suyo carece por completo de recomendación. No me achaques, lector, de entre aquellos los que se deslizan así, por el capricho y la inadvertencia ajenos; cada mano, cada obrero contribuyen con los suyos: yo no me curo de ortografía (ordeno solamente que sigan la antigua), ni de puntuación tampoco: soy poco experto en una y en

otra. Donde trastornan el sentido por completo, poco me apesadumbro, pues del pecado me libertan; mas cuando lo sustituyen con otro falso, como hacen con frecuencia, conduciéndome [332] a sus concepciones, me pierden. De todas suertes, las sentencias que no entran en mi medida un espíritu claro debe rechazarlas y no admitirlas como mías. Quien conozca cuán poca es mi laboriosidad, y quien sepa que nunca me desvío de mi manera de ser, creerá fácilmente que dictaría de nuevo de mejor gana otros tantos Ensayos como llevo escritos, mejor que resignarme a repasar éstos para hacer esa corrección pueril.

Decía, pues, ha poco, que hallándome plantado en las entrañas del criadero de este nuevo metal, no solamente me encuentro privado de familiaridad grande con gentes de costumbres que difieren de las mías, y de opiniones distintas, merced a las cuales ellos se mantienen en apretado nudo, que rige a todos los otros, sino que tampoco me mantengo sin riesgo entre aquellos a quienes todo es igualmente hacedero, con quienes no puede en lo sucesivo empeorar su situación las leyes, de donde nace el extremo grado de licencia actual. Contando todas las circunstancias particulares que me atañen ningún hombre de entre los nuestros veo a quien la defensa de las leyes cueste (sin que con ello salga ganando, sino perdiendo más que a mí; y tales alardean de bravos por su calor y rudeza que hacen mucho menos que yo, todo bien aquilatado. Como vivienda libre en todo tiempo, abierta de par en par y obsequiosa para todos (pues jamás me dejé inducir a hacer de ella un instrumento de guerra, la cual voy a buscar de mejor grado cuando más alejada está de mi vecindad), mi casa mereció bastante afección del pueblo, y sería bien difícil maltratarme por lo que en mi casa ocurre. Considero como caso maravilloso y ejemplar el que todavía permanezca virgen de sangre y saqueo bajo una tan dilatada tempestad, tantos cambios y agitaciones vecinas, pues a decir verdad, era posible a un hombre de mi complexión el escapar a una situación constante y continua, cualquiera que ésta fuese; mas las invasiones e incursiones contrarias y las alternativas vicisitudes de la fortuna en derredor mío exasperaron más hasta ahora que ablandaron la índole de mi país, circundándome de peligros e invencibles dificultades.

Líbrome de estos estragos, pero me disgusta que esto suceda por acaso y hasta por mi prudencia mejor que por justicia; y me contraría encontrarme fuera de la protección de las leyes y bajo otra salvaguardia que la suya. Conforme al estado de las cosas, yo vivo más que a medias con la ayuda del favor ajeno, que es dura obligación. No quiero deber mi seguridad ni a la bondad y benignidad de los [333] grandes, a quienes son gratas mi lealtad y libertad, ni a la sencillez de costumbres de mis predecesores y mías, ¿pues qué ocurriría si yo fuera otro? Si mi porte y la franqueza de mi conversación obligan a mis vecinos o a mis parientes, crueldad es que puedan pagarme dejándome vivir y que puedan decir: «Concedémosle la libre continuación del servicio divino en la capilla de su casa, puesto que todas las iglesias de los alrededores para nosotros están abandonadas; y le concedemos el usufructo de sus bienes y el de su vida, porque guarda a nuestras mujeres, y a nuestros bueyes en caso necesario.» Tiempo ha que a nuestra casa cabe parte de la alabanza de Licurgo el ateniense, quien era general depositario y guardián de la bolsa de sus conciudadanos. Pero yo entiendo que es preciso vivir por autoridad y derecho propios, no por recompensas ni por gracia ¡Cuántos hombres cumplidos prefirieron mejor perder la vida que deberla! Yo huyo de someterme a toda suerte de obligación, y sobre todo a la que me liga por deber de honor. Nada encuentro tan caro como lo que se da por lo cual mi voluntad permanece hipotecada a título de gratitud. Acojo de mejor gana los servicios que se venden: por éstos no doy sino dinero; por los otros me doy yo mismo.

El nudo que me sujeta por la ley de la honradez pareceme mucho más riguroso y opresor que no el de la sujeción civil; más dulcemente se me agarrota por un notario que por mí: ¿no es razonable que mi conciencia se comprometa mucho más en aquello que simplemente la confiaron? En las demás cosas nada debe mi fe, pues nada tampoco la prestaron: que se ayuden con el crédito y seguridad que fuera de mí se buscaron. Mucho mejor querría romper la prisión de una muralla y la de las leyes que mi palabra. Soy fiel cumplidor de mis promesas hasta la superstición; y en todas las cosas las hago voluntarias, inciertas y condicionales. En aquellas que son de poca monta el celo de mi régimen las avalora, el cual me molesta y recarga con su propio interés: hasta en las empresas libres y completamente mías, cuando las declaro, pareceme que me las prescribo, y que ponerlas en conocimiento ajeno es preordenárselas a sí mismo; entiendo prometerlas cuando las confieso, así que lanzo al viento pocos de entre mis propósitos. La condenación que yo de mí mismo ejecuto es más viva y más rígida que la de los jueces, los cuales no me consideran sino conforme a la regla de la obligación común; la obligación que mi conciencia me impone es más estrecha y más severa. Yo sigo flojamente los deberes a que me conducen cuando de buen grado no camino: *hoc ipsum ita justum est, quod recte fit, si est voluntarium*. [334] Si la acción no reviste algún esplendor de libertad carece de mérito y de honor:

Quod me jus cogit, vix voluntate impetrent:

donde la necesidad me arrastra gusto de libertar mi voluntad; *quia quidquid imperio cogitur, exigenti magis quam praestanti acceptum refertur*. Sé de algunos que siguen este proceder hasta la injusticia; otorgan mejor que devuelven, prestan más bien que pagan, hacen más avariciosamente el bien a quienes a ello están obligados. Yo no voy por este camino, pero lo bordeo.

Gusto tanto de descargarme y desobligarme, que a veces conté como provechos las ingratitudes, ofensas e indignidades que a mi conocimiento vinieron de parte de aquellos con quienes la naturaleza o el acaso me ligaron, considerando sus culpas todas como otras tantas cuentas que pagar y como saldo de mi deuda. Aun cuando yo continúe pagándoles los buenos oficios aparentes de la pública razón, encuentro economía grande, sin embargo, en realizar por justicia lo que cumplía por afección, en aliviarme un poco de la atención y solicitud de mi voluntad en el interior; *est prudentis sustinere, ut currum, sic impetum, benevolentiae*, la cual en mí es urgentísima y opresora, allí donde me rindo, al menos para un hombre que quiere verse libre por entero. Semejante conducta me sirve de algún consuelo en lo tocante a las imperfecciones de los que me rodean; disgústome de que valgan menos, pero con ello ahorro alguna cosa de mi aplicación y compromisos para con ellos. Apruebo al que quiere menos a su hijo cuanto más es tiñoso o jorobado; y no solamente cuando es malicioso, sino también cuando es desdichado de espíritu y mal nacido (Dios mismo rebajó esto de su valor y estimación natural), siempre y cuando que se conduzca en este enfriamiento con moderación y justicia exactas: en mí el parentesco no aligera los defectos, más bien los agrava.

Después de todo, supuesta mi capacidad en la ciencia del bien obrar y del reconocimiento, que es sutil y de frecuente uso, a nadie veo más libre y menos adeudado de lo que yo lo estoy en el momento actual. Lo que yo debo, débolo simplemente a las

obligaciones comunes y naturales: nada hay que sea más estrictamente remunerado, por otra parte;

Nec sunt mihi nota potentu

munera. [335]

Los príncipes me otorgan mucho si no me quitan nada; y me hacen bien suficiente cuando no me infieren mal alguno: es todo cuanto yo les pido. ¡Oh, cuán obligado estoy a Dios por haberle placido que yo recibiera inmediatamente de su gracia todo cuanto tengo! ¡Cuánto de que haya retenido particularmente mi deuda entera! ¡Cuán encarecidamente suplico a su santa misericordia que jamás yo deba a nadie un servicio esencial! ¡Franquicia dichosísima que ya tan adentro de la vida me condujo! ¡El Señor quiera que así acabe! Yo procuro no tener de nadie necesidad ineludible; in me omnes spes est mihi, y esto es cosa que todos pueden intentar, pero más fácilmente aquellos a quienes Dios puso al abrigo de las necesidades urgentes y naturales. Lastimosa y propensa a riesgos es la dependencia ajena. Nosotros mismos, que somos la dirección más justa y la más segura, no estamos bastante asegurados. Nada tengo que mejor me pertenezca que yo mismo, y sin embargo, esta posesión es en parte cosa de préstamo y defectuosa. Yo me ejercito lo mismo del lado animoso, que es el más esencial, que del fortuito, a fin de encontrar en ellos con qué satisfacerme cuando todo lo demás me haya abandonado. Eleo Hippias no se proveyó solamente de ciencia para en el regazo de las musas poder gozosamente apartarse de todo otro comercio en caso necesario ni solamente del conocimiento de la filosofía para enseñar a su alma a contentarse consigo misma, prescindiendo varonilmente de las ventajas exteriores cuando el acaso así lo ordenó: igual esmero puso en aprender a guisar su comida, a rasurarse, a prepararse sus vestidos, sus zapatos y sus bragas, para vivir sin auxilio extraño cuanto en su mano estuviera, y sustraerse al socorro ajeno. Se goza mucho más libre y regocijadamente de los bienes prestados cuando no se trata de un bien obligado al cual la necesidad nos empuja; y cuando se cuenta en sí mismo, en su voluntad y en su fortuna, con fuerzas y medios para de ellos prescindir. Yo me conozco bien, pero me es difícil imaginar ninguna liberalidad de nadie para conmigo por nítida que sea, ninguna hospitalidad, que no se me antojen desdichadas, tiránicas, y de censura impregnadas, si la necesidad a ella me hubiera sujetado. Como el dar es cualidad ambiciosa y de prerrogativa, así el aceptar es cualidad de sumisión; testimonio de ello es el injurioso y pendenciero desdén que hizo Bayaceto de los presentes que Tamerlán le enviara; y los que se ofrecieron de parte del emperador Solimán al emperador de Calcuta abocaron a éste a despecho tan grande, que no solamente los rechazó vigorosamente, diciendo que ni él ni sus predecesores acostumbraron nunca [336] a aceptar beneficios, y que su misión era el procurarlos, sino que además hizo zambullir en un foso a los embajadores que le enviaran a este efecto. Cuando Tetis, dice Aristóteles, alaba a Júpiter; cuando los lacedemonios ensalzan a los atenienses, no los refrescan la memoria con los bienes que les hicieran, cosa siempre odiosa, recuérdanles las acciones buenas que de ellos recibieran. Aquellos a quienes veo tan llanamente utilizar a sus semejantes y con ellos adquirir compromisos, no harían tal si como yo saboreasen la dulzura de una libertad purísima, y si tantearan tanto cuanto un varón prudente debe pesar lo que una obligación sujeta: quizás ésta se paga algunas veces, pero jamás se logra que desaparezca. ¡Agarrotamiento cruel para quien ama la franquicia de sus brazos y su libertad en todos sentidos! Mis conocimientos, así los que me exceden como a los que yo supero, saben bien que jamás vieron un hombre que menos solicitara,

pidiera ni suplicara, y que menos estuviera a cargo ajeno. Si en mí se cumplen estas condiciones mejor que en ninguno de nuestro tiempo no es maravilla grande, tanto mis costumbres a ello naturalmente contribuyen un poco de natural altivez, la impaciencia con que soportaría el no ser atendido, la exigüidad de mis deseos y designios, la inhabilidad en toda suerte de negocios y mis cualidades más favoritas, que son la ociosidad y la franqueza. Por todas estas causas tomé odio mortal a depender de ningún otro, sólo en mí mismo quise asirme. Hago cuanto puedo por dispensarme, antes que echar mano del beneficio ajeno, ya sea ligero o consistente y cualesquiera que fueran la ocasión y la necesidad. Mis amigos me importunan extraordinariamente cuando me empujan a solicitar de un tercero, pareciéndome apenas menos costoso desobligar a quien no debe, sirviéndome de él, que comprometerme con quien no me debe nada. Aparte de esta cualidad y de la otra, o sea que no exijan de mí cosa de miramiento y cuidado (pues declaré guerra mortal a ambas cosas), me encuentro facilísimo y presto a socorrer las necesidades de todo el mundo. Huí siempre más el recibir que busqué coyuntura de dar, lo cual es más cómodo, como dice Aristóteles. Mi fortuna me consintió escasamente hacer bien a los demás, y esto poco lo distribuyó desacertadamente. Si aquélla me hubiera puesto en el mundo para ocupar algún señalado rango entre los hombres, habríame mostrado ambicioso por hacerme amar, no por ser temido ni admirado: ¿lo diré más descaradamente? Cuidaría más de ser grato que de alcanzar provecho. Ciro, prudentísimamente, y por boca de un muy excelente capitán y todavía mejor filósofo, considera su bondad y sus buenas obras muy por cima de su valor y belicosas conquistas; y el primer Escipión, por donde quiera que pretende significarse, pesa su benignidad y humanidad mucho [337] más que su arrojo y sus victorias, y tiene siempre en sus labios estas palabras gloriosas: «que dejó a sus enemigos tantos motivos de amor como a sus amigos.» Quiero, pues, decir, que si precisa deber alguna ha ser a más justo título que la de que vengo hablando, a la cual me compromete la ley de esta guerra miserable, y no una deuda tan enorme cual la de mi total conservación, la cual me abruma.

Mil veces me acosté en mi casa pensando que me traicionarían y acogotarían en la noche misma, encareciendo al acaso que fuera sin horror ni languidez, y exclamando después de mi paternóster:

Implus haec tam culta novalia miles habebit!

¿Qué remedio? Es este el lugar de mi nacimiento y el de mayor parte de mis antepasados; aquí pusieron su nombre y sus afecciones. Endurecémonos a todo lo que tomamos en costumbre, y para una tan raquílica condición como es la nuestra, el hábito es un presente favorabilísimo de la naturaleza, que adormece nuestras sensaciones ante el sufrimiento de muchos males. Las guerras civiles tienen de peor que las demás, entre otras cosas, el obligar a cada cual a estar de centinela en su propia morada:

Quam miserum, porta vitann muroque fueri,
vixque suae tutum viribus esse domus!

Es grande apuro el encontrarse ahogado hasta en su hogar y reposo domésticos. El lugar donde yo me mantengo es siempre el primero y el último en las pependencias de nuestros trastornos, y donde la paz nunca se muestra por entero:

Tum quoque, quum pax est, trepidant formidine belli.
Quoties pacem fortuna lacescit,
hac iter est bellis... Melus, fortuna dedisses
orbe sub Eoo sedem, gelidaque sub Areto,
errantesque domos.

A veces alcanzo medio de fortificarme contra estas consideraciones con la indiferencia y la cobardía, las cuales también nos llevan a la resolución en algún modo. Ocurrime en ocasiones imaginar con alguna complacencia los peligros mortales y aguardarlos: me sumerjo en la muerte con el rostro abatido y sin alientos, sin considerarla [338] ni reconocería, cual en una profundidad obscura y muda que me traga en un instante y a la que me arrojaría de un salto, envuelto en un poderoso sueño lleno de insipidez e indolencia. Y en esas muertes cortas y violentas, la consecuencia que yo preveo me procura consolación mayor que el efecto del trastorno. Dicen que así como la vida no es la mejor por ser larga, la muerte es la mejor por no serlo. No me pasma tanto el verme muerto como penetro en confianza con el morir. Yo me envuelvo y me acurruco en esta tormenta que debe cegarme y arrebatar me furiosamente, con descarga pronta e insensible. ¡Si al menos sucediera, como dicen algunos jardineros, que las rosas y las violetas nacieran más odoríferas cerca de los ajos y las cebollas, tanto más cuanto que estas plantas chupan y atraen el mal olor de la tierra; si de la propia suerte esas naturalezas depravadas absorbieran todo el veneno de mi ambiente y de mi clima convirtiéndome en tanto mejor y más puro con su vecindad, de modo que yo no lo perdiera todo!... Lo cual por desdicha no acontece, pero de esto otro alguna parte puede caberme: la bondad es más hermosa y atrae más cuando es rara; la contrariedad y diversidad retienen y encierran en sí el bien obrar y lo inflaman juntamente, por el celo de la oposición y por la gloria. Los ladrones tienen a bien no detestarme particularmente; tampoco yo a ellos, porque me precisaría odiar a mucha gente. Semejantes conciencias viven cobijadas bajo diversos trajes; semejantes crueldades, deslealtades y latrocinios, y lo que todavía es peor, más cobarde, más seguro y más osado, bajo el amparo de las leyes. Menos detesto la injuria desenvuelta que traidora, guerrera que pacífica y jurídica. Nuestra fiebre vino a dar en mi cuerpo que apenas empeoró: el fuego ya este lo guardaba, la llama sola sobrevino: el tumulto es más grande, pero el mal muy poco mayor. Yo contesto ordinariamente a los que me piden razón de mis viajes «que sé muy bien lo que hago, pero no lo que con ellos busco.» Si se me dice que entre los extraños puede también haber salud escasa, y que sus costumbres no valen más que las nuestras, contesto primeramente, que es difícil,

Tam multae scelerum facies.

y luego que siempre sale uno ganando al cambiar el mal estado por el incierto; y que los males ajenos no deben mortificarnos tanto como los nuestros.

No quiero echar esto en olvido: nunca me sublevo tanto contra Francia que no mire a París con buenos ojos. Esta ciudad alberga mi corazón desde mi infancia, y con ella me sucedió lo que ocurre con las cosas excelentes: cuantas [339] más poblaciones nuevas y hermosas después he visto, más la hermosura de aquella puede y gana en mi afición. La quiero por sí misma, y más en su ser natural que recargada de extraña pompa; la quiero tiernamente hasta con sus lunares y sus manchas. Yo no soy francés sino por esta gran

ciudad, grande en multiplicidad y variedad de gentes; notable por el lugar donde se asienta, pero sobre todo grande e incomparable en variedad y diversidad de comodidades, gloria de Francia y uno de los más nobles ornamentos del mundo. ¡Qué Dios expulse de ella nuestras intestinas divisiones! Unida y cabal, la creo defendida contra toda violencia extraña; entiendo que entre todos los partidos el peor será aquel que en ella siembre la discordia; nada temo por ella si no es ella misma: y en verdad me inspira tantos temores como cualquiera otra parte de este Estado. Mientras dure París, no me faltará un rincón donde dar rienda suelta a mis suspiros, suficientemente capaz a que yo no lamente todo otro lugar de recogimiento.

No porque Sócrates lo dijera, sino porque a la verdad es así mi manera de ser, y acaso no sin algún exceso, yo considero a los hombres todos como mis compatriotas; y abrazo lo mismo a un polaco que a un francés, subordinando esa unión nacional a la común y universal. Apenas me siento absorbido por las dulzuras de haber venido al mundo en el mismo suelo: las relaciones novísimas y cabalmente mías pareceme que valen cual las otras ordinarias y fortuitas del vecindario; las amistades puras que supimos ganar valen más ordinariamente que aquellas otras que la comunicación del terruño o de la sangre nos procuraron. Naturaleza nos echó a este suelo libres y desatados; nosotros nos aprisionamos en determinados recintos como los reyes de Persia, que se imponían la obligación de no beber otra agua que la del río Choaspes, renunciando por torpeza a su derecho de servirse de todas las demás aguas, y secando para sus ojos todo el resto del universo. Es lo que Sócrates hizo cuando llegó su fin, o sea considerar la orden de su destierro peor que una sentencia de muerte contra su persona; jamás podría yo imitarle; a lo que se me alcanza, nunca me encontraré tan unido ni tan estrechamente habituado a mi país: esas vidas celestiales muestran bastantes aspectos que yo penetro por reflexión, más que a ellos me inclino por afición; y cuentan también otros tan elevados y extraordinarios, que ni por mientes puedo alcanzar, puesto que tampoco soy capaz de concebirlos. Ese rasgo fue bien flaco en un hombre que consideraba el mundo como su ciudad natal; verdad es que menospreciaba las peregrinaciones, y que apenas si había puesto nunca los pies fuera del territorio del Ática. ¿Qué diré del acto que le impulsó a rechazar el dinero de sus [340] amigos para libentar su vida, y de oponerse a salir de la prisión por intermedio ajeno para no desobedecer a las leyes en un tiempo en que éstas estaban ya tan intensamente corrompidas? Estos ejemplos figuran para mí en aquella primera categoría; a la segunda corresponden otros que podría encontrar en el mismo personaje; muchos de ellos son raros procederes que sobrepujan los límites de mis acciones, y algunos superan además el alcance de mi juicio.

Aparte de las razones dichas, me parece el viajar un ejercicio provechoso: el alma adquiere en él una ejercitación continuada, haciéndose cargo de las cosas desconocidas y nuevas; y yo no conozco mejor escuela, como muchas veces he dicho, para amaestrar la vida que el proponerla incesantemente la diversidad de tantas otras vidas, espectáculos y costumbres, haciéndola gustar una variedad tan perpetua de la contextura de nuestra naturaleza. El cuerpo, en los viajes, no permanece ocioso, sin que tampoco trabaje, y esta agitación moderada le comunica alientos. Yo me mantengo a caballo sin desmontar (achacoso y todo como me veo), y sin molestias, durante ocho o diez horas,

Vires ultra sortemque senectae:

ninguna estación para los viajes me es enemiga, si no es el calor rudo de un sol abrasador, pues las sombrillas que en Italia se usan desde la época de los antiguos romanos, cargan más el brazo que no descargan la cabeza. Quisiera saber la industria de que los persas se servían, al experimentar las acometidas primeras del hijo, propinándose el aire fresco de las umbrías, cuanto lo deseaban, como escribe Jenofonte. Gusto de las lluvias y lodazales como los patos. La mutación de aire y de clima no ejerce sobre mí ninguna influencia; todos los horizontes que son iguales, como formado que estoy de alteraciones internas que yo produzco, las cuales se muestran menos al viajar. Soy tardo para ponerme en movimiento, mas una vez encaminado voy adonde me llevan. Titubeo tanto en las empresas pequeñas como en las grandes, y el mismo cuidado pongo en equiparme para hacer una jornada y visitar a un vecino que para emprender un largo viaje. Me enseñé a realizar aquéllas a la española, de un tirón, que son caminatas grandes y razonables. Cuando el calor es extremo viajo de noche, desde que el sol se pone hasta que sale. El otro modo de viajar, que consiste en comer en el camino de una manera apresurada y tumultuaria, sobre todo cuando los días son cortos, es incómodo. Mis caballos son más resistentes: nunca me salió falso ninguno que supiera [341] conmigo hacer la jornada primera; hago que beban en cualquier momento, y solamente tengo en cuenta que les quede el necesario camino para digerir el agua. La pereza en levantarme deja tiempo a los de mi séquito para almorzar a su gusto antes de partir. Nunca como demasiado tarde, el apetito me gana empezando, no de otro modo, y jamás me asalta si no es en la mesa.

Algunos se quejan de que me complazca en continuar este ejercicio casado y viejo. Hacen mal, porque es mejor coyuntura abandonar su casa cuando se la puso en vías de continuar sin nuestra ayuda, cuando en ella se implantó un orden que no desdice de su economía pasada. Mayor imprudencia es alejarse dejando en su morada una custodia menos fiel y que menos cuide de proveer a vuestros menesteres.

El más útil y honroso saber y la ocupación más digna de una madre de familia es la ciencia del hogar. Alguna veo avara; esmeradas en las cosas domésticas, muy pocas. Esta debe ser la cualidad primordial y la que ha de apetecerse antes que ninguna otra, como la sola dote que sirve a arruinar o a salvar nuestras casas. Que no se me reponga a este aserto: conforme a lo que me enseñó la experiencia, requiero yo de una mujer casada, por cima de toda otra buena prenda, la virtud económica. Para que la alcance, la dejo yo con mi ausencia todo el manejo entre las manos. Con despecho veo en muchos hogares, entrar al señor, a eso del mediodía, cariacontecido y mustio a causa de la barahúnda de los negocios, cuando la dama está todavía peinándose y acicalándose en su gabinete; bueno es esto para las reinas, y aun no estoy muy seguro. Es ridículo e injusto que la ociosidad de las mujeres se alimente con nuestro sudor y trabajo. Quanto la cosa de mí dependa, a nadie acontecerá arreglar sus bienes más sanamente que a mí, ni tampoco mas sosegada y corrientemente. Si el marido provee la materia, la naturaleza misma quiere que la mujer contribuya con el orden.

En cuanto a los deberes de la amistad marital, los cuales se suponen lacerados merced a esta ausencia, ya no lo creo así; por el contrario, aquélla es una inteligencia que fácilmente se enfría con la asistencia demasiado continuada, y a la cual la asiduidad hiere. Toda mujer extraña se nos antoja honrada, y todos reconocen por experiencia que el verse sin

interrupción no llega a representar el placer que se experimenta desprendiéndose y uniéndose por intervalos. Estas interrupciones me llenan de un amor reciente hacia los míos y me convierten en más dulce el disfrute de mi vivienda: la vicisitud aguza mi apetito hacia un partido y luego hacia otro. Yo sé que la amistad tiene los brazos suficientemente largos para sustentarse y juntarse de un rincón del mundo al otro, y más particularmente [342] ésta, en la cual domina una comunicación continuada de oficios que despiertan en ella la obligación y el recuerdo. Los estoicos dicen bien cuando sientan que hay conexión y relación tan grandes entre los filósofos, que quien almuerza en Francia sustenta a su compañero en Egipto; y que al extender tan sólo un dedo en cualquiera dirección, todos los sabios de la tierra habitable encuentran ayuda. El regocijo y la posesión pertenecen principalmente a la fantasía; ésta abraza con ardor y continuidad mayores lo que busca que lo que toca. Contad vuestros diarios entretenimientos, y reconoceréis encontraros más ausentes de vuestro amigo cuando le tenéis delante: su presencia debilita vuestra atención y procura libertad a vuestro espíritu de ausentarse constantemente y por cualquier causa. Desde Roma y más allá poseo yo y gobierno mi casa y las comodidades que dejé en ella: veo crecer mis murallas, mis árboles y mis rentas, y decrecer también, a dos dedos de proximidad, como cuando allí no encuentro:

Ante oculos errat domus, errat forma locorum.

Si gozamos sólo de lo que tocamos, adiós nuestros escudos cuando los guardan nuestros cofres, y nuestros hijos si están de caza. Queremos tenerlos más a mano. ¿Están lejos, en el jardín? ¿A media jornada? Y a diez leguas, ¿es tan lejos, o cerca? Si cerca, ¿qué pensáis de once, doce o trece? contando paso a paso. En verdad entiendo que la que supiere prescribir a su marido «cuál de entre esos es el que limita las cercanías, y cuál el que la lejanía inaugura», le pararía los pies entre ambos:

Excludat jurgía finis...

Utor permissio; caudaeque pilos ut equinae
paulatim vello, et demo unum, demo etiam unum,
dum cadat clusus ratione ruentis acervi;

y que las mujeres llamen resueltamente la filosofía en su socorro, a la cual alguien podría echar en cara, puesto que no alcanza a ver ni el uno ni el otro extremo de la juntura entre lo mucho y lo poco, lo largo y lo corto, lo pesado y lo ligero, lo cerca y lo lejos, como tampoco reconoce el comienzo ni el fin, que juzga del medio inciertamente: *Rerum natura nullam nobis dedit cognitionem finium*. ¿No son las llamas hasta mujeres y amigas de los muertos, quienes no están al fin de éste, sino del otro mundo? Nosotros [343] abrazamos a los que fueron y a los que todavía no son, no menos que a los ausentes. No pactamos, al casarnos, mantenernos constantemente unidos por la cola el uno al otro, a la manera de no sé qué animalillos que vemos, o cual los hechizados de Keranty, por modo canino: y una mujer no debe tener los glotonamente clavados en la delantera de su marido de tal suerte que no pueda ver la trasera, cuando llegue el caso. Estas palabras de aquel pintor tan excelente de los caprichos femeninos, ¿no vendrían bien en este lugar para representar la causa de mis lamentos?

Uxor, si cesses, aut te amare cogitat,

aut tete amari, aut potare aut animo obsequi;
et tibi bene esse soli, quuum sibi sit male
;

¿o será quizás que la oposición y contradicción las alimenta y las nutre, y que se acomodan a maravilla siempre y cuando que os incomoden?

En la verdadera amistad (de la cual estoy bien penetrado), yo me consagro a mi amigo más que hacia mí le atraigo. No solamente prefiero mejor, hacerlo bien que recibirlo de él, sino que todavía estimo más que él se lo haga a sí propio que no a mí me lo procure: me proporciona la mayor suma de regocijo sólo en el segundo caso; si la ausencia le es grata o necesaria, esta es para mí más dulce que su presencia, aun cuando no debe llamarse ausencia si hay medio de comunicarse. Antaño alcancé comodidad y ventaja de nuestra separación: cumplamos mejor y dilatábamos más la pasión de la vida alejándonos: él vivía, disfrutaba; para mí veía, y yo para él, con plenitud igual que si disfrutaba; para mí veía, y yo para él, con plenitud igual que si en mi presencia hubiera estado. Una parte de nosotros permanecía ociosa cuando nos hallábamos juntos; entonces nos confundíamos: la separación del lugar convertía en más rica la conjunción de nuestras voluntades. Ese otro apetito insaciable de la presencia corporal acusa un tanto la debilidad en las delicias del comercio de las almas.

Por lo que a la vejez respecta, y que con el viajar no se considera en armonía, yo no soy de este parecer muy al contrario; a la juventud incumbe sujetarse a las opiniones comunes y el contraerse en provecho ajeno; puede ésta satisfacer a los dos juntos; a los otros y a sí misma; nosotros, ya ancianos, tenemos labor sobrada con atender a nuestra propia persona. A medida que las comodidades [344] naturales van faltándonos, vamos sosteniéndonos con el concurso de las artificiales. Es injusto excusar a la juventud de seguir sus placeres y prohibir a la vejez el buscarlos. Cuando joven, encubría yo mis pasiones revoltosas con la prudencia; ahora en la vejez alegro las pasiones tristes con el placer. También las leves platónicas prohíben el peregrinar antes de los cuarenta o cincuenta años, con el fin de hacer las andanzas más útiles e instructivas. De mejor grado apruebo yo otro segundo artículo de esas mismas leyes que los imposibilitan pasados los sesenta.

«Pero a tal edad, se me dice, nunca volveréis de una expedición tan larga.» ¿Y a mí qué me importa? No la emprendo para regresar ni para completarla, sino tan sólo a fin de ponerme en movimiento, mientras éste dura, me complazco, y me paseo por pasearme. Los que corren en pos de un beneficio, o de una liebre, hacen lo mismo que si no corrieran; aquellos solamente corren que sólo se proponen ejercitar su carrera. Mi designio es divisible en todos los respectos, y no se fundamenta en esperanzas grandes; cada jornada cumple su misión, y otro tanto acontece con el viaje de mi vida. He visto no obstante gran número de lugares apartados donde habría deseado que me hubieran detenido. ¿Y por qué no, si Crisipo, Cleanto, Diógenes, Zenón, Antipáter tantos otros hombres que fueron el colmo de la cordura, que pertenecieron a la más rígida secta de la filosofía, abandonaron de buen grado su país sin que de él estuvieran disgustados, solamente por el disfrute de otros climas? En verdad diré que la contrariedad mayor de mis peregrinaciones es el que yo me

vea imposibilitado de establecer mis lares en el lugar donde me plazca: y que la vuelta me sea siempre necesaria para acomodarme de nuevo a los caprichos comunes.

Si temiera morir lejos del lugar en que nací, si pensara acabar menos a mi gusto apartado de los míos, apenas pondría los pies fuera de Francia. No saldría sin horror de mi parroquia: siento a la muerte continuamente pellizcarme la garganta o los riñones. Mas yo estoy de otro modo conformado, aguárdola en igual textura en todas partes. Y si de todas suertes me fuese dable tomar posiciones, la recibiría más bien a caballo que en el lecho, fuera

de mi casa y lejos de mi gente. Hay más desolación que consuelo en despedirse de sus amigos: yo olvido muchas veces este deber de nuestro trato, pues entre todos los de la amistad éste es el único desagradable, y de la propia suerte olvidaría gustoso ese grande y eterno adiós. Si alguna ventaja se alcanza con la asistencia, surgen al par cien inconvenientes. Muchos moribundos vi lastimosamente cercados de todo ese cortejo, y esta muchedumbre los ahogaba. Se opone al deber que la afección impone y la testimonia escasa, lo mismo que el cuidado, el no dejaros [345] morir tranquilamente: uno atormenta vuestros ojos, otro vuestros oídos, otro vuestra boca y no hay sentido ni órgano que no os destrocen. La piedad oprime vuestro pecho al oír los lamentos de los amigos, y acaso a veces del despecho, al escuchar otros duelos simulados y ficticios. Quien siempre fue de complexión delicada y flaca lo es más aún en estos momentos supremos; en ellos le precisa una mano dulce y acomodada a su naturaleza, para que te rasque donde le pica, o, si no, que se le deje en paz. Si hemos menester de partera para que nos ponga en el mundo, mayormente necesitamos de un hombre aun más competente para sacarnos de él. Aun amigo y todo, precisaría pagarlo bien caro para el servicio en semejante trance. No llegué yo a ese vigor desdeñoso que consigo mismo se fortifica, al cual nada ayuda ni adultera; me encuentro un poco más bajo, y lo que pretendo es agazaparme y apartarme de este paso no por temor, sino por arte. A mi ver no es esta ocasión para probar ni hacer alarde de firmeza. ¿Y para quién? En ese momento acabará el interés todo que hacia la reputación puede moverme. Yo me conformo con una muerte recogida en sí misma, sosegada y solitaria, cabalmente mía, que concuerde con mi vida retirada y apartada; lo contrario de lo que pretendía la superstición romana, que consideraba desdichado al que moría sin hablar y sin tener a su lado a sus parientes y amigos para cerrarle los ojos. De sobra tengo que hacer con consolarme, sin necesidad de procurar consuelo a los demás; hartas ideas asaltan mi cabeza sin que en mi derredor los encuentre, y demasiadas cosas tengo en que pensar sin pedir las prestadas. Este tránsito no incumbe a la sociedad; es la acción de un solo personaje. Vivamos y riamos entre los nuestros; vayamos a morir y a rechinar junto a los desconocidos. Pagándolo, encontraréis quien os vuelva de lado la cabeza y quien os frote los pies; quien os apriete como queráis, mostrándoos un semblante indiferente y dejando que a vuestro modo os gobernéis y os quejéis.

Por reflexión me descargo todos los días de ese humor inhumano y pueril que nos impulsa a conmover al prójimo y a nuestros amigos con os males que padecemos. Hacemos saber demasiado nuestros achaques con el fin de atraer sus lágrimas, y la firmeza que alabamos en los demás al mantenerse enteros ante la fortuna adversa, la acusamos quejumbrosos ante nuestros parientes cuando a nosotros nos toca el turno: no nos basta que se resientan de nuestro mal, necesitamos también que se aflijan. Hay que sembrar el regocijo y arrinconar cuanto sea dable la tristeza. Quien sin justa causa suscita la

compasión, se hace acreedor a no ser compadecido cuando de ello haya motivo verdadero; lamentarse siempre, es hacer sordo a todo el mundo, y echarlas constantemente de víctima es [346] no serlo para nadie. Quien se hace el muerto estando vivo está sujeto a ser tenido por vivo estando moribundo. Yo he visto a algunos montar en cólera por denunciar la salud en el semblante y tener el pulso reposado; contener la risa porque denunciaba su curación; odiar salud en razón de no ser cosa lamentable, sin embargo, los que así procedían no eran mujeres. Yo exteriorizo mis dolencias cuando más tales cuales son, evitando las palabras de mal augurio y las exclamaciones artificiales. Si no el regocijo, al menos el continente sosegado de los asistentes es adecuado junto a un hombre cuerdo que yace por la enfermedad apenado: por verse afligido no detesta la salud; plácele contemplarla en los demás, cabal y sólida, y gozar de ella siquiera por la compañía; por sentirse deshacer de arriba abajo no deshecha absolutamente en nada las ideas de la vida ni huye las conversaciones comunes. Yo quiero estudiar mi enfermedad cuando me encuentro sano: al albergarse dentro de nosotros procura una sensación demasiado real sin que mi fantasía la ayude. De antemano nos preparamos en nuestros viajes, y a ellos nos resolvemos: la hora que nos precisa montar a caballo, dedicámosla a la asistencia, y en su beneficio la dilatamos.

Experimento yo con la publicación de mis costumbres el inesperado beneficio de que en algún modo me sirva de precepto; a veces se me ocurre pensar que no debo desmentir el pasado de mi vida. Esta pública declaración me fuerza a mantenerme en mi camino y a no desfigurar la imagen de mis condiciones, comúnmente menos adulteradas y contradichas de lo que las juzga la malignidad y enfermedad de la manera de ser de hoy. La uniformidad y sencillez de mis usos muestran mi aspecto de fácil interpretación, pero como la manera de ser de los mismos es algo nueva y apartada de lo corriente, presta el lado flaco al la maledicencia. Así acontece que a quien me quiere abiertamente injuriar me parece proveerle suficientemente de lugar donde morder con mis imperfecciones confesadas y reconocidas, y hasta hacer que se harte sin dar el golpe en vago. Si por prevenir yo mismo la acusación y el descubrimiento entiendo que pretendo desdentar su mordedura, es razón que encamine su derecho hacia la amplificación y la extensión (la ofensa tiene los suyos, que se dilatan más allá de lo que la justicia aconseja); y que los vicios, de los cuales muestre la raíz, los abulte hasta convertirlos en árboles; que saque a la superficie no sólo los que me poseen, sino también los que me amenazan, injuriosos todos en calidad y en número; y que escudado en ellos me venza. De buen grado abrazaría yo el ejemplo de Bión; Antígono pretendía menospreciar la causa de su origen y el filósofo le cerró el pico diciéndole; «Soy hijo de un siervo, [347] carnicero de oficio, estigmatizado, y de una prostituta con quien un padre casó merced a la bajeza de su fortuna: ambos fueron castigados por no sé qué delitos. Un orador me compro cuando niño, por encontrarme hermoso y agradable, y me dejó al morir todos sus bienes, los cuales trasladé a esta ciudad de Atenas para consagrarme a la filosofía. Que los historiadores no se embaracen buscando nuevas de mi persona: yo les diré la verdad monda y lironda.» La confesión generosa y libre enerva la censura y desarma la injuria. Todo puesto en la balanza, entiendo que con igual frecuencia se me alaba injustamente que se menosprecia por el mismo tenor; y me parece también que desde mi infancia en rango y en grado honoríficos se me colocó más bien por cima que por bajo de lo que me corresponde. Hallaríame más a gusto en el lugar donde estas miras fuesen mejor equiparadas, o bien echadas a un lado. Entre hombres, tan luego como la altercación de la prerrogativa en el marchar o en el sentarse pasa de la

tercera réplica, toca ya con lo inurbano. Yo no temo ceder o proceder indebidamente por escapar a los trámites de una tan importuna cuestión; y nunca hubo nadie que deseara la prioridad a quien yo no se la cediese incontinenti.

A más de este provecho que yo saco escribiendo de mí mismo, aguardo también este otro: si sucediera que mis humores placieran y estuvieran en armonía con los de algún hombre cumplido, antes de mi muerte, éste buscaría nuestra unión. Con mi relación le doy mucho terreno ganado, pues todo cuanto un dilatado conocimiento y familiaridad pudiera procurarle en varios años, lo ha visto en tres días en este registro, y con mayor seguridad y exactitud. ¡Cosa extraña! Muchas cosas que no quisiera decir en privado se las digo al público; y para todo cuanto se refiere a mi ciencia más oculta y a mis pensamientos más recónditos envío a la tienda del librero a mis amigos más leales:

Excutienda damus praecordia.

Si con tan infalibles señas supiera yo de alguien que se acomodara a mi modo de ser, en verdad digo que le iría a buscar bien lejos, donde se encontrare, pues la dulzura de una adecuada y grata compañía no puede pagarse nunca sobrado cara. ¡Ah, un amigo! ¡Cuán verdadera es la sentencia antigua que declara el encontrarlo «más necesario y más gustoso que el uso de los dos elementos, agua y fuego»!

Y volviendo a lo que decía de la muerte, diré que no es malo morir lejos y aparte. Por eso consideramos como un deber el retirarnos para ejecutar algunas acciones naturales [348] menos desdichadas que aquella y menos odiosas. Pero aun los que llegan al extremo de arrastrar languideciendo un largo período de vida no debieran acaso embarazar con su miseria a una familia numerosa; por lo cual los indios, en cierta región, estimaban equitativo dar muerte al que había ido a caer en la proximidad de tal estado. En otra de sus provincias le abandonaban, dejándole solo, a fin de que se salvase como pudiera. ¿Para quién no son al fin cargantes e insoportables los achacosos? Los deberes comunes no imponen tanto sacrificio. Necesariamente enseñáis a ser crueles a vuestros mejores amigos, endureciendo al par el ánimo de vuestra mujer y el de vuestros hijos con el continuo lamentaros, hasta mirar con indiferencia vuestros males. Los suspiros que mi cólico me arranca dejan ya a todo el mundo tan tranquilo. Y aun cuando alcanzáramos algún regocijo con la conversación de los demás, lo cual no sucede siempre a causa de la disparidad de condiciones, que acarrea casi de ordinario menosprecio o envidia hacia los otros, cualesquiera que sean, ¿no es un colmo abusar así del prójimo durante toda una eternidad? Cuanto más yo los vea compadecerse sinceramente de mi estado, más aumentaré su pena. Lícito nos es apoyarnos, mas no echarnos encima tan pesadamente sobre nuestros semejantes apuntalándonos con su ruina; como aquel que hacía degollar a los pequeñuelos para con su sangre curarse la enfermedad que padecía, o como aquel otro a quien se proveía de tiernas jóvenes para que por la noche incubaran sus viejos miembros y mezclaran la dulzura de sus alientos con el suyo, acre y cansado. La decrepitud es cualidad solitaria. Yo soy sociable hasta el exceso, y sin embargo reconozco sensato el sustraeme en adelante de la vista del mundo, con objeto de guardar la importunidad para mí solo y de incubarla sin testigos; es ya necesario que me pliegue y me recoja en mi concha, como las tortugas; que aprenda a ver a los hombres sin ligarme a ellos. Los ultrajaría en un paso tan resbaladizo; llegó la llora de volver la espalda a la compañía.

«Pero en esos viajes, se me dirá, os veréis obligado a deteneros lastimosamente en una perrera, donde todo os faltará.» Yo llevo conmigo la mayor parte de las cosas necesarias; además, nunca seremos capaces de evitar la desdicha cuando corre tras de nosotros. Nada he menester de extraordinario cuando estoy enfermo: aquello que la naturaleza sola no puede en mí no quiero que corra de cuenta de las drogas. En los albores de las fiebres y enfermedades que me derriban, con fuerzas todavía cabales, y en un estado vecino de la salud, me reconcilio con Dios para cumplir mis últimos cristianos deberes, y así me encuentro más libre y descargado, pareciéndome estar de este modo tanto más resistente para soportar el mal. Notarios y testamentarios [349] menos necesito que galenos. Lo que bueno y sano no decidí de mis asuntos no se espere que lo solvente estando enfermo. Aquello que quiero poner en práctica para la hora de la muerte está siempre ejecutado de antemano; no sería capaz de retardarlo ni un solo día: y en lo que nada haya hecho, quiere decir que la duda dilató mi designio (pues a veces es bien elegir el no elegir nada), o que nada quise que se hiciera.

Yo escribo mi libro para pocos hombres y para pocos años. Si se hubiera tratado de un asunto de los que duran y persisten, habría sido preciso emplear en él un lenguaje menos descosido. A juzgar por la continua mudanza que el nuestro experimentó hasta hoy, ¿quién puede esperar que su forma actual esté en uso de aquí a cincuenta años? Todos los días se desliza de nuestras manos, y desde que yo vine al mundo modificose por lo menos en la mitad. Decimos nosotros que ahora es ya perfecto: otro tanto dijo del suyo cada siglo. Yo no cuido de sujetarle mientras huya y vaya deformándose como se deforma. A los buenos y provechosos escritos corresponde sujetarlo, y su crédito marchará al par de la fortuna de nuestro Estado. Sin embargo, no reparo en insertar aquí muchas expresiones que sólo los hombres de hoy emplean, y que incumben a la competencia particular de algunos, los cuales verán en ellas con mayor intensidad que los de común inteligencia. Después de todo, no quiero yo (como veo que ocurre a cada paso cuando se trata de la memoria de los muertos) que se ande con disquisiciones, diciendo: «Juzgaba o vivía así; quería esto; si hacia su fin hubiera hablado, hubiera dicho, hubiera hecho: yo le conocía mejor que nadie.» Ahora bien, cuanto los miramientos me lo consienten hago yo aquí sentir mis inclinaciones y afecciones; pero más libremente y de mejor grado las expreso de palabra a quien quiera que de ellas desea ser informado. Tanto es así que en estas memorias, si despacio se repara, encontrarse que lo dije todo o todo lo designé: lo que no pude formular lo mostró con el dedo:

Verum animo satis haec vestigia parva sagaci
sunt, per quae possis cognoscere cetera tute.

Yo no dejo nada que desear y adivinar de mí. Si sobre mí ha de hablarse, quiero que se hable verdadera y justamente: muy gustoso volvería del otro mundo para desmentir a quien me haga otro distinto de como fui, aun cuando fuese para honrarme. Hasta de los vivos oigo que se los trata siempre diferentemente de como son; y si a viva fuerza no hubiera yo restablecido el natural de un amigo que perdí, [350] me lo hubieran desgarrado en mil contrarios semblantes.

Para concluir de explicar mis débiles humores, confesaré que, cuando viajo, apenas llegado a un albergue asaltan mi fantasía las ideas de si podré caer enfermo; y si muero, si me será dable acabar a mi gusto. Quiero estar alojado en lugar que se acomodo con mis caprichos, sin ruido, apartado, que no sea triste, oscuro o de atmósfera densa. Quiero yo acariciar la muerte, con estos frívolos pormenores, o por mejor decir, descargarme de todo embarazo distinto de ella, a fin de aguardarla sola, pues sin duda me pesará de sobra sin el arrimo de otra carga. Quiero que tenga su parte en la facilidad y comodidad de mi vida: de ella es la muerte un gran pellizco, y espero que en adelante no desmentirá el pasado de mi existencia. La muerte tiene maneras más fáciles las unas que las otras, y adopta cualidades diversas según la fantasía de cada cual: entre las naturales, la que proviene de debilidad y amodorramiento me parece dulce y blanda. Entre las violentas, imagino más penoso un precipicio que un desplome que me aplaste, y una estocada que un arcabuzazo; hubiera mejor absorbido el brebaje de Sócrates que soportado el golpe que Catón se suministró; y aun cuando todo ello sea la misma cosa, mi espíritu, sin embargo, establece diferencias, cual de la muerte a la vida, entre lanzarme en un horno candente o en el cauce sosegado de un manso río: ¡tan torpemente nuestro temor mira más al medio que al efecto! La cosa en un instante acontece, pero éste es de tal magnitud, que yo daría de buena gana algunos días de mi vida porque a mi albedrío se deslizara. Puesto que la fantasía de cada uno reconoce el más o el menos en el agror de la muerte según su naturaleza, puesto que cada cual encuentra algún medio de elección entre las maneras de morir, ensayemos un poco más antes de descubrir alguna no exenta de todo placer. ¿No podríamos convertirla hasta en voluptuosa, como los Conmorientes de Antonio y Cleopatra? Dejo a un lado los esfuerzos que la filosofía y la religión procuran, por demasiado rudos y ejemplares, pero hasta entre los hombres de poca cosa hubo algunos en Roma, como un Petronio y un Tigelino, que obligados a darse la muerte diríase que la adormecieron merced a la blandura de sus aprestos; hiciéronla escurrir y deslizarse entre el descuido de sus pasatiempos acostumbrados, en medio de muchachuelas y alegres compañeros; ninguna palabra de consuelo, ninguna mención de testamentos, ninguna afectación ambiciosa de firmeza, ninguna reflexión sobre lo que después vendría: acabaron entre juegos, festines, bromas, conversaciones corrientes y ordinarias, músicas y [351] versos amorosos. ¿No podríamos nosotros imitar resolución semejante con más honesto continente? Puesto que hay muertes buenas para los locos y para los cuerdos, sepamos hallarlas adecuadas para los que figuran en el término medio. Muéstrame mi fantasía alguna cuyo semblante no es adusto, y puesto que el morir es de necesidad, deseable. Los tiranos romanos creían dar la vida al criminal a quien otorgaban la elección de su muerte. Mas Teofrasto, filósofo tan fino, y modesto y sabio, ¿no se vio impulsado por la razón a osar escribir esta máxima, latinizada por el orador romano?

Vitam regit fortuna, non sapientia.

La ventura ayuda a la facilidad del acabar de mi vida, habiéndomela dispuesto de tal suerte, que en lo venidero ni a mis gentes precisa, ni tampoco los estorba. Es ésta una condición que hubiera yo aceptado en cada uno de los años que viví, mas ahora que el momento de liar los bártulos se acerca me es particularmente grato el no ocasionar a nadie placer ni dolor cuando me vaya. Hizo mi buen sino, merced a una compensación habilísima, que los que pueden pretender algún fruto material con mi desaparición recibirán juntamente una pérdida. La muerte nos apesadumbra a veces porque a los demás ocasiona duelo, y nos inquieta por el interés de otros casi tanto como por el nuestro, y más también en ocasiones.

En esa comodidad de alojamiento que anhelo, no busco la pompa ni la amplitud (más bien detesto ambas cosas), sino cierto sencillo aseo que con mayor frecuencia se encuentra en los lugares donde hay menos arte y a los cuales la naturaleza embellece con alguna gracia toda suya. Non ampliter sed munditer convivium. Plus satis, quam sumptus. Además, incumbe a quienes los negocios arrastran en pleno invierno por los Grisones el ser sorprendidos en el camino en esa estación rigorosa; yo que casi siempre viajo por capricho, no me oriento tan malamente; si hace mal tiempo a la derecha, me encamino hacia la izquierda; si no estoy en buena disposición para montar a caballo, me detengo, y procediendo siempre de este modo con nada tropiezo, en verdad, que no me sea tan grato y cómodo como si en mi misma casa estuviera. Verdad es que lo superfluo siempre como tal lo considero, y echo de ver el embarazo que ocasionan hasta la delicadeza y la abundancia. Cuando me dejé algo que ver detrás de mí, vuelvo allá: es siempre mi camino, pues no trazo, para seguirle, ninguna línea determinada, ni recta ni curva. Cuando no hallé, donde fui, [352] lo que me había dicho, como ocurre con frecuencia que los juicios ajenos no concuerdan con los míos, más bien encontré aquéllos falsos, no lamento la molestia, aprendo que no hay nada de lo que se decía y todo va a maravilla.

La complexión de mi cuerpo es liberal, y mis gustos comunes tanto como los de el que más; la diversidad de formas de una nación a otra no me respecta sino por el placer que la variedad procura; cada usanza tiene su razón de ser. Ya sean los platos de estaño, madera o loza; ya sea guisado o asado; manteca o aceite (de nueces o de oliva); caliente o frío, todo me es igual; tan igual, que sólo envejeciendo puedo acusar esta generosa facultad, hasta el extremo de haber menester que la delicadeza y la elección detuvieran la indiscreción de mi apetito, y a veces también aliviaran mi estómago. Al encontrarme fuera de Francia, y en ocasiones en que para serme grato se quería comer a la francesa, me reí de la oferta lanzándome siempre en las mesas más repletas de extranjeros. Me avergüenza el ver a nuestros hombres desvanecidos con ese torpe humor que los espanta cuando ven algo contrario de lo habitual; paréceteles que se hallan fuera de su elemento cuando se ven fuera de su pueblo; adonde quiera que vayan, a sus costumbres se atienen y abominan de las extrañas. ¿Tropiezan con un compatriota en Hungría? pues festejan esta aventura uniéndose y cosiéndose el uno al otro para condenar tantas costumbres bárbaras como desfilan ante sus ojos ¿y por qué no bárbaras, puesto que no son francesas? Y todavía debemos alabar la habilidad de éstos que las reconocieron para condenarlas. La mayor parte no toman el camino de la ida sino para seguirle a la vuelta; viajan cubiertos, y constreñidos en una prudencia taciturna e incommunicable, defendiéndose del contagio de un cielo ignorado. Lo que dije de los primeros trae a mi memoria un hecho semejante, o sea o que he advertido en algunos de nuestros jóvenes cortesanos, quienes no paran mientes sino en los hombres de su categoría, considerándonos a los demás como gente del otro mundo, piadosa o desdeñosamente. Quitadles sus conversaciones sobre los misterios de la corte y en todo lo otro están in albis; tan nuevos para nosotros y tan desdichados como nosotros para ellos. Con harta razón se dice que el varón cumplido debe ser hombre complejo. Yo, por el contrario, peregrino harto de nuestros modales, y no para buscar gascones en Sicilia, que bastantes deje en mi casa; busco más bien griegos y persas; me acerco a ellos y los considero, a lo cual me presto y empleo gustoso. Diré más aún, paréceme que apenas encontré costumbres que no valgan lo que las nuestras valen; poca influencia ejercen, sin embargo, sobre mí: tan poco ha que perdí de vista las veletas de mi castillo.

Por lo demás, la mayor parte de las compañías fortuitas [353] con que tropezáis en el camino os procuran mayor incomodidad que placer; no me sujeto a ninguna y menos a esta hora en que la vejez me particulariza y secuestra en algún modo de las usanzas comunes. Os imponéis sacrificios por otro, u otro por vosotros; ambas contrariedades son dolorosas, pero la segunda es todavía más dura que la primera. Es una fortuna rara, mas de inestimable alivio, el tener a mano un hombre bueno, de entendimiento firme y costumbres conformes a las vuestras, que guste seguros: de él he sentido extrema falta en todos mis viajes. Mas semejante compañía precisa haberla escogido y ganado desde la propia casa. Ningún placer tiene sabor para mí si no hallo a quien comunicárselo, ni siquiera un pensamiento alegre acude a mi alma que no me contraríe haber producido solo, sin tener a nadie a quien ofrecérselo: Si cum hac exceptione detur sapientia, ut illam inclusam teneam, nec enuntiam rejiciam. Cicerón hizo subir esta idea algunos grados más: Si contigerit ea vita sapienti, ut in omnium rerum affluentibus copiis, quamvis omnia, quae cognitione digna sunt, summo otio secum ipse consideret et contempletur; tamen, si solitudo tanta sit, ut hominem videre non possit, excedat e vita. La opinión de Architas me place, pues decía «que aun por el cielo mismo sería ingrato el pasearse, en medio de aquellos grandes y divinos cuerpos celestes, sin la asistencia de un compañero.» Pero vale más estar solo que en compañía aburrida o inepta. Aristipo gustaba vivir en todas partes como un extraño:

Me si fata meis paterentur ducere vitam
auspiciis,

mejor pasaría yo la existencia con el culo en el sillico.

Visere gestiens
qua parte debacchentur ignes,
qua nebulae, pluviique rores.

Pero se me repondrá: «¿No tenéis pasatiempos más gustosos? ¿Qué echáis de menos? ¿Vuestra casa, no está bien situada en punto a clima? ¿No es sana, suficientemente provista y capaz de bienestar, más que suficientemente? La majestad real se ha hospedado más de una vez en ella, con toda su pompa. ¿Vuestra familia no se coloca en la disposición de las cosas más bien por bajo que por [354] cima de su rango? ¿Hay aquí algún pensamiento local que os ulcere, o alguna cosa que para vosotros sea extraordinaria o indigesta?

Quae te nunc coquat et vexet sub pectore fixa?

¿Dónde pensáis poder vivir sin impedimento ni embarazos? Nunquam simpliciter fortuna indulget. Ved, pues, que sólo vosotros os atormentáis; y como los seguiréis por todas partes, por todas partes os quejaréis, pues no hay satisfacción aquí bajo sino para las almas bestiales o divinas. Quien con tan justos medios no alcanza su contentamiento, ¿dónde piensa encontrarlo? ¿A cuántos millares de hombres no detiene los deseos una condición como la vuestra? Reformaos nada más, pues en este extremo todo lo podéis, mientras que a la suerte sólo de oponer seréis capaz la paciencia: nulla placida quies est, nisi quam ratio composuit.»

Yo veo la razón de esta advertencia, y la veo muy bien pero más eficaz y pertinente sería decirme en una palabra. «Sed cuerdo.» Esta resolución está más allá de la prudencia; es la obra de ella y su resultado: hace lo propio el médico que va aturdiendo al pobre enfermo, cuya vida se apaga, diciéndole «que se regocije.» Aconsejaríale menos torpemente se le dijera: «Vivid sano.» Por lo que a mí toca, yo no soy sino un hombre como todos los otros. Es un precepto saludable, seguro y de comprensión holgada el de «Contentaos con la vuestra», es decir, con la razón; la ejecución, sin embargo, no está a la mano ni siquiera de los que me aventajan en prudencia. Es un decir vulgar, pero de terrible alcance, pues en verdad, ¿qué no comprende? Todas las cosas caen bajo el dominio de la discreción y la medida. Yo bien sé que interpretándolo a la letra este placer de viajar es testimonio de inquietud e irresolución, que no en vano son ambas cosas nuestras cualidades primordiales y predominantes. Sí, lo confieso, yo no veo nada, ni siquiera en sueños ni por deseo fantástico, donde pudiera detenerme; sólo la variedad me satisface y la posesión de la diversidad, y esto si alguna cosa me satisface. En el viajar me alimenta la idea misma de que puedo detenerme sin que tenga interés en hacerlo y el ser dueño de partir para encaminarme a otro lugar. Gusto de la vida privada por haberla elegido de mí propio, no por disconvenir con la pública, que quizás esté tan en armonía como la otra con mi compleción; en ésta sirvo más gratamente a [355] mi príncipe, porque lo hago mediante la libre elección de mi juicio y de mi razón, sin obligación particular que a él me ligue, pues a ello no fui lanzado ni obligado por no ser de recibo en cualquiera otro partido, o detestado, y así en todo lo demás. Odio los trozos que la necesidad me corta, toda ventaja o incomodidad me ahogaría, de la cual solamente tuviera que depender:

Alter remus aquas, alter mihi radat arenas:

una sola cuerda nunca me amarra bastante. Hay vanidad, decís, en esta distracción. Mas ¿dónde no la hay? Y esos hermosos preceptos ¿no son vanos? Y vanidad la sabiduría toda: Dominus novit cogitationes sapientium, quoniam vanae sunt. Esas sutilezas exquisitas no son propias sino para predicadas: son discursos que quieren encasquetarnos completamente albardados en el otro mundo. La vida es un movimiento material y corporal, acción desordenada e imperfecta por su propia esencia: yo me empleo en servirla según su propia naturaleza:

Quisque suos patimur manes.

Sic est faciendum, ut contra naturam universam nihil contendamus; ea tamen conservata, propriam sequamur. ¿A qué vienen esos rasgos agudos y elevados de la filosofía, sobre los cuales ningún ser humano puede asentarse, y, esos preceptos que superan nuestras costumbres y nuestras fuerzas?

Yo veo que a menudo se nos presentan ejemplos de vida, los cuales, ni el que nos los propone ni las gentes tienen la esperanza remota de seguir, ni deseo tampoco, lo que es más grave. De ese mismo papel donde acaba de escribir la sentencia condenando a un adúltero, el juez arranca un pedazo para escribir una misiva amorosa a la mujer de su compañero: la propia mujer con quien acabáis de restregaros, ilícitamente, gritará luego con mayor rudeza en vuestras barbas contra delito idéntico en su compañera, y con arrogancia mayor que Porcia. Tal condena a muerte a un hombre por crímenes que ni siquiera como faltas

considera. En su juventud vi a un probo caballero presentar al pueblo con una mano excelentes versos en belleza y desbordamiento, y con la otra, en el mismo instante, la más reñida reforma teológica con que el mundo se haya desayunado de largo tiempo acá. Los hombres [356] andan así: se deja que las leyes y preceptos sigan su camino, mientras que a otras vías nos lanzamos, y no sólo por desorden de nuestras costumbres, sino muchas veces por opinión y parecer contrarios. Oíd la lectura de un discurso filosófico: la invención, la elocuencia, la pertinencia sacuden incontinenti vuestro espíritu y os conmueven, pero nada hay, sin embargo, que avasalle vuestra conciencia: no es a ella a quien se habla ¿No es verdad? Por eso sentaba Aristón que ni un baño ni una lección son de ningún provecho cuando no limpian y desengrasan. Lícito es detenerse en la corteza, pero después de retirada la médula, de la propia suerte que luego de beber el buen vino de una hermosa copa consideramos en ella las labores que la adornan. En todas las escuelas de la filosofía antigua se verá que un mismo obrero publica reglas de templanza y juntamente escritos de amor y libertinaje; y Jenofonte, en el regazo de Clinias, escribió contra la virtud, tal como Aristipo la definía. Y esto no acontece por virtud de una conversión milagrosa que los agite por intervalos: es que Solón, por ejemplo, unas veces se representa a sí mismo, otras como legislador: ya habla a la multitud, ya para consigo mismo, y para su persona adopta las reglas libres y naturales, asegurándose una salud cabal y firme:

Curentur dubii medicis majoribus aegri.

Consiente Antístenes el amor al filósofo, y además, que haga a su modo lo que juzgue más oportuno sin tener en cuenta ley ninguna; con tanta más razón cuanto que su dictamen las sobrepuja, y porque conoce mejor la esencia de la virtud. Su discípulo Diógenes decía: «Oponed a las perturbaciones la razón, a la fortuna la resolución, y a las leyes la naturaleza.» Para los estómagos delicados precisaría regímenes estrechos y artificiales, los buenos estómagos se sirven simplemente de las prescripciones de su apetito; lo propio hacen los médicos, que comen melón y beben el vino fresco mientras tienen al paciente sujeto al jarabe y a la panatela. «Yo no sé, decía Lais la cortesana, cuáles son los efectos de toda esa sapiencia, de todos esos libros y de toda esa sabiduría, pero esas gentes llaman a mi puerta con igual frecuencia que los demás.» En la misma proporción que nuestra licencia nos empuja siempre más allá de lo que nos es lícito y permitido, se encogieron, muchas veces, trasponiendo los límites de la razón universal, los preceptos y las leyes de nuestra vida:

Nemo satis credit tantum delinquere, quantum permittas. [357]

Sería de desear que hubiera habido más proporción entre el ordenar y el obedecer: el fin parece injusto cuando no puedo alcanzarse. Ningún hombre de bien, por cabalmente que lo sea, puede someter a las leyes todas sus acciones y pensamientos sin que se reconozca digno de ser ahorcado diez veces en el transcurso de su vida; algunos de ellos sería gran lástima e injusticia grave castigarlos y perderlos:

Ole, quid as te,
de cute quid faciat, vel illa sua?

y tal otro podría dejar de infringir las leyes que no por ello mereciera la alabanza de hombre virtuoso, y a quien la filosofía azotaría justamente: ¡en tal grado la relación de ambas cosas es desigual y oscura! Como no nos preocupamos de ser gentes de bien conforme a la voluntad de Dios, tampoco podemos serlo conforme a nosotros mismos; la cordura humana no cumple nunca los deberes que ella misma se impusiera; y si al punto de practicarlos llegara, prescribiríase otros más altos a los cuales aspirase siempre y, realizarlos pretendiera: ¡tan enemiga es nuestra naturaleza de toda constancia! El hombre se ordena a sí mismo incurrir necesariamente en falta; apenas si viene a qué marcar su obligación a la razón de otro ser distinto del suyo: ¿a quién prescribe lo que espera que nadie cumpla? ¿Es injusto a sus ojos el no hacer lo imposible? Las leyes que nos condenan a no poder, nos castigan por lo mismo que no podemos.

Poniéndonos en lo peor, esta deforme libertad de presentar las cosas bajo dos aspectos distintos, las acciones de una manera, y las razones de otra, sea sólo consentida a los que hablan; pero no puede serlo a los que se relatan a sí mismos, como yo hago: es necesario que vaya yo con la pluma a igual tenor que con mis movimientos. La vida común y corriente debe guardar relación con las otras vidas: la virtud de Catón era vigorosa por cima de la razón de su siglo, y para ser hombre que se inmiscuía en el gobierno de los demás, destinado al servicio común, podría decirse que era la suya una justicia si no injusta, por lo menos vana e inadecuada. Mis costumbres mismas, que no discrepan de las que corren apenas en el espesor de una pulgada, me convierten, sin embargo, en un tanto arisco e insociable para con mi tiempo. No sé si estoy asqueado, sin razón, de la sociedad que frecuento, pero bien se me alcanza que no sería cuerdo el que me lamentara de que ella lo estuviera de mí, puesto que yo lo estoy de ella. La virtud asignada a los negocios del mundo es una virtud de muchos rincones y recodos para aplicada y equiparada a [358] la humana debilidad; abigarrada y artificial, ni recta ni límpida, ni constante, ni puramente inocente. Los anales reprochan hasta ahora a alguno de nuestros reyes el haberse con sencillez extrema dejado llevar por las concienzudas persuasiones de su confesor: los negocios de Estado se gobiernan por preceptos más vigorosos.

Exeat aula,
qui vult esse plus:

Antaño intenté emplear en el manejo de las negociaciones públicas las opiniones y reglas del vivir, así rudas, nuevas, corrientes y sin mácula, como en mí las engendró y de mi educación derivan, y de las cuales me sirvo, si no ventajosamente, al menos con seguridad en privado. Eran éstas una virtud escolástica y novicia; todas las encontré ineptas y peligrosas. Quien en medio de la multitud se lanza, es preciso que se aparte del camino derecho, que apriete los codos, que recule o avance, y hasta que abandone la buena senda según lo que encuentra. Que viva no tanto conforme a su entender, sino al ajeno, no conforme a lo que se propone, sino a aquello que le proponen, según el tiempo, los hombres y los negocios. Platón confirma que quien escapa dichoso del mundanal manejo es puro milagro; y también que al hacer del filósofo un jefe de gobierno no entiende que éste sea una policía corrompida como la de Atenas, y todavía menos como la nuestra, para con las cuales la sabiduría misma perdería la brújula; y una planta frondosa transplantada en un terreno diverso del que su naturaleza exige, se conforma más bien con él que no lo modifica para sus necesidades. Reconozco que si tuviera que formarme por completo para tales

ocupaciones me precisaría mucha modificación y cambio. Aun cuando yo pudiera alcanzarlos sobre mí (¿y por qué no habría de lograrlo con el tiempo y los cuidados?), no los querría. De lo poco que me ejercité en los oficios públicos me hastié otro tanto; a veces siento cosquillar en el alma alguna tentativa hacia la ambición, pero luego me sujeto y me obstino en lo contrario:

At tu, Catulle, obstinatus obdura.

Apenas si se me llama a los empleos y yo también poco me convido; la libertad y la ociosidad, que son mis predominantes cualidades, son cosas diametralmente contrarias a estos oficios. Nosotros no sabemos distinguir las facultades de los hombres, las cuales encierran innumerables divisiones y límites delicados y difíciles de distinguir. Concluir por la capacidad de una vida particular a la misma suficiencia [359] en el orden público, es cosa errónea; tal se conduce bien que no conduce bien a los demás; hace Ensayos quien no podría ejecutar efectos; tal dispone a maravilla el cerco de una plaza que dirigiría mal la batalla; y discurre bien en privado quien arengaría desastrosamente a un pueblo o a un príncipe; y hasta en ocasiones es más bien testimonio el poder lo uno de incapacidad para realizar lo otro, mejor que de capacidad. Yo encuentro que los espíritus elevados son casi tan aptos para las cosas bajas como los bajos para las altas. ¿Era creíble que Sócrates provocara a risa a los atenienses a expensas, propias por no haber acertado nunca a contar los sufragios de su tribu para comunicarlos al consejo? La veneración que me inspiran las perfecciones todas de este personaje merece que su fortuna provea a la excusa de mis principales imperfecciones con un tan magnífico ejemplo. Nuestra capacidad está toda fraccionada en menudas piezas y, la mía carece de facilidad y al par se extiende a pocos objetos. A los que echaron sobre sus hombros todo el mando, Saturnino decía: «Compañeros, perdisteis un buen capitán por haber hecho de él un mal general.»

Quien se alaba en un tiempo enfermizo como éste de emplear para el servicio del mundo una virtud ingenua y sincera, o desconoce ésta, puesto que las opiniones con las costumbres se corrompen (y en verdad, oídla pintar, escuchad a la mayor parte glorificarse de sus acciones y establecer sus reglas; en lugar de hablar de la virtud, retratan el vicio y la injusticia puros, y los presentan así falseados a la enseñanza de los príncipes); o si la conoce se ensalza erróneamente, y diga lo que quiera engendra mil actos de que su conciencia le acusa. Yo creería de buen grado a Séneca por la experiencia que de ello hizo en ocasión análoga, siempre y cuando que quisiera hablarme con cabal franqueza. El sello más honroso de bondad en coyuntura semejante es reconocer libremente las propias culpas y las ajenas; resistir y retardar con todas las fuerzas de que se es capaz la inclinación hacia el mal; seguir de mala gana esta pendiente, aguardar mejores cosas y desearlas también mejores. Advierto yo en estos desmembramientos y divisiones en que caímos, que cada cual se esfuerza en defender su causa, pero hasta los más buenos, con el disfraz y la mentira; quien redondamente sobre aquéllos escribiera lo haría temerariamente y viciosamente. El partido más justo es, sin embargo, el miembro de un cuerpo, agusanado y carcomido, mas de un t al cuerpo la parte menos enferma se llama sana, y con razón cabal, tanto más cuanto que [360] nuestras cualidades no alcanzan valer si no es por comparación; la virtud civil se mide según los lugares y las épocas. Hubiera grandemente gustado leer en Jenofonte la alabanza de esta acción de Agesilao. Solicitado por un príncipe vecino, con el cual había antaño sostenido una guerra, para que le consintiera pasar por sus tierras,

concediole licencia para que atravesara el Peloponeso, no sólo dejó de aprisionarle y de envenenarle, teniéndole a su arbitrio, sino que le acogió cortésmente conforme a la obligación de su promesa, sin inferirle ninguna ofensa. Esta acción para las gentes de que voy hablando es insignificante; en otra parte y en época distinta se tendrá en cuenta la franqueza y magnanimidad de tal conducta; estos moncapitas se hubieran de ella burlado: ¡tan escasa semejanza guarda la virtud espartana con la francesa! No dejamos de poseer virtuosos varones, pero éstos lo son conforme a nuestra usanza. Quien por sus ordenadas costumbres está por cima de su siglo, una de dos: que tuerza o debilite ese orden, o mejor, yo le aconsejo que se eche a un lado y no se inmiscuya con nosotros; porque ¿qué saldría ganando con ello?

Egregium sanctumque virum si cerno, bimembri
hoc monstrum puero, et miranti jam sub
piscibus inventis, et foetae comparo mulae.

Pueden desearse tiempos mejores, pero no escapar los presentes: pueden apetecerse otros magistrados, pero precisa obedecer a los que vemos; y acaso haya recomendación mayor en obedecer a los malos que a los buenos. Mientras la imagen de las leyes antiguas y recibidas en esta monarquía resplandezca en algún rincón, héteme en él plantado: si por desdicha llegaren a contradecirse, a reñir unas con otras y a engendrar dos partidos de elección dudosa y difícil, será de buen grado la mía escapar, apartándome de esta tormenta; naturaleza podrá prestarme la mano para ello, o bien los azares de la guerra. Entre César y Pompeyo, francamente me habría declarado; mas entre aquellos tres ladrones que después vinieron, hubiera sido necesario esconderse o seguir la corriente, cosa hacedera, a mi ver, cuando la razón naufraga.

Quo diversus abis?

Esta digresión se aparta algo de mi tema: yo me extravía, [361] pero más bien por libertad que por descuido: mis fantasías se siguen unas a otras, bien que de lejos a veces; y se miran, pero al soslayo. He pasado la vista por tal diálogo de Platón en dos partes dividido por modo fantástico y abigarrado; la anterior consagrada al amor, toda la posterior a la retórica. No temían los antiguos estas mutaciones, y poseían una gracia maravillosa para dejarse así llevar por el viento que soplaba su fantasía, o para simularlo. Los nombres de mis capítulos no abarcan siempre la materia que anuncian; a veces la denotan sólo por alguna huella, como estos otros: Andria y Eunuco, o también éstos: Sila, Cicerón, Torcuato. Gusto de la inspiración poética, que marcha a saltos y a zancadas: es éste un arte, como Platón dice, ligero, veleidoso, divino. Obras hay de Plutarco, en las cuales olvidó su tema, en que el asunto de su argumento no se encuentra sino por incidente, completamente ahogado en extrañas cosas; ved cuál camina en su tratado del Demonio de Sócrates. ¡Oh Dios! ¡cuánta belleza encierran esas escapatorias lozanas y esa variación; y más todavía cuán en mayor grado llevan el sello del desgaire y de lo fortuito! El indigente lector es quien pierde de vista el asunto de que hablo, y no yo; siempre se encontrará en un rincón alguna palabra que no deje de ser adecuada, aun cuando sea ocultamente. Voy cambiando de asunto indiscreta y desordenadamente: mi espíritu y mi estilo vagabundean lo mismo. A quien quiere sacudirse la torpeza precisa un poco de locura, dicen los preceptos de nuestros maestros, y todavía mas sus ejemplos. Mil poetas se arrastran y languidecen prosaicamente;

mas la mejor prosa entre los antiguos (yo la siembro aquí indiferentemente como verso) resplandece siempre con el vigor y arrojo poéticos, y representa en algún modo el furor de la poesía. Precísale abandonar el tono magistral y preeminente en el hablar. El poeta, dice Platón, sentado en el trípode de las musas, lanza furiosamente cuanto a sus labios llega, como la gárgola de una fuente, sin rumiarlo ni pesarlo, dejando escapar cosas de diverso color, de contraria substancia, con desbordado curso: él mismo es todo poético; y la teología antigua, poesía toda ella, dicen los doctos; y la filosofía primera, el original lenguaje de los dioses. Yo entiendo que la materia se distingue por sí misma; que muestra bastante el lugar donde cambia, donde concluye, donde comienza, donde de nuevo comienza, sin entrelazarla con palabras que la ligen y cosan, introducidas para liso de las orejas débiles o desidiosas, y sin a mí mismo glosarme. ¿Quién no prefiere más bien dejar de ser leído que serlo dormitando o escapando? Nihil est tam utile, quod in transitu prosit. Si coger un libro en la mano fuera aprenderlo; si verlo, [362] considerarlo y recorrerlo, penetrarlo, haría yo mal mostrándome tan ignorante como digo. Puesto que no puedo sujetar al lector por el peso de lo que escribo; manco male, sí ocurre que le detengo con mis embrollos. Pero se arrepentirá después de haber entretenido en ello su tiempo. Sin duda, mas no habrá dejado de entretenerse. Además hay humores que menosprecian lo que entienden, quienes me estimarán mejor precisamente por no saber lo que hablo, y concluirán por la profundidad de mi sentido, merced a la obscuridad del mismo, la cual detesto con todas mis fuerzas, y la evitaría si supiera hacerme diferente de como soy. Aristóteles se alaba en cierto pasaje de afectarla: ¡viciosa afectación en verdad! Como el corte frecuente de los capítulos de que yo al principio acostumbrara me pareció que rompía la atención antes de que naciera, y que la disolvía menospreciando fijarla por tan poco momento y que se recogiera, los hice luego más largos: en éstos precisa aplicación y espacio señalado. En tal ocupación, quien no quiere emplear una sola hora, ningún tiempo quiere gastar, y nada se hace para quien se muestra avaro de tiempo tan escaso. A más de lo cual, entiendo acaso que le asiste algún interés particular en no decir las cosas sino a medias, confusamente y de un modo discordante. No gusto, pues, de esa razón trastornafiestas, ni de esos extravagantes proyectos que trabajan la existencia, ni de esas tan delicadas proposiciones, aun cuando encierren la verdad. Encuéntrola demasiado cara y sobrado incómoda. Por el contrario, empléome en hacer valer la insignificancia misma y la asnería si me procuran placer y me consienten ir en pos de mis inclinaciones naturales, sin fiscalizarlas tan de cerca.

En otras partes he visto ruinas, estatuas, cielo y tierra: mas donde quiera, tropecé siempre con los mismos hombres. Tal es la verdad, pero, sin embargo, nunca podría yo contemplar de nuevo, por frecuentes que fueran mis viajes, el sepulcro de esa ciudad, tan grade y tan poderosa, sin admirarla ni reverenciarla. La memoria de los muertos es para nosotros venerable, y yo, desde mi infancia, alimenté mi espíritu con la de éstos: tuve conocimiento de los negocios de Roma largo tiempo antes que de los de mi propio hogar: conocía el Capitolio y su plano antes que del Louvre tuviera noticia, y el Tíber antes que el Sena. Mejor supe las condiciones y fortuna de Luculo, Metelo y Escipión, que no las de ninguno de nuestros hombres: muertos están y mi padre como ellos; éste se alejó de mí y de la vida, en el espacio de diez y ocho años, como aquellos en mil seiscientos, y, sin embargo, nunca dejo de abrazar y [363] practicar la memoria, amistad y sociedad de una unión perfecta y vivísima. Mi inclinación misma no convierte en más oficioso para con los que fueron, quienes, no ayudándose, requieren, a mi entender, por eso mismo mi ayuda. La

gratitud está aquí en su lugar verdadero: el bien obrar está menos ricamente asignado donde hay retrogradación y reflexión. Visitando Arcesilao a Ctesibio, enfermo, y encontrándole en situación estrecha, deslizó bajo la almohada de su lecho una cantidad de dinero; y al ocultárselo le exentó de que se lo agradeciera. Los que de mí merecieron amistad y reconocimiento, ninguna de las dos cosas perdieron al desaparecer del mundo; mejor los pagué entonces; y más cuidadosamente ausentes e ignorantes de mi acción: con mayor afecto hablo de mis amigos cuando no hay medio de que lo sepan. He sostenido cien querellas por la defensa de Pompeyo y por la causa de Marco Bruto: esta unión persiste aún entre nosotros: hasta las mismas cosas presentes, por fantasía las poseemos.

Reconociéndome inútil en este siglo, me lanzo a ese otro, y con él tanto me embobo, que el estado de esa antigua Roma, libre, justa y floreciente (pues no amo su nacimiento ni su senectud), me conmueve y apasiona; por lo cual nunca podré ver de nuevo, por frecuentemente que la vea, la situación de sus calles y de sus casas, y sus profundas ruinas, enterradas hasta los antípodas, sin que en todo ello me interese. ¿Es naturaleza o error de la fantasía, lo que hace que la vista de los lugares que sabemos haber sido frecuentados y habitados por personas cuya memoria es eximia, nos conmueva en algún modo más que oír la relación de sus hechos o leer sus escritos? Tanta vis admonitionis inest in locis! ...Et id quidem in hac urbe infinitum; quacumque enim ingredimur, in aliquam historiam vestigium ponimus. Pláceme considerar su rostro, su porte y sus vestidos: yo rumio estos grandes nombres y los hago resonar a mis oídos. Ego illos veneror, et tantis nominibus semper assurgo. De las cosas que son en algún respecto grandes y admirables, admiro yo hasta las partes comunes: viérales de buen grado conversar, pasearse y comer. Sería ingrato el menospreciar las reliquias e imágenes de tantos nombres relevantes y tan valerosos, a quienes vi vivir y morir, y quienes nos procuran tan buenas instrucciones con su ejemplo, si supiéramos seguirlas.

Y además esa misma Roma que vemos merece que se la ame: confederada de tanto tiempo atrás, y por tantos títulos a nuestra corona, sola común y universal, el magistrado [364] soberano que en ella manda, es igualmente reconocido donde quiera: es la ciudad metropolitana de todas las naciones cristianas; el español y el francés, todos están allí en su casa propia; para figurar entre los príncipes de este Estado basta con pertenecer a la cristiandad, donde quiera que se resida. Ningún lugar hay aquí bajo que el cielo haya abrazado con favor tan influyente ni con constancia semejante; su ruina misma es gloriosa y magnífica:

Laudandis pretiosior ruinis.

Aun en su propia tumba retiene signos y carácter de imperio. Ut palam sit, uno in loco gaudentis opus esse naturae. Alguien se quejaría e insubordinaría contra sí mismo, sintiéndose cosquillar por un tan vano placer: nuestros humores no lo son nunca demasiado cuando son gratos; cualesquiera que sean los que contentan constantemente a un hombre capaz de sentido común, nunca osaría yo compadecerle.

Debo mucho a la fortuna porque hasta el momento actual nada hizo contra mí que significara ultraje, al menos por cima de lo que pudieran resistir mis fuerzas. ¿Será que acostumbra a dejar tranquilos a los que no la importunan?

Quanto quisque sibi plura negaverit,
a dis plura feret: nil cupientium.

Nudus castra peto...

Multa petentibus.

Desunt multa.

Si por el mismo tenor continúa, me despedirá muy contento y satisfecho:

Nihil suprae

Deos lacesso.

Mas ¡cuidado con el choque! mil hombres hay que se estrellan en el puerto. Me consuelo fácilmente porque llegará aquí cuando yo no exista ya; las cosas presentes me atarean bastante:

Fortunae cetera mando:

Así que me encuentro desposeído de esas fuertes ligaduras que se dice sujetan a los hombres a lo venidero, merced a los hijos que recibieron nuestro propio nombre y honor; y quizás deba desearlos tanto menos cuanto más son deseables. Demasiado sujeto estoy por mí mismo al mundo y a esta vida; me conformo con depender de la fortuna por las [365] circunstancias propiamente necesarias a mi ser, sin procurarla por otro lado jurisdicción sobre mí; y jamás consideré que la carencia de hijos fuera una falta que convirtiera la vida en menos cabal y contenta: también tienen sus ventajas las uniones estériles. Pertenecen los hijos al número de cosas que no tienen por qué ser apetecidas, principalmente a la hora actual en que sería difícil hacerlos buenos, bona jam nec nasci licet, ita corrupta sunt semina; y precisamente tienen por qué lamentarse para quien los pierde después de haberlos echado al mundo.

Aquel de cuyas manos recibí el gobierno de mi casa pronosticó que había de arruinarla, considerando mi humor errante. Pero se equivocó, pues héteme aquí como entré en ella, si no mejor, careciendo, sin embargo, de oficio y beneficio.

Por lo demás, si la fortuna no me infirió ninguna ofensa violenta y extraordinaria, tampoco me procuró ventaja alguna. Cuantos dones suyos alberga nuestra casa, son anteriores a mí y datan de cien años atrás: particularmente no poseo ningún bien esencial y sólido de que a su liberalidad sea deudor. Concediome algunos favores aéreos, honorarios y titulares, de substancia desprovistos; y más bien me los ofreció que me los concedió. Dios sabe bien que para mí, ser completamente material que sólo de realidades se paga, y bien macizas por añadidura, si sin ambages fuera a hablar, reconocería la avaricia apenas menos excusable que la ambición, el dolor apenas menos evitable que la vergüenza, la salud menos deseable que la filosofía, y la riqueza que la nobleza.

Entre estos vanos favores ninguno creo que plazca tanto a esta torpeza insensata que dentro de mí retoza, como una bula auténtica de ciudadanía romana, que me fue otorgada últimamente cuando allí estuve, pomposa en sellos y letras doradas, y concedida con la liberalidad más generosa. Como se redactan en estilos diversos, que más o menos

favorecen, y como antes de haberlas yo conocido me habría sido grata la vista de uno de estos formularios, quiero transcribirla aquí para satisfacción de alguien que se encuentre molesto por una curiosidad semejante a la mía:

Quod Horatius Maximus, Marcius Cecius, Alexander Mutus, almae urbis Conservatores de Illmo viro Michaeli Montano, equite Sancti Michaelis, et a cubiculo regis Christianissimi, Romana civitate donando, ad Senatum retulerunt; S. P. Q. R. de eare ita fieri censuit.

Quum, veteri more et instituto, cupide illi semper studioeque [366] suscepti sint, qui virtute ac nobilitate praestantes, magno Reipublicae nostrae usui atque ornameto fuissent, vel esse aliquando possent: Nos, majorum nostrorum exemplo atque auctoritate permoti, praeclaram hanc consuetudinem nobis imitandam ac servandam fore censemus.

Quamobrem quum Illmus Michael Montanus, eques Sancti Michaelis, et a cubiculo regis Christianissimi, Romani nominis studiosissimus, et familiae laude atque splendore, et propriis virtutum meritis dignissimus sit, qui summo Senatus Populique Romani iudicio ac studio in Romanam civitatem adsciscatur; placere Senatui P. Q. R., Illmum Michaeli Montanum, rebus omnibus ornatissimum, atque huic inclyto Populo carissimum, ipsum posterosque in Romanam civitatem adscribi, ornarique omnibus et praemiis et honoribus, quibus illi fruuntur, qui quives patriciique Romani nati, aut jure optimo facti sunt. In quo censere Senatum P. Q. R., se non tam illi jus civitatis largiri, quam debitum tribuere, neque magis beneficium dare, quam ab ipso accipere, qui, hoc civitatis munere accipiendo, singulari civitatem ipsam ornameto atque honore affecerit. Quam quidem S. C. auctoritatem iidem Conservatores per Senatum P. Q. R. scribas in acta referri, atque in Capitolii curia servari, privilegiumque hujusmodi fieri, solitoque urbis sigillo communiri curarunt. Anno ab urbe condita CXC CCC XXXI; post Christum natum M D LXXXI, III idus martii,

HORATIUS FUSCUS, sacri S. P. Q. R. scriba.

VINCENT MARTHOLUS, sacri S. P. Q. R. scriba.

No siendo ciudadano de ninguna ciudad, satisfecho estoy de serlo de la más noble entre las que fueron y serán. Si [367] los demás se consideraran atentamente como yo, reconoceríanse como yo henchidos de vanidad e insulsez. De ellas no puedo desposeerme sin acabar conmigo. Repletos estamos todos de ambas cosas, mas los que no lo advierten creen hallarse más aligerados; y aun de esto no estoy muy seguro.

Esta idea y común usanza de mirar a otra parte y no a nosotros mismos recae cabalmente en nuestra ventaja, por ser una cosa cuya vista no puede menos de llenarnos de descontento. En nosotros no vemos sino vanidad y miseria: con el fin de no desconfortarnos la naturaleza lanzó ¡cuán sagazmente! hacia fuera la acción de nuestros ojos. Adelante vamos, donde la corriente nos lleva, mas replegar en nosotros nuestra carrera es un penoso movimiento: la mar se revuelve y violenta así cuando de nuevo es empujada hacia sus orillas. Considerad, dicen todos, los movimientos celestes; mirad a las gentes, a la querrela de éste, al pulso de aquél, al testamento del otro. En conclusión, mirad siempre alto, bajo o al lado vuestro, delante o detrás de vosotros. Era un precepto paradójico el que nos ordenaba aquel dios en Delfos, diciendo: mirad en vosotros; reconoced; depended de vosotros mismos vuestro espíritu y vuestra voluntad que se consumen fuera, conducidlos a

sí mismos: os escurrís y os esparcís fortificaos y sosteneos: se os traiciona, se os disipa y se os aparta de vuestro ser. ¿No ves cómo este mundo mantiene sus miradas sujetas hacia dentro, y sus ojos abiertos para a sí mismo contemplarse? Tú no hallarás nunca sino vanidad, dentro y fuera, pero será menos vana cuanto menos entendida. Salvo tú, ¡oh hombre! decía aquel dios, cada cosa se estudia la primera, y posee, conforme a sus necesidades, límites a sus trabajos y deseos. Ni una sola hay tan vacía y menesterosa como tú, que abarque el universo mundo. Tú eres el escrutador sin conocimiento, el magistrado sin jurisdicción y, en conclusión, el bufón de la farsa.

Capítulo X

Gobierno de la voluntad

Comparado con el común de los hombres pocas cosas me impresionan, o por mejor decir, me dominan, pues es razón que nos hagan mella, siempre y cuando que dejen de poseernos. Pongo gran cuidado en aumentar, por reflexión y estudio, este privilegio de insensibilidad, que naturalmente adelantó ya bastante en mí; por consiguiente son contadas las cosas que adopto, y pocas también aquellas por que me apasiono. Mi vista es clara, pero la fijo en [368] escasos objetos: en mí, el sentido es, delicado y blando, mas sordas y duras la aprensión y la aplicación. Difícilmente me dejo llevar; cuanto me es dable empléome en mí por completo, y aun en esto mismo sujetaría, sin embargo, y sostendría de buen grado mi afición, a fin de que no se sumergiese en mi individuo sobrado entera, puesto que se trata de cosa entregada a la merced ajena en la cual el acaso tiene más derecho que yo; de suerte que, hasta la salud, que tanto estimo, me precisaría no deseirla ni darme a ella tan furiosamente que llegara a encontrar insoportables las enfermedades. Debemos moderarnos entre el odio del dolor y el amor del goce; y Platón ordena que detengamos entre ambos la senda de nuestra vida. Pero a las afecciones que de mí me apartan y que fuera me sujetan, me opongo con todas mis fuerzas. Mi parecer es que hay que prestarse a otro, pero no darse sino a sí mismo. Si mi voluntad se viera propicia a hipotecarse y a aplicarse, yo no daría gran cosa; soy naturalmente blando por naturaleza y por hábito.

Fugax rerum, securaque in otia natus.

Los debates reñidos y porfiados, que acabarían por fin en ventaja de mi adversario; el desenlace, que trocaría en vergonzoso mi perseguiimiento acalorado, me roerían quizás cruelmente: hasta en caso de acierto, como acontece a algunos, mi alma no dispondría jamás de fuerzas bastantes para soportar las alarmas y emociones que acompañan a los que todo lo abarcan: se dislocaría incontinenti a causa de semejante agitación intestinal. Si alguna vez se me empujó al manejo de extraños negocios, prometí ponerlos en mi mano, no en el pulmón ni en el hígado; encargarme de ellos, no incorporármelos; cuidarme, sí; pero apasionarme, en modo alguno: los considero, mas no los incubo. Sobrado quehacer tengo con disponer y ordenar la barahúnda doméstica, que me araña las entrañas y las venas, sin inquietarme y atormentarme con los extraños y me encuentro bastante interesado en mis cosas esenciales, propias y naturales, sin convidar a ellas otras ferias. Los que conocen cuánto se deben a su persona, y cuántos son los oficios que consigo mismos deben cumplir,

reconocen que la naturaleza los procuró semejante comisión bastante llena y en ningún modo ociosa: «Tienes en tu casa labor abundante, no te apartes de ella.»

Los hombres se entregan en alquiler: sus facultades no son para ellos, son para las gentes a quienes se avasallan; sus inquilinos viven en ellos, no son ellos quienes viven. Este humor común no es de mi gusto. Es necesario economizar [369] la libertad de nuestra alma y no hipotecarla sino en las ocasiones justas, las cuales son contadas, a juzgar sanamente. Ved las gentes enseñadas a dejarse llevar y agarrar; en todas ocasiones así proceden, en las cosas insignificantes como en las importantes, en lo que nada les va ni les viene, como en lo que les importa; indiferentemente se ingieren donde hay tarea y ocupación, y se encuentran sin vida hallándose libres de agitación tumultuosa: *in negotiis sunt negotii* causa, «no buscan la labor sino para atarearse». No es que quieran marchar, sino más bien que no se pueden contener, ni más ni menos que la piedra sacudida en su caída no se para hasta, dar en el suelo. La ocupación para cierta suerte de gentes es como un sello de capacidad y dignidad; el espíritu de éstas busca un reposo en el movimiento, como los niños en la cuna: en verdad pueden decirse tan serviciales para sus amigos como importunos a sí mismos. Nadie distribuye su dinero a los demás, pero todos reparten su tiempo y su vida: nada hay de que seamos tan pródigos como de estas cosas, de las cuales únicamente la avaricia nos sería útil y laudable. Yo adopto un modo de ser opuesto: me apoyo en mí y ordinariamente apetezco blandamente lo que deseo, y deseo poco; me ocupo y atareo en el mismo grado, tranquilamente y rara vez. Todo lo que quieren y manejan, lo anhelan con toda su voluntad y vehemencia. Tantos malos pasos hay en la vida, que aun en el más seguro precisa escurrirse un poco ligera y superficialmente y resbalar sin hundirse. La voluptuosidad misma es dolorosa cuando es intensa:

*Incedis per ignes
suppositos cineri doloso.*

Los señores de Burdeos me eligieron alcalde de su ciudad hallándome alejado de Francia y todavía más apartado de tal pensamiento; yo me excuse, pero se me dijo que hacia mal procediendo así, puesto que la orden del rey se interponía también. Este es un cargo que debe parecer tanto más hermoso cuanto que carece de remuneración distinta al honor de ejercerlo. Dura dos años, pero puede ser continuado por segunda elección, lo cual ocurre muy rara vez, y aconteció conmigo; y no había sucedido más que otras dos veces antes, algunos años había, al señor de Birón, mariscal de Francia, de quien yo ocupé el puesto, dejando el mío al señor de Matignón, también mariscal de Francia. Puedo no en vano gloriarme de tan noble compañía;

Uterque bonus pacis bellique minister. [370]

Quiso la buena fortuna contribuir a mi promoción por esa particular circunstancia que, de su parte paso, no del todo vana, pues Alejandro no paró mientes en los embajadores corintios que le brindaban con la ciudadanía de su ciudad; mas cuando le dijeron que Baco y Hércules figuraban también en el mismo registro, les dio gracias por ello muy cumplidas.

A mi llegada me descubrí fiel y concienzudamente tal y como me reconozco ser: desprovisto de memoria, sin vigilancia, sin experiencia y, sin vigor pero también sin odios,

sin ambición, sin codicia y sin violencia, a fin de que fueran informados e instruidos de cuanto podían esperar de mi concurso; porque sólo el conocimiento de mi difunto padre les había incitado a mi nombramiento en honor de su memoria, añadí bien claramente que me contrariaría mucho el que ninguna cosa, por importante que fuese, hiciera tanta mella en mi voluntad como antaño hicieran en la suya los negocios de su ciudad mientras el la gobernó en el cargo mismo a que me habían llamado. En mi infancia recuerdo haberle visto ya viejo, con el alma cruelmente agitada a causa del trajín de su empleo, olvidando el dulce ambiente de su casa, donde la debilidad de los años le había sujetado largo tiempo antes, sus negocios y su salud; menospreciando su vida, que estuvo a punto de perder, comprometido por las cosas públicas a largos y penosos viajes. Así fue mi padre, y era el origen de este humor su naturaleza buenísima: jamás hubo alma más caritativa ni amiga del pueblo. Esta conducta que yo alabo en los demás no gusto seguirla, y para ello tengo mis razones.

Había oído decir que era menester olvidarse de sí mismo en provecho ajeno; que lo particular nada significaba comparado con lo general. La mayor parte de las reglas y preceptos del mundo toman este camino de lanzarnos fuera de nosotros, arrojándonos en la plaza pública para uso de la pública sociedad: pensaron hacer una buena obra con apartarnos y distraernos de nosotros, presuponiendo que estábamos sobrado amarrados con sujeción natural, y nada economizaron para este fin, pues no es cosa nueva en los sabios el predicar las cosas tal y como sirven, no conforme son. La verdad tiene sus impedimentos, obstáculos e incompatibilidades con nuestra naturaleza; precísanos a veces engañar, a fin de no engañarnos, cerrar nuestros ojos y embotar nuestro entendimiento, para enderezarlos y enmendarlos: imperiti enim judicant, et qui frequenter in hoc ipsum fallendi sunt, ne errent. Cuando nos ordenan amar, antes que nosotros, tres, cuatro y cincuenta suertes

de cosas, representan el arte de los arqueros, quienes para [371] dar en el blanco van clavando la vista por cima del mismo grande espacio: para enderezar un palo torcido se retuerce en sentido contrario.

Creo yo que en el templo de Palas, como vemos en todas las demás religiones, habría misterios aparentes para ser mostrados al pueblo, y otros más secretos y elevados que se enseñaban solamente a los profesos; verosímil es que en éstos se encuentre el verdadero punto de la amistad que cada cual se debe: no una amistad falsa que nos haga abrazar la gloria, la ciencia, la riqueza y otras cosas semejantes con afección principal e inmoderada, como cosas que a nuestro ser pertenecieran, ni que tampoco sea blanda e indiscreta, en que acontezca lo que se ve en la hiedra, que corrompe y arruina la pared donde se fija, sino una amistad saludable y ordenada, igualmente útil y grata. Quien conoce los deberes que impone y los práctica, digno es de penetrar en el recinto de las Musas; alcanzó la nieta de la sabiduría humana y la de nuestra dicha: conociendo puntualmente lo que se debe a sí propio, reconoce en su papel que debe aplicar a sí mismo la enseñanza de los otros hombres y del mundo, y para practicar esto contribuir al sostén de la sociedad política con los oficios y deberes que le incumben. Quien en algún modo no vive para otro, apenas vive para sí mismo: quí sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse. El principal cargo que tengamos consiste en que cada cual cumpla el deber asignado; para eso estamos aquí. De la propia suerte que sería tonto de solemnidad quien olvidara vivir bien y santamente, pensando hallarse exento de su deber encaminando y dirigiendo a los demás, así también

quien abandona el vivir sana y alegremente por consagrarse al prójimo, adopta a mi ver un partido perverso y desnaturalizado.

No quiero yo que dejen de otorgarse a los cargos que se aceptan la atención, los pasos, las palabras, y el sudor y la sangre, si es menester,

Non ipse pro caris amicis,
aut patria, timidus perire,

ero que se otorguen solamente de prestado y accidentalmente, de manera que el espíritu se mantenga siempre en reposo y en salud, y no tan sólo de acción desposeído si no de pasión y vejación. El obrar simplemente le cuesta tan poco, que hasta durmiendo se agita; pero es necesario que con discreción se ponga en movimiento, porque es el cuerpo quien recibe las cargas que se le echan encima cabalmente conforme son; el espíritu las extiende y las hace pesadas, [372] en ocasiones a sus propias expensas, dándolas la medida que se le antoja. Las mismas cosas se ejecutan con esfuerzos diversos y diferente contención de voluntad; el uno marcha bien sin el otro en efecto, cuantísimas gentes vemos lanzarse todos los días en las guerras, de las cuales poco o nada les importa, lanzándose en los peligros de las batallas, cuya pérdida para nada trastornará su vecino sueño. Tal en su propia casa, lejos de este peligro que ni siquiera contemplarlo osaría, se apasiona más por el desenlace de la lucha y tiene el alma más trabajada que el soldado que expone su sangre y su vida. Pude yo mezclarme en los empleos públicos sin apartarme de mí ni siquiera en lo ancho de una uña, y darme a otro sin abandonarme a mí mismo. Esa rudeza violencia de deseos imposibilita más bien que sirve al manejo de lo que se emprende; nos llena de impaciencia hacia los sucesos contrarios o tardíos, y de animadversión y sospecha hacia aquellos con quienes negociamos. Jamás conducimos bien las cosas porque somos poseídos y llevados:

Male cuneta in ministra
impetus.

Quien no emplea sino su habilidad y criterio procede con mayor contento; simula, pliega y difiere todo a su albedrío, según la necesidad de las ocasiones lo exige; y si no acierta, permanece sin tormento ni aflicción, presto y entero para una nueva empresa, caminando siempre con la brida en la mano. En el que está embriagado por su pasión violenta y tiránica, vese necesariamente muelle de imprudente y de injusto: la impetuosidad de su deseo le arrastra, sus movimientos son temerarios, y si la fortuna no lo da la mano, da escaso fruto. Quiere la filosofía que en el castigo de las ofensas recibidas, distraigamos nuestra cólera, no a fin de que la venganza sea menor, sino al contrario, para que vaya tanto mejor encaminada y sea más dura: efectos que la impetuosidad no procura. No solamente la cólera trastorna, sino que además, por sí misma, cansa también el brazo de los que castigan; este luego aturde y consume su fuerza: como en la precipitación, festinatio tarda est; «el apresuramiento se pone a sí mismo la pierna, se embaraza y se detiene», ipsa se velocitas implicat. Por ejemplo, a lo que yo veo en el uso ordinario, la avaricia no tropieza con mayor impedimento que ella misma; cuanto más tendida y vigorosa, es menos fértil; comúnmente atrapa las riquezas con prontitud mayor, disfrazada con imagen liberal. [373]

A un gentilhomme muy honrado y mi amigo, faltole poco para trastornar la salud de su cabeza a causa de la apasionada atención y afección que puso en los negocios de un príncipe, su dueño, el cual se me descubrió a sí mismo, diciendo «que veía el peso de los accidentes como cualquiera otro, pero que en los irremediabiles resignábase de repente al sufrimiento; en los otros, luego de haber ordenado las provisiones necesarias, -lo cual le es dable realizar con premura por la vivacidad de su espíritu, -espera tranquilamente lo que sobreviene». Y así es en verdad; yo le vi sobre el terreno, manteniendo una tranquilidad magnífica, y una libertad de acciones y de semblante grandes al través de negocios graves y muy espinosos. Más grande y capaz le veo en la adversa que en la próspera fortuna; sus pérdidas le procuran mayor gloria que sus victorias, y su duelo que su triunfo.

Considerad que hasta en las acciones mismas que son vanas y frívolas, en el juego de las damas, en el de pelota y en otros semejantes, ese empeño rudo y ardiente de mi deseo impetuoso, lanza incontinenti el espíritu y los miembros a la indiscreción y al desorden; todos así se alucinan y embarazan: quien procede con moderación más grande hacia el ganar o el perder, se mantiene siempre dentro de sí mismo; cuanto en el juego menos se enciende y apasiona, lo lleva con mayor ventaja y seguridad.

Imposibilitamos, además, la presa y reconocimiento del alma, brindándola con tantas cosas de que apoderarse: precisa sólo presentarla las unas, sujetarla otras e incorporarla otras: puede ver y sentir todas las cosas, mas únicamente de sí misma debe apacentarse; y debe hallarse instruida de lo que la incumbe esencialmente y de lo que esencialmente es su haber y su sustancia. Las leyes de la naturaleza nos enseñan lo que justamente nos precisa. Luego que los filósofos nos dijeron que según ella nadie hay que sea indigente, y que todos sean según su idea, distinguieron así sutilmente los deseos que proceden de aquélla, de los que emanan del desorden de nuestra fantasía: aquellos que muestran el fin, son suyos; los que huyen ante nosotros y de los cuales no podemos tocar el límite, son nuestros: la pobreza de los bienes es fácil de remediar; la pobreza del alma es irremediable:

Nam si, quod satis est homini, id satis esse potesset,
hoc sat, erat, nunc, quum hoc non est, qui credimu porro
divitias ullas animum mi explere potesse?

Viendo Sócrates conducir pomposamente por su ciudad [374] una cantidad grande de riquezas, joyas y hermosos muebles: «Cuántas cosas, dijo, que yo no deseo.» Metrodoro se sustentaba con el peso de doce onzas de alimento por día; Epicuro, con dos menos. Metrocles dormía en invierno con los borregos, y en estío en los claustros de los templos: *sufficit ad id natura, quod poseit*. Cleanto vivía del trabajo de sus manos, y se alababa de que Cleanto, a quererlo, sustentaría aun a otro Cleanto.

Si lo que naturaleza exacta y originalmente de nosotros solicita para la conservación de nuestro ser es sobrado reducido, como en verdad así lo es (y cuán escaso sea lo que sustenta nuestra vida, no puede mejor expresarse sino considerando que es tan poco que escapa a los vaivenes y al choque de la fortuna por su nimiedad), dispensé menos de lo que está más allá; llamemos naturaleza al uso y condición particular de cada uno de nosotros; tasémonos; sometámonos a esta medida; extendamos hasta ella nuestra pertenencia y nuestras cuentas, pues así paréceme que nos cabe alguna excusa. La costumbre es una segunda naturaleza

menos poderosa que la naturaleza misma. Lo que a la mía falta, entiendo que a mí me falta, y preferiría casi lo mismo que me quitaran la vida que de aquélla me despojaran, desviándola lejos del estado en que por espacio de tanto tiempo ha vivido. Ya no me encuentro en el caso de experimentar una modificación esencial, ni de lanzarme a un nuevo camino inusitado, ni siquiera hacia el aumento de bienes. No es ya tiempo de convertirse en otro; y de la propia suerte que lamentaría alguna importante ventura que ahora me viniera a las manos, la cual no hubiera llegado en ocasión de poder disfrutarla,

Quo mihi fortunas, si non conceditur uti?

Lo mismo me quejaría de mi mejoramiento interno. Casi mejor vale no llegar nunca a ser hombre cumplido y competente en el vivir, que llegar a serlo tan tarde, cuando la vida se acaba. Yo que estoy con un pie en el estribo, resignaría fácilmente en alguno que viniera lo que aprendo de prudencia para el comercio del mundo, que no es ya sino mostaza después de la comida. Para nada me sirve el bien que no puedo utilizar. ¿De qué aprovecha la ciencia a quien ya no tiene cabeza? Es injuria y desfavor de la fortuna el ofrecernos presentes que nos llenan de justo despecho porque nos faltaron cuando podíamos utilizarlos. No he menester que me guíen, ya no puedo ir más adelante. De tantas partes como el buen vivir componen, la paciencia sola nos basta. Conceded la capacidad de un excelente tenor al cantante cuyos pulmones están podridos, y la elocuencia [375] al eremita relegado en los desiertos de la Arabia. Ningún arte precisa la caída: con el fin se tropieza naturalmente, al cabo de cada trabajo. Para mí el mundo acabó y mi ser expiró; soy todo del pasado y me encuentro en el caso de autorizarlo, conformando con él mi salida. Quiero decir lo que sigue a manera de ejemplo: la nueva supresión de los diez días del año, hecha por el pontífice, me cogió tan bajo que no he podido acostumbrarme a ella: sigo los años como antaño los contábamos. Un tan antiguo y dilatado uso me reivindica y me llama, viéndome obligado a ser algo herético en esta parte, incapaz como soy de transigir con la novedad, ni siquiera con la que mejora. Mi fantasía, a despecho de mis dientes, se lanza siempre diez días atrás o diez días adelante, y refunfuña a mis oídos: «Este precepto toca a los que han de ser.» Si la salud misma, por dulce que sea, viene a visitarme a intervalos, sólo es para procurarme duelo más bien que posesión de sí misma: no tengo donde guardarla. El tiempo me abandona; nada sin él se posee. ¡Ah! cuán poco caso haría yo de esas grandes dignidades electivas que por el mundo veo, las cuales no se otorgan sino a los hombres ya prestos a partir; en ellas no se mira tanto la puntualidad con que se ejercerán, como el escaso tiempo que se disfrutarán; desde la entrada se tiene presente la salida. En conclusión, héteme aquí, presto a rematar este hombre, y no a rehacer otro distinto; por largo hábito esta forma se me convirtió en sustancia, y el acaso trocose en naturaleza.

Digo, pues, que cada uno de entre nosotros, seres débiles como somos, es excusable al estimar suyo lo que se halla comprendido en la medida de que hablé; pero pasado este límite todo es confusión y barullo; ésa es la más amplia extensión que podamos otorgar a nuestros derechos. Cuanto más ampliamos nuestras necesidades y nuestra posesión, más nos abocamos a los golpes de la fortuna y de las adversidades. La carrera de nuestros deseos debe hallarse circunscrita y restringida en un corto límite que comprenda las comodidades más próximas y contiguas; y debe, además, efectuarse no en línea recta, cuyo fin nos extravíe, sino en un redondel, cuyos dos puntos se apoyen y acaben en nosotros merced a un breve contorno. Las acciones que se gobiernan sin esta mira como son las de

los avariciosos, las de los ambiciosos y las de tantos otros que se lanzan llenos de ímpetu, cuya carrera les lleva delante de sí mismos, son erróneas y enfermizas.

La mayor parte de nuestros oficios son pura farsa: *mundus universus exercet histrioniam*. Es preciso que desempeñemos debidamente nuestro papel, pero como el de un personaje prestado: del disfraz y lo aparente no hay [376] que hacer una esencia real, ni de lo extraño lo propio: no sabemos distinguir la piel de la camisa, y, basta con enharinarse el semblante sin ejecutar lo propio con el pecho. Muchos hombres veo que se transforman y transubstancian en otras tantas figuras y seres como funciones ejercen, y que se revisten de importancia hasta el hígado y los intestinos, llevando su dignidad a los lugares más excusados. No soy yo capaz de enseñarles a distinguir las bonetadas que les incumben de las que sólo miran a la misión que cumplen, o bien a su séquito o a su cabalgadura: *tantum se fortunae permittunt, etiam uti naturam dediscant*; inflan y engordan su alma y su natural discurso según la altura de su punto prominente. El funcionario y Montaigne fueron siempre dos personajes distintamente separados. Por ser abogado o hacendista hay que desconocer las trapacerías que encierran ambas profesiones: un hombre cumplido no es responsable de los abusos o torpezas inherentes a su oficio, y no debe, sin embargo, rechazar el ejercicio del mismo; dentro está de la costumbre de su país, y en él se encierra provecho: no hay que vivir en el mundo y prevalerse de él, tal y como se le encuentra. Mas el juicio de un emperador ha de estar por cima de su imperio, y ha de verlo y considerarlo como accidente extraño, acertando a disfrutar individualmente y a comunicarse como Juan o Pedro, al menos consigo mismo.

Yo no sé obligarme tan profundamente y tan por entero cuando mi voluntad me entrega a un partido, no lo hace con tal violencia que mi entendimiento se corrompa. En los presentes disturbios de este Estado el interés propio no me llevó a desconocer ni las cualidades laudables de nuestros adversarios, ni las que son censurables en aquellos a quienes sigo. Todos adoran lo que pertenece a su bando: yo ni siquiera excuso la mayor parte de las cosas que corresponden al mío: una obra excelente no pierde sus méritos por litigar contra mí. Fuera del nudo del debate me mantuve con ecuanimidad y pura indiferencia; *neque extra necessitates belli, praecipuum odium gero*: de lo cual me congratulo tanto más, cuanto que comúnmente veo caer a todos en el defecto contrario: *utatur motu animi, qui uti ratione non potest*. Los que dilatan su cólera y su odio más allá de las funciones públicas, como hacen la mayor parte, muestran que esas pasiones surgen de otras fuentes y emanan de alguna causa particular, del propio modo que quien se cura de una úlcera no por ello [377] se limpia de la fiebre, lo cual prueba que ésta obedecía a una causa más oculta. Y es que no están sujetos a la cosa pública en común y en tanto que la misma lastima el interés de todos y el del Estado; la detestan sólo en cuanto les corroe en privado. He aquí por qué se pican de pasión particular más allá de la justicia y de la razón generales: *non tam omnia universi, quam ea, quae ad quemque pertinerent, singuli carpebant*. Quiero yo que la ventaja quede de nuestro lado, mas no saco las cosas de quicio si así no sucede. Me entrego resueltamente al más sano de los partidos, pero no deseo que se me señale especialmente como enemigo de los otros y por cima de la razón general. Acuso profundamente este vicioso modo de opinar: «Es de la liga porque admira la distinción del señor de Guisa. La actividad del rey de Navarra le pasma, pues es hugonote. Encuentra qué decir de las costumbres del monarca, pues es entrañablemente sedicioso»; y no concedí la razón al magistrado mismo al condenar un libro por haber puesto a un

herético entre los mejores poetas del siglo. ¿No osaríamos decir de un ladrón que tiene la pierna bien formada? Porque una mujer sea prostituta, ¿necesariamente ha de olerle mal el aliento? En tiempos más cuerdos que éstos ¿se anuló el soberbio título de Capitolino, otorgado a Marco Manlio como guardador de la religión y libertad públicas? ¿Se ahogó la memoria de su liberalidad y de sus triunfos militares, ni la de las recompensas concedidas a su virtud porque fingió luego la realeza en perjuicio de las leyes de su país? Si toman odio a un abogado, al día siguiente pierde toda su elocuencia. En otra parte había del cielo que empuja a semejantes extravíos a las gentes de bien, mas por lo que a mí respecta sé muy bien decir: «Hace malamente esto y virtuosamente lo otro.» De la propia suerte, en los pronósticos o acontecimientos siniestros de los negocios quieren que cada cual en el partido a que está sujeto sea cegado y entorpecido; que nuestra apreciación y nuestro juicio se encaminen, no precisamente a la verdad, sino al cumplimiento de nuestros anhelos. Más bien caería yo en el extremo contrario; tanto temo que mi voluntad me engañe, a más de desconfiar siempre supersticiosamente de las cosas que deseo.

En mi tiempo he visto maravillas en punto a la indiscreta y prodigiosa facilidad como los pueblos se dejan llevar y manejar por medio del crédito y la esperanza; fueron dando plazo y fue útil a sus conductores por cima de cien errores amontonados unos sobre otros, trasponiendo ensueños y fantasmas. Ya no me admiro de aquellos a quienes embaucan las ridiculeces de Apolonio y de Mahoma. El [378] sentido y el entendimiento de esos otros está enteramente ahogado en su pasión: su discernimiento no tiene a mano otra cosa sino lo que les sonríe y su causa reconforta. Soberanamente eché de ver esto en nuestro primer partido febril; el otro, que nació luego, imitándole le sobrepuja; por donde caigo en que la cosa es una cualidad inseparable de los errores populares; una vez el primero suelto, las opiniones se empujan unas a otras, según el viento que sopla, como las ondas; no se pertenece al cuerpo social cuando puede uno echarse a un lado, cuando no se sigue la común barahúnda. Mas en verdad se perjudica a los partidos justos cuando se los quiere socorrer con truhanes; siempre me opuse a ello por ser medio que sólo se conforma con cabezas enfermizas. Para con las sanas hay caminos más seguros (no solamente más honrados) a mantener los ánimos y a preservar los accidentes contrarios.

Nunca vio el cielo tan pujante desacuerdo como el de Pompeyo y César, ni en lo venidero lo verá tampoco; sin embargo, pareceme reconocer en aquellas hermosas almas una grande moderación de la una para con la otra. Era el que les impulsaba un celo de honor y de mando, que no los arrastraba al odio furioso y sin medida, sin malignidad ni maledicencia. Hasta en sus más duros encuentros descubro algún residuo de respeto y benevolencia, y entiendo que de haberles sido dable cada uno de ellos habría deseado cumplir la misión impuesta sin la ruina de su compañero más bien que con ella. ¡Cuán distinto proceder fue el de Sila y Mario! Conservad el recuerdo de este ejemplo.

No hay que precipitarse tan desesperadamente en pos de nuestras afecciones e intereses. Cuando joven, me oponía yo a los progresos del amor, que sentía internarse demasiado en mi alma, considerando que no llegaran a serme gratos hasta el extremo de forzarme y cautivar me por completo a su albedrío; lo mismo hago en cuantas ocasiones mi voluntad se prenda de un apetito extremo, ladeándome en sentido contrario de su inclinación, conforme lo veo sumergirse y emborracharse con su vino; huyo de alimentar su placer tan adentro que ya no me sea dable poseerlo de nuevo sin sangrienta pérdida. Las almas que por

estulterez no ven las cosas sino a medias gozan de esta dicha: las que perjudican las hieren menos; es ésta una insensibilidad espiritual que muestra cierto carácter de salud, de tal suerte que la filosofía no la desdeña; mas no por ello debemos llamarla prudencia, como a veces la llamamos. Alguien en lo antiguo se burló de Diógenes del modo siguiente: yendo el filósofo completamente desnudo en pleno invierno abrazaba una estatua de nieve con el fin de poner a prueba su resistencia, cuando aquél, encontrándole en esta disposición, le dijo: «¿Tienes ahora mucho frío? -Ninguno, respondió Diógenes.- [379] Entonces, repuso el otro, ¿qué pretendes hacer de ejemplar y difícil así como estás?» Para medir la constancia, necesariamente precisa conocer el sufrimiento.

Pero las almas que hayan de experimentar accidentes contrarios y soportar las injurias de la fortuna en la mayor profundidad y rudeza; las que tengan que pesarlas y gustarlas según su agriura natural y abrumadora, deben emplear su arte en no aferrarse en las causas del mal, apartándose de sus avenidas, como hizo el rey Cotys, quien pagó liberalmente la hermosa y rica vajilla que le presentaran, mas como era singularmente frágil, él mismo la rompió al punto para quitarse de encima de antemano una tan fácil causa de cólera para con sus servidores. Análogamente evité yo de buen grado la confusión en mis negocios, procurando que mis bienes no estuvieran contiguos a los que me tocan algo, ni a los que tengo que juntarme en amistad estrecha, de donde ordinariamente nacen gérmenes de querrela y disensión. Antaño gustaba de los juegos de azar, ya fueran cartas o dados; ya los deseché ha largo tiempo, porque por excelente que apareciera mi semblante cuando perdía, siempre había en mí interiormente algún rasguño. Un hombre de honor que haya de soportar el ser como embustero considerado y experimentar además una ofensa hasta lo recóndito de las entrañas, el cual sea incapaz de adoptar una mala excusa como pago y consuelo de su desgracia, debe evitar la senda de los negocios dudosos y la de las altercaciones litigiosas. Yo huyo de las complexiones tristes y de los hombres malhumorados como de la peste; y en las conversaciones en que no puedo terciar sin interés ni emoción, para nada intervengo si el deber a ello no me fuerza: melius non incipient, quam desinent. Así, pues, es el medio más acertado de proceder el estar preparado, antes de que las ocasiones lleguen.

Bien sé que algunos hombres juiciosos siguieron camina distinto, comprometiéndose y agarrándose hasta lo vivo en muchas dificultades; estas gentes se aseguran de su fuerza, bajo la cual se ponen a cubierto en toda suerte de sucesos enemigos, haciendo frente a los males con el vigor de su paciencia:

Velut rupes, vastum quae prodit in aequor,
obvia ventorum furiis, ex postaque ponto,
vim cunctam atque minas perfet caelique marisque,
ipsa immota manens.

No intentemos seguir tales ejemplos, pues no serían prácticos para nosotros. Los revoltosos se obstinan en ver sin inmutarse la ruina de su país, que poseía y mandaba toda [380] su voluntad; para nuestras almas comunes hay en este modo de obrar rudeza y violencia extremadas. Catón abandonó la más noble vida que jamás haya existido; a nosotros, seres pequeñísimos, nos precisa huir la tormenta de más lejos. Es necesario proveer al sentimiento, no a la paciencia, y esquivar los golpes de que no sabríamos defendernos.

Viendo Zenón acercársele Cremónides, joven a quien amaba, para sentarse junto a él, se levantó de repente; y como Cleanto lo preguntara la razón de tan súbito movimiento: «Entiendo, dijo, que los médicos aconsejan principalmente el reposo y prohíben la irritación de todas las inflamaciones.» Sócrates no dice: «No os rindáis ante los atractivos de la belleza, sino hacedla frente; esforzaos en sentido contrario.» «Huidla, es lo que aconseja, y correr lejos de su encuentro cual de un veneno activo que se lanza y hiere de lejos.» Y su buen discípulo, simulando o recitando, a mi entender más bien recitando que simulando, las raras perfecciones de aquel gran Ciro, le hace desconfiado de sus fuerzas en el resistir los atractivos de la belleza divina de aquella ilustre Pantea, sa cautiva, encomendando la visita y custodia a otros que tuvieran menos libertad que él. Y el Espíritu Santo mismo, dice ne nos inducas in tentationem; con lo cual no solamente rogamus que nuestra razón no se vea combatida y avasallada por la concupiscencia, sino que ni siquiera sea tentada; que no seamos llevados donde ni siquiera tengamos que tocar las cercanías, sollicitaciones y tentaciones del pecado. Suplicamos a Nuestro Señor que mantenga nuestra conciencia tranquila, plena y cabalmente libre del comercio del mal.

Los que dicen dominar sin razón vindicativa o algún otro género de pasión penosa, a veces se expresan como en realidad las cosas son, mas no como acontecieron; nos hablan cuando las causas de su error se encuentran ya fortificadas y adelantadas por ellos mismos; pero retroceded un poco, llevad de nuevo las causas a su principio, y entonces los cogereís desprevenidos ¿Quieren que su delito sea menor como más antiguo, y que de un comienzo injusto la continuación sea justa? Quien como yo desee el bien de su país sin ulcerarse ni adelgazarse, se entristecerá, mas no se desesperará, viéndole amenazado de ruina o de una vida, no menos desdichada que la ruina; ¡pobre nave, a quien las olas, los vientos y el piloto impelen a tan encontrados movimientos!»

In tam diversa magister,
ventus, et unda, trabunt.

Quien por el favor de los príncipes no suspira como por aquello que para su existencia es esencial, no se cura gran [381] cosa de la frialdad que en su acogida dispensan, de su semblante ni de la inconstancia de su voluntad. Quien no incuba a sus hijos o sus honores con propensión esclava, no deja de vivir sosegadamente después de la pérdida de ambas cosas. Quien principalmente obra bien movido por su propia satisfacción, apenas si se inmuta viendo a los demás jugar torcidamente sus acciones. Un cuarto de onza de paciencia remedia tales inconvenientes. A mí me va bien con esta receta, librándome en los comienzos de la mejor manera, que me es dable, y reconozco haberme apartado por este medio de muchos trabajos y dificultades. A costa de poco esfuerzo detengo el movimiento primero de mis emociones y abandono el objeto, que comienza a abrumarme antes de que me arrastre. Quien no detiene el partir es incapaz de parar la carrera; quien no sabe cerrarlos la puerta no los expulsará ya dentro; y quien no puede acabar con ellos en los comienzos, tampoco acabará con el fin, ni resistirá la caída quien no acertó a sostener las agitaciones primeras: etenim ipsae se impellunt, ubi semel a ratione discessum est; ipsaque sibi imbecillitas indulget, in altumque provehitur imprudens, nec reperit locum consistendi. Yo advierto a tiempo los vientos ligeros que me vienen a tocar y a zumbiar en el interior, precursores de la tormenta:

Ceu flamina prima

quum deprensa fremunt silvis, et caeca volutant
murmura, venturos nautis prodentia ventos.

¿Cuántas veces no me hice yo una evidentísima injusticia por huir el riesgo de recibirlas todavía peores de los jueces, en un siglo de pesares, y de asquerosas y viles prácticas, más enemigos de mi natural que el fuego y el tormento? Convenit a litibus, quantum licet, et nescio an paulo plus etiam, quam licet, abhorrentem esse: est enim non modo liberale, paululum nonnunquam de suo jure decedere, sed interdum etiam fructuosum. Si fuéramos cuerdos deberíamos regocijarnos y alabarnos, como vi hacerlo con toda ingenuidad a un niño de casa grande, quien se mostraba alegre ante todos porque su madre acababa de perder un proceso como si hubiera perdido su tos, su fiebre o cualquiera otra cosa importuna de guardar. Los favores mismos que el acaso pudiera haberme concedido, merced a relaciones y parentescos con personas que disponen [382] de autoridad soberana en esas cosas de justicia, hice cuanto pude, según mi conciencia, por huir de emplearlos en perjuicio ajeno por no hacer subir mis derechos por cima de su justo valor. En fin, tanto hice por mis días (en buena hora lo diga), que héteme aquí todavía virgen de procesos, los cuales no dejaron de convidarse muchas veces a mí servicio, y con razón, si mi oído hubiera consentido halagarse, virgen también de querellas, sin inferir ofensas graves, y sin haberlas recibido, mi vida se deslizó ya casi larga sin malquerencia alguna. ¡Singular privilegio del cielo!

Nuestras mayores agitaciones obedecen a causas y resortes ridículos: ¡cuántos trastornos no experimentó nuestro último duque de Borgoña por la contienda de una carretada de pieles de carnero! Y el grabado de un sello, ¿no fue la primera y principal causa del más terrible hundimiento que esta máquina del universo haya jamás soportado? pues Pompeyo y César no son sino vástagos y la natural continuación de los dos otros. En mi tiempo vi a las mejores organizadas cabezas de este reino, congregadas con grave ceremonia y a costa del erario, para tratados y acuerdos, de los cuales la verdadera decisión pendía, con soberanía cabal, del gabinete de las damas y de la inclinación de alguna mujercilla. Los poetas abundaron en este parecer al poner la Grecia contra el Asia a sangre y fuego por una manzana. Haceos cargo de la razón que mueve a algunos para exponer su honor y su vida con su espada y su puñal en la mano; que os diga de dónde emana la razón del debate que le desquicia, y no podrá hacerlo sin enrojecer: ¡de tal suerte la ocasión es insignificante y frívola!

En los comienzos precisa sólo para detenerse un poco de juicio; pero luego que os embarcasteis, todas las cuerdas os arrastran. Hay necesidad de grandes provisiones de cautela, mucho más importantes y difíciles de poseer. ¡Cuánto más fácil es dejar de entrar que salir! Ahora bien, es necesario proceder de modo contrario a como crece el rosal, que produce en los comienzos un tallo largo y derecho, pero luego, cual si languideciera y de alimentos estuviera exhausto, engendra nudos frecuentes y espesos, como otras tantas pausas que muestran la falta de la constancia y vigor primeros: hay más bien que comenzar sosegada y fríamente, guardando los alientos y vigorosos ímpetus para el fuerte y perfección de la tarea. Guiamos los negocios en los comienzos y los tenemos a nuestro albedrío, mas después, cuando se pusieron en movimiento, ellos son los que nos guían y arrastran, forzándonos a que los sigamos.

Todo lo cual no quiere decir, sin embargo, que ese precepto [383] haya servido a descargarme de toda dificultad, sin experimentar, a las veces, dolor al sujetar y domar mis pasiones. Éstas no se gobiernan conforme las circunstancias lo exigen, y hasta sus principios mismos son rudos y violentos. Mas de todas suertes se alcanza economía y provecho, salvo aquellos que en el bien obrar no se contentan con ningún fruto cuando la reputación les falta, pues a la verdad semejante efecto saludable no es visible sino para cada uno en su fuero interno; con él os sentís más contentos, pero no alcanzáis estimación mayor, habiéndoos corregido antes de entrar en la danza y antes de

que la cosa apareciera a la superficie. Mas de todos modos, no solamente en este particular, sino en todos los demás deberes de la vida, la senda de los que miran al honor es muy diversa de la que siguen los que tienden a la razón y al orden. Muchos veo que furiosa e inconsideradamente se arrojan en la liza, y que luego van con lentitud en la carrera. Como Plutarco afirma de aquellos que, por vergüenza, son blandos y fáciles en otorgar cuanto se les pide, quienes después son también fáciles en faltar a su palabra y en desdecirse, análogamente acontece que quien entra ligeramente en la contienda, está abocado a salir también ligeramente. La misma dificultad que me guarda de comenzarla, incitaríame a mantenerme en ella firme una vez en movimiento y animado. Aquél es un erróneo modo de proceder. Una vez que se metió uno dentro, hay que seguir o reventar. «Emprended fríamente, decía Bías, mas proseguid con ardor.» La falta de prudencia trae consigo la de ánimo, que es todavía menos soportable.

En el día, casi todas las reconciliaciones que siguen a nuestras contiendas, son vergonzosas y embusteras: lo que buscamos es cubrir las apariencias, mientras ocultamos y negamos nuestras intenciones verdaderas; ponemos en revoque los hechos. Nosotros sabemos cómo nos hemos expresado y en qué sentido, los asistentes lo saben también, y nuestros amigos, a quienes tuvimos por conveniente hacer sentir nuestra ventaja: mas a expensas de nuestra franqueza y del honor de nuestro ánimo desautorizamos nuestro pensamiento, buscando subterfugios en la falsedad para ponernos de acuerdo. Nos desmentimos a nosotros mismos para salvar el desmentir que a otro procuramos. No hay que considerar si a vuestra acción o a vuestra palabra pueden haber interpretaciones distintas; es vuestra interpretación verdadera y sincera la que precisa en adelante mantener, cuésteos lo que os cueste. Si habla entonces a vuestra virtud y a vuestra conciencia, que no son prendas de disfraz: dejemos estos viles procedimientos y miserables expedientes al ardid de los procuradores. Las excusas y reparaciones que veo todos los días poner en práctica, a fin de juzgar la indiscreción, me parecen más feas que la indiscreción [384] misma. Valdría menos ofenderle aun más, que ofenderse a sí mismo haciendo tal enmienda ante su adversario. Le desafiasteis y conmovisteis su cólera, y luego vais apaciguándole, y adulándole a sangre fría y sentido reposado. Ningún decir encuentro tan vicioso para un gentilhomme como el desdecirse; me parece vergonzoso cuando por autoridad se le arranca, tanto mas cuanto que la obstinación le es más excusable que la pusilanimidad. Las pasiones no son tan fáciles de evitar como difíciles de moderar: *exscinduntur facilius animo, quam temperatur*. Quien no puede alcanzar esta noble impassibilidad estoica que se guarezca en el regazo de mi vulgar impassibilidad; lo que aquellos practicaban por virtud, me habitué yo a hacerlo por complexión. La región media de la humanidad alberga las

tormentas: las dos extremas (hombres filósofos y hombres rurales) concuerdan en tranquilidad y en dicha:

Felix, qui potuit rerum causas,
atque metus omnes et inexorabile fatum
subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari!
Fortunatus et ille, deos qui novit agrestes
Panaque, Silvanumque senem, Nymphasque sorores!

De todas las cosas los orígenes son débiles y entecos: por eso hay que tener muy abiertos los ojos en los preliminares, pues como entonces en su pequeñez no se descubre el peligro, cuando éste crece tampoco se echa de ver el remedio. Yo hubiera encontrado un millón de contrariedades cada día más difíciles de digerir, en la carrera de mi ambición, que difícil me fue detener la indicación natural que a ella me llevaba:

Jure perhorru
late conspicuum tollere verticem.

Todas las acciones públicas están sujetas a interpretaciones inciertas y diversas, pues son muchas las cabezas que las juzgan. Algunos dicen de mis acciones de esta clase (y me satisface escribir una palabra sobre ello, no por lo que valer pueda, sino para que sirva de muestra a mis costumbres en tales cosas), que me conduje como hombre fácil de conmover, que fue lánguida mi afección al cargo. No se apartan mucho de la verdad. Yo procuro mantener mi alma en sosiego, lo mismo que mis pensamientos, quum semper natura, tum etiam aetate jam quietus; y si ambas [385] cosas se trastornan a veces ante alguna impresión ruda y penetrante, es en verdad a pesar mío. De semejante languidez natural no debe, sin embargo, sacarse ninguna consecuencia de debilidad (pues falta de cuidado y falta de sentido son dos cosas diferentes), y menos aún de desconocimiento e ingratitud hacia ese pueblo que empleó cuantos medios estuvieron en su mano para gratificarme antes y después de haberme conocido. E hizo por mí más todavía reeligiéndome para el cargo, que otorgándomelo por vez primera. Tan bien le quiero cuanto es dable, y en verdad digo, que si la ocasión se hubiera presentado todo lo hubiese arriesgado en su servicio. Tantos cuidados me impuse por él como por mí mismo. Es un buen pueblo guerrero y generoso, capaz, sin embargo, de obediencia y disciplina y de servir a las buenas acciones si es bien conducido. Dicen también que en el desempeño de este empleo pasé sin que dejara traza ni huella: ¡buena es ésa! Se acusa mi pasividad en una época en que casi todo el mundo estaba convencido de hacer demasiado. Yo soy ardiente y vivo donde la voluntad me arrastra, pero este carácter es enemigo de perseverancia. Quien de mí quiera servirse según mi peculiar naturaleza, que me procure negocios que precisen la libertad y el vigor, cuyo manejo sea derecho y corto, y, aun expuesto a riesgos; en ellos podrá hacer alijo de provecho: cuando la voluntad que solicitan es dilatada, sutil, laboriosa, artificial y torcida, mejor hará dirigiéndose a otro. No todos los cargos son de difícil desempeño: yo me encontraba preparado a atarearme algo más rudamente, si necesidad hubiera habido, pues en mi poder reside hacer algo más de lo que hago y que no es de mi gusto. A mi juicio, no dejé, que yo sepa, nada por realizar que mi deber me impusiera, y fácilmente olvidé aquellos otros que la ambición confunde con el deber y con su título encubre; éstos son, sin embargo, los que con mayor frecuencia llenan los ojos y los oídos, y los que a los hombres contentan. No la

cosa, sino la apariencia los paga. Cuando no oyen ruido les parece que se duerme. Mis humores son contrarios a los que gustan del estrépito: reprimiría bien un alboroto con toda calma, lo mismo lo mismo que castigaría un desorden sin alterarme. ¿Tengo necesidad de cólera y de ardor? Pues los tomo a préstamo, y con ellos me disfrazo. Mis costumbres son blandas, más bien insípidas que rudas. Yo no acuso al magistrado que dormita, siempre y cuando que quienes de su autoridad dependan dormiten a su vez, porque entonces las leyes duermen también. Por lo que a mi toca, alabo la vida que se desliza oscura y muda: neque submissam et abjectam, neque se efferentem, mi destino así la quiere. Desciendo de una familia que vivió sin brillo ni tumulto, y de muy antiguo [386] particularmente ambiciosa de hombría de bien. Nuestros hombres están tan hechos a la agitación ostentosa, que la bondad, la moderación, la igualdad, la constancia y otras cualidades tranquilas y oscuras no se advierten ya; los cuerpos ásperos se advierten, los lisos se manejan imperceptiblemente; siéntese la enfermedad, la salud poco o casi nada, ni las cosas que nos untan comparadas con las que nos punzan. Es obrar para su reputación y particular provecho, no en pro del bien, el hacer en la plaza pública lo que puede practicarse en la cámara del consejo; y en pleno medio día lo que se hubiera hecho bien la noche precedente; y mostrarse celoso por cumplir uno mismo lo que el compañero ejecuta con perfección igual, así hacían algunos cirujanos de Grecia al aire libre las operaciones de su arte, puestos en tablados y a la vista de los pasantes, para alcanzar mayor reputación y clientela. Juzgan los que de tal modo obran, que los buenos reglamentos no pueden entenderse sino al son de la trompeta. La ambición no es vicio de gentes baladíes, capaces de esfuerzos tan mínimos como los nuestros. Decíase a Alejandro: «Vuestro padre os dejará una dominación extensa, fácil y pacífica»; este muchacho sentíase envidioso de las victorias de Filipo y de la justicia de su gobierno, y no hubiera querido gozar el imperio del mundo blanda y sosegadamente. Alcibíades en Platón prefiere más bien morir joven, hermoso, rico, noble y sabio, todo ello por excelencia, que detenerse siempre en el estado de esta condición: enfermedad es acaso excusable en un alma tan fuerte y tan llena. Pues cuando esas almitas enanas y raquílicas le van embaucando y piensan esparcir su nombre por haber juzgado a derechas de una cuestión, o relevado la guardia de las puertas de una ciudad, muestran tanto más el trasero cuanto esperan levantar la cabeza. Este menudo bien obrar carece de cuerpo y de vida; va desvaneciéndose en la primera boca, y no se pasea sino de esquina a esquina: hablad de estas vuestras grandezas a vuestro hijo o a vuestro criado, como aquel antiguo, que no teniendo otro oyente de sus hazañas, ni mayor testigo de su mérito se alababa ante su criada, exclamando: «¡Oh Petrilla, cuán galante y de talento es el hombre que tienes como amo!» Hablad con vosotros mismos, en última instancia, como cierto consejero de mi conocimiento, el cual, habiendo en una ocasión desembuchado una carretada de párrafos con no poco esfuerzo y de nulidad semejante, como se retirara de la cámara del consejo al urinario del palacio se le oyó refunfuñar entre dientes, de manera concienzuda: Non nobis, Domine, non nobis; sid nomini tuo da gloriam. El que no de otro modo con su dinero se [387] paga. La fama no se prostituye a tan vil precio: las acciones raras y ejemplares que la engendran no soportarían la compañía de esta multitud innumerable de acciones insignificantes y diarias. Elevará el mármol vuestros títulos cuanto os plazca por haber hecho reparar un lienzo de muralla o saneado las alcantarillas de vuestra calle, mas no los hombres de buen sentido por tan nimia causa. La voz de la fama no acompaña a la bondad, si los obstáculos y la singularidad no la siguen: ni siquiera a la simple estimación es acreedor todo acto que la virtud engendra, según los estoicos tampoco quieren que en consideración se tenga a quien por templanza se abstiene de una vieja legañosas. Los que

conocieron las admirables cualidades de Escipión el Africano rechazan la gloria que Panecio le atribuye de haber sido abstinentes en dones, considerándola no tan suya como pertinente a todo su siglo. Cada cual posee las voluptuosidades al nivel de su fortuna; las nuestras son más naturales, y tanto más sólidas y seguras, cuanto son más bajas. Ya que por conciencia, no nos sea dable, al menos por ambición desechemos esta cualidad: menospreciemos esta hambre de nombradía y honor, miserable y vergonzosa, que nos los hace imaginar de toda suerte de gentes (quae est ista laus, quae possit e macello peti) por medios abyectos y a cualquier precio, por vil que sea: es deshonorarnos el ser honrados de este modo. Aprendamos a no ser más ávidos que capaces somos de gloria. Inflarse de toda acción útil o inocente, cosa es peculiar de aquellos para quienes es extraordinaria y rara: quieren que les sea pasada en cuenta por el precio que les cuesta. A medida que un buen efecto es más sonado, rebajo yo de su bondad la sospecha en que caigo de que sea más bien producto del ruido que de la virtud; así puesto en evidencia, está ya vendido a medias. Aquellas acciones son más meritorias que escapan de la mano del obrero descuidadamente y sin aparato, las cuales un hombre cumplido señala luego sacándolas de la obscuridad para iluminarlas a causa de su valer. Mihi quidem laudabiliora videntur omnia, quae sine venditione et sine populo teste, fiunt, dice el hombre más glorioso del mundo.

El deber de mi cargo consistía únicamente en conservar y mantener las cosas en el estado en que las encontrara, que son efectos sordos e insensibles: la innovación lo es de gran lustre, pero está prohibida en estos tiempos en que vivimos de prisa, y de nada tenemos que defendernos si no es de las novedades. La abstinencia en el obrar [388] es a veces tan generosa como el obrar mismo, pero es menos brillante, y esto poco que yo valgo es casi todo de esta especie. En suma, las ocasiones en mi cargo estuvieron con mi compleción en armonía, por lo cual las estoy muy reconocido: ¿hay alguien que desee caer enfermo para ver a su médico atareado? ¿Y no sería necesario azotar al galeno que nos deseara la peste para poner en práctica su arte? Yo no he sentido ese humor injusto, pero asaz común, de desear que los trastornos y el mal estado de los negocios de esa ciudad realzaran y honraran mi gobierno, sino que presté de buen grado mis hombros para su facilidad y bienandanza. Quien no quiera agradecerme el orden de la tranquilidad dulce y muda que acompañó a mi conducta, al menos no puede privarme de la parte que me pertenece a título de buena estrella. Estoy yo de tal suerte constituido, que gusto tanto ser dichoso como cuerdo, y deber mi buena fortuna puramente a la gracia de Dios que al intermedio de mis actos. Había terminantemente, con abundancia sobrada, echado a volar ante el mundo mi incapacidad en tales públicos manejos, y lo peor todavía es que esta insuficiencia apenas me contraría, y no busco siquiera el medio de curarla, visto el camino que a mi vida he asignado. Tampoco en este negocio a mí mismo me procuré satisfacción, pero llegué con escasa diferencia a realizar mis propósitos, y así sobrepujé con mucho lo prometido a las personas con quienes tenía que habérmelas, pues ofrezco de buen grado un poco menos de aquello que espero y puedo cumplir. Estoy seguro de no haber dejado ofendidos ni rencorosos: en cuanto a sentimiento y deseo de mi persona, por lo menos bien asegurado de que tal no fue mi propósito:

Mene huic confidere monstro!

Mene salis placidi vultum, fluctusque quietos
ignorare!

Capítulo XI

De los cojos

Hace dos o tres años que se acorta en diez días el año en Francia. ¡Cuántos cambios seguirán a esta reforma! Esto ha sido, en verdad, remover el cielo y la tierra juntamente. Sin embargo, nada se mueve de su lugar; para mis vecinos es la misma la hora de la siembra y la de la cosecha; el momento oportuno de sus negocios, los días aciagos y propicios, encuéntranlos en el mismo lugar donde los hallaron [389] en todo tiempo: ni el error se echaba de ver en nuestros usos, ni la enmienda tampoco se descubre. ¡A tal punto nuestra incertidumbre lo envuelve todo, y tanto nuestra percepción es grosera, oscura y obtusa! Dicen que este ordenamiento podía arreglarse de una manera menos dificultosa, sustrayendo, a imitación de Augusto, durante algunos años, un día de los bisiestos, el cual, así como así, viene a ser cosa de obstáculo y trastorno, hasta que se hubiera llegado a satisfacer exactamente esa deuda, lo cual ni siquiera se hace con la corrección gregoriana, pues permanecemos aún atrasados en algunos días. Si por un medio semejante se pudiera proveer a lo porvenir ordenando que al cabo de la revolución de tal número de años aquel día extraordinario fuese siempre suprimido, con ello nuestro error no podría exceder en adelante de veinticuatro horas. No tenemos otra cuenta del tiempo si no es los años; ¡hace tantos siglos que el mundo los emplea! y, sin embargo, todavía no hemos acabado de fijarla, de tal suerte que dudamos a diario de la forma que las demás naciones diversamente los dieron y cuál en ellas era su uso. ¿Y qué pensar de lo que algunos opinan sobre que los cielos se comprimen hacia nosotros envejeciendo, lanzándonos en la incertidumbre hasta de horas, días y meses? Es lo que Plutarco dice, que todavía en su época la astrología no había acertado a determinar los movimientos de la luna. ¡Nuestra situación es linda para tener registro de las cosas pasadas!

Pensando en lo precedente fantaseaba yo, como de ordinario acostumbro, cuánto la humana razón es un instrumento libre y vago. Comúnmente veo que los hombres, en los hechos que se les proponen, se entretienen de mejor grado en buscar la razón que la verdad. Pasan por cima de aquello que se presupone, pero examinan curiosamente las consecuencias: dejan las cosas, y corren a las causas. ¡Graciosos charlatanes! El conocimiento de las causas toca solamente a quien gobierna las cosas, no a nosotros, que no hacemos sino experimentarlas, y que disponemos de su uso perfectamente cabal y cumplido, conforme a nuestras necesidades, sin penetrar su origen y esencia; ni siquiera el vino es más grato a quien conoce de él los principios primeros. Por el contrario, así el cuerpo como el espíritu interrumpen y alteran el derecho que les asiste al empleo del mundo y de sí mismos, cuando a ello añaden la idea de ciencia: los efectos nos incumben, pero los medios en modo alguno. El determinar y distribuir pertenecen a quien gobierna y regenta, como el aceptar ambas cosas a la sujeción y aprendizaje. Vengamos a nuestra costumbre. Ordinariamente así comienzan: «¿Cómo aconteció esto?» «¿Aconteció?» habría que decir simplemente. Nuestra razón es capaz de engendrar cien otros mundos descubriendo, [390] al par de ellos, sus fundamentos y contextura. No la precisan materiales ni base: dejadla correr, y lo mismo edificará sobre el vacío que en el lleno, así de la nada como de cal y canto:

Dare pondus idonea fomo.

En casi todas las cosas reconozco que precisaría decir: «Nada hay de lo que se cree»; y repetiría con frecuencia tal respuesta, pero no me atrevo, porque gritan que el hablar así es una derrota que reconoce por causa la debilidad de espíritu y la ignorancia, y ordinariamente he menester hacer el payaso ante la sociedad tratando de cosas y cuentos frívolos en que nada creo rotundamente. A más de esto, es algo rudo y ocasionado a pendencias el negar en redondo la enunciación de un hecho, y pocas gentes dejan principalmente en las cosas difíciles de creer, de afirmar que las vieron o de alegar testimonios cuya autoridad detiene nuestra contradicción. Siguiendo esta costumbre conocemos los medios y fundamentamos de mil cosas que jamás acontecieron, y el mundo anda a la greña por mil cuestiones, de las cuales son falsos el pro y el contra. Ita finitima sunt falsa veris... ut in praecipitem locum non debeat se sapiens committere.

La verdad y la mentira muestran aspectos que se conforman; el porte, el gusto y el aspecto de una y otra, son idénticos: mirámoslas con los mismos ojos. Creo yo que no solamente somos débiles para defendernos del engaño, sino que además le buscamos convidándole para aferrarnos en él: gustamos embrollarnos en la futilidad como cosa en armonía con nuestro ser.

En mi tiempo he visto el nacimiento de algunos milagros, y aun cuando al engendrarse ahogasen no por ello dejamos de prever la marcha que hubieran seguido si hubiesen vivido su edad, pues no hay más que dar con el cabo del hilo para confabular hasta el hartazgo; y hay mayor distancia de la nada a la cosa más pequeña del universo, que de ésta a la más grande. Ahora bien, los primeramente abrevados en este principio de singularidad, viniendo a esparcir su historia, echan de ver por las oposiciones que se les hacen, el lugar dolido radica la dificultad de la persuasión, y van tapándolo con materiales falsos; a más de que: insita hominibus libidine alendi de industria rumores, nosotros consideramos como caso de conciencia el devolver lo que se nos prestó con algún aditamento de nuestra [391] cosecha. El error particular edifica primeramente el error público, y éste a su vez fabrica el particular. Así van todas las cosas de este edificio elaborándose y formándose de mano en mano, de manera que el más apartado testimonio se encuentra mejor instruido que el más cercano, y el último informado, mejor persuadido que el primero. Todo lo cual es mi progreso natural, pues quien cree alguna cosa, estima obra caritativa hacer que otro la preste crédito, y para así obrar nada teme en añadir de su propia invención cuanto necesita su cuento para suplir a la resistencia y defecto que cree hallar en la concepción ajena. Yo mismo, que hago del mentir un caso de conciencia, y que no me cuido gran cosa de dar crédito y autoridad a lo que digo, advierto, sin embargo, en las cosas de que hablo, que hallándome excitado por la resistencia, de otro o por el calor propio de mi narración, engordo e inflo mi asunto con la voz, los movimientos, el vigor y la fuerza de las palabras, y aun cuando sea por extensión y amplificación, no deja de padecer algo la verdad ingenua, pero, sin embargo, yo así obro a la condición de que ante el primero que me lleva al buen camino, preguntándome la verdad cruda y desnuda, súbito abandono mi esfuerzo y se la doy sin exageración, sin énfasis ni rellenos. La palabra ingenua y abierta, como es la mía ordinaria, se lanza fácilmente a la hipérbole. A nada están los hombres mejor dispuestos que a abrir paso a sus opiniones, y cuando para ello el medio ordinario nos falta, empleamos nuestro mando, la fuerza, el hierro y el fuego. Desdichado es que la mejor

piedra de toque de la verdad sea la multitud de creyentes, en medio de una confusión en que los locos sobrepujan con tanto a los cuerdos en número. Quasi vero quidquam sit tam valde, quam nihil sapere, vulgare. Sanitatis patrocinium est, insanientium turba. Cosa peliaguda es el asentar su juicio frente a las opiniones comunes: la persuasión primera, sacada del objeto mismo, se apodera de los sencillos, de los cuales se extiende a los más hábiles, por virtud de la autoridad del número y de la antigüedad de los testimonios. En cuanto a mí, por lo mismo que no creeré a uno, tampoco creeré a ciento, y no juzgo de las opiniones por el número de años que cuentan.

Poco ha que uno de nuestros príncipes, en quien la gota había aniquilado un hermoso natural y un templo alegre, se dejó tan fuertemente persuadir con lo que le contaron de las operaciones maravillosas que ejecutaba un sacerdote, el cual por medio de palabras y gestos sanaba todas las enfermedades, que hizo un largo viaje para dar con él, y [392] hallándole adormeció sus piernas durante algunas horas, por virtud de la fuerza de su propia fantasía, de tal suerte que en el instante no le fue mal. Si el acaso hubiese dejado amontonar cinco o seis ocurrencias semejantes habrían éstas bastado para considerar la cosa como puro milagro de la naturaleza. Después se vio tanta sencillez y tan poco arte en la arquitectura de tales obras, que se juzgó al eclesiástico indigno de todo castigo: lo propio experimentaría en la mayor parte de las cosas de este orden quien las examinara en su yacimiento. Miramur ex intervallo fallentia: así nuestra vista representa de lejos extrañas imágenes que se desvanecen al acercarnos: numquam ad liquidum fama perducitur.

¡Maravilla es de cuán fútiles comenzamientos y frívolas causas nacen ordinariamente tan famosas leyendas! Esta misma circunstancia imposibilita la información, pues mientras se buscan razones y fines sólidos y resistentes, dignos de una tan grande nombradía, se pierden de vista las verdaderas, las cuales escapan a nuestras miradas por su insignificancia. Y a la verdad se ha menester en tales mentes un muy prudente, atento y sutil inquiridor, indiferente y en absoluto despreocupado. Hasta los momentos actuales, todos estos milagros y acontecimientos singulares se ocultan ante mis ojos. En el mundo no he visto monstruo ni portento más expreso que yo mismo: nos acostumbramos por hábito a todo lo extraño, con el concurso del tiempo; pero cuanto más me frecuento y reconozco, más mi deformidad me pasma y menos yo mismo me comprendo.

La causa primordial que preside al engendro y adelantamiento de accidentes tales, está al acaso reservada. Pasando anteayer por un lugar, a dos leguas de mi casa, encontré la plaza caliente todavía a causa de un milagro cuya farsa acababa de descubrirse, por el cual el vecindario había estado inquieto varios meses: ya las comarcas vecinas empezaban a conmovirse y de todas partes a correr en nutridos grupos de todas suertes al teatro del suceso. Un mozo del pueblo se había divertido simulando de noche en su casa la voz de un espíritu, sin otras miras que gozar de una broma pasajera, pero habiéndole esto producido algo mejor efecto del que esperaba, a fin de complicar más la farsa, asoció a ella una aldeana completamente estúpida y tonta, reuniéndose, por fin, tres personas de la misma edad y capacidad análoga, y trocándose la cosa de privada en pública. Ocultáronse bajo el altar de la iglesia, hablaron sólo por la noche y prohibieron que se llevaran luces: de palabras que tendían a la conversión de los pecadores y a las amenazas del juicio final (pues éstas son cosas bajo [393] cuya autoridad la impostura se guarece con facilidad mayor) fueron a dar en algunas visiones y movimientos tan necios y ridículos, que apenas si hay

nada tan infantil en los juegos de niños. Mas de todas suertes, si el acaso hubiera prestado algún tanto su favor a la ocurrencia, ¡quién sabe las proporciones que hubiera alcanzado la mojjiganga! Estos pobres diablos están ahora a buen recaudo: cargarán, sin duda, con la torpeza común y no sé si algún juez se vengará sobre ellos de la suya propia. El portento éste se ve con toda claridad, porque fue descubierto, pero en muchas cosas de índole parecida, que exceden nuestro conocimiento, soy de entender que suspendamos nuestro juicio, lo mismo en el aprobar que en el rechazar.

En el mundo se engendran muchos abusos, o para hablar con resolución mayor, todos los abusos del mundo nacen de que se nos enseña a temer el hacer de nuestra ignorancia profesión expresa. Así nos vemos obligados a acoger cuanto no podemos refutar, hablando de todas las cosas por preceptos y de manera resolutiva. La costumbre romana obligaba que aun aquello mismo que un testigo declaraba por haberlo visto con sus propios ojos, y lo que un juez ordenaba, inspirado por su ciencia más certera, fuese concebido en estos términos: «Me parece.» Se me hace odiar las cosas verosímiles cuando me las presentan como infalibles: gusto de estas palabras, que ablandan y moderan la temeridad de nuestras proposiciones: «Acaso, En algún modo, Alguno, Se dice, Yo pienso», y otras semejantes; y si yo hubiera tenido que educar criaturas, las habría de tal modo metido en la boca esta manera de responder, investigadora, y no resolutiva: «¿Qué quiere decir? No lo entiendo, Podría ser, ¿Es cierto?» que hubieran más bien guardado la apariencia de aprendices a los sesenta años que no el representar el papel de doctores a los diez, como acostumbran. Quien de ignorancia quiere curarse, es preciso que la confiese.

Iris es hija de Thaumás: la admiración es el fundamento de toda filosofía, la investigación, el progreso, la ignorancia, el fin. Y hasta existe alguna ignorancia sólida y generosa que nada debe en honor ni en vigor a la ciencia, la cual, para ser concebida, no exige menos ciencia que para penetrar la ciencia misma. Yo vi en mi infancia un proceso que Coras (magistrado tolosano) hizo imprimir, de una naturaleza bien rara: tratábase de dos hombres que se presentaban uno por otro. Recuerdo del caso solamente, y no me acuerdo más que de esto, que aquel auxiliar de la justicia convirtió la impostura del que consideró culpable en tan enorme delito, y excediendo de tan lejos nuestro conocimiento y el suyo propio que era juez, que encontré temeridad singular en la sentencia que condenaba a la horca a uno de los reos. Admitamos alguna fórmula jurídica que [394] diga: «El tribunal no entiende jota en el asunto», con libertad e ingenuidad mayores de las que usaron los areopagitas, quienes hallándose en grave aprieto con motivo de una causa que no podían desentrañar, ordenaron que las volvieran pasados cien años.

Las brujas de mi vecindad corren riesgo de su vida, a causa del testimonio de cada nuevo intérprete que viene a dar cuerpo a sus soñaciones. Para acomodar los ejemplos que la divina palabra nos ofrece en tales cosas (ejemplos ciertísimos e irrefutables), y relacionarlos con nuestros, acontecimientos modernos, puesto que nosotros no vemos de ellos ni las causas ni los medios, precisa otro espíritu distinto del nuestro: acaso exclusivamente pertenece sólo a ese poderosísimo testimonio el decirnos: «Esto y aquello son milagro, y no esto otro.» Dios debe ser creído; razón cabal es que lo sea, mas no cualquiera de entre nosotros que se pasma con su propia relación (y nada más natural si no está loco), ya relate ajenas cosas o portentos propios. Mi contextura es pesada y se atiende un poco a lo macizo y verosímil, esquivando las censuras antiguas: *Majorem fidem homines*

adhibent iis, quae non intelligunt. -Cupidine humani ingenii, libentius obscura creduntur. Bien veo que la gente se encoleriza, y que se me impide dudar bajo la pena de injurias execrables; ¡novísima manera de persuadir! Gracias a Dios, mi crédito no se maneja a puñetazos. Que se irriten contra los que acusan de falsedad sus opiniones, yo no los achaco sino la dificultad y lo temerario, y condeno la afirmación opuesta igualmente como ellos, si no tan imperiosamente. Quien asienta sus opiniones a lo matón e imperiosamente, de sobra deja ver que sus razones son débiles. Cuando se trata de un altercado verbal y escolástico, muestren igual apariencia que sus contradictores: videantur sane non affirmentur modo; mas en la consecuencia efectiva que deducen, estos últimos llevan la ventaja. Para matar a las gentes precisa una claridad luminosa y nítida, y nuestra vida es cosa demasiado real y esencial para salir fiadora de esos accidentes sobrenaturales y fantásticos.

En cuanto a las drogas y venenos, los dejo a un lado, por ser puros homicidios de la índole más detestable. Sin embargo, aun en esto mismo dicen que no hay que detenerse siempre en la propia confesión de estas gentes, pues a veces se vio que algunos se acusaron de haber muerto a personas que luego se encontraban vivas y rozagantes. En esas otras extravagancias, diría yo de buena gana que es ya [395] suficiente el que un hombre, por recomendaciones que le adornen sea creído en aquello puramente humano: en lo que se aparta de su concepción, en lo que es de índole sobrenatural, debe solamente otorgársele crédito cuando una aprobación sobrenatural también lo revistió de autoridad. Este privilegio, que plugo a Dios conceder a algunos de nuestros testimonios no debe ser envilecido ni a la ligera comunicado. Aturdidos están mis oídos con patrañas como ésta: «Tres le vieron en tal día en levante. Tres le vieron al siguiente día en occidente, a tal hora, en tal lugar, así vestido.» En verdad digo que ni a mí mismo me creería. ¡Cuánto más natural y verosímil encuentro yo el que dos hombres mientan que no el que un mismo hombre, en el espacio de doce horas, corra con los vientos de oriente a occidente; cuánto más sencillo que nuestro magín sea sacado de quicio por la volubilidad de nuestro espíritu destornillado, que el que cualquiera de nosotros escape volando, caballero en una escoba, por cima de la chimenea de su casa, en carne y hueso, impulsado por un extraño espíritu! No busquemos fantasmagorías exteriores y desconocidas, nosotros que estamos perpetuamente agitados por ilusiones domésticas y peculiares. Paréceme que se es perdonable descreyendo una maravilla, al menos cuando es dable rechazarla con razones no maravillosas, y con san Agustín entiendo «que vale más inclinarse a la duda que a la certeza en las cosas de difícil prueba, y cuya creencia es nociva.»

Hace algunos años visité las tierras de un príncipe soberano, quien por serme grato y al par por acabar con mi incredulidad, me concedió la gracia de mostrarme en su presencia, en lugar reservado, diez o doce prisioneros de esta clase; entre ellos había una vieja bruja, en grado superlativo fea y deforme, famosísima de muy antiguo en esta profesión. Vi de cerca las pruebas, libres confesiones y no saqué marca insensible en el cuerpo de esta pobre anciana; me informé y hablé a mi gusto con la más sana atención de que fui capaz (y no soy hombre, que deje agarrotar mi juicio por preocupación alguna); pues bien, en fin de cuentas y con toda conciencia, hubiera yo ordenado el elaboro mejor que la cicuta a todas aquellas gentes: captisque res magis mentibus, quam consceleratis, similis visa; la justicia cuenta con remedios apropiados para enfermedades tales. En cuanto a las oposiciones y argumentos que algunos hombres cumplidos me hicieran en aquel mismo lugar y en otros, ninguno oí que me sujetara y que no tuviera solución siempre más verosímil que las

conclusiones presentadas. Bien es verdad que las pruebas y razonamientos fundados en la experiencia y en los hechos, en modo [396] alguno los desato; como éstos no tienen fin los corto a veces, como Alejandro su nudo. Después de todo es poner sus conjeturas muy altas el cocer a un hombre vivo.

Refiérense ejemplos varios, entre otros el de Prestancio de su padre, el cual, amodorrado más pesadamente que con el sueño perfecto, creyó haberse convertido en yegua y servir de acémila a unos soldados; y, en efecto, lo que fantaseaba sucedía. Si los brujos sueñan así cabales realidades, si los sueños pueden a veces trocarse en cosa tangible, creo yo que nuestra voluntad para nada tendría que habérselas con la justicia. Esto que digo, entiéndase como emanado de un hombre que ni es juez ni consejero de reyes, y que, con muelle, se cree indigno de tales cargos, sino de persona del montón, nacida y consagrada a la obediencia de la razón pública, en hechos y en sus dichos. Quien tomara en cuenta mis ensueños en perjuicio de la más raquílica ordenanza de villorrio, o bien contra sus opiniones y costumbres, se inferiría grave daño y a mí juntamente; pues en todo cuanto digo no sustento otra certeza que la que se albergaba en mi pensamiento cuando lo escribí; tumultuario y vacilante pensamiento. Yo hablo de todo a manera de plática, y de nada en forma de consejo; nec me pudet, ut istos, fateri nescire quod nesciam: no sería tan grande mi arrojo al hablar si tuviera derecho a ser creído; y así respondí a un caballero que se quejaba de la rudeza y contención de mis razones. Viéndoos convencidos y preparados hacia un partido, os propongo el otro con todo el cuidado que puedo para aclarar vuestro juicio, no para obligarle. Dios que retiene vuestros ánimos os procurará medio de escoger. No soy tan presuntuoso para creerme ni siquiera capaz de desear que mis opiniones ocasionaran cosa de tal magnitud: mi fortuna no las enderezó a conclusiones tan elevadas y poderosas. Verdaderamente, no sólo mis complexiones son numerosas, sino que mis pareceres lo son también, de los cuales haría que mi hijo repugnara, si le tuviera. ¿Y qué decir, además, si los más verdaderos no son siempre los más ventajosos para el hombre? ¡tan salvaje es su naturaleza!

A propósito, o fuera de propósito, poco importa: dícese en Italia, como común proverbio, que desconoce a Venus en su dulzura perfecta, quien no se acostó con una coja. La casualidad, o alguna circunstancia particular, pusieron hace largo tiempo esas palabras en boca del pueblo, y se aplican lo mismo a los machos que a las hembras, pues la reina de las amazonas contestó al escita que la invitaba al amor: , «el cojo lo hace mejor.» En esta república femenina, para escapar a la dominación de los [397] varones, las mujeres los inutilizaban desde la infancia brazos y piernas y otros miembros que los procuraban ventaja sobre ellas, y empleaban a los machos en lo que empleamos a las hembras por acá. Hubiera yo supuesto que el movimiento desconcertado de la coja, proveía de algún nuevo placer a la tarea, y de alguna punzante dulzura a los que lo experimentan, pero acaban de decirme que la propia filosofía antigua decidió de la causa: las piernas y los muslos de las cojas, como no reciben, a causa de su imperfección, el alimento que les es debido, acontece que las partes genitales, que están por cima, se ven más llenas, nutridas y vigorosas; o bien que el defecto de la cojera, imposibilitando el ejercicio a los que la padecen, disipa menos sus fuerzas, las cuales llegan así más enteras a los juegos de Venus: precisamente la razón misma por donde los griegos desacreditaban a las tejedoras, diciendo que eran más ardorosas que las demás mujeres, a causa del oficio sedentario que ejercían, sin que dieran movimiento al cuerpo. ¿Y de dónde no podemos sacar razones que valgan tanto como las

enunciadas? Por ejemplo, podría yo también decir que el zarandeo que su trabajo les imprime, así sentadas, las despierta y solicita, como a las damas el vaivén y temblequeo de sus carrozas.

¿No justifican estos ejemplos lo que dije al comienzo de este capítulo, o sea que nuestras razones anticipan los efectos y que los límites de su jurisdicción son tan infinitos, que juzgan y se ejercen en la nada misma y en el no ser? A más de la flexibilidad de nuestra inventiva para forjar argumentos a toda suerte de soñaciones, nuestra fantasía es igualmente fácil en el recibir impresiones de las cosas falsas, merced a las apariencias más frívolas, pues por la sola autoridad del uso antiguo y público de aquel decir, antaño llegué yo a creer recibir placer mayor de una dama porque no andaba como las demás, e incluí esta imperfección en el número de sus gracias.

En la comparación que Torcuato Tasso establece entre Francia e Italia, dice haber advertido que nosotros tenemos las piernas más largas y delgadas que los caballeros italianos, y de ello atribuye la causa a nuestra costumbre de ir continuamente a caballo, que es precisamente la misma razón que Suetonio alega para deducir una conclusión contraria, pues dice que las de Germánico habían engordado por el mismo constante ejercicio. Nada hay tan flexible ni errático como nuestro entendimiento: es el coturno de Theramenes, adecuado a toda suerte de pies: es doble y diverso, lo mismo que los objetos en que se ejercita. «Dame una dragma de plata», decía un filósofo cínico a Antígono. «No es presente digno de un rey», respondió este. «Pues dame un talento.-Ese no es presente digno de un cínico», repuso. [398]

Seu plures calor ille vias et caeca relaxat
spiramenta, novas veniat qua succus in herbas;
seu durat magis, et venas adstringit hiantes;
ne tenues pluviae, rapidive potentia solis
acrior, aut Boreae penetrabile frigus adurat.

Ogni medaglia ha il suo reverso. He aquí por qué Clitómaco decía en lo antiguo, que Carneades había sobrepujado los trabajos de Hércules, como hubiera arrancado de los hombres el consentimiento, es decir, la idea y temeridad del juzgar. Esta tan vigorosa fantasía de Carneades nació a mi ver en aquellos siglos de la insolencia de los que hacen profesión de saber, y de su audacia desmesurada. Pusieron en venta a Esopo juntamente con otros dos esclavos: el comprador se informó de uno de ellos sobre lo que sabía hacer, y éste dijo que lo sabía hacer todo; que era maestro de esto y lo otro, respondiendo portentos y maravillas: el segundo habló por igual tenor, o se infló más todavía, y cuando llegó para Esopo el momento de contestar sobre su ciencia: «Nada sé hacer, dijo, pues éstos lo abarcaron todo.» Aconteció lo propio en la escuela de la filosofía: la altivez de los que atribuyen al espíritu humano la capacidad de todas las cosas suscitó en otros, por despecho y emulación, la idea de que no es capaz de ninguna: los unos ocupan en la ignorancia la misma extremidad que los otros en la ciencia, a fin de que no pueda negarse que el hombre no es en todo inmoderado, y que para él no hay más sujeción posible que la necesidad e impotencia de pasar adelante.

Capítulo XII

De la fisonomía

Casi todas nuestras, opiniones las adoptamos por autoridad y al fiado: en ello no hay ningún mal, pues no podríamos escoger peor camino que el de dilucidar por nuestra propia cuenta en un siglo tan enteco. Aquella imagen de los discursos de Sócrates, que sus amigos nos dejaron, acogémosla a causa de la reverente aprobación pública, no por virtud de nuestro conocimiento; las razones socráticas se apartan de nuestro uso. Si viniera hoy al mundo algo parecido, habría pocos hombres que lo apreciaran. Sólo advertimos las gracias del espíritu cuando son puntiagudas, o están hinchadas o infladas de artificio: las que corren [399] bajo la ingenuidad o la sencillez, escapan fácilmente a una vista grosera como la nuestra, por poseer una belleza delicada y oculta: precisa una mirada límpida y bien purgado para descubrir ese secreto resplandor. ¿No es la ingenuidad, a nuestro entender, hermana de la simpleza y cualidad censurable? Sócrates agita su alma con movimiento natural y común; así se expresa un campesino, así habla una mujer; jamás de su boca salen otros nombres que los de cocheros, carpinteros, remendones y albañiles: todos sus símiles o inducciones, sacados están de las más vulgares y conocidas acciones de los hombres; todos le entienden. Bajo una forma vil, nunca hubiéramos entresacado las noblezas y esplendor de sus admirables concepciones, nosotros que consideramos chabacanas y bajas todas aquellas que la doctrina no encarama, y que no advertimos la riqueza sino cuando la rodean la pompa y el aparato. A la ostentación sola está habituado nuestro mundo: de viento sólo se inflan los hombres y a saltos se manejan, como las pelotas de goma huecas. Sócrates no encaminó sus miras hacia las vanas fantasías; su fin fue proveernos de preceptos y máximas, que real y conjuntamente sirviesen para el gobierno de nuestra vida;

Servare modum, finemque tenere,
naturamque sequi.

Fue también siempre uno e idéntico, y se elevó no por arranques y arrebatos, sino por peculiar complexión al postrer extremo de fortaleza; o, para hablar mejor, no se elevó nada, hizo más bien descender, conduciéndolas a su punto original y natural, las asperezas y dificultades, y las sometió su vigor; pues en Catón se ve bien a las claras una actitud rígida, muy por cuna de las ordinarias. En las valientes empresas de su vida y en su muerte, vésele siempre, montado en zancos. Sócrates toca la tierra, y con paso común y blando trata los más útiles discursos, conduciéndose, así en la hora de su fin como en las más espinosas dificultades que puedan imaginarse, con el andar propio de la vida humana.

Acaeció, por fortuna, que el hombre más digno de ser conocido y de ser presentado al mundo como ejemplo, es aquel de quien tengamos conocimiento más cierto: su existencia fue aclarada por los hombres más clarividentes que jamás hayan sido, y los testimonios que de él llegaron a nosotros, son admirables en fidelidad y en capacidad juntamente. Admirable cosa es, en efecto, haber podido comunicar tal orden a las puras fantasías de un niño, de suerte que, sin alterarlas ni agrandarlas, hayan reproducido más hermosos efectos de nuestra alma; no la representa [400] elevada ni rica; la muestra sólo sana, mas de una cabal y alegrísima salud. Merced a estos resortes naturales y vulgares, y a estas fantasías

ordinarias y comunes, sin conmoverse ni violentarse, enderezó no solamente las más ordenadas, sino las más elevadas y vigorosas acciones y costumbres que jamás hayan existido. Él es quien nos trajo del cielo, donde nada tenía que hacer, la humana sabiduría, para devolvérsela al hombre, de quien constituye, la tarea más justa y laboriosa. Vedle defenderse ante sus jueces; ved con qué razones despierta su vigor en los azares de la guerra; qué argumentos fortifican su paciencia contra la calumnia, la tiranía, la muerte, contra la mala cabeza de su mujer; nada hay en todo ello a que las artes y las ciencias contribuyeran: los más sencillos reconocen allí sus fuerzas y sus medios; imposible es marchar de un modo más humilde. Soberano favor prestó a la humana naturaleza, mostrándola cuánto puede por sí misma.

Cada uno de nosotros es más rico de lo que piensa, pero se nos habitúa al préstamo y a la mendiguez; se nos acostumbra a servirnos de lo ajeno más que de lo nuestro. En nada acierta el hombre a detenerse en el preciso punto de su necesidad: en goces, riqueza y poderío abraza más de lo que puede estrechar; su avidez es incapaz de moderación. Yo creo que en la curiosidad que al saber nos impulsa ocurre lo propio: el hombre se prepara mucho mayor trabajo del que puede realizar, y mucho más de lo que tiene que hacer, ampliado la utilidad del saber otro tanto que su materia: *ut omnium rerum, sic litterarum quoque, intemperantia laboramus*. Tácito alaba, con razón, a la madre de Agrícola, por haber reprimido en su hijo el demasiado ardoroso apetito de ciencia.

Y bien mirado es un bien que, como todos los otros bienes de los hombres, encierra mucha vanidad y debilidad, propios y naturales, y además de caro coste. Su adquisición es mucho más arriesgada que la de toda otra comida o bebida, pues en todas las demás cosas lo que compramos llevámoslo a nuestra casa en alguna vasija, y luego podemos examinar su valor, cuándo y a qué hora lo tomaremos, mas las ciencias no podemos, en los comienzos, colocarlas en otro recipiente que nuestra alma; las absorbemos al comprarlas, y salimos de la compra inficionados o enmendados: las hay que no hacen sino empeorarnos y recargarnos, en lugar de sustentarnos; y otras que, so pretexto de curarnos, nos envenenan. Pláceme el que algunos hombres, por devoción, hagan voto de ignorancia, como de castidad, pobreza y penitencia, pues es también castrar desordenados apetitos, enervar el ansia que nos empuja al estudio de los libros y privar al alma de esta voluptuosa [401] complacencia que nos cosquillea, mediante la idea de la ciencia. Y es cumplir espléndidamente voto de pobreza el juntar a ella la del espíritu. Apenas si necesitamos una cantidad exigua de doctrina para vivir satisfechos; Sócrates nos enseña que reside en nosotros, lo mismo que la manera de encontrarla y de ayudarse con ella. Toda la capacidad nuestra que va más allá de la natural es, o poco menos, vana y superflua, y mucho hemos conseguido si no nos recarga y trastorna, más bien que nos sirve: *paucis opus est litteris mentem bonam*. Estos son excesos febriles de nuestro espíritu, instrumento travieso e inquieto. Recogeos, y hallaréis en vosotros los argumentos verdaderos de la naturaleza contra la muerte, y los más propios a serviros en caso necesario: éstos son los que hacen morir a un campesino y a pueblos enteros, con igual firmeza que un filósofo. ¿Moriría yo con tranquilidad menor antes de haber leído las Tusculanas? Creo que no; y cuando me supongo en el caso, veo que mi lengua se enriqueció, pero mi vigor muy poco; éste persiste, cual la naturaleza me lo forjó, y se escuda cuando el conflicto llega con marca original y común: los libros me sirvieron no tanto de instrucción como de ejercicio. ¿Y qué decir si la ciencia intentando armarnos con defensas nuevas contra los inconvenientes naturales,

imprimió más bien en nuestra fantasía su grandeza y su peso que no las razones y utilidades para resguardarnos? Son las suyas delicadezas, con las cuales nos despierta frecuentemente con inutilidad cabal; hasta los autores mismos más sólidos y prudentes, ved cómo en derredor de un buen argumento van sembrando otros ligeros y, examinados bien de cerca, sin cuerpo y vacíos de sentido; argucias verbales que nos engañan, mas en atención a que pueden útilmente emplearse, no los quiero desechar con todo rigor; en mi libro los hay de esta condición y en lugares diversos, que penetraron en forma de imitación o préstamo. Así que, ha de cuidarse de no nombrar fuerza lo que no es sino agradable, y sólido a lo que no es más que agudo, o bueno a lo que no es más

que hermoso: quae magis gustata, quam potata, delectant. Todo lo que place no es provechoso, ubi non ingenii, sed animi negotium agitur.

Viendo los esfuerzos que Séneca ejecuta para prepararse a la muerte; viéndole sudar de quebranto para enderezarse, asegurarse y debatirse tan dilatado tiempo en este suplicio, hubiera yo modificado la idea de su reputación si muriendo no la hubiese valientemente mantenido. Su agitación tan ardorosa y frecuente muestra su estado impetuoso [402] e hirviente (magnus animus remissius loquitur, et securius...non est alius ingenio, alius animo color, a sus propias expensas precisa convencerle); y da testimonio en algún modo de encontrarse oprimido por su adversario. La manera de Plutarco, como más desdeñosa y menos rígida, es a mi ver tanto más viril y persuasiva. Fácilmente creería yo que los movimientos de su alma eran más fijos y ordenados. El uno, más agudo, nos impresiona y lanza sobresaltados y se dirige más a nuestro espíritu; el otro, más sólido, nos forma, asienta y conforta constantemente, y toca más al entendimiento; aquél arrebató nuestro juicio, éste le gana. Análogamente, he visto otros escritos, todavía más reverenciados, que en la pintura del combate que sostienen contra los agujijones de la carne, representan éstos tan hirvientes, tan poderosos y tan invencibles, que nosotros mismos, gentes de la hez popular, encontramos tanto que admirar en la singularidad y vigor desconocido de la tentación como en la de ella.

¿A qué fin vamos armándonos merced a estos esfuerzos de la ciencia? Miremos al suelo: a las pobres gentes que por él vemos esparcidas, con la cabeza inclinada por la labor, que desconocen a Aristóteles y a Catón y que carecen de ejemplos y preceptos. De estos saca naturaleza todos los días efectos de firmeza y de paciencia más puros y más rígidos que los que tan curiosamente estudiamos en las escuelas filosóficas. ¡Cuántos de entre ellos veo yo diariamente que menosprecian la pobreza, cuántos que desean la muerte, o que la soportan sin alarma ni aflicción! Ese que cava mi huerta enterró esta mañana a su padre o a su hijo. Los nombres mismos con que designan las enfermedades dulcifican y ablandan la rudeza de las mismas: la tisis es para ellos la tos; la disentería, desviación de estómago; la pleuresía es un resfriado: y conforme las nombran dulcemente, así también las soportan. Preciso es que sean bien dolorosas para que interrumpan su trabajo ordinario; no guardan el lecho sino para morir. Simplex illa et aperta virtus in obscuram et solertem scientiam versa est.

Escribía yo esto hacia la época en que una recia carga de nuestros trastornos se desencadenó con todo su peso derecha sobre mí, teniendo de una parte los enemigos a mis

puertas, y de otra los partidarios, enemigos peores aun, non armis, sed vittis certatur; y experimentaba toda suerte de injurias militares a la vez: [403]

Hostis adest dextra laevaue a parte timendus,
vicinoque malo terret utrumque latus.

¡Guerra monstruosa! Las otras ocasionan lejos sus efectos; ésta contra sí misma se roe y despedaza, mediante su propio veneno. Es de naturaleza tan maligna y ruinosa que se derruye a sí misma, juntamente con todo lo demás y de rabia se desgarrar y despedaza. Con mayor frecuencia la vemos disolverse por sí misma que por carencia de alguna cosa necesaria o por la fuerza enemiga. Toda disciplina la es ajena: viene a curar la sedición, y de sedición está repleta; quiere castigar la desobediencia, y de ella muestra el ejemplo; dedicada a la defensa de las leyes, se rebela contra las suyas propias. ¿Dónde, nos encontramos? ¡Nuestra medicina encierra la infección!

Nostre mal s'empoisonne
du secours qu'on luy donne.

Exsuperat magis, aegrescitque medendo.
Omnia fanda, nefanda, malo permissa furore,
justificam nobis mentem avertere deorum.

En estas enfermedades populares pueden distinguirse en los comienzos los sanos de los enfermos; mas cuando llegan a persistir, como ocurre con la nuestra, todo el cuerpo social se resiente, la cabeza lo mismo que los talones: ninguna pauta está exenta de corrupción, pues no hay aire que se aspire tan vorazmente ni que tanto se extienda y penetre como la licencia. Nuestros ejércitos no se ligan ni sostienen sino por extraño concurso: con los franceses no puede ya constituirse un cuerpo de armas ordenado y resistente. ¡Vergüenza enorme! no hay más disciplina que la que nos muestran los soldados mercenarios. En cuanto a nosotros, conducímonos a nuestra discreción y no a la del jefe, cada cual según la suya; cuesta desvelos mayores hacer obedecer a los soldados que derrotar a los enemigos: al que manda corresponde seguir, acariciar y condescender, a él sólo obedecer; todos los demás son libres y disolutos. Me place ver cuanta cobardía y pusilanimidad hay en la ambición, por en medio de cuanta abyección y servidumbre, la precisa llegar a su fin, pero me desconsuela el considerar a las naturalezas honradas y capaces de justicia, corrompiéndose a diario en el manejo y mando de esta confusión. El dilatado sufrimiento engendra la costumbre, y ésta el consentimiento [404] e imitación. Tenemos sobradas almas malvadas sin que inutilicemos las buenas y generosas, y si por este camino continuamos, difícilmente quedará nadie a quien confiar la salud de este Estado, en el caso en que la fortuna nos la procure algún día:

Hunc saltem everso juvenem succurrere seculo
ne prohibete!

¿Qué se hizo de aquel antiguo precepto, según el cual, los soldados más han de temer a su jefe que al enemigo? ¿y aquel maravilloso ejemplo de que las historias nos hablan? Habiéndose encontrado un manzano encerrado en el recinto del campo del ejército de Roma, las tropas abandonaron el lugar, dejando al poseedor el número cabal de sus

manzanas, maduras y deliciosas. Bien quisiera yo que nuestra juventud en lugar del tiempo que emplea en peregrinaciones menos útiles y en aprendizajes menos honrosos, invirtiera la mitad en ver la guerra por mar bajo las órdenes de algún buen capitán, comendador de Rodas, y la otra mitad en reconocer la disciplina de los soldados turcos, pues ésta ofrece muchas diferencias y posee muchas ventajas sobre la nuestra: nuestros soldados, se convierten en más licenciosos en las expediciones, allí en más retenidos y temerosos, pues las ofensas y latrocinios ocasionados al pueblo menudo, que se castigan a palos en la paz, se enmiendan en la guerra con la pena capital; por el hurto de un huevo se suministran a cuenta fija cincuenta estacazos, y por cualquiera otra cosa, por ligera que sea, innecesaria para la manutención, se los empala o decapita en el acto. Me admiró en la historia de Selim, el conquistador más cruel que haya jamás existido, ver que cuando subyugó el Egipto, los hermosos jardines que circundan la ciudad de Damas, abiertos como estaban de par en par y en tierra conquistada, puesto que su ejército campaba en el lugar mismo, salieran vírgenes de entre las manos de los soldados, porque no habían recibido orden de saquearlos.

¿Pero hay algo en nación alguna que valga ser combatido con una droga tan mortal? No, decía Favonio, ni siquiera la usurpación de la posesión tiránica de una república. Platón, de la propia suerte, no consiente que se violente el reposo de su país para curarlo, ni acepta la enmienda que todo lo trastorna y pone en riesgo, y que cuesta la sangre la ruina de los ciudadanos. El oficio de todo hombre de bien en estos casos, ordena dejarlo todo como está; solamente hay que rogar a Dios para que concurra con su mano poderosa. Este filósofo parece condenar a Dión, su grande amigo, por haberse algo apartado de tales vías. Y [405] si Platón debe ser puramente rechazado de nuestro cristiano consorcio, él, que por la sinceridad de su conciencia mereció para con el favor divino penetrar tan adentro en la cristiana luz, al través de las tinieblas públicas del mundo de su tiempo (no creo que procedamos bien dejándonos instruir por un pagano), cuánta impiedad no supondrá el no aguardar de Dios ningún socorro simplemente suyo y sin nuestra cooperación. Con frecuencia dudo si entre tantas gentes como se mezclan en el tumulto, se encontró ninguno de entendimiento tan débil a quien a sabiendas se le haya persuadido de que caminaba a la reforma por la última de las deformaciones; que tiraba hacia su salvación por las más expresas causas que poseamos de condenación infalible; que derribando el gobierno, el magistrado y las leyes, bajo cuya tutela Dios le colocó, desmembrando a su madre y arrojando los pedazos para que los roan a sus antiguos enemigos, llenando de odios parricidas los esfuerzos fraternales, llamando en su ayuda a los demonios y a las furias, pudiera procurar socorro a la sacrosanta dulzura y justicia de la ley divina. La ambición, la avaricia, la crueldad, la venganza, carecen de impetuosidad tan propia y natural; cebámoslas y atizámoslas con el glorioso dictado de justicia y devoción. Ningún estado de cosas más detestable puede imaginarse que aquel en que la maldad viene a ser legítima, y a adoptar con el consentimiento del magistrado el aspecto de la virtud: nihil in speciem fallacius, quam prava religio, ubi deorum numen praetenditur sceleribus el extremo género de injusticia, según Platón, es el que lo injusto sea como justo considerado.

Con ello el pueblo sufre profundamente, y no sólo los males presentes,

Undique totis

usque adeo turbatur agris,

sino también los venideros: los vivos con ello padecieron, y también los que aún no eran nacidos; se le saqueó, y a mí por consiguiente, hasta la esperanza, arrebatándole cuanto poseía para aprestarse a la vida por dilatados años:

Quae nequeunt secum ferre aut abducere, perdunt;
et cremat insontes turba scelestas casas.
Muris nulla fides, squalent populatibus agri.

A más de esta sacudida, estos desastres ocasionaron en [406] mí otros: corrí los peligros que la moderación acarrea en enfermedades tales: fui despojado por todas las manos; para el gibelino era yo güelfo, y para el güelfo gibelino: alguno de entre nuestros poetas explica bien este fenómeno, pero no recuerdo dónde. La situación de mi casa y el contacto con los hombres de mi vecindad, mostrábanme de un partido; mi vida y mis acciones de otro. No se me presentaban acusaciones concretas, porque no había dónde morder. Nunca esquivo yo las leyes, y quien hubiera intentado el examen de mi conducta, me habría debido el resto: todo eran sospechas mudas, que corrían bajo cuerda, a las cuales nunca falta apariencia en medio de un tan confuso baturrillo; como tampoco se echan de menos espíritus ineptos o envidiosos. Ordinariamente ayudo yo a las presunciones injuriosas que la fortuna siembra contra mí, por la costumbre, que de antiguo practico siempre, de huir el justificarme, excusarme o explicar mis actos. Considerando que es comprometer mi conciencia defenderla; perspicuitas enim argumentatione elevatur, y cual si todos vieran en mí tan claro como yo veo, en lugar de lanzarme fuera de la acusación, me meto dentro, haciéndola más subir de punto por una acusación irónica y burlona, si no callo redondamente, como de cosa indigna de respuesta. Mas los que interpretan mi conducta considerándola como sobrado altiva, apenas me quieren menos mal que los que la toman por debilidad de una causa indefendible; principalmente los grandes, para quienes la falta de sumisión figura entre las extremas, opuestos a toda justicia conocida, que se sienta, no sometida, humilde y suplicante; frecuentemente choqué con este pilar. De tal suerte procedí como digo, que por lo que entonces me aconteció, cualquier ambicioso se hubiera ahorcado y lo mismo cualquier avaricioso. Yo no me cuido para nada de adquirir;

Sit mihi, quod nunc est, etiam minus; et mihi vivam
quod superest aevi, si quid superesse volent di:

mas las pérdidas que me sobrevienen por ajena injuria, ya consistan en latrocinio o violencia, me ocasionan casi igual duelo que a un hombre enfermo y atormentado por la avaricia. La ofensa, sin ponderación, es más amarga que la pérdida. Mil diversas suertes de desdichas se desencadenaron sobre mí, unas tras otras: yo las hubiera más gallardamente soportado en torbellino.

Y pensé ya, de entre mis amigos, a quien encomendaría una vejez indigente y caída: después de haber paseado mis ojos por todas partes, me encontré en camisa. Para [407] dejarse caer a plomo y de tan alto, preciso es que sea entre los brazos de una afección sólida, vigorosa, con recursos de fortuna, y así son raras, si es que las hay. En fin, conocí que lo más seguro era fiar a mí mismo de mí y de mi necesidad; y si me sucedía caer fríamente en la gracia de la fortuna, recomendarme más fuertemente a la mía, sujetarme y mirar más de cerca a mí propio. En todas las cosas se lanzan los hombres en los extraños

apoyos para economizar los propios, solos ciertos y poderosos para quien de ellos sabe armarse: cada cual corre a otra parte y a lo venidero, tanto más cuanto que ninguno llegó a sí mismo. Y me convencí de que todos aquéllos eran inconvenientes provechosos, puesto que, en primer lugar, a los malos discípulos hay que amonestarlos a latigazos cuando la razón no basta a enderezarlos, como por el fuego y violencia de los recodos conducimos a su derechura una tabla torcida. Yo que me predico hace tanto tiempo el mantenerme en mi y separarme de las cosas extrañas, sin embargo, todavía vuelvo los ojos de lado; la inclinación, una palabra favorable de un grande, un semblante grato me tientan. ¡Dios sabe si de estas cosas hay alta carestía y el sentido que encierran! Resuenan aún en mis oídos, sin que yo frunza el entrecejo, los sobornamientos que se me hacen para sacarme al mercado público, y de ellos me defienden tan blandamente que parece como si se sufriera de mejor grado ser vencido. Ahora bien, un espíritu tan indócil precisa el palo; y hace menester remachar y juntar a recios mazazos esta barca que se desprende y descose, que se escapa y desvía de sí misma. En segundo lugar, consideraba que este accidente me serviría de ejercitación para prepararme a peores cosas, si yo, que por el beneficio de la fortuna y por la condición de mis costumbres aguardaba ser de los últimos, llegaba a ser de los primeros, atrapado por esta tormenta, instruyéndome temprano a moderar mi vida y a ordenarla para un nuevo estado. La libertad verdadera es poderlo todo sobre sí mismo: *potentissimus est, qui se habet in potestate*. En una época tranquila y moderada, fácilmente se prepara uno a los acontecimientos comunes y moderados; mas en esta confusión en que vivimos treinta años ha, todo hombre francés, en particular y en general se ve a cada momento abocado a la entera destrucción de su fortuna; otro tanto precisa mantener su vigor, ayudado de provisiones más fuertes y vigorosas. Agradezcamos al destino el habernos hecho vivir en un siglo no blando, lánguido ni ocioso: tal que no lo hubiera sido por ningún otro medio, se trocará en famoso por sus desdichas. Como apenas leo en las historias estas mismas confusiones en los otros Estados sin que lamente el no haberlas [408] podido considerar presente, mi curiosidad hace ahora que yo vea gustoso, hasta cierto punto, este notable espectáculo de nuestra muerte pública, sus síntomas y peripecias; y puesto que no me es posible retardarla, me siento contento de verme destinado a asistir a ella para mi instrucción. Así, con igual avidez, buscamos hasta simulados en las fábulas teatrales, una muestra de los juegos trágicos de la humana fortuna, los cuales no contemplamos sin duelo de lo que oímos, pero nos complacemos en despertar nuestro disgusto por la singularidad de estos lamentables acontecimientos. Nada cosquillea sin que pellizque, y los buenos historiadores huyen como un agua adormecida y un mar extinto las sosegadas narraciones, para ganar las sediciones y las guerras, a las cuales por nosotros son llamados.

Dudo si puedo honradamente confesar a cuán vil precio del reposo y tranquilidad de mi vida pasé más de la mitad en la ruina de mi país. Revístome fácilmente de paciencia en los accidentes que no recaen directamente sobre mí, y para lamentarme de éstos, considero no tanto lo que se me quita como lo que me fue dable salvar, dentro y fuera. Existe cierta consolación en esquivar ya unos, ya otros, de entre los males que nos acechan constantemente y ocasionan víctimas en nuestro derredor; así en materia de intereses públicos, a medida que mi atención está más universalmente extendida, va debilitándose; además es a medias verdad aquello de *tantum ex publicis malis sentimus, quantum ad privatas res pertinet*, y que la salud de donde partimos era, tal que aminora nuestro sentimiento. Salud era, sí, mas sólo comparada con la enfermedad que la siguió; apenas caímos de tan alto: la corrupción y el bandidaje, dignamente profesados, me parecen menos

soportables; menos injustamente se nos roba en un camino que en sitio de seguridad. Era la nuestra una juntura universal, de partes particularmente corrompidas, en competencia las unas con las otras, y la mayor parte de úlceras envejecidas, incapaces de curación y que tampoco la pedían.

Así, pues, este derrumbamiento me animó más que me aterró, auxiliado por mi conciencia, que se condujo no ya sólo sosegadamente, sino con altivez, y no encontraba motivo de lamentarme de mí propio. Como Dios nunca envía ni los males ni los bienes absolutamente puros a los hombres, mi salud se condujo a maravilla en aquel tiempo, muy por cima de lo ordinario; y así como sin ella de todo soy incapaz, pocas son las cosas que con ella no están a mi alcance. Procurome medio de despertar todas mis provisiones y de llevar la mano al socorro de la herida que, se hubiera complicado sin el pronto remedio. Con estos recursos [409] caí en la cuenta de que todavía era capaz de algún empuje contra la adversidad y de que para hacerme perder el equilibrio era necesario un fuerte enfoque. Y no lo digo por irritarla para que me sacuda una carga más vigorosa; soy su servidor, la tiendo mis manos y pido a Dios que se conforme con su obra realizada. ¿Qué si siento yo sus asaltos? ¡Ya lo creo! Como aquellos a quienes la tristeza confunde y posee se dejan sin embargo acariciar por algún placer y una sonrisa les escapa, así yo tengo bastantes fuerzas sobre mí para convertir mi estado ordinario en tranquilo, descargándolo de fantasías dolorosas; pero me dejó, no obstante, sorprender de cuando en cuando por las mordeduras de sus pensamientos ingratos que me avasallan, mientras me armo para expulsarlos o para luchar con ellos.

He aquí otra agravación de males que me acosó después de los otros: fuera y dentro de mi casa fui acogido por una epidemia vehemente, como cualquiera otra mortífera, pues así como los cuerpos sanos están expuestos a enfermedades, tanto más graves cuanto que sólo por ellas pueden ser avasallados, así mi aspecto saludabilísimo en que ninguna memoria de contagio (bien que a veces estuviera cercano) había logrado arraigar, llegando a envenenarse, produjo en mí extraños efectos,

Mista senum et juvenum densantur funera; nullum
saeva caput Proserpina fugit:

hube de sufrir la graciosa condición de que hasta la vista de mi propia casa me ocasionara espanto; todo cuanto en ella había, sin custodia estaba y a la merced de los que lo codiciaban. Yo, que soy tan hospitalario, me vi en la dolorosísima situación de buscar un retiro para mi familia; una familia extraviada que amedrentaba a sus amigos y a sí misma se metía miedo y horror, donde quiera que pensaba establecerse: habiendo de mudar de residencia, tan luego como uno del séquito empieza a sentir dolor en la yema de un dedo, todas las enfermedades son consideradas como la peste; carécese de la necesaria tranquilidad de espíritu para reconocerlas. Y lo bueno del caso es que según los preceptos de la medicina ante todo peligro que se nos acerca hay que permanecer cuarenta días abocado al mal: la fantasía ejerce entonces su papel y febriliza vuestra salud misma. Todo esto me hubiera mucho menos afectado si no hubiese tenido que lamentarme del dolor ajeno, pues durante seis meses tuve que servir de guía miserablemente a la caravana. Mis preservativos personales, que siempre me acompañan, son la resolución y el sufrimiento. La aprensión [410] apenas me oprime, y es lo que más se teme en este mal; y si

encontrándome solo a él me hubiera resignado, habría ejecutado una huida más gallarda y más apartada: muerte es ésta que no me parece de las peores, comúnmente corta, de atolondramiento, exenta de dolor, por la condición pública consolada, sin ceremonias, duelos ni tumultos. En cuanto a las pobres gentes de los contornos la centésima parte viose de salvación imposibilitada:

Videas desertaque regna
pastorum, et longe sallus lateque vacantes.

En este lugar la parte de mis rentas es anual; la tierra que cien hombres para mí trabajaban quedó por largo tiempo sin cultivo.

¿Qué ejemplos de resolución no vimos por entonces en la sencillez de todo aquel pueblo? Generalmente cada cual renunciaba al cuidado de la vida: las vides permanecían intactas en los campos, cargadas de su fruto, que es la principal riqueza del país; todos, indistintamente, preparaban y aguardaban la muerte para la noche o el día siguiente, con semblante y voz tan libres de miedo que habríase dicho que todos estaban comprometidos a esta necesidad, y que la condenación, era universal e inevitable. Y siempre es así; ¡pero de cuán poca cosa depende la firmeza en el sucumbir! La distancia y diferencia de algunas horas, la sola consideración de la compañía, conviértennos en diverso su sentimiento. Ved aquí unos cuantos: porque sucumben en el mismo mes niños, jóvenes y viejos, nada ya acierta a transirlos, las lágrimas se agotaron en sus ojos. Algunos vi que temían quedarse atrás, como en una soledad horrible; sólo por las sepulturas se inquietaban, porque les contrariaba el ver los cuerpos en medio de los campos, a merced de las bestias que incontinenti los poblaron. ¡Cuán las fantasías humanas son encontradas! Los neoritas, pueblo que Alejandro subyugó, arrojaban los cadáveres en lo más intrincado de sus bosques para que fueran devorados: era el solo sepulcro que entre ellos fuera dignamente considerado. Tal individuo encontrándose sano cavaba ya su huesa; otros se tendían en ella vivos aún, y uno de mis jornaleros en sus manos y sus pies acercó a sí la tierra en la agonía. ¿No era esto abrigarse para dormir más a gusto, con arrojo en altitud parecido al de los soldados romanos a quienes se encontró después de la jornada de Canas con la cabeza metida en agujeros que ellos mismos habían hecho, y colmado con sus manos para ahogarse? En conclusión, todo un pueblo se lanzó de súbito por costumbre en un trance que nada cede en rigidez a ninguna resolución estudiada y meditada. [411]

Casi todas las instrucciones que la ciencia posee para más aparatosas que efectivas, y sirven más de ornamento que de fruto. Abandonamos la naturaleza y queremos enseñarla la lección, siendo así que nos conducía tan segura y felizmente; y sin embargo, las huellas de su instrucción y lo escaso que merced a la ignorancia queda de su imagen sellado en la vida de esa turba rústica de hombres toscos, la ciencia misma se ve obligada todos los días a pedírsele prestado para con ello fabricar un patrón al uso de sus discípulos, de constancia, tranquilidad e inocencia. Hermoso es ver que los urbanos, repletos de tan lindos conocimientos, tengan que imitar esa torpe simplicidad, e imitarla en las acciones más elementales de la fortaleza; y que nuestra sapiencia aprenda de los animales mismos las más útiles enseñanzas aplicables a las más grandes y necesarias partes de nuestra vida: a la manera de vivir y morir, cuidar de nuestros bienes, amar y educar a nuestros hijos y ejercer la justicia: singular testimonio de la enfermedad humana; y que esta razón que se maneja a

nuestro albedrío encontrando siempre alguna diversidad y novedad no deje en nosotros rasgo visible de la naturaleza; de ella hicieron los hombres como los perfumistas del aceite: sofisticáronla con tantas argumentaciones y discursos traídos de fuera, que se trocó en variable y particular a cada cual, y perdió su carácter propio constante y universal, precisándonos así buscar el testimonio de los brutos, no sujeto a favor ni a corrupción, ni tampoco a diversidad de opiniones; pues es bien cierto que ellos mismos no siguen invariablemente la senda de la naturaleza; pero la parte donde se desvían es tan pequeña, que siempre advertiréis la traza: de la propia suerte que los caballos que se conducen a la mano, si bien pegan botes y van de aquí para allá, siempre se mantienen sujetos por la brida y siguen constantemente el paso de quien los guía, y como el halcón toma vuelo, pero sujeto por su fiador. Exsilia, tormenta, bella, morbos, naufragia meditare... ut nullo sis malo tardi. ¿Para qué nos sirve esa curiosidad de prever todos los accidentes de la humana naturaleza y el prepararnos con dolor tanto contra aquellos mismos que acaso no han de llegarnos? parem passis tristitiam facit, pati posse? No solamente, el golpe, también el viento y el ruido nos hieren, o como a los más calenturientos, pues en verdad es fiebre el ir desde ahora a que os propinen una tunda de azotes, porque puede ocurrir que el destino os los haga sufrir un día; y vestir vuestro traje aforrado desde San Juan porque de él habréis menester en Navidad. Lanzaos en la experiencia de todos los males que pueden llegaros, [412] principalmente en la de los más extremos; experimentaos en ellos, se nos dice, y aseguraos allí. Por el contrario, lo más fácil y natural será descargarnos hasta de pensamiento: no vendrán nunca bastante temprano; su verdadero ser no nos dura gran cosa; es preciso que nuestro espíritu los extienda y dilate, que de antemano los incorpore en sí mismo y con ellos se familiarice, cual si razonablemente no pesarán a nuestros sentidos. «De sobra pesarán cuando los alberguemos, dice uno de los maestros y no de una dulce secta, sino de la más dura: mientras tanto auxiliáte, cree lo que gustes mejor; ¿de qué te sirve ir recogiendo y previniendo tu infortunio, y perder el presente por el temor de lo futuro, y ser incontinenti miserable porque lo debas ser con el tiempo?» Son sus palabras. La ciencia nos procura de buen grado un buen servicio instruyéndonos puntualmente en las dimensiones de los males,

Curis acuens mortalia corda:

sería una lástima el que una parte de su magnitud escapase a nuestro sentimiento y conocimiento.

Verdad es que a casi todos la preparación a la muerte no procurará mayor tormento que el sufrirla. Con verdad fue dicho en lo antiguo, y por un autor muy juicioso: Minus afficit sensos fatigatio, quam cogitatio. El sentimiento de la muerte presente, por sí mismo nos impulsa a veces con una propia resolución a no evitar lo que es de todo punto inevitable: algunos gladiadores se vieron en Roma, que después de haber cobardemente combatido, tragan la muerte ofreciendo su garganta al acero del enemigo y convidándole. La vista de la muerte venidera ha menester de una firmeza lenta, y por consiguiente difícil de encontrar. Si no sabéis morir, nada os importe, la naturaleza os informará al instante suficiente y plenamente, y cumplirá con exactitud esta tarea por vosotros: no os atormentéis por vuestra ignorancia:

Incertam frustra, mortales, funeris horam

quaritis, et qua sit mors aditura via.
Poena minor, certam subito perferre ruinam;
quod timeas, gravius sustinuisse diu.

Con el cuidado de la muerte trastornamos la vida: ésta nos enoja, aquélla nos asusta, y no es la muerte contra lo que nos [413] preparamos, ésta es cosa sobrado momentánea; un cuarto de hora de padecimiento, sin consecuencia y sin daño, no merece preceptos particulares: a decir verdad, preparámonos contra los preparativos a la muerte. La filosofía nos ordena tener aquélla constantemente ante nuestros ojos, preverla y considerarla antes de tiempo, y nos suministra además las reglas y precauciones para proveer a lo que esta previsión y este pensamiento nos hieren: así proceden los médicos, que nos lanzan en las enfermedades a fin de procurar empleo a sus drogas y a su arte. Si no supimos, vivir, es injusto enseñarnos a morir, deformando así la unidad de nuestra existencia: si supimos vivir con tranquilidad y constancia, sabremos morir lo mismo. Alabaránse cuanto quieran, *tota philosophorum vita commentatio mortis est*; mas yo entiendo que si bien es el extremo, no es, sin embargo, el fin de la vida; es su acabamiento, su extremidad, pero no es su objeto; ella debe ser para sí misma su mira, su designio: su recto estudio es ordenarse, gobernarse, sufrirse. En el número de los varios otros deberes que comprende el general y principal capítulo del saber está incluido este artículo del saber morir, y es de los más ligeros, si nuestro temor no le da peso.

Juzgadas por su utilidad y por su verdad ingenua, las lecciones de la sencillez apenas ceden a las que la doctrina vivir, nos pregona; por el contrario. Los hombres difieren en sentimientos y en fuerzas, precísales por tanto ser conducidos al bien, según ellos, por caminos diversos.

Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes.

Nunca vi a los campesinos de mi vecindad entrar en meditación sobre el continente y la firmeza con que soportarían esta hora postrera: naturaleza los enseña a no pensar en la muerte sino es cuando dejan de existir, y entonces adoptan mejor postura que Aristóteles, para el cual es doble suplicio el acabar, primero por esto mismo, y luego por la premeditación; por eso César pensaba que la menos prevista muerte era la más dichosa y la más ligera: *Plus dolet, quam necesse est, qui ante dolet, quam necesse est*. El agror de este pensamiento nace de nuestra curiosidad: así nos embarazamos siempre, queriendo adelantar y regentar las cosas naturales. Sólo a los doctores incumbe el comer de mala gana hallándose sanos, y el hacer pucheritos ante la imagen de la muerte: el común de las gentes no tiene necesidad de remedio ni de consuelo sino cuando [414] llegan el choque y el golpe, y lo consideran únicamente cuando lo sufren. ¿No es esto palmaria prueba de lo que decimos, o sea que la estupidez y falta de aprensión del vulgo procúranle la paciencia para los males presentes y la despreocupación intensa de los siniestros accidentes venideros? ¿Qué su alma por ser más crasa y obtusa es menos penetrable y agitable? ¡Dios nos valga! Si así es en efecto pongamos desde ahora escuela de torpeza: es el extremo fruto que las ciencias nos prometen, al cual aquélla tan dulcemente conduce a sus discípulos. No nos faltan regentes eximios, intérpretes de la natural sencillez; Sócrates será uno de ellos, pues a lo que se me acuerda habla sobre poco más o menos en este sentido a los jueces que deliberan de su vida: «Temo, señores, si os ruego que no me hagáis morir, caer en la

delación de mis acusadores, la cual se fundará en que yo alardeo de más entendido que los otros, como poseedor de alguna noción más oculta de las cosas que están por cima y por bajo de nosotros. Yo sé que no he frecuentado ni reconocido la muerte, ni a nadie vi tampoco que experimentara sus cualidades para instruirme. Los que la temen presuponen conocerla: en cuanto a mí, no sé ni lo que es, ni cuál sea su obra en el otro mundo. Quizás sea la muerte cosa indiferente, quizás deseable. Hay motivo para creer, sin embargo, en el caso de que sea una transmigración de un lugar a otro, que se encuentra mejora yendo a vivir con tan grandes personajes muertos, y hallándose libre de tener que ver con jueces injustos y corrompidos: si es un aniquilamiento de nuestro ser, todavía es mejor el entrar en una noche dilatada y apacible; nada sentimos tan dulce en la vida como un reposo y un sueño tranquilos y profundos, sin soñaciones. Las cosas que yo reconozco malas, como el ofender al prójimo y el desobedecer a un superior, sea Dios, sea hombre, las evito cuidadosamente: aquellas que, desconozco, si son buenas o malas, no me sería dable temerlas. Si yo muero y os dejo en vida, sólo los dioses verán quién de entre vosotros y yo andará mejor. De modo que, por lo que a mí toca, ordenaréis lo que os plazca. Mas conforme a mi manera de aconsejar las cosas justas y útiles, hago bien al insinuar que en provecho de vuestra conciencia procederéis mejor concediéndome la libertad, si no veis con mayor claridad que yo en mi causa; y juzgando en vista de mis acciones pasadas, privadas y públicas, conforme a mis intenciones y según el fruto que alcanzan todos los días de mi conversación tantos ciudadanos jóvenes y viejos, y, el beneficio que a todos os hago, no podéis, obrando en justicia, desentenderos de mis merecimientos, sino ordenando que sea sostenido en razón de mi pobreza en el Pritaneo, a expensas del erario publico, lo cual he visto con motivos menores que habéis [415] concedido a otros. No achacéis a testarudez o menosprecio el que, según costumbre, yo no vaya suplicándoos y moviéndoos a conmiseración. No habiendo sido engendrado, como dice Homero, de madera ni de piedra, como tampoco lo fueron los demás, tengo amigos y parientes capaces de presentarse llorosos y de duelo llenos, y tres hijos desolados con que despertar vuestra piedad; pero avergonzaría a nuestra ciudad, a mis años, y a la reputación de prudente que alcanzara echando mano de tan cobardes arbitrios. ¿Qué se diría de los demás atenienses? Yo aconsejé siempre a los que hablar me oyeron que no rescataran su vida con ninguna acción deshonorosa; y en las guerras de mi país, en Anipolis, Potidea, Delia y en otros lugares donde me hallé, acredité con los hechos cuán lejos estuve de amparar mi seguridad con mi vergüenza. Mayormente me alejaría de torcer vuestro deber ni de convidaros a la comisión de feas acciones, pues no corresponde a mis súplicas el persuadiros, sino a las razones puras y sólidas de la justicia. Así habéis jurado manteneros ante los dioses: diríase que yo sospechaba de vosotros que no los hubiera y que por ello os recriminara; yo mismo testimoniaría contra mí no creer en ellos, como debo, desconfiando de su conducta y no poniendo puramente en sus manos mi proceso. En absoluto confío, y tengo por seguro que obrarán en esto conforme sea más conveniente a vosotros y a mí. Las gentes de bien, ni vivas ni muertas tienen nada que temer de la divinidad.»

¿No es ésta una defensa infantil, de una elevación inimaginable, verdadera, franca y justa por cima de todo encomio, y empleada en un duro trance? En verdad fue razón que la prefiriese a la que aquel gran orador Lisias había escrito para él, excelentemente modelada al estilo judicial, pero indigna de un criminal tan noble. ¿Cómo era posible que de la boca de Sócrates hubieran surgido palabras suplicantes? ¿Aquella virtud soberbia había de rebajarse en más recio de su expansión? Su naturaleza rica y poderosa ¿hubiera podido

encomendar al arte su defensa, y en la más suprema experiencia renunciado a la verdad y a la ingenuidad, ornamentos de su hablar, para engalanarse con el artificio de las figuras simuladas de una oración aprendida? Obró prudentísimamente y según él al no corromper un tenor de vida incorruptible y una tan santa imagen de la humana forma para dilatar un año más su decrepitud traicionando la inmortal memoria de un fin glorioso. Debía su vida no a sí mismo, sino al ejemplo del mundo: ¿no sería lastimoso que hubiera acabado de manera ociosa y oscura? Por cierto, una tan descuidada y blanda consideración de su fin merecía que la posteridad la retuviera [416] como tanto más meritoria para él; y así lo hizo, nada hay en la justicia tan justo como lo que el acaso ordenó para su recomendación, pues los atenienses abominaron de tal suerte a los que fueron causa de la muerte del filósofo, que se huía de ellos cual de gentes excomulgadas; tenía por infestado cuanto habían tocado; nadie se bañaba con ellos, ninguno los saludaba ni se les acercaba, hasta que al fin, no pudiendo más tiempo soportar este odio público, todos se ahorcaron voluntariamente.

Si alguien estima que entre tantos otros ejemplos como hubiera podido escoger en los dichos de Sócrates para el servicio de mis palabras, hice mal en elegir al citado, juzgando que este discurso se eleva por cima de las comunes opiniones, sepa que lo hice a sabiendas, pues yo juzgo de distinto modo, y tengo por cierto que es una oración en ingenuidad y en rango muy atrás y muy por bajo de las ideas ordinarias. Representa un arrojito limpio de todo artificio; la seguridad propia de la infancia; la impresión primitiva y pura; creíble es que naturalmente temamos el dolor; mas no la muerte a causa de ella misma: es una parte de nuestro ser no menos esencial que la vida. ¿A qué fin naturaleza había de engendrar en nosotros el odio y el horro del sucumbir, puesto que nuestra desaparición la es de utilidad grandísima, para alimentar la sucesión y vicisitud de sus obras, y puesto que en esta república universal sirve la muerte más de nacimiento y propagación que de pérdida y de ruina?

Sic rerum summa novatur
mille animas una necata dedit;

«el acabamiento de una vida es el tránsito de mil otras existencias». Naturaleza imprimió en los brutos el cuidado de ellos y de su conservación: llegan a temer su empeoramiento, el tropezar, el herirse, ser atados y sujetos, que nosotros los encabestramos e inoculamos, accidentes sujetos a sus instintos y sentidos; pero que los maternos no pueden temerlo, ni tampoco poseen la facultad de representarse la muerte; de tal modo que, al decir de algunos, se les ve no sólo sufrirla alegremente (casi todos los caballos relinchan al morir, los cisnes cantan), sino además buscarla cuando la apetecen, como acreditan muchos ejemplos entre los elefantes.

A más de lo dicho, la manera de argumentar que en este caso Sócrates emplea ¿no es igualmente admirarle en sencillez y en vehemencia? En verdad es mucho más fácil el hablar como Aristóteles y el vivir como César, que no el vivir y el hablar como Sócrates: aquí tiene su asiento el [417] último grado de perfección y dificultad; el arte no puede alcanzarlo. Ahora bien, nuestras facultades están así enderezadas, nosotros no las experimentamos ni las conocemos; nos investimos con las ajenas y dejamos reposar las nuestras; lo propio que alguien podría decir de mí que amontoné aquí una profusión de extrañas flores, no proveyendo de mi caudal sino el hilo que las sujeta.

Y, en efecto, ya concedí a la pública opinión que estos adornos prestados me acompañan, mas entiendo que ni me cubren ni me tapan: muestran lo contrario de mi designio, que no quiere enseñar sino lo propio, lo que por naturaleza me pertenece; de seguir mi primera voluntad, en toda ocasión habría hablado solo, pura y llanamente. Todos los días me cargo con nuevas flores, apartándome de mi idea primera, siguiendo los hábitos del siglo, y entreteniéndome mis ocios. Si esto a mí me sienta mal, como así lo creo, nada importa; a alguien puede serle útil. Tal alega Platón y Homero, que jamás los vio, ni por el forro, y yo he tomado bastantes versos y presas en lugar distinto de las fuentes. Sin fatiga ni capacidad, teniendo mil volúmenes en derredor mío, en este lugar donde escribo, cogería ahora mismo, si me viniera en ganas, una docena de tales zurcidos, gentes que apenas hojeo, con qué esmaltar el tratado de la fisonomía: no precisaba sino la epístola preliminar de un alemán para rellenarme de alegaciones. ¡Y con esto vamos mendigando una gloria golosa con que engañar al mundo estulto! Estas empanadas de lugares comunes con que tantas gentes economizan su estudio, apenas sirven para asuntos comunes, y sólo para mostrarnos, no para conducirnos: fruto ridículo de la ciencia, que Sócrates censura tan graciosamente en Eutidemo. Yo he visto fabricar de libros de cosas jamás estudiadas ni entendidas; el autor encomienda a varios de sus amigos eruditos el rebusco de esta o la otra materia para edificarlo, y se contenta por su parte con haber concedido el designio y ligado con su industria el haz de provisiones desconocidas: a lo menos el papel y la tinta le pertenecen. Esto se llama, en conciencia, comprar o pedir prestado un volumen, no hacerlo; es enseñar a las gentes, no que se sabe hacer un libro, sino lo que acaso pudieran dudar: que no se sabe hacer. Un presidente se alababa, yo le oí, de haber amontonado doscientos y tantos lugares extraños en una de sus sentencias presidenciales: predicándolo borraba la gloria que se le tributaba: ¡pusilánime y absurda vanidad, a mi ver, tratándose de un tal asunto y de una tal persona! Yo hago todo lo contrario, y entre tantas cosas prestadas, es muy de mi gusto poder disfrazar alguna, deformándola, para convertirla a un servicio nuevo: exponiéndome a que decirse pueda que fue por inteligencia de su natural sentido, la imprimo alguno particular, modelado con mi nano, a fin de [418] que sea menos puramente extraño. Aquéllos hacen ostentación de sus latrocinios, por eso les son perdonados más que a mí; nosotros, hijos de la naturaleza, estimamos que haya incomparable preferencia entre el honor de la invención y el de la alegación.

Si de científico hubiera yo querido echármelas, habría hablado más temprano; habría escrito en tiempo más vecino al de mis estudios, cuando disfrutaba viveza mayor de espíritu y memoria, confiando más en el vigor de esta edad que en el actual, de querer ejercer profesión literaria. ¿Y qué decir si este gentil favor que el acaso me procuró antaño, ofrecido por mediación de esta obra, hubiera acertado a salir a mi encuentro en aquel tiempo de mis verdes años, en lugar del actual, en que es igualmente deseable de poseer que presto a perder? Dos de mis conocimientos, grandes hombres en esta facultad, perdición a mi entender la mitad, por haberse opuesto a sacarse a luz a los cuarenta años para aguardar a los sesenta. La madurez tiene sus inconvenientes, como el verdor, y aun peores; la vejez es tan inhábil a esta suerte de trabajo como a cualquier otro: quienquiera que en su decrepitud se violenta, comete una locura si aguarda a expresar con ella humores que no denuncien la desdicha, el ensueño y la modorra; nuestro espíritu se constriñe y embota envejeciendo. Yo declaro pomposa y opulentamente la ignorancia, y la ciencia de manera flaca lastimosa; ésta, accesoria y accidentalmente; aquélla, de modo expreso y principal; y

de nada trato concretamente si no es de la nada, ni de ninguna ciencia, si no es de la carencia de ella. Escogí el tiempo en que mi vida, que retrato, la tengo toda delante de mí; la que me queda es más bien muerte que vida: y de mi muerte, si como algunos habladora la encontrara, comunicaría también a las gentes, desalojándola.

Sócrates fue un ejemplar perfecto en toda suerte de grandes cualidades. Me desconsuela que su figura y su semblante fueran tan ingratos como dicen y tan poco en armonía con la hermosura de su alma. Con un hombre tan enamoradamente loco de la belleza, la naturaleza no fue justa. Nada hay tan verosímil como la conformidad y relación entre el cuerpo y el espíritu. *Ipsi animi, magni re.fert, quali in corpore locati sint; multa enim e corpore existunt, quae acuant mentem; multa, quae obtundant.* Cicerón habla de una falsedad de miembros desnaturalizada y deformada, pero nosotros llamamos también fealdad a la que nos es desagradable al primer golpe de vista, a la que reside principalmente en el semblante y que nos repugna por bien ligeras causas; por el tinte, por una mancha, [419] por un brusco continente, por alguna cosa, en fin, a veces inexplicable, siendo lo demás, sin embargo, cabal bien acomodado. La fealdad que revestía en Esteban de La Boëtie un alma hermosa era de esta naturaleza. Esta fealdad superficial, que es, no obstante, la más imperiosa, ocasiona menor perjuicio al estado del espíritu, su certeza no es grande en la opinión de los hombres. La otra, que con nombre más adecuado se llama deformidad, más sustancial, influye hasta en el interior: no solamente todo zapato de cuero bien lustroso, sino todo zapato bien conformado muestra la interior forma del pie que guarda: como Sócrates decía de su rostro, que denunciaba otro tanto de su alma, si por educación no hubiera ésta enmendado. Pero el hablar así creo que era pura burla, según su costumbre; jamás un alma tan excelente acertó a sí misma a modelarse.

No acertaría nunca a repetir de sobra, cuánto idolatro la belleza, calidad suprema y poderosa. Sócrates la llamaba «breve tiranía»; y Platón, «privilegio de naturaleza». Nada hay en la vida que en predicamento lo sobrepuje: en el comercio de los hombres ocupa el primer rango; muéstrase antes que todo, seduce y preocupa nuestro juicio con poderoso imperio e impresión maravillosa. Friné perdía su proceso, que estaba en manos de un abogado excelente, si abriendo su túnica no hubiera corrompido a sus jueces con el resplandor de su hermosura; y yo creo que Ciro, Alejandro y César, aquellos tres soberanos del mundo, no la echaron en olvido en sus grandes empresas, como tampoco el primer Escipión. Una misma palabra abraza en griego lo bello y lo bueno; y el Espíritu Santo llama a veces buenos a los que quiere nombrar hermosos. Yo colocaría de buen grado el rango de los bienes conforme el cantar, que Platón dice haber oído al pueblo, tomado de algún antiguo poeta: «la salud, la hermosura y la riqueza.» Aristóteles escribe que a los buenos pertenece el derecho de mandar, y que cuando hay alguno cuya belleza toca en los confines de lo celeste, la veneración le es en igual grado debida: a quien lo interrogaba por qué se frecuentaba más y más dilatadamente a los hermosos: «Esa pregunta, decía, no debe hacerla sino un ciego.» La mayor parte de los filósofos y los grandes pagaron su aprendizaje y adquirieron la sabiduría por mediación y favor de su belleza. No sólo en las gentes que me sirven, sino en los animales también, la considero a dos dedos de la bondad.

Paréceme, sin embargo, que ese sello y conformidad del semblante, y esos lineamientos por los cuales se argumentan algunas internas complejiones, como también nuestra fortuna venidera, es cosa que no se aviene muy directa y naturalmente con el capítulo de la belleza

o la fealdad, como tampoco todo buen olor y tranquilidad de aspecto prometen la salud, ni toda pesantez y pestilencia, la infección [420] en tiempo de epidemias. Los que acusan a las damas de contradecir con sus costumbres su belleza, no siempre están en lo cierto, pues en una faz cuyo conjunto no inspira cabal confianza, puede haber algún rasgo de probidad y crédito; y al contrario, a veces leí yo entre dos hermosos ojos las amenazas de una naturaleza maligna y peligrosa. Hay fisonomías que inspiran confianza; así, en medio de una multitud de enemigos victoriosos, elegiréis al punto entre hombres desconocidos uno más bien que otro a quien entregaros y fiar vuestra vida, y no precisamente por la consideración de su belleza.

La cara es débil prueba de bondad, pero merece, sin embargo, alguna consideración: y si yo tuviera que azotarlos, sería más cruel con los malos, los cuales desmienten y traicionan las promesas que naturaleza plantara en su frente; castigaría más rudamente la malicia encubierta con apariencias de bondad. Diríase que hay algunos semblantes dichosos y otros desdichados; yo entiendo que puede haber algún arte para distinguir las fisonomías bondadosas de las simples, las severas de las duras, las maliciosas de las malhumoradas, las desdeñosas de las melancólicas, y semejantes cualidades vecinas. Bellezas hay no sólo altivas, sino ingratas; otras, dulces, y otras insípidas, de puro azucaradas: en cuanto a lo de averiguar lo venidero por el semblante cosa es que dejo indecisa.

Yo adopté, como dijo en otra parte, en toda su simplicidad y crueldad, por lo que a mi individuo se refiere, el principio antiguo que dice: «Jamás podremos engañarnos de seguir la senda deo naturaleza»; y que el soberano precepto es: «Conforme con ella.» No corregí, cómo Sócrates, con la fuerza de mi razón mis complexiones naturales, y en manera alguna por arte alteré mi inclinación: yo me dejo llevar tal y conforme vine; nada combato; las partes que me componen viven por sí mismas en sosiego y buena armonía; pero la leche de mi nodriza fue, a Dios gracias, medianamente sana y atemperada. ¿Osaré decirlo de paso? que veo tener en mayor estimación de lo que realmente vale (y casi sólo entre nosotros se ve esta usanza) cierta imagen escolástica de hombría de bien, sierva de los preceptos, agarrotada entre la esperanza y el temor. Yo la amo, no como las religiones la hacen, sino como la completan y autorizan que se sienta con fuerzas para sostenerse sin ayuda; en nosotros engendrada por la semilla de la razón universal, sellada en todo hombre no desnaturalizado. Esa razón que liberta a Sócrates de su vicioso resabio, conviértele en obediente a los hombres y a los dioses que gobernaban su ciudad, vigorizándole en la muerte, no porque su alma es inmortal, sino porque él es inmortal. ¡Instrucción ruinosa para todo régimen político, y mucho más perjudicial que ingeniosa y sutil la que persuade a los [421] pueblos que las creencias religiosas bastan por sí solas, sin el apoyo de las costumbres, para contentar a la divina justicia! La costumbre nos hace ver una distinción enorme entre la devoción y la conciencia.

Yo muestro un aspecto favorable, lo mismo en apariencia que en interpretación,

Quid dixi, habere me? Imo habui, Chreme:

Heu! tantum attriti corporis ossa vides;

lo cual produce un efecto contrario al que Sócrates experimentaba. Con frecuencia me aconteció que por la sola recomendación de mi presencia y de mi aspecto, personas que de

mí no tenían noticia alguna, confiaron luego grandemente, sea en sus propios negocios, o bien en algo que con los míos se relacionaría; y en los países extranjeros alcancé de esta circunstancia ventajosa servicios raros y singulares. Pero estas dos experiencias valen la pena, a mi ver, que las relate particularmente. Un quídam deliberó en una ocasión sorprender mi casa y a la vez sorprenderme; el arte que para ello empleó, consistió en llegar solo a mi puerta con alguna premura de franquearla. Yo lo conocía de nombre, y había tenido ocasión de fiarme de él como de mi vecino, y en algún modo como de mi aliado, e hice que la abrieran, como a todo el mundo. Hele aquí todo asustado, con su caballo desalentado y fatigadísimo, que me dispara esta fábula: que acababa de tropezar a una media legua de la casa con un enemigo, a quien yo también conocía, habiendo oído también hablar de la querrela que los separaba, el cual lo había hecho huir a uña de caballo; y que como fuera sorprendido más débil en número, se ha lanzado a mi puerta para salvarse; añadió que la situación de sus gentes le ocasionaba gran duelo, y que si no estaban muertos habrían caído prisioneros. Intenté ingenuamente reconfortarle, asegurarle y calmarle; mas pasado un momento, he aquí que comparecen cuatro o cinco de sus soldados con igual continente y tanto susto, que pretendían entrar, y luego otros, y todavía otros, bien equipados y armados, hasta veinticinco o treinta, fingiendo tener al enemigo en los talones. Semejante misterio empezaba ya a despertar mis sospechas: yo no ignoraba el siglo en que vivía, y cuanto mi casa podía ser codiciada; muchos ejemplos podía recordar, además, de otras personas de mi conocimiento a quienes desventura semejante había sucedido: de tal suerte, que echando de ver que no había solución posible, si yo no acababa, y no pudiendo deshacerme de ellos sin violencia, me dejé llevar al partido más [422] natural y sencillo, como hago siempre, ordenando que entraran. A la verdad yo soy, por naturaleza, poco desconfiado y menos inclinado a la sospecha; me inclino fácilmente hacia la excusa e interpretación más dulces; juzgo de los hombres según el común orden, y no creo en esas propensiones perversas y desnaturalizadas, si a ello no me veo forzado por un ejemplo, como tampoco creo en los monstruos y prodigios: soy hombre, además, que me encomiendo de buen grado a la fortuna y a cuerpo perdido me lanzo en sus brazos, con lo cual, hasta hoy, menos motivos he tenido de llorar que de regocijarme, encontrándola, como la encontré, más avisada de mis asuntos de lo que yo mismo pudiera ser. Algunas acciones hay en mi vida cuya conducta, hablando en justicia, fue difícil, o por lo menos prudente: hasta de estas mismas suponed que la tercera parte sean hijas de mi buen tino; pues bien, las otras dos terceras ricamente las desempeñó el acaso. Incurrimos en falta, así lo entiendo yo al menos, por no confiar al cielo nuestras cosas, y pretendemos de nuestra conducta más de lo que debiéramos; por eso naufragan tan fácilmente nuestros designios: se muestra el cielo envidioso de los derechos que atribuimos a la humana prudencia en perjuicio de los suyos, acortándolos a medida que tratamos de amplificarlos. -Los individuos de que hablaba se mantuvieron a caballo en el patio, mientras el jefe permanecía conmigo en la sala, y no había querido que llevaran al establo su caballo, so pretexto de retirarse al punto que recibiera nuevas de sus hombres. Vióse, pues, completamente dueño de su empresa, y nada le faltaba sino ejecutarla. Pasado el caso, repitió frecuentemente (pues nada temía denunciarse) que mi semblante y mi franqueza le arrancaron la traición de los puños. Volvió a marchar a caballo; sus gentes no le quitaban los ojos de encima para ver lo que las ordenaba, muy admiradas de verle salir abandonando sus posiciones.

Otra vez, confiando en no sé qué tregua que acababa de ser publicada por nuestros ejércitos, me puse en camino por tierras singularmente peligrosas. Apenas hube comenzado

a caminar, cuando me veo que tres o cuatro cabalgatas que de lugares diversos salían en mi seguimiento: una de ellas me dio alcance a la tercera jornada, y fui acometido por quince o veinte gentileshombres enmascarados, seguidos de una banda de mercenarios. Heme pues prendido y vendido, retirado en lo más espeso de una selva vecina, desmontado, desvalijado, mis cofres registrados, mi caja robada, los caballos y el equipaje, todo en manos de nuevos dueños. Largo tiempo permanecimos cuestionando en ese matorral sobre las condiciones de mi rescate, el cual tasaban tan alto que bien parecía que yo les era completamente desconocido. Luego se pusieron a disponer de [423] mi vida, y en verdad que había muchas circunstancias amenazadoras de peligro en la situación en que me hallaba.

Tunc animis opus, Aenea, tunc pectore filmo.

Yo me mantuve siempre alegando el derecho de la tregua, diciéndolos que les abandonaría solamente la ganancia que con mis despojos lograrán, la cual no era de desdeñar, sin promesa de otro rescate. Al cabo de dos o tres horas que allí permanecimos, y luego de haberme hecho montar en un caballo que no había de tomar el trote, encomendando mi conducción particular a veinte arcabuceros, y distribuido mis gentes entre otros soldados, ordenaron que nos llevaran presos por caminos diferentes; yo me encontraba a dos o tres arcabuzazos de allí,

Jam prece Pollucis, jam Castoris implorata:

cuando he aquí que una repentina e inopinada mutación los asalta. Vi venir hacia mí al jefe profiriendo dulces palabras, tomándose la pena de buscar en mi compañía, mis vestidos y objetos extraviados, haciendo que se me devolvieran, según iban hallándose, hasta mi propia caja. El mejor presente que me hiciera fue, en fin, el de mi libertad: todo lo demás poco me importaba en aquellos días. La verdadera causa de un cambio tan nuevo, y de una mutación sin ninguna causa aparente, y de un arrepentir tan milagroso en un tal tiempo, en una empresa de antemano pensada y deliberada y que hasta llegó a ser justa por los usos mismos de la guerra (pues desde luego confesé abiertamente el partido a que pertenecía, y la dirección que llevaba), por mucho que me devané la cabeza no acerté a adivinarla. El más visible que se desenmascaró y que me declaró su nombre, insistió varias veces en que yo debía mi libertad a mi semblante, a la franqueza y firmeza de mis palabras, las cuales me hacían indigno de semejante desventura, y me pidió igual proceder si semejante ocasión en que yo interviniera se le presentaba. Posible es que la bondad divina se quisiera servir de este vano instrumento en pro de mi conservación: defendiome aún al día siguiente contra otras peores emboscadas, de las cuales estos mismos individuos me advirtieron. El último de ellos vive todavía y puede referir la historia; el primero fue muerto no ha mucho.

Si mi rostro por mí no respondiera; si no se leyera en mis ojos y en mi voz la de mis intenciones, no hubiera vivido tan largo tiempo sin querella y sin ofensa, [424] con esta indiscreta libertad de decirlo todo a tuertas y a derechas, cuanto a mi fantasía asalta, y el juzgar temerariamente de las cosas. Esta manera de expresarse puede parecer, y con razón, incivil y mal avenida con nuestros usos; pero ultrajosa y maliciosa nadie he visto que la juzgue, ni a quien haya molestado mi libertad si de mis labios la oyó: las palabras que se profieren tienen como otro son y otro sentido. Así que, a nadie odio, y soy tan flojo en el

ofender, que ni aun por el servicio de la razón misma soy capaz de tomar este partido; y cuando la ocasión a ello me invitó en las condenas criminales, más bien falté al deber de la justicia: *ut magis peccari nollim, quam satis animi ad vindicanda peccata habeam*. Cuéntase que censuraban a Aristóteles por haber sido sobrado misericordioso para con un hombre perverso: «Es verdad, repuso, fui misericordioso para el hombre, pero no hacia la maldad.» Los juicios ordinarios se exasperan en el castigo en pro del horror del crimen: esto mismo enfría el mío; el espanto del primer asesinato me hace temer el segundo, y lo horrible de la crueldad primera es causa de que deteste toda imitación. A mí que no soy más que un simple escudero puede aplicarse lo que se decía de Carilo, rey de Esparta: «No podrá ser bueno, porque no es malo para con los malos»; o bien de este otro modo, pues Plutarco lo muestra en estos dos términos, como mil otras cosas diversa y contrariamente: «Menester es que sea bueno, puesto que lo es hasta con los malos mismos.» De la propia suerte que en las acciones legítimas me contraría emplearme cuando se trata de aquellos a quienes las advertencias molestan, así también, a decir la verdad, en las ilegítimas tampoco me empleo muy gustoso, aun cuando se trate de gentes que en ello consienten.

Capítulo XIII De la experiencia

Ningún deseo más natural que el deseo de conocer. Todos los medios que a él pueden conducirnos los ensayamos, y, cuando la razón nos falta, echamos mano de la experiencia,

Por varios usus artem experientia fecit,
exemplo monstrante viam,

que es un medio mucho más débil y más vil; pero la verdad [425] es cosa tan grande que no debemos desdeñar ninguna senda que a ella nos conduzca. Tantas formas adopta la razón que no sabemos a cual atenernos: no muestra menos la experiencia; la consecuencia que pretendemos sacar con la comparación de los acontecimientos es insegura, puesto que son siempre de semejantes. Ninguna cualidad hay tan universal en esta imagen de las cosas como la diversidad y variedad. Y los griegos, los latinos y también nosotros, para emplear el más expreso ejemplo de semejanza nos servimos del de los huevos: sin embargo, hombres hubo, señaladamente uno en Delfos, que reconocía marcas diferenciales entre ellos, de tal suerte que jamás tomaba uno por otro; y, como tuviera unas cuantas gallinas sabía discurrir de cuál era el huevo de que se tratara. La disimilitud se ingiere por sí misma en nuestras obras; ningún arte puede llegar a la semejanza; ni Perrozet ni ningún otro pueden tan cuidadosamente pulimentar y blanquear el anverso de sus cartas que algunos jugadores no las distinguan tan sólo al verlas escurrirse en las manos ajenas. La semejanza es siempre menos perfecta que la diferencia. Diríase que la naturaleza se impuso al crear el no repetir sus obras, haciéndolas siempre distintas.

Apenas me place, sin embargo, la opinión de aquel que pensaba por medio de la multiplicidad de las leyes sujetar la autoridad de los jueces cortándoles en trozos la tarea; no echan de ver los que tal suponen que hay tanta libertad y amplitud en la interpretación

de aquéllas como en su hechura; y están muy lejos de la seriedad los que creen calmar y detener nuestros debates llevándonos a la expresa palabra de la Biblia; tanto más cuanto que nuestro espíritu no encuentra el campo menos espacioso al fiscalizar el sentido ajeno que al representar el suyo propio; y cual si no hubiera menos animosidad y rudeza al glosar que al inventar. Quien aquello sentaba vemos nosotros claramente cuánto se equivocaba, pues en Francia tenemos más leyes que en todo el resto del universo mundo, y más de las que serían necesarias para gobernar todos los mundos que ideó Epicuro; *ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus*. Y sin embargo, dejamos tanto que opinar y decidir al albedrío de nuestros jueces, que jamás se vio libertad tan poderosa ni tan licenciosa. ¿Qué salieron ganando nuestros legisladores con elegir cien mil cosas particulares y acomodar a ellas otras tantas leyes? Este número no guarda proporción ninguna con la infinita diversidad de las acciones humanas, y la multiplicación de nuestras invenciones no alcanzará nunca la variación de los ejemplos; añádase a éstos cien mil más distintos, y sin embargo no [426] sucederá que en los acontecimientos venideros se encuentre ninguno (con todo ese gran número de millares de sucesos escogidos y registrados) con el cual se puede juntar y aparejar tan exactamente que no quede alguna circunstancia y diversidad, la cual requiera distinta interpretación de juicio. Escasa es la relación que guardan nuestras acciones, las cuales se mantienen en mutación perpetua con las leyes, fijas y móviles: las más deseables son las más raras, sencillas y generales: y aún me atrevería a decir que sería preferible no tener ninguna que poseerlas en número tan abundante como las tenemos.

Naturaleza, las procura siempre más dichosas que las que nosotros elaboramos, como acreditan la pintura de la edad dorada de los poetas y el estado en que vemos vivir a los pueblos que no disponen si no es de las naturales. Gentes son éstas que en punto a juicio emplean en sus causas al primer pasajero que viaja a lo largo de sus montañas, y que eligen, el día del mercado, uno de entre ellos que en el acto decide todas sus querellas. ¿Qué daño habría en que los más prudentes resolvieran así las nuestras conforme a las ocurrencias y a la simple vista, sin necesidad de ejemplos ni consecuencias? Cada pie quiere su zapato. El rey Fernando, al enviar colonos a las Indias, ordenó sagazmente que entre ellos no se encontrara ningún escolar de jurisprudencia, temiendo que los procesos infestaran el nuevo mundo, como cosa por su naturaleza generadora de altercados y divisiones, y juzgando con Platón «que es para un país provisión detestable la de jurisconsultos y médicos.»

¿Por qué nuestro común lenguaje, tan fácil para cualquiera otro uso, se convierte en obscuro o ininteligible en contratos y testamentos? ¿Por qué quien tan claramente se expresa, sea cual fuere lo que diga o escriba, no encuentra en términos jurídicos ninguna manera de exteriorizarse que no esté sujeta a duda y a contradicción? Es la causa que los maestros de este arte, aplicándose con particular atención a escoger palabras solemnes y a formar cláusulas artísticamente hilvanadas, pesaron tanto cada sílaba, desmenuzaron tan hondamente todas las junturas, que se enredaron y embrollaron en la infinidad de figuras y particiones, hasta el extremo de no poder dar con ninguna prescripción ni reglamento que sean de fácil inteligencia: *confusum est, quidquid usque in pulverem sectum est*. Quien vio a los muchachos intentando dividir en cierto número de porciones una masa de mercurio, habrá advertido que cuanto más la oprimen y amasan, ingeniándose en sujetarla a su voluntad, más irritan la libertad de ese generoso metal, que va huyendo ante sus dedos, menudeándose [427] y desparramándose más allá de todo cálculo posible: lo propio ocurre con las cosas, pues subdividiendo sus sutilezas, enséñase a los hombres a que las dudas

crezcan; se nos coloca en vías de extender y diversificar las dificultades, se las alarga y dispersa. Sembrando las cuestiones y recortándolas, hácense fructificar y cundir en el mundo la incertidumbre y las querellas, como la tierra se fertiliza cuanto más se desmenuza y profundamente se remueve. *Difficultatem facit doctrina*. Dudamos, con el testimonio de Ulpiano, y todavía más con Bartolo y Baldo. Era preciso borrar la huella de esta diversidad innumerable de opiniones y no adornarse con ellas para quebrar la cabeza a la posteridad. No sé yo qué decir de todo esto, mas por experiencia se toca que tantas interpretaciones disipan la verdad y la despedazan. Aristóteles escribió para ser comprendido: si no pudo serlo, menos hará que penetren su doctrina otro hombre menos hábil, y un tercero menos que quien sus propias fantasías trata. Nosotros manipulamos la materia y la esparcimos desleyéndola; de un solo asunto hacemos mil, y recaemos, multiplicando y subdividiendo, en la infinidad de los átomos de Epicuro. Nunca hubo dos hombres que juzgaran de igual modo de la misma cosa; y es imposible ver dos opiniones exactamente iguales, no solamente en distintos hombres, sino en uno mismo a distintas horas. Ordinariamente encuentro qué dudar allí donde el comentario nada señaló; con facilidad mayor me caigo en terreno llano, como ciertos caballos que conozco, los cuales tropiezan más comúnmente en camino unido.

¿Quién no dirá que las glosas aumentan las dudas y la ignorancia, puesto que no se ve ningún libro humano ni divino, con el que el mundo se ataree, cuya interpretación acabe con la dificultad? El centésimo comentario se remite al que le sigue, que luego es más espinoso y escabroso que el primero. Cuando convenimos que un libro tiene bastantes, ¿nada hay ya que decir sobre él? Esto de que voy hablando se ve más patente en el pleiteo: otórgase autoridad legal a innumerables doctores y decretos, así como a otras tantas interpretaciones; ¿reconocemos, sin embargo, algún fin o necesidad de interpretar? ¿Se echa de ver con ello algún progreso y adelantamiento hacia la tranquilidad? ¿Nos precisan menos abogados y jueces que cuando este promontorio jurídico permanecía todavía en su primera infancia? Muy por el contrario, obscurecemos y enterramos la inteligencia del mismo; ya no lo descubrimos sino a merced de tantos muros y barreras. Desconocen los hombres [428] la enfermedad natural de su espíritu, el cual sólo se ocupa en bromear y mendigar; va constantemente dando vueltas, edificando y atascándose en su tarea, como los gusanos de seda, para ahogarse; mus in pice: figúrase advertir de lejos no sé qué apariencia de claridad y de verdad imaginarias, pero mientras a ellas corro, son tantas las dificultades que se atraviesan en su camino, tantos los obstáculos y nuevas requisiciones, que éstos acaban por extraviarle y trastornarle. No de otro modo aconteció a los perros de Esopo, los cuales descubriendo en el mar algo que flotaba semejante a un cuerpo muerto, y no pudiendo acercarse a él, decidieron beber el agua para secar el paraje, y se ahogaron. Con lo cual concuerda lo que Crates decía de los escritos de Heráclito, o sea «que habrían menester un lector que fuera buen nadador», a fin de que la profundidad y el peso de su doctrina no lo tragan y sofocaran. Sólo la debilidad individual es lo que hace que nos contentemos con lo que otros o nosotros mismos encontramos en este perseguiendo de la verdad; uno más diestro no se conformará, quedando siempre lugar para un tercero, igualmente que para nosotros mismos, y camino por donde quiera. Ningún fin hay en nuestros inquirimientos; el nuestro está en el otro mundo. El que un espíritu se satisfaga, es signo de cortedad o de cansancio. Ninguno que sea generoso se detiene en cuanto emplea su propio esfuerzo; pretendo siempre ir más allá, transponiendo sus fuerzas; posee velos que exceden, que sobrepujan los efectos: cuando no adelanta, ni se atormenta ni da en

tierra, o no choca ni da vueltas, no es vivo sino a medias; sus persecuciones carecen de término y de forma; su alimento se llama admiración, erradumbre, ambigüedad. Lo cual acreditaba de sobra Apolo hablándonos siempre con doble sentido, obscura y oblicuamente; no saciándonos, sino distrayéndonos y atareándonos. Es nuestro espíritu un movimiento irregular, perpetuo, sin modelo ni mira: sus invenciones se exaltan, se siguen y se engendran las unas a las otras:

Ainsi veoid on, en un ruisseau coulant,
sans fin l'une eau aprez l'altre roulant;
et tout le reng, d'un eternal conduit,
l'une suyt l'aultre, et l'une l'aultre fuyt.
par cetle cy celle la est pousee,
et cette cy par l'aultre est devancee,
tousjours l'eau va dans l'eau; et tousjours est ce
mesme ruisseau, et tousjours eau diverse. [429]

Da más que hacer interpretar las interpretaciones que dilucidar las cosas; y más libros se compusieron sobre los libros que sobre ningún otro asunto: no hacemos más que entregarnos unos a otros. El mundo hormiguea en comentadores; de autores hay gran carestía. El primordial y más famoso saber de nuestros siglos, ¿no consiste en acertar a entender a los sabios? ¿no es éste el fin común y último de todo estudio? Nuestras opiniones se injertan unas sobre otras; la primera sirve de sostén a la segunda, la segunda a la tercera; así, de grado en grado, vamos escalonándolas, por donde acontece que el que ascendió más alto frecuentemente atesora mayor honor que mérito, pues no ascendió sino en el espesor de un grano de mijo sobre los hombros del penúltimo.

¡Cuán frecuente, y torpemente quizás, amplifiqué yo mi libro hablando de él mismo! Torpemente, aun cuando no fuera más que por la sencilla razón que debiera moverme a acordarme de lo que digo de aquellos que hacen otro tanto, o sea: «que esas ojeadas tan frecuentes a su obra son testimonio de un corazón estremecido de puro amor; y hasta las asperezas del menosprecio con que la combaten, no son sino melindres y afectaciones enconados de un sentimiento maternal», según Aristóteles, para quien avalorarse y menospreciarse, nacen a veces de arrogancia semejante. La excusa que yo presento de «que debo disfrutar en aquella misma libertad mayor que los demás, puesto que ex profeso escribo de mí y de mis escritos, como de mis demás acciones, y que mis argumentos se revelen contra mí mismo», ignoro si alguien la tomará en consideración para disculparme.

En Alemania he visto que Lutero ha dejado tantas divisiones y altercaciones sobre la interpretación de sus ideas, y más todavía de las que promovió sobre la Santa Escritura. Nuestro cuestionar es puramente verbal: yo pregunto, por ejemplo, lo que es Naturaleza, Voluptuosidad, Círculo y Sustitución; la cosa no depende sino de palabras, y con ellas se paga. Una piedra es un cuerpo: mas quien apurase siguiendo, «y cuerpo ¿qué es? - Sustancia.- ¿Y sustancia?» y así sucesivamente, acorraría por fin al que respondiera en los confines de su calepino. Una palabra se cambia por otra, a veces más desconocida que la primera; conozco mejor lo que es Hombre, que no lo que es Animal, Mortal o Racional. Para aclarar una duda se me propinan tres; es la cabeza de la hidra. Sócrates preguntaba a Memnón: «¿Qué era virtud?» -Hay, decía Memnón, virtud de hombre y de mujer; de

funcionario y de hombre privado, de niño y de anciano. -¡Buena es ésta! exclamó Sócrates, buscábamos una virtud y nos presentas un enjambre.» Comunicamos una cuestión, y se nos facilita una colmena. De la propia suerte que ningún acontecimiento ni ninguna [430] forma se asemejan exactamente a otras, así ocurre que ninguna cosa difiere de otra por completo: ¡ingeniosa mezcolanza de la naturaleza! Si nuestras caras no fueran semejantes, no podría discernirse el hombre de la bestia; si no fueran desemejantes, tampoco se acertaría a distinguir, el hombre del hombre; todas las cosas se ligan mediante alguna similitud; todo ejemplo cojea, y la relación que por la experiencia se alcanza, es siempre floja e imperfecta. Júntanse de todos modos las comparaciones por algún cabo así también las leyes se adaptan a nuestros negocios a expensas de alguna interpretación apartada, obligada y oblicua.

Puesto que las leyes morales, cuya mira es el deber particular de cada uno en sí, son tan difíciles de establecer como por experiencia tocamos, no es maravilla que las que gobiernan el conjunto lo sean más aún. Considerad la índole de esta justicia que nos rige, la cual es un verdadero testimonio de la humana debilidad: tan grande es la contradicción y el error que alberga. Lo que nosotros creemos favor o rigor en la justicia, y reconocemos tanto que no sé si con el término medio se tropieza con igual frecuencia, no son sino partes enfermizas y miembros injustos del cuerpo mismo y esencia de ella. Unos campesinos acaban de advertirme apresuradamente que han dejado en un bosque de mi pertenencia a un hombre acribillado de heridas, que todavía respira, y que por piedad les ha pedido agua, y socorro para que le levantaran: ellos dicen que ni siquiera osaron acercarse a él, y han huido, temiendo que las gentes de justicia los atraparan, y que como ocurre cuando se encuentra a alguien junto a un muerto, los obligaran a dar cuenta del sucedido para la cabal ruina de todos, puesto que carecen de capacidad y dinero con que defender su inocencia. ¿Qué los hubiera yo repuesto? Es ciertísimo que ese deber de humanidad les hubiera colocado en un aprieto.

¿Cuántos inocentes no hemos descubierto que fueron castigados hasta sin culpa de los jueces, y cuántos más que no descubrimos? El hecho siguiente ocurrió en mi tiempo. Algunos fueron condenados a muerte por homicidio; la sentencia si no dictada fue al menos en principio acordada. Así las cosas, ocurre que los jueces son advertidos por los magistrados de mi tribunal subalterno vecino, de que guardar algunos prisioneros, quienes confiesan resueltamente el homicidio, llevando al proceso una claridad indudable. Delibérase si a pesar de ello, se debe interrumpir y diferir la ejecución de la sentencia emitida contra los primeros; considérase la novedad del ejemplo, y su consecuencia, para suspender los juicios; que la condena fue jurídicamente sentada, y los jueces de arrepentimiento exentos. En suma, aquellos pobres diablos, se sacrifican a [431] las fórmulas de la justicia. Filipo (o algún otro) proveyó a un inconveniente parecido de la manera siguiente: había condenado a un hombre a pagar a otro recias multas, por virtud de un juicio bien determinado, y como la verdad se hallara algún tiempo después, viose que el juicio había sido injusto. De un lado estaba la razón de la causa, de otro la razón de las formas judiciales: el rey satisfizo en cierto modo a ambos, dejando la sentencia en su primitivo estado y recompensado con su bolsillo los perjuicios del lesionado. Pero este accidente era reparable; los individuos de que hablo fueron irreparablemente ahorcados. ¡Cuántas condenas he visto más criminales que el crimen mismo!

Esto trae a mi memoria aquellas opiniones antiguas: «Que es fuerza ejecutar males particulares a quien quiere obrar bien en conjunto; e injusticias en las cosas pequeñas a quien pretende hacer justicia en las grandes; que la justicia humana se formó o modeló con la medicina, según la cual, todo cuanto es útil, es al par justo y honrado: y me recuerda también lo que dicen los estoicos, o sea que la naturaleza misma procede contra la justicia en la mayor parte de sus obras; y lo que sientan los cirenaicos: que nada hay justo por sí mismo, y que las costumbres y las leyes son las que forman la justicia; y lo que afirman los teodorianos, quienes para el filósofo encuentran justo el latrocinio, el sacrilegio y toda suerte de lujuria, siempre y cuando que le sean provechosos.» La cosa es irremediable: yo me planto en el dicho de Alcibíades, y jamás me presentaré, en cuanto de mi dependa, ante ningún hombre que decida de mi cabeza, donde mi honor y mi vida penden del cuidado e industria de mi procurador, más que de mi inocencia. Arriesgaríame a semejante justicia quien considerara el bien obrar y también el malo; donde me cupiera tanta esperanza como temor: la indemnización no es recompensa suficiente para un hombre cuya conducta supera al no incurrir en falta. No nos muestra nuestra justicia más que una de sus manos, y ésta ni siquiera es la derecha: quien con ella se las ha, pierde seguramente.

En China, donde las leyes y las artes, sin mantener comercio ni tener conocimiento de las nuestras, sobrepujan nuestros ejemplos en muchas partes de excelencia, y cuya historia me enseña cuánto más amplio es el mundo y más diverso de lo que los antiguos y nosotros penetramos, los oficiales comisionados por el príncipe para estudiar la situación de sus provincias, de la propia suerte que castigan a los malversadores del erario, también remuneran con liberalidad cabal a los que se condujeron por cima de lo ordinario y excedieron el deber que su cargo los imponía: ante aquéllos se comparece no sólo para responder de la misión encomendada, sino para adquirir con ella, ni simplemente [432] para ser remunerado, sino para ser gratificado. A Dios gracias, ningún juez hasta ahora me habló como tal, ni por negocio mío ni por el de un tercero, ni criminal ni civilmente: ninguna prisión me recibió, ni siquiera para por ella pasearme; la fantasía misma muéstrame ingrata la vista de tales recintos. Tan loco estoy de libertad, que si alguien me prohibiera el acceso de algún rincón de las Indias, viviría en algún modo contrariado; y mientras encontrara tierra o aire libres por otras partes, no me estancaríame en lugar donde me fuera necesario ocultarme. Bien sabe Dios que yo soportaría mal la condición en que veo a tantas gentes, clavadas en un barrio de estos reinos, privadas de la entrada en las principales ciudades y cortes y de la frecuentación de los caminos públicos, por haber infringido las leyes. Si aquellas a quienes sirvo me amenazaran, siquiera fuera en lo que monta un grano de anís, partiría incontinenti en busca de otras, donde quiera que fuese. Toda mi insignificante prudencia en estas guerras civiles en que vivimos, encaminada va a que no interrumpen mi libertad de ir y venir.

Ahora bien, éstas se mantienen en crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes, tal es la piedra de toque de su autoridad; de ninguna otra disponen que bien las sirva. A veces fueron tontos quienes las hicieron, y con mayor frecuencia gentes que en odio de la igualdad, despliegan falta de equidad; pero siempre fueron hombres, vanos autores o irresueltos. Nada hay tan grave, ni tan ampliamente sujeto a error como en leyes, en ellos caen siempre de continuo. Quien las obedece porque son justas, no lo hace precisamente por donde seguir las debe. Las nuestras, francesas, nos dan la mano en algún modo, merced a su desbarajuste y deformidad para el desorden y corrupción que vemos en su

promulgación y ejecución: la autoridad es tan turbia o inconstante que excusa algún tanto la desobediencia, y el vicio de interpretación en la administración y en la observancia. Cualquiera que sea, pues, el fruto que de la experiencia podamos alcanzar, apenas servirá gran cosa a nuestro régimen el que sacamos de los ejemplos extraños, si tan mal utilizamos el que de nosotros mismos tenemos, el cual nos es más familiar y en verdad capaz de instruirnos en lo que nos precisa. Yo me estudio más que ningún otro asunto: soy mi física y mi metafísica.

Qua Deus haec mundi temperet arte domum:

qua venit exorians, qua deficit, unde coactis
cornibuss in plenum menstrua luna reedit;
unde salo superant venti, quid flamine captet
eurus, et in nubes unde perennis aqua;
Sit ventura dies, mundi quae subruat arces,
quaerite, quos agitat mundi labor. [433]

En esta universalidad me dejo ignorante y negligentemente llevar por la ley general del mundo: de sobra la sabré cuando la sienta; mi ciencia no puede hacerla mudar de sendero: no se diversificará por mí; considero que es locura esperarla y más grande aún apenarse por ella, puesto que en todo es necesariamente semejante, pública y común. La bondad y capacidad de gobernador nos debe pura y plenamente descargo del cuidado del gobierno: las inquisiciones y contemplaciones filosóficas sólo sirven de alimento a nuestra curiosidad. Con harta razón los filósofos nos remiten a los preceptos de la naturaleza, pero éstos nada tienen que hacer con un conocimiento tan sublime: ellos lo falsifican, presentándonos disfrazado el semblante de aquéllos, subido de color y sofístico en demasía, de donde nacen tantos retratos diversos de un asunto tan uniforme. Como nos proveyó de pies para andar, también nos suministró prudencia para manejarnos en la vida, no tan ingeniosa, robusta, ni pomposa como la que para nuestro uso inventaron, sino fácil, queda y saludable; ésta cumple a maravilla lo que la otra ordena en quien sabe emplearla de una manera ingenua y ordenada, es decir, de una manera natural. El más sencillo encomendarse a la naturaleza, es el más prudente entregarse. ¡Oh, cuán dulce almohada, blanda y sana es la ignorancia e incuriosidad, para el reposo de una cabeza bien conformada!

Mejor preferiría entenderme bien conmigo mismo que no con Cicerón. Con la experiencia que tengo de mí propio en lo bastante con que hacerme prudente si fuera buen escolar: quien ingiere en su memoria el exceso de su cólera pasada y hasta dónde esta fiebre lo llevó, ve toda la fealdad de esta pasión mejor que en Aristóteles, y de ella concibe un odio más justo; quien recuerda los males que lo atormentaron, los que le amenazaron, las ligeras sacudidas que le cambiaron de un estado en otro, con ello se prepara a las mutaciones futuras y al reconocimiento de su condición. La vida de César no es de mejor ejemplo que la nuestra para nosotros mismos; emperadora o popular, siempre es una vida acechada por todos los accidentes humanos. Ecuchémonos vivir, esto es todo cuanto tenemos que hacer; nosotros nos decimos todo lo que principalmente necesitamos; quien recuerda haberse engañado tantas y tantas veces merced a su propio juicio, ¿no es un tonto de remate al no desconfiar de él para siempre? Cuando por ajenas razones me convenzo de la evidencia de una [434] falsa opinión, no tanto veo lo que de nuevo se me ha dicho (flaca adquisición sería), como en general pienso en mi debilidad y en la traición de mi

entendimiento, de lo cual saco enseñanza para mi corrección en conjunto. Con todos mis demás errores hago lo propio, y experimento con esta regla utilidad grande para la vida: no considero la especie ni el individuo como una piedra donde haya tropezado, sino que aprendo a desconfiar en todo de mis remedios, deteniéndome a mejorarlos. Los yerros en que mi memoria me hizo caer con frecuencia tanta, hasta cuando estuvo más segura de sí misma, no fueron cabalmente perdidos: inútil es ahora que me jure y perjure afianzarse para en adelante: hago con la cabeza la señal de quien desconfía; el primer reparo que se presenta a su testimonio me deja, suspenso y no osaría fiarme de ella en cosa de alguna monta ni fundamentarla en autoridad ajena. Y si no considerara que en el defecto en que yo incurro por falta de memoria los otros caen con frecuencia mayor por falta de fe, cogería, siempre la verdad de la boca del prójimo, mejor que de la mía, tratándose de hechos. Si cada cual expiara de cerca los efectos y circunstancias de las pasiones que le regentan como yo hice con aquellas en que caí, veríalas venir, procurando hacer un poco más lenta la impetuosidad y la carrera de las mismas: no saltan de una vez a nuestra garganta; muéstranse a veces con gradaciones y amenazas:

Fluctus uti primo caepit quum albescere vento,
paniatim sese tollit mare, et altius undas
erigit, inde imo consurgit ad aethera fundo.

El juicio ocupa en mi un lugar primordial, o al menos cuidadosamente se esfuerza para ello; deja a mis apetitos amplio campo, así al odio como a la amistad, hasta la que a mí mismo me profeso, sin alterarlo ni corromperlo: si no puede reformar las demás partes según él, por lo menos no se deja deformar por ellas; cumple su misión aislado.

El advertimiento común «De conocerse», debe de ser de un importante efecto, puesto que aquel Dios de ciencia y de luz lo hizo plantar al frente de su templo como comprensivo de cuanto tenía que aconsejarnos: Platón dice también que prudencia no es otra cosa que la ejecución de esta enseñanza; y Sócrates lo verifica por lo menudo en Jenofonte. Las dificultades y obscuridades no se descubren [435] en las ciencias sino por aquellos que las penetraron, pues precisa todavía algún grado de ver la ignorancia; para saber si una puerta está cerrada, menester es empujarla; de donde nace esta sutileza: «Ni los que saben necesitan inquirir, puesto que saben; ni tampoco los que no saben, puesto que para informarse precisa saber en lo que se trata de inquirir.» Así en punto a, «Conocerse a sí mismo», lo de que todos se muestren tan resueltos y satisfechos, y lo de que cada cual crea hallarse suficientemente competente, significa que nadie entiende jota, conforme Sócrates enseña a Eutidemo. Yo que de otra cosa no hago profesión, en ello encuentro una profundidad y variedad tan infinitas que en mi aprendizaje no reconozco otro fruto que el de hacerme sentir cuánto me queda por aprender. A mi debilidad, tantas veces reconocida, debo mi inclinación a la modestia, la sujeción a las creencias que no fueron prescritas, la constante frialdad y moderación de opiniones, y el odio de esa arrogancia importuna, y querellosa que en sí se cree, y todo lo fía, y en sí todo lo confía, capital enemiga de disciplina y de verdad. Oíd cómo ejercen de maestros; para las primeras torpezas que anticipan emplean el estilo de un profeta o el de un legislador. Nihil est turpius, quam cognitioni et perceptioni assertionem approbationemque praecurrere. Aristarco decía que antiguamente apenas si se encontraron siete sabios en el mundo, y que en su tiempo apenas se encontraban siete ignorantes; ¿no tendríamos nosotros mayor motivo de sentar lo mismo

de nuestro tiempo? La afirmación y testadurez son signos expresos de torpeza. Quien ha caído de bruces en el suelo cien veces en un día, vedle al instante sobre sus espolones sustentado, tan resuelto y cabal como antes: diríase que al punto le infundieron algún alma y vigor de entendimiento nuevos y que le acontece lo propio que a aquel antiguo hijo de la tierra, que alcanzaba nueva firmeza y se reforzaba con su caída;

Cui quum tetigere parentem,
jam defecta vigent renovato robore membra:

ese indócil porfiado, ¿cree recuperar un nuevo espíritu emprendiendo una nueva disputa? Por experiencia propia acuso la humana ignorancia, que es a mi entender el más serio partido de la mundanal escuela. Los que en sí mismos no quieren reconocerla, valiéndose de ejemplo tan vano como el mío, o como el suyo propio, que la descubran [436] por Sócrates, el maestro de los maestros; pues Antístenes el filósofo decía a sus discípulos: «Vamos todos a oírle; ante él, seré yo discípulo con vosotros»; y sentando el dogma de su secta estoica, según el cual, «la virtud basta a hacer la vida plenamente dichosa sin necesidad de ningún otro aditamento», añadía: «si no es de la fuerza de Sócrates.»

Esta dilatada atención que yo pongo en considerarme me enseña también a juzgar medianamente de los demás; y pocas cosas hay de que hable de una manera más dichosa y admisible. Acontéceme con frecuencia ver y distinguir más exactamente la condición de mis amigos de lo que ellos la reconocen; a alguno dejé admirado por la pertinencia de mi descripción, y de sí mismo le advertí. Por haberme acostumbrado desde mi infancia a mirar mi vida en la de los otros adquirí una complexión estudiosa en este punto, y cuando en ello me empleo, pocas cosas se me escapan en mi derredor que dejen de ilustrarme: continente, humores, razonamientos. Todo lo estudio, lo que me precisa fluir como lo que he menester seguir. Así en mis amigos descubro por el modo cómo se producen sus inclinaciones internas; y no para ordenar tan infinita variedad de acciones, tan diversas y tan recortadas, en ciertos géneros y capítulos, y distribuir distintamente mis pareceres y divisiones en clases y regiones conocidas

Sed neque quam multae species, et nomina quae sint,
est numerus.

Los doctos hablan, y denotan sus fantasías más específicamente y a la menuda: yo que no veo en ellas sino lo que el uso me informa, sin regla alguna, presento las mías generalmente a tientas, como aquí formulo mi sentencia mediante artículos descosidos, como cosa que no se pueda decir en conjunto ni en montón: la relación y conformidad no se encuentran en almas como las nuestras, bajas y comunes. Es la prudencia un edificio sólido y entero en el cual cada pieza ocupa su rango y lleva su marca correspondiente: sola sapientia in se tota conversa est. Yo dejo a los artífices (y no estoy muy seguro de si logran su empeño en cosa tan complicada, menuda y fortuita) el ordenar en categorías esta variedad innumerable de aspectos, detener nuestra inconstancia y disponerla en orden. No solamente considero difícil el ligar nuestras acciones las unas a las otras, también aisladas juzgo poco hacedero el designarlas propiamente, por alguna cualidad principal: [437] tan dobles son todas ellas y abigarradas, según el cristal con que se miran. Lo que por raro se advierte en Perseo, rey de Macedonia, o sea: «que su espíritu a ninguna condición se sujetaba, sino que iba errando

por todos los géneros de vida y representando costumbres tan libres en su vuelo y tan vagabundas que ni él mismo ni los demás conocían qué clase de hombre fuera», me parece aproximadamente convenir a todo el mundo y por cima de todos he visto algún otro de su medida a quien esta conclusión podría aplicarse todavía más propiamente, a mi ver. Ninguna posición media; yendo a dar del uno al otro extremo por causas inadivinales; ninguna clase de rumbo, sin experimentar contrariedad portentosa; ninguna facultad completamente buena ni enteramente mala, de tal suerte que lo más verosímilmente que algún día pueda representársele será diciendo que gustaba y estudiaba el darse a conocer por ser desconocido. Hay que tener oídos bien resistentes para escuchar el juicio franco de sí mismo; y porque son pocos los que pueden sufrirlo sin mordedura, los que se determinan a emprenderlo de nosotros nos muestran una amistad singular, pues es querer raramente el tomar a su cargo el ofender y el herir para buscar provecho. Duro es a mi entender el juzgar a aquel cuyas malas condiciones sobrepujan a las buenas: Platón recomienda tres cualidades a quien pretende examinar el alma ajena: ciencia, benevolencia y resolución.

Alguna vez se me ha preguntado para qué me hubiese reconocido yo apto en el caso de que a alguien se lo hubiera ocurrido servirse de mí cuando de ello estaba en edad;

Dum melior vires sanguis dabat, aemula necdum
temporibus geminis canebat sparsa senectus:

«A nada», contestaba yo: y me excuso de buen grado de no saber hacer cosa que a otro me esclavice. Pero habría dicho las verdades a mi maestro, y hubiera fiscalizado sus costumbres si él lo hubiese deseado: no en conjunto, por medio de lecciones escolásticas, que ignoro por completo (y ninguna enmienda veo nacer en los que las conocen), sino observándolas paso a paso, con toda oportunidad, y juzgando a la vista, parte por parte, de manera sencilla y natural; haciéndole ver quién es conforme a la opinión común, oponiéndome a sus cortesanos. Ninguno hay de entre nosotros que no valiera menos que los reyes si fuera así, continuamente corrompido, como ellos lo son, por esa canalla de gentes: ¿y cómo si hasta Alejandro, aquel gran monarca y filósofo, no pudo de ellos libertarse? Yo hubiera [438] poseído fidelidad bastante y también resolución de juicio para expresarme con desahogo. Sería un cargo sin razón de ser en la casa de un príncipe si así no se desempeñara, no respondiendo al efecto para que se instituye, y es un papel que no todos pueden indistintamente desempeñar, pues hasta la verdad misma carece del privilegio de ser empleada a cada instante, y en todas las cosas; tan noble como es su causa, tiene sus circunscripciones y sus límites. Con frecuencia ocurre, siendo el mundo como es, que se desliza en el oído de un monarca, no solamente sin provecho, sino también perjudicial e injustamente; y nadie podrá hacerme creer que un santo advertimiento no pueda a veces ser viciosamente aplicado, ni que el interés de la substancia no tenga que inclinarse en ocasiones al de la fórmula.

Quisiera yo, para este oficio, un hombre contento de su fortuna,

Quod sit, esse velit; nihilque malit,

y nacido en situación mediana; con tanta más razón cuanto que de una arte no temería tocar viva y profundamente el corazón de su señor por no desviarse con esta conducta del curso

de su carrera; por otro lado, siendo de aquella condición tendría más fácil comunicación con toda suerte de gentes. Quisiera también un solo hombre, pues extender a varios el privilegio de esta libertad y privanza, engendraría una perjudicial irreverencia; exigiría, sobre todo, en el hombre de que hablo la fidelidad y la reserva.

Un soberano no es de creer cuando se alaba de su firmeza en aguardar el encuentro del enemigo para su gloria, si para su provecho y mejoramiento no es capaz de soportar la libertad de las palabras amigables, cuyo fin no es otro que el de pellizcarle el oído (el complemento efectivo en su mano está). Ahora bien; no hay ninguna condición humana que más haya menester que los reyes de verdaderas y libres advertencias: pública es su vida, y han de ser gratos a la opinión de tantos espectadores, mas como se acostumbra a callarlos cuanto puede apartarlos de la resolución que formaran, cuando menos lo piensan se muestran sin sentirlo entregados al odio y execración de sus pueblos por circunstancias que acaso hubieran podido evitar sin detrimento de placeres mismos, de haber sido avisados y, desde luego, bien encaminados. Comúnmente los favoritos miran a sí mismos más que al soberano y así no les va mal, pues, a la verdad, casi todos los deberes de la amistad verdadera se colocan cuando en aquél se emplean en prueba ruda y peligrosa. De suerte que precisa para con ellos no solamente mucha afección y franqueza, sino también la entereza y el ánimo. [439]

En fin, toda esta pepitoria que yo emborrono aquí, no es más que un registro de las experiencias de mi vida, la cual, por lo que a la salud interna toca, es bastante ejemplar, no como un modelo que imitar, sino que evitar; mas por lo que respecta a la salud corporal, nadie mejor que yo puede proveer de experiencias más útiles, ni presentarla pura, en ningún modo corrompida ni adulterada, por parte ni opinión preconcebidos. En las cosas tocantes a lo medicina, todo lo puede la experiencia, aun cuando la razón impere. Decía Tiberio que quien había vivido veinte años debía estar bien al cabo de las cosas que le eran perjudiciales o favorables, y saber manejarse libre de medicinas; lo cual acaso aprendiera en Sócrates, quien cuidadosamente aconsejaba a sus discípulos como un estudio principal el estudio de su salud, añadiendo que era difícil para un hombre de entendimiento que pusiera reparo en sus ejercicios, en comer y en beber, el no discernir mejor que cualquier médico lo que era bueno o malo. Así la medicina hace siempre profesión de mostrar constantemente la experiencia como piedra de toque de sus operaciones, y así Platón decía bien al asegurar que para ser médico verdadero sería necesario haber pasado por todas las enfermedades que han de curarse por todas las circunstancias y accidentes de que un facultativo debe juzgar. Es razón que padezcan el mal venéreo si pretenden saber curarlo. En las manos de uno así resolveríame yo encomendarme, pues los otros nos guían a la manera de aquel artista que pintara los mares, escollos y los puertos, tranquilamente sentado en su gabinete, e hiciera pasear la figura de un navío con seguridad cabal: lanzadle a la realidad, y no sabrá por dónde se anda. Hacen igual descripción de nuestros males que el pregonero de la ciudad, cuando grita la pérdida de un caballo o la de un perro de tal color, alzada u oreja, a quien, cuando el animal es presentado, le desconoce por completo sabiendo sus señas puntuales. ¡Pluguiera a Dios que la medicina me procurase algún día un evidente y buen socorro; entonces gritaría con buena fe sus milagros,

Tandem efficaci do manus scientiae!

Las artes que nos prometen mantener el cuerpo en salud y lo mismo el alma, mucho es lo que nos prometen, así no hay ningunas otras que más desencanten ni desilusionen. Y en nuestro tiempo, los que entre nosotros las ejercen, muestran menos los efectos que todos los demás hombres; puede decirse de ellos, a lo sumo, que venden drogas medicinales, mas que sean médicos no puede asegurarse. Yo he vivido bastante tiempo para poder tener en cuenta el régimen que tan largo me condujo: para quien [440] quiera gustarlo me presento como escanciador. He aquí algunos artículos tal como el recuerdo me los muestra: ninguno de mis humores ha dejado de cambiar a medida de los accidentes; registro sólo los más ordinarios, los que me dominaron hasta el momento actual.

Mi manera de vivir es la misma, cuando sano que cuando enfermo: reposo en el mismo lecho y a horas idénticas, tomo los mismos alimentos e igual bebida, y la única diferencia consiste en la moderación del más o del menos, según mis fuerzas y apetito. Consiste mi salud en mantener sin trastorno mi natural estado. Yo veo que la enfermedad me deja libre de un lado, y, si otorgo crédito a los médicos me desvían del otro, de suerte que, por acaso y por arte, héteme fuera de mi camino. Nada más que esto creo con mayor certeza: que en manera alguna podrán ocasionarme quebranto las cosas con que me familiaricé de tan antiguo. La costumbre imprime norma a nuestra vida, tal cual la place, y todo lo puede en este punto; es el brebaje de Circe, que diversifica a su antojo nuestra naturaleza. ¡Cuántas naciones, hasta las situadas a cuatro pasos de nosotros, consideran ridículo el temor al sereno, que nos hiere tan sensiblemente! Un alemán enferma acostándose sobre un colchón, un italiano sobre la pluma blanda y un francés sin cortinaje ni fuego. El estómago de un español no soporta nuestra manera de comer, ni el nuestro el beber a la suiza. Plugiéronme las palabras de un alemán en Augsburg el cual censuraba las molestias de nuestros hogares con iguales argumentos a los de ordinario por nosotros empleados para condenar sus estufas, pues a la verdad ese calor estadizo, junto con el olor de la substancia que las compone, recalentada, aturde a casi todos los no habituados; a mi no me hace mella, pero por lo demás, aun siendo el calor igual, constante y general, sin llama ni humo, y sin el viento, que la abertura de nuestras chimeneas nos procura, tiene por qué ser con el nuestro comparado. ¿Por qué no imitamos la arquitectura romana? Dícese que en lo antiguo el fuego no se encendía en las casas sino por fuera, y al fin de ellas, de donde el calor se extendía al interior por medio de tubos practicados en el recio de los muros, los cuales iban a dar a los lugares, que debían ser calentados, cosa que he visto claramente manifiesta en Séneca, no recuerdo en qué pasaje. Como mi alemán me oyera encarecer las comodidades y hermosura de su ciudad (y eran justas mis alabanzas), empezó a compadecerme porque tenía que alejarme, y entre las molestias primeras con que me brindó, figuraba la pesantez de cabeza que me procurarían las chimeneas en otras partes. De este mal había oído quejarse a alguien y me colgaba a mí, privado como estaba por la costumbre de advertirlo en su país. Todo calor proveniente del fuego me debilita y [441] amodorra; Eveno decía, sin embargo, que el mejor condimento de la vida era el fuego: mejor prefiero yo todo otro modo de escapar al frío.

Tenemos nosotros el vino cuando en los toneles queda poco, los portugueses constituyen con él sus delicias, y es entre ellos el brebaje de los príncipes. En conclusión, cada pueblo tiene algunos usos y costumbre que son no solamente desconocidos para los demás, sino también milagros y repulsivos. ¿Qué hacer de un pueblo que sólo acoge los testimonios

impresos, que no cree a los hombres sino a los libros, ni lo verdadero cuando su edad no es competente? Dignificamos nuestras torpezas al meterlas en el molde: para el común de las gentes es de mayor peso decir: «Lo he leído» que si decís: «Lo he oído decir.» Pero yo que creo lo mismo en la boca que en la mano de los hombres; que sé que se escribe tan indiscretamente como se habla, y que juzgo este siglo de la propia suerte que cualesquiera otros de los que pasaron, lo mismo traigo a cuento a un mi amigo que a Macrobio o Aulo Gelio, y lo que vi como lo que éstos escribieron. Y del propio modo que la virtud no es más grande por ser más añeja, creo que la verdad por ser más vieja no es más prudente. A veces me digo que es torpeza pura lo que nos hace correr tras los ejemplos extraños y escolásticos: la fertilidad de éstos es igual en los momentos en que vivimos que en los tiempos de Homero y Platón. ¿Mas no es cierto que buscamos más bien el honor de la alegación que la verdad del razonamiento? Como si no fuera lo mismo extraer nuestras pruebas de las oficinas de Vascosan o Plantino que de lo que se ve en nuestro lugar; o más bien ocurre que carecemos de espíritu para escudriñar y hacer valer lo que pasa ante nosotros, y juzgarlo vivamente para convertirlo en ejemplo; pues si decimos que la autoridad nos falta para dar fe a nuestro testimonio, expresámonos torcidamente, tanto más cuanto que a mi entender de las más ordinarias cosas comunes y conocidas, si a luz supiéramos sacarlas, podrían formarse los prodigios más grandes de la naturaleza y los ejemplos más maravillosos, principalmente en lo tocante a las acciones humanas.

Ahora bien, para volver a mi asunto, y dejando a un lado los ejemplos antiguos que sé por los libros, y lo que Aristóteles refiere de Andrón el argiano, sobre que atravesaba sin catar el agua los áridos desiertos de Libia, diré que un gentilhombre, el cual desempeñó dignamente algunos cargos, aseguraba en mi presencia haber hecho el viaje de Madrid a Lisboa en pleno estío sin beber gota; para los años que cuenta, goza de salud vigorosa, y nada de extraordinario ofrece su género de vida, sino el permanecer dos o tres meses, y a veces hasta un año, sin probar el agua. Siente sed, pero la deja pasar, considerando que es un apetito [442] que fácilmente por sí mismo languidece, y bebe más bien por capricho que por necesidad o por placer.

He aquí otro caso. No ha mucho tiempo que encontré yo a uno de los hombres más sabios de Francia, y de los que gozan de fortuna no mediocre, estudiando en el rincón de una sala, al abrigo de un espeso cortinaje; en derredor suyo los criados promovían un estrépito lleno de licencia, y me dijo (Séneca casi decía otro tanto de sí propio) que alcanzaba su provecho de la barahúnda, cual si derrotado su espíritu por el ruido se recogiera y encerrara más en sí mismo para la contemplación, añadiendo que la tempestad de las voces hacía repercutir sus pensamientos en su interior. Siendo este señor escolar en Padua tuvo su estudio instalado durante tanto tiempo en un cuarto que daba a la plaza, donde nunca tenía fin el tumulto ni el estruendo de los carruajes, y así se había hecho no sólo a menospreciar, sino a apetecer el ruido para el provecho de sus estudios. Sócrates contestó a Alcibíades, quien se maravillaba de que pudiera soportar el continuo machaqueo de la mala cabeza de su mujer: «Como los que se familiarizan con el ruido ordinario de las norias», repuso el filósofo. Mi manera de ser no es así; mi espíritu es blando, y fácilmente toma vuelo, mas cuando algún impedimento le tropieza, hasta el zumbido de una mosca le asesina.

Séneca, siendo joven, como abrazara ardientemente el ejemplo de Sextio, quien no comía cosa ninguna a que se hubiera dado muerte, mantúvose así durante un año, y muy a gusto, según dice, abandonando solamente tal costumbre para que no oyeran que seguía los preceptos de algunas religiones nuevas que lo sembraban. Al propio tiempo siguió el ejemplo de Átalo, de no acostarse muellemente en colchones de los que se hundan con el peso del cuerpo, usando hasta la vejez los que no ceden al tenderse. Lo que el uso de su tiempo consideraba como rudo, el del nuestro lo convierte en voluptuoso.

Parad mientes en la diferencia que existe entre el vivir de mis braceros y el mío; los escitas y los indios nada tienen que más se aleje de mi fuerza y de mi forma de vida. Ocurriome a veces arrancar a algunas criaturas de la limosna para que me sirvieran, y bien pronto me dejaron, y mi cocina y mi librea, sólo por convertirse a su existir primero; uno encontré luego recogiendo almejas en medio del arroyo para su comida, a quien ni por ruegos ni amenazas supe distraer de lo sabroso y dulce que encontraba en la indigencia. Tienen los pordioseros sus magnificencias y voluptuosidades, como los ricos, y dicese que también cuentan con sus dignidades y órdenes políticas. Estos son efectos de la costumbre; la cual puede habituarnos no sólo a tal o cual forma que la plazca (por eso dicen los filósofos que debemos plantarnos en la mejor, pues al punto nos facilitará [443] el camino), sino también al cambio y a la variación, que es el más noble y útil de sus aprendizajes. La mejor de mis complexiones corporales consiste en ser flexible y escasamente porfiado; algunas de mis inclinaciones me son más propias y ordinarias y también más agradables que otras, pero a costa de poco esfuerzo las sacudo y me deslizo fácilmente a la manera contraria. Para despertar su vigor debe un joven trastornar sus reglas, evitando al par así que aquél se enmohezca y apoltrone; ningún género de vida tan tonto ni tan flojo como el de conducirse por prescripción y disciplina;

Ad primum lapidem vectari quum placet, hora
sumitur ex libro; si prurit frictus ocelli
angulus, inspecta genesi, collyria quarit:

lanzarse con frecuencia hasta en los excesos mismos, si me cree; de otra suerte el menor desorden ocasionará su ruina; en la conversación truécase en desagradable e incómodo. La cualidad más opuesta a la esencia del hombre cumplido es la delicadeza y sujeción a cierto hábito particular, y es particular cuando no es plegable y flexible. Es vergonzoso dejar de hacer algo por impotencia o por no atreverse a practicar lo que se ve hacer a los compañeros: que gentes tales permanezcan en su cocina, junto al fuego. Indecoroso es en todos, pero en un guerrero es vicioso además e insoportable. Éste, como decía Filopómeno, debe acostumbrarse a todas las vidas, por desiguales y diversas que sean.

Aun cuando yo haya sido enderezado, tanto como fue posible, a la libertad e indiferencia, como por incuria envejeciendo me detuve en ciertos hábitos (mi edad está ya libre de toda educación, y nada tiene que considerar si no es la persistencia), la costumbre, sin darme cuenta de ello imprimió tan maravillosamente en mí su carácter en ciertas cosas, que llamo excesos al desviarme; y sin efecto sensible no puedo dormir durante el día; ni tomar nada entre las comidas, ni desayunar, ni acostarme sino pasado un largo intervalo, como de tres horas largas, después de cenar; ni procrear sino antes del sueño, ni de pie; ni soportar el sudor, ni beber agua pura o vino puro, ni permanecer largo tiempo con la cabeza

descubierta, ni resistir que me afeiten después de comer; tan difícilmente prescindiría de mis guantes como de mi camisa; de lavarme al acabar de comer y al levantarme de la cama y del dosel y cortinas de mi lecho, como de las cosas más necesarias, no pondría ningún reparo en comer sin mantel, pero a la alemana, sin servilleta blanca, lo haría con incomodidad [444] sobrada; más que ellos y que los italianos las ensucio, ayudándome poco de tenedor y cuchara. Siento que no se haya seguido una costumbre que yo he visto iniciada, a ejemplo de los reyes, o sea que nos cambiaran de servilleta, según los manjares, como de plato. De Mario, aquel soldado rudo, sabemos que con la vejez trocose delicado en el beber, y que sólo lo hacía en una copa que llevaba consigo lo mismo me dejo yo cautivar por cierta forma de vasos, y no bebo de buena gana, en los de vidrio común; todo metal me disgusta comparado con una substancia clara y transparente; quiero que mis ojos prueben las cosas en la medida de lo posible. Algunos de entre tales regalos me los procuró la costumbre. Naturaleza también me favoreció con los suyos, como el no poder soportar ya dos comidas fuertes en un mismo día sin recargar mi estómago, ni la abstinencia cabal de una de las comidas sin llenarme de vientos, tener la boca seca y perturbar mi apetito. El sereno dilatado me hace daño, pues de algunos años acá, en los quebrantos de la guerra, cuando toda la noche se va de un lado a otro, como acontece comúnmente, pasadas cinco o seis horas, mi estómago empieza a removerse, procurándome vehemente dolor de cabeza, y el día no llega sin que haya vomitado. Como los demás van a tomar el desayuno, yo me voy a dormir, y después del sueño me encuentro muy a gusto y bien dispuesto. He considerado siempre que el sereno no se extendía sino con el nacimiento de la noche, mas frecuentando familiarmente en estos últimos años durante largo tiempo a un señor imbuido en la creencia de que es más rudo y perjudicial al declinar del sol, una o dos horas antes de ponerse (el cual evita cuidadosamente menospreciando el de la noche), faltome poco para que imprimiera en mí, más que su razonamiento, su propia sensación. ¿Qué decir de nosotros, puesto que la duda misma y la investigación hieren nuestra fantasía modificándonos? Los que instantáneamente se inclinan ante esas pendientes, atraen hacia sí la completa ruina. Yo compadezco a muchos gentileshombres a quienes la torpeza de sus médicos hizo languidecer, encerrándose en sus hogares en plena juventud y con las fuerzas cabales: mejor sería sufrir un catarro que perder para siempre por desacostumbrarse el comercio de la vida común. ¡Desdichada ciencia, que nos avinagra las horas más dulces de la jornada! Dilatemos nuestro dominio echando mano hasta de los últimos medios: comúnmente nos endurecemos al resistir al mal, corrigiendo así la propia complexión, como César con el epiléptico, a fuerza de menospreciarlo y descuidarlo. Deben ponerse en práctica los preceptos mejores, mas no a ellos esclavizarse, si no es a aquellos (si los hay) cuya obligación y servidumbre sean cabalmente provechosos.

Defecan los monarcas y los filósofos, y también las damas: [445] a ceremonia se debe la reputación que envuelve las vidas públicas; la mía, privada y obscura, goza de toda dispensa natural; soldado y gascón son también cualidades algo apartadas de lo discreto, por lo cual diré lo siguiente de ese acto: Que precisa dejarlo para cierta hora determinada de la noche, obligarse por costumbre y sujetarse, como yo hago; mas no dejarse avasallar, como hice envejeciendo, por el cuidado de la comodidad particular de lugar y sitio para esta operación, convirtiéndola en molesta por dilatación y molicie. Sin embargo, hasta en los más sucios quehaceres, ¿no es en algún modo excusable exigir algo de miramiento y limpieza? *Natura homo mundum et elegans animal est.* De todas las acciones naturales es ésta la en que peor de mi grado soporto el ser interrumpido. Conocí muchas gentes de

guerra molestadas por el desorden su vientre: el mío y yo nunca fallamos a nuestro señalamiento, que es al saltar de la cama, si alguna apremiante ocupación o enfermedad no nos perturban.

Juzgo, pues, como decía ha poco, que allí donde los enfermos no puedan mejor ponerse al abrigo de accidentes los mantengamos quietos, conforme al género de vida ordinario, en el lugar donde se engendraron y prosperaron el cambio, cualquiera, que sea, perturba y hiera. Resignaos a creer que las castañas dañan a un perigordano o a un luqués, y la leche o el queso a los que habitan en la montaña. Va ordenándoseles, no solamente una nueva, sino contraria forma de vida, modificación que ni siquiera un hombre sano soportaría. Aconsejad el agua a un bretón de setenta años; encerrad en una estufa a un marino, prohibid el pasearse a un lacayo vasco: así agarrotan a los enfermos, quitándolos por fin aire y luz.

An vivere tanti est?

Cogimur a suetis animum suspendere rebus,
atque, ut vivamus, vivere desinimus...
Hos superesse reor, quibus et spirabilis aer,
et lux, qua regimur, redditur ipsa gravis?

Y si no realizan otra buena obra, al menos logran la de preparar a los pacientes tempranamente a la muerte, minándoles poco a poco y cercenándoles el uso de la vida.

Lo mismo sano que enfermo, déjeme fácilmente llevar por los apetitos que me asaltaron. Yo otorgo gran autoridad a mis deseos y propensiones: no gusto de curar el mal por el mal mismo, y detesto los remedios que son más importunos [446] que la enfermedad. Encontrarme sujeto al cólico e imposibilitado del placer de comer ostras, es caer en dos males por evitar uno solo: el dolor nos pellizca por un lado, el precepto por otro. Puesto que al riesgo de engañarnos estamos abocados, expongámonos más bien en seguimiento del placer. El mundo hace lo contrario y nada cree útil que no sea doloroso; la facilidad es para él sospechosísima. Mi apetito en algunas cosas se acomodó bastante felizmente por sí mismo, e inclinó a la salud de mi estómago; la acrimonia y el picante de las salsas me agradaron cuando joven, mi estómago se hastió después, el paladar le siguió muy luego: el vino perjudica a los enfermos, es lo primero con que mi boca se contraría con invencible contrariedad. Todo lo desagradable me hace daño y nada me ocasiona dolor de lo que tomo con apetito y contento. Nunca me ocasionó perjuicio la acción que me fue muy grata, de suerte que hice ceder siempre ampliamente en pro de mi placer toda conclusión medicinal; y en mi juventud

Quem circumcursans huc atque huc saepe Cupido
fulgebat crocina splendidus in tunica ,

me, presté tan licenciosa e inconsideradamente como cualquiera otro al deseo que me amarraba:

Et militavi non sine gloria;

más, sin embargo, que por arranques fuertes, por continuidad y duración:

Sex me vix memini sustinuisse vices.

En verdad, es desdichado al par que sorprendente, el confesar la edad débil en que vine a caer en esta sujeción. El hecho fue casual de todo en todo, pues tuvo mucho antes de los años en que la razón desenvuelta ya conoce: mi recuerdo no remonta a tales lejanías y mi fortuna, en este punto, puede hermanarse con la Cuartilla, quien de su doncellez no guardaba memoria:

Inde tragus, celeresque piti, mirandaque matri
barba meae,

Ordinariamente pliegan los médicos con provecho sus preceptos yendo contra la violación de los apetitos rudos que asaltan a los enfermos; esos grandes deseos no pueden [447] considerarse tan extraños ni viciosos que naturaleza deje de tener en ellos alguna parte. Además, ¿cuán avasalladora no es el ansia de aplacar la fantasía? A mi entender esta facultad todo lo arrastra, o a lo menos, predomina sobre todas las otras. Los más dañosos y ordinarios males son aquellos que la mente nos acarrea: este decir español me place por muchos motivos, Defiéndame Dios de mí. Lamento, cuando estoy enfermo, el no sentir algún deseo que me procure la satisfacción de saciarlo; apenas si la medicina de ello me apartaría. Hago lo mismo en cabal salud; o no descubro cosa alguna sino el esperar y el querer. Es lastimoso languidecer y debilitarse hasta el apetecer.

El arte médico no es tan evidente que a nosotros nos deje de toda autoridad desposeídos, sea lo que fuere lo que hagamos: se modifica según los climas y según las lunas; según Fernel o Escalígero. Si vuestro doctor no encuentra provechoso que durmáis ni que uséis del vino o de cualquier manjar, nada os importe; otro os encontraré que de su parecer no participe: la diversidad de los argumentos y opiniones medicinales abarca toda suerte de formas. Yo vi retorcerse y reventar de sed a un pobre enfermo para curarse; otro facultativo que le visitó después condenó tal régimen como dañoso: ¿valió la pena su tormento? Recientemente murió del mal de piedra un hombre de ese oficio, el cual se había servido de la extrema abstinencia para combatir su enfermedad: sus colegas afirman que debió seguir un régimen contrario, porque el ayuno, decían, secó y coció la arena en sus riñones.

He advertido que en las heridas, y también en las enfermedades, el hablar me perjudica y conmociona lo mismo que el mayor descuido en que pudiera incurrir. La voz me cuesta esfuerzo y fatiga, pues la tengo aguda y resistente; de tal modo que, cuando hablé a los grandes al oído de negocios importantes, tuvieron necesidad de que la moderase.

Este cuento merece detenerme. Alguien en cierta escuela griega hablaba como yo, en voz alta; el maestro de ceremonias le ordenó que bajara de tono: «Que me haga saber, repuso el amonestado, el diapasón en que quiere, que me exprese», y aquél replicó: «Que adopte el tono del oído que le escucha.» La observación era acertada siempre y cuando que se entienda: «Hablad con arreglo a lo que tratéis con vuestro oyente»; pues en el caso que quisiera decir: «Basta con que os oiga, u ordenaos por él», no me parece razonable. El tono y el movimiento de la voz, guardan alguna expresión y significación de mi sentido; a mí [448] me incumbe el conducirlo para representarme: hay una voz para instruir, otra para

alabar o censurar. Yo quiero que la mía, no solamente llegue a quien me escucha, sino también acaso que le hiera y atraviere. Cuando yo regaño a mi lacayo con tono agrio y duro, sería bueno que me dijera «¡Mi amo, hablad con mayor dulzura, que os oiga bien! Est quaedam vox ad auditum accommodata, non magnitudine, sed proprietate. La palabra pertenece por mitad a quien habla y a quien escucha; éste debe prepararse a recibirla, según el movimiento que ella adopta: como en el juego de pelota el que recula y avanza lo efectúa según los movimientos del contrario, y con arreglo a la dirección que éste imprime a aquella.

La experiencia me ha enseñado además esta verdad: que la impaciencia nos pierde. Tienen los males su vida y sus límites, su salud y su enfermedad. La constitución de las dolencias está formada conforme al patrón constitutivo de los animales; tienen su carrera y sus días limitados desde la hora en que nacen: quien imperiosamente intenta abreviarlas por la fuerza, al través de su curso, las alarga y multiplica, y las atormenta, en lugar de apaciguarlas. Mi parecer es el de Crantor, o sea: «que no hay que oponerse obstinadamente a los males de manera desatentada, ni sucumbir ante ellos blandamente, sino que precisa cederlos el paso según su condición y la nuestra.» Debe dejarse libre entrada a las enfermedades, y creo que en mí se detienen menos porque las consiento obrar: despojeme de aquellas que se consideran como más persistentes y tenaces, por su propia decadencia, sin ayuda ni arte contra los preceptos que las combaten. Dejemos trabajar un poco a la naturaleza: ella entiende mejor que nosotros sus negocios. «Pero, se me repondrá, fulano así murió.» Vosotros haréis lo mismo, si no es de este mal, de otro: ¿y cuántos no dejaron de morir teniendo tres médicos en sus asentaderas? Es el ejemplo un espejo vago, general y aplicable en todos sentidos. Si se trata de una medicina deleitosa, aceptadla, puesto que en ello hay un bien inmediato: yo no me detendré en el nombre ni en el color; si es grato y apetecible, el placer es de las principales especies de provecho. Yo he dejado envejecer en mí, de muerte natural, catarros, fluxiones gotosas, relajaciones, palpitaciones de corazón, dolores de cabeza y otros accidentes, que perdí cuando a medias iba ya acostumbrándome a soportarlos: mejor se los conjura por cortesía que por altanería. Es preciso sufrir con dulzura las leyes de nuestra condición: existimos para envejecer, para debilitarnos y para enfermar, a despecho de toda medicina. Es la lección primera que los mejicanos suministran a sus hijos cuando al salir del vientre de las [449] madres van así saludándolos: «Hijo, viniste al mundo para pasar trabajos: resiste, sufre y calla.» Es injusto dolerse porque haya acontecido a alguien lo que puede suceder a todos: Indignare, si quid in te inique proprie constitutum est.

Ved al anciano que pide a Dios que le conserve su salud cabal y vigorosa, es decir, que de nuevo le devuelva la juventud:

Stulte, quid haec frustra votis puerilibus optas?

¿no es estar loco de remate? su condición se opone a tal floreciente estado. La gota, el mal de piedra y la indigestión son síntomas de luengos años, como de luengos viajes es propio el soportar el calor, las lluvias y los vientos. Platón no cree que Esculapio se molestara en proveer el empleo de regímenes diversos a la duración de la vida en un cuerpo estropeado y débil, inútil a su país, inútil a su profesión y a procrear hijos sanos y robustos; tampoco cree este cuidado en armonía con la justicia y prudencia divinas que debe trocar en útiles todas

las cosas. ¡Buen hombre! no hay remedio: es ya imposible de nuevo enderezaros; se os revocará cuando más y apuntalará un poco, alargando así en alguna hora vuestra miseria:

Non secus instantem cupiens fulcire ruinam,
diversis contra nititur objicibus;
donec certa dies, omni compage soluta,
ipsum cum rebus subruat auxilium:

Es necesario aprender a sufrir lo que no se puede evitar: nuestra vida está compuesta, como la armonía del mundo, de cosas contrarias, y también de diversos tonos, dulces y ásperos, agudos y llanos, blandos y graves: el músico que no gustara más que de una clase de diapasón, ¿qué podría hacer de bueno? Es preciso que sepa servirse en común y que acierte a continuarlos; así debemos hacer nosotros con los bienes y los males consustanciales con nuestra vida: nuestro ser no puede subsistir sin esta mezcla, y una de las dos categorías no es menos necesaria que la otra. Intentar revolverse contra la necesidad natural es representar a lo vivo la locura de Ctesiphon, que quería luchar a puntapiés con su mula.

Yo me consulto rara vez las alteraciones que experimente, pues aquellas gentes tienen mucho terreno ganado cuando dependemos de su misericordia: os aturden siempre [450] los oídos con sus pronósticos; como me sorprendieran antaño debilitado por el mal, maltratáronme injuriosamente con sus dogmas y continente magistrales; amenazáronme tan pronto con grandes dolores, como de muerte próxima. Sus palabras ni me abatieron ni tampoco me sacaron de quicio, pero me chocaron y empujaron: si mi juicio no se modificó ni alteró, imposibilitose por lo menos, lo cual supone agitación y combate.

Trato yo a mi fantasía con la mayor dulzura que me es dable, y la descargaría, si pudiera, de toda pena y alteración; precisa socorrerla y acariciarla, y engañarla cuando se pueda: mi espíritu es apto para este oficio, y no le faltan recursos en nada; si cual predica persuadiera dichosamente, dichosamente me socorrería. ¿Os place ver un ejemplo? Dice así: «Que por mi bien padezco el mal de piedra: que las construcciones de mi edad es natural que tengan alguna gotera; tiempo es ya de que principien a resquebrajarse y a venirse abajo: cosa es ésta perteneciente a la común necesidad, y no había de realizarse para mí un nuevo milagro; Con ello pago las costas por la vejez ocasionadas, y no podría obtener economía mayor; Que la compañía debe consolarme, habiendo caído en el accidente más ordinario a los hombres de mis años; Por todas partes veo afligidos del mismo mal, y es honrosa para mí su sociedad, puesto que ordinariamente se pega a los grandes; su esencia es noble y digna; Que entre los hombres que son víctimas de esta dolencia pocos hay libres de molestias menores: cargan ellos con las fatigas de someterse a un desagradable régimen, y con la toma desastrosa y cotidiana de abundantes drogas medicinales, mientras que yo debo el mío puramente a mi buena estrella, pues con algunos cocimientos de cardo corredor y hierba de turco, que dos o tres veces bebí en obsequio de las damas (quienes más graciosamente que mi mal no es agrio, me ofrecieron la mitad del suyo), me parecieron igualmente fáciles de tomar que de eficacia inútil: tienen que hacer efectivas mil promesas a Esculapio y otros tantos escudos a su médico por el deslizarse de la arena que yo con frecuencia logro por puro beneficio de naturaleza: la decencia misma de mi parte, cuando estoy, en sociedad, ni siquiera es alterada, y retengo mis aguas diez horas y por tan largo tiempo como un hombre sano. El temor de este mal, dice mi espíritu,

te horrorizaba antaño, cuando lo desconocías; los gritos y el desesperarse de quienes lo agrian con su impaciencia, engendraban en ti el espanto. Al fin, es un mal que te sacude por donde más pecaste. Tú eres hombre de conciencia,

Quae venit indigne paena, dolenda venit: [451]

considera este castigo, y veras que comparado con otros es dulcísimo y paternalmente favorable. Considera cuánto es tardío; no ocupa ni trastorna sino la época de tu vida que de todas suertes es ya en lo sucesivo acabada y estéril, habiendo dejado lugar, como por compensación, para la licencia y los placeres de tu juventud. El temor y la compasión que al pueblo inspira este mal, son para ti motivo de gloria; cosa de que si tu juicio está purgado y tu razón curada, tus amigos, sin embargo, encuentran algún tinte en tu complexión. Experimentábase placer oyendo decir de sí mismo: Eso es mantenerse fuerte y resignado. Se te ve sudar la gota gorda palidecer, enrojecer, temblar, vomitar hasta echar sangre, sufrir contracciones y convulsiones extrañas, derramar a veces gruesas lágrimas, verter orines espesos, negros y espantosos, o tenerlos detenidos por alguna piedra espinosa y erizada y que te punza, desuella cruelmente el cuello de la vejiga; y mientras tanto, hablar con los circunstantes con ordinario continente, bromeando a intervalos con los tuyos, expresándote con rígidos razonamientos, excusando de palabras tu dolor y rebajando tu sufrimiento. ¿Te acuerdas de aquellas gentes de los pasados siglos que buscaban hambrientas los males a fin de mantener su virtud vigorosa, ejercitándola constantemente? Pues imagínate el caso de que naturaleza te empujó a esa gloriosa escuela, en la cual tú no hubieras ingresado nunca de tu grado. Si me dices que es un mal peligroso y mortal, considera que ninguno hay que no lo sea, pues es una trampa medicinal el exceptuar algunos de que los médicos dicen que no conducen derecho a la muerte; pero ¿qué importa si a ella llevan por modo casual o si se deslizan y tuercen fácilmente hacia el lado que a ella nos lleva? Mas tú no mueres porque estás enfermo, mueres porque eres vivo: la muerte te mata admirablemente sin el socorro de la enfermedad, y a algunos los males alargaron la vida alejándoles de la muerte, porque les parecía ir muriéndose. Piensa además que, como las heridas, hay enfermedades medicinales y saludables. El cólico es a veces no menos duradero que nosotros: hombres se ven en quienes habiendo comenzado en la infancia, continuó luego hasta la vejez más caduca: y si no se hubieran negado a mantenerse en su compañía, les habría asistido aun más allá: le matáis más bien que no él a vosotros. Aun cuando la imagen de la muerte se te presentara cercana, ¿no es cosa excelente para un hombre de tus años el ser llevado al pensamiento de su fin? Más aún, tú no tienes para qué buscar el medio de curarte. Así como así, el día más inopinado la común necesidad te llama. Considera cuán magistral y dulcemente te hastía de la vida el acabar, desprendiéndote del mundo; no forzándote con [452] sujeción tiránica como tantos otros males que ves en los ancianos, a quienes mantienen constantemente imposibilitados, sin tregua ni descanso, con debilidades y dolores, sino por advertimientos e instrucciones a intervalos iniciados: entreverando largas pausas de reposo, como para darte medio de meditar y repetir su lección a tu gusto. Para procurarte manera de juzgar sanamente, y para que te determines cual hombre animoso, te muestra el estado de tu condición cabal, así en lo bueno como en lo malo, y en el mismo día ya una vida llena de alegría, ya otra insoportable. Si tú no abrazas la muerte, por lo menos la tocas en la palma de la mano una vez al mes: por donde puedes esperar que un día te atraparé sin amenazas; y viéndote conducido hasta el puerto con frecuencia tanta, fiándote de permanecer todavía dentro de los límites acostumbrados, a ti y a tu confianza os habrán hecho pasar el agua una

mañana inopinadamente. No debemos quejarnos de las enfermedades que realmente comparten el tiempo con la salud.»

Obligado estoy a la fortuna de la frecuencia con que me asalta con el mismo linaje de armas: por costumbre me acomoda, me endereza por el uso y me endurece por hábito: ahora sé ya, sobre poco más o menos, lo que costará mi rescate. A falta de memoria natural, con el papel la forjo, y cuando algún nuevo síntoma sobreviene a mi mal, lo escribo; por donde acontece que ahora, habiendo casi pasado por situaciones de todas suertes, si algún espanto me amenaza, hojeando estas anotaciones descosidas, cual sibilinas hojas, nunca dejo de encontrar consuelo con algún pronóstico favorable sacado de mi experiencia pasada. Socórreme también la costumbre de esperar mejoría en lo porvenir, pues el conducto de este vaciadero, como ha continuado tantos años, de creer es que la naturaleza no interrumpirá su curso, y no acontecerá otro peor accidente del que ya experimento. Además, la condición de esta enfermedad no se aviene mal con mi complexión, repentina y pronta: cuando me asalta blandamente, me amedrenta, porque dura largo tiempo; mas cuando naturalmente se permite excesos vigorosos y robustos, me sacude hasta el límite, durante un día o dos. Mis riñones han subsistido toda una edad sin alteración; pronto hará otra que cambiaron de estado; los males tienen su período, como los bienes; acaso este accidente esté ya tocando a su fin. Los años debilitan el calor de mi estómago, y su digestión, al ser menos perfecta, envía esta materia cruda a mis riñones: ¿por qué no había de suceder, gracias a alguna revolución, que se debilitara igualmente el calor de mis riñones de manera que no pudieran ya petrificar mi flema y la naturaleza adoptara alguna otra vía de purgación? Los años, indudablemente, me agotaron algunos catarros, ¿por qué [453] no hicieron lo mismo con estos excrementos que proveen de materia a la piedra? ¿Pero hay algo tan dulce como esa repentina mutación y cuando de mi dolor extremo, vengo, por la expulsión de mi piedra a recobrar, con la rapidez del relámpago, la hermosa luz de la salud, tan libre y tan plena, como al escapar a los más repentinos y rudos cólicos? ¿Hay algo en este dolor sufrido que pueda contrapesarse con el placer de un alivio tan repentino? ¡Cuánto más hermosa me parece la salud después de la enfermedad, tan vecina tan contigua que puedo reconocerlas en presencia una de otra y en el grado más preeminente; cuando se oponen en competencia como para hacerse frente y oposición!

Así como los estoicos dicen que los vicios existen útilmente, para avalorar y apoyar a la virtud, podemos nosotros decir con fundamento mayor y menos atrevida conjetura, que la naturaleza procuronos el dolor para honor y servicio de la voluptuosidad y la indolencia. Cuando Sócrates, luego que le hubieron descargado de los hierros que le atormentaban experimentó el regalo de la picazón que su pesantez había ocasionado en sus tobillos, regocijose al reflexionar en la estrecha alianza del dolor y el placer, y al ver cómo están asociados con necesario enlace, de tal suerte que sucesivamente se siguen y engendran el uno al otro, pensando que el buen Esopo debiera haberlo reparado para idear con ello una hermosa fábula.

Lo peor que veo yo en las demás enfermedades es que no son tan graves en sus efectos como en su desenlace: un año entero transcurre para recobrase, siempre lleno de debilidad y temor. Hay tanto riesgo y tantos grados para de nuevo ponerse en salvo, que nunca llegamos al término apetecido: antes de que nos hayan libertado de una venda y luego de un gorro; antes de que se os haya devuelto el disfrute del aire, el del vino, el de vuestra mujer y

el de los melones, cosa milagrosa es si no habéis recaído en alguna nueva miseria. Tiene ésta el privilegio de abandonarnos sin dejar ninguna huella, mientras que las demás depositan siempre alguna alteración o trastorno, convirtiendo el cuerpo en susceptible de un mal nuevo, y haciendo que estos se den la mano unos a otros. Entre los males son tolerables los que se conforman con su dominio sobre nosotros, sin extender ni introducir su séquito. Mas son amables y corteses aquellos cuyo tránsito nos procura alguna consecuencia provechosa. Desde que padezco el cólico encuéntrome descargado de otros accidentes y, a mi parecer, más que antes de padecerlo: nunca la calentura me asaltó conjuntamente. Yo entiendo que me purgan los vómitos extremos y frecuentes a que estoy sujeto, de un lado, y de otro mis ascos; y los dilatados ayunos que atravieso, los cuales destruyen mis malos humores; también vacía en [454] sus piedras lo que tiene de dañoso y superfluo. Y no se me reponga que es ésa una medicina dolorosamente comprada: ¿qué decir entonces de tantos pestíferos brebajes, cauterios, incisiones, sudoríficos, sedales, dietas y tantos otros remedios, que nos procuran a veces la muerte por ser incapaces de resistir su importunidad y violencia? De esta suerte, cuando el mal me coge, como medicina lo considero, y cuando me deja de su mano, considérome absolutamente libertado.

He aquí otro singular favor particular de mi dolencia. Sobre poco más a menos hace su juego aparte, dejándome hacer el mío; o si tal no acontece es por escasez de ánimo; aun en sus más rudos empujes lo mantuve diez horas a caballo. Si os limitáis a sufrir os veréis imposibilitados de hacer cosa distinta; jugad, comed, corred, haced esto o aquello, si podéis: vuestros desórdenes os procurarán menos quebranto que provecho: y otro tanto puede decirse a un galicoso, a un gotoso o a un hernioso. Los otros males exigen más universales obligaciones, contrarían mucho más nuestras acciones, trastornan por completo nuestros hábitos y comprometen la vida entera: éste no hace sino pellizarnos la epidermis, dejándonos dueños de entendimiento y voluntad, lengua, pies y manos: más bien os despierta que os amodorra. El alma está herida de calenturiento ardor, aterrada por una epilepsia, dislocada por un rudo dolor de cabeza, atolondrada, en fin, por todas las enfermedades que lastiman la materia juntamente con las otras más nobles partes: aquí ni siquiera se la ataca: si la va mal, suya es la culpa; es que a sí misma se traiciona, abandona y descompone. Sólo los locos se dejan convencer de que esta materia dura y maciza que se cuece en nuestros riñones puede disolverse con brebajes, por donde luego que se puso en movimiento no hay sino dejarla paso, tan pronto como se absorbió. Advierto aún esta particular comodidad: es una enfermedad en la cual poco es lo que nos queda por adivinar: dispensados somos en ella del trastorno en que las demás nos lanzan por la incertidumbre de sus causas, progresos y condición, que es un desorden infinitamente penoso: aquí para nada nos sirven las consultaciones e interpretaciones doctorales; los sentidos nos muestran lo que nos duele y dónde nos duele.

Con tales argumentos, resistentes unos y endebles otros, trata Cicerón de dulcificar los males de su vejez; yo con ellos procuro adormecer y divertir mi imaginación, y suavizar mis llagas. Si empeoran, mañana proveeremos con otras escapatorias. Que así sea la verdad puedo probarlo fácilmente: he aquí que de nuevo los movimientos más leves exprimen sangre fuera de mis riñones. ¿qué hacer en tal estado? Yo no dejo de proceder como si tal cosa ni de caminar con juvenil ardor audaz, reconociendo dominar [455] un tan importante accidente, el cual no me cuesta sino una pesantez y alguna alteración en la parte dolorida: es, quizá, una gruesa piedra que estruja y consume la substancia de mis riñones, y mi vida

juntamente, que voy desalojando poco a poco, no sin cierta dulzura natural, como una deyección en adelante molesta y superflua. ¿Siento en mi algo que se derruye? Pues no esperéis que vaya entreteniéndome en examinar mi pulso y mis orines para tomar alguna providencia fatigosa: sobrado tiempo me queda para soportar el mal sin necesidad de dilatarlo con el miedo. Quien teme sufrir, sufre ya de lo que teme. Además, la ignorancia y dubitación de los que se mezclan en explicar los resortes de naturaleza y sus internos progresos, suministrándonos tantos pronósticos auxiliados por el arte que ejercen, debe persuadirnos de que las obras de aquella son infinitamente desconocidas: hay incertidumbre grande, variedad y obscuridad en lo que nos prometen o amenazan. Salvo la vejez, que es indudable sigilo de la proximidad de las cercanías de la muerte, en todos los demás accidentes, contadas señales veo de lo venidero, en las cuales podemos fundamentar nuestra adivinación. Yo no me juzgo sino por experimentación verdadera en este punto, nunca por raciocinio: ¿y para qué me serviría, puesto que no despliego sino paciencia y espera? ¿Queréis saber las ventajas que mi proceder me procura? Mirad a los que obran de distinto modo, a los que dependen de tan diversas persuasiones y consejos; ¡cuántas veces la fantasía los oprime sin que el cuerpo sufra para nada! Procurome placer en muchas ocasiones, hallándome seguro y libre de esos accidentes peligrosos, el anunciárselos a sus médicos como nacientes en el momento en que los hablaba, y soportaba la sentencia de sus horribles conclusiones muy a mi gusto, permaneciendo reconocido a Dios por su divina gracia, mejor instruido de la vanidad de ese arte.

Nada hay que deba tanto recomendarse a la juventud como la actividad y la vigilancia: nuestra vida no es sino acción y movimiento. Yo me muevo difícilmente, y en todas las cosas soy tardío; en el levantarme, en el acostarme y en mis comidas: a las siete de la mañana para mí aún no amaneció, y allí donde yo gobierno no se almuerza antes de las once, ni se cena hasta después de las seis. Antaño atribuí la causa de las calenturas y enfermedades en que he caído a la pesadez y amodorramiento que el dilatado sueño me procura, y siempre me arrepentí de entregarme a él al despertar por la mañana. Platón prefiere el exceso en el beber al exceso en el dormir. Yo gusto de acostarme en cama dura, solo (ni siquiera con mujer), a la real usanza, y mejor bien que mal cubierto. Mi lecho nunca lo calientan, mas la vejez hizo que algunas veces me pusieran tibias las sábanas para templar mis pies y mi [456] estómago. Censurábase de dormilón a Escipión el Grande, a mi ver simplemente porque a todos contrariaba el que nada tuviera que mereciese vituperio. Si alguna delicadeza exige mi cuidado, es más bien al acostarme que en ninguna otra ocasión; mas, en general, cedo y me acomodo a la necesidad como cualquiera otro. El dormir ocupó buena parte de mi vida, y continúa todavía, ocupándola en esta edad en que vivo durante ocho o nueve horas consecutivas. Voy abandonando con provecho esta perezosa propensión, con ello evidentemente valgo más; algo, sin embargo, echo de ver el cambio; pero al cabo de tres días ya me encuentro habituado. Apenas veo quien con menos se conforme, cuando llega el caso, ni tampoco quien constantemente resista, ni a quien los quebrantos pesen menos. Mi cuerpo es capaz de una agitación resistente, mas no vehemente y repentina. Huyo ya de los ejercicios violentos que me llevan al sudor; mis miembros se rinden antes de templarse. Manténgome en pie durante todo un día y el pasearme no me cansa, mas no por el empedrado; desde mi primera edad gusté de montar a caballo: a pie me embadurno hasta la cintura; y las gentes pequeñas como yo, están abocadas, yendo por esas calles de Dios, a empujones y codazos por falta de apariencia. Cuando descanso, ya esté acostado o sentado, pongo las piernas tanto o más altas que el asiento.

Ninguna profesión tan grata como la militar, noble en su ejercicio (pues la más elevada, generosa y soberbia de todas las virtudes es el valor), y noble en su causa, porque no hay ninguna utilidad más justa ni general que la custodia del reposo y la grandeza de vuestro país. Pláceos la compañía de tantos hombres nobles, jóvenes, activos; la vista ordinaria de tantos espectáculos trágicos; la libertad de esa conversación de arte despojada; la manera de vivir, varonil y sin ceremonia; la variedad de mil acciones diversas; esa armonía vigorosa de la música guerrera, que regocija vuestro oído y pone alientos en vuestra alma; el honor del servicio que prestáis; su rudeza misma y dificultad, de Platón tan poco consideradas, que en su República hace que de ella participen las mujeres y los niños: os convidáis a los azares y particulares riesgos conforme juzgáis del brillo e importancia de ellos, cual soldado voluntario. Ved cómo la vida en ello exclusivamente se emplea,

Pulchrumque mori succurrit in armis.

El temer los comunes peligros peculiares a una tan gran multitud; el no osar a lo que tantas suertes de hombres se determinan, y también todo un pueblo, propio es de un corazón [457] blando y rastrero en demasía: la compañía pone ánimo hasta en las criaturas. Si en ciencia otros os sobrepujan, y en gracia, fuerza y fortuna, podéis alegar alguna causa disculpable: si cedéis a los demás en firmeza de alma, sólo vosotros sois culpables. La muerte es más abyecta, lánguida y dolorosa en el lecho que en el combate: las calenturas y los catarros tan crueles y mortales como un arcabuzazo. Quien se encuentre habituado a soportar valerosamente los ordinarios accidentes de la vida común, no ha menester de engordar su ánimo para convertirse en soldado. *Vivere, mi Lucili, militare est.*

Nunca recuerdo haberme visto sarnoso; sin embargo el rascarse es uno de los más dulces placeres naturales y está siempre al alcance de nuestra mano; pero, en cambio, la penitencia le sigue con importunidad vecina. Más bien lo ejerzo en los oídos, que me pican interiormente de cuando en cuando.

Yo nací con todos mis sentidos cabales casi hasta la perfección. Mi estómago es cómodamente bueno, como mi cabeza, y ordinariamente se mantienen firmes en medio de mis calenturas, lo mismo que mi respiración. Franqueé ya la edad que algunas naciones, no sin visos de razón, prescribieran para el justo fin de la vida, la cual no consentían sobrepujar. Sin embargo, experimento a veces reposiciones, aunque inconstantes y poco duraderas, tan íntegras y cabales que lindan con la salud y ausencia de males de mi juventud. Y no hablo de alegría y vigor, que razonablemente no trasponen sus linderos naturales;

*Non hoc amplius est liminis, aut aquae
caelites, patiens latus.*

Mi semblante y mis ojos incontinenti me denuncian; todas mis transformaciones comienzan por ellos; algo más fuertes de lo que son en realidad. A veces inspiro lástima a mis amigos antes de experimentar dolor. El mirarme al espejo no me asusta, pues hasta en la juventud misma sucediome más de una vez tener un color de mal augurio sin experimentar gran malestar; de suerte que los médicos, al no encontrar una causa interior que respondiera de la

alteración externa, la atribuían al espíritu y a alguna pasión secreta que interiormente me royera, equivocándose. Si el cuerpo se gobernara tan a mi albedrío como el alma, caminaríamos algo más a nuestro sabor: en mis verdes años la tenía, no ya exenta de trastornos, sino henchida de satisfacción y fiesta, las cuales emanan, ordinariamente, mitad de su complexión y por designio la otra mitad: [458]

Nec vitiam artus aegre contagia mentis.

Creo yo que este templo suyo levantó muchas veces el cuerpo de sus caídas: se ve abatido tan sobradas veces, que si el alma no está regocijada, mantiénese, a lo menos, tranquila y en reposo. Durante cuatro o cinco meses padecí cuartanas; mi semblante se desencajó, mas el espíritu anduvo siempre no sólo sosegado, sino también alegre. Si el dolor reside fuera de mí, la flojedad y languidez apenas me contristan: muchas debilidades corporales veo, cuyo solo nombre pone espanto, las cuales temería yo menos que mil ordinarias pasiones y agitaciones de espíritu. Determinome a no correr (hago de sobra arrastrándome), y no me quejo de la decadencia natural que me tiene asido;

Quis tumidum guttur miratur in Alpibus?

como tampoco me lamento de que mi duración no sea tan dilatada y resistente cual la del roble.

No tengo por que quejarme de mi fantasía: durante el transcurso de mi vida, pocos pensamientos me asaltaron que perturbaran ni siquiera el curso de mi sueño, si no es algunos de deseo, que me despertaron sin afligirme. Sueño rara vez, y, cuando tal me acontece es con cosas quiméricas y fantásticas, emanadas comúnmente de pensamientos gratos, más bien ridículos que tristes. Tengo por verdadero que los sueños son intérpretes leales de nuestras inclinaciones, pero por cosa de artificio el interpretarlos y el descifrarlos:

*Res que in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident,
quaeque agunt vigilantes, agitantque, ea si cui in somno accidunt,
minus mirandum est.*

Platón va más allá, diciendo que es deber de la prudencia el deducir de ellos adivinatoras instrucciones para lo venidero: nada de esto se me alcanza, si no es las maravillosas experiencias que Sócrates, Jenofonte y Aristóteles, personajes todos de autoridad irreprochable, nos refieren en este particular. Cuentan las historias que los atlantes no sueñan nunca, y que tampoco corren nada que haya la muerte recibido, lo cual apunto aquí por ser acaso la razón de que dejen de soñar, pues sabemos que Pitágoras designaba alimentos determinados para tener sueños ex profeso. [459] Los míos son blandos, y no me procuran ninguna agitación corporal, ni me hacen hablar en alta voz. Algunos vi quienes maravillosamente agitaban: Teón, el filósofo, se paseaba soñando, y al criado de Pericles le hacían encaramar los sueños por los tejados y lo más prominente de la casa.

En la mesa apenas elijo, cayendo sobre la primera cosa más vecina, y paso difícilmente de un gusto a otro. La abundancia de platos y servicios me disgusta tanto como cualquiera

otra demasía: sencillamente me conformo con pocos; aborrezco la opinión de Favorino, según el cual precisa en los festines que os quiten los que os apetecen, sustituyéndolos constantemente con otros nuevos, considerando mezquina la cena en que no se hartó a los asistentes con rabadillas de diversas aves, y que tan sólo la papafigo merece comerse entero. Como ordinariamente las carnes saladas; pero el pan me gusta más sin sal; mi panadero, en mi casa, no lo elabora distinto para mi mesa, contra los usos del país. En mi infancia tuvo principalmente que corregirse el disgusto con que veía las rosas que comúnmente mejor apetece esa edad, como pasteles, confituras y cosas azucaradas. Mi preceptor combatía este odio de manjares delicados como un exceso melindroso, de suerte que aquel disgusto no es sino dificultad de paladar, sea cual fuere lo que no acepte. Quien aparta de las criaturas cierta particular y obstinada propensión al pan moreno, al tocino o al ajo, las priva de una golosina. Hay quien alardea de paciente y delicado, hasta el punto de echar de menos el buey y el jamón entre las perdices: éstos hacen un papel lucido, incurriendo en la delicadeza de las delicadezas; muestran el gusto de una blanda fortuna, que se cansa de las cosas ordinarias y acostumbradas; per quae luxuria divitiarum taedio ludit. No considerar de una comida es buena porque otro como tal la considere; desplegar un cuidado extremo en el régimen, constituyen la esencia de ese vicio:

Si modica caenare times olu omne patella.

Con la diferencia de que vale más sujetar el propio deseo a las cosas fáciles de procurar; pero es siempre vicio el obligarse; antaño llamaba yo delicado a un pariente mío que en los viajes por mar había olvidado el servirse de nuestras camas y el quitarse el vestido para dormir.

Si yo tuviera hijos varones, de buen grado les deseara mi condición. El buen padre que Dios me dio, de quien en mí no se alberga sino el gallardo reconocimiento de su [460] bondad, me envió desde la cuna, para que me criara, a un pobre lugar de los suyos, y allí me dejó mientras estuvo en nodriza y aun después, acostumbrándome a la manera de vivir más baja y común: magna pars libertatis est bene moratus venter. No os encarguéis nunca, y encargad todavía menos a vuestras mujeres el criar a vuestros hijos, dejad que el acaso los forme; bajo leyes populares naturales, dejad que la costumbre los enderece a la frugalidad y austeridad: que más bien tengan que descender de la rudeza que no subir hacia ella. Sus miras iban además a otro fin encaminada; quería unirme con el pueblo y con la condición humanas que necesita de nuestro apoyo, y consideraba que más bien debía mirar hacia quien me tiende los brazos que no a quien me vuelve la espalda; también por eso en la pila bautismal me puso en manos de personas de la más abyecta fortuna para que a ellas me sujetara y obligara.

Su designio produjo excelente fruto: entrégome de buen grado a los humildes, ya porque en ello hay mérito mayor, ya por compasión natural, que todo lo puede en mí. El partido que en nuestras guerras condenaré, lo condenaré más rudamente floreciente y próspero: con él me conciliaré en algún modo cuando lo vea por tierra y desquiciado. ¡Con cuánto regocijo considero yo el hermoso rasgo de Quelonis, hija y esposa de reyes de Esparta! Mientras en los desórdenes de su ciudad Cleombroto, su marido, iba ganando a Leónidas, su padre, cumplió como buena hija, acompañando al autor de sus días en su destierro y en su miseria, y oponiéndose al victorioso. Cuando la fortuna cambió de parecer, ella no quiso

seguirla, colocándose valerosamente al lado de su marido, a quien siguió donde quiera que sus desdichas lo llevaron, sin otro móvil en su conducta, a mi entender, que el de lanzarse al partido donde su presencia era necesaria, y donde mejor mostrara su piedad. Más naturalmente me dejó llevar por el ejemplo de Flaminio, quien se prestaba a los que de él habían menester mejor que a quienes podían prestarle ayuda, que no por el de Pirro, propio sólo a humillarse ante los grandes y a enorgullecerse ante los humildes.

Las mesas prolongadas me cansan y perjudican, pues ya sea por haberme acostumbrado desde niño, ya por otra causa cualquiera, no ceso de comer mientras sentado permanezco. Por eso en mi casa, aun cuando las comidas sean breves, me instalo después de los demás, a la manera de Augusto, bien que no lo imite en lo de retirarse antes que los otros; por el contrario, me gusta prolongar la sobremesa y el oír contar, siempre y cuando que no sea yo el que relate, pues me molesta y trastorna el hablar con el estómago lleno, tanto como me agrada, gritar y cuestionar [461] antes de la comida, como ejercicio muy saludable y grato.

Los antiguos griegos y romanos procedían mejor que nosotros al fijar para las comidas (que constituyen una de las acciones principales de nuestra existencia) varias horas y la mejor parte de la noche, si algún quehacer extraordinario no los llamaba a otras ocupaciones. Comían y bebían menos atropelladamente que nosotros, que ejecutamos a la carrera todas nuestras necesidades, y dilataban este gusto natural más placentera y habitualmente entreverándolo con diversas conversaciones útiles y agradables.

Los que cuidan de mi persona podrían fácilmente apartar de mis ojos lo que consideran como perjudicial, pues en tales cosas jamás deseo nada, ni echo de menos lo que no veo: mas por lo que toca a aquellas que tengo a mi alcance, pierden su tiempo pregonándome la abstinencia, de tal suerte que cuando quiero ayunar me precisa comer aparte, que me presenten exactamente lo necesario para una colación en regla; puesto en la mesa olvido mi resolución. Cuando ordeno que algún plato de carne se condimente de distinto modo, mis gentes saben que con ello quiero significar la languidez de mi apetito y que ni siquiera lo probaré.

En todas las carnes que lo soportan prefiriérolas ligeramente cocidas y me gustan tiernas hasta la desaparición del olor en algunas; sólo la dureza generalmente me contraría (todos los demás defectos los soporto y paso por alto como el más pintado), de tal modo que, contra el parecer común, hasta los pescados me sucede encontrarlos sobrado frescos y resistentes, no a causa de mis dientes, que siempre se mantuvieron buenos hasta la excelencia, y que la edad sólo ahora comienza a amenazar; desde mi infancia aprendí a frotarlos con la toalla por la mañana y con la servilleta al retirarme de la mesa. Congracia Dios a aquel a quien sustrae la vida por lo menudo: es el único beneficio de la vejez; la última muerte será tanto menos plena y dolorosa, pues no matará sino medio o un cuarto de hombre. Aquí tengo un diente que se me acaba de caer sin dolor, sin esfuerzo de mi parte; era el término natural de su duración: este fragmento de mi ser y algunos más están ya muertos, y medio muertos otros, de los más activos, que ocuparon un rango esencial durante mi edad vigorosa. Así voy disolviéndome y escapando a mí mismo. ¿No sería torpeza de mi entendimiento lamentar el salto de esta caída, tan avanzada ya, cual si estuviera entera? No creo yo que así suceda. En verdad experimento un consuelo esencial ante la idea de la muerte, considerando que la mía será de las justas y naturales, y pensando

que en lo sucesivo no puedo en este punto exigir ni esperar del destino sino un favor extraordinario. Los hombres creen que en lo antiguo tuvieron, como la estatura, la vida más dilatada, pero se engañan: Solón, que pertenece al tiempo remoto, [462] calcula, sin embargo, la duración más extrema en unos setenta años. Yo que tanto adoré esa de las viejas edades y que como tan perfecta tuve la mediana medida ¿aspiraré, a una vejez desmesurada, y prodigiosa? Todo cuanto va contra el curso normal de la naturaleza, puede ser perjudicial, mas lo que de ella procede ha de ser siempre grato: omnia, quae secundum naturam fiunt, sunt habenda in bonis: así Platón declara violenta la muerte que las heridas o las enfermedades procuran, mas aquella a que la vejez nos lleva, es entre todas, la más ligera y en algún modo deliciosa. Vitam adolescentibus vis aufert, senibus maturitas. La muerte va en nuestra existencia con todo mezclada y confundida: el declinar de nuestras facultades anticipa el momento en que debe negar, y va digiriéndose en el curso de nuestro progreso mismo. Conservo mis retratos de los veinticinco años y de los treinta y cinco, y cuando con el actual los parangono, ¡cuántas veces reconozco no ser el mismo, y cuantas la imagen mía se muestra más alejada de aquéllos que de la muerte! Es sobrado abusar de la naturaleza, el machacarla y zarandearla tan dilatadamente que se vea precisada a abandonarnos, y encomendar nuestra conducta, nuestros ojos, nuestros dientes, nuestras piernas y todo lo demás a la merced de un socorro extraño y mendigado, resignándonos por completo en las manos del arte, ya cansada aquella de seguirnos.

No me muestro extremadamente deseoso de frutas ni de ensaladas, algo sí de los melones: mi padre odiaba toda clase de salsas, y a mí todas me gustan. El mucho comer me molesta; mas por su calidad, no tengo aún noticia cierta de que ninguna carne me siente mal, como tampoco advierto diferencia entre la luna llena y el menguante, o entre el otoño y la primavera. Hay en nosotros movimientos inconstantes y desconocidos, pues los rábanos picantes, por ejemplo, primeramente me gustaron, luego me disgustaron, y ahora, de pronto, vuelven a saberme bien. En algunas cosas advierto que mi estómago y mi apetito van así diversificándose: del vino blanco pasé al clarete y del clarete volví al blanco.

En punto a pescados, soy goloso; mis días de vigilia los convierto en días de carne y los de carne en vigilia, creo yo (y así hay quien dice) que el pescado es de digestión más fácil que la carne. Del propio modo que considero como caso de conciencia el comerla en día de pescado, [463] así también me ocurre lo mismo en lo de mezclar el pescado con la carne; tal diversidad me parece algo remota.

Desde mi juventud prescindí a veces de alguna comida, bien para aguzar mi apetito al día siguiente (pues así como Epicuro ayunaba y comía escasamente a fin de acostumbrar la voluptuosidad a evitar la abundancia, yo persigo el contrario móvil, o sea enderezar el placer para su provecho, haciendo que encuentre regocijo en lo copioso), bien por mantener entero mi vigor para el desempeño de alguna acción corporal o espiritual, pues unas y otras se amodorrán en mí cruelmente, con la hartura. Detesto sobre todo el acoplamiento torpe de una diosa, tan sana y alegre con este dios diminuto, indigesto y eructador, todo hinchado con los vapores del mosto. También ayuno para curar mi estómago enfermo, o por carecer de adecuada compañía, pues yo me digo, como Epicuro, que no hay que mirar tanto lo que se come aquel con quien se come; y alabo el proceder de Quilón, el cual no quiso prometer su compañía en el festín de Periandro, antes de que le informaran de los demás invitados. Para mí no hay más dulce apresto ni salsa más apetitosa que aquella que la sociedad

procura. Tengo por más sano el comer en buena compañía y en cantidad menor y comer más a menudo, pero no experimentaría ningún placer con arrastrar medicinalmente al día tres o cuatro mezquinas comidas, así tasadas. ¿Quién me asegurará que el apetito de la mañana volveré a encontrarlo por la noche? Aprovechemos, los viejos principalmente, la primera ocasión oportuna que se nos brinda: dejemos a los hacedores de almanaques las esperanzas y pronósticos. La voluptuosidad es el fruto extremo de mi salud: lancémonos tras la primera, presente y conocida. Yo evito la constancia en estas leyes del ayuno; quien quiere que una sola fórmula le sirva de tasa, huya de continuarla: así nosotros nos aguerrimos y nuestras fuerzas se adormecen: seis meses después de seguir tal régimen, os veréis con el estómago tan bien acoquinado que vuestro fruto consistirá en haber perdido la libertad de proceder sin daño distintamente.

Igual abrigo cubre mis muslos y mis pantorrillas en invierno que en verano; con unas medias de seda tengo bastante. Para el socorro de mis catarros consentí en mantener la cabeza más caliente y el vientre para el de mis cólicos: mis males luego a ello se habituaron, menospreciando mis ordinarias precauciones; del casquete pasé al gorro y del gorro a encasquetarme un sombrero bien forrado. La borra de mi colete no me sirve si no es para el garbo, y tengo que añadir una piel de liebre o el plumón de un buitre, y un solideo a mi cabeza. Seguid esta gradación y marcharéis a buen paso: de buena gana me apartaría de la conducta que observé si lo osara. ¿Caéis en algún nuevo [464] accidente? pues ya los remedios para nada os sirven, os habéis acostumbrado a ellos, buscad otros nuevos. Así se arruinan los que se dejan acogotar por regímenes despóticos, sujetándose a ellos supersticiosamente: precísanles luego, después y siempre. Detenerse es imposible.

Para nuestras ocupaciones y placeres es mucho más ventajoso aplazar la cena, como los antiguos hacían, dejándola para la hora de recogerse, sin interrumpir el orden del día; así lo hice yo antaño. Mas por lo que a la salud toca, por experiencia reconocí después lo contrario: preferible es cenar; la digestión se hace mejor velando. Soy poco propenso a la sed, lo mismo sano que enfermo; en este estado fácilmente se me pone seca la boca, pero ninguna sed experimento, generalmente no me impulsa a beber sino el deseo que comiendo me asalta, y ya bien entrada la comida. Para un hombre que por esta cualidad no se distingue, bebo bastante bien: en verano, tratándose de comidas apetitosas, ni siquiera excedo los límites de Augusto, quien sólo bebía tres veces, con toda puntualidad; mas por aquello de no ir contra el precepto de Demócrito, el cual prohibía detenerse en el número cuatro, considerándolo de mal agüero, en caso necesario voy hasta el cinco: me basta, próximamente, con tres medios cuartillos; los vasos pequeños son mis favoritos, y me place variarlos, lo cual algunos evitan como cosa censurable. Templo mi vino casi siempre con la mitad de agua, a veces con un tercio, y cuando estoy en mi casa, conforme a una usanza remota que su médico ordenaba a mi padre, y a sí mismo, se mezcla el que me precisa en la despensa, dos o tres horas antes de servir la mesa. Cuentan que Cranao, rey de los atenienses, fue el inventor de esta costumbre de aflojar el vino con agua: sobre su utilidad o inconveniencia no falta quien cuestione. Juzgo más decoroso, y también más sano, que los niños no beban hasta los diez y seis o diez y ocho años cumplidos. La manera de vivir más corriente y común es la más hermosa: toda particularidad y capricho me parecen dignos de evitarse, y odiaría tanto a un alemán que bautizara el vino, como a un francés que lo bebiera puro. Las costumbres públicas dan la ley en tales cosas.

Temo el aire colado y huyo el humo mortalmente: los primeros inconvenientes que remedié en mi hogar fueron el de las chimeneas y el de los excusados, defectos tan insoportables como frecuentes en las casas viejas. Entre las dificultades de la guerra, incluyo las espesas polvaredas que en lo más recio del calor nos circundan y nos entierran durante todo un día. Mi respiración es libre y fácil, y mis resfriados pasan ordinariamente sin atacar el pulmón, ni ocasionar tos alguna. La rudeza del verano es para mí más enemiga que la del invierno, pues aparte de que la incomodidad del calor es menos remediable que la del frío, [465] y a más de que los rayos solares trastornan mi cabeza, a mis ojos ofusca toda luz resplandeciente: yo no sería capaz, a la edad que tengo, de comer frente a un fuego ardiente y luminoso.

Para amortiguar la blancura del papel, en los tiempos en que la lectura me fue más grata, acostumbraba a poner un vidrio sobre las páginas, y así mi vista encontraba alivio. Desconozco hasta el presente el uso de los anteojos, veo tan de lejos como cuado más, y tanto como cualquiera otro: verdad es que al declinar el día, mis ojos comienzan a turbarse y que la lectura los debilita; este ejercicio fue para mí siempre sensible, de noche sobre todo. He aquí, un paso atrás, perceptible apenas: así retrocederé de otro, y pasaré del segundo al tercero y del tercero al cuarto, tan silenciosamente que me precisará verme ciego por completo antes de advertir la decadencia y vetustez de mis ojos: ¡con artificio tanto van las parcas deshilando nuestra vida! Y, no obstante, aun ignoro si mi oído va perdiendo su fuerza; y veréis que lo habré perdido a medias, culpando la voz de las que me hablan: necesario es sujetar el alma para hacerla sentir cómo va deslizándose.

Mi andar es rápido y seguro, e ignoro cuál, de entre el cuerpo y el espíritu, acerté a detener con dificultad mayor en un momento dado. Buen predicador es aquel de mis amigos que detiene mi atención durante toda una plática. En los lugares ceremoniosos, donde cada cual adopta tan violentado continente, donde vi a las damas mantener los ojos tan inmóviles, jamás logré cabalmente dominarme: aun cuando sentado permanezca, no acierto a estar de asiento. Como la doméstica del filósofo Crisipo decía de su amo que sólo por las piernas se emborrachaba, pues tenía la costumbre de moverlas en cualquiera posición que se encontrase (y lo decía, cuando el vino trastornando a sus compañeros, él permanecía impávido), de mí pudo decirse desde la infancia que mis pies estaban locos, o que tenía en ellos mercurio, tanta es mi veleidad e inconstancia natural, sea cual fuere el sitio donde los ponga.

Esta falta de decoro perjudica a la salud, y aun al placer de comer vorazmente, cual yo acostumbro: a veces me muerdo la lengua y otras los dedos por la premura. Como Diógenes viera a un niño que comía así, sacudió una bofetada a su preceptor. En Roma había hombres que adiestraban en el mascar delicadamente, como en el andar y en otras operaciones. Yo prescindo de la distracción que el hablar procura (siendo en las mesas una salsa tan gustosa), siempre y cuando que oiga cosas agradables y ligeras.

Entre nuestros placeres hay celos y envidias; chocan unos con otros, embarazándose: Alcibíades, hombre competentísimo en la ciencia del bien tratarse, echaba a un lado hasta la música de los banquetes, a fin de no trastornar [466] en ellos la dulzura de los coloquios, por las razones que Platón le atribuye. Decía, «que es propio de hombre comunes el recurrir en los festines a los tocadores de instrumentos músicos y a los cantores a falta de buenos

discursos y diálogos agradables, con los cuales las gentes de entendimiento saben entrefestearse.» Varrón exige los requisitos siguientes en una mesa: «Que sean los congregados personas de presencia grata y de amena conversación, ni mudos ni habladores; nitidez y delicadeza en los manjares, y el lugar y el tiempo despejados.» No exige poco arte ni voluptuosidad escasa el buen trato de las mesas: ni los eximios filósofos ni los guerreros de memoria inmarcesible menospreciaron el uso, y ciencia de las mismas. Mi fantasía dio a guardar tres a mi recuerdo, que la buena fortuna hizo para mí de dulzura soberana, en diversas épocas de mi edad florida. Apárteme de tales fiestas mi situación actual, pues cada uno para sí provee la gracia principal y el sabor, según el buen temple de cuerpo y de espíritu en que a la sazón se encuentra. Yo que camino siempre pedestremente, detesto esa sapiencia inhumana que tiende a convertirnos en menospreciadores enemigos del cultivo de nuestro cuerpo: tan injusto considero el que los goces naturales como el buscarlos sin medida. Jerjes era un fatuo, porque envuelto en todas las humanas voluptuosidades, iba proponiendo un premio a quien se las descubriera nuevas; pero no es menos torpe quien prescinde de aquellas con que la naturaleza le brindara. Si bien no hay que seguir las, tampoco se debe huirlas, basta sólo recogerlas. Yo las recibo con alguna mayor amplitud y delicadeza, y de mejor grado me dejo llevar hacia la pendiente natural. No tenemos para qué exagerar la vanidad de los placeres: de sobra se nos muestra y aparece a cada paso, gracias a nuestro enfermizo espíritu, extinguiendo de alegrías, que nos las hace repugnar como también a sí mismo. Trata esto todo cuanto recibe como a sí mismo se trata, unas veces más allá y otras más acá, conforme a su ser insaciable, versátil y vagabundo:

Sincerum est nisi vas, quodecumque infundis, acescit.

Yo, que me precio de abrazar tan atenta y particularmente las comodidades todas de la vida, en ellas no descubro sino viento cuando con intensidad las miro; pero el viento, más prudente que nosotros, se complace con el ruido y la agitación, conformándose con sus oficios peculiares, sin desear estabilidad ni solidez, cualidades que en modo alguno le pertenecen.

Dicen algunos que los placeres puros de la fantasía y lo [467] mismo los dolores, son los más intensos, como mostraba la lanza de Critolao. Lo cual no es de maravillar, pues aquella facultad a su albedrío los elabora, teniendo para ello copiosa tela donde cortar: a diario veo de esta verdad ejemplos insignes, y deseables acaso. Mas yo, hombre de condición mixta y ordinaria, soy incapaz de morder tan por completo a ese sencillo objeto sin que pesadamente me deje llevar por los placeres presentes de la ley humana y general, intelectualmente sensibles, sensiblemente intelectuales. Quieren los filósofos cirenaicos que, como los dolores, también los placeres corporales sean más poderosos, como dobles y como de índole más justa. Gentes hay, Aristóteles así lo dice, que con estupidez altiva por ello se contrarían; otros conozco yo que por ambición hacen lo mismo. ¿Por qué no renuncian también al respirar? ¿Por qué de lo propio no viven? y ¿por qué no rechazan también la luz, en atención a que es gratuita, no costándoles invención ni esfuerzo? Que para ver los sustenten Marte, Palas o Mercurio, en lugar de Venus, Ceres y Baco. ¿Buscarán, acaso, la cuadratura del círculo tendidos encima de sus mujeres? Yo detesto el que se nos ordene mantener el espíritu en las nubes, mientras sentados a la mesa permanecemos: no quiero que el espíritu remonte a regiones sobrenaturales, ni que se arrastre por el lodo, anhelando solamente que a sí mismo se aplique y que en sí mismo se

recolecte, no que en si se tienda. Aristipo no se ocupaba sino del cuerpo, como si no tuviéramos alma; Zenón no comprendía sino el alma, cual si de cuerpo careciéramos: ambos viciosamente aconsejaban. Cuentan que Pitágoras practicó una filosofía puramente contemplativa; la de Sócrates consistió en costumbres y en acciones, en toda su integridad: Platón halló un término medio entre las dos. Mas no lo dicen sino por hablar. El temperamento verdadero en Sócrates se reconoce: Platón es mucho más socrático que pitagórico, y le sienta mejor. Cuando yo bailo, bailo, y cuando duermo, duermo; hasta cuando me paseo solitariamente por vergel ameno, si durante algún espacio de tiempo mis pensamientos llenaron ocurrencias extrañas, durante otro los vuelvo al aseo, al vergel, a la dulzura solitaria, y a mí, en fin.

Cuidó maternalmente naturaleza de que las acciones que para nuestras necesidades nos impuso, nos fueran al par placenteras; a ellas nos convida, no solamente por razón, sino también por apetito: es injusto corromper sus reglas. Cuando veo a César y a Alejandro en lo más rudo de sus labores gozar tan plenamente de los placeres humanos y corporales, no digo que aflojan su alma, sino que a la rigidez la encaminan, sometiendo por vigor de ánimo a las comas de la vida ordinaria aquellas violentas ocupaciones y [468] laboriosos pensamientos: prudentes si hubieran creído que ésta era su ordinaria ocupación y aquélla la extraordinaria ¡Todos somos locos de remate! «Ha pasado su vida en la ociosidad», decimos: «Hoy nada hice.» ¡Pues qué! ¿no habéis vivido? Ésta no es solamente la fundamental, sino la más relevante de vuestras labores. «Si se me hubiera adiestrado en el manejo de las empresas magnas, dicen habría puesto de relieve de cuánto era capaz.» ¿Habéis sabido meditar y gobernar vuestra vida? pues realizasteis de entre todas la mayor de las humanas obras; para que naturaleza se muestre y ejecute, el acaso en nada tiene que intervenir; igualmente, aparece aquélla en todos los estados sociales, y así tras el telón como sin él. ¿Supisteis elaborar vuestras costumbres? pues hicisteis más que quien libros elaboró; ¿fuisteis diestro en el descansar? pues realizasteis mayores hazañas que quien se apoderó de imperios y ciudades.

La más eximia y gloriosa labor del hombre consiste en vivir a propósito como Dios manda; todas las demás cosas: reinar, atesorar, edificar y otras mil no son sino apéndices y adminículos, cuando más. Me complace el ver a un caudillo al pie de la brecha, que al punto va a atacar, prestarse luego, íntegramente, a sus necesidades ordinarias, al comer y al conversar entre sus amigos; y a Bruto, conspirando contra él la tierra toda y juntamente contra la libertad romana, reservar a sus revistas nocturnas algunas horas para leer y compendiar a Polibio con tranquilidad cabal. A las almas pequeñas, aniquiladas por el peso de los negocios corresponde el ignorar diestramente desenvolverse, y el no saber echarlos a un lado para luego volver a la carga:

O fortes, pejoraque passi
mecum saepe viri nunc vino pellite curas:
cras ingens iterabimus aequor.

Ya sea broma o realidad lo de que el vino teologal y sorbónico se haya trocado en proverbio, y lo mismo los festines sorbónicos y teologales, considero yo razonable que de él almuercen con tanta mayor comodidad y regocijo cuanto más seria y útilmente ocuparon la mañana en los ejercicios propios de su escuela: la conciencia de haber empleado bien las

demás horas constituye un sabroso y justo condimento de las mesas. Así vivieron los filósofos: y aquella virtud ardorosa que en uno y otro Catón nos admira, aquel carácter severo hasta la importunidad, se sometió blandamente, y se complació a las leyes de la humana condición, a Venus y, a Baco, conforme a los preceptos de la secta a que pertenecían, que soliciten la perfección prudente, [469] tan experta y entendida en el ejercicio de los placeres naturales como en todos los demás deberes de la vida: Cui cor sapiat, ei et sapiat palatus.

La facilidad y el abandono sienta mejor, al par que honran a maravilla, a las almas fuertes y generosas: no creía Epaminondas que destruyera el honor de sus gloriosas victorias ni las perfectas costumbres que le gobernaban el mezclarse en las danzas de los muchachos de su ciudad, cantando y tocando con ejemplar esmero. Entre tantas señaladas acciones como llenaron la vida del primer Escipión, personaje digno de ser considerado como de celestial estirpe, ninguna le muestra con mayor encanto que el verle al desgaire e infantilmente divertirse, cogiendo y escogiendo conchas y jugar al recoveco con Lelio, a lo largo de la playa; y cuando el tiempo no era grato entretenido y divertido con la representación por escrito para el teatro de las acciones humanas más vulgares y bajas: llena estaba mientras tanto su cabeza con aquellas empresas grandiosas de Aníbal y de África, al par que visitaba las escuelas de Sicilia y frecuentaba las lecciones de la filosofía, hasta armar los dientes de la ciega envidia de sus enemigos romanos. Admirable es en la vida de Sócrates el que siendo ya viejo, encontrara razón de que le instruyeran en las danzas y en el toque de instrumentos músicos, considerando su tiempo como bien empleado. A este filósofo se le vio extasiado, de pie durante todo un día y una noche, frente al ejército griego, sorprendido y encantado por algún profundo pensamiento: entre tantos hombres valerosos como entre aquellos hombres había, fue el primero en lanzarse al socorro de Alcibíades, abrumado de enemigos, resguardándole con su cuerpo y arrancándole del tumulto a mano armada; en la batalla deliena se le vio levantar y salvar a Jenofonte, lanzado de su caballo; y en medio del pueblo ateniense, ultrajado como él de un tan indigno espectáculo, socorrer el primero a Terameno, a quien los treinta tiranos conducían a la muerte mediante sus satélites, no desistiendo de esta arrojada empresa sino por la oposición de Terameno mismo, aun cuando él no fuera acompañado en junto más que de dos personas: viósele, asediado por una belleza de quien estaba enamorado, mantenerse severamente abstinentemente; viósele lanzado constantemente en los peligros de la guerra, hollando el hielo con los pies desnudos; llevar el mismo vestido en invierno que en verano, exceder a todos sus compañeros en las fatigas del trabajo; comer con frugalidad idéntica en el más suntuoso banquete que en la humilde mesa de su casa; permanecer veintisiete años con invariable semblante, soportando el hambre, la pobreza, la indocilidad [470] de sus hijos, las garras de su mujer, y, por fin, la calumnia, la tiranía, la prisión y el veneno: Mas si a este mismo hombre invitaban a beber copiosamente, por deber de civilidad era también de entre los de la compañía quien a todos sobrepujaba; ni rechazaba tampoco el jugar a las tabas con los muchachos, ni el corretear con ellos sobre un palo a guisa de caballo, con gracioso continente; pues todas las acciones, dice la filosofía, sientan igualmente bien y honran al filósofo. Es justo y equitativo el que jamás deje de presentárenos la imagen de este personaje en todos los modelos y formas de perfección. Entre las vidas humanas hay pocos ejemplos tan plenos y tan puros, y a nuestra instrucción se daña proponiéndonos a diario los débiles y raquíticos, buenos apenas para una sola enmienda, los cuales nos echan hacia atrás, y son corruptores más bien que correctores. El

mundo vive engañado: con facilidad mayor se camina por los bordes, donde la extremidad sirve de límite, parada y guía, que por la senda de en medio, amplia y abierta; es más cómodo proceder conforme al arte que según naturaleza, pero también es menos noble y menos recomendable.

La grandeza de alma no consiste tanto en tirar hacia lo alto o en pugnar hacia adelante como en saber acomodarse y circunscribirse; como grande considera todo cuanto es suficiente, y muestra su elevación amando más bien las cosas medianas que las eminentes. Nada es tan hermoso ni tan legítimo cual desempeñar bien y debidamente el papel de hombre, ni hay ciencia tan ardua como el vivir esta vida de manera perfecta y natural. De nuestras enfermedades, la más salvaje es el menosprecio de nuestro ser.

Quien pretenda echar a un lado su alma, que lo haga resueltamente, si le es dable, cuando tenga el cuerpo enfermo a fin de descargarla del contagio. Mas si esto no acontece proceda contrariamente, asistiéndola y favoreciéndola, y no la niegue la participación de sus naturales placeres, complaciéndose con aquél conyugalmente; obre con moderación si es moderada, por el natural temor de que los goces no se truequen en dolores. La destemplanza es peste de la voluptuosidad, y la templanza no es su castigo, es su condimento: Eudoxo, que en el extremo goce hacía consistir el soberano bien, y sus compañeros, que le imprimieron tan gran valía, saboreáronle en su dulzura mediante la medida, que en ellos fue ejemplar y singular.

Yo ordeno a mi alma que contemple el dolor y el placer con mirada igualmente moderada, eodem enim vitio est effusio animi in laetitia, quo in dolore contractio, y con firmeza idéntica, mas alegremente la una y severa la otra [471] y en tanto que aquella lo pueda procurar, tan cuidadosa de aminorar el uno como de agrandar el otro. El ver sanamente los bienes acarrea el ver los males del propio modo; el dolor tiene algo de inevitable en su blando comenzar, y la voluptuosidad algo de evitable en su fin excesivo. Platón los acopla, y quiere que sea el fin común de la fortaleza combatir al par contra el dolor y contra las encantadoras blanduras de los goces: dos fuentes son en las cuales quien se aprovisiona cuando, como y cuanto precisa, ya sea ciudad, hombre o bruto, es cabalmente dichoso. Hay que tomar el primero como medicina y como cosa necesaria; pero en cantidad muy nimia; el segundo como quien la sed aplaca, pero no hasta la embriaguez. El dolor, el placer, el amor y el odio, son las acometidas primeras que siente un niño: si la razón naciente se aplica a gobernarlos, la virtud se engendra.

Para mi uso particularísimo, tengo un diccionario: cuando el tiempo es malo e incómodo, me limito a pasarlo; cuando es bueno, no hago lo mismo, sino que lo gusto y en él me detengo: es preciso correr por lo malo y asentarse en lo bueno. Estos dichos familiares, «Pasatiempo» y «Pasar el tiempo», significan la costumbre de esas gentes prudentes que no piensan dar a la vida mejor empleo que el de deslizarla, huirla y trasponerla, apartándose de su camino, y cuanto de sus fuerzas depende ignorarla, huyéndola como cosa de índole enojosa y menospreciable; mas yo la conozco distinta, y la encuentro cómoda y digna de recibo, hasta en su último decurso, en el cual me encuentro; púsole naturaleza en nuestra mano, provista de circunstancias tales y tan favorables, que solamente de nosotros tenemos que quejarnos si nos mete prisa, escapándonos inútilmente; stulti vita ingrata est, trepida est, tota in futurum fertur. Yo me preparo, sin

embargo, a perderla sin pesadumbre, mas como cosa de condición perdible, y algo pesado e inoportuno; por eso no sienta bien el condolerse de morir sino a aquellos que en el vivir se complacieron. Hay moderación en el gozarla, y yo la disfruto el doble, que los demás, pues la medida del disfrute depende del más o el menos en la aplicación que la procuramos. Ahora, principalmente, que advierto la mía de duración tan breve, quiero amplificarla en peso, quiero detener la rapidez de su huida con la prontitud en el atraparla y, mediante el vigor del empleo, compensar el apresuramiento de su pérdida: a medida que la posesión del vivir es más corta, precísame convertirla en más profunda y más plena.

Otros experimentan las dulzuras de la prosperidad y del [472] contentamiento: yo las siento como ellos, pero no de pasada y deslizándome: es menester estudiarlas, saborearlas y rumiarlas para gratificar dignamente a quien nos las otorga. Gozan los demás placeres, como el del sueño, sin conocerlos. Con este fin, de que ni aun el dormir siquiera me escapase así torpemente, encontré bueno antaño que me lo turbaran, a fin de entreverlo. Contento conmigo mismo, lo medito; no lo desfloro, lo profundizo, y a mi razón, mal humorada ya y asqueada, lo pliego para que lo recoja. ¿Me encuentro en situación reposada? ¿algún deleite interior me cosquillea? pues no consiento que los sentidos lo usurpen, y a mi estado asocio mi alma, no para a él obligarla, sino para que con él se regocije; no para que allí se pierda, sino para que allí se encuentre; y por su parte la invito a que se contemple en tan alto sitio y de él pese y estime la dicha, amplificándola: así mide cuánto debe a Dios, por hallarse en reposo con su conciencia y con otras pasiones intestinas; por tener el cuerpo en su disposición natural, gozando ordenada y competentemente de las funciones blandas y halagadoras, por las cuales le place compensar con su gracia los dolores con que su justicia nos castiga a su vez. El alma mide cuánto la vale el estar alojada en tal punto que donde quiera que dirija su mirada, en su derredor el cielo permanece en calma; ningún deseo, ningún temor ni duda que puedan perturbarla; ninguna dificultad pasada, presente ni futura por cima de la cual su fantasía no pase sin peligro. Reálzase esta consideración con el parangón de condiciones diversas: así yo me propongo bajo mil aspectos, cuantos el acaso y el propio error humano agitan e incluyen; y también éstos de mí más cercanos, que acogen su buena dicha con flojedad tanta de curiosidad exenta: gentes son que, en verdad, pasan su tiempo, sobrepujan el presente y cuanto está en su mano por servir la esperanza, merced a las sombras y vanas imágenes que la fantasía coloca ante sus ojos,

Morte obita quales fama est volitare figuras,
aut quae sopitos deludunt somnia sensus:

las cuales apresuran y alargan su huida al igual que se las sigue: y el fruto y última mira de este perseguimiento es simplemente perseguir, como Alejandro decía que el fin de su tarea era de nuevo atarearse:

Nil actum credens, quum quid superesset agendum.

Así, pues, yo amo la vida, y la cultivo tal como a Dios [473] plugo otorgámela. No voy lamentando el experimentar la necesidad de comer o de beber, y me parecería errar de un modo no menos inexcusable, apeteciendo sentirla doble; sapiens divitiarum naturalium quaesitor aserrimus. Ni el que nos alimentáramos metiendo simplemente en la boca un poco

de aquella droga con la cual Epiménides se privaba de apetito, sustentándose; ni que estúpidamente se procrearan hijos por medio de los dedos o los talones, sino hablando con reverencia, que más bien se los produjera voluptuosamente con los talones y los dedos. Ni de que al cuerpo asalten cosquilleos: son todas éstas quejas ingratas e injustas. Yo acojo de buen grado y con reconocimiento cuanto la naturaleza hizo por mí; con ello me congratulo y, de ello me alabo. Inferimos agravio a aquel grande Todopoderoso Donador, rechazando su presente, anulándolo y desfigurándolo: como es toda bondad, óptima es toda su obra: omnia, quae secundum naturam sunt, aestimatione digna sunt.

Entre las opiniones de la filosofía, abrazo de mejor grado las más sólidas, es decir, las más humanas y nuestras; mi discurso va de acuerdo con mis costumbres, bajas y humildes: y, a mi ver, aquélla hace una colosal niñada cuando se pone a gallear, predicándonos que es una feroz alianza la de casar lo divino con lo terreno, lo razonable con lo irracional, lo honesto con lo deshonesto. Que la voluptuosidad es cosa de índole brutal e indigna de ser por el filósofo gustada: Que el único placer que éste alcanza con el goce de una esposa hermosa y joven, es el mismo que su conciencia lo procura al realizar una acción conforme al orden, como la de calzarse los botines para emprender una provechosa correría. ¡Así los que tal filosofía predicán no tuvieran más derecho, ni más nervios, ni más jugo en el desdoncellar de sus mujeres que en los principios que sientan!

No es ésa la doctrina de Sócrates, su preceptor y el nuestro, el cual toma, como debe, la voluptuosidad corporal, pero prefiriendo la del espíritu, como más fuerte, constante, fácil y digna. Ésta, en modo alguno, camina aislada según él (pues no es tan visionario), es únicamente la primera; para él la templanza es moderadora y no enemiga de los goces. Dulce guía es naturaleza, pero no más dulce que prudente y justa: intrandum est in rerum naturam, et penitus, quid ea postulet, pervidendum. Yo sigo en todo sus huellas: confundámosla nosotros con rasgos artificiales, [474] y ese soberano bien académico y peripatético, que consiste en vivir «según ella», por esa razón se convierte en difícil de limitar y explicar; y asimismo el de los estoicos, vecino de aquél, que consiste en «transigir con naturaleza.» ¿No es error el considerar algunas acciones menos dignas porque sean necesarias? No me quitarán de la cabeza que no sea una convenientísima unión la del placer y la necesidad: con la cual, dice un antiguo, los dioses conspiran siempre. ¿Con qué mira desmembramos, a guisa de divorcio, mi edificio cuya contextura y correspondencia permanecen juntas y fraternales? Por el contrario, anudémosle mediante oficios mutuos: hagamos que el espíritu despierte y vivifique la pesantez del cuerpo, y que el cuerpo detenga y fije la ligereza del espíritu. Qui, velut summum bonum, laudat animae naturam, et, tanquam malum, naturam carnis accusat, profecto et animam, carnaliter appetit, et carnem carnaliter fugit; quoniam, id vanitate sentit humana, non veritate divina? Ningún fragmento indigno de nuestra solicitud en este presente que Dios nos hizo: de él debemos cuenta estrictísima, hasta de un cabello, y no es un quehacer de cumplido para el hombre el gobernar al hombre, según su condición; es expreso, ingenuo y principalísimo, y el Creador nos lo confió seria y severamente. La autoridad puede sólo contra los entendimientos comunes, y pesa más cuando va envuelta en lenguaje peregrino. Recarguémosla en este pasaje: Stultitiae proprium quis non dixerit ignave contumaciter facere, quae facienda sunt; et alio corpus impellere, alio animum; distrahique inter diversissimos motus. Ahora bien, para experimentarlo haceos predicar las fantasías y divertimientos que aquél ingiere en su cabeza, mediante los cuales aparta su mente de una buena comida y lamenta la hora que en

reparar sus fuerzas emplea, y encontraréis así que nada hay tan insípido en todos los platos de vuestra mesa, cual esa hermosa plática de su alma (valdríanos mejor, las más de las dormir por completo que velar por las cosas que velamos); reconoceréis que sus opiniones y razones son hasta indignas de reprimenda. ¿Aun cuando se tratara de los enajenamientos de Arquímedes?, ¿qué valen ni que significan? Yo no toco aquí, ni tampoco mezclo sino a la garrulería humana que nosotros formamos; la vanidad de deseos y cogitaciones que nos extravían. De sobra considero como estudio privilegiado el de esas almas venerables, elevadas [475] por ardor de devoción y de religión a la meditación constante y concienzuda de las cosas divinas, preocupadas por el esfuerzo de una esperanza vehemente y viva, a fin de encaminarse al eterno sustento, última mira y estación postrera de los cristianos anhelos, único placer constante e incorruptible, menospreciando el detenerse en nuestras comodidades miserables, fluidas y ambiguas, libertando fácilmente el cuerpo de la postura temporal y usual. Entre nosotros, las opiniones supercelestiales y las costumbres subterrenales, son cosas que siempre vi singularmente armonizadas.

Esopo, aquel grande hombre, viendo un día que su amo orinaba paseándose: «¡Cómo! dijo, habremos de hacer lo otro corriendo?» Empleemos bien el tiempo, y todavía nos quedará mucho ocioso y desocupado: acaso a nuestro espíritu no satisfagan otras horas para llenar sus menesteres sin desasociarse del cuerpo en lo poco que para su necesidad precisa. Quieren colocarse fuera de sí y escapar al hombre; locura insigne, pues, en vez de convertirse en ángeles, en brutos se convierten; en vez de elevarse, se rebajan. Estos humores preeminentes me atemorizan como los lugares elevados e inaccesibles; y en la vida de Sócrates nada para mí es tan difícil de digerir como sus éxtasis y demonierías; ni en Platón se me antoja nada más humano que las razones por las cuales se lo llama divino; y entre nuestras ciencias, aquellas me parecen más terrenales y bajas que a mayor altura se remontan; y nada encuentro tan humilde ni tan mortal en la vida de Alejandro, como sus fantasías en derredor de su deificación. Filotas le mordió diestramente con su respuesta, pues habiéndose ante él congratulado por escrito de que el oráculo de Júpiter, Ammón, le había colocado entre los dioses, le dijo: «Por lo que a ti respecta, recibo mucho contento; pero hay por qué compadecer a los hombres que tengan que vivir con un hombre y obedecerle, el cual sobrepuja y no se contenta con el nivel humano»:

Dis te minorem quod geris, imperas.

La gentil inscripción con que los atenienses honraron la llegada de Pompeyo a su ciudad, se conforma con mi sentido: «En tanto eres dios cuanto como hombre te reconoces.»

Es una perfección absoluta, y como divina «la de saber disfrutar lealmente de su ser.» Buscamos otras condiciones por no comprender el empleo de las nuestras, y salimos fuera de nosotros, por ignorar lo que dentro pasa. Inútil es que caminemos en zancos, pues así y todo, tenemos [476] que servirnos de nuestras piernas; y aun puestos en el más elevado trono de este mundo, menester es que nos sentemos sobre nuestro trasero. Las vidas más hermosas son, a mi ver, aquellas que mejor se acomodan al modelo común y humano, ordenadamente, sin milagro ni extravagancia. Ahora bien, la vejez ha menester aún de alguna mayor dulzura. Encomendémosla, pues, a ese dios de salud y de prudencia, para que a más de prudente y sana, nos la otorgue regocijada y sociable:

Frui paratis el valido mihi,
latoe, dones, et, precor, integra
cum monte; nec turpem senectam
degere, nec cithara carentem.

FIN DE LOS ENSAYOS

[477]

La correspondencia de Montaigne

Las cartas de Montaigne deben formar el complemento natural de los Ensayos, y acompañan a éstos en casi todas las ediciones modernas. Bien que poco numerosas, bastan a dar una idea precisa de su manera epistolar, que en nada difiere del estilo de su libro, a excepción de las comunicaciones oficiales, que escribió siendo alcalde de Burdeos, por su naturaleza más rápidas y exentas de consideraciones filosóficas. Todas las del principio, menos la primera, son dedicatorias de los trabajos literarios de La Boëtie (originales o traducidos) a los personajes más relevantes del siglo, con el hermoso designio de mantener viva la memoria del amigo amantísimo. La segunda, dirigida a su padre, sin duda la más notable de todas, debe ser como un monumento considerada. En ella se hermana la tristeza más sublime y desoladora con la sencillez más ingenua; es imposible leerla sin que las lágrimas broten de los ojos, y sin que el corazón se oprima en el pecho cuantas veces se lee de nuevo. Todos los que de la correspondencia de Montaigne hablaron, considéranla como un fragmento dignísimo de las antiguas literaturas. Las demás, aun cuando fueran como dedicatorias compuestas, no por ello dejan de ser epístolas familiares por la naturalidad con que en ellas se expresan los sentimientos más elevados de la humana naturaleza, sin oropeles ni afectación de ningún linaje. Las dirigidas a Enrique IV acreditan «la menuda y larga experiencia de Estado y Corte» de que hablaba el licenciado Cisneros y también la posibilidad de comunicarse [478] con los monarcas sin echar a un lado la dignidad y el decoro humanos.

Estas dos últimas son las más importantes entre las descubiertas hace pocos años. En ellas y en cada una de las otras se consigna, en la presente edición, la fecha de su hallazgo y otros pormenores biográficos e históricos necesarios para la mejor inteligencia del conjunto. Casi todas estas noticias pertenecen al muy erudito escritor francés Luis Moland, autor de una Vida de Molière, a quien ya Sainte-Beuve tributó merecidos parabienes. Alguna de las cartas a los señores jurados de la ciudad de Burdeos lleva en el principio una cruz, que aquí se ha conservado; y con el fin de no aumentar las páginas de este tomo II, ya considerables, se han omitido las comunicaciones de Montaigne al mariscal de Matignón,

governador de la Guiena, más interesantes bajo el aspecto histórico que literariamente consideradas.

C. R. Y. S. [479]

Cartas de Montaigne

- I -

A MESIR ANTONIO DEL PRAT

En mi última carta, señor, os hablé de las revueltas que asolaron Agenois y el Perigord, donde nuestro común amigo Memy, hecho prisionero, fue conducido a Burdeos y decapitado. Quiero deciros hoy que los de Nerac, después de haber perdido de ciento a ciento veinte hombres en una escaramuza contra algunas tropas de Monluc, por el desacierto de un capitán joven de su ciudad, se recogieron con sus ministros en el Bearne, no sin riesgo grande de sus vidas, hacia el 15 de julio; en este día se rindieron los de Castel Jalous, siendo ejecutado el ministro de este lugar. También huyeron los de Marmande, San Macario y Bazas, mas no sin experimentar una pérdida cruel, pues al punto fue saqueado el castillo de Duras y asaltado el de Monsegur, lugar en que había dos enseñas y gran número de gentes de la religión protestante. Todo género de crueldades y violencias fueron allí ejercidos el primer día de agosto, sin consideración de categoría, sexo ni edad. Monluc violó a la hija del ministro, el cual fue muerto con los demás. Con profundo dolor os diré que en esta matanza pereció vuestra parienta, la esposa de Gaspar Duprat y dos de sus hijos: era ésta una nobilísima mujer, a quien tuve ocasión de ver con frecuencia cuando visitaba su país, y en cuya casa estaba siempre seguro de recibir hospitalidad cumplida. Por hoy acabo aquí, pues esta relación me causa dolorosa pena; y con esto ruego a Dios que os mantenga en su santa guarda.

Vuestro servidor y buen amigo.

A 24 de agosto (1562). [480]

- II -

A MONSEÑOR DE MONTAIGNE

En cuanto a sus últimas palabras, si hay alguien que de ellas pueda dar cumplida cuenta, ninguno mejor que yo; así porque durante el transcurso de su enfermedad me hablaba tan de buen grado como al que más, como por la singular y fraternal amistad que nos tributábamos, tenía yo evidentísimo conocimiento de los designios, juicios y voluntades que durante su vida entera alimentara; tanto sin duda como un hombre puede estar penetrado de los pensamientos de otro hombre; y porque sabía que éstos eran en él elevados, virtuosos, llenos de resolución ciertísima y, para decirlo todo, admirables. Preveía yo bien que si el mal le dejaba medios de poder expresarse, nada se le escaparía en semejante trance que grande no fuera, y dechado de buen ejemplo; por eso en escucharle puse todo el cuidado que pude. Verdad es, señor, que como mi memoria es muy corta y entonces se hallaba alterada por el trastorno que mi espíritu sufría a causa de una pérdida tan dura y de importancia tanta, es imposible que no haya olvidado muchas cosas, las cuales quisiera que fuesen conocidas; mas aquellas que se me acuerdan os las trasladaré cuanto más verídicamente me sea dable; pues para representarlo así, con altivez detenido en su vigorosa faena; para mostraros aquel ánimo invencible en un cuerpo acabado y consumido por los esfuerzos furiosos de la muerte y del dolor, confieso que sería menester un estilo mejor que el mío: si durante su vida aún cuando hablara de cosas graves e importantes expresábase de tal suerte que era difícil con tal maestría escribirlas, hubiérase dicho que a la hora de su muerte su espíritu y su lengua se esforzaban en competencia como para procurarle sus más relevantes servicios pues sin duda nunca le vi tan pleno, así de elocuencia cual de hermosas fantasías, como en todo el curso de su enfermedad. Por lo demás, mi señor, si juzgáis que consigné sus expresiones más volanderas y ordinarias, de propio intento lo hice, pues habiendo sido dichas en aquellas horas y en lo más recio de una tan empeñada lucha, singularmente testimonian un alma llena de reposo, de sosiego y de seguridad.

Como regresara yo de la audiencia el lunes 9 de agosto [481] de 1563 le envié a buscar para comer en mi casa. Me envió a decir que me daba gracias; que se encontraba algo mal, y que le procuraría placer si quería pasar una hora en su compañía antes de que él tomara el camino del Medoc. Fui en su busca, apenas comí: se había acostado vestido, y mostraba ya no sé qué cambio en su semblante. Me dijo que tenía un flujo de vientre ocasionado por unos retortijones que le habían cogido la víspera jugando sin abrigo, con solo el colete bajo una túnica de seda, con el señor de Escarts, y que el frío le había hecho sentir con frecuencia accidentes semejantes. Parecióme bien que realizara el propósito que de alejarse tenía formado, pero que sólo llegara aquella noche hasta Germignan, a dos leguas de la ciudad. Esto le dije a causa del lugar donde estaba alojado, muy vecino de viviendas infestadas, de las cuales se mostraba aprensivo, habiendo regresado hacia poco del Perigord y de Angenuis, donde estaba todoapestado; además, para remediar una enfermedad semejante a la suya, a mí me fue muy bien montando a caballo. Así que, partió en compañía de la señorita de La Boëtie, su mujer, y del señor de Bouilhonnas, su tío.

Al siguiente día muy de mañana vino a mí uno de sus gentes con un recado de la señorita de La Boëtie, quien me anunciaba que su esposo había pasado muy mala noche,

con una fuerte disentería. Envió a buscar un médico y un boticario, y me rogó que fuera junto a él, como así lo hice a medio día.

A mi llegada pareció regocijado de verme; y como yo quisiera decirle adiós para retirarme, prometiéndole visitarle al día siguiente, me rogó con una afección e instancia que nunca había empleado que permaneciera a su lado cuanto más tiempo pudiese. Esto me conmovió algún tanto. Sin embargo, ya me iba, cuando la señorita de La Boëtie, que empezaba a presentir no sé qué desdicha, me suplicó con los ojos, llenos de lágrimas que no me moviera de allí en toda la noche. Detúvome así, y con ello él se regocijó grandemente. Al siguiente día regresé, y el jueves le vi de nuevo. Su mal iba empeorando; su flujo de sangre y sus cólicos, que le debilitaban todavía más, iban creciendo a cada hora.

El viernes dejele aún, y el sábado le vi ya muy abatido. Me dijo entonces que su enfermedad era algo contagiosa y además ingrata y melancólica; que conocía muy bien mi natural y me suplicaba que no estuviera a su lado sino a intervalos, pero con la mayor frecuencia que me fuera dable. Ya no volví a abandonarle. Hasta el domingo no me habló de lo que pensaba de su estado; sólo habíamos conversado sobre las particulares ocurrencias de su mal y de lo que sobre él los médicos antiguos habían dicho; de los negocios públicos nada nos dijimos, pues advertí que le cansaban [482] desde el primer día de su enfermedad. Mas el domingo acometióle una debilidad grande, y como se recobrase, dijo que le parecía haberse visto en medio de una confusión de todas las cosas y no haber contemplado sino una espesa nube y niebla oscura, en las cuales todo estaba revuelto y confuso; pero que, sin embargo, no había experimentado contrariedad en todo este accidente. «La muerte, hermano mío, le dije yo entonces, nada ofrece peor que eso. -Pero nada muestra tan malo», respondiome.

En lo sucesivo, como desde el comienzo de su mal no había podido dormir, y como a pesar de todos los remedios iba sucesivamente empeorando, habiéndose ya empleado ciertos medicamentos de los cuales no se echa mano sino en la última extremidad, empezó a desesperar por completo de su curación, y así me lo comunicó. En este mismo día, pareciéndome bueno, le dije «que no procedería yo bien a causa de la suprema amistad que le profesaba, al no recomendarle que así como en el estado de salud se vieron todas sus acciones llenas de prudencia y buen consejo, tanto como las del que más, que continuara así también en su enfermedad; y que si Dios quería que empeorase, grandemente me entristecería el que por inadvertencia hubiera dejado en el aire ninguno de sus negocios domésticos, así por el perjuicio que por ello sus parientes podrían experimentar, como por el cuidado de su buen nombre»; todo lo cual oyó de buen grado; y luego de haber resuelto algunas dificultades que le tenían en suspenso en este punto, me rogó que llamara a su tío y a su mujer, solos, para decirles lo que había deliberado tocante a su testamento. Yo le repuse que los asustaría. «No, no, me dijo, yo los consolaré, y haré que conciban esperanzas mayores de mi salud de las que yo mismo tengo.» Luego me preguntó si los desvanecimientos que le habían asaltado no nos habían estremecido un poco. «Eso no es nada, le contesté, hermano; son accidentes ordinarios a tales enfermedades. -En verdad, no, no es nada, hermano, me contestó, aún cuando de ellos sobreviniera lo que todos más teméis. -Para vosotros no sería sino dicha, repliqué, mas el daño fuera para mí, que perdería la compañía de un tan grande, prudente y seguro amigo, tal, que estaría seguro de no encontrarlo nunca semejante. -Muy bien pudiera ser así, hermano, añadió; y os aseguro que

lo que me hace tener el cuidado que pongo en mi curación, y no seguir tan corriendo el paso que ya a medias franqueé, es la consideración de vuestra pérdida y la de ese pobre hombre, y la de esa pobre mujer (hablando de su tío y de su esposa), a quienes amo singularmente, y que soportarían con harta impaciencia, bien seguro estoy de ello, la pérdida que con mi muerte sufrirían, que a la verdad es bien grande para vos y para ellos. Considero [483] también el disgusto que experimentarían muchas gentes de bien que me quisieron y estimaron mientras viví, de las cuales, en verdad lo confieso, si de mí pendiera, me creería contento al no perder aún la conversación; y si me voy, hermano mío, ruégoos, vosotros que las conocéis, que las mostréis el testimonio de la buena voluntad que las profesé hasta este último término de mi vida; además, hermano mío, acaso no había yo nacido tan inútil que no hubiera tenido medio de procurar servicio a la cosa pública; mas suceda lo que quiera, presto estoy a partir cuando a Dios le plazca, con la seguridad de que gozaré del bienestar que vosotros me predijisteis. Y en cuanto a vos, amigo mío, conozco tanto vuestra prudencia, que os acomodaráis de buen grado, y pacientemente a todo cuanto plazca a su Santa Majestad ordenar de mí; y os suplico que cuidéis de que no empuje a ese buen hombre y a esa buena mujer fuera e los linderos de la sana razón.» Preguntome entonces cuál era el estado de sus ánimos, y yo le dije que bastante bueno para la magnitud del suceso. «Sí, añadió, ahora que todavía albergan alguna esperanza, mas si yo se la quitara de una vez, hermano, os vierais bien embarazado para contenerlos.» Siguiendo esta mira, mientras tuvo alientos ocultos constantemente la evidente opinión que de su muerte abrigaba, rogándome con todas sus fuerzas hacer lo propio. Cuando los veía junto a él simulaba un semblante alegre y los apacentaba con hermosas esperanzas.

Dejele en este punto para ir a llamarlos. Compusieron su semblante lo mejor que pudieron por un momento, y luego de sentarnos en derredor de su lecho, los cuatro solos, habló así con tranquilo continente y como lleno de gozo:

«Tío y esposa míos, os aseguro por mi fe que ningún nuevo ataque de mi mal y ninguna opinión desfavorable de mi curación me han impulsado a llamaros para deciros lo que intento, pues me encuentro, a Dios gracias, muy bien y lleno de buenas esperanzas: mas habiendo de antiguo aprendido, así por dilatada experiencia como por estudio prolongado, la poca seguridad que existe en la inestabilidad e inconstancia de las cosas humanas, y hasta en nuestra propia vida, que tan cara consideramos y que sin embargo no es sino humo y nada; y considerando también que entrándome enfermo otro tanto me aproximé al peligro de la muerte, he deliberado poner algún orden en mis negocios domésticos, he deliberado poner algún orden en mis negocios domésticos, luego de haber oído el parecer vuestro primeramente.»

Después, dirigiendo sus palabras a su tío: «Mi buen tío, dijo, si tuviera que daros cuenta en este momento de las grandes obligaciones que os debo, el tiempo no me alcanzaría; básteme decir que hasta el presente, donde quiera que haya estado y a quienquiera que haya hablado, siempre [484] dije que todo el cuanto un prudentísimo, buenísimo y liberalísimo padre pudiera hacer por su hijo, todo eso lo habíais hecho por mí, ya por el cuidado que fue preciso para instruirme en las buenas letras, ya cuando os plugo empujarme a los empleos públicos; de suerte que todo el curso de mi vida estuvo lleno de grandes y recomendables deberes y amistades vuestros para conmigo; en conclusión, sea cual fuere lo que tenga, de vosotros lo tengo, como vuestro lo reconozco y de ello os soy deudor, vos sois mi

verdadero padre; así pues, como hijo de familia carezco de poder para disponer de nada, si no os place el otorgármelo.» Entonces calló y aguardó a que los sollozos y suspiros permitieran a su tío contestarle «que encontraría siempre excelente todo cuanto lo pluguiera.» En este punto, habiendo de hacerle su heredero, suplicole que recibiera de él sus bienes que le pertenecían.

Y luego, desviando su palabra hacia su mujer: «Mi igual, dijo (así la llamaba a veces, por virtud sin duda de alguna alianza antigua pactada entre ellos), habiendo sido a vos unido por el lazo santo del matrimonio, que es uno de los más respetables o inviolables que Dios haya ordenado aquí abajo para la conservación de la sociedad humana, os amé, quise tiernamente y estimé tanto como me fue dable, y bien seguro estoy de que vos me habéis correspondido con afección recíproca, que nunca podré reconocer bastante. Ruégoos que toméis de la parte de mis bienes lo que os doy, y que con ello os contentéis aun cuando sé muy bien que es bien poco comparado con vuestros méritos.»

Luego, enderezando a mí sus palabras: «Hermano dijo, a quien amo tan caramente, y a quien escogí entre tantos hombres para con vos renovar aquella amistad virtuosa y sincera, cuya índole se alejó tanto ha de nosotros a causa de los vicios, que de ella no quedan sino algunas viejas huellas en la memoria de la antigüedad, os suplico como muestra de mi afección hacia vos que os dignéis ser el sucesor de mi biblioteca y de mis libros que os doy: presente bien pequeño, mas de buen corazón inspirado, y que bien os cuadra por la afección que las letras os inspiran. Será para vosotros , tui sodalis.»

Y luego, hablando a los tres en general, alabó a Dios porque en una situación tan extrema se veía acompañado de las más caras afecciones que en este mundo tuviera pareciéndole hermosísimo el ver un concurso de cuatro personas tan en armonía y por amistad tan grande unidas, haciendo votos, decía, porque nos amáramos unánimemente, los unos por el amor de los otros. Luego de recomendarnos mutuamente, siguió así: «Habiendo puesto orden en mis bienes, [485] fáltame ahora pensar en mi conciencia. Yo soy cristiano, yo soy católico: como tal he vivido; como tal lo he deliberado acabar mi vida. Que se haga venir a un sacerdote, pues no quiero faltar a este último deber del cristiano.»

Con estas palabras acabó su plática, la cual había proferido con tanta seguridad de semblante y tanta fuerza de acento y de voz, que hallándole cuando entró en su aposento débil, arrastrando penosamente las palabras unas tras otras, con el pulso abatido como de fiebre lenta, y camino de la muerte y el rostro pálido y completamente amortecido, parecía entonces que acabara como por milagro de ganar algún vigor nuevo; tenía el color más sonrosado y el pulso más fuerte, de tal modo que yo le hice tocar el mío para que los comparase. En este punto mi corazón se oprimió tanto que no supe qué contestarle. Pero dos o tres horas después, así por continuar en él esta grandeza de ánimo, como también porque yo deseaba a causa del celo que alimenté toda mi vida por su gloria y por su honor, que hubiera más testigos de tantas y tan honrosas pruebas de magnanimidad, y luego que su aposento estuvo mejor acompañado, díjele que había enrojecido de vergüenza al ver que el aliento me faltaba para oír lo que él, que estaba en liza con el mal, había tenido ánimos sobrados para decirme; que hasta entonces había pensado que Dios no nos otorgara tan gran ventaja sobre los humanos accidentes, y que creía difícilmente lo que en este particular leía alguna vez en las historias, pero que habiendo sentido de cerca una tal prueba, bendecía a

Dios por haber sido una persona de quien yo era tan amado y a quien yo amaba tan caramente, y que esto me serviría de ejemplo para cuando me llegara el turno de representar el mismo papel.

Me interrumpió para rogarme que así lo hiciera, mostrando, por efecto, que las palabras que durante nuestra vida sustentáramos no las llevásemos solamente en la boca, sino grabadas muy en lo hondo del corazón y del alma para ponerlas en práctica a las primeras ocasiones que se ofrecieran, añadiendo que en esto consistía la verdadera lección de nuestros estudios y la de la filosofía. Y cogiéndome la mano: «Hermano mío amigo, me dijo, te aseguro que hice bastantes cosas, en mi vida (así lo juzgo al menos) con igual quebranto y dificultad que ésta. Y para decirlo todo, hace mucho tiempo que me encontraba preparado a este trance y que sabía de memoria mi lección. ¿Pero no es vivir bastante llegar a la edad en que me veo? Encontrábame ya presto a entrar en los treinta y tres años. Dios me otorgó la gracia de que toda la existencia pasada hasta este momento de mi vida, fuese llena de salud y dicha: merced a la inconstancia de las cosas humanas, esto apenas podía durar. Era ya llegada la época de internarse en los negocios y de ver mil cosas ingratas, como la incomodidad [486] de la vejez, de la cual me veo libre por este medio; además es verosímil que yo haya vivido hasta ahora con mayor simplicidad y menos malicia, que acaso no hubiera podido conservar si Dios me hubiese dejado subsistir hasta que el cuidado de enriquecerme y acomodar mis negocios se me hubiera metido en la cabeza. «En cuanto a mí, seguro estoy de ello, me voy a ver Dios y la mansión de los bienaventurados.» Al llegar aquí, como yo mostrara hasta en el semblante la impaciencia que el escucharle me producía: «¡Cómo, hermano mío! me dijo, ¿queréis meterme miedo? Si lo tuviera, ¿quién había de quitármelo si no es vosotros?»

A eso del anochecer, como se presentara el notario, a quien se había mandado llamar para que hiciera testamento, hice que lo escribiera, y después le dije si quería firmarlo: «No, me respondió, quiero hacerlo yo mismo, pero desearía, hermano, que me dejaran un poco de sosiego, pues me encuentro extremadamente trabajado, y tan débil que casi no puedo más.» Cambié de conversación, pero él reanudó al punto la que habíamos dejado, diciéndome que para morir no precisaba gran sosiego, y me rogó que me informara de si el notario tenía la mano bien ligera, pues él apenas se detendría al dictarle. Llamé al notario y al instante dictó tan deprisa su testamento que mucho embarazo se experimentaba para poder seguirle. Luego que acabó me rogó que se lo leyera, y me habló así: «¡He aquí un hermoso cuidado, el cuidado de nuestras riquezas! Sunt haec, quae hominibus vocantur bona. Luego que el testamento estuvo firmado, como el aposento se llenara de gente, preguntome si le perjudicaría el hablar. Yo le dije que no, pero que hablase muy despacio.

En este punto hizo llamar a la señorita de San Quintín, su sobrina, y la dijo así: «Sobrina mía amiga, desde el momento en que te conocí me pareció haber visto brillar en ti los rasgos de una naturaleza buenísima: mas estos últimos deberes que cumples con tan buena afección y diligencia tanta para con mi precaria situación, mucho me prometen de tu persona; en verdad te estoy muy obligado y por ello te doy gracias afectuosísimas. Por lo demás, en descargo mío, te recomiendo que seas primeramente devota para con Dios, pues ésta es sin duda la parte principal de nuestro deber y sin la cual ninguna otra acción puede ser buena ni hermosa: y esta a conciencia cumplida lleva en pos de sí necesariamente todas las demás acciones de la virtud. Después de Dios has de amar y honrar a tu padre y a tu

madre y, lo mismo que a ésta, a mi hermana, a quien yo considero como una de las mejores y más prudentes mujeres del mundo; y te ruego que de ella imites la ejemplar [487] vida. No te dejes avasallar por los placeres: huye como de la peste esas locas confianzas que a las mujeres ves permitirse a veces con los hombres, pues aun cuando al principio nada tengan de censurables, sin embargo, poco a poco van corrompiendo el espíritu, conduciéndole a la ociosidad, y de la ociosidad al horrible cenagal del vicio. Créeme: la más segura guarda de la castidad para una doncella es la severidad. Te ruego y quiero que te acuerdes de mí, para que así tengas presente la amistad que me inspiraste; no para quejarte y dolerte de mi pérdida, pues esto se lo prohíbo a todos mis amigos cuanto está a mi alcance; porque así parecería como que se mostrasen envidiosos del bien que gracias a mi muerte pronto disfrutaré y te aseguro, hija mía, que si Dios me diera a escoger en estos momentos entre volver de nuevo a la vida o acabar el viaje ya emprendido, me vería muy embarazado en la elección. Adiós, sobrina mía, mi amiga.

Hizo luego llamar a la señorita de Arsat, su hijastra, y la dijo: «Hija mía, tú no has menester grandemente de mis advertencias teniendo una tal madre, a quien siempre reconocí llena de prudencia, y tan de acuerdo con mis miras y voluntades, que jamás incurrió en ninguna falta: serás muy bien instruida bajo la dirección de tal maestra. No juzgues extraño si yo, que no tengo contigo ningún parentesco, me cuido de tus cosas y me mezclo en tus asuntos, pues siendo hija de una persona que me es tan cercana, imposible es que todo cuanto te concierne no me incumba a mí también. Por eso me desvelé siempre por los negocios del señor de Arsat, tu hermano, como por los míos propios, y acaso no perjudicará a tu porvenir el haber sido mi hijastra. Tienes de tu parte la riqueza y la belleza que te precisan; eres señorita de buena casa: sólo necesitas añadir a estas prendas los adornos del espíritu, y te ruego que los adquieras. No te prohíbo el vicio, tan detestable a las mujeres, pues ni siquiera quiero pensar que a tu entendimiento pueda asaltar tal idea; hasta creo que el nombre mismo es para ti cosa de horror. Adiós, hija mía.»

Todo el aposento estaba lleno de sollozos y de lágrimas, los cuales, sin embargo, no interrumpían en modo alguno el camino de sus razonamientos, que fueron dilatados. Después ordenó que se hiciera salir a todo el mundo, salvo a su «guarnición»; así nombraba a las criadas que le servían. Luego, llamando a mi hermano de Beauregard: «Señor de Beauregard, le digo, os doy las gracias más sentidas por las molestias que os tomáis por mí. ¿Queréis que os descubra algo que el corazón me dicta manifestaros?» Tan pronto como mi hermano le hubo dado licencia, siguió así: «Os juro que entre todos los que pusieron sus manos en la reforma de la Iglesia jamás pensé que hubiera uno siquiera que se consagrara con mejor celo, y con afección más [488] cabal, sincera y sencilla que vos: y en verdad creo que los solos vicios de nuestros preladados, que sin duda han menester de una corrección ejemplarísimas, y algunas imperfecciones que el transcurso del tiempo acarrearón a nuestra Iglesia os lanzaron a la lid que elegisteis. No es mi propósito el conmoveros en estos momentos, pues a nadie ruego de buen grado que ni siquiera en lo más mínimo obre en contra de su conciencia; pero quiero bien advertiros que inspirándome respeto la buena reputación adquirida por la casa a que pertenecéis, merced a su concordia, continuada, y a la cual quiero tanto como a cualquiera otra del mundo (¡Dios bendiga tal mansión, de donde jamás salió ningún acto que de hombre de bien no fuera!) profesando respeto a la voluntad de vuestro padre, aquel buen padre a quien tanto debéis; a vuestro buen tío, a vuestros hermanos, os ruego que huyáis de extremos semejantes; no seáis tan rudo ni tan violento;

acomodaos a ellos: no forméis bando y cuerpo aparte; uníos todos en idéntica armonía. Ya veis cuántas ruinas estas discusiones acarrearán a este reino; y yo os respondo que todavía mayores son las que pueden sobrevenir. Como vos sois prudente y bueno, debéis guardaros de llevar estos trastornos al seno de vuestra familia por temor de hacerla perder la gloria y la dicha de que hasta el presente gozara. Tomad en buena parte, señor de Beauregard, todo cuanto os digo y como seguro testimonio de la amistad que os profeso, pues por esta razón me reservé hasta el instante actual el deciros lo que os digo, y acaso comunicándooslo en el estado en que me veis, otorgaréis más peso y autoridad mayor a mis palabras.» Mi hermano le dio las gracias más sentidas.

El lunes por la mañana se encontraba tan mal que había abandonado ya toda esperanza de vida. De tal suerte que en el momento en que me vio, me llamó con voz lastimera, y me dijo: «Hermano mío, ¿no os inspiran compasión tantos tormentos como sufro? ¿No veis que ya todos los auxilios que me procuráis no sirven sino a dilatar mi dolor?» Un momento después perdió el sentido, en tal grado que faltó poco para darle por muerto, consiguiendo reanimarle a fuerza de vinagre y de vino. Pero no volvió en sí hasta que pasó algún tiempo, y como nos oyera gritar en derredor suyo nos dijo: «¡Dios mío! ¿quién tanto me atormenta? ¿Por qué me apartan de este grande y grato sosiego en que me encuentro? Dejadme, os lo ruego.» Y luego, al oírme me dijo: «Y vos también, hermano mío, ¿no queréis que yo sane? ¡Oh, que tranquilidad la que me hacéis perder!» Últimamente, habiendo cesado por completo la crisis pidió un poco de vino, y como se sintiera bien, díjome que era el mejor licor del mundo. «No lo juzgo así, repuse yo para que hablase: el agua es el mejor licor. [489] -Cierto, replicó, .» Ya tenía todas las extremidades y hasta el semblante helados de frío, bañados de sudor mortal que le corría por todo el cuerpo, y era casi imposible encontrar ningún reconocimiento del pulso.

La mañana de este día se confesó con su sacerdote; mas como éste no llevara cuanto le fuese preciso fuele imposible decirle la misa. Pero el martes por la mañana el señor de La Boëtie le mandó llamar para que le ayudara, decía, a cumplir su último deber cristiano. Así pues, oyó la misa, confesó y comulgó, y como el sacerdote se despediera de él, díjole: «Padre mío espiritual, os suplico humildemente, a vos y a los que de vos dependen, que roguéis a Dios por mí. Si está ordenado por los sacratísimos tesoros de los designios de Dios que yo acabe mis días ahora, tenga piedad de mi alma, y me perdone mis pecados, que son infinitos, como no es posible que tan vil y tan baja criatura como yo soy haya podido ejecutar los mandamientos de un tan alto y tan poderoso maestro. O si le parece que todavía viva por acá y quiera reservarme para alguna otra hora, suplicadle que acaben pronto en mí las angustias que sufro, y que en lo sucesivo me conceda la gracia de guiar mis pasos en seguimiento de su voluntad, convirtiéndome en mejor de lo que hasta hoy he sido.» En este punto se detuvo un instante para cobrar alientos, y viendo que el sacerdote se iba le llamó y le dijo: «Quiero todavía decir estas palabras en vuestra presencia: Yo protesto que como fui bautizado y viví, así quiero morir bajo la fe y religión que Moisés implantó primeramente en Egipto, que los santos padres recibieron luego en Judea, y que de mano en mano, por el transcurso de los tiempos, fue traída a Francia.» Parecía al verle que hubiera hablado, más tiempo de haber podido, pero acabó rogando a su tío y a mí que encomendáramos a Dios su alma. «Porque son éstos, decía, los mejores oficios que los cristianos puedan hacer los unos para con los otros.» Mientras hablaba, un hombre se lo descubrió y rogó a su tío que le

cubriera aun cuando tuviese a un criado más a la mano: luego, mirándome pronunció estas palabras: *Ingenui est cui multum debeas, ei plurimum velle debere.*

Al señor de Belot, que vino a verle por la tarde, le dijo presentándole la mano: «Señor, mi buen amigo, aquí estaba yo en disposición de pagar mi deuda, con un buen acreedor que quiso aplazar el pago.» Poco después, como se despertara sobresaltado: «Bueno, bueno, exclamó, que venga cuando quiera; la espero sereno y a pie firme.» Estas palabras las repitió dos o tres veces durante [490] su enfermedad. Luego, como le entreabrieran la boca por fuerza para hacerle tragar, dijo: *Au virere tanti est?* Y cuando así hablaba dirigióse al señor de Belot.

A la caída de la tarde comenzaron a imprimirse en su semblante las huellas de la muerte; estando yo cenando me hizo llamar: no era ya sino la imagen y la sombra de un hombre, y como él mismo decía, *non homo, sed species hominis*, a duras penas logró articular estas palabras: «Hermano mío, ¡pluguiera a Dios que yo viera los efectos de las fantasías que acabo de experimentar!» Después de aguardar algún tiempo, como no hablara más, exhalando recios suspiros para lograrlo pues ya la lengua comenzaba a negarle su oficio: «¿Cuáles son, hermano? le dije. -Grandes, grandes, contestome. -Nunca, proseguí yo, dejó de caberme el honor de comunicar con todas las que os vinieron al entendimiento: ¿no queréis que de ellas disfrute todavía? -Sí lo quiero, respondió, pero hermano, no puedo: son admirables, infinitas e indecibles. No pasamos adelante, porque sus fuerzas se agotaban; de tal suerte que un poco antes, habiendo querido hablar a su esposa, dájola con el semblante más contento que le fue dable aparentar, que tenía que contarla un cuento. Y parecía que se violentaba por hablar, mas como las fuerzas le faltaran pidió un poco de vino para ganarlas. Todo fue inútil, pues se desvaneció de pronto, permaneciendo sin ver largo tiempo.

Encontrándose ya en las cercanías de la muerte, y oyendo los lloros de la señorita de La Boëtie, la llamó y la dijo: «Compañera mía, os atormentáis antes de tiempo: ¿no queréis tener piedad de mí? Revestíos de ánimo. En verdad, más de la mitad de mi dolor nace del mal que os veo sufrir, que del mío propio; y con razón, porque los males que sentimos en nosotros, realmente no somos nosotros quienes los experimentamos, sino ciertos sentidos que Dios puso en nuestro organismo: mas lo que sentimos por los demás, es por virtud de cierto juicio y por discurso de razón como lo sentimos. Pero yo me voy.» Esto decía por que el aliento le faltaba; mas temiendo haber asustado a su mujer, se corrigió y dijo: «Me voy a dormir: buenas noches, esposa mía; idos de aquí.» Tales fueron las palabras con que se despidió de ella por última vez.

Luego que partió: «Hermano, me dijo, permaneced a mi lado, si os place.» Y después, bien porque sintiera las punzadas de la muerte con mayor viveza e intensidad, o bien por la fuerza de un medicamento caliente que le habían hecho atravesar, su voz fue más penetrante y más fuerte, y daba vueltas en su lecho con una gran violencia; de suerte que toda la concurrencia empezó a albergar alguna [491] esperanza, porque hasta entonces la debilidad sólo era lo que más temíamos. En este momento, entre otras cosas, se puso a rogarme y a suplicarme con afección extrema, que le dejara un sitio. Tuve miedo de que su juicio se hubiera trastornado, pues habiéndole con dulzura amonestado, diciéndole que se dejaba arrastrar por el mal, y que sus palabras no eran de hombre muy en calma, no se resignó por ello, y redobló sus ruegos: «¡Hermano! ¡Hermano! ¿me negáis, pues, un

lugar?» Siguió insistiendo hasta que me obligó a convencerle por razones que puesto que respiraba y hablaba y tenía un cuerpo, ocupaba por consiguiente su lugar. «En verdad, en verdad, me respondió entonces, ocupo mi lugar; pero no es el que me precisa: y de todos modos va no tengo ser. -Dios os dará uno mejor muy luego, repuse yo. -Ojalá estuviera ya con él me respondió; hace tres días que sufro por partir.» Hallándose en tan triste estado, me llamaba con frecuencia, solamente para informarse de si estaba junto a él. Por fin logró reposar un poco, lo cual nos confirmó más todavía en nuestra buena esperanza; tanto, que al salir del aposento me congratulé con la señorita de La Boëtie. Pero una hora después próximamente, llamándome una o dos veces, y luego exhalando un gran suspiro entregó su alma a Dios a las tres de la mañana del miércoles diez y ocho de agosto, año mil quinientos sesenta y tres, después de haber vivido treinta y dos años, nueve meses y diez y siete días.

- III -

A MONSEÑOR DE MONTAIGNE

Monseñor, siguiendo la orden que me disteis el pasado año en vuestra casa de Montaigne, he cortado y arreglado con mi mano a Raimundo Sabunde, aquel gran teólogo y filósofo español, una vestidura a la francesa, despojándole cuanto he podido del rudo porte y altivo continente que en él descubristeis primeramente. De suerte que, a mi ver, posee ahora maneras gratas para presentarse en todo linaje de buena compañía. Podrá muy bien suceder que las personas delicadas y melindrosas descubran en mi tarea algún resabio de Gascuña, pero así se avergonzarán más de haber dejado por negligencia tomar sobre ellas esta ventaja a un hombre completamente novicio y aprendiz en tal labor. Ahora bien, monseñor, razón es que bajo vuestro nombre gane crédito y salga a luz este libro, puesto que os debe cuanto de enmienda cuenta y modificación. Bien [492] se me alcanza, sin embargo, que si os place contar con él, vos seréis quien le quedaréis debiendo, pues a cambio de sus excelentes y religiosísimos discursos, de sus elevadas concepciones y como divinas, hallarase al fin que vosotros no procurasteis sino palabras y lenguaje, mercancía tan vulgar, y tan vil, que quien de ella más atesora a veces no vale sino menos.

Monseñor, suplico a Dios que os conceda muy larga y dichosísima, vida.

De París, a 18 de junio de 1568.

Vuestro humilde y obedientísimo hijo.

- IV -

AL SEÑOR DE LANSAC,

Caballero de la Orden del Rey, consejero en su consejo privado, subteniente de sus haciendas y capitán de cien gentilhombres de su casa.

Señor, os envío la Economía de Jenofonte, puesta en francés por el difunto señor de La Boëtie. Este presente me ha parecido seros adecuado así por haber emanado primeramente, como sabéis, de la mano de un gentilhomme de marca, magno en la guerra y en la paz, como por haber tomado su segunda forma de aquel personaje a quien sé que amasteis durante el transcurso de su vida. Esta dedicatoria os servirá siempre de aguijón a continuar para con su nombre y su memoria vuestra buena opinión y voluntad. Y no temáis, señor, el acrecentarlos resueltamente en alguna cosa, pues no habiéndole gustado sino por los testimonios públicos que dio de su persona, que corresponde a mí agregaros que poseía tantos grados de capacidad por cima de los que conocíais, que puedo deciros estáis bien lejos de haberle ponderado en toda su integridad. Mientras vivió otorgome el honor, que yo incluyo entre la mejor de mis fortunas, de enderezar conmigo una costura de amistad tan estrecha y tan junta, que no hubo lado, movimiento ni resorte de su alma, los cuales no haya [493] yo podido considerar y juzgar, al menos si mi vista alguna vez no fue corta. Ahora bien, sin que la verdad sea lastimada, estaba todo puesto en la balanza, tan cercano del milagro, que para que no deje de otorgárseme crédito al lanzarme fuera de los límites de lo verosímil, fuerza es que hablando de él me contraiga y restrinja por bajo de lo que sé. Y por esta vez, señor, me conformaré solamente con suplicaros, por el honor y reverencia que a la verdad debéis, el que creáis y testimoniéis que nuestra Guiena no ha visto nada parecido a él entre los hombres de su clase. Esperando, pues, que le otorgaréis lo que con justicia tanta le es debido, y para refrescar su recuerdo en vuestra memoria, pongo este libro en vuestras manos, el cual juntamente os declarará, por lo que a mí toca, que sin la ex profesa prohibición que mi incapacidad me ordena os presentaría tan de buena gana alguna cosa mía, como reconocimiento de las obligaciones que os debo, y del favor y amistad que de antiguo habéis profesado a los de nuestra casa. Mas a falta de mejor moneda os ofrezco en pago una segurísima voluntad de prestaros humilde servicio.

Señor, ruego a Dios que os mantenga en su guarda.

Vuestro obediente servidor.

- V -

AL SEÑOR DE MESMES

Señor, una de las más señaladas locuras comunes a los hombres es la de emplear la fuerza de su entendimiento en contrartar y arruinar las opiniones ordinarias y recibías que nos procuran satisfacción y contento, pues mientras todo cuanto cobija el cielo emplea los medios y facultades que naturaleza puso en su mano (como en verdad acontece), para el ordenamiento y comodidad de su ser, aquéllos por alardear de un espíritu más gallardo y despertado, que no recibe ni da albergue a nada sin que mil veces [494] lo haya tocado y balanceado en lo más sutil de su razón, van conmoviendo sus almas de su situación tranquila y reposada para después de una investigación dilatada llenarlas en conclusión de duda, inquietud y fiebre. No sin razón fueron tan ensalzadas por la Verdad misma la simplicidad y la infancia. Por mi parte mejor prefiero vivir más a mi gusto y ser menos diestro; más contento y menos entendido. He aquí por qué, señor, aun cuando las gentes expertas se burlan del cuidado que nosotros ponemos en lo que pasará aquí luego que nuestras vidas sean pasadas, así que nuestra alma acomodada en otro lugar no tenga que preocuparse de las cosas de aquí abajo, considero, sin embargo, que es un consuelo grande para la debilidad y brevedad de esta vida el creer que la sea dable afirmarse y prolongarse mediante la reputación y la nombradía. Y abrazo muy gustoso una tan grata y favorable opinión, engendrada originalmente en nosotros, sin informarme curiosamente ni cómo ni por qué causas. De suerte que, habiendo amado sobre todas las cosas al difunto señor de La Boëtie, a mi entender el hombre más grande de nuestro siglo, pensaría faltar grandemente a mi deber si a sabiendas dejara desvanecerse y perderse un nombre tan rico como el suyo y una memoria tan digna de recomendación, y si no intentara por aquellas razones resucitarle y sacarle de nuevo a la vida. Yo creo que él lo siente en algún modo, y que estos oficios míos lo conmueven y regocijan; y a la verdad vive todavía en mí tan entero y tan vivo, que no puedo creerle ni tan profundamente enterrado ni tan plenamente alejado de nuestro comercio. Ahora bien, señor, como cada nuevo conocimiento que de él procuro y de su nombre, constituye igual multiplicaciones de aquella su segunda vida, y mayormente se ennoblece y honra según el lugar que lo recibe, a mi es a quien incumbe no solamente extenderlo cuanto más me sea dable, sino también ponerlo en manos de personas de honor y virtuosas, entre las cuales vos ocupáis tal rango, que a fin de mostraros ocasión de acoger este nuevo huésped y de agasajarle cumplidamente, decidí presentaros esta obrita, no por el beneficio que de ella pudierais alcanzar, pues se muy bien que para frecuentar a Plutarco y a sus compañeros no habéis menester de intérprete; mas es posible que la señora de Roissy, viendo en este libro el orden de su casa y de vuestro común buen acuerdo representado a lo vivo, se regocijará grandemente al sentir que la bondad de su inclinación natural no solamente alcanzó sino excedió lo que los más prudentes filósofos pudieron idear en punto al deber y a las leyes matrimoniales. [495] Y de todas suertes para mí será siempre honroso el poder ejecutar alguna cosa que implique satisfacción para vosotros o para los vuestros, por el deber a que estoy obligado de procuraros servicio.

Señor, ruego a Dios que os conceda dichosísima y larga vida. De Montaigne, a 30 de abril de 1570.

Vuestro humilde servidor.

- VI -

A MONSEÑOR DE L'HOSPITAL,

Canciller de Francia.

Monseñor, considero yo que vosotros, en cuyas manos la fortuna y la razón pusieron el gobierno de los negocios del mundo, nada buscáis con mayor ahínco que las vías por donde llegar al conocimiento de los hombres, vuestros auxiliares, pues apenas hay comunidad por mezquina que sea, que no los incluya en su seno sobrados para desempeñar ventajosamente los cargos inherentes a ella, siempre y cuando que la elección pueda con acierto llevarse a cabo; y este paso salvado nada faltaría para llegar a la perfecta formación de una república. Ahora bien, a medida que esto es más apetecible, es también más difícil, en atención a que ni nuestros ojos pueden extenderse tan lejos que les sea dable entresacar y elegir entre una gran multitud tan dilatada, ni penetrar hasta el fondo de sus corazones para sondear de ellos las intenciones y la conciencia, partes principales de examinar. De manera que no hubo nunca república, por bien instituida que estuviera, en la cual no advirtamos con frecuencia la falta de aquella elección y escogitación: y en aquellas en que la ignorancia y la malicia, el disimulo, los favores y la ambición y la violencia mandan, si alguna elección se efectúa conforme a la justicia y al buen orden acomodada, debémosla sin duda a la fortuna, la cual, merced a la inconstancia de su vaivén diverso, caminó una vez en armonía con la razón.

Señor, esta idea me ha servido a veces de consuelo, sabiendo que Esteban de La Boëtie, uno de los hombres más propios y necesarios para ocupar los primeros cargos de Francia pasó durante todo el transcurso de su vida arrinconado y desconocido en su hogar doméstico con grave daño de nuestro bien común, pues por lo que respecta al particular, os diré, señor que se hallaba tan abundantemente provisto de todos aquellos bienes y tesoros [496] que resisten los embates de la suerte, que jamás ningún hombre vivió tan lleno de satisfacción y contento. Bien sé que estaba educado en las dignidades de su estado, que como grandes se consideran; y sé mejor todavía que ningún hombre llevó a ellas mayor capacidad, y que a la edad de treinta y dos años en que murió había alcanzado mayor reputación en ese rango que ningún otro antes que él; mas, de todas suertes, no es razonable el dejar en el oficio de soldado a un digno capitán, ni el emplear en los cargos medios a quienes desempeñarían mucho mejor los primeros. En verdad, sus fuerzas fueron mal empleadas y sobrado economizadas, de suerte que, por cima de su cargo le quedaban muchas grandes prendas ociosas e inútiles, de las cuales la cosa pública hubiera podido alcanzar socorro, y él merecida nombradía.

Ahora bien, señor, puesto que La Boëtie fue tan poco cuidadoso en el mostrarse a sí mismo a la luz pública, y la desdicha hace que apenas si alguna vez la ambición y la virtud se cobijen bajo un mismo techo, habiendo pertenecido además a un siglo tan grosero y tan lleno de envidias que no pudo en ningún modo ser ayudado por ajeno testimonio, yo deseo ardientemente que, al menos después de su paso por la tierra, su memoria, a la cual sólo debo en lo sucesivo los oficios de nuestra amistad, reciba la recompensa de su valer, albergándolo en la recomendación de las personas de honor y de virtud. Tal es la causa que

me movió a sacarle a luz y a presentároslo por estos versos latinos que de él nos quedan. Al revés del arquitecto que coloca del lado de la calle lo más hermoso de su construcción; y del comerciante, que hace alarde y ornamento de la más rica muestra de su mercancía, lo que era en él más recomendable, el verdadero jugo y la médula de su valer, le siguieron, no habiéndonos quedado más que la corteza y las hojas. Quien pudiera hacer ver los ordenados movimientos de su alma, su piedad, su virtud, su justicia, la vivacidad de su espíritu, el peso y la salud de su juicio, la elevación de sus concepciones, que tan por cima estaban de las al vulgo ordinarias, su saber, las gracias que ordinariamente acompañaban a sus acciones, el tierno amor que profesaba a su miserable patria y su odio capital y jurado contra todo vicio, principalmente contra ese feo tráfico que se oculta bajo el honrado título de justicia, engendraría en verdad en todos los hombres de bien una afección singular hacia él mezclada de un maravilloso sentimiento de su pérdida. Mas, señor, tan lejos estoy de la posibilidad de poner en práctica estos designios, que del fruto mismo de sus estudios nunca pensó en testimoniar a la posteridad, y no nos quedó de ellos sino lo que a manera de pasatiempo alguna vez escribió.

Sea lo que fuere, os suplico, señor, que lo recibáis con [497] buen semblante, y así como nuestro juicio deduce muchas veces de una cosa ligera otra muy grande, y como los ojos mismos de los hombres relevantes muestran a los clarividentes alguna marca honorable del lugar de donde proceden, ascender mediante esta obra suya al conocimiento de su alma, amando y abrazando, por consiguiente, el nombre y la memoria. Con lo cual, señor, no haréis más que corresponder a la opinión ciertísima que él albergaba de vuestra virtud, y cumpliréis lo que ardientemente deseó en vida, pues no había hombre en el mundo en cuyo conocimiento y amistad se hubiera visto de mejor gana acomodado que en los vuestros. Mas si alguien se escandaliza porque con atrevimiento tanto dispongo de las cosas ajenas, le advertiré que nunca la escuelas de los filósofos dijeron ni escribieron tan puntualmente tocante a los derechos y deberes de la santa amistad como este personaje y yo la practicamos. Por lo demás, señor, a fin de que este ligero presente contribuya al cumplimiento de dos fines, servirá también, si os place, a testimoniaros el honor y reverencia que yo tributo a vuestra capacidad y a las cualidades singulares que os adornan: en cuanto a las extrañas y fortuitas no gusto tenerlas en consideración.

Señor, ruego a Dios que os conceda dichosísima y larga vida. De Montaigne a 30 de abril de 1570.

Vuestro humilde y obediente servidor.

- VII -

ADVERTENCIA AL LECTOR

Lector, tú me debes todo cuanto disfrutas del difunto señor Esteban de La Boëtie, pues has de saber que su voluntad era no darte a conocer nada, y hasta creo que nada tampoco consideraba digno de llevar en público su nombre. Mas yo que no albergo designios tan altos, no habiendo encontrado otra cosa en su librería, la cual me legó en su testamento, ni siquiera he querido que esto poco se perdiera; y a mi juicio espero que supondrás que los hombres más expertos de nuestro siglo con harta frecuencia se regocijan con cosas de menor cuantía a los que más joven le trataron (pues nuestra frecuentación no comenzó sino unos seis años antes de su muerte) oigo decir que había hecho muchos otros versos latinos y franceses, como los que compuso con el nombre, de Gironde, y de ellos oí recitar varios ricos trozos; el que escribió las antigüedades de Bourges [498] cita algunos más que reconozco, pero no sé dónde fueron a parar, como tampoco sus poemas griegos. Y a la verdad, a medida que cada inspiración asaltaba su mente, descargábase de ella en el primer papel que hallaba a la mano, sin ningún cuidado de conservarla. Está seguro que hice cuanto pude, y de que, al cabo de siete años que le perdimos, nada recobré sino lo que aquí ves, salvo un discurso de la Servidumbre voluntaria y algunas memorias de nuestras revueltas sobre el edicto de enero de 1562. Pero en cuanto a estos dos últimos escritos considérolos sobrado lindos y delicados para abandonarlos al grosero y pesado ambiente de una época tan ingrata. Adiós. De París, a 10 de agosto de 1570.

- VIII -

AL SEÑOR DE FOIX,

Consejero del Rey en su consejo privado, y embajador de su majestad cerca del señorío de Venecia.

Señor, hallándome en el punto de recomendaros, al par que a la posteridad, la memoria del difunto Esteban de La Boëtie, así por su extremo valer como por la singular afección que me profesó, hame venido a la mente el considerar cuán tamaña y de cuán graves consecuencias, a la vez que indigna de la vigilancia de nuestras leyes, es la costumbre de ir enajenando a la virtud la gloria (su fiel compañera), como se hace de ordinario, para con ella regalar sin juicio ni discernimiento al primero que se nos antoja, conforme a nuestros particulares intereses, puesto que las dos riendas principales que nos guían y mantienen en nuestro deber son el castigo y la recompensa, los cuales propiamente no nos incumben como hombres, si no es por el honor y la deshonra, visto que éstos van a parar al alma en derechura y sólo son gustados por los sentimientos internos y más nuestros, mientras que los brutos mismos son en algún modo capaces de distinta recompensa y diversa pena corporal. Bueno es además tener presente que la costumbre de alabar la virtud, hasta la de aquellos que ya no existan, no toca a los ensalzados, sino que propende a aguijonear por este medio a los vivos para que a los otros imiten de la propia suerte que de la última pena echa mano la justicia más para escarmiento ajeno que para castigo de los que la sufren.

Ahora bien, como el alabar y el censurar se corresponden con análoga consecuencia, es difícil conseguir que nuestras leyes prohíban ofender la reputación ajena, y sin embargo consienten ennoblecerla sin [499] méritos. Esta perniciosa, licencia de lanzar así al viento a nuestro albedrío las alabanzas de todos, fue en lo antiguo causa de restricciones diversas de parte de las leyes en otros países; a veces ayudó acaso a que la poesía cayera en desgracia de las gentes prudentes. De todas suertes, los aduladores no acertarán a cubrirse de tal modo que el vicio de mentir no aparezca siempre hartamente feo para un hombre bien nacido, sea cual fuere el carácter que a la mentira se comunique.

En cuanto a este personaje de quien os hablo, señor, apártame hartamente lejos de esos términos, pues el mal no está en que yo le preste alguna buena prenda, sino en que de ella le despoje; y su desgracia hizo que al proveerme cuanto un hombre pueda hacerlo de justísimas y razonabilísimas ocasiones de alabanza, yo carezca en la misma proporción de medio y capacidad para procurársela: digo yo, con quien él solamente se comunicó hasta lo vivo, y quien sólo puede responder de un millón de gracias, perfecciones y virtudes que enmohecieron ociosas en el regazo de un alma tan hermosa, gracias a la ingratitud de su fortuna; pues la naturaleza de las cosas habiendo no sé por qué razón consentido que la verdad por hermosa y aceptable que de suyo sea, no la acojamos sin embargo sino infusa e insinuada en nuestra creencia por el concurso de la persuasión, yo me encuentro tan desprovisto de crédito para autorizar mi simple testimonio, y de elocuencia para enriquecerle y hacerle valer, que me faltó poco para abandonar este cuidado, no quedándome ni siquiera el suyo por donde dignamente pueda mostrar al mundo al menos su espíritu y su saber.

En realidad, señor, como fueran sorprendidos sus destinos en la flor de su edad, y en el camino de una dichosísima y vigorosísima salud, en nada pensó menos que en sacar a luz las obras que debieran testimoniar a la posteridad sobre quién él fue en este punto; y acaso, aun cuando lo hubiera pensado, era de sobra excelente para no haberse mostrado con exigencia extremada. En suma, yo creo que sería mucho más excusable para él haber enterrado consigo mismo tantos raros favores del cielo, que para mí el enterrar además el conocimiento que de sus maravillosas prendas me dejara; por lo cual, habiendo cuidadosamente recogido cuanto acabado encontré entre sus borradores y papeles, esparcidos aquí y allá cual juguetes del viento y de sus estudios, pareciome bueno, sea esto lo que fuere, distribuirlo y repartirlo en tantas partes como pude, para con ello alcanzar ocasión de recomendar su memoria a otras tantas gentes, eligiendo a los hombres más relevantes y dignos de mi conocimiento, de quienes el testimonio pueda serle más honroso: tal el de vuestra persona, señor, que por sí misma habrá tenido algún [500] conocimiento de él mientras vivió, pero seguramente muy remoto para discurrir sobre su grandeza y su cabal valer. La posteridad lo creerá si así lo quiere, mas yo la juro por todo lo que de conciencia hay en mí haberle sabido y visto tal, todo bien aquilatado, que apenas si por expreso deseo y por fantasía podría yo transponer sus excelencias; tan lejos estoy de encontrar muchos que se le asemejaran.

Humildísimamente, señor, os suplico, no solamente que adoptéis la general protección de su nombre, sino también la de estas diez o doce composiciones en verso francés, que se colocan por necesidad al abrigo de vuestro favor, pues no os ocultaré que la publicación de ellas se hubiera diferido para después del resto de sus obras so pretexto de que por ahí no se

las encontrará suficientemente limadas para sacarlas a luz. Vosotros veréis, señor, lo que hay en esto de verdad; y como parece que ese juicio toca directamente a esta región, de donde piensan que nada puede salir en lengua vulgar que no denuncie lo montaraz y lo bárbaro, a vosotros incumbe particularmente como perteneciente a la primera casa de la Guiena, y porque al rango de vuestros ascendientes habéis añadido el primero en toda suerte de capacidad, el mantener, no sólo por vuestro ejemplo, sino también por la autoridad de vuestro testimonio, que no acontece siempre así. Y aun cuando al presente el hacer sea a los gascones más natural que el decir, ocurre que a veces se arman lo mismo de la lengua que del brazo, y del espíritu que del ánimo. Por lo que a mí toca, señor, no es de mi incumbencia juzgar de tales cosas; mas oí decir a personas entendidas en saber, que esos versos son, no solamente dignos de mostrarse en el mercado, sino que además, para quien se detenga en considerar la belleza y riqueza de las invenciones y del asunto, de tanta envidia, plenitud y solidez como los que hasta ahora se hayan compuesto en nuestra lengua. Ocurre, naturalmente, que cada obrero se siente más resistente en cierta parte de su arte: los más dichosos son aquellos que encaminaron sus fuerzas a la más noble, pues todas las piezas igualmente necesarias a la construcción de un todo no son igualmente valorables. Las gracias del lenguaje, la dulzura y la pulidez brillan acaso más en algunos otros; pero en gentileza de fantasía, vuelos de inspiración y felices rasgos no creo que nadie le haya aventajado, habiendo de tenerse en cuenta además no tal no fue su ocupación ni estudio, y que además si al cabo de cada año ponía una vez la mano en la pluma, como acredita lo poco que nos queda; pues a la vista tenéis, señor, verde o sazonado, todo cuanto llegó a mi conocimiento, sin escogerlo ni elegirlo; de tal suerte que en esta colección figuran hasta versos de su infancia. En conclusión, diríase que no escribió sino para mostrar que era capaz de hacerlo todo, pues por [501] lo demás mil y mil veces, hasta en sus conversaciones ordinarias, oímos salir de su boca cosas más dignas de ser sabidas y admiradas.

He aquí, señor, lo que la razón y el cariño, aunados por singular acaso, me ordenan comunicaros de aquel grande hombre de bien; y si la confianza que me permití al dirigirme a vosotros hablándoos tan largamente os contraría, recordaréis si os place que el principal efecto de la grandeza y de la eminencia es el lanzaros hacia la importunidad y atareamiento en los ajenos negocios. Con todo lo cual, después de ofrecer mi humilde afección a vuestro servicio, ruego a Dios que os conceda, señor, dichosísima y larga vida. De Montaigne, el primer día de septiembre de mil quinientos setenta.

Vuestro obediente servidor.

- XI -

A LA SEÑORITA DE MONTAIGNE, MI ESPOSA

Esposa, bien sabéis que no es del caso para un hombre probo conforme a la usanza de estos tiempos, el que a estas fechas os corteje y acaricie; pues dicen que un varón diestro puede muy bien tomar mujer, pero que el casarse es propio de los tontos. Dejémosles decir: yo por mi parte me atengo al ingenuo modo de la edad pasada, como así lo muestran ha poco mis cabellos.

Y en verdad que la novedad cuesta tan cara ahora a este pobre Estado (y no sé si aun nos quedan duros males que sufrir) que en todo y por todo abandono su partido. Vivamos, pues, mujer mía, vos y yo, a la antigua usanza francesa. Ahora bien, recordaréis que el señor de La Boëtie, aquel hermano querido y compañero inviolable, me dio al morir sus papeles y sus libros los cuales fueron luego para mí la más favorecida entre todas mis cosas. De ellos no quiero avaramente disfrutar yo sólo, ni merezco tampoco que exclusivamente me aleccionen, por lo cual experimenté deseos de hacer partícipes a mis amigos. Y como ninguno tengo, a lo que creo, tan privado como vos, os envió la carta consolatoria de Plutarco a su esposa, traducida por aquél en francés, muy apenado de que la fortuna os haya hecho tan adecuado este presente, y de que teniendo sólo una hija, largo tiempo esperada al cabo de cuatro años de matrimonio, la perdierais en el segundo mes de su vida. Pero encomiando a Plutarco el cuidado de consolaros y de [502] advertiros sobre vuestro deber en este punto, suplicándoos que le otorguéis crédito por el amor que yo os inspiro, pues os descubrirá mis intenciones junto con todo lo pertinente en este caso, mucho mejor que yo mismo. Con lo cual, esposa, me recomiendo eficazmente a vuestra gracia, y ruego a Dios que os mantenga en su santa guarda. De París, a 16 de septiembre de 1570.

Vuestro buen marido.

- X -

A LOS SEÑORES JURADOS DE BURDEOS

Señores, espero que el viaje de monseñor de Cursol procurará alguna mejora a la ciudad. Teniendo entre manos una causa tan justa y favorable habéis desplegado todo el orden posible en los negocios que se presentaban; puesto que las cosas se mantienen en buen estado os suplico que toleréis aún mi ausencia por algún tiempo; yo la aligeraré sin duda cuanto la urgencia de mis negocios lo permita. Espero que será corta. Mientras tanto encomiéndome a vuestra bondad y me mandaréis, si la ocasión de emplearme se ofrece para el servicio público y el vuestro. Monseñor me escribió también advirtiéndome de su viaje. Muy humildemente me recomiendo y ruego a Dios.

Señores, que os conceda larga y dichosa vida.

En Montaigne, a 21 de mayo de 1582.

- XI -

AL SEÑOR DUPUY,

Consejero del rey en su corte y en el Parlamento de París.

Señor, la acción del señor de Verres, actualmente prisionero, me es conocidísima y merece que en el juzgarla mostréis vuestra dulzura natural, tanto como cualquiera causa del mundo digna de vuestra justa clemencia. Hizo una cosa no solamente excusable según las leyes militares de este siglo, sino también necesaria, y laudable conforme al sentir común; e hízola sin duda apresuradamente y a [503] pesar suyo. Todo lo demás de su vida nada tiene de censurable. Suplícoos, señor, que en la causa pongáis toda vuestra atención; así hallaréis las cosas tal como os las represento, considerando que se le persigue por manera que excede en malignidad al acto cometido. Por si también de algo esto puede servir quiero deciros que es un hombre educado en mi casa, emparentado con algunas buenas familias, y sobre todo que siempre ha vivido digna e inocentemente y que es muy mi amigo. Salvándole me obligaréis extremadamente. Humildísimamente os ruego que le tengáis por recomendado, y después de besaros las manos, ruego a Dios que os conceda, Señor, larga y dichosa vida.

De Castera, a 23 de abril.

Vuestro apasionado servidor.

- XII -

A LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS

Señores, he recibido vuestra carta, y trataré de salir a vuestro encuentro cuanto antes pueda. Toda esta corte de, Sainte-Foy sobre mis brazos está ahora, habiendo acordado venir a verme. Después de la visita estaré más libre. Os envío las cartas del señor de Vallier, acerca de las cuales podéis resolver libremente. Mi presencia ahí nada procurará sino estorbo e incertidumbre en punto a la resolución y juicios necesarios en el asunto.

Con esto me encomiendo humildemente a vuestro recuerdo, y ruego a Dios, señores, que os conceda larga y dichosa vida.

De Montaigne, a 10 de diciembre de 1581

Vuestro humilde hermano y servidor.

- XIII -

A LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS

Señores, participo grandemente del contento que me aseguráis gozar, motivado por las provechosas expediciones [504] comunicadas por los señores, diputados vuestros, y como buen augurio considero el que hayáis dichosamente encaminado este comenzamiento de año, esperando regocijarme en vuestra compañía a la primera ocasión. Muy humildemente me recomiendo a vuestra bondad, y ruego a Dios que os conceda señores, larga y dichosa vida. De Montaigne, a 8 de febrero de 1585.

Vuestro humilde hermano y servidor.

- XIV -

A LOS SEÑORES JURADOS DE BURDEOS

Aquí encontré por casualidad noticias vuestras, que el señor Mariscal me comunicó. No repararé ni en la vida ni en ninguna otra cosa en pro de vuestro servicio, y encomiendo a vuestro dictamen el considerar si el que puedo procuraros con mi presencia en la próxima elección vale la pena de que me arriesgue a comparecer en la ciudad, en vista del mal estado en que ésta se encuentra, principalmente para las personas que proceden de un ambiente tan sano como el que yo abandonaré. El miércoles me acercaré a vosotros cuanto pueda, hasta Feuillas, si el mal no invadió este lugar; allí, como escribo al señor de La Mote, tendrá gustosísimo el honor de ver a alguno de entre vosotros para recibir vuestras advertencias, descargándome de las instrucciones que el señor Mariscal me comunicará para la compañía. Con la cual muy humildemente me recomiendo a vuestra bondad, rogando a Dios que os conceda, señores, larga y dichosa vida.

De Libourne, a 30 de julio de 1585. [505]

- XV -

A LOS SEÑORES JURADOS DE LA CIUDAD DE BURDEOS

Señores, hice presente al señor Mariscal la carta que me enviasteis, -juntamente con la que el portador me dejó de parte vuestra-, y me ha encargado rogaros que le enviéis el tambor que estuvo en Bourg. También me ha dicho que os ruega ordenéis que enseguida vayan a él los capitanes Saint-Aulaye y Mathelin, y que reunáis el mayor número posible de marineros y barqueros. Cuanto al mal ejemplo o injusticia de hacer prisioneros a mujeres y niños, en manera alguna soy partidario de que lo imitemos; así le dije también a mi dicho señor Mariscal, quien me ordena que sobre este particular no cambiéis de conducta hasta el recibo de más extensas instrucciones. Con lo cual me recomiendo muy humildemente a vuestras excelentes bondades, y a Dios que os conceda,

Señores, larga y dichosa vida.

De Feuillas, a 31 de julio de 1585.

- XVI -

A LA SEÑORITA PAULMIER

Señorita, mis amigos saben que desde el punto en que os vi os destinaba junco de mis libros, pues advertí que los habíais tributado sumo honor. Mas la cortesía del señor Paulmier me quita el medio de ponerlo en vuestras manos, habiéndome después obligado mucho más de lo que mi libro vale. Vos lo aceptaréis, si os place, como si hubiera sido vuestro antes de que yo lo debiera, y me otorgaréis la merced de acogerlo bondadosamente, ya por afección de él, ya por la mía propia; y yo guardaré cabal la deuda contraída con el señor Paulmier para desquitarme, si me es dable, con algún servicio [506].

- XVII -

AL MARISCAL DE MATIGNON

Monseñor, ya habréis sabido que nos aligeraron del equipaje en la selva de Villebois, en presencia nuestra, al cabo de mucha conversación y no menos dilaciones, aun cuando nuestro despojo fuera juzgado como injusto por el señor príncipe. A pesar de esto no nos atrevimos a seguir adelante por la incertidumbre que abrigábamos en punto a la seguridad de nuestras personas, de lo cual fuimos asegurados por nuestros pasaportes. Ha sido causa de esta presa el liguero que despojó al señor de Barruet y al de la Rochefocaut; la tormenta descargó sobre mí, que llevaba el dinero en mi caja. Nada pude recuperar, y la mayor parte de mis ropas y papeles quedaron en sus manos. No hemos visto al señor príncipe. Se han perdido cincuenta y tantos sacos; y de la parte del señor conde de Thorigny una vasija de plata y algunos utensilios de poca monta. En el camino tomó éste otra dirección para ir a ver a las afligidas damas a Montresor, donde yacen los cuerpos de los dos hermanos y de la abuela; y volvió a encontrarnos ayer en esta ciudad, de donde en este momento nos alejamos. El viaje a Normandía ha sido aplazado. El rey envió los señores de Bellievre y de la Guiche cerca del señor de Guisa para invitarle a venir a la corte: allí estaremos nosotros el jueves.

Vuestro humildísimo servidor.

De Orleans, el 16 de febrero por la mañana (1588).

- XVIII -

DEDICATORIA MANUSCRITA DE UN EJEMPLAR DE LOS «ENSAYOS» A ANTONIO LOISEL

No es éste un buen modo de desquitarme de los hermosos presentes que me hicisteis con vuestros trabajos, mas [507] de todas suertes es corresponder lo mejor que puedo a vuestras bondades. Imponeos, por Dios, la pena de hojear alguna cosa; emplead alguna hora de vuestro vagar para decirme vuestro parecer sobre el libro, pues yo temo ir empeorando en estas faenas.

A monseñor Loysel.

AL REY ENRIQUE IV

Sire, sobrepujar la carga y el número de vuestros graves e importantes negocios es el saber descender y consagraros a los pequeños, cuando de ellos llega el turno, al deber de vuestra autoridad real, la cual os aboca a cada instante con toda suerte y categoría de hombres y ocupaciones. Mas el que Vuestra Majestad se haya dignado parar mientes en mis cartas y ordenar que sean contestadas, prefiero mejor deberlo a la benignidad que al vigor de su alma. Siempre miré con buenos ojos esa misma fortuna de que ahora disfrutáis, y acordárseos puede que hasta cuando tenía que decírselo a mi confesor en modo alguno dejé de ver gratamente vuestras prosperidades; al presente, con mayor razón y libertad las abrazo al par que con plena afección. Las bienandanzas os procuran ahí provecho palpable, pero aquí no enaltecen menos vuestra fama. La resonancia produce tanto efecto como la ventaja que se logra. No acertaríamos a sacar de la justicia de vuestra causa argumentos tan poderosos para sujetar o reducir a vuestros súbditos como los hallamos a la mano con las dichosas nuevas de vuestras empresas; y puedo asegurar a Vuestra Majestad que los recientes cambios que por acá ve en su provecho, y su feliz salida de Dieppe, secundaron a punto el franco celo y la maravillosa prudencia del [508] señor mariscal de Matignon, de quien me atrevo a creer que no recibís diariamente tan excelentes y tan señalados servicios sin recordar mis seguridades y esperanzas. Yo aguardo de este próximo estío no tanto los frutos que van a madurar como los de nuestra común tranquilidad, e igualmente que pasará por vuestros negocios con igual bienandanza, haciendo desvanecerse como las precedentes esas grandes promesas con que vuestros adversarios alimentan la voluntad de sus prosélitos. Las inclinaciones de los pueblos se gobiernan por impulsos. Si la pendiente os es una vez favorable, el propio movimiento la llevará hasta el fin. Mucho hubiera yo querido que el particular provecho de los soldados de vuestro ejército junto con la necesidad de contentarlos no os hubieran quitado, señaladamente en esta importante ciudad, la hermosa recomendación de haber tratado a vuestros revueltos súbditos, hallándoos en plena victoria, con mayor moderación de la que sus protectores gastan, y, que a diferencia de un crédito volandero y usurpado hubierais puesto en evidencia que eran vuestros por paternal protección verdaderamente real. En el manejo de negocios tales como los que tenéis en vuestras manos hay que servirse de medios no comunes. Así se vio siempre que donde las conquistas por su grandeza y dificultad no pudieron buenamente completarse por las armas ni por las fuerza se perfeccionaron con la magnificencia y la clemencia, alicientes óptimos para conducir a los hombres hacia el partido justo y legítimo. Y cuando precisan rigor y castigo, ambas cosas deben aplazarse para después de la posesión y el marido. Un conquistador magnífico de los pasados siglos se alaba de haber procurado a sus enemigos tantos motivos para que lo amasen como a sus amigos. Y aquí echamos de ver ya algunos visos de buen augurio por la impresión que experimentan vuestras ciudades extraviadas, comparando el rudo tratamiento que reciben con el de las que se colocaron bajo vuestra

obediencia. Deseando a Vuestra Majestad una dicha más urgente y menos arriesgada, y que Vuestra Majestad sea antes amado que temido de sus pueblos, sustentando los propios bienes amalgamados con los de ellos, me regocija que la marcha hacia la victoria sea también el camino hacia la paz menos costosa. Sire, [509] vuestra carta del último día de noviembre no llegó a mis manos hasta ahora, pasado ya el plazo que os plugo señalarme de vuestra permanencia en Tours. Considero como gracia singular el que Vuestra Majestad se haya dignado advertirme que acogería con gusto mi presencia: nadie tan inútil como yo, pero vuestro más aun por afección que por deber. Laudabilísimamente acomodó Vuestra Majestad sus formas externas a la altura de su reciente fortuna: mas la bondad e indulgencia de los humores internos es igualmente laudable el que Vuestra Majestad no los modifique. Plúgola, no sólo respetar mi edad, sino también mi deseo, al llamarme a lugar donde Vuestra Majestad se viera un tanto reposada de sus laboriosos desvelos. ¿Será aquél París, dentro de breve plazo? No habrá medios ni salud que yo no deje de sacrificar para dirigirme allí.

Vuestro humildísimo y obedientísimo servidor y vasallo.

De Montaigne, a 15 de enero de 1809.

(Con este sobrescrito de mano del secretario: Al Rey.)

- XXI -

MONTAIGNE A ENRIQUE IV

Sire, La que Vuestra Majestad tuvo a bien escribirme el 20 de julio no me fue entregada hasta hoy por la mañana, y me ha encontrado metido en una muy violenta fiebre terciana, general en este país desde el mes pasado. Sire, como grande honor considero el recibir vuestras órdenes, y no he dejado de escribir hasta tres veces al señor mariscal de Matignon, participándole con todo interés la obligación que me incumbía de salir a su encuentro, hasta marcarle el camino que yo seguiría para lograrlo con seguridad cabal, si así bien le parecía. Como estas misivas no hayan tenido respuesta supongo que el Señor Mariscal tuvo en cuenta, en provecho mío, lo dilatado y arriesgado de los caminos. Sire, Vuestra Majestad me hará la merced de creer, si le place, que nunca repararé en mi bolsa en las ocasiones en que tampoco quisiera poner a cubierto mi vida. Lo que hice por sus predecesores, mayormente por Vuestra Majestad lo haré. Jamás alcancé ningún beneficio de la liberalidad de los reyes, como tampoco los solicité [510] ni los merecí, y no recibí ningún estipendio de los pasos que di en el servicio de ellos, de los cuales Vuestra Majestad tuvo algún conocimiento. Soy, Señor, tan rico como deseo. Cuando haya agotado mi bolsa en París junto a Vuestra Majestad, tendré la osadía de hacérselo saber, y entonces, si Vuestra

Majestad me juzga digno de que permanezca más tiempo entre los de su séquito, podrá hacerlo con facilidad mayor que si se tratara del menor de sus oficiales.

Sire, ruego a Dios por vuestra prosperidad y salud.

Vuestro humildísimo y obedientísimo servidor y vasallo.

FIN DE LAS CARTAS

[511]

Índice alfabético de los Ensayos

ABDERA, I.

Abogados. Comparados con los predicadores, I. Persuádense a veces por su propia pasión de que es buena causa que defienden. Encuentran en todas ellas caminos suficientes para disponerlas como mejor les acomoda.

ABRA, hija de San Hilario, obispo de Poitiers, I.

Abuso. Fundamento de todos los de este mundo, II.

ABYDENSES. Su obstinación en el perecer, I.

Académicos. Sus opiniones, menos sostenibles que las de los pirronianos, I.

Acaso. Por qué es tan grande su poder sobre nosotros, I. Entra por mucho en las acciones humanas, II.

Accidentes funestos. Soportados sin duelo por algunas personas, I. Peores de resistir que la misma muerte. Firmeza del vulgo contra los accidentes más penosos de la vida, más instructiva que los discursos de los filósofos, II.

Acciones. Es milagro la posibilidad de suponer en algunos la imagen de la justicia, II.

Adivinación. Su extraño origen, I. Cuáles son los naturales caminos que a ella conducen.

Adivinos (falsos). Tratamiento que de los escitas recibían, I.

AGESILAO. Lo que a su entender debía enseñarse a las criaturas, I. Cómo andaba vestido. Por exceso de ardor deja de vencer a los beocios. Su respuesta a los tasio, que le habían hecho dios. Si es o no cierto que fuera multado por haberse hecho querer excesivamente de sus conciudadanos, II. Por qué al viajar se hospedaba en los templos. Lo que pensaba del amor.

AGIS, rey de Esparta. Su notable respuesta a un embajador de la ciudad de Abdera, I.

AGRIGENTINOS. Elevaban monumentos en honor de los animales que les fueran caros, I.

Agujetas. De donde procede lo que se ha llamado añudadura de agujetas, I. Enfermedad de la fantasía, curada por un medio fundado en el mismo principio.

AGUSTÍN (San). Milagros que atestigua, I. La pérdida de sus escritos hubiera sido por todo extremo lamentable.

Ajedrez. Como Montaigne juzgaba el juego del ajedrez, I. Esta distracción puede venir en nuestra ayuda para conocernos.

ALBA (duque de) Crueldades que ejerció en Bruselas, I. Comparado con el condestable de Montmorency, II.

ALBIGENSES. Quemados vivos por no querer renegar de sus creencias, I.

ALBUCILLA. Muerte de esta mujer romana, II.

ALBUQUERQUE. Por qué hallándose abocado a perecer, se echó auestas a un muchacho, I.

ALCIBÍADES. Dio un bofetón a un gramático porque no tenía los escritos de Homero, I. Su vida es una de las más ricas y deseables, en el sentir de Montaigne, I. Por qué cortó la cola y las orejas a un muy hermoso perro que tenía, II. No gustaba de la música en sus comidas.

Alciones. Sus maravillosas cualidades; fábrica admirable de su nido, I.

ALCMON. A qué cosas atribuía la divinidad, I.

ALESIA. Dos acontecimientos extraordinarios relativos al cerco de esta ciudad, emprendido por César, II.

ALEJANDRO MAGNO. Su crueldad para con Betis, gobernador de Gaza, I, y con la ciudad de Tebas. Por qué se oponía a combatir de noche. En qué circunstancia su intrepidez [512] pareció mayor. Censurado por su padre Filipo como buen cantor. Cómo se burló de sus aduladores, que querían hacerle creer que era hijo de Júpiter. Durmió un sueño

profundo momentos antes de su última batalla contra Darío. De su caballo Bucéfalo. Por qué no debe juzgarse de sus prendas en la mesa ni en el juego. Digna recompensa que otorgó a la habilidad extrema en un arte inútil. Su valer no era perfecto ni el mismo en todo. Juicio general sobre Alejandro, preferible a César, II. En cuáles cosas se mostró inferior a Sócrates. De qué modo su padre censuró su liberalidad.

ALEJANDRO, tirano de Pheres. Por qué se oponía a asistir a la representación de piezas trágicas, II.

ALEJANDRO VI, papa. Cómo fue envenenado con su hijo el duque de Valentinois, I.

Alegría. Ejemplos diversos de muertes repentinas ocasionadas por la sorpresa de un placer inesperado, I.

Alemanes. Aunque borrachos, son difíciles de vencer, I. Beben con igual placer toda suerte de vinos.

Alfiler. Mujer que creía haber tragado un alfiler: de qué manera curada de esta fantasía, I.

ALFONSO VI, rey de Castilla. En qué juzgaba a los asnos más felices que a los monarcas, I. Fundador de la orden de Caballeros de la Banda o de la Escarpa, en España; estatutos a que habían de ajustarse.

Alma. Debe tener algún objeto verdadero o falso que la apacienta, I. No mira las cosas por el mismo tenor. Se descubre en todos sus movimientos. Procura a las cosas el aspecto que la placea. Lo que la razón nos enseña en punto a su naturaleza. Diversidad de opiniones sobre el lugar del cuerpo en que reside. Opiniones diversas sobre su origen. Opinión refutada de la preexistencia de las almas antes de ser unidas a nuestros cuerpos. Razones que Epicuro alega para probar que el alma nace, se fortifica y debilita con el cuerpo. El alma del hombre más cuerdo expuesta a convertirse en la de un loco. La inmortalidad del alma, débilmente sustentada por los dos matices más convencidos. Transmigración del alma de un cuerpo a otro, sustentada por Platón; cómo Epicuro la refuta. Si las facultades e inclinaciones de nuestras almas dependen del aire, del clima y de la tierra en que vivimos; cuál es la conclusión que de esta doctrina puede sacarse. En qué consiste el verdadero valer del alma, II. Cómo muestra su grandeza.

ALVIANO (Bartolomé de), general veneciano. Por qué su cuerpo fue trasladado al través de las tierras de sus enemigos, I.

AMASIS, rey de Egipto. Casa con una hermosa griega, mas no puede disfrutarla durante algún tiempo, I.

Ambición. Más difícil de domar, que el amor, a juzgar por el ejemplo de César, II. El de Ladislao, rey de Nápoles, semeja probar lo contrario. No es un vicio de hombres nimios.

AMÉRICA. Agasajos que algunos pueblos de América hicieron a Hernán Cortés, I. En qué sentido son bárbaros los salvajes de América. Excelencia de su policía. Bondad de su clima. Sus viviendas y sus lechos. Sus comidas, sus bebidas y su pan. Cómo pasan su tiempo. Dónde colocan sus armas cuando mueren. Sus sacerdotes y profetas; en qué consiste la moral de éstos y cómo son tratados cuando enuncian falsas profecías. Sus guerras, armas y combates. Por qué se comen a sus prisioneros. Sus luchas nobles y generosas. Su moderación, su cordialidad y partido que sacan de sus victorias. Cuáles son los celos de sus mujeres. (Véase SALVAJES.)

Americanos. Por su grandeza y su virtud fueron víctimas de la perfidia y de la ferocidad de los españoles, II. Magnificencia de sus jardines y de sus reyes. Por qué medios fueron subyugados. Qué tratos recibieron de los españoles. Respuesta vigorosa y cuerda que algunos pueblos de América hicieron a los españoles, quienes querían hacerlos tributarios. Horrible carnicería que los españoles hicieron en América con sus prisioneros de guerra. Cómo las riquezas de los americanos eran menos grandes de lo que al principio se había creído, y por qué causas.

AMESTRIS, madre de Jerjes. Inhumanamente piadosa, I.

Amistad. Es el más perfecto fruto de la sociedad, I. Cuatro especies de junturas entre los hombres, a las [513] cuales no cuadra propiamente el nombre de amistad. Amistad contra naturaleza, muy corriente entre los griegos: lo que Montaigne juzga de ella. En qué se compendia la amistad verdadera. Idea de la amistad más cumplida. Idea de las amistades ordinarias. En una amistad verdadera, quien otorga un beneficio debe estar reconocido a quien lo recibe. Las amistades corrientes pueden compartirse entre varias personas. La amistad única y principal desata todas las demás obligaciones. Amistad de los maridos para con sus mujeres, moderada por la teología. Verdadero fin de la amistad, II.

Amor. Cómo se cura al entender de Crates, I. Imperio de esta pasión en el espíritu del hombre. Si los deseos que el amor inspira a los hombres son los más violentos, II. Medios que se emplearon para amortiguarlo. Sus ardores desterrados del matrimonio y por qué razón. Todo tiende entre los hombres a poner en juego esta pasión. Esencia del amor. Ridiculiza al hombre, equiparándolo con los animales. No debe ser condenado porque fue la naturaleza quien nos lo inspiró. Hablar discretamente del amor es trocar lo más apetitoso. El amor de los españoles y el de los italianos, más respetuoso y más tímido que el nuestro, es por lo mismo más agradable. El amor debe gobernarse por grados y sin precipitación. Por qué en materia de amor obran mal los hombres al censurar la ligereza e inconstancia de las mujeres. Injusto poder que los amantes privilegiados se atribuyen sobre sus amadas. Ventajas que pueden alcanzarse del amor en la edad avanzada. Cuál es la edad en que el amor conviene propia y naturalmente.

Amor conyugal. Debe ir acompañado de respeto, I.

Amores desnaturalizados. Verdadero medio de hacerlos caer en descrédito, I.

AMURAT. Inmola seiscientos jóvenes griegos al alma de su padre, I.

ANACARSIS. Cuál es, a su entender, el gobierno más dichoso, I.

ANAXÁGORAS. Fue el primer filósofo que reconociera que todas las cosas fueron hechas y son gobernadas por un espíritu infinito, I.

ANAXARCO. Descuartizado por el tirano Nicocreón; su firmeza en el dolor, I.

ANAXIMÁNDER. Su opinión sobre la naturaleza de Dios, I, y sobre la de nuestra alma, I.

ANAXÍMENES. Su opinión sobre la naturaleza de Dios, I.

Anciana (gente). En qué consiste su cordura, II. Pintura natural de sus defectos.

Ancianos. Ejemplo de un anciano, de quien los suyos se burlaban porque quería sembrar entre ellos el espanto, I. Ancianos engañados por sus domésticos. Otros por sus mujeres. Los ancianos necesitan regocijar su espíritu, II. Deben frecuentar juegos y ejercicios de los jóvenes, y aprovechar todas las ocasiones de contento que se los muestren.

ANDRODO. Por qué casualidad escapó a la muerte que se le preparaba, I.

ANDRÓN. Atravesó la Libia sin beber, II.

ANÍBAL. Su respuesta a Antíoco, que le preguntaba si los romanos se contentarían con su ejército, I. Vivió la hermosa mitad de su vida de la gloria alcanzada en su juventud.

ANIMALES. Animalillos que sólo viven un día I. Los animales están sujetos al influjo de la imaginación. Miramientos que deben guardarse para con ellos. Notables ejemplos de esta especie de respeto. Comunícense sus pensamientos, lo mismo que los hombres. Habilidad que en sus costumbres se advierte. Gozan de un lenguaje natural. Siguen libremente sus inclinaciones. Sutileza que despliegan en sus cazas. Disciernen lo que puede aliviarlos en sus enfermedades. Son capaces de instrucción, y albergan el sentido de la equidad. Hay animales tan extravagantes y raros en sus amores, como los hombres. Su amistad es más viva y más constante que la de éstos. Animales que parecen adolecer del pecado de avaricia. Otros que son muy económicos. Otros cuya pasión es la guerra. Sociedad que se observa entre ellos. Por qué Moisés prohibió que su sangre sirviera de alimento.

ANTÍGONO. Cómo se burla de un poeta que le había llamado hijo del Sol, I. Cómo castigó a los soldados de Eumenes, su enemigo, luego que de él le hicieron entrega, II. [514] Cómo se dispensó de hacer un donativo a un filósofo cínico.

ANTÍOCO. Despojado de sus conquistas por una carta del Senado romano, II.

ANTÍSTENES. Su respuesta a los que le censuraban por conversar con los malos, I. Su principio sobre la inconstancia en la desdicha. Cuál era, según este filósofo, el mejor aprendizaje. Lo que respondió a un sacerdote que iniciándole en los misterios de Orfeo, le

aseguraba que los fieles de esta religión gozarían de una dicha eterna y perfecta después de la muerte. Por qué aconsejaba a los atenienses el ordenar que los asnos fueran como los caballos empleados en la labranza, II.

ANTÍSTENES O ANTISTENIOS, sobrenombrado Hércules. Lo que ordenaba a sus hijos, II.

Apariencias. Cómo en la vida el filósofo es impulsado por la apariencia, I. Filósofos que sostuvieron que era una misma cosa había apariencias contrarias. No puede juzgarse, definitivamente de una cosa por la apariencia que sobre ella nos muestran los sentidos.

APOLODORO, tirano de Potidea. Torturado por el recuerdo de su propia barbarie, I.

Aprobación pública. Por quiénes debe ser buscada, II.

ARCESILAS. Digno de alabanza por el recto empleo de sus riquezas I. Su respuesta a un joven afeminado que le preguntó si el filósofo podía enamorarse, II. Su visita a Ctesibio enfermo.

AREÓPAGO. Por qué este venerable senado juzgaba de noche, I.

ARETINO. (Pedro). Si mereció el nombre de divino, I.

ARGENTERIO (Juan), médico, II.

ARGIPOS. Pueblo que vivía tranquilo, sin armas ofensivas, II.

ARIOSTO. A qué edad dejó Montaigne de gustar las obras de este poeta, I. No puede comparársele con Virgilio.

ARISTARCO. Lo que decía burlándose de la presunción de su siglo, II.

ARISTIPO. Su respuesta a quien le dijo que debía querer a sus hijos porque de él habían salido, I. Incurrió en la cólera de todos los filósofos por sus atrevidas opiniones en pro de la voluptuosidad y las riquezas. Sus costumbres ensalzadas. Por qué no encuentra inconveniente en aceptar una túnica perfumada. Por qué soporta que Dionisio el Tirano le escupa en el rostro. Su respuesta a Diógenes cuando le dijo que si supiera alimentarse con coles no adularía a los tiranos. Qué fruto alcanzó de la filosofía. Lo que dijo a unos jóvenes que se avergonzaban al verle entrar en la vivienda de una cortesana.

ARISTODEMO, rey de los mesenios. Lo que le de Como definía la retórica, I. Su opinión sobre la naturaleza de Dios terminó a matarse. II.

ARISTÓN. Cómo definía la retórica, I. Su opinión sobre la naturaleza de Dios. Con qué comparaba una lección, II.

ARISTÓTELES. Método que empleó en la instrucción de Alejandro, I. Su definición de la amistad perfecta, II. A qué edad quería que las gentes se casaran. Risible clasificado que aplica al hombre. Si es verdaderamente dogmático. No tenía opinión determinada sobre la naturaleza de Dios. Censurado por considerar la privación como principio. Pareció sensible a las maledicencias de que le dijeron haber sido objeto, II. Su respuesta a quien le preguntó por qué se complacía en ver a menudo a las personas agraciadas. Lo que contestó a alguien que le censuraba por haberse mostrado misericordioso con un malvado.

Armas. Censurable costumbre de no tomarlas sino en último extremo, I. Armas de los franceses, I. De los medos. De los peatones romanos. De los parthos.

ARMENIA. Sus montañas se ven a veces enteramente cubiertas de nieve, I.

ARQUIAS, tirano de Tebas. Perece en una conspiración por haber diferido la lectura de una carta, I.

ARQUILEONIDE, madre de Prásidas. Por qué rechazó la alabanza que de su hijo se le hizo, I.

Arquitecto. Concisa arenga de un arquitecto al pueblo de Atenas, I. Lenguaje de los arquitectos, I.

ARRÁS. Singular obstinación de algunos de sus habitantes cuando fue tomada por Luis XI, I.

ARRIA, mujer de Cecina Peto. Se clava un puñal por impulsar a su marido a evitar con la muerte el suplicio que le aguardaba, II. Hermosas palabras que profiere después de recibir el golpe mortal, estropeadas por Marcial, que pretendió embellecerlas.

ARRIO. Nada puede concluirse contra él en lo tocante a su muerte, I.

Arrojo. Hasta dónde debe llegar, I. [515]

ARSAC (el señor de), hermano de Montaigne, I.

ARTAJERJES. Cómo dulcificó el rigor de algunas leyes persas, I.

ARTIBIO, general del ejército pérsico. Cómo su caballo fue causa de su muerte, I.

Asesino. Dos asesinos de Guillermo I, príncipe de Orange, II.

ASESINOS, pueblo dependiente de la Fenicia. De qué suerte entienden el ganar el paraíso.

ASIÁTICOS. Por qué en sus guerras iban acompañados de sus mujeres y concubinas, adornadas con sus más ricas joyas I.

ASINIO POLIO. Lo que juzgaba censurable en los Comentarios de César, I. Su cobardía al no querer publicar la crítica de una obra hasta después de la muerte del autor de ella, II. Por qué se opuso a replicar a Augusto que había escrito versos contra él.

ASIRIOS. Cómo domaban los caballos de que se servían en la guerra, I.

ASIGNY (señor de), I.

Astucias de la guerra. Condenadas entre los antiguos, I. Autorizadas por nosotros.

ATALANTE. Por qué medio fue vencido en la carrera, II.

Ataraxia de los pirronianos. Lo que es, I.

Ateísmo. Rara vez se posesiona del espíritu del hombre como un dogma ponderado, I.

ATENAS. Afección que los extranjeros la profesaban.

Atenienses. Su superstición cruel y pueril en punto a las sepulturas de los muertos, I. De qué modo por ella fueron castigados. De su dios desconocido. Por qué hicieron cortar los dedos pulgares a los eginetas, II.

ÁTICO (Pomponio). Su muerte voluntaria, II.

ATLÁNTIDA (isla). Su amplitud, I. No puede ser la América.

Atletas. Su fuerza consiste más bien en el vigor de los nervios que en el del ánimo, I. Privados de los goces del amor para conservarse más ágiles y vigorosos.

Atunes. Parecen tener como conocimientos matemáticos, I.

AUFIDIO. Su muerte.

AUGUSTO. Quiere vengarse de Neptuno, después de una tempestad, I. Cómo testimonia su aflicción por haber perdido algunas legiones. Conjuración de Cinna contra él, descubierta poco antes de su ejecución. Su discurso a Cinna. Su clemencia para con este conjurado, y beneficios que de su acción alcanza. Su sueño profundo a la hora de comenzar una batalla. Edad que señala para el ejercicio de los cargos judiciales. Su carácter, impenetrable para los jueces más resueltos. Liberal en punto a dones y avaro en recompensas honoríficas. Epigrama que compuso.

AURAT o más bien DAURAT. Colocado por Montaigne entre los mejores poetas latinos de su tiempo, II.

Autores. No deben escribir sobre cada cosa sino lo que saben, I. Si es lícito que aguardan alguna recomendación por sus escritos, II.

Avaricia. Lo que la engendra, I.

Aves. Predicciones que se sacan de su vuelo, I. Aves pasajeras; prevén el cambio de las estaciones, I.

Avestruces. Uncidos a un vehículo, II.

- B -

Baños. Los antiguos usaban de ellos todos los días antes de la comida, I. Su utilidad, II. Cada pueblo hace de ellos un empleo particular.

Bárbaro. Lo que significa esta palabra en la boca de cada pueblo, I. Hay más barbarie en comerse a un hombre vivo que en hacer lo propio muerto.

Batalla. Si en una batalla hay que esperar al enemigo o salir a su encuentro, I.

BAYACETO I. Hizo destripar a un soldado acusado de haberse comido las puches de una pobre mujer, que con ellas sustentaba a sus hijos, I.

BAYARDO. Su firmeza en el momento de espirar, I. Cuál era su verdadero nombre.

BEAUVAIS (Obispo de). Vencedor de algunos enemigos en la batalla de Bouvines, los entrega en ajenas manos para matarlos o hacerlos prisioneros, I. Por qué se servía solamente de una maza en el combate.

Beber. Placer de beber, el último de que se sienta capaz el hombre, I.

Beduinos. Como albergaban la pica [516] de que una fatalidad inevitable y preordenada los comprometía a oponerse en los combates, lanzábanse a ellos sin ninguna precaución, II.

BELLAY (Guillermo del). Juicio sobre sus Memorias, I.

BELLAY (Joaquín del). Excelente poeta francés, a juicio de Montaigne, II.

BELLAY (Martín del). Sus Memorias históricas: lo que Montaigne opina de ellas, I.

Belleza corporal. En qué consiste, I. Si en este particular los hombres poseen alguna ventaja sobre los animales. De qué valor sea la belleza corporal, II.

BEMBO (Cardenal), II.

BERTHEVILLE, lugarteniente del conde de Brenne, I.

Besos. Como fueron envilecidos, II.

BESSOS. Cómo descubrió sin pensarlo el parricidio que cometiera, I.

BETIS, gobernador de Gara. Hecho prisionero por Alejandro el Grande, I. Su valor y firmeza hasta el instante de su muerte.

BÉZE. Considerado por Montaigne como uno de los mejores poetas latinos de su tiempo, II.

BIAS. Lo que dijo a las gentes que se encontraban con él en un navío sacudido por la tempestad, que imploraban el socorro de los dioses, I.

Biblioteca. Lo que salvó las bibliotecas de su ruina cuando los godos asolaron la Grecia, I. Descripción de la Biblioteca de Montaigne, I.

Bien. Lo deseamos con ansia, tanto mayor cuanto más trabajo nos ocasiona el obtenerlo, II. El bien y el mal moral se encuentran en nosotros amalgamados.

Bien soberano. En qué consiste el del hombre; opiniones diversas sobre este punto, I.

Bien obrar. Júzgase mediante la sola intención, I.

Bienes verdaderos. Colocan al hombre por cima de sus ofensas, I.

Bienes de fortuna. En qué sentido son provechosos a quienes los poseen, I. Cuál es el medio más prudente de distribuirlos al morir. Lo que mueve a ciertas gentes en la elección de los herederos de sus bienes. Según Platón, corresponde a las leyes el disponer de nuestros bienes, I.

BIÓN. Lo que dijo a un rey que de pensar se arrancaba los cabellos, I.

Franqueza con que habló de su origen a Antígono, II.

BIRÓN. (mariscal de), alcalde de Burdeos, II.

BLOSIO (Cayo). Su respuesta en lo tocante a que lo hubiera hecho todo por su amigo, razonabilísima en cierto respecto, I.

BOCACCIÓ. Su Decamerón, considerado por Montaigne como simple libre de lectura amena, I.

BODIN. Refutado en lo que escribe de Plutarco, I, II.

BOËTIE (Esteban de la). Autor de un libro intitulado De la servidumbre voluntaria, o el Contra uno. Razón de este libro y su asunto, I. A qué edad lo compuso La Boëtie. La Boëtie y Montaigne aliáronse con el nombre do hermanos: sentido de esta palabra. Cómo en cuanto se vieron, amáronse con la amistad más cumplida. Dolor de Montaigne por la pérdida del amigo. Elogio que él hace. Veintinueve sonetos compuestos por La Boëtie en su juventud. Sus prendas excelentes, II.

BOLES LAO III, rey de Polonia. Traicionado, II.

BOLES LAO IV, rey de Polonia, llamado el Púdico, II.

BONIFACIO VIII, Papa. Su carácter, I.

BONNES (Bartolomé de), en el sitio de Commercy, I.

BORGIA (César), duque de Valentinois, I.

BORROMEO, Cardenal. Austeridad de su vida, I.

BOUCHET autor de los Anales de Aquilania, I.

BOUTIÈRES (Señor de), I.

BOYOCALO. Su generosa respuesta a los romanos, I.

BRASIL. Por qué esta región fue llamada Francia Antártica, I. Por qué sus habitantes no morían sino de vejez.

BRIENE (Conde de), I.

BROUSSE (Señor de la), hermano de Montaigne, I.

Brujas. Razones que obligaban a Montaigne a no decidir nada en este punto, y a considerar como quimeras casi todas las relaciones que sobre ellas se forjan, II. Siéntese inclinado a creer que los que de brujas trataron tenían la mente enferma.

BRUTO. Montaigne deplora la pérdida del libro que escribió sobre La Virtud, I. No gustaba de la elocuencia de Cicerón.

BUCÉFALO, caballo de Alejandro, I. [517]

BUCHANAM. Considerado por Montaigne como uno de los mejores poetas latinos de su tiempo, II.

Buey. Llevado en brazos por una mujer habituada a ello cuando el animal era ternero, I. Bueyes que contaban hasta ciento.

Bufones que bromearon al morir, I.

Bula. Formulario de una bula que otorga a Montaigne la ciudadanía romana, II.

BUNEL (Pedro), I.

BURES (Conde de), I.

- C -

Caballo. Caballos de combate o destriers; por qué así llamados, I. Caballos que se sustituyen en medio de la carrera. Caballos bien amaestrados, de los mamelucos. Del caballo de Alejandro y del de César. Ir a caballo, ejercicio muy saludable. Jinetes; en qué circunstancias les ordenaban los generales romanos echar pie a tierra e n el combate. Combates a caballo; cuáles eran sus inconvenientes. Los masilianos se servían de sus caballos sin silla ni brida. Caballos rebeldes de los asirios. Sangre y orines de los caballos bebidos en situaciones extremas. Caballos tan estimados de los americanos como de los españoles. Caballos destripados para resguardarse del frío. Caballos esquilados para ser conocidos triunfalmente. Destreza sorprendente de un hombre a caballo. Otros ejemplos del mismo género.

Cabras. Adquieren cariño a las criaturas que amamantan, I.

CALCONDYLE, historiador griego, II.

CALÍGULA. Destruye una hermosa casa; por qué causa, I.

CAMBISES. Lo que le determinó a matar a su hermano, II.

Caníbales o salvajes de América (véase AMÉRICA).

CANIO (Julio), noble romano. Se aplicó, moribundo, a observar el efecto de la muerte, I.

CAPILUPO (Lelio), famoso autor de centones, I.

CARAFFA (Antonio), Cardenal. Su maestresala, I.

Cargos. Designados con nombres retumbantes, I. Grandes empleos otorgados al acaso, II. Lo que los filósofos recomiendan a quienes ejercen cargos públicos. Por qué éstos no deben apasionar con exceso.

CARILO, lacedemonio. Su circunspección en un acceso de cólera, II.

CARLOS V, Emperador. Lo que decía de los capitanes y de los soldados de Francisco I. Cual fue de entre todas sus acciones la más relevante.

CARLOS VIII, Rey de Francia. Cuál fue, hasta cierto punto, la causa de la rapidez de sus conquistas en Italia, I. Servicio que le prestó su caballo en la batalla de Fornosa.

CARONDAS. Castigaba a los que frecuentaban las malas compañías, I.

CARNAVALET. Era el jinete más diestro que Montaigne conociera, I.

CARNÉADES. Excesivamente apasionado al estudio, I. Sostuvo que la gloria es por sí misma apetecible, II. Noble opinión de este filósofo.

CARO (Aníbal). Elogio de sus cartas, I.

Carta. Si la lectura de una carta debe ser aplazada, I.

Cartagineses. Bárbara superstición que los impulsó a inmolar criaturas a Saturno, I.

CARTAGO. Sus habitantes lanzados en una confusión instantánea, ocasionada por el terror pánico, I.

Casados. Cómo deben conducirse en el tálamo nupcial, I.

CASIO SEVERO. Hablaba mejor cuando no se preparaba de antemano, I. Palabras de este orador.

CASTALIO (Sebastián). Sabio, muerto de miseria en Alemania, I.

CASTEL (Santiago del), obispo de Soissons. Su muerte voluntaria, I.

CASTIDAD. Es un deber que las mujeres observan difícilmente en todo su rigor, II. Lo que debe animarlas a ser concienzudamente castas. Extensión de este deber. La castidad depende de la inocencia de la voluntad; varios ejemplos. La curiosidad, en punto a la castidad de las mujeres, es cosa ridícula y perniciosa.

Castigos. Por qué no debieran ser suministrados por personas encolerizadas, II.

CASTILLON (Almirante de). Véase COLIGNI.

CATENA. Suplicio de este bandido italiano, I.

CATÓN el Antiguo o el Censor. Su parsimonia, I. Reproche que se le hizo por gustar de la buena [518] bebida. Se le ocurrió muy tarde estudiar el griego, II.

CATÓN el Joven. Como ridiculizó los chistes que Cicerón esparciera en una de sus oraciones, I. Juicios diversos sobre su muerte. Hermosos rasgos de cinco poetas latinos en su loor, comparados y juzgados. Catón en perfecta calma en la víspera de un motín, en el cual debía tomar parte importante. Su virtud le llevó a la muerte. Con qué firmeza y tranquilidad de alma la afrontó. Su muerte, menos hermosa que la de Sócrates. Su virtud, más pura que la de Catón el Censor, II.

CATULO. En qué cualidades supera a Marcial, I.

CATULO (Q. Latatio). Por qué huyó en un combate, I.

CAUNIANOS. Expulsaban de su país a los dioses extranjeros, I.

CAUPENE, en Chatosse (Barón de), II.

CEA, isla de Negroponto. Historia singular de una mujer de esta región, I.

CELIO el orador. Se encoleriza contra un hombre que por no irritarle evitaba contradecirle, II.

Celos. Acción extraordinaria que engendra esta pasión, II. Su injusticia. Los más cuerdos fueron los menos sensibles a ella. Cuanto los celos atormentan a las mujeres, y cuán ociosas se nos muestran a ellos abandonado. Los celos de la mujer son funestos para el marido.

Comentarios. Por qué han sido puestos en el interior de las ciudades, I.

CÉSAR, excelente capitán, ambicionó también ser conocido como buen ingeniero, I. Lo que dice a un soldado derruido por la vejez. Su intrepidez frente a sus legiones insubordinadas. Medios que puso en juego para hacerse amar de sus enemigos. Iba con la cabeza descubierta ante sus tropas. Si lloró sinceramente la muerte de Pompeyo. Por qué escribió su propia historia. Deudas que contrajo para alcanzar el poder supremo. Era magistral jinete. Tenía un caballo especial que sólo él pudo montar. Por qué se le llamó sponda regis Nicomedis. Elogio de sus Comentarios. Hay en ellos equivocaciones. Con qué motivo Montaigne se llama bandido. Singular muestra de clemencia de César. Cuál era para él la muerte más deseable, II. Vendió y donó reinos, siendo sólo simple ciudadano. Los placeres del amor nunca le impidieron aprovechar la ocasión de engrandecerse. Su rara sobriedad. En qué circunstancia Catón le llamó borracho. Su dulzura y su clemencia para con sus enemigos. Miramientos que mostraba para con sus amigos. Su justicia. Su ambición desenfrenada hizo odiosa su memoria para todos los hombres de bien. Sus Comentarios debieran ser el breviario de todo militar. Como tranquilizaba sus tropas cuando las veía alarmadas por el temor, a causa de las fuerzas superiores enemigas. Acostumbraba a sus soldados a obedecerle, sin que se informaran de sus designios. Distría a sus enemigos para sorprenderlos con mayor provecho. Qué virtud exigía de sus soldados. Dejábalos libertad suma y quería que fueran ricamente ataviados. A veces los trataba con excesiva severidad. Por qué mandó constituir un puente sobre Rhin. Por qué gustaba

arengar a sus soldados. Rapidez de sus expediciones militares. Quería verlo todo por sí mismo. Prefería las victorias ganadas por prudencia a las alcanzadas por la fuerza de las armas. Era en sus empresas más circunspecto que Alejandro, y se lanzaba resueltamente en el peligro cuando las circunstancias así lo requerían, II. Su constancia y su firmeza en el cerco de Alesia, I. Para él no eran aptos toda suerte de medios, a fin de conseguir la victoria. Sabía nadar muy bien y de ello alcanzó gran provecho. Afecto que sus soldados le profesaban, I. Memorables ejemplos de intrepidez y desprendimiento que sus gentes mostraron en su servicio. Inhumanidad de César, empeñado en una guerra civil. Cómo sus vestiduras trastornaron toda Roma, cosa que con su muerte no aconteció.

CESTIO. Tratamiento que recibió por haber menospreciado la elocuencia de Cicerón, I.

CICERÓN. Aconsejaba la soledad, I. Escaso fundamento de este consejo. Designio con que publicó las cartas que escribió a sus amigos. Por qué dio la libertad a uno de sus esclavos. Juicio de Montaigne sobre las obras filosóficas de Cicerón. Elogio de sus cartas a Ático. Carácter de este orador. Sus poesías desdeñadas [519] por Montaigne. Su elocuencia incomparable encontró censores. Si menospreció las letras cuando viejo. Cuál era la manera de filosofar que más gustaba.

Ciego. Rotación de un noble ciego de nacimiento, I. Ejemplo de un hombre que se quedó ciego durmiendo, II.

Ciencia. No conocemos sino el presente, I. debe acompañarla el discernimiento. Es peligrosa para quien de ella no acierta a hacer recto uso. Cuál es la más difícil e importante. Utilidad de la ciencia. Si libra al hombre de las contrariedades de la vida. Tratan las ciencias de las cosas con artificio demasiado, II. Extraño abuso que de la ciencia se hace. Es un bien cuya adquisición perjudica. Que socorro alcanzamos de las instrucciones de la ciencia en los males de la vida.

Ciencia de buen comer. Graciosamente formulada, I.

Ciervos. Uncidos un vehículo, II.

CIMBER, uno de los conjurados contra César; lo que dijo al comprometerse en la conjura.

CINEAS, Consejero de Pirro. Cómo reprime la vana ambición de este príncipe, I.

Cínicos. Llamaban vicio al no osar producir al descubierto las acciones que realizamos en secreto, I. Hasta dónde llegaba su impudicia.

CINNA. Su conjuración contra Augusto y clemencia de este emperador para con él, I.

CIPO. Cómo le salieron cuernos en la frente, I.

CIRO. Prohibió a sus hijos que después de muerto tocaran y vieran su cuerpo, I. Por qué fue zurrado en la escuela. Fue el primero que estableció caballos de posta, II. El ejemplo de

su liberalidad cuando llegó al trono puede enseñar a los príncipes a emplear sus dones diestramente. Cómo se libró de los dardos de la hermosa Panthea, su cautiva.

CIRO el Joven. Por qué se juzgaba superior a su hermano Artajerjes, I.

Civilidad. En extremo puntual, censurable, I. Ventajas de una civilidad bien entendida, I.

CLEANTO. Vaga opinión de este filósofo sobre la naturaleza de Dios, I. Su firmeza en el morir, II. Cuándo ganaba con el trabajo de sus manos, II.

CLEOMENES, hijo de Anaxandridas, Rey de Esparta. Todo lo creía lícito contra un enemigo, I. Su respuesta a los embajadores de Samos. Lo que dijo a sus amigos, quienes le censuraban por engendrar fantasías extravagantes, hallándose enfermo. Cómo se burló de un retórico que peroraba sobre el valor, II.

CLEOMENES III. Aguardó al último extremo para matarse, I.

Climacides, mujeres de Siria. Cuál era el oficio de ellas, I.

CLODOMIRO, Rey de Aquitania. Perdió la vida por el empleo que puso en perseguir al enemigo vencido, I.

CLODOVEO. Cómo recompensó a tres esclavos que traicionaron a su señor II.

Cobardía. Si debe castigarse con la muerte, I. Cómo se la castiga ordinariamente. Es madre de la crueldad, II.

Cocinas portátiles, usadas por los antiguos, I.

Cocodrilo. Qué socorro recibe del reyezuelo, y consideración que muestra para con él, I.

Colegios. Montaigne los juzga severamente, I. Crueldades que en ellos se ejercían con la infancia.

Cólera. De los castigos aplicados mientras dura, II. Moderación de algunos grandes hombres dominados por la cólera. Es una pasión sujeta a la vanagloria. Mejor es echarla fuera que tenerla guardada. Preceptos que debemos observar, dominados por la cólera. Si la cólera puede servir de aguijón para el valor y la virtud.

COLIGNY (Gaspar de), Señor de Cotillon-sur-Loing, Almirante de Francia, II.

Combates de capa y espada; costumbre practicada por los antiguos romanos, I.

Comediantes, que lloraban aún al salir del teatro, donde el papel que representaran los enterneció, I.

Comedias francesas. En las del tiempo de Montaigne había escasez de inventiva, I.

Comentadores. Por qué abundan tanto, III.

COMINES (Felipe de), Juicio De Montaigne sobre él, I. Palabras que le censuraba, II.

Comer. Algunas personas no gustan ser vistas cuando comen, II.

Conciencia. Su imperio, I. No deja [520] el crimen secreto mucho tiempo. Fruto de la conciencia honrada. Satisfacción que la acompaña, II.

Conferencia. Utilidad del conferenciar, II. Ejercicio más provechoso que el de los libros. Por qué en ella deben admitirse las contradicciones vivas y audaces.

Confianza. Debe mostrarse o aparecer exenta de temor, I. Confianza para con milicias sospechosas, que tuvo un feliz desenlace.

Conjuras. Si es peligroso amonestarlas con sangrientas ejecuciones, I. Consejo dado a un tirano para ponerse de ellas a cubierto.

Conocimiento de las cosas. En qué debe emplearse, I. A qué se reduce nuestro conocimiento de las cosas naturales. Cuáles son los linderos del humano conocimiento.

CONRADO, Marqués de Montferrat, II, 97.

Conversar. Cuán útil es saber conversar familiarmente con toda suerte de gentes, II. Es preciso ponerse al nivel de las personas con quienes se conversa. Cómo puede juzgarse de la capacidad de un hombre en la conversación. Utilidad en el conversar de las réplicas vivas y audaces.

Cornamenta. A muchas gentes asusta, pero hay hartos hombres que de ella sacan provecho, I. Gentes honradas que fueron cornudos sin armar estrépito, II. Desdicha que obliga a serio reservadamente.

CORNELIO (GALO). Su muerte, I.

CORRAS, Magistrado en el Parlamento de Tolosa. Su parecer en la cuestión del falso Martín Guerra, II.

CORTÉS (Hernán). Singular agasajo que le tributan los pueblos de América, I. Idea que los embajadores del rey de Méjico le mostraron de la grandeza de su soberano.

Cortesano (El). libro italiano, I.

Cortesianos. Bajeza con que ocultan los defectos de los príncipes, II.

COSITIO (Lucio). Su cambio de sexo, I.

Costumbre. Cómo nos avasalla, I. Extraños efectos que produce en nuestra alma. Costumbres singulares en diversos pueblos. Cuán imperioso es el yugo de la costumbre. Es el único fundamento de muchas cosas muy afirmadas en el mundo. De las costumbres antiguas. Costumbres corrientes en un país, diametralmente opuestas a las de otro, II.

Costumbres. La ciencia de las costumbres debe ser tempranamente inculcada en el espíritu de los niños, I. Las costumbres del simple pueblo están mejor gobernadas que las de los filósofos, II.

COTYS, Rey de Tracia. Por qué rompió unos vasos magníficos luego de haberlos pagado espléndidamente, II.

(Plubio). Por qué mandó azotar a un ingeniero, I.

CRATES. Su respuesta a quien le preguntaba hasta cuándo era preciso filosofar, I. Receta de este filósofo contra el amor. Lo que juzgaba de nuestra alma. Determinaciones singulares que tomó al morir, II.

Credulidad. Prueba la ausencia de fortaleza, I.

CREMATIO CORDO. Al ver quemar sus libros se dio la muerte, I.

CRESO. Bárbara acción de esto príncipe, II.

Cretenses. Imprecaciones que dirigían a los que profesaban mortal odio, I. Obligados a beber los orines de sus caballos.

Creyentes. Si la multiplicidad de ellos es buena prueba de la verdad, II.

Crimen. El castigo nace con él, I.

Criminales. Entregados a los médicos para el estudio de su anatomía, hallándose vivos, II.

Cristianismo. Cuál es la muestra del verdadero, I.

Cristianos. Por qué no deben hacer depender su religión de los acontecimientos, prósperos o desdichados. Su celo lleno de injusticia y furor. En qué se funda la profesión que hacen de su religión.

Crueldad extrema, I. Consecuencias de la crueldad ejercida con los animales, I. Engendrada por la cobardía, II. Una crueldad origina otras necesariamente. Notable ejemplo sobre este punto.

CUARTILLA. Había perdido la memoria de su donceller, II.

Cuerdo. En qué difiere del loco en punto a las pasiones, I. En el gobierno de la vida, al hombre cuerdo deciden las apariencias.

Cuerpo. Los ejercicios corporales y el buen porte exterior son una parte importante en la educación de los niños, I. Diversidad de opiniones sobre la substancia que [521] engendra el cuerpo del hombre. Ventajas de la belleza corporal. La salud y el vigor corporales causa de los ímpetus extraordinarios del espíritu.

Curiosidad. Cual debe inspirarse a los jóvenes, I. La curiosidad es pasión ávida y de nuevas codiciosa. Funestos efectos de la curiosidad. Siendo viciosa en todas las cosas, en qué casos es perniciosa, II.

- D -

DAMINDAS, lacedemonio. Su respuesta magnánima a un hombre que amenazaba a los lacedemonios con el poderío de Filipo, I.

DANDAMIS, filósofo indio. Lo que censuraba a Sócrates, Pitágoras y Diógenes, II.

DARÍO. Proposición que hizo a los indios que se comían a sus padres después de muertos, y a los griegos, que los quemaban, I.

DAVID. Cómo y por quién debieran sus salmos ser cantados, I.

Defectos. Razones que nos asisten para soportar los ajenos, II.

Deliberación. Debe preceder a los compromisos que en los negocios contraemos, y principalmente a nuestras querellas, II.

DEMADES. Sentencia que dictó contra un hombre que vendía las cosas necesarias para los entierros, I.

DEMETRIO. Su opinión sobre la voz del pueblo, II.

DEMÓCRITO. Comparado con Heráclito; por qué le aventaja, I. Habiéndole dado a comer unos higos que sabían a miel, quiso emplearse en buscar la causa física de tal sabor. Cómo su sirvienta acabó con la investigación. Vaga opinión que tenía de la naturaleza de Dios.

DENISOT (Nicolás). Poeta menos conocido por este nombre que con el de Conde de Alsinois, anagrama de su nombre, I.

Derrotas. Más gloriosas que las victorias renombradas, I.

Deseo. Aumenta con la dificultad de poseer una cosa, II.

Desnudo. La costumbre de andar desnudo en nada es contraria a la naturaleza, I. El hombre es el único animal abandonado en su desnudez sobre la tierra.

Devoción superceleste. Lo que de ella juzgaba Montaigne, II.

DIÁGORAS. Su respuesta a los que le mostraban ofrendas de las personas que salvaron su vida de un naufragio, I. Negaba resueltamente la existencia de Dios, II.

Diario. Llevado por el padre de Montaigne de las cosas más importantes referentes a su familia, I.

DICEARCO. Lo que pensaba de nuestra alma, I.

Diclámenes. Son independientes de los acontecimientos, II.

Diluvios. Ocasionaron en la tierra cambios considerables, I.

DIOCLECIANO. Por qué se opuso a aceptar de nuevo el imperio, al cual había renunciado, I.

DIODORO el dialéctico. Su repentina muerte ocasionada por la vergüenza, I.

DIÓGENES el Cínico. Cómo se servía del dinero de sus amigos cuando lo había menester, I. Era más mordaz que Timón. Impudencia de este filósofo. Escarnecido porque en pleno invierno abrasaba desnudo una figura de nieve, II.

DIÓGENES LAERCIO. Cómo Montaigne le juzgaba, I.

DIOMEDÓN, Capitán ateniense. Injustamente condenado a muerte, ruega a los dioses por sus jueces, I.

DIONISIO, el padre, tirano de Siracusa. Su crueldad en el sitio de Rege, I. Gran caudillo militar, quiso ilustrar su nombre cultivando la poesía. Consejo que recibió con el fin de ponerse a cubierto de las conjuraciones. Cómo se burlaba de los gramáticos, de los músicos y de los oradores. Cómo trató a un siracusano, cuyas flaquezas estaban escondidas bajo tierra. Sus versos menospreciados en los juegos olímpicos, II. Cuál fue la causa de su muerte. Por qué condeno a Filoxeno a las canteras y a Platón a ser vendido como esclavo.

DIOS. Los hombres no deben invocar a Dios indiferentemente ni en cualesquiera circunstancias, I. Precisa tener el alma pura cuando se le alaba. Del rogar a Dios simplemente por hábito; en qué respecto censurable. El nombre de Dios no debe mezclarse en nuestras conversaciones ordinarias. Dios debe ser rogado rara vez, y por qué razón. Dios

se muestra por sus obras visibles lo que a Dios debiera fuertemente sujetarnos. Su naturaleza no debe ser investigada [522] con curiosidad excesiva por el hombre. A qué se reducen nuestras nociones sobre la divinidad. Ideas que los historiadores paganos nos transmitieron sobre Dios. Diversas opiniones de los filósofos acerca de la naturaleza de Dios. Convertir a los hombres en dioses es la última de las extravagancias. Es ridículo razonar de Dios, comparándole con el hombre; e igualmente lo es juzgar del poder y de las perfecciones de Dios relacionándolos con los nuestros. Argumentos igualmente frívolos, que la filosofía imagino en pro y en contra de la divinidad. Sólo Dios encierra en sí una sustancia real y constante. Cómo su nombre puede ser acrecentado, II.

DIOSCÓRIDES. isla del Mar Rojo. Habitada por cristianos cuyo culto les es peculiar, I.

Dioses que hacen suyas las querellas de los hombres, I. Dioses forasteros, expulsados por los caunienses. Poder de los dioses reducido a cierto límite. Dioses raquícos y vulgares.

Disimulo. Inconvenientes que acompañan a esto vicio, II.

Disputas mal encaminadas. Detestables efectos que producen, II. El orden y el método avaloran las disputas. Estas son infinitas, y en su mayor parte dependen de las palabras.

Diversión. Consuelo por diversión; su utilidad, II. Camino provechosamente seguido en las guerras y negociaciones. Receta útil en las dolencias del espíritu, y en particular contra el amor.

Divorcio. Si con la prohibición del divorcio se apretaron más los lazos del matrimonio, II.

Doctrina nueva. Por qué es bueno desconfiar de ella, según Montaigne, I.

Dogmáticos. A qué se reducen sus opiniones, I.

Dolor. Es el peor de todos los accidentes de nuestro ser; cómo puede dulcificarse, I. Varios ejemplos de firmeza en el soportarlo. Opinión sobre el dolor; en que se fundamenta. No debe siempre huirse. Relación que guarda con el deleite, II. Manera grata de distraerlo.

Dormir. Profundo sueño de algunos grandes personajes en medio de sus más importantes negocios, I. Naciones en que los hombres duermen y velan por medios años.

DREUX (Batalla de). Sus peripecias más notables, I.

Drogas medicinales. Farfantonería empleada en la elección y dosis de las mismas, II.

Drogas odoríferas. Empleadas para aderezar las carnes, I.

DRUSO (Livio). Lo que dijo a un arquitecto que le ofrecía construir su casa de tal suerte que sus vecinos nada vieran de lo que pasara en ella, II.

Duelos. Obedece a la cobardía el que en ellos se hayan introducido segundos y terceros, II. Historia de un duelo acontecido en Roma entre dos franceses.

DUGUESCLIN (Beltrán du), Condestable de Francia. Honores que se le tributaron después de muerto, I. De tantas maneras se le llama que no se sabe cual de sus nombres debe ser honrado con sus victorias.

DURAS (Señora de). Final de un capítulo dirigido a esta dama, II.

- E -

Edad. Cuál es la edad en que el hombre es capaz de las más grandes acciones, I. Y la en que su cuerpo y su espíritu comienzan a debilitarse.

EDUARDO I, Rey de Inglaterra. Por qué quiso que sus huesos fueran llevados en el ejército de su hijo, cuando éste combatiera contra los escoceses, I.

EDUARDO III, Rey de Inglaterra. Por qué en la batalla de Crecy se negó a procurar socorro al príncipe de Gales, I. Lo que decía de Carlos V, rey de Francia, II. Por qué al ajustar la paz general con Francia no quiso incluir en ella la cuestión del ducado de Bretaña.

EDUARDO, Príncipe de Gales, hijo del precedente. Cómo su cólera fue apaciguada en Guiena, merced al valor de tres nobles franceses, I.

Educación de los hijos. Obra preñada de dificultades, I. Deba ser encaminada sin violencia. Efectos de una buena educación, II. La educación fortifica las inclinaciones [523] naturales, lejos de trastornarlas.

EGINARD, Canciller de Carlomagno, I.

EGMONT (Lamoral, conde de), I.

EGIPTO. Juramento de los jueces de Egipto, II. Por qué en este país se ordenó mediante una ley expresa que los cadáveres de las mujeres hermosas y jóvenes fueran guardados tres días, antes de ser puestos en manos de los que debían embalsamarlos.

Elefantes. Habitados a bailar al son de la voz humana, I. Sutileza y penetración de estos animales. Si los elefantes tienen algún sentimiento de religión. Elefante rival de Aristófanes el gramático. Elefante movido por el arrepentimiento.

ELIO VERO. Lo que contestó a su mujer, quien le censuraba por mantener concubinas, I.

Embajadores. Sorprendidos en un embuste por Francisco I, I. Otro embajador sorprendido en un delito por Enrique VIII, rey de Inglaterra. Si los embajadores de un príncipe deben ocultarle alguna cosa de sus negocios.

Embriaguez. Vicio grosero, cuyas consecuencias son a veces funestísimas, I. No lo vieron los antiguos con malos ojos. Es menos pecaminoso que los demás.

EMILIO LÉPIDO. Su muerte, I.

EMILIO REGILO. No pudo impedir que sus soldados saquearan una ciudad que había determinado rendirse, I.

EMPÉDOCLES. Por qué rechazó la realeza que los agrigentinos le ofrecían, I. Su opinión en lo tocante a la naturaleza de Dios, 449.

Emperadores romanos. Por qué eran injustos sus gastos en los espectáculos públicos, II.

Enemigo vencido. Si hay que perseguirlo hasta el último trance, I.

ENGHIEN (Duque de). Huye en el instante de matarse, creyendo haber perdido la batalla de Cerisoles, que había ganado, I.

ENRIQUE IV, rey de Inglaterra. Reto que dirigió a este príncipe, Luis, duque de Orleans, II.

ENRIQUE VII, rey de Inglaterra. Su conducta pérfida con el duque de Suffolk, I.

ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra. Cómo sorprendió el delito de un embajador, I.

Entusiasmo. Eleva al hombre por cima de sus propias facultades.

EPAMINONDAS. Virilidad que desplegó ante el pueblo tebano con motivo de una acusación de que intentaron hacerle objeto, I. Palabras suyas, dignas de alabanza. Cómo calificaba las dos victorias que alcanzara contra los lacedemonios. Por qué rechazó las riquezas que legítimamente le pertenecían. Fue, según Montaigne, el hombre más relevante de todos los que se conociera. Carácter de su valer, de su valentía y de su habilidad en la guerra. Su saber, sus costumbres y su virtud, cabal en todo y uniforme. Su resolución en el permanecer constantemente sujeto a la pobreza; lo que de ello juzgaba Montaigne. Pruebas palpables de bondad, equidad y humanidad. Dulzura y cortesía que desplegaba en lo más recio de la guerra. Hasta donde llevaba sus escrúpulos en punto a justicia.

EPICARES. Acusado de haber tomado parte en una conjura contra Nerón; su virilidad ante el tormento, II.

EPICURO. Dispensa al filósofo de los desvelos e inquietudes que la idea de lo venidero engendra. No alegaba ninguna autoridad en sus escritos. Contrapuesto a Cicerón y a Plinio. Lo que pensaba de las riquezas. Si habría preferido sus obras a los hijos que hubiera

engendrado. Fueron sus dogmas irreligiosos y sensuales, pero su vida devota y laboriosa. Cómo representaba a los dioses. Opinión de este filósofo en lo relativo a los placeres obscenos. Aconsejaba huir de la gloria, II, mas a él no lo era del todo indiferente. Carta que dictó momentos antes de su muerte.

Epicúreos. Extravagantes principios físicos de estos filósofos, I. Por qué aliviaban a la divinidad de toda suerte de cuidados.

EPIMÉNIDES. Su sueño duró cincuenta y siete años, I.

EQUICOLA, Teólogo, II.

Eruditos. Despreciables por lo mal educados, I. No procuran sino rellenar su memoria. Sólo piensan en hacer vano alarde de su ciencia. Torpeza de un romano que se juzgaba omnisciente porque tenía eruditos a su servicio. Carácter de la falsa sabiduría. Sobrenombrados leltre-ferits en el Perigord; significación de estas palabras. Eruditos que buscan la verdad, comparados con las espigas del trigo. Si pueden pretender [524] algún galardón por sus escritos. El principal saber de nuestro siglo consiste en acertar a comprender a los sabios, II. De un hombre docto que gustaba estudiar en medio del mayor estrépito.

ESCALINO (Antonio). Menos conocido por este nombre, que era el suyo verdadero, que con el de Capitán Poulin y el de Barón de la Garde, I.

ESCARIOS, pescados. Mutuo concurso que se prestan entre ellos, I.

ESCIPIÓN, Africano. Su intrepidez, I. Vivió la hermosa mitad de su vida de la gloria que ganara cuando joven. Acusado por el pueblo, menospreció con altivez justificarse.

ESCIPIÓN, el Joven. Su respuesta a un mozo que le mostraba un hermoso escudo, I. Cómo ordenaba que comieran sus soldados.

ESCIPIÓN, suegro de Pompeyo. Alcanzó nombradía grande con su muerte.

Escitas. Cómo explicaron su huida a Darío, cuando los perseguía, I. Bebían la sangre de sus caballos. Con cuántas muertes enaltecían a sus reyes difuntos.

Esclavo. Recompensado y castigado por traicionar a su amo, II.

ESCRIBONIA, dama romana. Por qué aconsejo a su sobrino que se matara, I.

Escritores. Por qué los escritores ineptos debieran ser atajados por las leyes, II.

Escritos oscuros. Encuentran siempre intérpretes que los honran, I.

Escudos nobiliarios. Su veleidad, I.

ESQUIT (Señor de). En el sitio de Regio.

ESENIOS. Cómo vivían, sin mantener comercio con mujeres, II.

Egrima. Ejercicio que nada tiene de noble, II. Es inútil y perjudicial en los combates. Se mira con malos ojos, y por qué motivos.

ESOPHO. Importancia que Montaigne daba a sus fábulas, I. En qué ocasión le aplica el dictado de grande hombre, II.

ESPAÑOL. Tenacidad de un campesino horriblemente torturado, II.

ESPAÑOLES. Barbarie con que trataron a los americanos, II. Crueldades que ejercieron contra el último rey del Perú, y contra el de Méjico. Carnicería que hicieron con sus prisioneros de guerra.

ESPARCIATAS. Por qué no otorgaron el premio de valentía a uno de sus ciudadanos, que había sobresalido en un combate, I.

Espectáculos públicos. Son muy provechosos en las grandes ciudades, I. Algunas palabras sobre los que los emperadores romanos daban al pueblo, II.

Esperanza. Hasta donde debe acompañarnos, I.

ESPEUSIPO, filósofo. Falsa tradición sobre su muerte, I. Él mismo puso fin a su vida. Su opinión sobre la naturaleza de Dios.

Espíritu. Los hombres no se apasionan menos por las producciones de su espíritu que por sus hijos, I. Por qué el imprimir tarde las producciones del espíritu es peligroso.

Espíritu humano. Su definición, I. Por qué es incapaz de llegar al conocimiento evidente de las cosas. Los juicios del espíritu dependen de las alteraciones corporales. Sus dolencias, difíciles de descubrir. Es gran hacedor de milagros. Cómo se determina a elegir entre dos cosas diferentes. Casi todos los espíritus necesitan objetos extraños para ejercitarse. Las cosas más nimias le atarean y extravían, y saca sus convicciones de puras fantasías y quimeras. Está demasiado unido al cuerpo. La vanidad de sus investigaciones se ve demostrada en que a veces pretende descubrir las causas de un fenómeno antes de tener cabal seguridad en él. Forja razones de las cosas más vanas.

Espíritus simples. Aptos para llegar a ser buenos cristianos. Espíritus

mediocres, sujetos a extravío. Grandes espíritus cristianos, los más cumplidos. Qué espíritus son los mejores dispuestos para someterse a la religión y a las leyes políticas. Los espíritus comunes son más aptos para los negocios que los sutiles, II.

ESPURINA, joven toscano de singular belleza. Por qué se desfiguró el semblante, II. En qué su acción era digna de censura.

Estado. Nada tan dañoso para un Estado como las grandes mutaciones, II. Notable ejemplo de los obstáculos que acompañan a una reforma general.

Estados políticos. Sujetos a los mismos accidentes que el cuerpo humano, II. Aunque estén desbarajustados, no llegan a hundirse. Una virtud ingenua y sincera para nada sirve en la gobernación [525] de los Estados corrompidos.

ESTATILIO. Por qué se opuso a tomar parte en la conspiración contra César, I.

ESTILPÓN, filósofo. Su firmeza después del incendio de su ciudad, donde todo lo había perdido, I. Cómo aceleró su muerte. Debía la templanza a su propio esfuerzo.

ESTISSAC (Señora de). Citada como ejemplo del amor maternal, I.

Estoicos. Llamam miserables y locos a todos los demás hombres, I. Por qué según ellos el loco no debe renunciar a la vida. No creen que los amores sabiamente gobernados deban impedirse al sabio.

ESTRATÓN, filósofo. Reconocía sólo como Dios el mecanismo de una naturaleza insensible, I. Dónde coloca el alma.

ESTREE (Señor de), I.

Estudio. Cuál debe ser su fruto, I.

ESTAMPES (Señora de.), I.

EUDAMIDAS, de Corinto. Su testamento singular.

EUDAMIDAS, de Lacedemonia. Lo que dijo de un filósofo que discurría sobre la guerra, II.

EUDEMONIDAS, o más bien Eudamidas, hijo de Arquidamo y hermano de Agis. Palabras de este lacedemonio sobre Xenócrates, II.

EUDOXO, filósofo pitagórico. A qué coste deseaba ver el sol bien de Cerca, I.

EUMENES. Su hermosa respuesta a Antígono en el sitio de Nora, I. Entregado a Antígono por sus soldados, II.

Experiencia. Si puede acabar con la incertidumbre filosófica, I. No basta contar las experiencias, precisa además acomodarlas, II. Por qué la experiencia no es un medio eficaz para instruirnos en la verdad de las cosas.

EYQUEM, II. Véase MONTAIGNE.

- F -

Falárica. Arma ofensiva; su descripción y uso, I.

Fantasía. Sus efectos, I. Engendra éxtasis y desfallecimientos extraordinarios. Acredita las visiones y encantamientos. Gracioso cuento de un enfermo aliviado por la fantasía. Sus efectos sobre el cuerpo ajeno y sobre las mujeres preñadas. Es facultad común a las bestias y a los hombres.

FARAS. Impide que un rey de Lacedemonia persiga a unas tropas que huían derrotadas, I.

Fatalismo. Consecuencias que se sacaron de esta doctrina, II.

FAVORINO. Por qué se dejó vencer por el emperador Adriano en una disputa gramatical, II.

Fe. Es el único principio que sujeta al cristiano a su religión, I. Idea de una fe verdadera y viva.

FERAULEZ. Hermoso ejemplo que mostró del menosprecio de las riquezas, II.

FICIN (Marsilo) intérprete de Platón, II.

FIORAVANTI, médico de Bolonia, II.

FIRMEZA. Cómo definida y en qué consiste, I. Firmeza ante la desdicha. Firmeza en el dolor; ejemplos en este punto, semejantes al furor.

Filípides. Su respuesta prudente al rey Lisímaco, II.

FILIPO. Carta a Alejandro, en la cual le reprende porque trataba de ganar la voluntad de los macedonios a cambio de presentes, II. Cómo satisfizo la equidad y las formas jurídicas, después de haber pronunciado una sentencia cuya injusticia reconociera,

FILISTO, Jefe de la marina de Dionisio el Joven. Las peripecias de un combate le empujaron a la muerte, II.

FILOPÓMENO Por qué lo alaba Plutarco, I. Su conducta en una batalla contra los lacedemonios.

Filosofar. Lo que es, I.

Filosofía. En qué consiste la verdadera, según Platón, I. Por qué las almas prudentes menosprecian la filosofía. La filosofía formadora de las costumbres, se ingiere en todas las cosas. La filosofía y la teología intervienen en el ordenamiento de todas las acciones humanas. La filosofía nos encamina a la ignorancia para ponernos a cubierto de los males que nos acosan. Neciamente nos aconseja el olvido de las desdichas pasadas. Remedio ordenado por la filosofía para toda suerte de necesidades, [526] el cual consiste en poner fin a la vida que no podemos soportar. Toda la filosofía dividida en tres secciones. La filosofía es una poesía. Censura que puede aplicarse a quienquiera que filosofa. Vanidad de las investigaciones filosóficas. Están llenas de extravagancia e incertidumbre. Plan de una obra de filosofía hermosa y útil, según Montaigne. Que las almas débiles, al sentir de Sócrates, corrompen la filosofía, II.

Filósofos. Si sienta bien a un filósofo escribir la historia, II. Por qué se menosprecia a los filósofos. Diferencia extrema entre ellos y nuestros pedantes. Renuncian blandamente al apetito de la gloria. Sectas filosóficas que menospreciaron las disciplinas liberales. Conducta de los filósofos para con la religión y las leyes. Si hablaron seriamente de la jerarquía de sus dioses y de la condición humana en otra vida. Si trataron de la ciencia con formalidad cabal. Licenciosas opiniones que formularon en lo relativo al vicio, a la virtud y a las leyes comúnmente establecidas. Filósofos que predicaron el menosprecio de la gloria.

FILOXENO. Como testimonió su despecho contra un mal lector de sus obras, I.

FERECIDAS. Carta que al morir escribió a Thales, I.

Fisonomía favorable. No reside directamente en los rasgos hermosos del semblante, II. Si son de fiar las diversas fisonomías.

FITÓN, gobernador de Regio. Firmeza con que soportó los bárbaros tratamientos de Dionisio el Tirano, I.

FLORA. Cuál era la índole de esta famosa cortesana II.

Fiorentinos. Publicaban la guerra al son de una campana, I.

FOIX (Diana de). Véase GURSON.

FOIX (Francisco de), duque de Candal, I.

FOIX (Pablo de). Duelo de su muerte, II.

Fortuna. Ejerce mucho influjo en las obras poéticas, pictóricas y en las empresas militares, I. A veces enmienda nuestros designios. Sobrepuja las previsiones de la humana prudencia. Singular servicio que procuró a dos proscritos. Los acontecimientos de la guerra dependen, en su mayor parte, de la fortuna.

FOULQUES, Conde de Anjou. Hizo el viaje de Jerusalén para que le azotaran, I.

Franceses. Maravilloso arrojó de tres gentileshombres franceses, I. Son por extremo mudables en su manera de vestirse. Reniegan pronto las modas que más admiraron. En la época de Montaigne no se armaban sino en el extremo y último momento. Sus armas los molestaban más por su peso, que contribuían a defenderlos.

FRANCISCO I, Rey de Francia. Cómo hizo que un embajador incurriera en contradicción, I. Por qué prefirió guardar a Carlos V en sus propias tierras a ir en busca para hacerle la guerra en sus dominios. Las Memorias de Del Bellay no procuran sino un conocimiento imperfecto del reinado de Francisco. I.

FRANCISCO, Marqués de Saluces. Reconocido al rey de Francia por su marquesado. Por qué le traiciona, I.

FRANCISCO, Duque de Bretaña. Cuál era la ciencia que exigía en las mujeres, I.

FRANGET (Señor de), I.

FREGOSSO, (Octavio), I.

FRINEA. Famosa cortesana. Cómo ganó a sus jueces, II.

FROISSARD, Historiador más recomendable por su candor que por su idoneidad, I.

FULVIO. Habiendo descubierto a su mujer un secreto que el emperador Augusto le revelara y que ella lanzó al viento, quiso matarse: cómo procedió su mujer al saber la determinación de su marido, I.

Funerales. El cuidado extremo que en este particular se despliega de antemano, constituye una vanidad ridícula, I. No deben ser ni en exceso mezquinos, ni tampoco sobrado pomposos.

- G -

GALBA. Emperador. Su gusto en punto a amores, II.

GALBA, simple particular. Lo que dijo a un criado que se disponía a robarle la vajilla de plata mientras él se hacía el dormido, a fin de favorecer una intriga amorosa entre su mujer y Mecenas, II. [527]

GALO (Junio). Por qué fue llamado a Roma del lugar en que se hallaba desterrado, I.

GALO VIBIO. Se volvió loco al tratar de explicarse la esencia de la locura, I.

Galos. No podían soportar las heridas de las flechas, I. Consideraban perjudicial para el valor el ayuntamiento con mujeres. Descripción de sus armas.

Generación. Es la principal de todas las funciones naturales: cuál es para ella la disposición más ordenada, I. De un hombre privado de las partes genitales, II. Por qué el hablar de la acción que nos echa al mundo, se excluye, de las conversaciones serias y morigeradas.

Generales de ejército. Si deben disfrazarse en el momento de la lucha, I.

Gentilhombre. Su deber para con los grandes cuando van a visitarle, I. Ha de ser apasionado por su príncipe, sin unirse a él mediante los empleos de la corte, II. Condición de los gentileshombres en Francia, en tiempo de Montaigne. Singular matrimonio de un gentilhombre anciano, II. Para el gentilhombre, desdeñarse es el colmo de la vergüenza. De uno que pasaba hasta un año sin probar el agua.

GERMAIN (María). De muchacha, se convirtió en muchacho, I.

GETA, Emperador. Servíanse los platos de su mesa, según las primeras letras de sus nombres, I.

GILIPO, de Esparta, I.

Gimnosofistas. Abrasábanse voluntariamente al llegar a cierta edad, o cuando se veían amenazados por alguna dolencia, II.

GIRALDO (Lilio-Gregorio), I.

Gladiadores. Por qué dados en espectáculo al pueblo romano para ser degollados en presencia del mismo, II.

Gloria. Es la moneda más inútil, vana y falsa de cuantas nos servimos para nuestro uso, I. Incompatible con el sosiego. Vanidad de la pasión que los hombres toman como gloria. Filósofos que predicaron su menosprecio, II. Por qué razones puede ser lícito buscarla. Muy pocas son las gentes con derecho a la gloria que de ella participan. Definición de la gloria que se guarda en los libros. Medio breve de alcanzar la gloria.

Glosas. No sirven sino a obscurecer los textos, y sobre todo los de las leyes, II.

GOBRIAS. Quiso morir para ejercer su venganza, I.

Gobierno. Cada pueblo está contento con el suyo acostumbrado, I. Cuál es, según Anacaris, el más dichoso. A qué se reducen las disputas sobre la mejor forma de gobierno,

II. Cuál es el mejor para cada pueblo. Si hay algo que pueda justificar los males ocasionados a su propio país so pretexto de enmendar los abusos del gobierno.

Golondrinas. Enseñadas a llevar noticias, II.

GOURNAY LE JARS (María de), hija adoptiva de Montaigne. Su elogio, II.

GOVEA (Andrés), I.

GRAMÁTICOS. Su lenguaje, I.

GRAMONT (Señora de), Condesa de Guiche. Homenaje que Montaigne la tributa con los sonetos de La Boëtie, I.

GRAMONT (Señor de), Conde de Guiche, muerto en el sitio de La Fere, II.

Grandes. No debe alabárseles por cosas comunes, I. Por qué los grandes deben cuidar de esconder más sus vicios que los pequeños. Por qué los grandes parecen a veces más tontos de lo que realmente son, II. Del silencio sacan maravilloso provecho. Cuánto su rango se nos impone. Es menester desconfiar de la competencia de un hombre que ocupa un puesto relevante.

Grandeza. Quien la conoce puede huirla sin gran esfuerzo, II.

GREGORIO XIII, papa, II.

Griegos. En punto a buena fe no se tenían por escrupulosos, I. El nombre de griego era menospreciado entre los romanos. Griegos famosos por su retirada de las cercanías de Babilonia; penalidades que sufrieron al pasar por las montañas de Armenia. Por qué al fin de sus comidas bebían los griegos en vasos más grandes que en el comienzo de las mismas.

GROUCHY (Nicolás), I.

GUERENTE (Guillermo), I.

Guerra. Iniciada al son de una campanada. Palabras de guerrero poco verídicas, I. La pasión de la guerra, prueba de la imbecilidad humana, se descubre en algunos animales. Guerra extranjera; de qué género es su utilidad, II. Carácter de la guerra entre César y Pompeyo. Desórdenes ocasionados por la guerra civil en Francia, [528] en tiempo de Montaigne.

Guerreros. Cuáles eran, al entender de Montaigne, los más grandes guerreros de su época, II.

GUEVARA. Sus cartas; y juicio que Montaigne merecían, I.

GUICCIARDINI. Juicio de Montaigne sobre este historiador, I.

GUIZA (Duque de). Su conducta en la batalla de Dreux, I. Su muerte en Orleans, II.

GURSON (Diana de Foix, Condesa de). Montaigne dedica a esta dama el capítulo de La Educación de los hijos, I.

- H -

HARPASTA. Loca de la mujer de Séneca: habiendo cegado creyó que la casa donde vivía estalla sumergida en las tinieblas, II. Cuerdas reflexiones de Séneca sobre la fantasía de esta loca.

HEGESIAS. Pensaba que el filósofo nada debe hacer sino en provecho de sí mismo, I. Lo que impulsó a sus discípulos a quitarse la vida, II.

HELIODORO, Obispo de Tricala. Mejor prefiere perder su obispado que su novela, I.

HELIOGÁBALO. Donde fue condenado a muerte, I. Sus preparativos para morir de una manera sibarítica, II.

HERÁCLIDO, de Ponto. Sus inciertas opiniones sobre la naturaleza de Dios, I.

HERÁCLITO. Su respuesta a los efesos, que le censuraban porque pasaba el tiempo jugando con los muchachos, I. Heráclito y Demócrito; sus opuestos humores: porque Montaigne prefería los de Demócrito. Reconoce Heráclito que la esencia del alma nos es desconocida. Sus ideas sobre la formación y renacimiento del universo. Juicio de Crates sobre sus escritos, II.

HERIZO. Prevé los vientos que soplarán, I.

HERMACO (Carta de Epicuro a), II.

HESÍODO (muerte de), I.

HIERÓN. Cree que los reyes se encuentran en peor disposición para gozar los placeres de la vida que los simples particulares, I. Molestias que la realeza le procuraba.

HILARIO (San). Sus milagros en Bouchet, I. Pide a Dios la muerte de su hija Abra y la de su mujer, I.

HIMBERCOURT (Señor de). Cómo calmó la furia de los habitantes de Lieja, II.

HIPIAS. Por qué aprendió a hacer todas las cosas de que había menester para el cuidado y comodidad de la vida, II.

HIPÓCRATES, Padre de la Medicina, II.

HISTORIA. Si es bueno que la escriban el filósofo y el teólogo, I. Su estudio es muy provechoso a los jóvenes. Por qué Montaigne anteponía a todas las otras la lectura de la historia. Cuáles son las únicas historias excelentes.

Historiadores. Cuánto importa que un historiador conozca bien lo que trae entre manos, I. Cualidades que debe reunir. Historiadores sencillos; prenda que los hace dignos de estima. En qué consiste el mérito de los buenos historiadores. Cuáles son los historiadores despreciables.

Hombre. Cosa vana, mudable y ondeante, I. Sobrado inquieto del porvenir. En qué consiste su deber. Los hombres creyeron que los favores del cielo los acompañaban al sepulcro. El hombre choca con las cosas inanimadas para divertir sus pasiones. A cuántos reveses puede estar abocado antes de la muerte. La muerte del hombre hace ver el verdadero carácter de cada cual. Quien los enseñase a morir, enseñaríalos a vivir. Cómo el hombre es naturalmente a la muerte encaminado. Por qué cada cual vive satisfecho del lugar donde nació. Lo que constituye el verdadero mérito del hombre y su superioridad sobre los de su especie. La buena o mala fortuna no es prueba de mérito ni de demérito. El hombre está sujeto a pasiones encontradas. Se apasiona por mil cosas que nada le importan. Si un hombre debe ser alabado por cualidades que no convienen al rango que en el mundo ocupa. Lo que trueca a un hombre en rico o pobre. El hombre debe ser estimado por sí mismo y no por sus atavíos. Imperfección del hombre, demostrada por la inconstancia de sus deseos. Cuál es el curso natural de la vida del hombre. [529] Las leyes encomendaron a los hombres demasiado tarde el manejo de sus negocios. A los veinte años muestra el hombre lo que es capaz de realizar. Hombre, poco conforme consigo mismo. Que no es seguro juzgar de la capacidad ni de la virtud de los hombres mediante algunas acciones externas. El hombre se eleva a veces sobre su propio nivel por una especie de entusiasmo. Existe una buena disciplina individual. Si el hombre goza de grandes privilegios sobre las demás criaturas. Con qué derecho se considera superior a los animales. La naturaleza lo trató con mayor favor de lo que imagina. El hombre posee armas naturales. Si el hablar es natural al hombre. Hombres y animales sometidos por igual al orden de Naturaleza. Hombres esclavos de sus semejantes. Qué cuidados suministran a determinados animales. Fuerza del hombre inferior a la de algunos animales. Hombres venidos a Francia de regiones lejanas; por qué considerados como salvajes. En punto a hermosura los hombres no gozan particular privilegio sobre los animales. El hombre tiene más motivos para cubrir su cuerpo, que ningún otro animal. Se atribuye bienes imaginarios, y deja los tangibles a los animales. En qué consiste la excelencia del hombre sobre el animal. Vicios y pasiones del hombre. Muy llevado a creer que todo lo existente fue hecho para él. No tiene de sí mismo más que ideas confusas. Incertidumbre que todo buen hombre puede advertir en sus propios juicios. El hombre es inconstante en sus deseos; lo cual es prueba de su flaqueza. Confusión en que los hombres se lanzan en punto al ordenamiento de sus costumbres. Pocos hombres mueren con verdadera firmeza de alma, II. Vense con

frecuencia obligados a servirse de medios reprobables para el logro de laudables fines. Los hombres sanguinarios y asesinos son cobardes y tímidos. Los deseos del hombre debieran ser amortiguados por la edad. Rara vez alcanzan el obrar constantemente conforme los principios de una sólida virtud. Hombres le dos naturalezas; en qué son útiles, I. Por qué se huye de ver el nacimiento del hombre mientras se corre a contemplar su muerte. Hombres que se ocultan de los demás hombres, y son diestros en maltratarse a sí mismos. Como el vicio de un hombre puede servir de enseñanza a sus semejantes. Medio de juzgar la capacidad de un hombre en la conversación. Qué partido puede tomar un hombre virtuoso en tiempos desordenados. Por qué no gusta el hombre de conocerse ni de observarse a sí mismo. Torpeza de los hombres que indiscretamente esclavizan a otros hombres su tiempo y sus facultades. El hombre que puntualmente conoce lo que se debe a sí mismo, reconoce por ello lo que debe a los demás. Ha de conocer lo que propia y esencialmente le interesa. Debe sujetar sus deseos, si quiere permanecer a cubierto de las injurias de la fortuna. Los hombres son muy naturalmente llevados a hacer valer sus opiniones. El hombre es incapaz de moderación, ni siquiera en lo que mira a la ciencia. La experiencia que cada hombre posee de sí mismo, basta para hacerle prudente. Cuál es la verdadera obra maestra del hombre. Loco es el hombre que pretende elevarse por cima de su nivel.

Hombre cumplido. No es menos estimado si su mujer le deshonor, II. El hombre cumplido no es adulterado por el empleo que ejerce.

Hombre joven. Por qué no debe ser ni delicado ni extremadamente metódico en su manera de vivir, II.

HOMERO. Considerado como maestro de toda suerte de gentes, y por qué razones, I. Su preeminencia sobre los genios más grandes de todas las épocas, II. Siendo el primero que cultiva, alcanza la perfección en su arte. Elogio que de él hace Plutarco y que sólo a Homero conviene. Nada es tan universalmente conocido como su nombre y sus escritos.

Honda, de que los antiguos se servían en sus combates; su uso, I.

Honor. Las recompensas del honor deben ser dispensadas con suma discreción, I.

HORACIO. Muy admirado por Montaigne, I. Por qué su estilo está lleno de energía.

Hormiga. Ejemplo admirable de una especie de comunicación entre las hormigas. Previsión de las hormigas. [530]

HORN, (Felipe de Montmorency-Nivel, conde). Su muerte, I.

Huida. Uso legítimo que de ella hicieron algunas naciones muy belicosas, I.

HUNIADE (Juan Corvino), II.

HYPÉRIDES. Su respuesta a los atenienses que se quejaban de la rudeza de sus discursos, II.

Hyposphagma. Enfermedad así llamada. Su descripción, I.

- I -

ICETAS, siracusano. Conspira contra Timoleón, I.

ICO. Castidad de este atleta, I.

IFICRATES, de Atenas, I.

IFIGENIA. Artificio de que se sirvió un pintor en la representación de su sacrificio, I.

IGNACIO, o más bien Egnatio, padre e hijo. Los dos fueron proscritos y acabaron su vida en el mismo instante, I.

Ignorancia y sabiduría. Alcanzan iguales fines, I. Dos suertes de ignorancia. Por qué se recomienda la ignorancia para la religión. Sus efectos son preferibles a los de la ciencia, II. La ciencia nos lanza en sus brazos para salvarnos de las injurias de la fortuna. Ignorancia y simplicidad: utilidad de ambas cosas. Los abusos todos de este mundo emanan de que se nos enseña a temer el poner de manifiesto nuestra ignorancia. Especie de ignorancia estimabilísima.

Ignorantes. Hay entre los ignorantes mayor mérito verdadero que entre los sabios, I.

Impostura. En qué se ejerce más comúnmente, I.

Inclinaciones naturales. Si la educación puede extirparlas, II.

Incienso. Su empleo en las iglesias, y en qué fundado, I.

INDATHYRSES, rey de los escitas. Lo que a Darío al echarle en cara que retrocedía cuando se le acercaba, I.

INDIOS. Todos se abrasan en su ciudad, sitiada por Alejandro, I.

Indolencia y pesantez de espíritu. Acompañan al vigor y a la salud, I La indolencia cabal no es posible ni deseable.

Industria frívola. Recompensada según su mérito, I.

Inmoderación hacia el bien. En que consiste, I.

Inocentes. Reconocidos como tales, y sacrificados conforme a las formalidades de la justicia, II. No es seguro que una persona inocente salga bien librada al ponerse en manos de la humana justicia.

Innovaciones. Introducidas en las leyes son siempre funestas, I. El mejor pretexto de ellas es perjudicialísimo. En los trajes y en las danzas son perniciosas a la juventud.

Intención. Juzga nuestras acciones, I. Solamente por ella debe juzgarse de la bondad o maldad de una acción.

IRENEO. Cuál fue su género de muerte, I.

ISABEL, Princesa de Escocia, I.

ISABEL, Reina de Inglaterra, I.

Italianos. Ingeniosa razón de su falta de bravura, I. Mantienen a sus mujeres en una gran sujeción, II.

ISCOLAS, Capitán lacedemonio. Sacrifica su vida por el bien de su país, I.

- J -

JACOB. Complacencia de sus mujeres, I.

JAIME DE BORBÓN, rey de Nápoles. Sencillez de su persona y fausto de su cortejo, II.

JARNAC (batalla de), I.

JASÓN, de Feres. Cómo curó de una apostema, I.

JERJES. Azota al Helesponto, y envía al monte a Athos un cartel de desafío, I. Por qué se siente acometido por la alegría y la tristeza a la vista de sus innumerables tropas. Propuso un premio a quien inventara un placer nuevo II.

JOINVILLE (Sire de), I.

Jóvenes. Los hay de buena familia que se dan al robo, y por qué razones, I.

JUAN DE AUSTRIA (Don). Vencedor de los turcos, I.

JUAN I, rey de Castilla, I.

JUAN II, rey de Portugal, I.

JUAN SEGUNDO, poeta latino moderno. [531] Lo que Montaigne pensaba de sus Besos, I.

JUANA I, reina de Nápoles. Por qué hizo estrangular a Andreosse, su primer marido, II.

Judíos. Inhumanamente tratados por los portugueses, con el fin de que mudaran de religión, I. Celosos por la suya se matan y matan, asimismo a sus propios hijos.

Jueces. Juramento que los hacían prestar los reyes de Egipto, II. Jueces de la China, instituidos lo mismo para recompensar las buenas acciones que para castigar las malas.

Juego. Para acertar en él precisa ser moderado en ganancias y pérdidas, II.

Juegos de manos. Son odiosos, I.

Juegos y ejercicios públicos. Provechosos a la sociedad, I.

Juicio. Es un instrumento propio para todas las cosas, y que interviene en todas ellas, I. Apenas hay una sola hora de nuestra vida en que nuestro juicio se encuentre en su natural asiento.

JULIANO, Emperador. Diferentes castigos que aplicó a los soldados pusilánimes, I. Por qué le importaban poco las alabanzas de sus cortesanos. Era enemigo de la religión cristiana, pero muy grande hombre, adornado de virtudes excelentes, II. Su castidad y su justicia. Lo que respondió a un prelado que se atrevió a llamarle perverso y traidor a Cristo. Su aplicación al trabajo, y su destreza en el arte militar. Su muerte semejante a la de Epaminondas. Por qué se le llamó Apóstata. Fue muy apasionado por el culto de los falsos dioses, y extremadamente supersticioso. Si es verdad que dijo al sentirse herido: «Venciste Nazareno». Quería restablecer el paganismo. Por qué se mostró generalmente tolerante con los diversos partidos que dividían el cristianismo. Prueba evidente de su actividad y comedimiento.

Justicia. Vender la justicia es costumbre feroz, I. Lo que significaba la espada mohosa de Marsella. Las ejecuciones de la justicia debieran limitarse a la simple muerte, sin ninguna marca de rigor. Justicia maliciosa que por engaño y engañosas esperanzas de perdón lleva al criminal a descubrir su delito, II. Justicia universal, mucho más profunda que particular y nacional. La justicia es la virtud más propia de los reyes. Para el inocente no es cosa segura ponerse en manos de la justicia humana.

JUSTO LIPSIO. Su elogio, I.

- K -

KARENTY (Hechizadas de), II.

KINGE, Esposa de Dolestao, rey de Polonia; aprueba el voto de castidad de su marido, II.

- L -

LABIENO. Sus escritos fueron los primeros que se condenaron a la hoguera, I. No pudo sobrevivir a esta injuria.

Lacedemonios. Fútil ceremonia que celebraban a la muerte de sus reyes, I. Cómo instruían a sus hijos. En qué difería esta enseñanza de la que los atenienses suministraban a los suyos. Lo que los lacedemonios respondieron a Antipater, el cual los pedía cincuenta criaturas como rehenes. Con qué firmeza sus hijos soportaban el dolor. Portento de un niño esclavo lacedemonio, tratada indignamente por su dueño. Generosa respuesta de los lacedemonios a Antipater y a Filipo. Censura hecha a un soldado lacedemonio. Lo que abarcaba la oración pública y particular que los lacedemonios hacían a la Divinidad, I. Si es increíble lo que Plutarco cuenta de un niño lacedemonio que se dejó desgarrar el vientre por un zorro que había robado.

LADISLAO, rey de Nápoles. Cómo fue envenenado, II.

LAHONTAN (Valle de), en Gascuña, II.

LAIS. Lo que decía de los filósofos de su tiempo, II.

LANSSAC (señor de) alcalde de Burdeos, II.

LAODICE, o más bien LADICE. Hermosa griega casada con Amesis, rey de [532] Egipto: por qué prometió a Venus una estatua, I.

Latrocinio. Por qué Licurgo lo consentía, I. Por qué menos odiado que la indigencia, II.

LAURENTINA, famosa cortesana. Por qué contingencia, habiendo dormido en el templo de Hércules alcanzó honores divinos después de muerta, I.

Lenguaje gascón. Lo que de él juzgaba Montaigne, II.

Lenguaje humano. Está plagado de defectos, I. Por qué el lenguaje común, siendo tan propio para todas las demás cosas, se trueca en obscuro en contratos y testamentos, II.

Lenguas. Cómo los buenos ingenios las enriquecen, II. Juicio de Montaigne sobre la francesa.

LEÓN. Hebreo, rabino, II.

LEÓN, papa arriano, sucesor de Félix. Su muerte, I.

LEÓN X, papa. Su muerte, ocasionada por el exceso de gozo, I.

León. Noble gratitud de un león, I. Leones uncidos a una carroza, II.

LEONOR, hija de Montaigne, I.

LÉPIDO, (M. Emilio). Muere del pesar que le ocasiona la mala conducta de mujer, II.

LEY prudentísima concerniente a los reyes muertos, II. Leyes del honor, opuestas a las de la justicia. Si es útil cambiar las leyes establecidas por el uso dilatado. En qué caso las leyes antiguas deben dejar lugar a disposiciones nuevas. Leyes suntuarias. Las leyes autorizaron sobrado tarde a los hombres al manejo de sus negocios. Leyes muy necesarias para mantener al hombre dentro de la rectitud. Leyes humanas sujetas a continuos cambios. Si hay leyes naturales, es decir, universal y constantemente reconocidas. Justicia de las leyes; en qué se fundamenta. Leyes naturales perdidas entre los hombres. Las más justas encierran alguna levadura de injusticia, II. Multiplicidad de leyes, funesta a un Estado. Más leyes que hay en Francia que en todo el resto del universo. Las leyes de la naturaleza son las mejores. Imperfección de las leyes concernientes a los súbditos de un Estado. Lo que da crédito a las leyes más acatadas.

LEYVA (Antonio de). Desaconseja una expedición por ser más grato a Carlos V, su señor, I.

Liberalidad. Si sienta bien a los monarcas, y hasta qué punto, II. Ejemplo de liberalidad de un príncipe, mediante el cual los soberanos pueden aprender a emplear sus dones rectamente.

Libertad, En qué consiste la verdadera, I..

Libros. Cuándo empezaron a quemarse en Roma los libros que disgustaban a los emperadores, I. Ventajas que se sacan de su comercio, II. Inconvenientes que acompañan a los placeres que procuran.

LIGQUES (Señor de), I.

LICURGO. Por qué prohibía a los lacedemonios que despojaran al enemigo o vencido, I. Por qué los consentía que robaran. Lo que ordenó a los casados de Lacedemonia para mantener vivo entre ellos el fuego amoroso, II.

LILIO GREGORIO CIRALDO, sabio italiano. Muerto de miseria, I.

LIVIA (la signora). Sus calzones, I.

LIVIA. Favorecía los amores de su marido Augusto, I. Lo que dijo, habiendo visto casualmente unos hombres desnudos, II.

LORENA (Cardenal de). Comparado con Séneca, II.

LORENA (Renato II, duque de), I.

LUCANO. Condenado a muerte, espiró profiriendo algunos versos de su Farsalia, I. Por qué Montaigne era devoto de Lucano.

LUCRECIO, poeta epicúreo. Si puede comparársele con Virgilio, I. Como perdió la razón y la vida. Animada pintura que hizo de los amores de Venus y de Marte, II.

Lucha. Condenada por Filopemen y por Platón, II.

LUIS (San). Rigidez con que se trataba por cumplir sus devociones, I. Por qué disuadió a un rey tártaro convertido al cristianismo de que fuera a besar los pies del papa a Lyón, I.

Lujo. Leyes que instituyó Zeleuco para atajarlo, I. En Francia, en este particular, se sigue el ejemplo de la corte.

LUTERO. Primeros progresos de su reforma, I.

Luto. Cómo era el que antiguamente usaban las mujeres, y que debieran usar aún hoy, según Montaigne, I.

LYCÓN, filósofo. Cuáles eran sus prescripciones en punto a funerales, I.

LYNCESTES. Si fue en justicia reputado culpable, porque no pudo pronunciar el discurso que meditara para su defensa, II. [533]

MACÓN (Obispo de). Conducta que observó en su embajada de Roma, I.

Madres. Es justo encomendarlas la tutela de sus hijos, I. Qué importancia puede darse a su afección natural por ellos. Cuál es la labor más útil y honrosa para una madre de familia, II.

MAHOMA. Por qué prometió a sus sectarios un paraíso abundante en toda suerte de tangibles voluptuosidades, I.

MAHOMET, emperador. Suplicios bárbaros que ordenaba, II.

MAHOMET II. Conducta que observó con la ayuda que buscara para dar muerte a su hermano, II.

Mal. Lo que es, y de qué modo llega a incumbirnos, I. Estar exento de él es alcanzar la mayor suma de bien que sea posible esperar. Consejo de la filosofía en punto a olvidar los males pasados.

Mal de piedra. Es preferible a otras muchas enfermedades, II.

MALOS. Cuál pernicioso es su comercio, I.

MANLIO TORCUATO. General romano, que condenó a muerte a su hijo; cómo le juzga Plutarco, I.

Mano. De las numerosas acciones que se expresan con su concurso, I.

MANUEL, rey de Portugal. Edicto cruel que publicó contra los judíos, I. Funestos resultados que se siguieron.

Mar. Si es el temor lo que revuelve el estómago a los que viajan por mar, II.

MARAVILLA. Embajador de Francisco I, asesinado en Milán por el duque de Sforzia, I.

MARCELINO (Amiano). Historiador pagano, testigo de las acciones de Juliano el Apóstata; le censura por haber prohibido a los cristianos que establecieran escuelas, II.

MARCIAL. Lo que Montaigne pensaba de sus epigramas, I.

MARGARITA, reina de Navarra. En qué consistía, según ella, el deber de un gentilhomme para con un grande que le visita, I. Su extraña idea tocante a la devoción de un príncipe mozo. Elogio de su Heptamerón.

MARÍA GERMAIN. Véase Germain.

MARÍA STUARDO, reina de Escocia, I.

Maridos. Desdichas a que se hallan expuestos al sujetar extremadamente a sus mujeres, II.

MARIO, padre, fue menos sobrio cuando viejo, II.

MARIO, el Joven. Echó un sueño luego de dar la señal del combate en su última jornada contra Sila, I.

MAROT, citado, I.

MARSELLA. Teníase en esta ciudad guardada una cantidad de veneno, pagado a expensas del pueblo, para los que apeteciera servirse de él.

MARTIN (el capitán San), uno de los hermanos de Montaigne, I.

MASILIENSES, pueblo de África. Cómo manejaban sus caballos, I.

MASINISA, rey. Su vigor conservado hasta la vejez más extrema, I.

MATECOULOM (Señor de), uno de los hermanos de Montaigne, II.

MATIGNON, mariscal de Francia, alcalde de Burdeos, II.

Matrimonio. Qué suerte de contrato, I. Lo que lleva consigo esta unión. Su fin principal. Continencia conyugal. Qué edad es para contraerlo la más propia. Si el lazo del matrimonio se fortaleció quitando los medios de desatarlo, II. Los arrebatos del amor están desterrados de él, y por qué razón. Idea de un buen matrimonio. Altísimo precio del mismo. El matrimonio debe hallarse exento de odio y menosprecio. Diferencia entre el matrimonio y el amor. Por qué los hombres en el matrimonio se abandonan libremente al amor, el cual prohíben rigurosamente a las mujeres. Lo que un buen matrimonio puede hacer. Ley establecida por Platón para decidir de la oportunidad de todo enlace. La amistad en el matrimonio se vivifica con la ausencia.

MAXIMILIANO. Pudor particularísimo de este emperador, I.

MECENAS. Su pasión por la vida, II.

MEDAS. Armados por manera pesadla y molesta, I.

Medicina. Menospreciada por Montaigne enfermo, y por qué causas, I. Cuál es el fundamento de sus aciertos. La experiencia se le antoja (a Montaigne), poco favorable, II. Cuándo comenzó a ser recibida de los romanos. Fue expulsada de Roma por mediación de Catón el Censor. Cuándo y por [534] quién fue puesta en crédito. Es incierto el que la medicina no perjudique al no ocasionar provecho. Sus promesas, generalmente increíbles.

Débiles razones en que este arte se fundamenta. Su incertidumbre justifica casi todos nuestros deseos.

MÉDICIS (Catalina de), reina de Francia, II.

MÉDICIS (Lorenzo de), duque Urbino, I.

Médicos. Si hacen más bien que mal, y cómo excusan el pésimo resultado de sus recetas, II. Ley egipcia que los hacía responsables de sus faenas. Les es muy necesario rodearse de miseria. Renunciaron a él a destiempo. Por qué de un enfermo debiera cuidar un solo médico. Médicos de todas las edades que mutuamente combatieron las opiniones y prácticas medicinales, acusándose unos a otros de ignorancia y mala fe. Los médicos se encuentran muy sujetos a error. Graciosos cuentos contra ellos. Son digno de estima, y por qué razones. Personalmente, rara vez echan mano de las drogas medicinales. Por qué comúnmente nos entregamos en manos de los médicos. En qué se funda el conocimiento que pretenden tener en punto a la excelencia de sus drogas. Los juriconsultos y los médicos son dañinos al país en que viven.

Meditar. Ocupación importante, II.

MEGARIZO. Cómo fue reprendido por Apeles, en cuya casa se le ocurrió hablar de pintura, II.

MEJICANOS. Dividían el mundo en cinco edades, y creían encontrarse en la última de ellas cuando recibieron la visita de los españoles, II. Juramento que hacían prestar a sus reyes. Primera lección que dan a sus hijos.

MÉJICO. Prodigioso número de hombres que sacrificaba anualmente el rey de Méjico, I. Cuántas veces por día mudaba de vestiduras. Crueldad de los españoles para con el último rey de Méjico.

MENÁNDER. Su respuesta a los que le censuraban por no trabajar con una comedia que había prometido, I. Sus palabras sobre la escasez de amigos.

Mentira. Vicio odiosísimo, I. Debe ser en los niños cuidadosamente extirpada. Por qué nos escuece hoy tanto el que se nos acuse de mentir, II. Los griegos y los romanos eran menos escrupulosos que nosotros en esto punto.

Mentirosos. Deben tener buena memoria, I.

Merlines. Especie particular de criaturas entre los musulmanes, I.

Mesa. Cuál era entre los romanos el sitio honorífico de la mesa, I. Placeres de la mesa; partido que de ellos sacaban los griegos y los romanos, II.

METELO. Sus palabras hermosas sobre los obstáculos que deben acompañar a la virtud, I.

Metempsicosis. Recibida en algunas naciones, I.

METROCLES O METROCLO. Por qué razones pasó de la secta de los peripatéticos a la de los estoicos, I.

MIDAS. Se vio obligado a anular la súplica que dirigiera a los dioses, I. Un sueño que tuvo le determina a matarse, II.

Miedo. Extraños efectos de esta pasión, I. Encontrados efectos que produce. Empuja a veces a realizar acciones valerosas. Aleja todas las demás pasiones. Iguales efectos producidos por el miedo y por un extremo ardoroso de valor.

Milagros que san Agustín testifica haber visto, I. Falsos milagros; como reciben crédito en el mundo, II. Causas de lo mucho que cuesta desengañarse de un milagro ficticio. Historia de una patraña que es uno a punto de ser creía, aun cuando fueran débiles sus fundamentos. Si de los sucesos milagrosos que los libros santos nos refieren, puede sacarse alguna conclusión en pro de modernos acatamientos análogos.

Moda. Obstinación e inconstancia de los franceses en lo relativo a lo que llaman moda, I.

Moderación. Requerida hasta en la virtud, I. Cuál es la que debe adoptarse en las revueltas civiles, II y entre personas enfadadas.

Modestia. Muy necesaria a las jóvenes, I, y a las mujeres, II.

Monos. De un tamaño extraordinario, que Alejandro encontró en las Indias, como cayeron en el garlito.

MONTAIGNE (Miquel EYQUEM, Señor de); autor de los Ensayos. Por qué se entretuvo en escribirlos, I. Se lamenta de su escasa memoria. Ventajas que esta circunstancia le procura. Enemigo de las vanas ceremonias. Cómo se aleccionaba con la conversación de los hombres. Época precisa de su [535] nacimiento. Por qué cuidó de familiarizarse con la muerte tempranamente. Por qué se opone a escribir la historia de su tiempo. Fue enseñado desde la infancia a rechazar las argucias y engaños en su juego. Por qué menospreciaba la medicina. Cuál era el grado de conocimiento que tenía en las ciencias. Sus libros favoritos. Juicio que emite de su obra. Qué estilo era más de su agrado. Cómo aprendió el latín y el griego. Despertábanle en su infancia al son de algún instrumento musical. Cómo se aficionó a la lectura desde la edad de ocho años. Nunca leyó novelas. A qué edad representaba los primeros papeles en las tragedias latinas. Su amistad con Labötie (véase este nombre). En diferentes épocas de su vida su gusto por la poesía fue de diversa índole. Crítica que formula sobre Plinio el Joven y Cicerón. En qué hace consistir el mérito de sus Ensayos. Sus disposiciones para el estilo epistolar. Enemigo de los exagerados cumplimientos que se emplean en las cartas. Inhábil para escribirlas de recomendación. Escribía sus cartas con suma rapidez y negligencia. Su conducta un punto a las comodidades de la existencia, en los tres distintos estados en que vivió. Cómo ordenaba

sus gastos. Lo que escribe sobre su manera de trabajar y de considerar un asunto. Cómo juzga el valer de su libro. Retrato y carácter de su padre. Montaigne gustaba poco de la bebida. Historia de un accidente que le ocasionó un largo desvanecimiento. Dificultades inherentes al estudio constante que hace de sí mismo. Si es censurable hablar de uno mismo a las gentes. Lo que le impulsó a escribir. No soportaba de buena gana la vista de los recién nacidos. A qué edad contrajo matrimonio. De la afección que su libro le inspiraba. Por qué calló el nombre de los autores de cuyos pensamientos se sirvió. Lo que buscaba en los libros.

Por qué prefería los antiguos a los modernos. Lo que de Ovidio pensaba hacia el fin de sus días. Poetas latinos según él los más sobresalientes. Para qué le sirvieron Séneca y Plutarco, I. Por qué gustaba con preferencia de la historia. En qué consistía la virtud de Montaigne. Era menos morigerado en sus opiniones que en sus costumbres. En qué consistía su bondad. Era capaz de resistir los empujes más fuertes de la voluptuosidad. Era de muy sensible natural. Su humanidad para con los animales. Cuál era su divisa. Debilidad e inconstancia de su juicio. Por qué no se dejaba arrastrar por las opiniones recientes. Cómo obtuvo la orden de San Miguel. Cómo se encontró resguardado en una casa sin defensa, durante las guerras civiles, II. Resabio particular de Montaigne, señal aparente de altivez torpe. Inclínabase a rebajar el mérito de las cosas que poseía, y a sí mismo se concedía importancia escasa. Que opiniones adoptaba de mejor grado entre todas las relativas al valer de los hombres. Las producciones de su espíritu no le satisfacían gran cosa, qué idea le merecían sus escritos. Se creía poco diestro para conversar con los príncipes. Carácter de su estilo. Su francés estaba adulterado por el lenguaje del país en que vivía. Había perdido la facilidad que tuvo en el hablar y escribir en latín. Cualidades corporales de Montaigne. Era de una complexión delicada y abandonada. Enemigo del cansancio que el deliberar acarrea. Asqueado de la ambición por las incertidumbres que la acompañan. Poco hecho a las costumbres de su siglo. Odiaba el disimulo. Era, naturalmente franco y libre con los grandes. Su memoria era infidelísima. Enemigo de toda obligación y apremio. Nuevas pruebas de la imperfección de su memoria. Carácter de su espíritu. Su ignorancia de las cosas más comunes. Montaigne era naturalmente indeciso. Poco inclinado al cambio en los negocios políticos. En qué se fundaba el aprecio que sus actos le inspiraban,

y la idea que tenía de lo ponderado de sus opiniones. Gustaba alabar el mérito de sus amigos y hasta el de sus enemigos. Su siglo le inspiraba poco afecto. Por qué en su libro habla tan frecuentemente de sí mismo. Alivio que Montaigne encuentra en la vejez. Carácter de su cólera en los negocios graves y en los pequeños. Sujeto al cólico, se acostumbra a sufrirlo pacientemente. Qué ventaja alcanza de esta dolorosa enfermedad. Cree que debemos quejarnos libremente en lo más [536] agudo del dolor. Se dominaba bastante a sí mismo en estos accesos del cólico. Cree haber heredado de su padre el mal de piedra, a que se ve sujeto y el menosprecio que la medicina le inspira. En qué fundamenta este menosprecio. Prefiere la consideración presente a la que pudiera seguirle cuando muerto. Cuáles son para él los bienes más importantes. Por qué habló de la medicina con tanto desembarazo. En qué estado se hallará al ponerse en manos de los médicos. No busca notoriedad al escribir contra ellos. Era enemigo de todo engaño. Extremadamente concienzudo en sus negociaciones con los príncipes. Ningún partido abrazaba con ardor extremo. Su conducta entre dos personas de distintos partidos. Huía los empleos públicos y toda suerte de artificios. Por qué y como se determinó a hablar de sí mismo en su libro.

Juzgaba mejor de su persona mediante la reflexión que su conducta que por las censuras o alabanzas de sus amigos. Adoptaba su juicio como director ordinario de sus acciones. No se arrepentía de la manera como gobernara sus negocios. Rara vez se servía del consejo ajeno para sus asuntos, y rara vez aconsejaba a los demás. Por qué no se afligía cuando los acontecimientos no correspondían a sus deseos. Lo que opinaba del arrepentimiento ocasionado sólo por la edad. En qué hacía consistir su dicha. Poco atento a las conversaciones frívolas. Se lamenta de su delicadeza suma en el comercio que se ve obligado a mantener con el común de los hombres. Apasionado por las amistades exquisitas y poco apto para las comunes. Cuál era la soledad que apetecía. De qué clase de hombres buscaba la familiaridad. De la dulzura que encontraba en el trato con las mujeres. Quería que este comercio fuera acompañado de sinceridad. En amor prefería las gracias corporales a las del espíritu. Qué partido sacaba de su comercio con los libros. Lo que dice de su biblioteca y de la situación de la miseria. Se libertaba de una pasión con el auxilio de otra. Lo que piensa de los que condenarán la licencia de sus escritos. Gustaba decir cuanto osaba hacer. Por qué gustaba hacer pública su confesión. Qué razón le comprometió a casarse, aunque mal dispuesto para el matrimonio. Lo que juzgaba de la lengua francesa. Por qué, salvo Plutarco, le parecía bueno prescindir de todo libro al escribir; y componer en su casa, donde nadie le ayudaba. Era muy propenso a la imitación. Ordinariamente producía de improviso sus más profundos pensamientos. No gustaba de que le interrumpieran cuando hablaba. Su inclinación en materia de amor. Sobrado libre en sus palabras: cómo excusa esta licencia. Con cuánta discreción y buena fe se conducía en sus amores. Creía que el amor era saludable, usando de él con moderación. No podía soportar coche-litera ni barco. Nunca deseo los primeros empleos. Hubiera preferido una vida tranquila y deleitosa a la de un Régulo. No gustaba dominar ni ser dominado. Soportaba sin contrariedad la réplica en las conversaciones. Por qué desconfiaba de la competencia de un hombre cuando le veía en un puesto encumbrado. Gustaba burlar y ser burlado. Cómo se disponía para juzgar de una obra literaria, cuyo autor le pedía parecer. Cómo bromea sobre el designio que se propusiera de registrar sus propias fantasías. Era más moderado y prudente en la prosperidad que en la desdicha. Por qué se complacía viajando. Huía la confusión de los negocios domésticos. Era poco dado al gusto de edificar y a otros placeres de la vida retirada. Gustaba fiarse en su servidumbre. Evitaba el informarse de sus propios negocios por pura negligencia. En modo alguno inclinado a atesorar, bastante diestro en el gastar. Enemigo de las repeticiones. Desconfiaba de su memoria, hasta cuando había aprendido algo al pie de la letra. Adicionaba su libro, pero en lo ya escrito nada modificaba. Muy expuesto en su casa durante las guerras civiles; por qué le contraría no verse a cubierto del saqueo, sino merced al auxilio ajeno. Montaigne se consideraba absolutamente sujeto por los compromisos de su probidad y por sus promesas. Era tan enemigo de la sujeción, que juzgaba ventajoso el ser desligado de su unión a ciertas personas merced a la ingratitud de las mismas. [537] Felicitábase por no deber nada a los príncipes, pudiendo así vivir independiente. Afección que París le inspiraba. Consideraba a todos los hombres como compatriotas. Ventajas que los viajes le procuraban. Por qué prefería mejor morir lejos que en su casa. Quisiera que le asistiese un prudente amigo al abandonar el mundo. Lo que gana al publicar sus costumbres. Cuáles eran sus preparativos en lo tocante a la muerte. Su manera de viajar. Con qué género de muerte se avendría mejor. Prestábase sin duelo a los diferentes usos y maneras de cada país. Hubiera deseado un compañero de viaje con quien departir. Razones que hubiesen podido apartar a Montaigne de la pasión de los viajes. Lo que repone a ellas. Por qué se ve obligado a pintarse tal cual es. Era poco apto para el

manejo de los negocios públicos. Por qué le gustaban las digresiones. Su inclinación por la ciudad de Roma. Por qué Montaigne no juzgaba desdichado el carecer de hijos que pudieran llevar su nombre. Uno de los favores de la fortuna que más le contentaban fue el haber alcanzado el título de ciudadano romano. Se apasionaba por contadas cosas. Por qué se oponía a las afecciones que le ligaban a otras cosas distintas de su persona. Elegido alcalde de Burdeos, viose obligado a aceptar el cargo, que conservó en la segunda elección. Retrato que traza de sí mismo a los señores de Burdeos. Por qué excedía en sus necesidades los límites que la naturaleza exige necesariamente. Al adoptar un partido no aprobaba las injusticias en el ridículo porfiar del mismo. Cuidaba de que sus afecciones no le esclavizaran. Cómo en el gobierno de sus negocios y en el de sus propias acciones, evitaba los inconvenientes precaviéndolos. Oponíase por de pronto al progreso de sus pasiones. A qué costa cuidó de evitar los procesos. Cómo juzgaron su conducta de funcionario. En qué clase de negocios Montaigne hubiera podido ser ventajosamente empleado. Cuál era a sus ojos el milagro más real. Enemigo de las decisiones arraigadas. Maltratado por ambos partidos durante los desórdenes de una guerra civil, cómo soportó este infortunio. Penalidades a que fue reducido por la peste, la cual le echó fuera de su casa. Con qué designio Montaigne sembró su libro de citas. Su aire ingenuo le fue de mucho provecho, particularmente en dos ocasiones peligrosísimas. La sencillez de seis intenciones, que aparecía en sus ojos y en el timbre de su voz, impedía que fuera mal interpretada la libertad de sus razones. Estudiábase a sí mismo más que ninguna otra cosa; lo que aprendía con este estudio, que le instruía en el juzgar regularmente a los demás. Creíase apto para hablar libremente a su maestro, enseñándole a conocerse a sí mismo. Por qué entendía que su libro puede procurar instrucciones útiles a la salud del cuerpo. Enfermo observaba la misma manera de vivir que en cabal salud. Huía el calor emanado directamente del fuego. Hábitos a que en la vejez se encontraba esclavizado. Cuidaba de mantener el vientre libre. Sano y enfermo, seguía gustoso la inclinación de sus apetitos naturales evitaba. Por qué el hablar de su mal a los médicos. En seis males gustaba acariciar su fantasía. Su constitución era naturalmente sana, y así se mantuvo hasta la vejez. Poco se trastornaba su espíritu con los males del cuerpo. Sus sueños más bien extravagantes que tristes. En la mesa era poco delicado. Desde la cuna fue enderezado a la vida más humilde. Fue tenido en la pila bautismal por gentes de humilde condición. Fruto de esta educación. No gustaba permanecer mucho tiempo en la mesa. De qué suerte de abstinencia era capaz. Su gusto experimentó cambios y evoluciones. Era goloso en punto a pescados, y no apetecía mezclarlos con la carne. Ayunaba alguna vez, y por qué causa. Preceptos que observaba en materia de vestidos. Prefería el almuerzo a la cena; qué medida observaba en su beber. Su deseo en lo relativo al aire. Más le contrariaba el calor intenso que el extremado frío. Gozaba de buena vista, pero sus ojos estaban cansados por el demasiado uso. Su manera de andar; permanecía poco tiempo en una misma situación. Comía con demasiada avidez. Lo que opinaba de los placeres [538] de la mesa. En qué rango colocaba los goces puros de la fantasía Y los placeres corporales. Cómo empleaba su vida. Gustaba saborear las dulzuras de su situación. Sus discursos concordaban con sus costumbres.

MONTCONTOUR (batalla de), I.

MONT DORÉ. Considerado [539] por Montaigne como uno de los mejores poetas de su tiempo, II.

MONTFORT (Juan V, conde de), duque de Bretaña, I.

MONTLUC (Señor de), Mariscal de Francia, I.

MONTMORD (Señor de), I.

MONMORENCY (Condesable de). Su conducta en el sitio de Pavia, I. Su muerte es uno de los acontecimientos más notables de la época, II.

Moral. Lecciones de moral, tan menospreciadas por quien las predica, como por quien las oye, II.

MUCIO SCÉVOLA. Su firmeza en el sufrimiento del dolor, I.

Mujeres. Acción generosa de las mujeres de Weinsberg, I. Mujeres, consideradas como incapaces de una amistad perfecta. Que se entierran o se abrasan con los cuerpos de sus maridos. Que menosprecian el dolor por el acrecentamiento y conservación de su belleza. Luto antiguo de las mujeres, que en opinión de Montaigne debiera también ser moderno. Que prefirieron conservar el honor mejor que la vida. Que se dieron la muerte por impulsar a sus maridos a imitarlas. Por qué las mujeres propenden a contrariar a los maridos. Su crecida dote es la ruina de las familias. Es nocivo el consentir que las mujeres repartan entre sus hijos los bienes paternos. Es indeterminada la duración del embarazo. Por qué se enmascaran, adoptando un continente severo y lleno de pudor, II. Diferencia que existe entre el honor y el deber de las mujeres. Notable ejemplo de una mujer que se ahogó por haber sido maltratada por su marido. Mujeres indias que se abrasan y entierran voluntariamente con el cadáver de sus maridos. Mujeres dominadas por el arrebató; como se enfurecen. Mujeres gasconas; muy obstinadas. Lo que Montaigne pensaba de las mujeres que no muestran afecto a sus maridos hasta cuando éstos mueren. Ejemplo de una mujer desconocida de y de extracción humildísima, que por pura afección hacia su marido, atacado de un mal incurable, le impulsó a la muerte y murió con él, qué género de conocimientos las acomodan. Del comercio con las mujeres: sinceridad que debe acompañarle. Leyes severas impuestas a las mujeres por los hombres, sin la aquiescencia de ellas. Si estas leyes las hicieran más comedidas. Cuán difícil las es guardar su castidad. Lo que a ello debe impulsarlas. Cuánto las mujeres son por los celos atormentadas, y cuán odiosas se muestran al abandonarse a ellos. Mujeres escitas que saltan los ojos a sus esclavos para servirse de ellos con mayor sigilo. A qué precio se glorificaba de perder su honor una mujer de las Indias Orientales. Los celos de las mujeres son funestísimos a los maridos. Por qué en materias de amores proceden mal los hombres al censurar la ligereza e inconstancia de las mujeres. A qué edad las mujeres deben cambiar el dictado de las hermosas por el de las buenas.

MULACEY, o mejor, MULEY-HAZÁN, Rey de Túnez. Lo que censura en la conducta de su padre, I.

Mulas y Mulos. Montura honrosa v deshonrosa en diferentes países, I. Ejemplo de sutileza maliciosa dado por un mulo, II.

MULEY-MOLUC, Rey de Fez. Presto a morir de una enfermedad, libra batalla a los portugueses, y alcanza la victoria. II.

Multitud. Cuán menospreciable es su juicio, II.

Mundo. Frecuentación del mundo; es muy provechosa, I. El mundo debe ser el libro de la gente joven. La pluralidad de mundos creída en lo antiguo y aun hoy, y lo que puede concluirse en este punto, según Montaigne. El mundo está sujeto a perpetuas mutaciones.

MUNDO (Nuevo). Reflexiones sobre su descubrimiento, I. En él se vivía sin magistrados y sin leyes, con regularidad mayor que nosotros actualmente. Conformidad sorprendente de los usos y creencias del Nuevo Mundo con los nuestros. Del Nuevo Mundo y de la índole de sus habitantes en el tiempo en que fue descubierto, II. Fue subyugado por la astucia de los españoles más bien que por su valor. Inhumanidad con que a los habitantes del Nuevo Mundo trataron los españoles.

MURET (Marco Antonio). Considerado por Montaigne como uno de los mejores oradores de su tiempo, I.

Muerte. En qué sentido nos libra de todas nuestras obligaciones, I. Único juez de la dicha humana. Menosprecio de la muerte, una de las principales buenas obras de la virtud. Algunos ejemplos de muertes extraordinarias y repentinas. Cuánto importa hallarse preparado de antemano a la muerte y familiarizarse con ella. Cuáles son las muertes más sanas. El no temer la muerte nos procura una verdadera libertad. Motivos de esta verdad. La muerte forma parte del orden del Universo. Por qué va mezclada con amarguras. Por qué en la guerra nos parece distinta que en nuestra casa. Diversidad de opiniones en punto a la muerte. Bromas dichas en la hora de la muerte. La muerte buscada con avidez. La muerte, remedio de todos. Depende de la voluntad del hombre. Razones contra la muerte voluntaria. Razones que pueden impulsar a un hombre a darse la muerte. Muertes funestas por haber sido precipitadas. La muerte preferida a la esclavitud; y a una vida desdichada. Muerte deseada por la esperanza de un mayor bien. No puede experimentarse más que una vez, y todos somos aprendices cuando a ella llegamos. Cómo es posible familiarizarse con la muerte. Si los desfallecimientos en la agonía son dolorosos. La muerte se interpreta según la vida. Lo que debe de juzgarse de la firmeza de mucha gente que se mataron, II. Cuál es la muerte más deseable. El deseo de morir útilmente es muy laudable, mas la ejecución de este deseo no reside, en nuestra mano, si los que prestos a recibir la muerte en el cadalso, se entregan a transportes grandes de devoción, deben ser alabados por su firmeza. Si cuando se muere en una batalla o en combate singular, se piensa mucho en la muerte. Consideraciones diversas que nos imposibilita el pensar directamente en la muerte. Para qué sirve la preparación a la muerte. La muerte forma parte de nuestro ser, y es utilísima a la naturaleza.

MUSA, Médico de Augusto, II.

Musas. Son el juguete y pasatiempo del espíritu, II. Muy ligadas a Venus, I.

MUSSIDAN (Sitio de), I.

MYSON, uno de los siete sabios. Su respuesta a quien le preguntó por qué reía hallándose solo, II.

- N -

Nácar. Unión que mantiene con la ostra, I.

Naciones. Si las hay que duermen y velan durante seis meses consecutivos, I. Naciones que tuvieron un perro por monarca. Que no se expresan sino por gestos.

Natural sanguinario para con los animales. Lo que denota, I.

Naturaleza. Es superior al arte, I. Lo que Montaigne concluye en este respecto, en favor de los animales contra el hombre. El estudio de la naturaleza es alimento del humano espíritu. Qué entendemos por seguir su camino, I. Conformarse con naturaleza, precepto importantísimo hasta en lo relativo a lo exterior, II. La naturaleza hizo gratas al hombre las acciones necesarias.

NAUSIPHANES, discípulo de Pirrón. Lo creía todo incierto, I.

Necedad. El no poder soportarla es molestísima enfermedad del espíritu, II. La gravedad exterior y la situación de fortuna de quien habla a veces comunican autoridad a las simplezas que profiere.

Necesidad. Es una violencia maestra, I.

Necesidades naturales. Sus límites, I.

Necios. Imposibilidad de tratar con ellos de buena fe. Un necio dice alguna vez cosas sensatas Lo más insoportable que haya en el necio es que admira cuanto dice.

Nieve. Los antiguos la empleaban para refrescar el vino, I.

Neoritas. Cómo trataban a los cadáveres, II.

NERÓN. Magnanimidad de dos soldados interrogados por este tirano, I. Impresión que sentía al abandonar a su madre, cuya muerte había ordenado. Humanidad que muestra al firmar la sentencia de un criminal.

Neutralidad. No es hermosa ni honrada en las guerras civiles, II.

NIGETAS, o mejor Hicetas, siracusano. [540] Fue uno de los primeros que sostuvieron que la tierra se movía, I.

NICIOS. Cómo perdió las ventajas que ganara en buena lid sobre los de Corinto, I.

NINACHETUEN, Señor indio. Se arrojó al fuego por no sobrevivir a su deshonor, I.

Niños. La mentira y la testarudez deben extirparse en ellos primeramente, I. Cuánto importa el corregirlos tempranamente. Es difícil prever por sus acciones primeras lo que serán andando el tiempo. El fruto de la educación de una criatura depende de la elección de su preceptor. Utilidad de los viajes para los niños. Por qué no debieran ser educados junto a sus padres. Debe acostumbrárseles, cuando están en compañía, a que vean todo lo que acontece en su derredor. Precisa inspirarles la sinceridad y una curiosidad honrada. A qué edad deben estudiar las ciencias. Síntomas reveladores de la buena o mala índole de las criaturas, I. Un niño es capaz de acoger las lecciones de la filosofía. No debe la severidad inducirlos al estudio. Debe apartárseles de todo humor extraño y particular, y procurar que estén hechos a toda suerte de costumbres, y hasta a poder soportar algunos excesos. Por sus actos deben juzgarse los adelantos que realizan. Deben ser más cuidadosamente instruidos en el conocimiento de las cosas que en el de las palabras. No han de embarazarse para desembrollar las sofisticas sutilezas. Quiere Sócrates que se les dé un nombre hermoso. Por qué razón el afecto hacia sus padres es menor que el de éstos para con ellos. Debe condenarse la violencia en su educación. Medio eficaz de hacerse amar por las criaturas. El nombre de padre siempre ha de ser por ellas proferido. Debe admitírseles en la vida familiar con sus padres, cuando tienen edad para ello. Debe aprobarse el impedirles simular defectos físicos, II. No debieran ser indiscretamente abandonados al gobierno de sus padres. Maravillosa paciencia de un niño lacedemonio.

NIOBE. Por qué los poetas simularon que se convirtió en roca, I.

Nobles. Colocados en un festín en diferentes mesas, conforme a la identidad de sus nombres de pila. A qué rango son elevados en el reino de Calcuta, II.

Nobleza. Nombres altivos y magníficos, de la antigua nobleza, I. Lo que esencialmente la constituye en Francia. La nobleza no va necesariamente unida a la virtud, II.

Nombres. Tomados en mala parte, I. Nombres más frecuentes en la genealogía de algunos príncipes. Es conveniente tener un mimbres fácil de pronunciar. Confusión que engendra el tomar nombre de las tierras que se poseen. Los cambios de nombre contribuyen a falsificar las familias más oscuras. Nombres y sobrenombres, diversamente cambiados. Nombres comunes a algunas personas.

NOUE (De la). Su elogio, II.

Novedades. Introducidas en las leyes, son siempre funestas, I. Hasta el más sano motivo de ellas es perjudicialísimo. En los trajes, bailes y otras cosas son funestas a la juventud.

NUMA, Rey de Roma, I.

NUMIDAS. Por qué cabalgando, en sus combates llevaban un segundo corcel, I.

- O -

Obediencia pura. Primera ley que Dios impuso a los hombres, I.

Ociosidad. Sus peligrosos efectos, I.

OCTAVIO (Sagitta). Bárbara acción a que los celos le arrastraron, II.

OLLIVIER (Canciller). Frase que se le atribuye, II.

Olores extraños. Con razón tenidos por sospechosos, I.

Opiniones. Abrazadas a expensas de la vida, I. Avaloran muchas cosas. De la libertad en punto a opiniones filosóficas.

Oración. Cuál es la que los cristianos debieran constantemente tener en los labios, I. Es la única que Montaigne rezaba. Lo que debe juzgarse de las devociones de aquellos que persisten deliberadamente en sus malas costumbres. Abusos que se cometen en punto a rezos.

Oráculos. Cuándo comenzaron a perder su crédito, I. [541]

Orador. Se entenece con un papel fingido que él mismo representa, II.

ORANGE (Guillermo de Nasau, príncipe de), II.

Órdenes de caballería. Institución laudable y muy en boga, I. La Orden de San Miguel, que en sus orígenes fue muy estimada, cayó luego en el menosprecio. Es difícil acreditar una nueva Orden de caballería.

ORGULLO. Sus funestos efectos, I.

ORÍGENES. Por qué se abandonó a la idolatría, II.

OSTORIO. Con qué firmeza se dio la muerte, II.

Otanes. En qué ocasión renunció al derecho que lo asistía para pretender al trono de Persia, II.

OTÓN. Echó un sueño poco antes de matarse, I. Lo que tuvo de común con Catón.

OVIDIO. A qué edad Montaigne comenzó a perder el gusto de este poeta, I.

- P -

Padrenuestro. Oración que los cristianos debieran rezar constantemente, I.

PADRES. Profesan mayor afección a sus hijos que los hijos a los padres, I. Cómo debiera gobernarse esta afección. Cuándo deben los padres distribuir los bienes entre sus hijos. Jóvenes empujados al robo por la avaricia de sus padres. Excusa deleznable de los padres que atesoran para hacerse respetar de sus hijos. Cuál es el respeto que los padres deben inspirar. Un padre anciano debe dejar a sus hijos el disfrute de sus bienes, mas reservandose la libertad de recoger éstos de nuevo cuando los hijos abusan de su bondad. Un padre debe familiarizarse con los hijos que lo merecen. Notable ejemplo sobre este punto. Rigor de algunos padres, que privan a sus hijos del fruto de sus bienes hasta después de su muerte. Error de los padres que castigan a los hijos dominados por un acceso de cólera, II. Semejanzas que pasan a los hijos, de los padres, abuelos y bisabuelos.

País. País pequeño en el cual reinaban la paz y la salud porque en él no hubo nunca abogados ni médicos; cómo es vio al fin expuesto a los procesos y a una legión de enfermedades, II.

Palabra. La más categórica es susceptible de sentidos diversos, I.

PALUEL, bailarín, I.

PALUS MEOTIDES. Terribles heladas en esta región, I.

PANECIO. Prudente respuesta de este filósofo a un joven que le preguntó si sentaría bien enamorarse al hombre cuerdo, I.

PARACELSO. Médico alquimista, I.

Parecido. Pasa a los hijos de los padres, abuelos y bisabuelos, II.

PARÍS. Lo que piensa Montaigne de esta ciudad, I.

Parlamento. Véase Plaza sitiada.

PARMÉNIDES. Lo que consideraba como Dios, I. Su opinión sobre la naturaleza de nuestra alma.

PARTHOS. Iban casi siempre a caballo, I. Descripción de sus armas.

Parto. Dolores que le acompañan, soportados con toda calma, I. Ejemplo notable de una dama romana en este respecto.

PASICLES. Imprudencia de este filósofo cínico, I.

Pasiones. Las que se dejan gustar y digerir son mediocres I. Echamos mano de las cosas inanimadas para apacientarlas. Los primeros movimientos de las Pasiones, consentidos al filósofo por los estoicos. Las pasiones turbulentas animan y acompañan a las virtudes más preclaras. Efectos que su diversidad debe producir. Es posible libertarse de una pasión con el concurso de otra, II. Cómo el tiempo disipa las pasiones. Ejemplos de pasiones violentísimas, engendradas por causas frívolas.

PAULINA, Mujer de Saturnino. Matrona muy reputada en Roma, que creía mantener comercio con el dios Serapis, I.

PAULINO, Obispo de Nola. Lo que dijo después del saqueo de esta ciudad, viéndose despojado de todos sus bienes y reducido a prisión, I.

PAUSANIAS, el lacedemonio. Suplicio que sufrió, ideado por su madre, I.

PAUSANIAS, el macedonio. Citado como ejemplo de los horrores que origina una tremenda borrachera, I.

PAVÍA, (Sitio de), I.

PAXIA, Mujer romana. Por qué se dio la muerte, I.

Pedantes. Siempre menospreciados de [542] los hombres pulidos, I. Extrema diferencia entre nuestros pedantes y los antiguos filósofos. Carácter del perfecto pedante.

Pedos, que un hombre soltaba a su albedrío; sucedido sobre este particular, relatado por San Agustín, I. Pedos concertados, según Vives.

PEGÚ (reino del). Sus habitantes van siempre descalzos, I.

PELAGIA (Santa). Su muerte, I.

PELLETIER, Médico y matemático, I.

Pena. Nace con el pecado, I. Penas en la otra vida, y en qué se fundamentan, II.

PERIANDER, Médico griego. Censura que le dirigió Arquidamo al abandonar la gloria de buen médico por alcanzar la de poeta detestable, I.

PERIÁNOLER, tirano de Corinto. Hasta qué extremo llevó el amor hacia su mujer, II.

Perro. Animal capaz de razón, I. Perro que se finge muerto. Otro que se las ingenia para extraer el aceite del fondo de un cántaro. Perros adiestrados para combatir en las batallas. Perros de caza: conocen cuál es el más fino de sus pequeñuelos. Perros más fieles que los hombres. Perros de las Indias, cuya magnanimidad es extraordinaria.

PERROCET. Hábil fabricante de naipes, II.

Persas. Enseñaban la virtud a sus criaturas, en lugar de las letras, I. Ocupábanse de sus principales negocios después de beber.

PERSEO, auditor de Zenón. A qué dice que se aplicó el nombre de Dios, I.

PERSEO, rey de Macedonia. Prisionero en Roma, murió por la privación del sueño, I. Su carácter, sobre poco más o menos el de todos los hombres, II.

PERSIA. Hasta qué momento los reyes de Persia guardaban a sus mujeres en los festines, I.

PERÚ Cómo trataron los españoles al último príncipe de este reino, II. Pompa y magnificencia de las construcciones del Perú.

Pescados. Se veían nadando en las salas bajas de los antiguos, I. Pececillo que detiene las embarcaciones en plena mar. Asistencia mutua que los peces se prestan.

PESCARA (Marqués de), I.

Peste. Descripción de la que se propagó en el país donde Montaigne vivía, II. Firmeza del pueblo ante este desastre general.

PETRARCA, I.

PETRONIO (Granio), Cuestor en el ejército de César. Su respuesta a Escipión, que le quiso hacer merced de la vida teniéndole prisionero, II.

PETRONIO, favorito de Nerón. Con qué blandura abandonó la vida, II.

PIBRAC. Su elogio, II.

Piedad. Disipa la enemistad, I. En qué respecto parece viciosa a los estoicos, I.

Pichones. Hechos a llevar cartas, II.

Pies. Habitados al oficio de manos, I.

PISÓN, general romano. Exceso de injusticias a que fue impulsado por la cólera y el rigor de su temperamento, II.

PITACO. Cuál era el mayor mal que soportó en la vida, II.

PIRRO. Su huera ambición, I. Estuvo a punto de perder una batalla por disfrazarse en el combate, I.

PIRRÓN. Su retrato, I. Intentó vanamente armonizar su vida con su doctrina, II.

Pirronianos. Sus opiniones, I. Ventajas que les procuraban. Su lenguaje ordinario. Qué conducta observaban en la vida diaria. Difícilmente encuentran expresiones que sean capaces de representar sus ideas. Ataraxia o quietud de ánimo de los pirronianos.

PITÁGORAS. Lo que contestó a un príncipe que le preguntaba cuál era su ciencia. (Montaigne atribuye erróneamente esta respuesta a Heráclido Ponto), I. Apaga Pitágoras el calor de unos jóvenes con los senos de la música. Compraba animales vivos para devolverles la libertad. Idea que según este filósofo se formaba el hombre de Dios. El Dios de Pitágoras.

Placer. Ese fin y el fruto de la virtud humana, I. El espíritu y el cuerpo deben ayudarse mutuamente para aprovecharlo, II.

PLATÓN. Hermoso precepto que con frecuencia alega en sus escritos, I. Riñó a un muchacho que jugaba nueces. Elogio de sus leyes sobre la educación de la infancia. En qué orden disponía los bienes corporales. Cuántos servidores tenía. Quiere que se sepulte ignominiosamente a los suicidas. Diálogos de Platón; juicio de Montaigne sobre los mismos. Efecto que produjo en algunos de sus discípulos su discurso sobre la inmortalidad [543] del alma. No quería que se hablara a los hombres del infierno ni del Tártaro. Cuáles fueron sus ideas verdaderas. Cuántas sectas originaron sus doctrinas. Por qué eligió el filosofar por diálogos. Su opinión, algo vaga, sobre la naturaleza de Dios. Dichas que prometía al hombre en la otra vida. Cuento inventado sobre su nacimiento. Si Platón dijo que la naturaleza es una poesía enigmática. Cómo Timón le llamaba para injuriarle. Lo que decía de la naturaleza de nuestra alma. Ridícula definición del hombre, formulada por Platón. Por qué rechazo una túnica perfumada. Su circunspección en un acceso

de cólera, II. Por qué se le llamó el Homero de los filósofos. Hermosas palabras de Platón para los maldicientes de su persona. Qué calidades exigía del hombre que pretende examinar el alma de otro hombre. Cómo apetece a quien se propone curar las enfermedades de los mortales.

Platos. Servidos por orden alfabético, I.

PLAUTO. Pésimo gusto de los que le igualan a Terencio, I.

Plaza sitiada. Si el que la gobierna debe o no salir a parlamentar, I.

Plazas sorprendidas mientras se parlamenta. Defensa por demás obstinada de una plaza; por qué se castiga. Gobernadores de plazas, castigados por cobardía.

PLINIO, el joven. Con qué miras aconsejaba la soledad, I. Escasa firmeza de su precepto. Con qué designio publicó las cartas que a sus amigos escribieron.

PLUTARCO. Elogio que de él hace Montaigne, I. Lo que Plutarco juzga de Bruto y de Torcuato, que condenaron a muerte a sus hijos. Comparación de Séneca y Plutarco. Cree Plutarco que después de muertos los hombres virtuosos se convierten en verdaderos dioses. Su equidad y su dulzura, II. Justificado por Montaigne de las censuras de Juan Bodin, en lo tocante a haber escrito cosas increíbles. Si Plutarco mostró equidad es cabal en la elección que de los romanos hizo para parangonarlos con los griegos. Es menos rígido que Séneca, y por consiguiente menos persuasivo.

Poesía. La exquisita está por cima de los preceptos, I. Poesías extravagantes. Poesía popular, comparable a la más perfecta. La poesía mediocre es insoportable.

Poeta. Sus arranques dependen mucho del acaso, I. Es entre todos los obreros el más enamorado de su labor. Poetas latinos y franceses de la época de Montaigne, II.

POITIERS. Fundación de Nuestra Señora la Mayor en esta ciudad; su origen, I.

POL (Pedro), doctor en teología. Cómo se paseaba por París en su mula, I.

POLEMÓN, el filósofo. Por qué su mujer hizo que compareciese ante la justicia, II.

Policía humana. Tan llena está de imperfecciones, que ha menester de vicio para sustentarse, II.

POLIO. Véase ASINIO POLIO.

Políticos. Cómo entretienen al pueblo mientras más le maltratan, II.

POLONESES. Se hieren para autorizar su palabra, I.

POMPEYA PAULINA, mujer de Séneca. Decidida A morir con su marido, hízose cortar las venas de los brazos, II. Nerón impidió la ejecución de aquel designio.

POMPEYO. Perdonó a toda una ciudad, considerando la generosidad de un ciudadano. Censurado por no haber sabido aprovechar la ventaja que sobre César alcanzara en una ocasión, y por haber ordenado a sus soldados que aguardaran al enemigo en lugar de lanzarse sobre él. Era excelente jinete. Declaraba sus adversarios a cuantos no le seguían en la guerra, II.

POMPEYO. Bailarín de la época de Montaigne, I.

PORTUGUESES. Arrojadados por las avispas frente a una ciudad que tenían cercada, I.

POSIDONIO, filósofo estoico. Cómo triunfó del dolor, I.

Postas. Caballos de postas establecidos por Giro, y también por los romanos, II. Correos en el Perú.

POSTUMIO. dictador. Por qué hizo matar a su hijo, I.

POYET (Caballero), I.

PRAXÍTELES. Efecto que produjo su estatua de Venus en un joven, II.

Preceptor de un niño. De su elección depende el fruto de la educación, I. Cualidades que han de adornarle, y regla que debe seguir en la instrucción de su discípulo.

Predicadores. Comparados con los ahogados, I. Su propia pasión los persuade. [544]

Predicciones, que se sacaban del vuelo de las aves; de qué calidad I.

Presunción. Enfermedad natural del hombre, I. Exclusivo patrimonio del mismo. Lo que es la presunción, II. El temor de caer en ella no debe impedir el que no reconozcamos tales cual somos.

Príncipe. Ley que ordena examinar la conducta de los príncipes después de muertos, I. Ceremonia ordinaria en sus entrevistas. Situación desdichada de un príncipe desconfiado en demasía. Si el príncipe debe en sus propias tierras aguardar al enemigo o ir a combatirle en las suyas. Ejemplos favorables y adversos en uno y otro designio. Cuánto importa a los príncipes el huir las artimañas, II. Un príncipe debe morir a pie firme sin abandonar el manejo de sus negocios; y mandar sus ejércitos en persona. Cuánto debiera ser la actividad y sobriedad de los príncipes. Sus secretos son de importuna guarda para quien nada tiene que hacer con ellos. En qué casos debe excusarse a un príncipe el faltar a su palabra. Excelente carácter un príncipe, cuyo ánimo superaba los vaivenes de la fortuna.

Principios. Diversidad de opiniones en lo relativo a los principios naturales, I. Acogiendo los principios sin examen se expone el hombre a caer en toda suerte de extravíos.

Proceso. Ninguno hay tan claro que las opiniones sobre él dejen de ser encontradas, I.

Profetas de los salvajes de América. Su moral y cómo se los trata cuando sus profecías resultan inciertas, I.

Promesa. Único caso en que al hombre privado puede consentírsele faltar a su promesa, II.

Pronósticos de diversos géneros. Cuándo fueron anulados, I.

Protágoras. Carecía de parecer sobre lo que fueran la existencia, la no existencia y la naturaleza de Dios, I.

PROTÓGENES. Cómo concluyó casualmente una pintura que quería borrar, I.

Provecho. Varios ejemplos que muestran ser el beneficio de los unos perjuicio para los otros, I.

Pueblos, que nunca atacan a sus enemigos sin que antes éstos los hayan declarado la guerra, I. Cada pueblo vive satisfecho con la forma de gobierno a que está habituado. Pueblos en que los hijos se comen a sus padres, después de muertos; otros que los queman. Que al pueblo precisa un culto palpable, II. Necesidad de que ignore muchas cosas verídicas y de que crea muchas falsas. Pueblos en que el hijo se comía a su padre, y por qué razón. Si deben extrañar a los pueblos los extravagantes gastos de los príncipes. Cómo los políticos adormecen al pueblo al mismo tiempo que peor le tratan. Indiscreción con que los pueblos se dejan guiar por los jefes de bando.

Pulgares (dedos). Costumbre de estipular alianzas pinchándose y chupándose mutuamente los pulgares, II. Etimología de la palabra pulgar. Cómo se los llamaba en griego. Comprimir los pulgares, signo de aprobación, y levantarlos de desaprobación. Castigo aplicado por los romanos a los que se cortaban los dedos pulgares. Pulgares cortados al enemigo vencido.

Pulpo. Especie de pescado que cambia de color cuando lo apetece. I.

- Q -

QUELONIS. Hija y esposa de reyes de Esparta. Su ternura y su generosidad, II.

Querellas. Deliberación que debe precederlas, II. Cuán vergonzosas son casi todas las reconciliaciones que las siguen.

QUILÓN. Precepto de Quilón aplicado solamente a las amistades comunes, I.

QUINTILIANO. Por qué desaprobaba el que en las escuelas se azotase a los muchachos, I.

QUIRÓN. Por qué no creía en la inmortalidad, I.

QUITO. Camino magnífico de Quito al Cuzco, II.

- R -

RABELAIS. Colocado por Montaigne entre los autores puramente amenos. I.

RACIAS, llamado padre de los judíos. Su muerte generosa acompañada de una firmeza singular, I. [545]

RAISCIAC, Señor alemán. Su muerte súbita, engendrada por la tristeza, I.

RANGO. Influjo grande que sobre nosotros ejerce, II.

RANGÓN (conde de Guido), I.

RAVENA (Victoria de), I.

Razón humana. Si es capaz de juzgar de lo que con ella inmediatamente se relaciona, I. El adormecimiento de nuestra razón, camino natural para penetrar en la mansión de los dioses. Espada peligrosa y de doble filo, II.

Recompensas, en la otra vida; en qué se fundamentan, I.

RÉGULO. Su parsimonia, I. Mostró mayor firmeza que Catón.

Religión. No posee ningún fundamento humano más seguro que el menosprecio de la vida, I. Los hombres no se sirven comúnmente de la religión sino para procurar satisfacción a sus pasiones más injustas. Cuál es la más verosímil de las opiniones humanas en punto a religión. Necesidad de una religión palpable para el pueblo. Celo religioso, muchas veces excesivo y por consiguiente injusto, II. Hizo que los cristianos destruyeran los libros de los paganos y que difamaran a Juliano, el Emperador.

Rémora. Pez pequeño, que según los latinos tenía la propiedad de detener los navíos, I.

RENATO, (el rey). Su retrato presentado a Francisco, II.

RENSE (el capitán), I.

Reposo y gloria. Cosas incompatibles, I.

Reputación. Se la otorga demasiado precio, II.

RESOLUCIÓN. En qué empleada, I. Resolución extraordinaria.

Retiro. Qué naturalezas son a él más inclinadas, I. Con qué designio lo aconsejaban Cicerón y Plinio. Firmeza escasa de este consejo.

Retórica. Arte engañoso, más peligroso que el afeitado de las mujeres, I. Cuál es su verdadero empleo.

Revelación. En ella se fundamenta nuestra firmeza en la inmortalidad del alma, I.

ROBERTO, rey de Francia, I.

ROBERTO I, rey de Escocia, I.

ROCHEFOUCAULD (Conde de la), I.

ROMA. Más valiente cuando inculta, I. Inclinación particular que a Montaigne inspiraba Roma, II. Consideraba como la metrópoli de todos los pueblos cristianos.

ROMANOS. Por qué quitaban sus armas y sus caballos a los pueblos que conquistaban, I. Combatían a capa y espada. Se bañaban todos los días antes de las comidas. Se perfumaban todo el cuerpo, pinceteándose el vello del mismo. Gustaban acostarse blandamente, y comían en el lecho. Cómo mostraban su respeto hacia los grandes. A qué uso destinaban las esponjas. Cómo refrescaban el vino. Tenían cocinas portátiles. Y peces en los aposentos bajos. Cuál era entre ellos el lugar honorífico en la mesa. Si se mentaban antes o después de las personas a quienes hablaban o escribían. Sus mujeres se bañaban con los hombres. Pagaban al barquero al entrar en el barco. De qué color eran los vestidos de luto de las damas romanas. Vestían los romanos igual traje los días de fiesta que los de duelo. Armas de un infante romano. Por qué razón vivían en perpetua guerra, II. De la grandeza romana. Por qué devolvían sus reinos a los reyes, después de habérselos arrebatado. Por qué los romanos no consideraban como triunfadores a algunos generales que alcanzaran grandes victorias.

ROMERO (Julián), gobernador de Ivoy, I.

RONSARD. Excelente poeta, según Montaigne, II.

RUISEÑORES. Instruyen en el canto a sus pequeñuelos, I.

RUTILIO (Publio), II.

RÚSTICO. Por qué le alabaron Plutarco y Montaigne, I.

- S -

Sabiduría. Cuáles son las pruebas de la sabiduría, I. Cuál es su fin. Cómo la definía Séneca. Su carácter según Montaigne, II.

Sabiduría e ignorancia. Llevan a fines idénticos, I.

SABUNDE. Apología de su Teología natural, I. Montaigne la traduce del español en francés. Objeción contra este libro, y respuesta a ella. Otra objeción contra la flojedad de sus argumentos, refutada por Montaigne.

Sacrificios humanos. Practicados por [546] casi todas las religiones, I. En qué consistían los del Nuevo Mundo. Firmeza de los sacrificados. Era ésta una costumbre feroz y loca.

Sagrada Escritura. Si es conveniente el ponerla en manos del bajo pueblo, I, y el traducirla en toda suerte de idiomas.

SALLUSSES o Saluzzo (Francisco, marqués de), I.

Salmos de David. Cómo y por qué deben ser cantados, I.

SALUNA. Maravillosa fortuna que cupo a sus habitantes, quienes reducidos al último extremo vencieron a los sitiadores, II.

SALSBERI (Guillermo, conde de), I.

Salvajes de América. Su firmeza cuando caen prisioneros, I. Canción guerrera de un prisionero salvaje. Canción amorosa de un salvaje de América. Lenguaje de los salvajes. Salvajes venidos a Francia: juicio que tomaron de nuestras costumbres. Respuesta que uno de ellos dirigió a Montaigne. Véase AMÉRICA.

SANCHO, duodécimo rey de Navarra, llamado el Trémulo, I.

Satisfacción. Después de la muerte para nada sirve, I.

SCOEYA, centurión del ejército de César. Recibió muchos proyectiles en su escudo sosteniendo un ataque, II.

SCANDERBERG. Cómo fue apaciguado por un soldado que le irritara, I. Fuerzas necesaria a un caudillo para confirmar su reputación militar, en opinión de Scanderberg, II.

SEBASTIÁN, rey de Portugal, II.

SECHEL. Ferocidad horrible con que fue tratado luego de haber sido vencido y aprisionado por el vaivoide de Transilvania, II.

Seda (trajes de). Época en que los franceses comenzaron a menospreciar su uso, I.

SEJANO. Por qué su hija fue violada por el verdugo antes de estrangularla, II.

SELEUCO, rey. Menospreciaba la realeza, I.

SELIM I. Lo que opinaba de las victorias alcanzadas en ausencia del soberano, II.

Semilla. Por qué medio se hace prolífica, I.

SÉNECA. Singular consejo que dio a uno de sus amigos, I. Comparado con Plutarco. Exclusivamente a sí mismo pretende deber su virtud. Cómo eleva a mayor altura que Dios al hombre cuerdo. Pensamientos de Séneca censurado, y merecedor de censura. Comparado con el cardenal de Lorena, II. Injusto retrato que Dión el historiador hizo de este filósofo. Séneca presto a morir por orden de Nerón: lo que dijo a sus amigos y a su mujer. Prueba singular de la afección que Séneca la profesaba. Grandes esfuerzos que hizo para prepararse a la muerte. Permaneció durante un año sin comer carne.

SENTIDOS. Si el testimonio de los sentidos puede poner fin a la incertidumbre filosófica, I. Los sentidos son el principio y el fin de nuestros conocimientos. Hay razones para dudar si el hombre esta provisto de todos los sentidos naturales. Los sentidos jamás era engañan, según Epicuro. La experiencia demuestra el error en las operaciones de los sentidos. Los sentidos avasallan a veces a la razón. Se ven trastornados por las pasiones del alma. Consideraciones sobre los sentidos de los animales. Extrema diferencia entre las operaciones de sus sentidos y las de los nuestros. Cuán incierto es el juicio de la operación de los sentidos. No puede juzgarse definitivamente, de una cosa por las apariencias que de ella los son todos nos muestran.

Sepulturas de los muertos. Superstición cruel y pueril de los atenienses en este punto, I. Cómo fue castigada.

SERTORIO. Cómo hizo que sus enemigos desalojaran un lugar inaccesible, I.

SERVIDUMBRE VOLUNTARIA. Título de una obra de La Boëtie, amigo de Montaigne, I.

SERVIO, el gramático Cómo se libertó del mal de gota, I.

SEVERO. Véase CASIO.

SEXTILIA o SEXTITIA, dama romana. Por qué se dio la muerte, I.

SFORCIA o SFORZA (Ludovico María), décimo duque de Milán. Su cautividad y su muerte, I.

SILA. Se muestra inexorable en Perusa, I.

SILENCIO. Procura óptimos servicios a los grandes, II.

SILVIO, médico célebre de la época de Montaigne. Aconsejaba emborracharse una vez al mes, I.

Sinceridad. Debe inspirarse tempranamente a los niños, I.

Sobrenombres ilustres. Injustamente aplicados a espíritus mediocres, I.

Sociedad. Los que se apartan de los deberes comunes de la sociedad [547] adoptan el partido más cómodo, II.

SÓCRATES. Lo que era su Demonio, I. Cómo se burla de un sofista que no había ganado nada en Esparta. Reflexiones sobre su respuesta a quien le preguntó cuál era su patria. Su parecer sobre lo que deben hacer los jóvenes, los hombres ya formados y los ancianos. Por qué se juzgó a Sócrates el único hombre sabio por excelencia. La alegría que acompaña a su muerte hace a ésta más sublime que la de Catón. Por qué se le llamó Sabio. Respuesta de Sócrates a los que le preguntaban lo que sabía. Atendía sólo a la ciencia del bien obrar. Por qué se comparaba con las parteras. Sus ideas confusas sobre la divinidad. Lo que pedía a los dioses. Noble firmeza que acompaña a su muerte. Era muy superior a Alejandro. Por qué sólo se opuso blandamente al designio que sus enemigos albergaban de hacerle morir. Lo que dijo al ver una gran cantidad de alhajas y muebles de mucho precio. Su consejo contra las acometidas del amor. Mostrose admirable por su conducta, al par que por la simplicidad de sus discursos. Su carácter, del cual sabemos por testigos fidelísimos y clarísimos. Discurso lleno de sencillez que pronuncia ante sus jueces. En qué consisten la nobleza y la excelencia de este discurso. Retrato compendiado de la nobleza y de la sencillez del alma de Sócrates.

Sol. Su adoración es el culto más excusable, I.

Soldado. Curado de una enfermedad que le hacía la vida odiosa, perdió todo su valor, I. Otro soldado que no es valiente sino para recuperar lo que había perdido.

Soldados. Cómo debe ser castigada su cobardía, I. Si deben ir realmente ataviados. Si debe consentírseles insultar al enemigo. La vida del soldado es grata y nobilísima, II.

SOLEDAD. La ambición nos procura el anhelarla, I. Fin que con ella se persigue. No nos liberta de nuestros vicios. En qué consiste la verdadera soledad. A quienes conviene mejor. Qué ocupación precisa escoger en la vida solitaria. Soledad buscada por devoción; lo que de ella debe juzgarse. Destino verdadero de la soledad. Véase RETIRO.

SÓFOCLES. Murió de alegría, I. Censurado por haber alabado a un muchacho muy lindo. Juicio en favor suyo; si éste era fundado.

SOFRONIA (Santa). Muerte de esta virgen.

SOLÓN. Reflexiones sobre la sentencia de este filósofo, la cual dice que ningún hombre puede juzgarse dichoso antes de su muerte. Lo que respondió a quienes le recomendaban que no vertiera inútiles lágrimas por la muerte de su hijo. Consentía que las mujeres se prostituyeran para ganar su vida, II.

Sordos de nacimiento. Por qué no hablan, II.

STROZZI, mariscal de Francia, II.

Súbditos. Si les es lícito rebelarse y armarse contra el príncipe en defensa de la religión que profesan, I.

SUBRIO FLAVIO. Su firmeza en el recibir la muerte, II.

SUEÑO. Atinadamente comparado con la muerte, I.

SUFFOLK (Duque de). Pereció víctima de la mala fe de Enrique VII, rey de Inglaterra, I.

Suicidio. Sepultura ignominiosa que las leyes de Platón destinaban a los suicidas, I. Cuáles son las razones más poderosas para dar este paso.

SULMONA (Príncipe de), I.

Sumisión. Dulcifica un corazón irritado, I.

Superior. Lo que principalmente debe esperar de sus supeditados, I.

- T -

TÁCITO. Su genio y su carácter, según Montaigne, II. Juzgó a Pompeyo con severidad sobrada. Si interpretó rectamente una frase que Tiberio escribió al Senado. Reprendido por excusarse de hablar de sí mismo en su obra. A Tácito y a todos los historiadores debe alabarse por referir en sus obras los acontecimientos, extraordinarios y los rumores populares.

TAGES. Autor del arte de adivinar entre los toscanos, I.

TALNA. Muere de gozo, I.

TAMERLÁN, I.

TASSO (Torcuato). Locura de este poeta, I. [548]

TAUREA JUBELIO. Su generosa muerte, I.

TAVERNA (Francisco), Embajador de Francisco Sforzia, Duque de Milán, I.

TEBANOS. Amansados por la firmeza de Epaminondas, I. Crueldades que con ellos ejerció Alejandro.

TEMIXTITAN. Sacrificios sangrientos en holocausto de esta divinidad, I.

TEODORO. Lo que contestó a Lisímaco, que le amenazaba con la muerte, I. No quería que el filósofo se arriesgara por el bien de su país. Negaba abiertamente que hubiera dioses.

TEÓFILO, Emperador. Obligado a huir por uno de sus capitanes, después de la derrota de su ejército, I.

TEOFRASTO. Carecía de ideas determinadas sobre la naturaleza de Dios, I.

Teología y filosofía. Gobiernan todas las acciones de los hombres, I. La teología no tiene nada que discernir con las demás ciencias.

TEOPOMPO, Rey de Esparta. Obsequia a su pueblo con el elogio que le aplicaban, I.

TERENCIO. Si es autor de las comedias publicadas bajo su nombre, I. En qué respectos Montaigne le juzga admirable. Por qué debe ser puesto por cima de Plauto. Su elogio.

TEREZ, Rey de Tracia. Su pasión por la guerra, I.

TERNATE, isla principal de las Molucas, que la guerra nunca se inicia sin antes haberla declarado por manera particularísima, I.

Terror pánico. Qué se entiende por tal.

Testarudez. Debe reprimirse tempranamente en las criaturas, I. Testarudez de las mujeres, II. Es hermana de la virilidad, por lo menos en vigor y firmeza. La testarudez y el afirmar son evidentes signos de torpeza.

THALES. Su acción, contestando a los que le echaban en cara el menospreciar las riquezas porque ignoraba el arte de adquirirlas, I. Por qué no quería casarse. Palabras suyas sobre este punto. Su opinión sobre la naturaleza de Dios. Reprensión que le dirigió una milesiana, que puede aplicarse a cuantos se meten en filosofías. Su opinión sobre la naturaleza de nuestra alma, y sobre la dificultad de conocernos.

THOELESTRIS, Reina de las Amazonas. Por qué salió el encuentro de Alejandro, II.

THEANO, mujer de Pitágoras, (Montaigne se equivocó al escribir: la nuera de Pitágoras). Lo que decía de una mujer que se entregó a su marido, I.

TIBERIO. Niega su aprobación a un acto de perfidia, que hubiera redundado en su provecho, II.

TIGELINO. Blandura de su muerte, I.

Tigre. Ejemplo generoso de este animal. Tigres uncidos a un vehículo, II.

TIMOLEÓN. Cómo se libró de un atentado, I. Porque lloró a su hermano, a quien acababa de matar. Condiciones que para su justificación le impuso el Senado de Corinto, II.

TIMÓN, llamado el Misántropo. Era menos mordaz que Diógenes, I.

Tirano. Cómo le detiene Platón, I. Tiranos ingeniosos para dilatar el lamento de sus víctimas, II.

TOMÁS (Simón), médico, I.

Tormentos. Sus inconvenientes, I. En algunas naciones están abolidos, y por qué razón.

TRACIA. Sus habitantes lanzaban flechas al cielo cuando tronaba, I. En qué se distinguían de su pueblo los reyes de Tracia.

Traidores. Maldecidos por los mismos que las recompensan, II.

Traición provechosa. Preferida a la honradez arriesgada, II. Cuán funesta es la traición a quien se encarga de ejecutarla. En qué caso la traición es excusable. Traiciones castigadas por los mismos que las ordenaron.

TRASONIDAS, joven griego. Por qué se opuso a disfrutar los encantos de su amada, II.

TREBIZONDA (Jorge de). Dialéctico, I.

TRÍPOLI (Raimundo, conde de), II.

Tristeza. Pasión menospreciable, I. Sus efectos. Cuando es extrema no puede expresarse. Memorable ejemplo de una muerte súbita, engendrada por la tristeza. Otros efectos de esta pasión.

TRIVULCIO (Alejandro). Su muerte, I.

TRIVULCIO. Notables palabras que profiere relativas a Bartolomé de Albiano.

Tuerto. Ejemplo de un hombre que lo fue en realidad por querer aparentarlo.

TULIO MARCELINO, joven romano. Firmeza con que se resolvió a morir, II.

Turcos. Cómo se alimentaban en sus [549] campañas, I. Hacen limosnas, cuyo destino es edificar hospitales para las bestias. Fundamento más común de su valor, II. Turcos fanáticos: hónranse humillando su propia naturaleza.

TURIOS. Lo que ordenaba el legislador de este pueblo contra los que proponían la abolición de una ley existente, o la introducción de una nueva, I.

TURNEBO (Adriano). Su carácter, I. Su elogio. Fue uno de los mejores poetas latinos de su tiempo, según Montaigne, II.

- U -

URCULANIA, abuela de Pantio Silano, II.

Urraca. Cómo acertó a imitar el sonido de la trompeta, I.

- V -

Valacos. Correos del Gran Señor; por qué caminan con tan extrema diligencia, II.

Valentía. Tiene sus límites como las demás virtudes, I. Es la primera de todas entre los franceses. Lo que debió acreditarla entre los hombres. Era una virtud general en Francia, en tiempo de Montaigne, II.

VALENTINOIS. Véase BORGIA,

VARRÓN. El más sabio u sutil autor latino, según Montaigne, I. Cómo excusaba los absurdos de la religión romana. Cualidades que exigía en los invitados para que un festín fuera agradable.

VAUX (Enrique de), Caballero de la Champaña, I.

Vehículos. Servicios que prestaban en las guerras, II. Empleados como un lujo.

Vejez. Morir de vejez es cosa singular y extraordinaria, I. Qué estudio conviene a la vejez, II. Si la vejez debe privarnos de viajar.

VELLY (Señor de), Embajador de Francia en Roma, I.

Vencidos muertos. Llorados por sus vencedores, I.

VENECIA. Juicio sobre esta ciudad, I.

Veneno. Guardado y preparado a expensas públicas para quien lo hubiera menester, I.

Venganza. La que nos impulsa a matar a nuestro adversario, resulta inútil para la propia causa, II. Medio de disipar el deseo vehemente de venganza.

VERCINGETORIX, Rey de los alberneses, II.

Verdad. Fuentes de su conocimiento, I. Si el encontrarla reside en el poder del hombre. La investigación de la verdad es tarea grata.

VESVINS (Señor de). Condenado a muerte, I.

Vestidos. De la costumbre de usarlos, I.

Viajes. Cuán provechosos son a los jóvenes, I. A qué edad debieran éstos empezar sus viajes. Si la vejez debe imposibilitarnos de viajar, II.

VIBIO VIRIO, Senador de Capua. Cómo se mató, en unión de veintisiete senadores, I.

Vida. El menosprecio que de la vida se hace es el fundamento más seguro de nuestra religión, I. No tiene más que una entrada, pero encuentra a mano cien mil salidas. Infundado menosprecio de la vida. La vida del hombre comparada con razón a un sueño. Una vida exquisita es aquella que está individualmente bien ordenada, II. Deseos frívolos que alimentan el amor de la vida. Cuál es el fin verdadero de la vida.

VILLEGaignon (Nic. Durand de), caballero maltés, I.

Vino. Helado y distribuido en pedazos, I. La delicadeza en el gustarlo debe evitarse, y por qué motivos. A qué edad consentía Platón que los niños lo bebieran. Restricciones exigidas en el uso del vino. El vino puro perjudica a los ancianos.

Virgen. Las leyes romanas no consentían condenarlas a muerte, II.

VIRGILIO. Estimación en que Montaigne tenía sus Geórgicas y el quinto libro de la Eneida, I: Si puede compararsele con Lucrecio o Ariosto. Lo que debe a Homero, II.

Virtud. Cómo el deleite es su fin y su fruto, I. El menosprecio de la muerte es uno de sus principales beneficios. Es el fin de la sabiduría. Su retrato verdadero. Cómo debe ser representada a los jóvenes. Es fácil de alcanzar, y el manantial de los placeres verdaderos. Cuál es su [550] legítimo empleo. Si es lícito buscarla con demasiado ardor. Las causas viciosas destruyen su esencia. Consigo misma se contenta. Por sí misma apetece ser únicamente buscada. La virtud excede a lo que llaman bondad natural. Deben acompañarla los obstáculos. Cómo llega a ser fácil a las albas nobles, cual las de Sócrates y Catón. La virtud tiene diversos grados. Es deseable independientemente de la gloria que puede acompañarla, II. Sería cosa frívola si alcanzara su recomendación de la nombradía. Resplandece con independencia del aplauso de los hombres. Una virtud sincera e ingenua para nada sirve en el manejo de un estado corrompido.

Visiones y encantamientos. Gozan sólo del crédito que los atribuye el poder de nuestra fantasía, I.

Vista. Cómo avasalla el espíritu, I.

Viuda. Que se sostiene embarazada sin saber cómo ni cuándo, I. Debe dejarse a la viuda con qué mantener su rango.

Viudedad. Una viudedad crecida acarrea la ruina de las familias, I.

VIVES, citado por Montaigne, I.

VOLUMNIO (Lucio), I.

Voluptuosidad. Sujeta a mayores obstáculos y contrariedades que la virtud. Apetece ser irritada con el dolor. Una voluptuosidad constante y universal, sería insoportable para el hombre. La voluptuosidad corporal tiene un valor, aun cuando éste sea inferior al de la virtud.

Voz. Zenón la llama flor de la belleza, I. Cómo debemos medir la voz al conversar con los hombres.

- W -

WICLEF (Juan), El Herético, I.

WITOLDE, príncipe de Lituania. Por qué ordenó que los criminales condenados a muerte se remataran con sus propias manos, II.

- X -

XANTIANOS. No pudieron ser apartados del voluntario camino de la muerte, I.

XENÓCRATES. Sienta que hay ocho dioses, I. Cómo mantuvo su continencia, II.

XENÓFANES. Es el único filósofo deísta que desaprobaba toda suerte de adivinaciones
I. Su opinión sobre la naturaleza de Dios. Forma que los animales dan a Dios, según este filósofo.

XENOFONTE. Por que escribió su propia historia. Su opinión indeterminada sobre la naturaleza de Dios.

- Y -

YVOY. Sorpresa de esta ciudad por culpa de Julián Romero, I.

- Z -

ZAMOLXIS, divinidad de los getas, I.

ZENOBIA. Raro ejemplo de su continencia conyugal, I.

ZENÓN de Elea. Opinión que se le atribuye, I. Cómo definía la voz.

ZENÓN de Citium. Tenía dos clases de discípulos de índole muy diferente, I. No reconocía más dios que la ley natural. Cómo definía la naturaleza. Debilidad de sus argumentos. Su castidad, II.

ZEUXIDAMO. Respuesta de este rey de Esparta, I.

ZISCA. Ordena en vida que hagan un tambor con su piel, así que muera, I.

ZOROASTO. En que época vivió.

ZORRO. Evidencia de su raciocinio, I.

FIN DEL ÍNDICE ALFABÉTICO

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

